

TANA FRENCH

El lugar de los
secretos

Lectulandia

Hace un año del asesinato de Chris Harper, un chico de dieciséis años que fue encontrado cerca del colegio femenino de San Kilda. Ahora una de las estudiantes de la escuela acaba de encontrar una nota anónima que puede hacer que avance el caso.

Lectulandia

Tana French

El lugar de los secretos

Garda - 05

ePub r1.0

Titivillus 22.02.16

Título original: *The Secret Place*

Tana French, 2014

Traducción: Gemma Deza

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PARA DANA, ELENA, MARIANNE Y QUYNH GIAO,
QUIENES, POR SUERTE, NO SE PARECÍAN EN NADA
A LOS PERSONAJES DE ESTE LIBRO

PRÓLOGO

Hay una canción que suena una y otra vez en la radio, pero Holly nunca oye más que fragmentos sueltos. «Recuerda, oh, recuerda cuando éramos jóvenes...»^[1], canta una voz femenina joven, clara y apremiante, con un ritmo animado y ligero que incita a mover los dedos de los pies y hace que el corazón se acelere al son de la música, y luego se acaba sin más. Holly quiere preguntar a sus amigas «¿Qué canción es?», pero nunca escucha un trozo lo bastante largo como para poder formular la pregunta. La canción se le escurre entre los dedos, suena cuando están inmersas en una conversación importante o cuando hay que echar a correr para tomar el autobús; y para cuando la situación vuelve a serenarse, se ha acabado y solo queda el silencio... o Rihanna o Nicki Minaj, que lo rompen.

En esta ocasión le llega desde un coche, un descapotable al que le han quitado la capota para aprovechar el máximo de sol posible en ese repentino estallido de verano que podría desvanecerse mañana mismo. El sonido se desliza por encima del seto hasta los columpios que hay en el parque, donde las amigas sostienen en alto sus helados medio derretidos para evitar manchar las bolsas donde guardan sus compras para la vuelta al colé. Holly, en el columpio, con la cabeza echada atrás para escudriñar el cielo, observa el péndulo de luz solar a través de sus pestañas y se endereza para escuchar.

—Esa canción... —empieza a decir—, ¿qué...?

Justo en ese momento a Julia se le cae una gota de helado en el pelo mientras da vueltas en el carrusel y grita «¡Joder!»; y para cuando agarra el pañuelo que le presta Becca, lo empapa con un poco del agua de la botella de Selena y se limpia la mancha pegajosa del pelo, sin dejar de decir barbaridades —básicamente para hacer sonrojar a Becca, a juzgar por la picara mirada de soslayo que le dedica a Holly, como por ejemplo que parece que le haya hecho una mamada a alguien con mala puntería—, el descapotable ya se ha ido.

Holly se termina el helado y se deja caer hacia atrás en el columpio, agarrándose de las cadenas, con las puntas del pelo casi rozándole el suelo, mientras observa a sus amigas del revés y de lado. Julia se ha recostado en el carrusel y lo hace girar lentamente con los pies; el carrusel chirría, pero es un chirrido perezoso y regular, tranquilizador. A su lado, Selena está tumbada boca abajo, removiendo ociosa el contenido de su bolsa de la compra y dejando que sea Jules quien se ocupe de empujar el carrusel. Becca está enredada en la estructura para trepar, comiéndose el helado poquito a poco, con la punta de la lengua, intentando que le dure el máximo tiempo posible. Ruidos de tráfico y gritos de chicos llegan por encima del seto, dulcificados por el sol y la distancia.

—Faltan doce días —anuncia Becca, y observa al resto de sus amigas para comprobar si les hace ilusión.

Julia alza su cucurucho a modo de brindis y Selena brinda con ella utilizando su cuaderno de matemáticas.

Holly no se olvida de la enorme bolsa de papel que hay junto al armazón de los columpios, un placer incluso cuando no piensa en ella. Le entran a uno ganas de hundir dentro la cara y ambas manos para acariciar esa prístina novedad con las yemas de los dedos y olfatearla intensamente: una carpeta de anillas brillante con las esquinas intactas, bonitos lápices de colores con las puntas tan afiladas que servirían para extraer sangre y un juego de reglas en el que todas las rayitas de las medidas se ven limpias y nuevas. Y este año hay también material nuevo: esponjosas toallas amarillas ribeteadas con cinta y un edredón de grandes rayas blancas y amarillas, intacto aún en su envoltorio de plástico.

—Pío, pío, pío —trina un pajarillo en medio del calor.

El aire es límpido y desdibuja los bordes de los objetos. Selena, con la vista clavada en el cielo, no es más que una perezosa melena y una sonrisa creciente.

—¡Bolsas de rejilla! —exclama Julia de repente mientras mira el cielo sofocante.

—¿Mmmm? —pregunta Selena con la vista sobre sus pinceles dispuestos en abanico.

—En la lista de material para las internas ponía: «Dos bolsas de rejilla para el servicio de lavandería». O sea, ¿dónde se compran? ¿Y para qué sirven? Creo que no he visto una bolsa de rejilla en mi vida.

—Son para que tus prendas estén todas juntas en la lavadora —aclara Becca. Becca y Selena llevan estudiando en un internado desde que tenían doce años—. Así no acabas poniéndote las apestosas bragas de otra alumna.

—Mi madre me consiguió una la semana pasada —explica Holly mientras se sienta—. Le puedo preguntar dónde la compró.

Al pronunciar tales palabras, le viene a la mente el aroma de la colada al sacarla de la secadora en casa y ella y su madre sacudiendo una sábana para doblarla entre las dos, con Vivaldi sonando de fondo a todo volumen. De pronto, por un momento espantoso que le produce vértigo, la idea del internado la hace sentir como si tuviera un aspirador dentro que succiona hasta que su pecho se convierte en una cueva. Querría llamar a sus padres a gritos, aferrarse a ellos y suplicarles que la dejen quedarse en casa para siempre.

—Hol —le dice Selena en voz baja, sonriendo mientras sube al carrusel al pasar por delante de ella—. Nos lo vamos a pasar genial.

—Sí —responde. Becca la observa, agarrada a la barra de la estructura para trepar, erizada de repente por la preocupación—. Ya losé.

Y la sensación ha desaparecido. Solo queda un residuo, flotando en el aire y abrasándole el pecho por dentro: aún está a tiempo de cambiar de opinión, de actuar antes de que sea demasiado tarde, corre, corre, corre, regresa a casa y entierra la cabeza bajo la almohada.

—Pío, pío —canta el pajarito con voz sonora, burlón e invisible.

—Me pido una cama junto a la ventana —dice Selena.

—Nada de eso —replica Julia—. No es justo pedirse nada cuando ni Hol ni yo sabemos siquiera cómo son las habitaciones. Tendréis que esperar a que las veamos.

Selena se ríe de ella, mientras dan vueltas lentamente entre sombras de hojas desdibujadas por el calor.

—A ver, tú ya sabes cómo es una ventana, ¿no? Pues o te la pides o no.

—Lo decidiré cuando llegue allí. Vete haciendo a la idea.

Becca sigue observando a Holly con el ceño fruncido, devorando el cucurucho como un conejito con aire ausente.

—Yo me pido la cama más alejada de la de Julia —dice Holly. Las alumnas de tercer año comparten habitaciones de cuatro: estarán las cuatro juntas—. Ronca como un búfalo que se ahoga.

—¡Que te den! Yo no ronco. Duermo como una delicada princesa de cuento de hadas.

—Sí que roncas, a veces —confirma Becca, y se sonroja ante su propio atrevimiento—. La última vez que me quedé a dormir en tu casa en realidad notaba tus ronquidos, como si toda la habitación vibrara con ellos.

Julia le enseña el dedo corazón y Selena suelta una carcajada. Holly le sonrío y vuelve a morirse de ganas de que llegue el domingo que viene.

—Pío, pío —gorjea el pajarillo otra vez, esta vez perezosamente, un gorjeo desdibujado por el sueño. Y se desvanece.

1

Fue ella quien vino a buscarme. La mayoría de las personas mantienen las distancias. Un murmullo disperso en un número de colaboración ciudadana: «En 1995 vi...», un mensaje anónimo, y un «clic» como respuesta si uno pregunta. Una carta impresa y enviada desde una población distinta a la que figura en la carta, con el papel y el sobre impolutos. Si queremos dar con esas personas, tenemos que salir de caza. Pero ella, fue ella quien vino a mi.

No la reconocí. Había llegado a lo alto de las escaleras y me dirigía a la sala de la brigada a toda prisa. Era una mañana de mayo, pero parecía estival, con un sol glorioso que se filtraba a través de las ventanas de la recepción e iluminaba las desconchadas paredes de yeso de la sala. Se me había metido una canción en la cabeza e iba tarareándola.

La vi, por supuesto que la vi. En el sofá de piel cuarteada que había en la esquina, con los brazos y las piernas cruzados, balanceándose a la altura del tobillo. Una larga cola de caballo de color rubio platino; un immaculado uniforme escolar: falda plisada verde y azul marino y chaqueta azul marino. «Será la hija de alguien —pensé— que espera a su padre para que la lleve al dentista. Quizá sea la hija del superintendente. En cualquier caso, es hija de alguien que cobra más dinero que yo». Y no solo por el escudo de la chaqueta, sino por cómo estaba encorvada, con elegancia, con la barbilla alzada como si aquel lugar fuera suyo y toda la burocracia le importara un pimiento. Cuando pasé por delante de ella, la saludé con la cabeza —por si era la hija de algún jefe— y me dirigí hacia la puerta de la sala de la brigada.

No sé si me reconoció. Quizá no. Habían transcurrido seis años y entonces ella era solo una niña. De mí solo quedaba mi cabello pelirrojo. Debía de haberse olvidado de mí. O quizá sí me reconoció y se mantuvo impasible por algún motivo.

Dejó que la recepcionista la anunciara:

—Detective Moran, hay alguien que pregunta por usted —dijo mientras señalaba con el bolígrafo hacia el sofá—. La señorita Holly Mackey.

El sol inundó mi rostro al girar sobre mis talones y me di cuenta entonces: ¡claro! Debería haber reconocido aquellos ojos. Grandes, de un azul luminoso, y también aquel arco delicado de los párpados: un aire gatuno, una muchacha pálida como una joya en una pintura antigua, un secreto.

—Holly —la saludé al tiempo que le tendía la mano—. ¡Hola! Ha pasado mucho tiempo.

Tardó un segundo en pestañear, mientras lo asimilaba todo sobre mí sin darme nada a cambio. Luego se puso en pie. Seguía encajando la mano como una niña, retirándola demasiado pronto.

—Hola, Stephen —respondió.

Tenía una voz bonita. Clara y relajada, no un chillido de dibujos animados. Su acento: de clase alta, pero no el típico acento pijo afectado. Su padre no le habría

permitido que lo tuviera. Le habría arrancado el uniforme y la habría metido a estudiar en un colegio público si hubiera hablado así en casa.

—¿En qué puedo ayudarte?

Bajó la voz:

—Tengo algo para ti.

Me sentí perdido. Eran las nueve y diez de la mañana y Holly llevaba puesto el uniforme, lo cual significaba que estaba saltándose las clases en una escuela donde seguramente su ausencia no pasaría desapercibida. No venía a traer ninguna carta de agradecimiento llegada con años de retraso.

—¿Ah, sí?

—Bueno, aquí no.

La mirada de soslayo que le lanzó a nuestra recepcionista delataba que buscaba intimidad. Tenía que andarme con cuidado: era una adolescente. Y en este caso todavía más porque era la hija de un detective. Pero ella era Holly Mackey: si metieras a alguien que ella no quisiera, podía amargarte el día.

—Busquemos un sitio donde podamos hablar —propuse.

Yo trabajaba en el Departamento de Casos Abiertos. Cuando vienen a vernos testigos, les gusta creer que su testimonio no cuenta demasiado, que en realidad no se trata de una investigación de homicidios, o al menos no de una de verdad, con esposas y armas de fuego, nada que vaya a ponerte la vida patas arriba como un torbellino. Prefieren algo pasado y atenuado por el tiempo, con los bordes desgastados y difusos. Nosotros les seguimos el juego. Nuestra sala de interrogatorios principal tiene el aspecto de una agradable sala de espera de dentista. Los sofás son blanditos, hay persianas venecianas y una mesa de centro de vidrio con revistas con las esquinas dobladas. El café y el té son bastante malos. No hay necesidad de advertir la presencia de una videocámara en una esquina ni el vidrio de visión unilateral que hay detrás de una de esas persianas. No dices nada si tú no quieres y ellos tampoco. «No va a notar ningún dolor, señor, en cinco minutos le dejaremos irse a casa».

Llevé a Holly allí. Cualquiera otro crío se habría estado retorciendo durante todo el camino, moviendo la cabeza de un lado a otro, pero nada de aquello era nuevo para Holly. Recorrió el pasillo como si fuera el de su casa.

La observé durante todo el camino. Estaba convirtiéndose en toda una mujercita. Altura media o quizás algo por debajo de la media. Delgada, muy delgada, pero con una delgadez natural; no tenía el aspecto de una muerta de hambre. Quizás empezaban a dibujársele las curvas. No era ningún bombón, al menos no todavía, pero tampoco mostraba nada que fuera desagradable —ni granos, ni aparatos en los dientes, ni ningún rasgo que le resaltara en la cara por su fealdad— y aquellos ojos la diferenciaban de cualquier otra rubia y hacían que la miraras dos veces.

¿Le habría pegado su novio, quizá? ¿Le habría metido mano? ¿La habría violado? ¿Por qué Holly acudía a mí en lugar de a algún extraño del Departamento de Delitos

Sexuales? «Tengo algo para ti». ¿Alguna prueba?

Cerró la puerta de la sala de interrogatorios a su espalda, con un simple giro de muñeca y un portazo. Echó un vistazo a su alrededor.

Encendí la cámara, apretando el interruptor como si tal cosa y dije:

—Siéntate.

Holly permaneció en pie. Pasó un dedo por las zonas desgastadas de la tapicería verde del sofá.

—Esta sala es más agradable que las que teníais antes.

—¿Qué tal te va?

Seguía mirando la estancia y no a mí.

—Bien. Normal.

—¿Te apetece una taza de té? ¿Café?

Negación con la cabeza.

Esperé.

—Te has hecho mayor. Antes parecías un estudiante —comentó Holly.

—Y tú parecías una niña que traía su muñeca a los interrogatorios. Se llamaba Clara, ¿verdad? —Al oír el nombre volvió la vista hacia mí—. Yo diría que los dos nos hemos hecho mayores.

Sonrió por primera vez. El primer atisbo de aquella sonrisa, la que yo recordaba. Entonces tenía un aire triste, algo que siempre me había sorprendido. Aún lo tenía.

—Me alegro de verte —dijo.

Cuando Holly tenía nueve o diez años fue testigo en un caso de homicidio. Yo no me ocupaba de aquel caso, pero fue conmigo con quien quiso hablar. Fui yo quien le tomó declaración; yo quien la preparó para testificar en el juicio. No quería hacerlo, pero lo hizo. Tal vez su padre, el detective, la obligara a hacerlo. Tal vez. Pero ni siquiera cuando solo tenía nueve años me engañé pensando que le tenía tomada la medida.

—Yo también —contesté.

Una respiración rápida, un ligero encogimiento de hombros y un asentimiento para sí misma, como si una pieza acabara de encajar. Dejó la mochila de la escuela en el suelo. Se metió el pulgar bajo la solapa para mostrarme el escudo del colegio.

—Ahora voy al Kilda.

Me observó.

Limitarme a asentir habría parecido insolente. El San Kilda es la clase de colegio del que la gente como yo se supone que no ha oído hablar nunca. Y no lo conocería, de no haber sido por un adolescente fallecido.

Se trata de una escuela femenina de secundaria privada, situada en una zona residencial arbolada. De monjas. Hace un año, dos de las monjas salieron a dar un paseo a primera hora de la mañana y hallaron a un muchacho que yacía en un bosquecillo, en un recoveco de los terrenos de la escuela. Al principio pensaron que estaba dormido, quizá borracho. Revolucionadas, intentaron despertarlo para echarle

una reprimenda y descubrir a qué virtuosa jovencita había estado corrompiendo. La voz de una de las monjas tronó:

—¡Jovencito!

Pero el muchacho no se movió.

Era Christopher Harper, tenía dieciséis años y estudiaba en la escuela de chicos que había una calle y dos altos muros más allá. En algún momento de la noche anterior alguien le había aplastado la cabeza.

Mano de obra suficiente para construir un edificio de oficinas, horas extra suficientes para pagar la hipoteca, papel suficiente para montar una presa en un río. Un bedel sospechoso, empleado de mantenimiento: descartado. Un compañero de clase que había tenido una pelea con la víctima: descartado. Extranjeros siniestros de la zona que empezaron a dar miedo a los lugareños: descartados.

Y luego nada. No hubo más sospechosos, ni ningún motivo que explicara qué hacía Christopher en los terrenos del San Kilda. Y luego menos horas extras, menos efectivos y más nada. No se puede decir en voz alta, no cuando la víctima es un chaval, pero el caso quedó archivado. Hoy por hoy, todo aquel papeleo se hallaba en el sótano del Departamento de Homicidios. Tarde o temprano, los medios de comunicación azuzarían a los mandamases y el caso volvería a llamar a nuestra puerta, destinado a entrar a la «taberna de la última oportunidad».

Holly se alisó la solapa.

—Sabes lo de Chris Harper, ¿verdad? —preguntó.

—Claro —contesté—. ¿Tú ya estudiabas en el San Kilda cuando sucedió?

—Sí. Estudio allí desde primer curso. Ya estoy en cuarto.

Y lo dejó ahí, obligándome a avanzar paso a paso. Una pregunta equivocada y ella se iría, me dejaría tirado en la cuneta: le parecería demasiado viejo, otro adulto inútil que no la entendía. La tanteé con cuidado.

—¿Eres interna?

—Sí, los dos últimos años sí. Pero solo de lunes a viernes. El fin de semana vuelvo a casa.

No recordaba la fecha.

—¿Estabas allí la noche de aquel suceso?

—La noche que asesinaron a Chris.

Un destello azul de fastidio. De tal palo, tal astilla, era hija de su padre: no tenía paciencia para andarse con rodeos o, por lo menos, no le gustaba que lo hicieran los demás.

—La noche del asesinato de Chris —repetí yo—. ¿Estabas allí?

—No estaba allí, desde luego. Pero sí estaba en la escuela.

—¿Viste algo? ¿Escuchaste algo?

Otra vez fastidio, esta vez con una chispa más intensa.

—Eso ya me lo preguntaron los detectives de Homicidios. Nos lo preguntaron a todos unas mil veces.

—Pero podrías haber recordado algo desde entonces —aventuré yo—. O podrías haber cambiado de opinión y querer explicar algo que entonces preferiste ocultar.

—No soy tonta. Sé cómo funciona todo esto, ¿recuerdas?

Ya estaba de pie, lista para dirigirse hacia la puerta.

Cambio de estrategia.

—¿Conocías a Chris?

Holly calló.

—De verlo por ahí. Nuestras escuelas organizan actividades juntas y acabamos conociéndonos todos. No éramos amigos íntimos ni nada de eso, pero mi pandilla había salido con la suya algunas veces.

—¿Cómo era?

Se encogió de hombros.

—Un chico.

—¿Te caía bien?

Otro encogimiento de hombros.

—Normal.

Conozco un poco al padre de Holly, Frank Mackey, trabaja en el Departamento de Agentes Secretos. Si le vas de cara, se agacha, te esquiva y se te acerca por el lado; y si le atacas por el lado, te embiste con la cabeza gacha.

—Has venido porque quieres que sepa algo. No voy a jugar a las adivinanzas contigo, Holly, porque no tengo posibilidad de ganar. Si no estás segura de querérmelo decir, entonces vete y piénsatelo bien. Si lo estás, suéltalo de una vez.

Aquel era más el estilo de Holly. Estuvo a punto de sonreír de nuevo; en lugar de hacerlo, asintió.

—Hay un tablón —dijo—. En la escuela. Un tablón de anuncios. Está en la planta superior, en la pared situada frente al aula de arte. Lo llamamos el Lugar de los Secretos. Si tienes un secreto, como por ejemplo, que odias a tus padres o que te gusta un chico o lo que sea, puedes escribirlo en una tarjeta y colgarlo ahí.

Carecía de sentido preguntar por qué alguien iba a querer hacer tal cosa. Adolescentes: es imposible entenderlas. Tengo hermanas. He aprendido a seguirles la corriente.

—Ayer por la tarde, mis amigas y yo estuvimos en el aula de arte... trabajando en un proyecto. Yo me olvidé el teléfono al salir, pero no me di cuenta hasta que apagaron las luces, por lo que ya no podía subir a buscarlo. Así que lo primero que he hecho es regresar esta mañana, antes de desayunar.

Me lo contaba de corrido, sin pestañear, sin un titubeo, como si lo hubiera ensayado. De haber sido otra muchacha, habría dicho que era mentira. Pero Holly tenía práctica y era hija de quien era; hasta donde yo sabía, su padre le tomaba declaración cada vez que llegaba tarde a casa.

—He echado un vistazo al tablón al pasar por delante —continuó Holly. Se agachó sobre su mochila y abrió la cremallera.

Y allí estaba: la mano dubitativa sobre la carpeta verde. El segundo adicional en el que mantuvo el rostro sobre la mochila, apartado de mí, con la cola de caballo cayéndole por encima, ocultándolo. Los nervios que había estado esperando. Después de todo, no había sido pan comido para ella.

Entonces se enderezó y me miró a los ojos con una expresión inescrutable. Me tendió la carpeta verde con la mano y la soltó en cuanto la toqué, tan rápidamente que estuvo a punto de caérseme.

—He encontrado esto en el tablón.

En la carpeta se leía «Holly Mackey, 4L, Estudios de Conciencia Social» garabateado. En el interior, un sobre de plástico transparente. Dentro había una chincheta en una esquina y un trozo de cartulina.

Reconocí aquel rostro más rápido de lo que había reconocido el de Holly. Se había pasado semanas ocupando las portadas de todos los diarios, todas las pantallas de televisión y el boletín informativo de todos los departamentos.

Esa otra foto era distinta. Se lo veía volviendo la vista atrás, por encima del hombro, recortado contra un fondo borroso de hojas amarillas otoñales, riendo con la boca abierta. Era guapo. Su cabello, castaño y brillante, caía en un tupé despeinado hacia delante, como el de los miembros de los actuales grupos de música adolescentes, hasta tapar unas cejas oscuras que le descendían por las sienes y le conferían un aspecto de cachorrillo. Tez clara y mejillas sonrosadas; unas cuantas pecas diseminadas por los pómulos, pero no demasiadas. Una mandíbula que habría acabado siendo imponente de haber tenido tiempo para ello. Una sonrisa amplia que le arrugaba la piel en torno a los ojos y la nariz. Entre presumido y tierno. Joven, un prototipo de todo lo que suena a fresco cuando uno escucha la palabra «joven»: amoríos de verano, el héroe de los hermanos pequeños, carne de cañón.

Pegadas bajo su rostro, a lo ancho de su camiseta azul, había unas palabras recortadas de un libro, separadas entre sí como en una nota de rescate. Los bordes limpios, bien recortados.

«Sé quién lo mató».

Holly me observaba en silencio.

Le di la vuelta al sobre. Papel de carta blanco y liso, del que puede adquirirse en cualquier tienda para imprimir fotografías. Nada manuscrito, nada de nada.

—¿La has tocado? —le pregunté.

Puso los ojos en blanco.

—¡Claro que no! Entré en el aula de arte y cogí eso, el sobre, y un cúter. Saqué la chincheta con el cúter y la metí junto con la cartulina en el sobre.

—Bien hecho. ¿Y luego?

—Me lo escondí bajo la blusa hasta que volví a mi habitación y allí lo metí en la carpeta. Entonces dije que me encontraba mal y me metí de nuevo en la cama. Después de que viniera la enfermera a verme, me he escapado a hurtadillas y he venido aquí.

—¿Por qué? —pregunté.

Holly me miró atónita, dibujando un gesto interrogativo con las cejas.

—Porque pensé que os interesaría saberlo. Si no es así, pues tiradlo y ya está, y yo regresaré a la escuela antes de que descubran que me he escapado.

—Claro que me interesa. Estoy encantado de que hayas encontrado esto. Lo que quiero saber es por qué no se lo has llevado a uno de tus profesores o a tu padre.

Alzó la vista hacia el reloj de pared y, al hacerlo, se percató de la presencia de la cámara de vídeo.

—¡Mierda! Eso me recuerda que la enfermera volverá a pasar durante la pausa y, si no estoy allí, van a poner el grito en el cielo. ¿Puedes telefonar a la escuela y decir que eres mi padre y que estoy contigo? Cuéntales que mi abuelo se está muriendo y que, cuando me has llamado para contármelo, he salido corriendo sin decírselo a nadie porque no quería que me enviaran a ver a la psicóloga de la escuela para hablar acerca de mis sentimientos.

Lo tenía todo planificado.

—Voy a telefonar a la escuela, pero no voy a decir que soy tu padre. —Un suspiro exasperado por parte de Holly—. Me limitaré a explicarles que tenías algo que querías entregarnos y que has hecho lo que debías. Eso debería ahorrarte las broncas. ¿Te parece bien?

—Lo que sea. ¿Puedes decirles al menos que no me está permitido hablar sobre ello? Para que no me atosiguen cuando regrese...

—Desde luego. —Chris Harper seguía riendo mientras me miraba, con energía suficiente en aquel giro de su cuerpo como para alumbrar medio Dublín. Volví a meterlo dentro de la carpeta y la cerré—. ¿Has hablado con alguien de esto? ¿Con tu mejor amiga, quizá? No pasa nada si lo has hecho, pero necesito saberlo.

Una sombra se deslizó por la curva del pómulo de Holly e hizo que su boca se volviera más madura y compleja. Esa sombra ocultó algo bajo su voz.

—No. No se lo he contado a nadie.

—De acuerdo. Ahora voy a hacer esa llamada telefónica y luego te tomaré declaración. ¿Quieres que esté presente alguno de tus padres?

Volvió a prestarme atención.

—Oh, no, por Dios. ¿Tiene que haber alguien presente? ¿No puedo hacerlo sola?

—¿Qué edad tienes?

Pensó en mentir. Descartó la idea.

—Dieciséis años.

—Pues necesitamos a un adulto cualificado para que yo no pueda intimidarte.

—No me intimidas.

No se andaba con tonterías.

—Ya lo sé. Pero aun así... Quédate aquí y prepárate una taza de té si te apetece. Regresaré en dos minutos.

Holly se desplomó en el sofá y se hizo un ovillo: encogió las piernas y las rodeó

con sus brazos. Se llevó la punta de la cola de caballo a la boca y empezó a mordisquearla. En el edificio hacía un calor sofocante, como siempre, pero ella parecía tener frío. No me miró al salir.

En la Unidad de Delitos Sexuales, dos plantas más abajo, siempre hay una asistente social de guardia. Le pedí que estuviera presente mientras le tomaba declaración a Holly. Y luego, en el pasillo, le pregunté si podía llevar en coche a la chica de regreso al San Kilda... Holly habría querido clavarme un cuchillo cuando lo hice.

—Así, en la escuela estarán seguros de que has estado con nosotros y no pensarán que has hecho llamar a tu novio. Te estoy ahorrando molestias —le aclaré. Su mirada me reveló que confiaba en mí.

No me preguntó qué sucedería a continuación, qué íbamos a hacer con aquella tarjeta. Lo sabía perfectamente. Se limitó a decir:

—Hasta pronto.

—Gracias por venir. Has hecho lo correcto.

Holly no contestó. Me dedicó un asomo de sonrisa y un leve saludo con la mano, entre sarcástico y sincero.

Me quedé observando aquella espalda erguida avanzar por el pasillo, con la asistente social caminando como un pato a su lado mientras intentaba darle conversación, hasta que me di cuenta: no había respondido a mi pregunta. Eché a andar a toda prisa y, como un patinador que avanza deslizándose entre la gente, le di alcance.

—Holly.

Se dio la vuelta. Agarraba con una mano la correa de la mochila que llevaba colgada a un hombro. Se mostraba recelosa.

—No me has contestado lo que te he preguntado antes. ¿Por qué me lo has traído a mí?

Holly me analizó. Tenía una mirada desconcertante, como la de los retratos que parecen observarte constantemente.

—Cuando sucedió aquello —dijo—, todo el mundo se pasó todo el año cuidándome entre algodones. Parecía que creyeran que, si decían una palabra fuera de lugar, me podía dar un ataque de nervios y acabaría con una camisa de fuerza y escupiendo espuma por la boca. Incluso papá me trataba así. Fingía que no pasaba nada, pero yo notaba que estaba constantemente preocupado. Era como ¡ahhh! —Gritó entre dientes de pura furia, con las palmas de las manos abiertas y rígidas como estrellas de mar—. Tú fuiste el único que no actuó como si yo estuviera a punto de empezar a pensar que era una cobarde. Parecías decirme: «Vale, esto es una mierda, pero a la gente le pasan cosas peores todo el tiempo y sobrevive. Y ahora, acabemos con esto de una vez».

Es muy, muy importante mostrar sensibilidad con los testigos jóvenes. Asistimos a talleres y cosas por el estilo; si estamos de suerte, hasta hay presentaciones en

PowerPoint. Yo recuerdo lo que era ser un chaval. Y a la gente se le olvida. Un poquito de sensibilidad: fantástico. Un poquito más: maravilloso. Pero otro poco más y te arriesgas a encajar un puñetazo en la garganta sin previo aviso.

—Ser testigo de un homicidio es una putada. Para cualquier persona. Pero tú lo llevaste mejor que la mayoría —le dije yo.

No hubo sarcasmo en su sonrisa esta vez. Había muchas otras cosas, y en abundancia, pero no sarcasmo.

—¿Puede explicarle a la gente de la escuela que no creo que sea ninguna cobarde? —le preguntó Holly a la asistente social, quien puso cara de ser ultrasensible para disimular su desconcierto—. Ni siquiera un poco... —Y se marcharon.

Un dato sobre mí: tengo planes.

Lo primero que hice, después de despedirme de Holly y la asistente social, fue buscar el caso Harper en el sistema.

Detective jefe: Antoinette Conway.

A nadie debería escandalizar que hubiera una mujer trabajando en Homicidios, ni siquiera haría falta mencionarlo. Pero muchos de los muchachos de mayor edad están chapados a la antigua, y muchos de los jóvenes también. La igualdad tiene el grosor de una hoja de papel, desaparece rascándola solo con una uña. Corre el rumor de que a Conway le cayó aquel caso grande por andar liada con algún mandamás y porque cumplía los requisitos que hay que cumplir: un poquito de más por aquí y por allá, y una cara que no era el prototipo irlandés de patata macilenta. Una tez pálida, una nariz y unos pómulos pronunciados y cabello moreno. Es una pena que no estuviera en una silla de ruedas, dice el mismo rumor; de lo contrario, a estas alturas ya sería inspectora.

Yo conocía a Conway antes de que se hiciera famosa, al menos de vista. En la escuela de formación estaba dos cursos por debajo de mí. Era una muchacha alta, con el pelo cepillado hacia atrás y sujetado en una coleta. Tenía la constitución de una corredora, con extremidades largas y largos músculos. Caminaba con la barbilla levantada y los hombros bien abajo. Muchos hombres revoloteaban alrededor de Conway como moscas la primera semana: intentaban que se sintiera cómoda, trabar amistad o simplemente ser amables con ella. El hecho de que no brindaran la misma atención a las muchachas con otro aspecto era mera coincidencia. Fuera lo que fuese lo que les dijo a sus compañeros, después de aquella primera semana dejaron de tirarle los tejos. Y empezaron a echar pestes de ella.

Le aventajaba en dos años durante la formación. Solo tardó un año más que yo en quitarse el uniforme. Llegó a Homicidios al mismo tiempo que yo me incorporé al Departamento de Casos Abiertos.

El Departamento de Casos Abiertos está bien. Muy bien, de hecho, para un tipo

como yo: un dublinés de clase obrera, el primero de mi familia que pasa la Selectividad en lugar de aprender un oficio. Me había quitado el uniforme a los veintiséis años y había dejado la Unidad General de Policía para entrar en Anticorrupción a los veintiocho, gracias a la mediación del padre de Holly. Me incorporé al Departamento de Casos Abiertos la semana en que cumplí treinta años, espero que sin ayuda de nadie, porque miedo me habría dado... Ahora tengo treinta y dos. Es hora de continuar escalando.

Casos Abiertos está bien. Homicidios es mejor.

El padre de Holly no podría interceder por mí en la unidad ni aunque yo quisiera. El jefe de Homicidios lo odia a muerte. Y a mí tampoco es que me adore.

En el caso en el que Holly fue testigo, fui yo quien atrapó al homicida. Fui yo quien le leyó sus derechos, quien le puso las esposas y quien firmó la orden de arresto. No era más que un recién llegado, debería haber pasado a un compañero cualquier caso interesante que se hubiera cruzado en mi camino; debería haber regresado a la sala de incidentes, como un buen chico, a mecanografiar declaraciones de personas que no habían visto nada. Pero fui yo quien atrapó al asesino. Me lo merecía.

Otra cosa acerca de mí: sé aprovechar las oportunidades cuando se me presentan.

Atrapar a aquel tipo, junto con el empujoncito de Frank Mackey, me permitió dejar la Unidad General. Aquel éxito me abrió las puertas de Casos Abiertos. Y aquel éxito también me cerró las puertas de Homicidios.

Lo entendí tan pronto como escuché el chasquido de las esposas. «Tiene derecho a guardar silencio; cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra», y supe que acababa de entrar en la lista negra de Homicidios, para permanecer en ella al menos durante el futuro inmediato. Sin embargo, el haber dejado que fuera otro quien hiciera el trabajo me habría conducido directamente a la lista de olvidados para siempre y me habría pasado décadas mecanografiando declaraciones de otras personas que tampoco habían visto nada. «Todo lo que diga quedará registrado por escrito y puede ser utilizado como prueba en un juicio». Clic.

Cuando se presenta una oportunidad hay que aprovecharla. Estaba seguro de que aquella puerta volvería a abrirse, tarde o temprano.

Siete años después, la verdad empezaba a golpear.

Homicidios es un establo de purasangres. Homicidios es una opción deslumbrante, un murmullo suave que actúa como un músculo perfeccionado y te corta la respiración. Homicidios es un galón en la manga, como el de una unidad de élite del ejército, como un gladiador que anuncia hasta el final de sus días: «Es uno de los nuestros. Uno de los mejores».

Yo quiero pertenecer a Homicidios.

Podría haberle enviado la tarjeta y la declaración de Holly a Antoinette Conway con una nota y olvidarme del tema. O, para ser más educado, podría haberla telefoneado en cuanto Holly sacó aquella tarjeta y haberle entregado ambas cosas

para que fuera ella quien se encargara del asunto.

Pero de eso ni hablar. Aquella era mi oportunidad. Mía y solo mía.

El segundo nombre que figuraba en el caso Harper: Thomas Costello. Un viejo caballo de tiro de Homicidios. Un par de centenares de años en la brigada, un par de meses jubilado. Cuando queda un hueco en la brigada de Homicidios, yo me entero. Antoinette Conway aún no había elegido a un nuevo compañero. Todavía actuaba en solitario.

Fui a ver a mi jefe. No se le escaparon mis intenciones, pero le gustó la idea de lo que podría reportarnos participar en la resolución de un caso de perfil alto. Le gustó lo que eso significaría en el presupuesto del año próximo. También le gustaba yo, pero no lo suficiente como para echarme de menos. No le suponía ningún problema transferirme a Homicidios para que le entregara a Conway su tarjeta de Feliz Miércoles en persona. «No tengas prisa en volver», me dijo el jefe. Si Homicidios me quería para aquel caso, podía quedarme.

Conway no iba a quererme para aquel caso, pero no le quedaba otra alternativa.

Conway se hallaba en un interrogatorio. Me senté ante un escritorio vacío de la sala de la brigada de Homicidios y me puse a charlar con los muchachos. No había mucho tiempo para chacharas: Homicidios es un departamento ajetreado. Nada más entrar se te acelera el pulso. Suenan los teléfonos y los ratones de los ordenadores, y hay un trajín constante de gente entrando y saliendo; sin prisa, pero sin pausa. Con todo, algunos de los muchachos sí se tomaron un rato para darme un par de consejillos. «¿Buscas a Conway?». «Pensaba que ya estaba servida, porque lleva toda la semana sin tocarle las pelotas a nadie; eso sí, no me imaginaba que fuera gracias a un tío». «Gracias por ayudar al equipo, chaval». «¿Ya te has vacunado?». «¿Traes el traje de sumiso?».

Eran todos algo mayores que yo e iban un poco mejor vestidos. Sonreí y mantuve la boca cerrada, más o menos.

—Jamás habría dicho que le gustasen los pelirrojos.

—A1 menos yo tengo pelo, tío. A nadie le gustan los perdedores calvos.

—Pues en casa tengo una mujercita preciosa a la que le encanta.

—Eso no es lo que me dijo anoche.

Más o menos.

Antoinette Conway apareció con un fajo de papeles; cerró la puerta de un codazo. Se dirigió a su escritorio.

Seguía manteniendo aquel paso raudo; o la seguías o te quedabas atrás. Igual de alta que yo, un metro ochenta y dos centímetros, y a propósito: con unos tacones de cinco centímetros capaces de aplastarte el dedo de un pisotón. Traje de chaqueta, con pantalón negro, no parecía barato, de patrón ceñido; no se esforzaba por ocultar la silueta de aquellas largas piernas, ni su prieto trasero. Solo con su forma de cruzar

aquella sala, te estaba preguntando: «¿Algo que decir?», de media docena de maneras distintas.

—¿Ha confesado, Conway?

—No.

—Vaya... Estás perdiendo facultades.

—No es sospechoso, imbécil.

—¿Y has dejado que eso te detuviera? Una buena patada en las pelotas y en bandeja: confesión.

No era un toma y daca habitual. Se palpaba la tensión en el ambiente, el aire cortante. No sabría decir si era cosa de ella, del día que me había tocado presenciar o, sencillamente, lo normal en aquella unidad. Homicidios es distinto. El corazón se te acelera y se te endurece; la cuerda floja está más alta y es más estrecha. Un paso en falso y estás vendido.

Conway se desplomó en su butaca y se dispuso a consultar algo en el ordenador.

—Ha venido a verte tu novio, Conway.

Hizo caso omiso del comentario.

—¿No le vas a dar un morreo?

—¿De qué mierdas hablas?

El bromista señaló con el pulgar hacia mí.

—Todo tuyo.

Conway se me quedó mirando. Ojos oscuros y fríos; boca gruesa que no cedió ni un milímetro. No iba maquillada.

—¿Sí?

—Stephen Moran. Casos Abiertos. —Le pasé el sobre con las pruebas por encima del escritorio. Y agradecí a Dios no haberme contado entre quienes le tiraron los tejos en formación—. Me ha llegado esto hoy.

No le cambió el semblante al ver la tarjeta. La repasó bien, por ambas caras, y leyó la declaración.

—Ella —dijo, al leer el nombre de Holly.

—¿La conoces?

—La interrogué el año pasado. Un par de veces. No le saqué ni una palabra; pequeña víbora arrogante. Todas lo son en esa escuela, pero ella era de las peores. Peor que arrancar dientes.

—¿Crees que sabía algo? —pregunté.

Un mirada dura y la hoja de la declaración en alto.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Holly Mackey fue testigo en un caso en el que trabajé durante 2007. Nos caímos bien. Mejor de lo que yo pensaba, al parecer.

Conway enarcó una ceja. Había oído hablar acerca del caso, lo cual significaba que había oído hablar de mí.

—Entendido —dijo. Su tono no revelaba nada, ni para bien ni para mal—.

Gracias.

Impulsó su butaca hacia atrás y marcó un número de teléfono. Se colocó el auricular bajo la mandíbula y se recostó en la butaca, mientras releía la declaración.

Tosca, así habría calificado mi madre a Conway. «Esa tal Antoinette —habría dicho mirándola de reojo con la barbilla clavada en el cuello— es un poco tosca». Y no en alusión a su personalidad, o no solo a eso, sino a sus orígenes. El acento la delataba, y la mirada. Dublín, un barrio pobre; a solo un paseo de donde yo crecí, quizá, y al mismo tiempo a kilómetros de distancia. Edificios de protección social. Grafitis de aspirantes a terroristas del IRA y charcos de orines. Yonquis. Personas que jamás en su vida se habían presentado a un examen pero se conocían al dedillo las matemáticas del subsidio del paro. Tipos que no habrían aprobado la elección laboral de Conway.

Hay gente a quien le gustan las cosas toscas. Le parecen interesantes, le encuentran el punto a la calle; sujetos que deciden incorporar a su vocabulario la jerga callejera. Pero esa tosquedad no resulta tan seductora cuando se crece en sus márgenes o toda la familia de uno nada como un perro enloquecido para mantenerse a flote en medio de la marea. A mí me gustan las cosas suaves, suaves como el terciopelo.

Me recordé a mi mismo; no es necesario ser el mejor colega de Conway. Basta con ser lo bastante útil como para entrar en el radar de su jefe, y luego seguir medrando.

—Sophie. Soy Antoinette. —Se le relajaba la boca cuando hablaba con alguien que le caía bien; se le dibujaba una especie de curva en la comisura que decía: «estoy lista para lo que sea», como en un desafío. La hacía parecer más joven, alguien con quien intentarías hablar en un bar, si tenías agallas—. Sí, bien. ¿Y tú?... Te voy a enviar una foto... No, del caso Harper. Necesito las huellas dactilares, pero ¿te importaría echarle un vistazo también a la fotografía? Comprueba con qué la tomaron, dónde y con qué la imprimieron. Toda información será bienvenida. —Inclinó el sobre para mirarlo más de cerca—. Le han pegado unas palabras... con letras recortadas, como en las típicas notas de rescate. A ver si puedes averiguar de dónde las han recortado, ¿de acuerdo?... Sí, ya lo sé. Óbrame un milagro. Hasta pronto.

Colgó. Se sacó un *smartphone* del bolsillo y tomó fotografías de la tarjeta: frontal, posterior, primer plano, plano general, detalles. Se dirigió a una impresora que había en un rincón para imprimirlas. Se volvió hacia su escritorio y me vio.

Me miró fijamente forzándome a apartar la vista. No lo hice.

—¿Sigues aquí?

—Quiero trabajar contigo en este caso —le dije.

Una carcajada contenida.

—Ya me lo imagino.

Se dejó caer de nuevo en la butaca y sacó un sobre de un cajón de su escritorio.

—Tú misma has dicho que no conseguiste nada de Holly Mackey y sus compañeras. En cambio, yo le caigo lo bastante bien o confía lo suficiente en mí como para traerme esto. Y si habla conmigo, hará que sus compañeras también lo hagan.

Conway reflexionó sobre ello. Hizo girar la butaca a un lado y a otro.

—¿Qué puedes perder? —le pregunté.

Quizá fuera mi acento. La mayoría de los policías han nacido en una granja en un pueblecito y no les gustan los dublineses listillos que se creen el centro del universo, cuando todo el mundo sabe que Dublín es una mierda pinchada en un palo. O quizá le gustara lo que había oído decir de mí. Sea como fuere, escribió un nombre en el sobre y deslizó la tarjeta en su interior. Y anunció:

—Voy a la escuela a echarle un vistazo a ese tablón de anuncios y a mantener unas cuantas charlas. Puedes acompañarme si quieres. Si me eres de utilidad, hablaremos sobre lo que ocurrirá a continuación. En caso contrario, regresas a Casos Abiertos sin rechistar.

Me abstuve de soltar un «¡Sí!» de alegría.

—Suená bien —me limité a decir.

—¿Tienes que llamar a tu mamá para comentarle que no vas a regresar a casa?

—Mi jefe está al corriente. Ningún problema.

—De acuerdo —dijo Conway. Apartó la butaca hacia atrás de un empujón—. Te pondré al día de camino. Yo conduzco.

Alguien silbó con admiración a nuestra espalda, cuando salíamos por la puerta. Oleada de risitas. Conway no miró atrás.

2

El primer domingo de septiembre por la tarde, las alumnas internas regresan al San Kilda. Lo hacen bajo un cielo limpio y despejado cuyo azul podría seguir perteneciendo al verano, de no ser por la V de pájaros que practican despegues a un extremo de la postal. Llegan gritando con un triple signo de exclamación; saltan y se abrazan en los pasillos que huelen a vacío, a ensueño estival y a pintura reciente; llegan con una piel bronceada que ha empezado a pelarse y con anécdotas de las vacaciones que contar, con cortes de pelo nuevos y pechos incipientes que las hacen parecer extrañas y distantes al principio, incluso a ojos de sus mejores amigas. Transcurrido un rato tras la conclusión del discurso de la señorita McKenna, se han recogido las teteras industriales y las galletas, de buena calidad; los padres se han despedido de sus hijas entre abrazos y advertencias de última hora acerca de los deberes y los inhaladores; algunas estudiantes de primer año han llorado; se han traído a la escuela los últimos objetos olvidados, y el sonido de los automóviles se ha desvanecido del camino de acceso hasta disolverse en el mundo exterior. Quedan las internas, la directora, un par de miembros del personal a quienes ha tocado comerse el marrón, y la escuela.

A Holly le están sucediendo tantas cosas nuevas que lo mejor que puede hacer es seguir el ritmo, poner cara de póquer y esperar a que, antes o después, todo empiece a parecerle real. Ha arrastrado su maleta por los pasillos alicatados del ala de internas, con los cuales aún no se halla familiarizada, con el runruneo de las ruedas sonando en los rincones, hasta llegar a su nueva habitación. Ha colgado sus toallas amarillas en la percha y ha extendido sobre la cama el edredón a rayas amarillas y blancas, aún pulcramente arrugado y con el olor a nuevo y a plástico del embalaje. Ella y Julia ocupan las camas junto a la ventana; Selena y Becca al final les han cedido el privilegio de escoger. A través de la ventana, desde esta nueva perspectiva, los terrenos de la escuela presentan un aspecto distinto: un jardín secreto repleto de recovecos que aparecen y desaparecen, a la espera de ser explorados... si se es lo bastante rápido.

Incluso el refectorio se antoja un lugar nuevo. Holly solía visitarlo a la hora de la comida, cuando se convierte en una olla de grillos, entre tanto parloteo y prisas, y todo el mundo se grita de mesa a mesa y come con una mano mientras con la otra envía mensajes por el móvil. A la hora de la cena, el zumbido de la llegada se ha desvanecido y las internas se agrupan formando corrillos entre largas franjas de formica vacía, despatarradas en torno a sus platos de albóndigas y ensalada, mientras hablan entre susurros que vagan errantes por el ambiente. La luz parece más tenue y la estancia huele más fuerte, a carne cocida y vinagre, a algo entre sabroso y nauseabundo.

No todo el mundo murmulla. Joanne Heffernan, Gemma Harding, Orla Burgess y Alison Muldoon están sentadas a dos mesas de distancia, pero Joanne da por sentado

que el mundo entero en cualquier lugar quiere escuchar cada una de las palabras que ella pronuncia y, aunque esté equivocada, nadie parece tener agallas suficientes como para decírselo.

—Tía, pero si salía en *Elle*... ¿Es que tú no lees? Se supone que es *fantabuloso* y, afrontémoslo, no quiero ser mala, pero una buena exfoliación te iría que ni pintada, ¿no crees, Orls?

—Jopé... —dice Julia, haciendo una mueca y frotándose la oreja que le queda más cerca de Joanne—. Decidme que no habla así de alto en los desayunos. No estoy de humor por la mañana.

—¿Qué es un exfoliante? —quiere saber Becca.

—Un producto para la piel —responde Selena.

Joanne y su pandilla siguen a pie juntillas los consejos de las revistas para tener la piel y el cabello perfectos, y mantener la celulitis a raya.

—Pues suena a algo de jardinería.

—Suena a arma de destrucción masiva —comenta Julia—. Y ellas son el ejército androide de la exfoliación y se limitan a seguir órdenes. Nos exfoliaremos.

Pone voz de *dalek*^[2] y habla fuerte a propósito para obligar a Joanne y a sus amigas a girarse, pero para entonces Julia sostiene en alto el tenedor con una albóndiga pinchada y le pregunta a Selena si cree que habrá un globo ocular dentro, fingiendo no haber visto a Joanne. Joanne escanea la escena con ojos impasibles y gélidos, y luego se da media vuelta, volteando su melena como si los *paparazzi* aguardaran agazapados para asomarse entre su comida.

—Nos exfoliaremos —repite Julia con voz de robot y al instante añade con su propia voz—: Hol, hace tiempo que te lo quería preguntar: ¿encontró tu madre al final las bolsas de rejilla?

Se esfuerzan por no estallar en risitas nerviosas.

Joanne espeta:

—Perdona, ¿me decíais algo?

—Las tengo en la maleta, sí —le responde Holly a Julia—. Cuando la deshaga, te... ¿Me preguntas a mí?

—A quien sea. ¿Hay algún problema?

Julia, Holly y Selena ponen cara de no haber roto un plato. Becca se llena la boca de patata para evitar que la bola de temor a punto de estallar en carcajadas le salga disparada y reviente.

—¿Que estas albóndigas dan asco? —plantea Julia, y se ríe un segundo demasiado tarde.

Joanne también se ríe, y el resto de las *daleks* la imitan, pero su mirada sigue siendo igual de gélida.

—Eres muy divertida —dice.

Julia arruga la nariz.

—Ayyy, gracias... Aquí estoy para servirte.

—Buena idea —replica Joanne—. Mantén ese objetivo. —Y retoma su cena.

—Nos exfolia...

En esta ocasión Joanne casi la pilla. Selena interviene justo a tiempo.

—Chicas, yo tengo bolsas de rejilla de sobra, si alguien necesita una. —El rostro entero se le deshace en una risita, pero está de espaldas a Joanne y habla con voz serena y segura, sin rastro de risa.

La mirada de láser de Joanne realiza un barrido por encima de sus cabezas y alrededor de las mesas, en busca de alguien que se atreva con ella.

Becca se ha tragado la comida demasiado pronto y eructa sonoramente. Se pone como un pimiento, pero les brinda a sus tres amigas la excusa perfecta que buscan tan desesperadamente: estallan en carcajadas, agarrándose las unas a las otras, con las caras casi pegadas a la mesa.

—Madre mía, pero qué desagradable eres —dice Joanne, frunciendo los labios en gesto repipi, mientras da media vuelta; sus amigas, bien entrenadas, también se dan media vuelta y fruncen los labios.

Pero solo consiguen agravar el ataque de risa. A Julia se le va un trozo de albóndiga por el conducto de la nariz, se pone como un tomate e intenta sonarse sonoramente en una servilleta de papel para expulsarla, y las otras casi se caen de la silla de tanto reír.

Cuando finalmente amainan las risas, caen en la cuenta de lo estúpido de la bromita. Siempre se han llevado bien con Joanne y su pandilla, lo cual es un gesto muy inteligente.

—¿A qué venía todo eso? —le pregunta Holly a Julia en voz baja.

—¿El qué? Si Joanne no dejaba de aullar pronto sobre ese estúpido tratamiento cutáneo, iban a fundírseme los tímpanos. Y, además, ha funcionado.

Las *daleks* forman un corrillo sobre sus bandejas, lanzan miradas recelosas a su alrededor y hablan en voz ostensiblemente baja.

—Pero seguro que se ha molestado —susurra Becca con los ojos como platos.

Julia se encoge de hombros.

—¿Y qué? ¿Qué se supone que va a hacer? ¿Ejecutarme? ¿Me he perdido el momento en el que me he convertido en su esclava?

—No, pero afloja un poco, eso es todo —comenta Selena—. Si quieres pelearte con Joanne, tienes todo el año por delante. No tiene por qué ser esta noche.

—Pero ¿qué problema hay? Nunca ha sido nuestra mejor amiga.

—Pero tampoco hemos sido nunca enemigas. Y ahora tienes qué convivir con ella.

—Exactamente —replica Julia, girando su bandeja para poder comerse la macedonia—. Creo que voy a disfrutar de este año.

Tras un muro alto, una franja de calle arbolada y otro muro de distancia, los alumnos

internos del Colm también se encuentran de regreso. Chris Harper ha extendido su edredón rojo sobre la cama, ha colocado su ropa en la balda del armario que le corresponde, canta una versión guarra del himno de la escuela con su nueva voz, más ronca, y sonríe cuando sus compañeros de habitación entran y le añaden coreografía. Ha colgado un par de pósteres encima de su cama, ha colocado la nueva fotografía enmarcada de su familia en su mesilla de noche, ha envuelto esa bolsa de plástico repleta de promesas en una toalla vieja y raída y la ha guardado bien oculta en su maleta, que ha colocado encima del armario, al fondo de todo. Después de comprobar en el espejo que la onda del flequillo está donde corresponde, baja al galope a cenar con Finn Carroll y Harry Bailey, entre gritos y risas estentóreas, ocupando todo el pasillo los tres, sacando bola y luchando en broma, como en un experimento, para averiguar quién de ellos se ha hecho más fuerte en el transcurso del verano. Chris Harper afronta el año con ilusión; se muere de ganas; tiene planes.

Le quedan ocho meses y dos semanas de vida.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Julia, una vez terminada la macedonia mientras devuelven las bandejas a los carros.

De la misteriosa cocina interior llega el estrépito de los platos y una discusión en un idioma extranjero que podría ser polaco.

—Lo que queramos hasta la hora de estudiar —responde Selena—. En ocasiones vamos al centro comercial o, si los chicos de Colm están jugando al rugby, solemos ir a ver el partido, pero no tenemos permiso para salir de los terrenos de la escuela hasta el fin de semana que viene. Así que podemos ir a la sala común o...

Se dirige ya hacia la puerta principal, con Becca a su lado. Holly y Julia las siguen.

Afuera sigue habiendo luz. Los terrenos de la escuela son prados verdes que se pierden, capa sobre capa, en el infinito. Hasta entonces ha sido una zona en la que Holly y Julia supuestamente no debían entrar; no es que fuera ninguna transgresión, o no exactamente, pero la única oportunidad de que las escolares de diario los utilizaran era durante la hora de la comida, y nunca quedaba demasiado tiempo para eso. Ahora parece que haya caído la capa de vidrio esmerilado que los cubría: los colores saltan a la vista y Holly distingue los trinos de los pájaros, separados y vívidos, al tiempo que las volutas de sombra entre las ramas resultan hondas y frías como pozos.

—Venga, vamos —dice Selena, y echa a correr por el prado de detrás de la escuela como si fuera de su propiedad.

Becca corre tras ella, Julia y Holly también arrancan a correr, mientras se adentran en la vorágine verde y silban, hasta darles alcance.

Dejan atrás la verja de hierro forjado, se internan entre los árboles y, de repente, los terrenos se convierten en un remolino de senderillos cuya existencia Holly

desconocía, caminitos que no conducen solo a un pequeño rincón junto al camino principal: manchas solares, revoloteos, ramas entrecruzadas sobre sus cabezas y estallidos de flores púrpura aparecen por el rabillo del ojo. Algo más arriba, desviada del camino, la falda plisada oscura de Becca y la melena dorada de Selena oscilan al unisono para describir un giro mientras ascienden por un cerro diminuto, dejan atrás unos arbustos que parecen podados con forma de bolitas por gnomos jardineros, y luego, tras unas motas oscuras y claras, vuelven a emerger al sol diáfano. Por un instante, Holly tiene que protegerse los ojos con las manos.

Es un calvero pequeño, apenas un círculo de hierba segada bordeado por altos cipreses. El aire se percibe allí distinto al instante y por completo, quieto y frío, con minúsculos torbellinos aquí y allá. Llegan a él distintos sonidos: el arrullo holgazán de una tórtola, el zumbido de los insectos trajinando en algún lugar... y desaparecen sin dejar ni una onda.

Selena dice, con la respiración entrecortada:

—Solemos venir aquí.

—Nunca nos habíais enseñado este lugar —observa Holly.

Selena y Becca se miran y se encogen de hombros. Por un instante, Holly casi se siente traicionada: Selena y Becca llevan dos años de internas, pero jamás se le había ocurrido que harían cosas juntas, ellas dos solas..., hasta que cae en la cuenta de que ahora ella también forma parte de todo eso.

—A veces tienes la sensación de que enloquecerás si no encuentras un lugar íntimo —explica Becca—. Por eso venimos aquí.

Se deja caer en la hierba hecha una maraña con sus esqueléticas piernas y alza la vista nerviosa hacia Holly y Julia. Junta las manos en forma de cuenco, muy prietas, como si les ofreciera aquel claro a modo de regalo de bienvenida y no supiera si es suficiente.

—Es fantástico —dice Holly. Huele la hierba cortada, la tierra fértil en las sombras; un rastro de algo salvaje, como si los animales trotaran en silencio a través de aquel camino de un lugar nocturno a otro—. ¿Y no viene nadie más?

—Cada cual tiene su propio lugar —contesta Selena—. Nosotras no vamos a los de las demás.

Julia se da la vuelta, echa la cabeza hacia atrás para contemplar cómo los pájaros giran en el círculo azul, se escinden y luego se reincorporan a la V.

—Me gusta —dice—. Me gusta mucho. —Y se deja caer en la hierba junto a Becca.

Becca sonrío y respira, y relaja las manos.

Se estiran y van desplazándose hasta que el sol se desliza fuera de su vista. La hierba es densa y brillante, como la piel de un animal, un goce para tumbarse.

—¡Qué pesadilla el discurso de McKenna! —exclama Julia—. «Sus hijas cuentan ya con un buen bagaje de partida, porque son ustedes personas cultas, personas preocupadas por la salud y formadas, personas fantásticas. Estamos encantados de

continuar con su buen trabajo». Pasadme la bolsa para vomitar.

—Cada año pronuncia el mismo discurso —dice Becca—, palabra por palabra.

—En primer curso, mi padre casi se me lleva derechita de vuelta a casa debido a esa perorata —explica Selena—. Dice que es elitista.

El padre de Selena vive en una especie de comuna en Kilkenny y lleva ponchos tricotados a mano. Fue su madre quien eligió el San Kilda.

—Mi padre opinaba lo mismo —dice Holly—. Se lo he leído en la cara. Me daba pavor que hiciera algún comentario de los suyos al finalizar McKenna, pero mamá le ha cortado la inspiración.

—Claro que era elitista —observa Julia—. ¿Qué pasa? No hay nada de malo en *ser elitista*. Hay cosas mejores que otras; fingir lo contrario no te hace más abierto de miras, simplemente te convierte en alguien estúpido. Lo que a mí me ha dado ganas de vomitar ha sido el peloteo. Como si fuéramos productos que han cagado nuestros padres, y McKenna dándoles collejitas de apoyo y diciéndoles que han hecho un trabajo magnífico, y ellos moviendo la colita y lamiéndole la mano, a punto de mearse en su puerta. ¿Cómo puede saberlo? ¿Qué pasa si mis padres no han leído ni un libro en toda su vida y me alimentan a base de chocolatinas Mars fritas en abundante aceite en cada comida?

—No le importa lo más mínimo —responde Becca—. Lo único que le interesa es hacerles sentir bien por gastarse un montón de dinero en librarse de nosotras.

Un silencio súbito corta el ambiente. Los padres de Becca trabajan en Dubái la mayor parte del tiempo. Ni siquiera han regresado para el día de hoy; ha sido el ama de llaves quien ha acompañado a Becca a la escuela.

—Me alegro de que estéis aquí —dice Selena.

—A mí todavía no me parece real —comenta Holly, lo cual es una verdad a medias, pero es lo mejor que se le ocurre.

Le parece real a ráfagas, entre otras extensiones largas y granulosas de imágenes estáticas vertiginosas, pero se trata de ráfagas lo bastante vívidas como para expulsar las otras realidades de su cabeza y hacerla sentir como si siempre hubiera estado allí. Luego desaparecen.

—Pues a mí, sí —replica Becca.

Sonríe mirando al cielo. La magulladura se ha disipado de su voz.

—Ya te lo parecerá —la tranquiliza Selena—. Se tarda un tiempo.

Permanecen allí tumbadas, notando cómo sus cuerpos se hunden cada vez más en el calvero mientras cambian de ritmo para fusionarse con las cosas que las rodean: el *toc toc toc* de un pájaro en algún lugar, el lento deslizarse y parpadeo de los rayos de sol a través de las densas copas de los cipreses. Holly se da cuenta de que está repasando el día, tal como hace cada tarde en el autobús de camino a casa, seleccionando fragmentos para explicarlos: una anécdota divertida con cierto descaro para papá, algo para impresionar a mamá o, si Holly está enfadada con ella, como ocurre con frecuencia últimamente, algo para sobresaltarla y hacer que suelte un:

«Por todos los santos, ¿por qué iba a querer nadie decir algo así...?», mientras Holly alza la vista al cielo. De repente cae en la cuenta de que no tiene sentido hacerlo. La imagen que cada día deja en su estela no va a cobrar forma con la sonrisa de papá ni las cejas interrogantes de mamá, ya no.

Ahora le darán forma sus amigas. Holly las mira y nota cómo el día de hoy se mueve y se amolda a unos contornos que recordará dentro de veinte años, y dentro de cincuenta: el día en que a Julia se le ocurrió lo de las *daleks*, y en que Selena y Becca llevaron a Julia y a ella por primera vez al claro que había entre los cipreses.

—Será mejor que regresemos pronto —comenta Becca sin moverse.

—Es temprano —opina Julia—. Habéis dicho que tenemos permiso para hacer lo que queramos.

—Nosotras sí, más o menos. Pero cuando eres nueva, se ponen hipernerviosas si no te ven todo el tiempo, como si pudieras escaparte o algo así.

Se ríen, en voz baja, en medio de aquel círculo de aire quieto. Y aquella ráfaga vuelve a sacudir a Holly: un hilo de graznidos de gansos salvajes atravesando el cielo, sus dedos entretejidos en la fría piel de la hierba, el parpadeo de las pestañas de Selena recortándose contra el sol y la sensación de que su vida siempre ha sido así y de que todo lo demás es un sueño en vigilia que se oculta tras el horizonte. Esta vez la ráfaga dura más.

Unos minutos más tarde, Selena apunta:

—Becs tiene razón. Deberíamos irnos. Si vienen a buscamos...

Si una profesora viniera a aquel calvero... El mero pensamiento les provoca un escalofrío en la espalda y las hace ponerse en pie de un brinco. Después de sacudirse la hierba de la ropa, Becca le quita unas briznas a Selena del cabello y se lo peina con los dedos.

—De todos modos, yo tengo que acabar de deshacer la maleta —anuncia Julia.

—Y yo también —se suma Holly.

Holly piensa en el ala de las internas, en los altos techos que parecen listos para llenarse con las armonías de las voces de las monjas, frías y livianas. Tiene la sensación de que alguien distinto sobrevuela la cama a rayas amarillas y blancas, aguardando a que llegue su momento: una nueva Holly, una versión diferente de cada una de ellas. Nota el cambio penetrándole la piel y arremolinándose en los amplios espacios que separan sus átomos. De pronto comprende lo que Julia ha hecho a la hora de la cena, al incordiar a Joanne. Aquella marea también le estaba meciendo los pies; mientras ella trataba de abrirse paso para no dejarse llevar por la corriente y demostrar que tenía su propia opinión antes de que la engullera y la arrastrara para siempre.

—Sabes que puedes venir a casa siempre que quieras —le ha dicho su padre unas ochenta mil veces—. A cualquier hora, de día o de noche: una llamada de teléfono y estaré aquí en menos de una hora. ¿Entendido?

—Sí, lo sé, ya lo he entendido —ha respondido Holly otras ochenta mil—. Si

cambio de opinión, te llamaré y regresaré a casa.

Hasta ahora no se le había ocurrido que quizá la cosa no funcionara así.

3

A Conway le gustaban los coches de la Brigada. Y los conocía bien. De entre los de la flota, se dirigió directamente a un MG negro retro, una maravilla. Un detective jubilado se lo legó a las fuerzas del orden en su testamento, su orgullo y felicidad. El encargado de la flota no habría dejado que Conway le pusiera las manos encima si ella no hubiera sabido manejarse. «Las transmisiones andan mal, detective, lo siento en el alma, pero tenemos un Volkswagen Golf fantástico ahí mismo»... Conway lo saludó con la mano y él le lanzó las llaves.

Conducía el MG como si fuera su caballo de toda la vida. Nos dirigimos rumbo al sur, donde vive la gente pija, con Conway mordisqueando rauda las esquinas de aquel remolino de callejones y tocando el claxon cuando alguien no se daba el piro con la rapidez suficiente.

—Que te quede clara una cosa —me dijo—: aquí mando yo. ¿Te molesta recibir órdenes de una mujer?

—No.

—Eso dicen todos.

—Yo lo digo de verdad.

—Bien. —Frenó de sopetón frente a una cafetería de esas con aspecto de vender productos integrales cuyos escaparates pedían a gritos un lavado—. Tráeme un café. Solo, sin azúcar.

No tengo el ego tan débil; no se desplomará sin un entrenamiento diario. Fuera del coche, dos cafés para llevar, incluso le saqué una sonrisa a la deprimida camarera.

—Aquí tienes —dije, mientras me deslizaba en el asiento del copiloto.

Conway le dio un sorbito.

—Está asqueroso.

—Has escogido tú el sitio. La suerte es que no lo hayan elaborado con brotes de soja.

Estuvo a punto de sonreír, pero reprimió la sonrisa.

—Sí que lo han hecho. Tíralo a la basura. Los dos, el tuyo y el mío; no quiero que el coche apeste.

La papelería estaba al otro lado de la calle. Salí, esquivé el tráfico, alcancé la papelería, esquivé el tráfico de nuevo y volví a meterme en el coche. Empezaba a entender por qué Conway seguía trabajando en solitario. Pisó el acelerador antes de que hubiera metido la pierna y cerrado la puerta.

—Bueno —dijo, algo más amable, pero solo un poco—. Conoces el caso, ¿verdad? ¿Lo básico al menos?

—Sí.

Hasta los perros callejeros conocían los detalles básicos.

—Sabes que no atrapamos a nadie. ¿Algún pajarito te ha dicho algo acerca de por qué?

Los pajaritos piaban todo tipo de cosas, pero yo me limité a decir:

—En algunos casos ocurre.

—Topamos con un muro, ese es el porqué. Ya sabes cómo va esto: tienes la escena del crimen y un montón de testigos entre los que escoger y cuentas también con la vida de la víctima, y más te vale que una de esas tres cosas te dé alguna pista. Pues nos dieron un montón de nada. —Conway detectó un hueco del tamaño de una bici en el carril por el que circulaba y embutió el coche por él de un volantazo—. Básicamente, nadie parecía tener un motivo para querer asesinar a Chris Harper. Era un buen chico, en todos los sentidos. Es lo que suele decirse, pero en esta ocasión creo que lo decían de verdad. Dieciséis años, en cuarto curso del San Colm, interno; de hecho, su familia vive a la vuelta de la esquina, prácticamente, pero su padre consideró que no disfrutaría «del todo de la experiencia de estudiar en el Colm» a menos que estuviera internado. Los colegios como ese sirven para hacer contactos; haz los amigos correctos en el Colm y nunca en la vida tendrás que trabajar por menos de cien mil libras al año.

El gesto de la boca de Conway revelaba lo que pensaba acerca de eso.

—Cuando hay muchos críos juntos, pueden darse situaciones desagradables —tercié yo—. ¿No detectasteis nada raro en el radar?

Cruzamos el canal, nos adentramos en el barrio de Rathmines.

—Nada. Chris era un chaval popular en la escuela, con un montón de amigos y sin enemigos. Alguna que otra pelea, pero lo normal en los críos de esa edad, es lo que hacen; nada destacable, nada que nos llevara a ningún sitio. No tenía novia o, al menos, no oficialmente. Tenía tres ex (hoy en día empiezan pronto), pero no estamos hablando de amor, sino de besuqueos en el cine y luego cada uno por su lado; todas las rupturas habían sido hacía más de un año y sin resentimiento, hasta donde nosotros fuimos capaces de averiguar. Se llevaba bien con los profesores; según dijeron, a veces alborotaba en clase, pero era solo porque tenía demasiada energía, no por malicia. De inteligencia normal, ni un genio ni un lerdo; y se esforzaba también lo normal. Se llevaba bien con sus padres, cuando los veía, que era pocas veces. Tenía una hermana, mucho más pequeña, y congeniaban. Los instigamos a todos, no porque creyéramos que ocultaban algo, sino porque eran lo único con que contábamos. Y fue en vano. Nada en absoluto.

—¿Algún vicio?

Conway sacudió la cabeza.

—Ni siquiera eso. Sus compañeros dijeron que podía fumarse un cigarrillo esporádico en una fiesta, o un porro, y que se emborrachaba de vez en cuando, cuando tenían acceso a bebida, pero no se encontraron restos de alcohol en el cadáver. Tampoco tenía drogas en el organismo y no las encontramos entre sus enseres. Ningún enlace a páginas de juego en Internet. Un par de webs porno en el historial del ordenador, en casa de sus padres, pero ¿a quién le sorprende? Eso es lo peor que hizo, hasta donde nosotros logramos establecer, unas cuantas caladas de

porro e imágenes de coños en la red.

De perfil se la veía tranquila. Las cejas un poco caídas, concentrada en el volante. Pero cualquiera habría dicho que no le supuso ningún problema haber acabado con aquel montón de nada: los dados habían salido así, no era personal.

—Ni móvil, ni pistas ni testigos; al cabo de un tiempo andábamos mordiéndonos la cola, interrogando a las mismas personas una y otra vez, y obteniendo las mismas respuestas. Teníamos otros casos; no podíamos permitirnos invertir más meses calentándonos la cabeza con aquel. Al final lo cerré. Lo dejé en suspenso, a la espera de que apareciera algo como esto.

—¿Cómo acabaste dirigiendo el caso? —pregunté.

Conway pisó a fondo el acelerador.

—¿Te refieres a cómo puede ser que una muchachita acabara con un caso de este calibre entre las manos? Debería haberme limitado a delitos domésticos, ¿no?

—No. Lo digo porque eras novata.

—¿Y qué más da? ¿Insinúas que por eso no resolvimos el caso?

No lo llevaba bien. Lo disimulaba lo bastante como para que sus compañeros de Departamento no se le subieran a la chepa, pero estaba lejos de haberlo encajado.

—No, en absoluto. Lo que quiero decir es que...

—Porque, si no, ya puedes irte a la mierda. Puedes bajarte del coche ahora mismo y regresar a Casos Abiertos en autobús.

De no haber estado conduciendo, me habría enseñado el dedo corazón.

—No. Lo que digo es que con un caso como este, con un chaval muerto y una escuela pija, en el Departamento sabían que sería importante. Costello era el que más tiempo llevaba en el cuerpo. ¿Cómo puede ser que no lo firmara él?

—Porque yo me lo había ganado. Porque Costello sabía que soy una detective de primera. ¿Lo entiendes?

La aguja seguía moviéndose, sobrepasaba el límite.

—Entendido —repliqué yo.

Un poco de paz. Conway soltó un poco el acelerador, pero no demasiado. Habíamos llegado a Terenure Road; una vez que el MG ganó un poco de espacio, empezó a demostrar lo que era capaz de hacer. Tras dejar transcurrir un silencio prudencial, comenté:

—Este coche es una joya.

—¿Lo has conducido alguna vez?

—Todavía no.

Asentimiento esquivo con la cabeza, como si coincidiera con lo que pensaba acerca de mí.

—Para ir a un lugar como el San Kilda hay que entrar por la puerta grande. —La mano, por encima de la cabeza—. Hay que ganarse el respeto.

Eso me reveló algo acerca de Antoinette Conway. Yo habría escogido un viejo Polo, con demasiados kilómetros y demasiadas capas de pintura, aunque no las

suficientes como para disimular las abolladuras. Si te presentas como una persona humilde, pillas a la gente con la guardia baja.

—Es de ese tipo de sitios, ¿eh?

Se le retrajo el labio.

—Virgen Santa. Pensé que me iban a hacer pasar por una cámara de descontaminación para quitarme el acento. O que me iban a lanzar el uniforme de una mujer de la limpieza y señalarme la dirección de la entrada del servicio. ¿Sabes cuánto pagan de tasas? Empiezan pagando ocho mil libras al año. Y eso si las alumnas no están internas y no realizan actividades extraescolares, como coral, piano, teatro... ¿En tu escuela impartían esas cosas?

—Nosotros jugábamos al fútbol en el patio.

A Conway le gustó mi respuesta.

—Una mocosa de mierda: entro en la sala de interrogatorios y grito su nombre para que pase, y va y me dice: «Eh, ahora mismo no puedo acudir, tengo clase de clarinete en cinco minutos». —Se le volvió a rizar la comisura del labio. Fuera lo que fuera lo que le había contestado a la cría, lo había disfrutado—. Su interrogatorio duró una hora. No quieres sopa, pues dos tazas,

—Y la escuela —quise saber yo— ¿es pija y buena o solo pija?

—Yo no enviaría allí a mi hija ni aunque me tocara la lotería. Pero... —Encogió un hombro—. Las clases son reducidas. Y obtienen un montón de premios Jóvenes Científicos. Todo el mundo luce una dentadura perfecta, nadie sale con un bombo y todas esas pequeñas alimañas con pedigrí acaban yendo a la universidad. Así que supongo que es una escuela buena, si te parece bien que tu hija se convierta en una estúpida arrogante.

—El padre de Holly es policía —dije yo—. Dublinés. Del barrio de Liberties.

—Ya lo sé. ¿Crees que se me pasó por alto?

—No la enviaría ahí si fuera a convertirse en una estúpida arrogante.

Conway asomó el morro del MG tras un semáforo en rojo. Verde: pisó a fondo.

—¿Crees que le gustas a Holly? —preguntó.

Estuve a punto de soltar una carcajada.

—Era solo una niña: tenía nueve años cuando nos conocimos y diez cuando fue a juicio. Después de aquello no había vuelto a verla, hasta hoy.

Conway me lanzó una mirada que revelaba que el niño allí era yo.

—Te sorprenderías... ¿Es mentirosa?

Reflexioné sobre el pasado.

—A mí no me mintió. O, al menos, yo no le pillé ninguna mentira. Por aquel entonces era una buena niña.

—Es una mentirosa —sentenció Conway.

—¿Qué dijo?

—No lo sé. Yo tampoco la pillé. Quizá no me mintiera a mí. Pero las chicas de su edad mienten. Todas sin excepción.

Estuve a punto de decir: «La próxima vez que me vayas a hacer una pregunta trampa, ahórratela para un sospechoso». En su lugar, comenté:

—Me importa un carajo si es o no mentirosa, siempre que a mí no me mienta.

Conway subió otra marcha. Al MG le encantó.

—Dime —añadió—. ¿Qué te ha contado tu amiguita Holly acerca de Chris Harper?

—La verdad es que no mucho. Que era un chaval más. Que lo conocía de verlo por ahí.

—De acuerdo. ¿Crees que decía la verdad?

—Todavía no lo he decidido.

—Pues ya me lo dirás cuando lo hagas. Te voy a explicar por qué les dedicamos una atención especial a Holly y sus amigas. Son una pandilla de cuatro, o al menos lo eran entonces: Holly Mackey, Selena Wynne, Julia Harte y Rebecca O'Mara. Uña y carne. —Cruzó los dedos—. Otra muchacha de su clase, Joanne Heffernan, dijo que la víctima había salido con Selena Wynne.

—Entonces ¿creéis que era eso lo que estaba haciendo en el San Kilda? ¿Que se había colado allí para citarse con ella?

—Sí. Hay un dato que no dimos a conocer, así que intenta no soltarlo en los interrogatorios: llevaba un condón en el bolsillo. No llevaba nada más, ni cartera, ni teléfono (estaban en su habitación), solo un condón. —Conway alargó el cuello, giró el volante, adelantó a un Volkswagen que avanzaba al ritmo de un caracol y esquivó a un camión que venía de cara justo a tiempo. Al camionero no le hizo ninguna gracia—. ¡Jódete, imbécil...! Y había flores sobre el cadáver, eso tampoco lo revelamos. Jacintos, esas flores azules rizadas con una fragancia dulzona muy intensa, ¿sabes? Cuatro tallos. Las habían cogido de un macizo de los terrenos de la escuela, no muy lejos del escenario del crimen, de manera que el asesino pudo colocarlas allí, pero... —Se encogió de hombros—. ¿Un chaval en la escuela de su novia después de medianoche con un condón y flores? Yo diría que le habían prometido algo.

—¿Se demostró que la escena del crimen fue la escuela, verdad? ¿Que no lo tiraron allí después de muerto?

—Imposible. El golpe le abrió la cabeza por la mitad. Había un montón de sangre. Por la manera como fluyó, la Policía Científica estableció que había permanecido inmóvil después de que lo golpearan. No lo habían arrojado ahí ni había intentado buscar ayuda arrastrándose; ni siquiera trató de levantar la mano para tocarse la herida. No tenía sangre en las manos. Un ¡bang! —chasqueó los dedos— y lo dejaron tieso.

—Me apuesto lo que sea a que Selena Wynne aseguró que no tenía planes de reunirse con él aquella noche —dije yo.

—Por supuesto. Y sus tres amigas dijeron lo mismo. Selena no iba a reunirse con él y no salía con él, solo lo conocía de por ahí. Las sorprendió que les sugiriera algo parecido.

La voz de Conway tenía un matiz seco. No sonaba convencida.

—¿Qué dijeron los amigos de Chris Harper?

Un bufido.

—«Ehhhh, no lo sé», principalmente. Son chavales de dieciséis años. Obtendrás más información yendo al zoo e interrogando a los chimpancés. Uno de ellos era capaz de formular frases enteras: Finn Carroll, pero no tenía demasiado que contarnos. No se quedaban despiertos por la noche para hacerse confesiones, como hacen las chicas. Dijeron que sí, que a Chris le gustaba Selena, pero que también le gustaban un montón de chavalas y que a muchas les gustaba él. Hasta donde ellos sabían, él y Selena nunca habían ido más lejos.

—¿Tenéis algo que lo contradiga? ¿Contactos a través de los móviles o de Facebook?

Conway sacudió la cabeza.

—No había llamadas ni mensajes de texto entre ellos, y tampoco nada en Facebook. Todos esos chavales tienen cuenta en Facebook, pero los internos las utilizan principalmente durante las vacaciones; ambas escuelas bloquean las webs de redes sociales en los ordenadores y no permiten utilizar teléfonos inteligentes, no vaya a ser que la pequeña Philippa se escape con un perverso a quien haya conocido a través de Internet durante sus horas en el colegio. O aún peor: el pequeño Philip. Imagínate la demanda.

—Entonces lo único que tenemos es la prueba de Joanne Heffernan.

—Heffernan no tenía pruebas. Lo único que nos dijo fue: «Entonces lo vi observarla y a ella mirarlo a él y, en otra ocasión, él le dijo algo, así que no hay duda de que estaban enrollados». Todas sus amigas juraron que pensaban lo mismo, pero lo harían aunque no fuera verdad. Heffernan es una víbora venenosa. Su pandilla son todas muchachas guays y ella es la abeja reina. El resto le tiene pavor. Si cualquiera de ellas se atreve a parpadear sin que ella le dé permiso, la dejarían en la estacada y Heffernan y las demás se pasarían el día machacándola hasta acabar los estudios. Así que dicen lo que les ordena.

—¿Y la pandilla de Holly? ¿También son guays?

Conway frenó en otro semáforo en rojo y tamborileó dos dedos en el volante, al ritmo del intermitente.

—Son una pandilla extraña —contestó al fin—. No son las típicas hijas de puta mandonas, y tampoco pertenecen a la cuadrilla de Heffernan. Pero yo diría que Heffernan no se atreve a meterse con ellas. Le echó un cubo de mierda a Selena a la primera oportunidad que tuvo y casi se le mojaron las bragas de emoción al hacerlo, pero no sería capaz de enfrentarse a ellas cara a cara. No son el colmo de la popularidad, pero están bien consideradas.

Algo en mi cara, el esbozo de una sonrisa.

—¿Qué?

—Que hablas como si fueran pandillas de chicas del este de Los Ángeles. Como

si llevaran cuchillas de afeitar ocultas en el pelo.

—Poco les falta —contestó Conway, al tiempo que desviaba el MG de la carretera principal—. Muy poco.

Las casas se volvieron más altas y alineadas con respecto a la calle. Coches grandes, nuevos, relucientes; no se ven muchos de esos hoy en día. Verjas eléctricas por todas partes. En un jardín delantero había una estatua hecha de hormigón armado que recordaba al asa de una taza, pero de un metro y medio de altura.

—Entonces ¿te creíste la historia de Selena? ¿No puede ser que alguien tuviera celos de que saliera con Chris por un lado o por el otro?

Conway aminoró la velocidad, no demasiado, para circular por la zona residencial. Pensaba.

—No digo que me creyera lo de Selena. Ya la verás; yo creo que no tiene fuerza para hacer algo así, al menos no del todo. Lo que le ocurre a Heffernan es que si la envidia fuera tiña: Selena es el doble de guapa que ella... Pero no significa que me cayera bien. Ni siquiera que la creyera. Lo único que digo es que había algo, algo extraño.

Y allí estaba, probablemente: la razón por la cual me había permitido ir con ella. Algo en el rabillo de su ojo, que desaparecía cuando miraba de frente. Costello tampoco había sido capaz de captarlo. Conway pensaba que quizás un par de ojos frescos sirviera de ayuda; tal vez, los míos.

—¿Pudo haberlo matado una adolescente? Me refiero a si es físicamente posible.

—Sí. Desde luego. El arma, cosa que tampoco salió a la luz, fue una azada que cogieron del cobertizo del guarda. Un solo golpe le atravesó el cráneo a Chris Harper y le llegó al cerebro. Los de la Científica dijeron que, con el largo mango y la cuchilla afilada, no se necesitaba demasiada fuerza. Una niña podría haberlo hecho fácilmente, si tenía un buen *swing*.

Empecé a formular una pregunta, pero Conway tomó un desvío tan repentino y sin luz intermitente que a punto estuve de perderme el momento en el que atravesamos la entrada: al otro lado, unas verjas altas de hierro negro, la caseta de piedra del guarda, el arco de hierro con la inscripción «St. Kilda's College» labrada en dorado. Frenó una vez franqueada la verja, lo que me permitió echar un buen vistazo.

El camino de acceso estaba formado por un semicírculo de guijarros blancos alrededor de una suave pendiente de hierba verde segada que se extendía hasta el infinito. En la cumbre de la cuesta se erguía la escuela.

Antaño la casa de los ancestros de alguien, una mansión con mozos de cuadra que sujetaban caballos de carruajes en plena danza, con damiselas de cintura de avispa paseando del brazo por los prados. ¿Qué tendría: unos doscientos años? ¿Tal vez más? Era un edificio alargado, de piedra gris clara, con tres niveles de altas ventanas en sentido vertical y más de una docena en horizontal. Un pórtico sostenido por esbeltas columnas rematadas en capiteles con volutas; una balaustrada en la azotea,

pilares curvos y delicados cual jarrones. Era la perfección hecha edificio; todo armonioso, equilibrado, hasta el último detalle. El sol se fundía sobre él, despacio, como la mantequilla en una tostada.

Quizá debería haberlo detestado. Yo había asistido a una escuela pública, con aulas en pabellones prefabricados destartados; teníamos que dejarnos el abrigo puesto cuando se estropeaba la calefacción, cosa que pasaba cada invierno, y tapar las manchas de moho con mapas geográficos. Nos retábamos a tocar las ratas muertas que encontrábamos en los lavabos. Quizás al contemplar aquel colegio, debería haber sentido ganas de cagarme en el pórtico.

Pero era muy bello. Y a mí me encantan las cosas bellas, siempre me han gustado. Nunca he entendido por qué debería odiar todo aquello que me gustaría haber tenido. Siempre he creído que debía amarlas aún más si cabe. Que es preciso esforzarse para acercarse a ellas. Aferrarse con fuerza... hasta encontrar un modo de apoderártelas.

—Mira eso —dijo Conway, reclinándose en su asiento, con los ojos entornados—. Es la primera vez en mi vida en que lamento ser poli. Cuando veo un montón de mierda de este calibre me gustaría rociarlo con gasolina y prenderle fuego.

Me observaba, para comprobar mi reacción. Me estaba poniendo a prueba. Podría haber aprobado fácilmente. Haber soltado pestes sobre las niñas mimadas pijas y mi vida en una casa de protección oficial, Podía haberlo hecho. ¿Por qué no? Llevaba mucho tiempo deseando entrar en Homicidios. *Esforzarse para acertarse a ellas. Aferrarse con fuerza... hasta encontrar un modo de apoderártelas.*

Conway no era alguien de quien quisiera hacerme amigo.

—Es espectacular —dije.

Su cabeza reclinada hacia atrás, la boca esbozando una mueca que podría haber sido una sonrisa, de no haber sido otra cosa. ¿Decepción?

—Les vas a encantar —opinó—. Venga, vamos a buscarte un culito pijo que lamer.

Pisó el acelerador y ascendimos por el camino de entrada a toda pastilla, disparando guijarros con las ruedas.

El aparcamiento estaba a la derecha, apantallado por unos árboles altos de un color verde oscuro; diría que eran cipreses; deseé entender más de árboles. No había Mercedes resplandecientes, pero tampoco cafeteras; los maestros podían permitirse conducir algo decente. Conway aparcó en un espacio *reservado*.

Era poco probable que nadie en el San Kilda viera el MG, a menos que hubieran estado mirando por una de las ventanas frontales cuando atravesamos la verja. Conway lo había escogido por ella misma; por cómo le apetecía llegar, que la vieran llegar. Volví a reescribir lo que pensaba de ella, una vez más.

Salió del coche con agilidad, se echó el bolso al hombro (no llevaba un bolsito de mujer, sino un bolso de piel negra, más masculino que muchos de los maletines de los

muchachos de Homicidios).

—Primero iremos a ver la escena del crimen para que extraigas tus propias conclusiones. Acompáñame.

Atravesamos la fría cortina de sombra bajo la pantalla arbolada. Un sonido parecido a un suspiro sobre nuestras cabezas; Conway miró hacia arriba de repente, pero era solo el viento que soplaba a través de las densas ramas. A nuestra izquierda, cuando volvimos a emerger al sol, encontramos la fachada posterior de la escuela. A la derecha, otra magnífica ladera de hierba bordeada por un seto de baja altura.

El edificio principal tenía dos alas, cada una de las cuales se extendía desde la fachada posterior por un extremo. Es posible que se hubieran añadido más tarde, pero se había respetado el estilo. La misma piedra gris, la misma intervención ligera en los ornamentos; alguien más interesado en las líneas que en las florituras.

Conway dijo:

—Aulas, vestíbulo, oficinas, todo lo relacionado con el colegio ocupa el edificio principal. Aquella —el ala más cercana— acoge los aposentos de las monjas. Entrada separada, ninguna puerta que conecte con la escuela; el ala se cierra con llave durante la noche, pero todas las monjas tienen llaves y una habitación privada. Cualquiera de ellas podría haber salido a hurtadillas y golpeado a Chris Harper. Solo queda una docena, la mayoría de ellas roza los cien años y no hay ninguna por debajo de los cincuenta; ahora bien, como he dicho antes, no hacía falta ser culturista para matarlo.

—¿Algún móvil?

Escudriñó las ventanas. El sol rebotaba en ellas y nos deslumbraba.

—Las monjas están como una chota. Quizás una de ellas vio al muchacho meterle mano por debajo del jersey a alguna de las alumnas y se figuró que era un esbirro de Satán que había venido a corromper a inocentes.

Atravesó el plácido prado en diagonal en dirección opuesta al edificio. Ningún letrero advertía «prohibido pisar el césped», pero parecía que lo hubiera. Dos cabezas de ganado como nosotros en un lugar como aquel: en cualquier momento podía salir un guarda forestal de entre los árboles y perseguirnos por aquellos terrenos, con perros de caza mordisqueándonos el trasero de los pantalones.

—La otra ala la ocupan las internas. Por la noche permanece cerrada como la concha de una monja, y las alumnas no tienen llaves. Las ventanas de la planta baja lucen barrotes. La puerta se halla en la parte posterior, pero por la noche se activa la alarma. Un acceso conecta con la escuela en la planta baja, y ahí es donde el asunto se pone interesante. Las ventanas de la escuela no poseen barrotes. Ni tampoco están protegidas con alarma.

—¿Y no se cierra la puerta que las conecta?

—Sí, por supuesto. Permanece cerrada día y noche. Pero si hay algo importante, como por ejemplo que una alumna olvide los deberes en su habitación o necesite un libro de la biblioteca para acabar algún proyecto, puede pedir la llave. La secretaria de la escuela, la enfermera y la matrona (no bromeo, hay una matrona) tienen llave. Y

en enero del año pasado, cuatro meses antes de lo de Chris Harper, la llave de la enfermera desapareció.

—¿Y no cambiaron la cerradura?

Conway puso la vista en el cielo. La incredulidad no solo se reflejaba en su rostro, sino también en su forma de moverse, en la espalda erguida, en el balanceo de sus hombros y en su expresión iracunda.

—¿Sería lo lógico, verdad? Pues no. La enfermera guardaba la llave en una estantería, justo encima de la papelera; pensó que se le habría caído y que la habrían tirado con la basura. Solicitó que le hicieran una copia nueva y se olvidó del asunto, *tralará*, todo va como la seda, hasta que aparecimos haciendo preguntas. Te lo juro por mi madre, no sé quién es más inocente en este lugar; si las alumnas o el personal. ¿Qué pasaría si una interna tuviera la llave? Podría abrir la puerta que conecta con la escuela cualquier noche, salir por una ventana y hacer lo que le viniera en gana hasta que decidiera regresar por aquí a la hora del desayuno.

—¿No hay guarda de seguridad?

—Sí que lo hay. Vigilante nocturno, lo llaman; les debe de parecer que suena más *elegante*. Se sienta en la caseta que hemos dejado atrás al entrar y hace la ronda cada dos horas. Pero no hay que ser ningún genio para esquivarlo. Espera a ver las dimensiones de los terrenos de la escuela. Ven aquí.

Una verja en el seto, volutas de hierro forjado, un largo y frágil crujido cuando Conway la abrió. Tras ella había una pista de tenis, un campo de fútbol y, a continuación, más hierba, esta vez perfectamente cuidada para parecerlo un poco menos; sin llegar a ser silvestre, pero simulándolo. Un batiburrillo de árboles que había tardado siglos en crecer: abedules, robles, sicómoros. Senderitos de guijarros serpenteando entre los macizos de flores plantados con lavanda y florecillas amarillas. Todas las hierbas eran silvestres, tan suaves al tacto que podían atravesarse sin problema con la mano.

Conway chasqueó los dedos frente a mi cara.

—Concéntrate.

—¿Cómo duermen las internas? ¿En dormitorios comunes o en habitaciones individuales?

—Las de primer y segundo año, en dormitorios de seis. Las de tercero y cuarto, en habitaciones de cuatro. Las de quinto y sexto, en habitaciones dobles. De manera que sí, si decidieras escabullirte, al menos tendrías que preocuparte de tu compañera de habitación. Pero aquí viene lo bueno: a partir de tercer año, decides con quién compartir. De manera que es probable que tu compañera de cuarto esté de tu parte.

A un lado de la pista de tenis, donde las redes estaban sueltas, un par de pelotas rodaron hasta un rincón. Seguí notando las ventanas de la escuela clavadas en el cogote.

—¿Cuántas internas hay?

—Sesenta y tantas. Pero estrechamos el cerco. La enfermera le dio a una de ellas

la llave el martes por la mañana y la cría se la devolvió. El viernes, a la hora de comer, alguien se la pidió pero había desaparecido. La consulta de la enfermera permanece cerrada con llave cuando ella no está; ella jura que siempre se cerciora de hacerlo para evitar que cualquiera se acabe pinchando Benylin o lo que sea que guarde ahí dentro. De manera que, si alguien le birló la llave, se trató de una persona que acudió a la enfermería entre el martes y el viernes.

Conway apartó una rama de su camino, tomó uno de los senderos y se internó en el bosque. Las abejas se afanaban con una flor de manzano. Los pájaros piaban sobre nuestras cabezas, nada de urracas ruidosas, solo pajarillos felices cotilleando entre sí.

—En el registro de la enfermera figuraban cuatro nombres. Una cría llamada Emmeline Locke-Blaney, de primer año, interna: le dábamos tanto miedo que casi se meó encima: no la veo capaz de haber ocultado nada. Catriona Morgan, alumna de quinto año, pero no interna, lo cual no la exime de culpa, pues podría haberle dado la llave a una compañera interna, aunque no acostumbran a formar camarilla; las externas y las internas no suelen mezclarse demasiado. —Había transcurrido un año y aún se sabía todos los nombres de memoria. Chris Harper le había llegado hondo; de acuerdo—. Alison Muldoon, una interna de tercer año, una de las perritas falderas de Heffernan. Y Rebecca O'Mara.

—La pandilla de Holly Mackey otra vez.

—Si. ¿Entiendes por qué no estoy convencida de que tu amiguita te esté contando todo lo que sabe?

—¿Por qué fueron a enfermería? ¿Lo comprobasteis?

—Emmeline era la única con un motivo verificable: se hizo un esguince en el tobillo jugando al hockey, al polo o a lo que sea y hubo que vendárselo. Las otras tres tenían dolor de cabeza o de regla o mareos o cualquier otra chorrada. Podría ser verdad o solo una excusa para escaquearse de clase o... —Conway arqueó la ceja—. Les recetaron un par de analgésicos y un ratito de reposo, justo en la camilla que hay cerca de la estantería donde se guarda la llave.

—Y todas dijeron que no la habían tocado.

—Lo juraron por su vida. Tal como he dicho, me creí a Emmeline. En cuanto al resto... —Aquella ceja de nuevo. El sol que se filtraba a través de las hojas le rayaba las mejillas como una pintura de guerra—. La directora juró y perjuró que ninguna de las jóvenes blablablá y que la llave tenía que haber acabado en la papelera, pero pese a ello cambió la cerradura de la puerta que conecta ambas alas. Más vale tarde que nunca. —Conway se detuvo y señaló con el dedo—. Mira. ¿Ves aquello?

Un edificio alargado de baja altura situado a nuestra derecha y visible a través de los árboles, con un pequeño patio delantero. Bonito. Viejo, pero con el ladrillo descolorido bien cepillado.

—Eso solían ser los establos donde se guardaban los caballos del señor y la señora. Ahora es el cobertizo de los encargados del mantenimiento de sus altezas; se necesita a tres de ellos para conservar este lugar. Allí es donde estaba la azada.

Ni un movimiento en el patio. Hacía largo rato que me preguntaba dónde quedaba todo el mundo. Como mínimo habría varios centenares de personas en aquella escuela y, sin embargo: nada. Algún que otro repiqueteo en la distancia, *tinc, tinc, tinc*, de metal contra metal. Eso era todo.

—¿Y el cobertizo se cierra con llave? —inquirí.

—No. Hay un armario dentro donde guardan el herbicida y el veneno para las avispas y demás, y eso sí se cierra con llave. Pero en los establos puedes entrar si quieres, tú mismo. A esta gente jamás se le ocurrió que prácticamente todo lo que guardan ahí es un arma letal: palas, azadas, cizallas, desbrozadoras; podrías borrar de la faz de la tierra a medio colegio con lo que tienen ahí dentro... o conseguir una buena pasta traficando con ello. —Conway esquivó con la cabeza una nube de pequeños mosquitos y reemprendió la marcha por el sendero—. Se lo dije a la directora y ¿quieres saber qué me contestó? «Las niñas que vienen a este colegio no son la clase de personas con esos pensamientos, detective». Puso cara como si yo acabara de escupir en la alfombra. Maldita idiota. Con un chaval ahí tumbado, muerto de un golpe, y se atreve a decirme que su mundo entero está hecho de frapuchinos y clases de chelo, y que nadie en esta casa ha tenido nunca un mal pensamiento. ¿Entiendes a qué me refiero cuando digo que son ingenuas?

—Eso no es ingenuidad. Es una respuesta meditada. En un lugar como este mandan los de arriba. Si la directora dice que todo es perfecto, nadie se atreverá a decir que no lo es... Y eso no está bien.

Conway volvió la cabeza hacia mí por completo, con curiosidad, como si estuviera viendo algo nuevo. Me sentí a gusto por estar caminando junto a una mujer que me miraba directamente a los ojos, a mi misma altura, y cuyos pasos cubrían la misma longitud que los míos. Me resultaba fácil. Por un segundo, deseé que nos cayéramos bien.

—¿Te refieres a que no resulta conveniente para la investigación? ¿O en general?

—A ambas cosas, pero lo que quiero decir es que no está bien a secas. Es peligroso.

Pensé que iba a querer bajarme del burro por parecer tan dramático. En su lugar, asintió y dijo:

—Exacto.

Tras un quiebro del sendero, salimos de entre los gruesos árboles a unas motas de sol.

—Mira allí. De ese lugar cogieron las flores —me explicó Conway.

Azul, de un azul que te cambiaba la mirada como si nunca antes hubieras visto ese color. Jacintos: miles de ellos, descendiendo por una suave ladera bajo los árboles, como si los estuvieran vertiendo desde una cesta enorme sin fondo. Solo con su fragancia podría haber tenido visiones.

—Asigné a dos uniformados a ese macizo de flores —me explicó Conway—. Revisaron cada tallo en busca de los rotos. Se pasaron ahí dos horas. Probablemente

sigan odiándome con toda su alma, pero me importa un bledo, porque encontraron los tallos. Cuatro, estaban ahí mismo, cerca del borde. Los muchachos del Laboratorio confirmaron que el corte de los tallos coincidía con el de las flores que había sobre el cadáver de Chris. No al cien por cien, pero casi.

Ante aquel macizo de flores, lo vi todo claro. Allí, en aquel lugar donde parecía que jamás podría suceder nada malo en el ancho mundo: la última vez que aquellas flores florecieron, Chris Harper había acudido en busca de algo. Debió de olerlas, la cosa más clara a su alrededor, lo último que percibió, cuando todo lo demás se había disuelto.

—¿Dónde estaba él? —pregunté.

—Allí —respondió Conway señalando con el dedo.

A un metro del camino aproximadamente, algo más arriba de la pendiente, más allá del césped y de unos arbustos recortados en forma de bola, un bosquecillo de aquellos árboles altos, quizá cipreses, densos y oscuros, rodeaba un calvero. La hierba en su interior había podido crecer silvestre. Una nube de espigas secas flotaba sobre ella.

Conway me condujo bordeando el macizo de flores, ladera arriba. Notaba la pendiente en los muslos. El aire en aquel claro era más frío. Intenso.

—¿Era muy de noche? —quise saber.

—No. Cooper (conoces a Cooper, ¿verdad?, ¿el forense?), Cooper dijo que murió en torno a la una de la madrugada, hora arriba, hora abajo. Era una noche clara, había luna llena, y la luna estaría en su punto más alto poco después de la una. Máxima visibilidad, para una madrugada, claro está.

Me bullían cosas en la cabeza. Chris estirándose con las manos llenas de azul, entornando los ojos para distinguir una forma rápida en el calvero bajo la luz de la luna. ¿Su chica o...? Y a un tiempo, las imágenes contrarias: alguien quieto entre las sombras, con los pies entre las flores. ¿Un hombre? ¿Una mujer? Observando la cara de Chris mientras miraba a ambos lados en medio del claro entre los cipreses, contemplándolo esperar, aguardando a que dejara de mirar.

Entre tanto, Conway me esperaba observándome. Me recordó a Holly. A ninguna de las dos le habría gustado la comparación, pero aquella mirada de soslayo, examinadora, como en un juego de serpientes y escaleras... «Ándate con cuidado», decía: «pisa bien y podrás seguir avanzando, pero un paso en falso y volverás a la casilla de salida».

—¿Desde qué ángulo lo golpeó la azada? —pregunté.

La pregunta correcta. Conway me agarró del brazo y me condujo unos dos metros más cerca del centro del calvero. Me sujetaba con fuerza, no con la propia de un policía cuando detiene o de una mujer cuando quiere decirte que le gustas, simplemente con fuerza; era perfectamente capaz de arreglar un coche o de encajarle un puñetazo a alguien si era preciso. Me dio media vuelta y me colocó frente a las flores y el sendero, de espaldas a los árboles.

—Estaba más o menos aquí.

Algo zumbó, un abejorro o un cortacésped en la distancia, no supe distinguirlo; la acústica llegaba arremolinada, reverberando. Espigas secas ondulaban alrededor de mis tobillos.

—Alguien se le acercó por detrás o hizo que volviera la vista. Alguien que debía de estar de pie más o menos por esta zona.

Cerca de mí, por la espalda. Volví la cabeza. Ella levantó una azada imaginaria sobre su hombro izquierdo, con ambas manos y la dejó caer con todo el peso de su cuerpo. En algún punto tras los alegres sonidos primaverales, el zumbido sibilante y el golpe estremecieron el aire. Aunque Conway no sostenía nada entre las manos, me agité.

La comisura del labio de Conway dibujó un arco ascendente. Levantó sus manos vacías.

—Y cayó —dije yo.

—Lo golpeó aquí. —Me colocó el canto exterior de la mano en la nuca, bastante arriba y a la izquierda de la línea central, en diagonal de izquierda a derecha—. Chris era unos cinco centímetros más bajo que tú: medía un metro setenta y ocho. El asesino no tenía por qué ser alto. Más de un metro cincuenta y menos de uno ochenta, eso es todo lo que Cooper pudo determinar por el ángulo de la herida. Es probable que fuera diestro.

La hierba crujió bajo sus pies al apartarse de mí.

—¿Y la hierba ya estaba así? —quise saber yo.

De nuevo la pregunta acertada, buen chico.

—No. La han dejado crecer después... tal vez para honrar su recuerdo o quizá sencillamente a los de mantenimiento este lugar les ponga los pelos de punta, no lo sé. Nadie ve este calvero, así que supongo que no deteriora la *imagen* de la escuela. Cuando sucedió, la hierba estaba como en el resto de los terrenos: segada. Si llevaras zapatos de suela blanda, podrías caminar por ella sin hacer ruido, fácilmente.

Y sin dejar huellas, o, al menos, ninguna que la Policía Científica pudiera utilizar. Los senderos eran de grava: allí tampoco hubo huellas.

—¿Dónde encontrasteis la azada?

—En el cobertizo, en su sitio. La identificamos porque encajaba con el arma que Cooper había descrito. A los del Laboratorio les llevó unos cinco segundos confirmarlo. La asesina o el asesino, quienquiera que fuese, había intentado limpiar la hoja clavándola en la tierra un par de veces, bajo uno de los cipreses, y la había frotado contra la hierba. Un gesto inteligente, más que limpiarla con un trapo, porque luego tienes que deshacerte del trapo. Pero aun así quedaron muchos restos de sangre.

—¿Alguna huella?

Conway negó con la cabeza.

—Las de los empleados de mantenimiento. Tampoco había epiteliales de nadie más, así que fue imposible detectar el ADN. Nos figuramos que la chica llevaba

guantes.

—«La chica» —dije yo.

Conway respondió:

—Es lo que tengo: un montón de chicas y no demasiados hombres. El año pasado barajamos la teoría de que algún perverso se colara aquí para masturbarse oteando las ventanas de las chicas o jugando con sus raquetas de tenis o lo que fuera; que Chris acudió a reunirse con alguien y sorprendió al hombre. Pero no encaja con las pruebas. ¿El tipo se la sostenía con una mano y en la otra llevaba la azada? Inviabile. Pero a mucha gente pareció gustarle esa posibilidad. Mucho mejor que no pensar que la asesina fuera una niña rica... de una escuela tan *preciosa* como esta.

Otra vez aquella mirada de soslayo. Un nuevo examen. Un rayo cruzado de sol le iluminó los ojos y les confirió un tono ámbar, como los de un lobo.

—No fue alguien de fuera —sentencié yo—. No con esa tarjeta. De haberlo sido, ¿a qué vendría tanto secretismo? ¿Por qué no iba a limitarse la chica a telefonearte y confesarte cuanto sabía? Si no se lo está inventando todo, entonces sabe algo acerca de alguien de la escuela. Y tiene miedo.

—Y la pasamos por alto en el primer asalto —agregó Conway.

Su voz estaba teñida por un matiz de tristeza. Conway no solo era dura con los demás.

—Quizá, no —dije yo—. Estas crías son jóvenes. Si una de ellas vio u oyó algo, es posible que no entendiera lo que significaba, al menos no entonces, sobre todo si guardaba relación con el sexo o las relaciones personales. Esta generación lo sabe todo, ha visto webs pornográficas y probablemente conozca más posturas que tú y yo juntos, pero en cuestión de relaciones, está completamente pez. Es posible que una alumna viera algo y entendiera que era importante, pero no supiera por qué. Ahora, un año mayor y con un poco más de sentido común, ese dato la hace revisar el pasado y, de repente, las piezas encajan.

Conway reflexionó sobre mis palabras.

—Podría ser —concedió. Pero la capa de tristeza continuaba inamovible: no se perdonaba con facilidad—. No importa. Incluso aunque no supiera que disponía de esa información, nuestro trabajo consiste en averiguarlo por ella. Estaba ahí —señaló con un gesto de la cabeza hacia atrás, en dirección a la escuela—, nos sentamos frente a ella, la entrevistamos y la dejamos marchar. Te aseguro que no me siento nada satisfecha.

Aquello parecía poner fin a nuestra conversación. Al ver que no añadía nada más, empecé a encaminarme hacia el sendero, pero Conway no se movió. Con los pies separados y las manos en los bolsillos, permaneció allí, mirando fijamente los árboles. Con la barbilla erguida, como si fueran el enemigo.

Sin mirarme, dijo:

—Conseguí dirigir el caso porque pensamos que era pan comido. Aquel primer día, cuando los tipos de la morgue ni siquiera habían levantado el cadáver, hallamos

medio kilo de éxtasis en los establos, en la parte trasera del armario donde guardan los artículos venenosos. Encontramos restos en el organismo de uno de los encargados de mantenimiento: debía de probarlos antes de suministrarlos. Y en el San Colm, en el baile de Navidades, encontraron a un par de críos con pastillas de éxtasis; jamás dimos con el camello, los muchachos no lo delataron. Chris no era uno de ellos, pero aun así... Pensamos que era nuestro día de suerte: dos casos resueltos por el precio de uno. Chris se habría escabullido para comprarle drogas al tipo de mantenimiento, una pelea por dinero y ¡bang!

Ese largo estremecimiento de nuevo, por encima de nuestras cabezas. Esta vez lo vi, moviéndose entre las ramas. Como si los árboles nos escucharan, como si les diéramos pena, como si nos compadecieran o ya hubieran oído todo aquello miles de veces antes.

—Costello... Costello era un tipo sensato. Los del Departamento solían echar pestes de él, aseguraban que era un cabrón penoso, pero era un hombre decente. Me dijo: «Fírmalo tú. Conviértelo en tu carta de presentación». Seguramente por entonces ya sabía que iba a jubilarse este año, así que no necesitaba resolver ningún caso importante. Y yo, sí.

Su voz era baja, como si estuviéramos en una habitación cerrada, pequeña. Se expandía a través de la generosa luz del sol. Noté las dimensiones de la quietud y la hierba a nuestro alrededor, su respiración, la altura de aquellos árboles más altos que la escuela. Más vetustos.

—El encargado de mantenimiento tenía una coartada. Había invitado a unos colegas a su casa para jugar al póquer y tomar unas cervezas; dos de ellos se quedaron a dormir en el sofá. Lo detuvimos con cargos por posesión e intención de venta, pero el homicidio... —Conway sacudió la cabeza—. Debí haberlo sospechado —añadió. No lo explicó—. Debí haber sabido que no iba a ser tan fácil.

Una abeja se estrelló en el blanco de la pechera de su camisa; confundida, se aferró a ella. Conway bajó la cabeza de golpe, pero permaneció completamente inmóvil. La abeja se arrastró hasta franquear el botón superior y saltó por el borde de la tela, en busca de la piel. Conway respiró lenta y superficialmente. Vi cómo sacaba la mano del bolsillo y la alzaba.

Cuando la abeja recuperó el sentido, echó a volar, en dirección al sol. Conway se sacudió una mota de suciedad de la camisa, donde se había posado la abeja. Luego giró sobre sus talones y comenzó a descender por la ladera, mientras dejaba atrás los jacintos y se incorporaba al camino.

El Court es el mejor y el mayor centro comercial de grandes dimensiones que se encuentra a una distancia practicable a pie del San Kilda y el San Colm, el envoltorio ideal para cada momento de la vida en el que no hay un adulto de rostro amargado revoloteando alrededor, dispuesto a abalanzarse a las primeras de cambio. El Court atrae como un imán gigante al que acude todo el mundo. Aquí puede pasar cualquier cosa, en la resplandeciente franja de felicidad comprendida entre las clases y la hora de la cena; tu vida podría elevarse del suelo y convertirse en algo completamente nuevo y resplandeciente. Bajo una aturdidora luz blanca, todos los rostros brillan con luz tenue, pronuncian palabras sordas y rompen a reír a carcajadas que es posible percibir a través de una nube de sonidos, y cualquiera de ellas podría ser esa risa que te detiene el corazón y que tanto has anhelado; todo lo que hayas imaginado podría estar esperándote aquí, si vuelves la cabeza en el momento oportuno, si te cruzas la mirada con quien corresponde, si suena justo la canción que esperas a través de los altavoces que te rodean. El aroma dulce a rosquillas recién horneadas llega desde el quiosco, tan penetrante que uno podría chuparse los dedos.

Octubre acaba de empezar. Chris Harper se pelea con Oisín O'Donovan sobre el borde de la fuente que hay en el centro del Court, con la boca abierta de par en par en una carcajada, mientras los otros muchachos del Colm los rodean y azuzan a gritos. A Chris Harper le queda poco más de siete meses de vida.

Becca, Julia, Selena y Holly se encuentran al otro lado de la fuente, con cuatro paquetes de chucherías abiertos entre ellas. Julia tiene un ojo puesto en los muchachos del Colm mientras habla de manera rápida y concisa, explicándoles a sus amigas una historia posiblemente cierta sobre cómo, durante el verano, ella y una amiga inglesa, más un par de muchachos franceses, embaucaron a los porteros de una discoteca súper de moda en Niza y consiguieron colarse dentro. Holly come Lacasitos y escucha, con una ceja arqueada que insinúa: «Sí, claro»; Selena está tumbada en el maltrecho borde de mármol negro de la fuente, con la barbilla apoyada en las manos, de tal modo que el cabello le cae como una cortina sobre el hombro hasta casi rozar el suelo. Becca está tentada de inclinarse hacia delante, formar un cuenco con las manos y recogerlo antes de que toque la mugre y un chicle que hay incrustado en el piso.

Becca detesta el centro comercial. Al principio del primer año de escuela, cuando las internas tenían que esperar un mes antes de que les permitieran abandonar los terrenos del colegio —hasta que se sentían demasiado hastiadas como para intentar escapar, supone—, era lo único de lo que oía hablar: que si el Court por aquí y el Court por allá, que si todo será maravilloso cuando vayamos al Court... Ojos resplandecientes y manos esbozando imágenes como si fuera un castillo deslumbrante con pistas de patinaje y cascadas de chocolate. Las alumnas algo mayores regresaban dándose aires, envueltas en aroma a capuchino y a pintalabios de prueba, balanceando con un dedo las bolsas de la compra, llenas de lápices de

colores, meciéndose aún al ritmo atronador de la música enlatada. Aquel sitio resultaba mágico, el lugar radiante que te hacía olvidar la amargura de tus profesoras, las hileras de camas en los dormitorios comunes y los comentarios insidiosos que no entendías. Todo desaparecía allí como por arte y gracia del Espíritu Santo.

Eso fue antes de que Becca conociera a Julia, a Selena y a Holly. Estaba tan triste que cada mañana le desconcertaba su tristeza. Solía telefonar a su madre entre sollozos y tragando saliva de manera sonora, sin preocuparle que la oyeran, suplicándole volver a casa. Su madre suspiraba y le decía que en poquísimo tiempo, cuando hubiera hecho amigas con las que poder hablar acerca de chicos, cantantes y moda, se lo pasaría en grande, y Becca colgaba el teléfono aún más desconcertada por sentirse incluso peor. Por aquel entonces, el centro comercial sonaba como el paraíso al que aspirar en mitad de aquel mundo espantoso.

Y finalmente acudió allí y no era más que un maldito centro comercial. El resto de las alumnas de primer año prácticamente babeaban; Becca, en cambio, miró aquella masa noventera de hormigón gris sin ventanas y se preguntó si, de haberse tirado hecha un ovillo al suelo allí mismo y haberse negado a moverse, la habrían enviado a su casa por enajenada mental.

Entonces la chica rubia que había a su lado, Serena o algo así (Becca estaba demasiado ocupada sintiéndose desdichada como para memorizar nada), lanzó una larga mirada reflexiva a la planta superior del Court y le dijo:

—Sí que hay una ventana, ¿la ves? Apuesto a que, si fueras capaz de encontrarla, desde allí podrías ver medio Dublín.

Y efectivamente, así era. Allí estaba, rendido a sus pies: el mundo mágico que les habían prometido, ordenado y hogareño como en los cuentos de hadas. Había coladas tendidas inflándose en las cuerdas de los tendederos y niños jugando a la pelota en un jardín, un parque verde con los macizos de flores del rojo y el amarillo más vivos que existían en el mundo, un anciano y una anciana se habían detenido a charlar bajo una lámpara de hierro forjado y formas curvas, mientras sus perros, con las orejas en punta por la alegría, enrollaban las cadenas y se hacían un nudo. La ventana se encontraba entre un punto de pago del aparcamiento y una papelería inmensa, y los adultos que abonaban sus tiques del *parking* solían lanzar a Becca y Selena miradas recelosas, hasta que, al final, un guarda de seguridad apareció y las echó del Court, pese a que no parecía estar seguro de por qué, pero había merecido muchísimo la pena.

Así las cosas, dos años después, Becca sigue odiando el Court. Detesta la vigilancia a la que te someten en cualquier momento desde todos los ángulos, con los ojos puestos en ti como si se tratara de un enjambre de bichos, cavando y royendo, siempre en torno un corrillo de alumnas cotilleando sobre la blusa que llevas puesta o una pandilla de chicos repasándote de arriba abajo. Nadie nunca permanece quieto en el Court, la gente no para de girarse y volver la vista atrás, de contemplar a quienes observan, intentando poner la pose más interesante. Y nadie guarda silencio nunca:

hay qué estar parlotando todo el rato o uno parece un perdedor, pese a que, en realidad, es imposible mantener conversaciones verdaderas porque cada cual está pensando en sus cosas. Quince minutos en el Court y Becca tiene la sensación de que si alguien la tocara se electrocutaría.

Al menos antes, cuando tenían doce años, se ponían el abrigo encima del uniforme y salían. Pero este año todo el mundo se acicala para ir al Court como si fueran a la ceremonia de los Óscar. En el Court, las muchachas lucen sus desconcertantes curvas nuevas y se pavonean para que los demás les pongan nota, y nadie se arriesga a que la respuesta sea un *cero patatero*. Hay que llevar el pelo liso por completo o bien cepillado en una maraña cuidadosamente estudiada, además de pasearse con un bronceado falso, un kilo de maquillaje en la cara y medio paquete de sombra gris en cada ojo, vistiendo unos tejanos ajustadísimos y ultrasuaves y unas botas Ugg o zapatillas deportivas, porque, de lo contrario, alguien podría diferenciarte del resto de las personas y, por descontado, eso te convertiría en una perdedora sin paliativos. Lenie, Jules y Holly no están tan mal de la chaveta, pero aun así se retocan el colorete cuatro veces y se revisan en el espejo desde veinte ángulos distintos, mientras que Becca se mueve nerviosamente junto a la puerta, como si tuviera muelles en los pies, antes de que al fin acaben saliendo. Becca no se maquilla para ir al Court porque odia el maquillaje y porque la idea de pasarse media hora preparándose para sentarse en un muro delante de una tienda de rosquillas le cortocircuita el cerebro. No imagina una estupidez mayor.

Va al centro comercial porque sus amigas van. Qué persiguen yendo allí es para Becca un misterio insondable. Siempre fingen pasárselo en grande, hablan en voz más alta de lo normal, gritan y ríen por chorradas. Pero Becca sabe cómo son cuando están felices, y no es así. Sus rostros, cuando regresan al internado más tarde, se le antojan más avejentados y tensos, manchados por los restos de expresiones impresas con demasiado fingimiento, que se resisten a desaparecer.

Hoy está más nerviosa que de costumbre. Comprueba la hora en el teléfono cada dos minutos y no para de removerse, como si el mármol le hiciera daño en los huesos. Julia ya le ha dicho en dos ocasiones:

—Jopé, ¿quieres parar de una vez?

—Perdona —ha murmurado Becca, pero un minuto después volvía a removerse.

Se siente así de nerviosa porque a dos metros de ellas, en el borde de la fuente, están las *daleks*. Becca odia todo lo relacionado con las *daleks*, hasta el último detalle. Las odia por separado —detesta el gesto de Orla cuando se queda boquiabierta, el contoneo del trasero de Gemma al caminar, la mirada de cachorrillo asustado e inocente de Alison y la mera existencia de Joanne— y las odia también en conjunto. Y hoy las desprecia incluso más porque tres de los muchachos del Colm que se encontraban al otro lado de la fuente se han acercado a sentarse con ellas, de manera que las *daleks* son incluso *más todo* que nunca. Cada vez que uno de los chicos dice algo, las cuatro estallan en risotadas y fingen estar a punto de caerse para

que los chavales tengan que agarrarlas. Alison no deja de inclinar la cabeza hacia un lado para mirar a un muchacho rubio y saca la punta de la lengua entre los dientes. Cualquiera diría que padece un daño cerebral irreversible.

—Así que —dice Julia— Jean-Michel nos señala a mí y a Jodi y suelta: «[...] Y ellas son Candy y Jinx. Acaban de ganar la edición irlandesa de *Operación Triunfo!*», lo cual es una estrategia bastante inteligente, porque, como no existe, era imposible que los porteros supieran quién habla sido el ganador de verdad, pero yo pensé que había metido la pata y nos iban a enviar a la mierda... —Julia se esfuerza por hablar mal y soltar de vez en cuando una palabrota, pero no acaba de colar del todo—. Y, sorpresa, los porteros van del palo: «¿Ah, sí? Pues que nos canten algo».

—Oh, oh —dice Becca.

Intenta hacer caso omiso de las *daleks* y concentrarse en Julia. Su amiga siempre cuenta anécdotas interesantes, aunque haya que restarles un diez o un veinte por ciento, y Becca nunca esté completamente segura de estar restando lo suficiente.

Julia arquea una ceja.

—Vaya, muchísimas gracias.

Becca se encoge.

—Me refería a que...

—Tranqui, Becs. Sé que canto fatal. Precisamente eso es lo interesante.

Becca se sonroja y decide tomarse otro puñado de Lacasitos para disimular la vergüenza.

—Así que yo digo: estamos bien jodidas, ¿qué se supone que vamos a cantar Jodi y yo? A las dos nos gusta Lady Gaga, pero ¿qué se supone que vamos a hacer? ¿Decir que el primer *single* de Candy y Jinx es *Bad Romance*?

Selena se muere de risa. Los chicos del Colm las miran.

—Por suerte, Florian es más listo que Jean-Michel. Entonces va y dice: «¿Estáis de coña? Tienen un contrato que cumplir. Si cantan una sola nota, nos van a meter una demanda que vais a flipar».

Holly no ríe. Se diría que no ha oído ni una palabra. Tiene la cabeza inclinada hacia un lado, como si estuviera escuchando otra cosa.

—¿Hol? —la increpa Selena—. ¿Estás bien?

Holly asiente mirando hacia atrás, a las *daleks*. Julia pospone el resto de su historia para más adelante. Las cuatro fingen estar fascinadas escogiendo exactamente las chucherías que quieren de los paquetes mientras escuchan.

—Sí que lo está —dice Joanne, al tiempo que le da un golpecito en la pierna a Orla con el pie. Orla suelta una risita y esconde la barbilla entre los hombros—. Míralo. Le gustas tanto que es patético.

—No es verdad.

—Pero ¿qué dices? ¡Claro que sí! Se lo dijo a Dara y ella a mí.

—Es imposible que yo le guste a Andrew Moore. Dara estaría de broma.

—¿Qué? ¿Perdona? —La voz de Joanne se tiñe de un matiz frío instantáneo que

hace que Becca se remueva de nuevo junto a la fuente. Detesta tenerle tanto miedo a Joanne, pero no puede evitarlo—. ¿Crees que Dara me tomaría por tonta? Pues yo no lo creo, guapa.

—Jo tiene razón —dice Gemma arrastrando las palabras. Está tumbada con la cabeza en el regazo de uno de los chicos, con la espalda arqueada para que le sobresalgan más las tetas y él las vea. El chaval intenta desesperadamente fingir que no quiere mirarle el escote—. Andrew babea por ti.

Orla se retuerce de satisfacción, con el labio inferior succionado entre los dientes.

—Lo que pasa es que es demasiado tímido para decírtelo —añade Joanne, de nuevo con voz dulce—. Eso es lo que me dijo Dara. No sabe qué hacer. —Y le pregunta al chaval alto de pelo castaño que está sentado a su lado—: ¿A que sí?

El chaval contesta:

—Sí. Desde luego —a la espera de estar dando en el clavo.

Joanne le dedica una sonrisa con la que le dice: «buen chico».

—Piensa que no tiene nada que hacer contigo —añade Gemma—. Pero no es cierto, ¿verdad?

—¿Verdad que a ti te gusta?

Orla emite una especie de maullido.

—¡Madre mía! ¡Te gusta! ¡Te gusta Andrew Moore!

—¡Es el tío más bueno del planeta!

—¡A mí me gusta!

—¡Y a mí! —Joanne le da un golpecito a Alison—. Y a ti también, ¿verdad, Ali?

Alison parpadea.

—Eh... ¿sí?

—¿Lo ves? Me muero de los celos.

Incluso Becca sabe quién es Andrew Moore. Al otro lado de la fuente, es el alumno del Colm que está en el centro: rubio, con hombros de jugador de rugby, habla muy alto y empuja a sus amigos. El padre de Andrew Moore pagó a Pixie Geldof^[3] para que hiciera de DJ en la fiesta de dieciséis cumpleaños de su hijo el mes pasado.

Orla consigue balbucear:

—Supongo que me gusta. Quiero decir que...

—Claro que te gusta.

—A todo el mundo le gusta.

—Eres una tía con suerte.

Orla sonreía de oreja a oreja.

—¿Entonces podrías...? Madre mía... ¿Podrías decírselo a Dara para que él se lo dijera a Andrew...?

Joanne sacude la cabeza con ademán de tristeza.

—No funcionaría. Es tan tímido que ni aun así se te acercaría. Vas a tener que ser tú quien le diga algo a él.

Tras ese comentario, Orla estalla en un paroxismo de contoneos y zozobras, a la par que se tapa la cara con las manos.

—Pero ¿qué dices? Soy incapaz. Yo... ¡No puedo!

Joanne y Gemma son todo seriedad, Alison parece confundida, pero los chavales ríen disimuladamente, atónitos. Holly, de espaldas a ellos, abre los ojos de par en par y hace una mueca con la que les pregunta a sus amigas: «¿Os lo podéis creer?».

—La hostia puta —dice Julia mirando los M&Ms, en voz demasiado baja como para que Joanne la escuche—. Con amigas como esas...

Becca tarda un segundo en entender lo que está pasando.

—¿Creéis que le están mintiendo?

Joanne siempre ha sido el tipo de persona que ni siquiera necesita odiarte para portarse como una desgraciada contigo: hace maldades porque sí, sin motivo alguno, y luego sonrío con petulancia cuando pones cara de asombro. Pero esto es distinto. Orla es su amiga.

—Hola. Bienvenida al mundo. Por supuesto que están mintiendo. ¿Crees que a Andrew Moore le gustaría esa cosa? —pregunta Julia inclinando la cabeza hacia Orla, que está roja como un pimiento y tiene el rostro deshecho de tanta risa histérica y, a decir verdad, no luce su mejor aspecto.

—¡Qué persona tan desagradable! —se exclama Becca. Agarra con fuerza el paquete de Lacasitos con una mano y nota cómo el corazón le late con fuerza—. No se puede hacer eso.

—¿Ah, no? Pues espera y verás.

—Lo están haciendo para impresionarlos —comenta Holly, señalando con la cabeza a los tres muchachos—. Son unas fanfarronas.

—¿Y están impresionados? ¿De verdad les gustan las chicas que se comportan así? ¿Con sus propias amigas?

Holly se encoge de hombros.

—Si les pareciera tan espantoso, dirían algo.

—Esta es tu oportunidad perfecta —dice Joanne, lanzándole una sonrisa de complicidad al tipo alto—. Ve allí y le dices: «A mí también me gustas». Es lo único que tienes que hacer.

—Yo no puedo hacer eso, ¿qué dices? Soy incapaz...

—Claro que puedes. Oye, estamos en el siglo XXI. ¿Has oído hablar del poder de las mujeres? Las mujeres ya no tenemos que esperar a que los hombres nos pidan para salir. Ve y hazlo. Piensa en lo contento que se pondrá.

—Te llevará a la parte trasera del Court —dice Gemma, al tiempo que mueve su cuerpo lánguidamente en el borde de la fuente—, te rodeará con sus brazos y empezará a besarte...

Orla se retuerce hasta hacerse un nudo y suelta una risita incontenible.

—Cinco libras a que se atreve a decírselo —apuesta Julia—. ¿Alguien se apunta?

Selena dice en voz queda, mirando hacia Andrew Moore:

—Como lo haga, él le va a responder de un modo horrible.

—Se va a comportar como un auténtico canalla —conviene Julia, y se echa un par de Mentos a la boca, como si estuviera en el cine, mientras contempla la escena con interés.

—Vámonos —propone Becca—. Yo no quiero presenciar esto. Es espantoso.

—Es durísimo. Pero yo sí quiero verlo.

—Será mejor que te des prisa —dice Joanne, con sonsonete, y le da otra patadita en la pierna a Orla—. Por mucho que le gustes, no te va a esperar hasta la eternidad. Si no vas allí ahora mismo, se irá con cualquier otra.

—Cinco libras me vendrían de maravilla —dice Holly. Se da media vuelta y dice —: ¡Eh! ¡Orla! —Y, cuando Orla consigue desanudarse y alzar la vista hacia ella, roja y sonriendo como una boba, Holly le espeta—: Te están tomando el pelo. ¿De verdad crees que si Andrew Moore quisiera estar con alguien, no se la iba a camelar por timidez? ¿En serio?

—¿Perdona? —espeta Joanne, sentándose recta y lanzándole a Holly una mirada de odio—. No recuerdo haberte preguntado tu opinión.

—No, perdóname tú. Estás hablando a voz en grito en medio del Court. Si no me queda más remedio que escucharte, sí puedo formular una opinión sobre lo que dices. Y mi opinión es que Andrew Moore ni siquiera sabe que Orla existe.

—Y mi opinión es que eres una pueblerina más fea que Picio que debería estar en una escuela pública donde las personas normales no tendrían que escuchar tus estúpidas opiniones.

—¡Guau! —exclama el chaval en cuyo regazo Gemma tiene la cabeza apoyada—. ¡Una pelea de chicas!

—¡Genial! —exclama el muchacho alto sonriendo—. ¡Adelante!

—El padre de Holly es detective —les explica Julia a los chicos—. Arrestó a la madre de Joanne por prostituirse. Aún está un poco resentida.

Los muchachos estallan en carcajadas, Joanne se acerca y abre la boca para soltar alguna barbaridad (Becca ya se estremece), cuando, al otro lado de la fuente, el nivel de ruido aumenta. Andrew y tres de sus amigos sostienen a otro sobre el agua, balanceándolo de los tobillos y las muñecas, mientras que el chaval grita y lucha por liberarse.

Todos tienen el ojo puesto en las chicas, para asegurarse de que los ven.

—¡Madre mía! —Joanne le da un empujón tan violento a Orla que casi la tira a la fuente—. ¿Lo has visto? ¡Te estaba mirando directamente a ti!

Orla mira a Holly. Holly se encoge de hombros.

—Lo que ella diga.

Orla la mira de hito en hito, paralizada. Es evidente que la cabeza le da tantas vueltas que le cuesta pensar, incluso dentro de sus limitaciones.

—¿Qué miras? —pregunta Julia—. Yo he venido a ver el espectáculo.

—Holly tiene razón, Orla —le dice Selena con voz tranquila—. Si le gustaras, te

diría algo.

Gemma las observa, divertida, desde el regazo del muchacho.

—O quizás estáis celosas —dice.

—Claro que sí... Porque Andrew Moore no les pondría la mano encima ni soñando —espetea Joanne—. ¿A quién vas a creer, a nosotras o a ellas?

Orla está desconcertada. Por un segundo, su mirada estúpida y desesperada tropieza con la de Becca. Becca sabe que debería decir algo: «No lo hagas, te va a hacer pedazos delante de todo el mundo...».

—Porque, si confiás en ellas más que en nosotras —añade Joanne con la frialdad suficiente como para congelarle el rostro a Orla—, quizás ellas deberían ser tus mejores amigas a partir de ahora.

Esa frase saca a Orla de su embobamiento. Incluso ella sabe cuándo estar asustada.

—¡No, claro que no! ¡No confío más en ellas! Confío en vosotras. —Y le dedica a Joanne una sonrisa húmeda, como de perrito faldero—. De verdad.

Joanne mantiene la mirada fría un instante, mientras Orla se retuerce de los nervios; finalmente, le sonrío, una sonrisa condescendiente con la que le perdona la vida.

—Ya lo sé. No soy tonta. Venga, ve. —Y empuja la pierna de Orla con el pie, haciéndola saltar del borde de la fuente.

Orla la mira por última vez, agonizante. Joanne, Gemma y Alison asienten para infundirle ánimos. Orla rodea la fuente para dirigirse al otro lado, con tal vacilación que su caminar parece un baile de puntillas.

Joanne mira al muchacho alto, dejando caer la cabeza hacia un lado, y sonrío. Él le devuelve la sonrisa, desliza su mano por la cintura de ella, y más abajo, mientras observan a Orla acercarse a Andrew Moore.

Becca está tumbada boca arriba en el frío y pegajoso mármol y mira las cúpulas del techo del Court, situadas cuatro plantas por encima de ellas, para no tener que contemplar lo que va a ocurrir. Las personas que, invertidas, se desplazan a toda prisa por los balcones se antojan diminutas y precarias, como si en cualquier momento fueran a perder pie y caer en picado, con los brazos abiertos, para terminar estrellándose de cabeza en el techo. Desde el otro lado de la fuente, le llega el estallido de una risotada, como el rugido de un depredador, y luego unos gritos de mofa:

—¡¡Caramba, Moore, eres un tío con suerte!!

—¡Venga, Andy, las feas son las que mejor la chupan!

—¡Un polvo por compasión! ¡Fóllatela, pobrecilla!

Y más cerca, los chillidos y risas malvadas de Joanne, Gemma y Alison.

—Me debes cinco libras —dice Julia.

Becca mira hacia la planta superior, en la esquina donde están ocultas las máquinas para pagar el *parking*. A su lado se vislumbra una pequeña franja de luz

diurna. Espera que haya allí un par de alumnas de primer grado, asomando el cuello por la ventana, y que el dulce y ancho mundo que se extiende a sus pies les quite de la cabeza la inmundicia de este lugar. Espera que no las expulsen del centro comercial. Y espera también que, de camino a la salida, prendan fuego a un trozo de papel, lo metan en la papelera y reduzcan el Court a cenizas.

La puerta principal era de madera noble y oscura y estaba maltrecha. Por un segundo, después de que Conway la abriera de un empujón, aquella quietud desértica permaneció. Una escalera de madera oscura ascendía en forma de caracol. Los rayos del sol dibujaban haces sobre el damero de losas desgastadas que cubría el suelo.

Entonces sonó la campana por doquier. Las puertas se abrieron de par en par y por ellas salieron en estampida un sinfín de pies, mareas de niñas, todas vestidas con el mismo uniforme azul marino y verde parloteando a la vez.

—Maldita sea —exclamó Conway, alzando la voz para que pudiera oírlo—. Justo a tiempo. Acompáñame.

Ascendió por las escaleras abriéndose paso a empujones por entre la oleada de cuerpos y libros. Tenía una espalda firme como la de un boxeador. Parecía alguien de Asuntos Internos y, al mismo tiempo, un dentista practicando una endodoncia.

Subí las escaleras tras ella. Regueros de niñas fluían en torno, con sus melenas y risas al viento. El ambiente se percibía pleno y radiante, elevado, atravesado por el sol desde ángulos imposibles; el astro describía volutas a lo largo de las barandillas como si fuera agua, robaba los colores y los hacía girar en el espacio, y me elevaba a mí, me aferraba por todas partes y me hacía ascender. Me noté distinto, cambiante. Como si se tratara de mi primer día, si tal cosa fuera concebible. Noté el peligro, pero era un peligro mío, invocado por un mago en una torre especialmente para mí; como si mi suerte, mi dulce suerte, complicada y urgente, diera vueltas en el aire poco antes de caer... ¿cara o cruz?

Nunca había estado en un lugar como aquel, pero tuve la sensación de remontarme al pasado. Tenía esa capacidad de atracción, como si un imán tirara de ti a lo largo de tus huesos. Me hizo pensar en palabras en las que no había reflexionado desde que fuera un joven que se pasaba el día leyendo libros que sacaba de la biblioteca del Ilac Centre, cavilando que eso me abriría las puertas a unas paredes como aquellas. *Delicuescente. Numinoso*. Tiempos mejores. Yo, larguirucho y torpe y soñador, lejos de mi barrio para que nadie pudiera verme, atolondrado por la emoción de estar haciendo algo atrevido.

—Empezaremos por la directora —anunció Conway en el descansillo, cuando volvimos a situarnos el uno junto al otro—. McKenna. Es una gilipollas. ¿Quieres saber qué fue lo primero que nos preguntó a Costello y a mí cuando llegamos a la escena del crimen? Si podíamos impedir que los medios de comunicación publicaran el nombre de la escuela. ¿Puedes creértelo? Le importaba un bledo el chaval muerto o recopilar información sobre quién pudo cometer el crimen; lo único que le importaba era que su escuela no saliera mal parada.

Unas muchachas nos esquivaron al pasar.

—¡Perdonen! —con voz aguda y sin aliento.

Un par de ellas volvió la vista para mirarnos, a uno de nosotros o a los dos, pero

la mayoría se movía demasiado aprisa como para preocuparse de nuestra presencia. Abrían las taquillas a golpetazos. Incluso los pasillos eran bonitos, con techos altos y molduras de yeso y un tono verde pálido y cuadros en las paredes.

—Es aquí —dijo Conway, señalando la puerta con la cabeza—. Pon cara de cazador. —Y abrió la puerta de un empujón.

Una rubia con el pelo rizado que andaba revisando un archivo volvió la vista para mirarnos y accionó el botón de sonrisa de oreja a oreja al vernos, pero Conway se limitó a decir: «¡Hola!», y continuó caminando, la dejó atrás y atravesó la puerta interior. La cerró a nuestra espalda.

Allí dentro reinaba el silencio. Cubría el piso una alfombra gruesa. La estancia se había decorado con tiempo y dinero a espuestas para que pareciera el despacho de toda la vida de alguien: un escritorio antiguo con piel verde en el tablero, estanterías llenas por todas partes, un lienzo al óleo de una monja con un marco ornamentado que no era un lienzo al óleo. Solo la silla ejecutiva de diseño y el elegante ordenador portátil anunciaban a gritos que se trataba de un despacho.

La mujer que había sentada tras el escritorio dejó su bolígrafo sobre la mesa y se puso en pie.

—Detective Conway —dijo—. La estábamos esperando.

—No se le escapa nada, ¿eh? —observó Conway, dándose unos golpecitos en la sien. Agarró dos sillas de respaldo recto que había apoyadas contra la pared, las colocó frente al escritorio y se sentó—. Me alegra estar de vuelta.

La mujer pasó el comentario por alto.

—¿Y este es...?

—El detective Stephen Moran —me presenté.

—Ah —dijo la mujer—. Creo que ha hablado usted con la secretaria de la escuela esta mañana.

—Así es.

—Gracias por mantenernos informados. Yo soy la señorita Eileen McKenna, la directora de la escuela.

No me tendió la mano, así que yo tampoco se la tendí a ella.

—En ocasiones nos gusta contar con una mirada fresca —explicó Conway. Su acento se había vuelto más áspero.

—Ah. ¿Un especialista? —preguntó la señorita McKenna arqueando las cejas, pero al ver que nadie le respondía, no insistió. Volvió a tomar asiento. Yo me senté después. Enlazó las manos sobre el cuero verde—. ¿En qué puedo ayudarlos?

La señorita Eileen McKenna era una mujer corpulenta. No gorda, sino corpulenta, con esa solidez que adoptan las mujeres cincuentonas tras varios años de llevar la batuta: gran pechera, carnes prietas y bien sujetas, lista para navegar a través de cualquier tormenta sin mojarse. La imaginaba en el pasillo durante la hora del recreo, me figuraba a las niñas escabullándose de ella incluso antes de saber que se acercaba. Mentón prominente, cejas pobladas. Cabello de hierro y gafas de acero. No sé mucho

de moda femenina, pero sí detecto la calidad y el *tweed* verde de su ropa era bueno; las perlas tampoco parecían de bisutería.

—¿Cómo va la escuela? —inquirió Conway.

Se recostó en la silla, con las piernas abiertas y los codos también abiertos, intentando ocupar el máximo espacio posible en aquel despacho. Quisquillosa como ella sola. Había sucedido algo entre ambas, o quizá fuera asunto de mera química.

—Muy bien. Gracias.

—¿Sí? ¿En serio? Porque recuerdo que me dijo que este lugar estaba a punto de irse a... —Un movimiento de vuelo en picado con la mano y un largo silbido—. Que todos estos años de tradición y todas esas patrañas iban a irse a pique si los plebeyos insistíamos en hacer nuestro trabajo. Y yo que me sentía culpable... Me alegra saber que al final ha ido viento en popa.

La señorita McKenna dijo, dirigiéndose a mí y dejando a Conway al margen de la conversación:

—Como estoy segura que podrá suponer, a la mayoría de los padres le inquietó la idea de dejar a sus hijas internas en una escuela donde se había cometido un asesinato. Y el hecho de que el asesino todavía ande suelto no mejoró precisamente las cosas.

Una sonrisa artera dirigida a Conway. La callada por repuesta.

—Y aunque resulte irónico, tampoco ayudó la presencia continuada de la policía por estos lares ni los interrogatorios constantes; es posible que el objetivo fuera transmitir la sensación de que la situación estaba bajo control, pero de hecho, lo que hicieron fue impedir que se restituyera la normalidad. La intrusión persistente de los medios de comunicación, que la policía estaba demasiado ocupada para refrenar, exacerbó el problema. Veintitrés matrimonios desapuntaron a sus hijas del colegio. Casi todos los demás amenazaron con hacer lo mismo, pero conseguí convencerlos de que no sería lo más conveniente para sus hijas.

No me cabía duda alguna de que había sido así. Aquella voz: como de una Margaret Thatcher irlandesa, devolviendo el mundo a su lugar a empellones sin discusión posible. Me hizo sentir como si tuviera que disculparme por algo, aunque no atinaba a determinar por qué. Se necesitaba a un padre con nervios de acero para contradecir aquella voz.

—Durante varios meses todo pendió de un hilo. Pero el San Kilda ha sobrevivido a más de un siglo de altibajos. Y también lo ha hecho en esta ocasión.

—Sensacional —apuntó Conway—. Y, mientras sobrevivía, ¿no ha sucedido nada que debiéramos saber?

—De haberlo hecho, habríamos contactado con ustedes de inmediato. Y al hilo de la cuestión, detective, me gustaría preguntarle lo mismo.

—¿Ah, sí? Y eso, ¿por qué?

—Porque doy por supuesto —respondió la señorita McKenna— que esta visita está relacionada con el hecho de que Holly Mackey abandonara la escuela sin

permiso esta mañana para hablar con ustedes.

Se dirigía a mí.

—No podemos desvelar los detalles —respondí yo.

—Y no espero que lo hagan. Pero de la misma manera que ustedes tienen el derecho de conocer todos los datos que puedan resultar relevantes para su trabajo, motivo por el cual siempre los he autorizado a hablar con las alumnas, yo también tengo derecho, es más, tengo la obligación, de saber todo cuanto pueda ser crucial para desempeñar el mío.

Una amenaza calibrada.

—Y yo se lo agradezco mucho. Le aseguro que en cuanto tengamos algún dato relevante se lo comunicaremos.

Un destello en sus gafas.

—Con el debido respeto, detective, me temo que tendré que ser yo quien juzgue qué es y qué no es relevante. Es imposible que ustedes tomen esta decisión en el nombre de una escuela y de una muchacha sobre las cuales apenas saben nada.

De nuevo aquella vibración que me decía que me estaban poniendo a prueba me taladraba, esta vez por ambas partes. La señorita McKenna se inclinó hacia delante para comprobar si era posible azuzarme; mientras tanto, Conway me observaba y me dejaba solo ante el peligro, con el fin de verificar exactamente lo mismo.

—No es la respuesta idónea, desde luego —convine yo—. Pero es todo lo que podemos hacer por el momento.

La señorita McKenna me sostuvo la mirada un rato más. Cuando por fin entendió que no tenía sentido presionarme, sonrió.

—Entonces tendremos que confiar en lo mejor que puedan hacer ustedes.

Conway se reacomodó en su silla.

—¿Por qué no nos explica qué es El lugar de los secretos?

En el exterior, la campana volvió a sonar. Se oyeron gritos vagos, pies corriendo de acá para allá, puertas de aulas cerrándose y, luego, el silencio.

El recelo parecía haberse encrespado como volutas de humo en los ojos de la señorita McKenna, pero su rostro permaneció impasible.

—El lugar de los secretos es un tablón de anuncios —respondió. Se tomó unos minutos para elegir bien las palabras—. Lo instalamos en diciembre, si no me equivoco. Las alumnas cuelgan en él tarjetas, en las cuales utilizan imágenes y pies de foto para transmitir sus mensajes de manera anónima. Muchas de las tarjetas son muy creativas. De esta forma, facilitamos a las alumnas un lugar donde poder expresar emociones que, de otro modo, no serían fáciles de manifestar.

—Un lugar donde pueden rajar de cualquiera que no les caiga bien —apuntó Conway—, sin preocuparse de tener que afrontar una bronca por meterse con esa persona. Y también pueden difundir cualquier rumor que les plazca sin que sea posible detectar el origen. Quizá soy demasiado lerda y no acabo de entenderlo bien, o quizás es que las jovencitas que estudian aquí jamás harían algo tan normal, pero a

mi me parece una de las peores ideas que he oído en mucho tiempo. —Sonrisa de piraña—. Espero que no se ofenda.

La señorita McKenna contestó:

—Consideramos que era un mal menor. El pasado otoño, un grupo de alumnas creó una página web que desempeñaba la misma función. Y, en efecto, el tipo de comportamiento que usted ha descrito abundaba. Tenemos a una alumna cuyo padre se suicidó hace unos años. Fue su madre quien nos habló de la página. Alguien había publicado en ella una fotografía de la muchacha en cuestión bajo la cual podía leerse: «Si mi hija fuera así de fea, yo también me suicidaría».

Conway posó su mirada en mí: «*Cuchillas de afeitar ocultas en el cabello. ¿Aún te sigue pareciendo tan bonito?»*.

Tenía razón. Me sorprendió más de lo previsto, me dejó tan noqueado como si me estuvieran clavando una astilla bajo la uña. Aquello no había venido del exterior, como Chris Harper. Se había incubado dentro de aquellas paredes.

—Como es comprensible —añadió la señorita McKenna—, tanto la madre como la hija estaban muy disgustadas.

—¿Y qué? —dijo Conway—. Haber bloqueado la web.

—¿Y la nueva que hubiera aparecido veinticuatro horas después, y la siguiente, y la siguiente a la siguiente? Las chicas necesitan una válvula de escape, detective Conway. ¿Recuerda que una semana o poco más después del incidente —una pequeña risotada de Conway: *incidente*— un grupo de estudiantes afirmó haber visto el fantasma de Christopher Harper?

—En los aseos femeninos —comentó Conway volviendo la cabeza en dirección a mí—. Tiene sentido; es el primer lugar que un chaval visitaría si fuera invisible, ¿no cree? Una docena de muchachas desgañitándose hasta perder el aliento, agarradas las unas a las otras, temblando. Casi tuve que abofetearlas para que me dijeran qué estaba sucediendo. Querían que entrara con mi arma y le disparara. ¿Cuánto costó serenarlas, en total? ¿Unas horas?

—Después de aquello —continuó la señorita McKenna, dirigiéndose de nuevo a mí—, por supuesto que podríamos haber prohibido mencionar a Christopher Harper. Y el fantasma habría reaparecido cada pocos días, posiblemente durante meses. En su lugar, organizamos varias sesiones de terapia de grupo para todas las alumnas, poniendo énfasis en técnicas para sobrellevar el dolor por una pérdida. Además, colocamos una fotografía de Christopher Harper en una mesilla fuera de la sala de reuniones, donde las estudiantes pudieran rezar una oración o dejar una flor o una tarjeta de recordatorio. Un lugar donde se les permitiera expresar su duelo de una manera apropiada y controlada.

—La mayoría de ellas ni siquiera lo conocía en persona —me aclaró Conway—. No tenían que expresar ningún duelo. Simplemente querían disponer de una excusa para comportarse como unas desequilibradas. Se merecían una patada en el culo, no una palmadita en la espalda y un «pobrecillas».

—Es posible —convino la señorita McKenna—. Pero el fantasma no volvió a aparecer.

Sonrió complacida consigo misma. Todo encaminado de nuevo, ordenadito y bajo control.

No era tonta. A tenor de lo que había explicado Conway, yo había esperado encontrarme con una mujer estirada y medio boba, teñida de rubio, de cierta edad, famélica hasta vestir una talla cero y cosida a una sonrisa congelada, una mujer que regentara la escuela a base de bravatas y contactos con los maridos. Pero aquella mujer no tenía ni un pelo de tonta.

—Por eso decidimos aplicar el mismo criterio con el tablón de anuncios —prosiguió la directora—. Desviamos el impulso hacia una válvula de escape controlable y controlada y, una vez más, los resultados han sido altamente satisfactorios.

No se había movido desde que se había sentado. La espalda erguida, las manos unidas. Impresionante.

—*Controlada* —repitió Conway. Volteó en el aire una pluma que había sobre el escritorio, una Montblanc negra y dorada, y empezó a jugar con ella—. ¿En qué sentido?

—Evidentemente, el tablón está sujeto a supervisión. Comprobamos que no se cuelgue en él material inapropiado antes de la primera clase, durante el recreo, a la hora de comer y, de nuevo, cuando concluyen las clases del día.

—¿Y alguna vez han encontrado material inapropiado?

—Por supuesto. No a menudo, pero si esporádicamente.

—¿Como qué?

—Normalmente alguna variante de «Odio a Fulanita o Menganita», refiriéndose a otra alumna o a una maestra. Existe una regla que impide utilizar nombres o identificar a la otra persona, pero por desgracia las reglas se quebrantan. Por lo general, de modo inofensivo, como por ejemplo dando el nombre del chico que la alumna que escribe encuentra atractivo o declarando una amistad eterna, pero también en algunas ocasiones de forma más cruel Y, al menos en un caso, con el fin de ayudar, en lugar de hacer daño. Hace unos meses encontramos una tarjeta con la fotografía de un moratón y el siguiente pie de foto: «Creo que el padre de Fulanita de Tal le pega». Como es lógico, retiramos la tarjeta de inmediato, pero tratamos el tema con la muchacha implicada, con discreción, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Conway. Lanzó la pluma haciéndola girar en el aire y la atrapó con facilidad—. *Con discreción*.

—¿Por qué instalar un tablón físico? —quise saber yo—. ¿Por qué no crear una web oficial del colegio, con una profesora en calidad de moderadora? De esa manera nunca se publicaría nada que pudiera herir los sentimientos de nadie. Es más seguro.

La señorita McKenna me inspeccionó, anotando mentalmente todos los detalles —buen abrigo, pero con un par de años de antigüedad, buen corte de pelo, pero una o

dos semanas más largo de lo debido—, y preguntándose qué tipo de especialista era yo exactamente. Separó y volvió a juntar las manos. No recelaba de mi, no llegaba tan lejos, pero se andaba con tiento.

—Sopesamos esa posibilidad, sí. Varios maestros se inclinaban por ella, justo por el motivo que ha mencionado usted. Yo, en cambio, estaba en contra. En parte porque habría excluido a nuestras internas, que no disfrutaban de acceso a Internet sin supervisión, pero primordialmente porque las jóvenes se deslizan entre estos mundos virtuales con mucha facilidad, detective. Pierden de vista la realidad. No creo que haya que alentarlas a utilizar la red más de lo necesario, y mucho menos convertirlo en el foco de sus secretos más intensos. Soy de la opinión de que deben mantenerse firmemente ancladas en el mundo real en la medida de lo posible.

Conway tenía la ceja arqueada: «¿Esto es el mundo real?».

La señorita McKenna la ignoró. Aquella sonrisa de nuevo. De satisfacción.

—Y tenía razón. No ha habido más páginas web. A decir verdad, las alumnas disfrutaban de las complicaciones del proceso que tiene lugar en el mundo real: la necesidad de esperar un momento en el que nadie las vea colgar la tarjeta y de encontrar una excusa para visitar la tercera planta sin que nadie se dé cuenta. A las chicas les gusta revelar sus secretos, pero también les gusta ser reservadas. El tablón les proporciona un equilibrio perfecto entre ambas necesidades.

—¿Alguna vez ha intentado averiguar quién ha colgado una tarjeta? —pregunté yo—. Por ejemplo, si alguien confesara: «Tomo drogas», seguramente querrían ustedes averiguar quién lo ha escrito. ¿Qué estrategia adoptarían en tal caso? ¿Hay algún circuito cerrado de cámaras de vídeo, un CCTV, enfocado al tablón o algo por destilo?

—¿Un CCTV? —Lo pronunció como si fuera una palabra extranjera, no sé si por diversión, en serio o fingiendo—. Esto es una escuela, detective, no una cárcel. Y las alumnas no suelen ser heroinómanas.

—¿Cuántas alumnas hay en el colegio? —quise saber.

—Casi doscientas cincuenta. Desde primer año hasta sexto, dos clases por curso, aproximadamente veinte alumnas por clase.

—El tablón lleva colgado unos cinco meses. Estadísticamente, durante ese tiempo, a unas cuantas de esas doscientas cincuenta niñas les ha sucedido algo en la vida que a ustedes les gustaría saber. Malos tratos, drogadicción, desórdenes alimenticios, depresión... —Tales palabras salieron de mi boca con extrañeza. Sabía que tenía razón, pero en aquella estancia sonaron como un escupitajo en la alfombra—. Y, como usted misma ha comentado, a las alumnas les gusta revelar sus secretos. ¿Me está diciendo que nunca ha encontrado nada más grave que un «la clase de francés es un plomazo»?

La señorita McKenna bajó la mirada hacia las manos, ocultándose tras sus párpados. Reflexionaba.

—Si es preciso identificar a la autora de una nota —contestó—, hemos

averiguado cómo hacerlo. Una de las tarjetas mostraba un dibujo a lápiz del estómago de una niña. Habían cortado el dibujo en varios puntos con una cuchilla afilada. El pie de foto decía: «Ojalá pudiera arrancármelo de verdad». Obviamente, era preciso identificar a esa estudiante. La profesora de Arte nos facilitó algunas sugerencias en función del estilo del dibujo, otros maestros hicieron lo propio basándose en la letra manuscrita del pie de foto y, en menos de un día, sabíamos de quién se trataba.

—¿Y se estaba cortando? —preguntó Conway.

De nuevo aquellos párpados pesados cerrándose, confirmando las sospechas.

—Ya hemos resuelto la situación.

En nuestra tarjeta no había ningún dibujo, ni texto manuscrito. La muchacha de la cartulina con cortes quería que la encontraran. En cambio, la autora de la nuestra no, o no quería ponérselo fácil.

La señorita McKenna nos dijo, esta vez dirigiéndose a los dos:

—Creo que eso deja claro que el tablón es un motor positivo, no negativo, incluso las tarjetas del estilo «Odio a Fulanita o a Menganita» resultan útiles al identificar a las alumnas que necesitemos observar para detectar señales de acoso, en una dirección u otra. Es nuestra ventana al mundo privado de las estudiantes, detectives. Si saben ustedes algo de muchachas adolescentes, entonces entenderán cuán valioso nos resulta.

—Suenan a mortal de necesidad —replicó Conway. Volvió a cerrar la pluma y la hizo girar en el aire—. ¿Y comprobaron ese tablón tan valioso ayer por la tarde, después de que acabara la escuela?

—Cada día después de las clases. Ya se lo he dicho.

—¿Quién lo comprobó ayer?

—Tendrá que preguntárselo a los profesores. Lo deciden entre ellos.

—Lo haremos. ¿Saben las alumnas cuándo se comprueba?

—Estoy segura de que saben que se supervisa. Ven a los maestros mirándolo; no intentamos ocultarlo. Sin embargo, si lo que pregunta es si saben a qué horas exactas lo revisamos, le diré que eso no lo hemos hecho público.

Lo cual significaba que nuestra chica no tenía manera de saber que podíamos afinar nuestra búsqueda. Seguramente pensara que podía desvanecerse en el cauce de rostros luminosos que avanzaban dando trompicones por el pasillo.

—¿Permaneció alguna de las alumnas en el edificio principal de la escuela una vez concluidas las clases? —quiso saber Conway.

Silencio de nuevo. Y luego:

—Como posiblemente sepan, el año de transición,^[4] en cuarto curso, implica grandes cantidades de ejercicios prácticos: proyectos en grupo, experimentos, etc. Con frecuencia, los deberes de las alumnas de cuarto las obligan a acceder a recursos de la escuela, al aula de Arte y a los ordenadores.

—Con lo cual quiere decir que ayer por la tarde había en la escuela alumnas de cuarto curso. Nombres y horarios —dijo Conway.

Mirada fulminante de la directora. Y de nuevo, mirada fulminante de parte de la policía.

La señorita McKenna atajó:

—No quiero decir tal cosa. No está en mi conocimiento quién se hallaba en el edificio principal ayer. La matrona, la señorita Arnold, tiene la llave de la puerta que conecta la escuela con el ala de las internas y anota el nombre de todas las alumnas a quienes se les concede permiso para entrar en el edificio principal a deshoras; tendrán que preguntárselo a ella. Lo único que he dicho es que yo esperaría que hubiera como mínimo cuatro alumnas de cuarto curso cualquier tarde en la escuela. Entiendo que sienta usted la necesidad de hallar significados siniestros por todas partes, pero créame, detective Conway, no encontrará nada siniestro en el proyecto de Estudios de Medios de Comunicación de una pobre muchacha.

—Eso es precisamente lo que hemos venido a averiguar —respondió Conway. Se desperezó, sin remilgos, arqueando la espalda, levantando los brazos por encima de la cabeza y abriéndolos en cruz—. Con eso bastará por ahora. Necesitaremos un listado de las alumnas que accedieron ayer al edificio en horas extraescolares. Y rápido. Entre tanto, vamos a echar una vistazo a ese tablón tan valioso.

Dejó la pluma de nuevo en el escritorio con un movimiento ligero de la muñeca, como si lanzara una piedra a un río rozando el agua. Rodó por la piel verde y se detuvo a dos centímetros de las manos entrelazadas de la señorita McKenna. La señorita McKenna no se inmutó.

En la escuela reinaba el silencio, esa clase de silencio compuesto por un centenar de zumbidos distintos. En algún lugar, unas alumnas cantaban un madrigal; eran solo fragmentos, recorridos por dulces armonías en tonos agudos, interrumpidos y retomados cada par de pentagramas, cuando la maestra hacía alguna corrección. *Prado verde y florido, fuentes claras, alegres arboledas y sombrías...*

Conway sabía adónde nos dirigíamos. Planta superior, pasillo, puertas cerradas de aulas («Si x es igual a y , entonces...», «*Et si nous n'étions pas allés...*»). Ventana abierta al final del pasillo, brisa cálida y el olor a hierba colándose por ella.

—Aquí está —anunció Conway, al tiempo que giraba para internarse en un hueco.

El tablón debía de medir unos dos metros de ancho por metro de alto y parecía saltar de aquel nicho gritándote a la cara. Era como una cabeza perturbada, como la inmensa y chiflada mente de alguien disparando bolas de todos los colores en una máquina *pinball* a máxima velocidad, sin botón de pausa. Estaba lleno a reventar, hasta el último centímetro: fotografías, dibujos, pinturas superpuestos unos a otros, peleando por un poco de espacio. Rostros tachados con rotulador negro. Palabras por todas partes, garabateadas, impresas, recortadas.

Conway emitió un sonido, una respiración fuerte por la nariz que podría haber

sido una risotada o un ruido de pura conmoción.

En la parte superior, escrito a lo ancho, con grandes letras negras y florituras de libro de fantasía, podía leerse: «EL LUGAR DE LOS SECRETOS».

Debajo, en letras más pequeñas, estas sin adornos; «Bienvenidas a El lugar de los secretos. Recordad que el respeto al prójimo es un valor fundamental en esta escuela. No modifiquéis ni retiréis las tarjetas de otras personas. Se descolgarán todas las tarjetas que identifiquen personalmente a alguien, así como las que resulten ofensivas u obscenas. Si a alguna de vosotras le inquieta el contenido de una tarjeta, hablad con vuestra profesora».

Tuve que cerrar los ojos un instante antes de poder empezar a separar con la mirada aquel frenesí de tarjetas personales. Un labrador negro: «Ojalá se muera el perro de mi hermano para que a mí me compren un gatito». Dedo índice: «¡DEJAD DE HURGAROS EN LA NARIZ CON LOS DEDOS CUANDO APAGÁIS LAS LUCES! ¡OS OIGO!». Un envoltorio de un cornete pegado con celo: «Con esto supe que te quería... y me da tanto miedo que tú también lo sepas». Una maraña de ecuaciones de álgebra, recortadas y pegadas unas sobre otras: «Mi amiga me deja que las copie porque nunca voy a entenderlas». Un dibujo de un bebé con chupete hecho con lápices de colores: «Todo el mundo culpó a su hermano, pero fui yo quien enseñó a mi primito a decir: ¡J***r!».

Conway dijo:

—«La tarjeta estaba enganchada sobre una compuesta por media postal de Florida en la parte de arriba y media postal de Galway en la de abajo. Dice: “Le digo a todo el mundo que este es mi lugar preferido porque es guay [...] Pero este es mi lugar favorito porque nadie aquí sabe que se supone que he de ser guay”. A mí también me gusta Galway, así que a veces miro esa postal cuando paso por delante del tablón. Por eso vi la fotografía de Chris».

Tardé un segundo en darme cuenta. Era la declaración de Holly: palabra por palabra, al menos según lo que yo acertaba a recordar. Conway detectó mi mirada de asombro y me miró con sarcasmo.

—¿Qué pasa? ¿Pensabas que era tonta?

—No, pero tampoco sabía que tuvieras tanta memoria.

—Pues mira y aprende.

Se apartó un poco del tablón y siguió escaneándolo. Una boca de labios gruesos pintados de rojo, con la dentadura a la vista: «Mi madre me odia porque cree que estoy gorda». Un cielo azul crepuscular, onduladas montañas verdes, una ventana iluminada con luz dorada: «Quiero volver a casa. Quiero volver a casa. Quiero volver a casa». En la planta inferior, el mismo verso delicado del madrigal, una y otra vez.

—Aquí está —dijo Conway. Apartó una fotografía de un hombre limpiando una gaviota manchada de petróleo: «¡Podéis insistir en que sea abogada, pero yo me voy a dedicar a ESTO!», y señaló una tarjeta: mitad Florida, mitad Galway. Estaba en la parte izquierda del tablón, cerca del borde inferior.

Conway se inclinó para acercarse.

—Tiene un agujerito —dijo—. Parece que tu amiguita no se ha inventado todo.

De haberlo hecho, no habría pasado por alto el agujero de la chincheta, Holly no.

—Eso parece, sí.

No tenía sentido llevársela para buscar huellas dactilares; no iba a demostrar nada. Conway añadió, volviendo a citar:

—«Ayer tarde no miré la postal de Galway mientras estábamos en el aula de Arte. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice. Quizá la semana pasada».

—Si los maestros encargados de supervisar el tablón hicieron su trabajo, nuestras opciones se reducen a quien permaneciera en el edificio después de las clases. De otro modo...

—De otro modo, en un batiburrillo como este, una tarjeta podría haber pasado desapercibida durante días. No habría manera de acotar la búsqueda. —Conway dejó que la gaviota regresara a su sitio y retrocedió unos pasos para hacerse una imagen global del tablón de nuevo—. Tu amiguita, la señorita McKenna, puede ladrar tanto como quiera sobre válvulas de escape, pero en mi opinión esto es una idea enfermiza.

Era difícil rebatírsele.

—Vamos a tener que comprobarlas todas —apunté yo.

La vi reflexionar sobre ello: se iba a desembarazar de mí encargándome realizar todo el trabajo sucio e iba a quedarse con la parte buena. Al fin y al cabo, ella era la jefa.

—El modo más rápido de hacerlo es quitarlas todas e ir las revisando una a una. Así no nos saltaremos ninguna.

—Pero nunca conseguiremos volver a colocarlas en su sitio. ¿No te importa que las alumnas sepan que las hemos revisado?

—¡Me cago en la hostia! —exclamó Conway—. Ya estamos otra vez con la patraña de caminar sobre cáscaras de huevo, con cuidado de no estropear nada... Este caso siempre ha sido igual. Será mejor que las dejemos donde están. Tú empieza por aquel lado y yo empezaré por este.

Tardamos una buena media hora. No hablamos (si perdíamos de vista el lugar que ocupaba la tarjeta en aquel torbellino, podíamos llevarnos un buen sopapo), pero de todos modos trabajamos bien juntos. Eso es algo que se sabe. Los ritmos encajan y la otra persona no empieza a darte la murga por el simple hecho de existir.

Yo estaba dispuesto a encargarme por entero del trabajo para asegurar que todo fuera como la seda (me veía de vuelta en Casos Abiertos si retrasaba a Conway o le resollaba en el oído), pero no hubo necesidad. Fue fácil; no requirió grandes esfuerzos. Otra punzada de aquella sensación optimista que había tenido en las escaleras: *es tu día, estás de suerte, aprovéchalo si puedes*.

Para cuando estábamos a punto de acabar, aquella sensación se había evaporado. Tenía mal sabor de boca y el estómago revuelto, como si hubiera tomado sidra caducada, con gas, fuerte y mala. No por haber encontrado demasiadas cosas

aberrantes en aquel tablón, pues no era así; tanto Conway como McKenna tenían razón, cada una a su manera; nos hallábamos muy lejos de mi vieja escuela. Alguien había robado algo en una tienda (una caja de una máscara de pestañas: «He robado esto. ¡Lo siento!»); una alumna estaba muy enfadada con otra (una foto de un paquete de laxantes: «Ojalá pudiera meterte esto en la manzanilla»), pero nada peor que eso. De hecho, muchas de aquellas tarjetas contenían un mensaje dulce. Un niño sonriendo mientras estrujaba un osito de peluche hecho trizas: «Echo de menos a mi osito. Pero esta sonrisa vale la pena». Seis tiras de cinta de distintos colores atadas en un nudo prieto y las puntas de cada una pegadas a la tarjeta con cera marcada con el pulgar: «Amigas para siempre». Algunas eran muy creativas, puro arte, incluso mejor del que suele verse en algunas galerías. Había una tarjeta recortada con la forma de un marco de ventana llena de copos de nieve: delicada como el encaje, debía de haber llevado horas componerla; fragmentos del rostro de una niña aparecían tras el marco, con demasiados copos de nieve por delante para reconocerla, gritando. Y unas letras diminutas recortadas en el borde: «Todos pensáis que me veis entera».

Eso era precisamente lo que me estaba dando aquel regusto a sidra pasada. Aquel soplo de aire dorado lo bastante transparente como para bebérselo, aquellos rostros transparentes, aquel parloteo alegre: me gustaba mucho. Me encantaba. Y, por debajo, bien oculto: esto otro. No se trataba de un caso aislado de algo torcido o de una excepción, ni tan solo de un puñado. Todos los mensajes lo eran.

Me pregunté, esperanzado, si no serían más que chorradas. Las chicas se aburrían y mataban el tiempo de esta forma. Luego pensé que quizás eso fuera igual de malo. Después, me dije: no.

—¿Cuántos mensajes crees que son verdad?

Conway me miró fijamente. Habíamos trabajado juntos, cada uno desde su lado; de haber llevado perfume, me habría llegado su olor. Lo único que había olido era jabón sin perfume.

—Unos cuantos. La mayoría, quizá. ¿Por qué?

—Dijiste que son todas unas mentirosas.

—Y lo son. Pero mienten para escabullirse de los problemas o llamar la atención, o incluso para parecer más interesantes de lo que son. En cambio, en chorradas como estas, el porcentaje de mentira es muy bajo. No tiene sentido mentir si nadie sabe quién eres.

—Sin embargo, de todos modos, crees que son chorradas.

—Por supuesto que sí.

Levantó con una uña una foto del protagonista de la saga *Crepúsculo*. El pie de foto decía: «Lo conocí durante las vacaciones y nos besamos. Fue maravilloso. Volveremos a encontrarnos el verano que viene».

—¿Qué porcentaje de mentira crees que hay ahí? —pregunté yo.

—Esa de ahí, yo diría que lanza pistas a sus compañeras cada vez que pasan por delante del tablón; de ese modo, están convencidas de que se trata de ella, pero se

evita tener que contar una historia que es mentira de viva voz, para que no puedan llamarla embustera. Las otras... —Conway deslizó los ojos por el tablón y añadió—: Si a alguien le gustara causar problemas, algunas de estas tarjetas serían un buen caldo de cultivo.

Habían pulido por fin el madrigal, que ahora sonaba fluido, entero y perfecto. *Pan divino gracioso, sacrosanto manjar que da sustento al alma mía...*

—¿Incluso habiendo supervisión?

—Incluso así. Los maestros pueden observar cuanto quieran, pero no saben qué buscar. Las chicas son inteligentes si quieren generar un problema, encontrarán modos de hacerlo que los adultos sean incapaces de detectar. Una amiga te cuenta un secreto y tú vas y lo cuelgas aquí. No te cae bien alguien, te inventas algo y lo cuelgas aquí como si fueras ella. ¿Ves esto? —Conway dio unos golpecitos sobre una boca con los labios pintados—. Una fotografía rápida de la foto de mamá que una alumna tiene colocada sobre la taquilla que hay junto a su cama y ya lo tienes: puedes decirle que su madre piensa que es una cerda y la odia por ello. Y puntuación extra si alguien reconoce la foto y cree que la alumna se está confesando.

—Qué agradable —comenté yo.

—Te lo advertí.

Dichoso fue aquel día, punto y hora, que tales dos especies Cristo mora...

—Y nuestra tarjeta —quise saber yo—. ¿Qué posibilidades existen de que contenga algo de verdad?

Me lo había preguntado desde el principio. No quería formularlo, no quería pensar en que todo aquello pudiera finalizar en un par de horas, con una cría llorando y expulsada, y yo regresando a Casos Abiertos con una colleja en la nuca.

—Un cincuenta por ciento —respondió Conway—. Quizá. Si alguien quisiera crear problemas, lo habría conseguido. Pero de momento, lo trataremos solo como un rumor. Ya casi has acabado, ¿verdad? Dentro de un momento volverá a sonar ese maldito timbre y nos van a arrollar.

—Sí —dije yo. Quería moverme. Me dolían los pies de estar quieto—. Ya he terminado.

Nos quedamos dos tarjetas. La fotografía de la mano de una chica bajo el agua, pálida y desdibujada: «Sé lo que hiciste». Y una fotografía de un calvero bajo un ciprés, con un bolígrafo BIC clavado en el suelo para marcar un punto concreto, sin pie de foto.

Conway las metió en los sobres de pruebas que sacó de su maletín y las guardó.

—Vayamos a hablar con quienquiera que sea el responsable que supervisó el tablón ayer. Luego conseguiremos el listado de las alumnas que estaban aquí y mantendremos una charla con ellas. Y será mejor que ese listado esté a punto... o se va a organizar una buena.

Cuando dimos media vuelta para marcharnos, después de haber pasado tanto rato en aquel angosto recoveco, el pasillo parecía medir un kilómetro de largo. Bajo el

zumbido de las aulas y los trinos del lalalá, me pareció escuchar al tablón hablándonos desde atrás, bullendo.

6

Tras el Court se extiende un campo o algo parecido; al menos lo llaman así: el Campo, con una risita disimulada por lo que suele pasar en él. Corresponde a los terrenos en los que se suponía que debía construirse otra ala del Court: iban a instalar allí una tienda de ropa Abercrombie & Fitch, pero entonces llegó la recesión. En su lugar, ahora hay una extensión vallada de hierbajos crecidos y descuidados, con parches de tierra dura aún visibles a través de las cicatrices producidas por las excavadoras que iniciaron las obras; un par de pilas de bloques aislantes de hormigón olvidados, los cuales empiezan a desmoronarse porque siempre hay gente subida en ellos, y una máquina misteriosa oxidada. En una esquina han soltado del poste la verja metálica, que ahora puede doblarse en ambos sentidos para cruzar por debajo, si no se está demasiado gordo, pero no hay muchas personas gruesas merodeando por este lugar de todos modos.

El Campo es la cara oculta del Court, el lugar donde ocurre todo aquello que no puede suceder en el Court. Los alumnos del Colm y las alumnas del Kilda rodean el Court como si tal cosa, con aire inocente, silbando, y se escabullen allí. Casi todos sus pobladores son emos^[5], que se creen, demasiado profundos como para visitar un centro comercial (siempre hay una pandilla de ellos junto a la verja posterior oyendo Death Cab for Cutie en los auriculares de su iPod, incluso cuando hace un frío que pela o llueve a cántaros), pero también otras personas se dejan caer por allí. Si acabas de robar una botella de vodka en un comercio sin titubear o le has birlado medio paquete de cigarrillos a tu padre, si tienes un par de porros o un puñado de pastillas de tu madre, es el lugar para traerlas. Las malas hierbas son lo bastante altas como para que nadie fuera de la verja pueda verte, no si estás sentado o tumbado, y probablemente lo estés.

De noche suceden otras cosas. Algunas tardes quienes acuden aquí encuentran una docena de condones usados o un puñado de jeringuillas. En una ocasión alguien encontró sangre, un largo reguero de sangre que atravesaba un trozo de tierra desierta, y un cuchillo. Pero nadie dijo nada. Al día siguiente, el cuchillo había desaparecido.

Es finales de octubre; una inesperada tarde rubia y sonriente asoma la cabeza en mitad de una retahíla de días lluviosos y fríos, y todo el mundo se acuerda del Campo. Una pandilla de alumnos de cuarto año del Colm ha conseguido que el hermano mayor de uno de ellos le compre unas cuantas botellas de dos litros de sidra y un par de cajetillas de cigarros; ha corrido el rumor y ahora mismo debe de haber unas veinte personas desperdigadas en la maraña de álsines o encaramadas a los bloques aislantes de hormigón. Los dientes de león van a la deriva y las punzantes hierbas canas empiezan a dar flores amarillas. El sol se funde sobre ellas y ahuyenta el frío viento.

En el salón de maquillaje del Court se forma una nueva cola; todas las muchachas

quieren que las maquillen. Tienen el rostro agarrotado y pesado, pues temen sonreír, por si acaso se les agrieta el maquillaje o se les corre, pero creen que merece la pena cómo las hace sentir. Nunca antes se habían sentido así. Ni siquiera antes de darle el primer sorbito a la sidra o la primera calada a un cigarro; se pavonean, atrevidas, con sus nuevos andares estudiados, con la cabeza bien alta, y el gesto altivo e inescrutable, poderoso. A su lado, los muchachos parecen casi desnudos y más jóvenes. Para compensar la diferencia, suben el volumen de sus voces y se llaman *marica* unos a otros con mayor frecuencia. Unos cuantos lanzan piedras a una cara sonriente con la lengua fuera que alguien ha pintado con espray en el muro trasero del Court, y prorrumpen en rugidos y lanzan puñetazos al aire cuando alguien hace diana; y un par de ellos anda empujándose a ver quién se cae antes de la máquina oxidada. Las muchachas, para asegurarse de que todo el mundo sabe que no están mirando, sacan sus teléfonos móviles y se sacan fotos las unas a las otras. Las *daleks* hacen mohines y se encaraman sobre una pila de bloques de hormigón; Julia, Holly, Selena y Becca están tumbadas entre la maleza.

Chris Harper se encuentra detrás, con una camiseta azul recortándose contra el azul del cielo mientras hace equilibristas, con los brazos abiertos, sobre otra pila de bloques de hormigón, y mira con los ojos entornados en dirección a Aileen Russell mientras se ríe de algo que ha dicho. Está a unos dos metros y medio de distancia de Holly y Selena, que andan abrazándose y frunciendo la boca con su nuevo pintalabios, listas para un besuqueo que deje a todo el mundo boquiabierto. Becca entorna sus pobladas pestañas y su boca pintada con barra labial Rojo Fiero mientras mira a la cámara con sorpresa fingida y sobreactúa el papel de fotógrafa («Muy bien, supersexy, dadme más...»), pero no saben que él está ahí. Notan que hay alguien, la efervescencia y el ímpetu de su juventud, del mismo modo que notan las zonas calientes de esa juventud palpitando por todo el Campo; pero si cerraras los ojos y les preguntaras quién anda ahí, ninguna de ellas sería capaz de nombrar a Chris. A Chris le quedan seis meses, tres semanas y un día de vida.

James Gillen se desliza junto a Julia, con una botella de sidra en la mano.

—Venga, va —le dice—. ¿De verdad?

James Gillen es un tío bueno, en un sentido oscuro y resbaladizo; se le dibuja una curva en la boca que te pone a la defensiva: siempre parece estar riéndose de algo, y una nunca atina a saber si es de ella. A muchas chicas les gusta; Caroline O'Dowd está tan enamorada de él que incluso compró un desodorante Lynx Excite, el que usa Gillen, y se rocía con él un mechón de cabello cada día para poderlo oler siempre que le apetezca. Si la miras durante la clase de Matemáticas, la encuentras olisqueándose el pelo, con la boca abierta, como si tuviera un coeficiente intelectual de un veinte.

—Hola —lo saluda Julia—. Y: ¿qué?

James echa un vistazo al teléfono de Julia.

—Estás muy guapa. No necesitas una foto que te lo diga.

—Claro que no, Sherlock. Y tampoco necesito que lo hagas tú.

James hace oídos sordos.

—Yo si sé de qué me gustaría tener unas cuantas fotos —dice, y sonrío mientras le mira las tetas a Julia.

Es evidente que espera que ella se sonroje y se cierre la cremallera de la sudadera, o que lance un chillido y se haga la indignada. Cualquiera de las dos reacciones representaría una victoria para él. Becca se ruboriza en nombre de Julia, pero esta no piensa darle tal satisfacción.

—Créeme, colega —le dice—, no sabrías cómo manejarlas.

—No son tan grandes.

—Y tus manos tampoco. Y ya sabes lo que dicen de los tipos que tienen las manos pequeñas.

A Holly y a Selena les entra la risa floja.

—Joder —exclama James, arqueando una ceja—. Joder, qué directa eres, tía...

—Mejor ser directa que retrógrada —replica Julia, cierra su teléfono y se lo guarda en el bolsillo, lista para lo que venga a continuación.

—Eres tan desagradable —comenta Joanne desde su bloque de hormigón, arrugando la naricilla con un gesto mono. Y dirigiéndose a James—: La verdad es que me cuesta creer que diga algunas cosas...

Pero Joanne no está de suerte: James le ha echado el ojo a Julia, no a ella, al menos hoy. Le dedica a Joanne una sonrisa que podría significar cualquier cosa y le da la espalda.

—Va. ¿Qué me dices? —le propone a Julia—. ¿Quieres un poco? —Y le tiende la botella de sidra.

Julia siente una repentina punzada triunfal. Le lanza a Joanne una sonrisa hiperdulce, por encima del hombro de James.

—Claro —responde, y agarra la botella.

A Julia no le gusta James Gillen, pero eso no es lo importante, al menos no aquí fuera. En el Court, dentro del centro comercial, cualquier mirada con la que te tropieces podría significar Amor con mayúsculas, un amor de esos que hace que repiquen las campanas y estallen los fuegos artificiales, todo ello entre el dulce brotar de la música y prismas que rebotan luces con los colores del arco iris, y podría ser ese misterio insondable que crepita en todos los libros, en todas las películas y en todas las canciones, podría representar ese hombro único en el que apoyar la cabeza, entrelazando tus dedos con los suyos mientras apoya suavemente los labios en tu cabello y vuestra canción atruena en los altavoces. Podría suponer el corazón que se abrirá ante ti para ofrecerte sus secretos jamás revelados, un corazón dotado de recovecos con la forma perfecta para almacenar, a su vez, todos los tuyos.

Pero aquí, en el Campo, no va a ser Amor, ni ese misterio del cual hablan todas las cosas, sino precisamente el enorme misterio del cual todo el mundo elude hablar. Las canciones se esfuerzan por soltártelo en la cara, pero lo único que hacen es lanzar las palabras correctas al aire y esperar a que suenen lo bastante sucias como para

llenarte la cabeza de pájaros, tanto que no seas capaz de formular más preguntas. No pueden explicarte cómo va a ser, cuando sea, el día que sea; ni tampoco pueden decirte qué es. No está en las canciones; está ahí fuera, en la vida, en el Campo. En la nuez de Adán y en el vaho del aliento de todo el mundo, en el hedor de los zuzones y en la leche de los tallos rotos de diente de león que se te adhiere a los dedos. Está en la música de los *emos*, que se eleva a través de la tierra y te hace temblar hasta la rabadilla. Dicen que Leanne Naylor no regresó para el quinto curso porque se quedó embarazada en el Campo y que ni siquiera sabía quién era el padre.

De manera que el hecho de que a Julia no le guste James Gillen es irrelevante. Lo relevante aquí fuera es la dura y bella curva de los labios del chaval y la sombra de barba incipiente en su mentón; y el hormigueo que le enciende las venas de la muñeca a Julia cuando los dedos de ambos tocan la botella. Julia le sostiene la mirada a James, lame una gota que ha quedado en la boca de la botella, con la punta de la lengua, y le dedica una sonrisa cuando él abre los ojos de par en par.

—¿Y para nosotras no hay? —quiere saber Holly.

Julia le pasa la botella sin mirarla. Holly pone los ojos en blanco y le da un buen trago antes de pasársela a Selena.

—¿Quieres un cigarrillo? —le pregunta James a Julia.

—¿Por qué no?

—¡Vaya! —dice James, sin molestarse siquiera en darse unas palmaditas en los bolsillos antes—. Se me debe de haber caído el paquete allí. *Mea culpa*.

Se pone en pie y le tiende la mano a Julia.

—Bueno —dice Julia, dudando solo durante una décima de segundo—. Entonces tendré que ir a ayudarte a buscarlos.

Se agarra de la mano de James y él la ayuda a levantarse. Julia le arrebató la botella de sidra a Becca y guiña un ojo mientras le da la espalda a James, y se marchan caminando, el uno al lado del otro, hasta desaparecer entre las altas hierbas mecidas por el viento.

El sol se abre para recibirlos y vuelve a cerrar las pestañas detrás de ellos; se pierden en su resplandor y se desvanecen. Algo a medio camino entre el sentimiento de pérdida y el pánico puro recorre a Becca por dentro. Tiene que contenerse para no gritarles que regresen... antes de que sea demasiado tarde.

—James Gillen —dice Holly, medio irónica, medio impresionada—. Madre mía.

—Si empieza a salir con él —comenta Becca—, no volveremos a verla. Como Marian Maher, que ya ni siquiera habla con sus amigas. Lo único que hace es sentarse ahí a enviarse mensajitos de texto con Comosellame.

—Jules no va a salir con él —le dice Holly—. ¿Con James Gillen? ¿Estás de broma o qué?

Se produce un silencio. Un chillido y una risotada, en algún lugar del Campo, y una alumna de quinto curso se levanta de un brinco para perseguir a un muchacho que agita sus gafas de sol sobre su cabeza; un aullido de victoria cuando alguien hace

diana en la cara del grafiti.

—En ocasiones me gustaría que las cosas continuaran siendo como hace cincuenta años —comenta Holly de repente—, que nadie follara con nadie hasta estar casados y que se montara un escándalo si te atrevías a besar a un chico.

Selena está tumbada con la cabeza apoyada en la chaqueta, revisando sus fotos.

—Si te acostabas con un chico o incluso fingías que algún día ibas a plantearte hacerlo, podías acabar encerrada en una lavandería de las Hermanas Magdalenas el resto de tu vida —dice.

—Yo no he dicho que fuera perfecto. Lo que digo es que al menos todo el mundo sabía lo que se suponía que debía hacer. No tenían que averiguarlo por sí solos.

—Pues entonces decide que no vas a follar con nadie hasta que te cases —remata Becca. Normalmente, la sidra le gusta, pero esta vez le ha dejado en la lengua un regusto espeso con sabor a rancio—. Y así lo sabrás y no tendrás que averiguarlo.

—A eso es a lo que me refiero —comenta Selena—. Al menos nosotras tenemos la opción de elegir. Si quieres estar con alguien, lo haces, y si no, pues no.

—Sí —responde Holly. No suena convencida—. Supongo que sí.

—No lo haces.

—Bueno, eso si no eres una frígida y una estirada.

—Yo no soy ni frígida ni estirada —se defiende Becca.

—Claro que no. Ya lo sé. Yo no he dicho que lo seas. —Holly le está arrancando los lóbulos a la hoja de un zuzón, con cuidado, uno a uno—. Lo que me pregunto es... ¿por qué no hacerlo, entiendes? ¿Por qué se monta tanto lío si lo haces si no existe ninguna razón para no hacerlo? En el pasado, la gente se abstenía porque pensaban que estaba mal. Yo no creo que esté mal. A mí solo me gustaría...

La hoja del zuzón se está desmontando; la rasga por la mitad y mete los trocitos entre la broza.

—Olvidadlo —dice—. El imbécil de James Gillen al menos nos podía haber dejado la sidra. Ellos no van a bebérsela.

Selena y Becca no responden. Su silencio se aposenta y endurece.

—No te atrevas —la voz sobreexcitada y aguda de Aileen Russell aúlla tras ellas—, no te atrevas o verás... —pero se amortigua en la superficie del silencio y sisea en la luz del sol hasta desaparecer.

A Becca le parece que aún le llega el olor del Lynx Sperminator o comoquiera que se llame el maldito desodorante.

—Hola —la saluda una voz junto a ella.

Becca vuelve la cabeza para mirar de quién se trata.

Un chavalito con granos se le ha ido acercando con sigilo entre la maleza. Le conviene un buen corte de pelo y parece tener unos once años, cosas ambas que Becca reconoce en ella misma, pero está bastante segura de que aquel chaval va a segundo o quizás incluso a primero. Decide que está bien: seguramente no pretende enrollarse con nadie; incluso podría ser divertido recoger unas cuantas piedras con él

y unirse a los chicos que se hallan lanzándolas a la cara del grafiti.

—Hola —le repite el chaval. La voz no se le ha quebrado.

—Hola —responde Becca.

—¿Tu padre era un ladrón? —le pregunta.

—¿Qué? —replica Becca.

El chaval recita, de un tirón, balbuceando:

—Entonces, ¿quién robó las estrellas y te las puso en los ojos?

Mira a Becca esperanzado. Ella le devuelve la mirada; no se le ocurre nada que decir. El chico decide tomárselo como un incentivo. Se le acerca más y busca a tientas la mano de Becca entre la maleza. Becca aparta la mano.

—¿Alguna vez te ha funcionado eso? —le pregunta.

El chaval parece herido.

—A mi hermano le funciona —responde.

Entonces Becca tiene una revelación: el chaval piensa que es la única chica en el Campo que podría estar lo bastante desesperada como para enrollarse con él. Ha decidido que es la única que está a su nivel.

Le gustaría ponerse en pie de un brinco y hacer el pino, o que alguien la retara a una carrera a toda prisa y bien lejos que los dejara destrozados a ambos: cualquier cosa que convirtiera su cuerpo en algo relacionado con lo que es capaz de hacer y no con el aspecto que tiene. Becca es veloz, siempre lo ha sido, sabe hacer la rueda y saltos mortales hacia atrás y es capaz de trepar a cualquier sitio; antes se divertía haciéndolo, pero ahora lo único que importa es que aún no tiene tetas. Sus piernas, estiradas, parecen renqueantes e inútiles, compuestas por un puñado de líneas que no dibujan nada en absoluto.

De repente, el chaval de los granos se inclina hacia ella. Becca tarda un instante en caer en la cuenta de que intenta besarla; se gira justo a tiempo para meterle un mechón de pelo en la boca.

—No —le dice.

Él se sienta, alicaído.

—Vaya —dice—. ¿Por qué no?

—Porque no.

—Perdona —le dice el chaval, que se ha puesto rojo como un pimiento.

—Creo que tu hermano te estaba tomando el pelo —le dice Holly, sin intención de sonar malvada—. No creo que esa frase le haya funcionado nunca a nadie. No es culpa tuya.

—Supongo que no —replica el muchacho, hecho polvo.

Es evidente que solo sigue ahí porque la vergüenza de regresar junto a sus amigos se le antoja demasiado espantosa para contemplarla siquiera. A Becca le gustaría enroscarse como un bichito y cubrirse de hierba hasta desaparecer. El maquillaje la hace sentir como si alguien la hubiera sujetado a la fuerza y le hubiera pintado un *jajaja* en el rostro.

—Ten —le dice Selena al chaval, al tiempo que le entrega su teléfono—. Sácanos una foto. Así podrás regresar junto a tus amigos y parecerá que te habíamos pedido que nos hicieras un favor. ¿Te parece bien?

El chaval le lanza una mirada de pura gratitud animal.

—Sí —responde—. Muy bien.

—Becs —la llama Selena, y abre un brazo para abrazarla—. Ven aquí.

Al cabo de un segundo, Becca se acerca arrastrando los pies. Lenie la rodea con el brazo, con fuerza; Holly se inclina hacia ella por el otro hombro; nota la calidez de la piel de sus amigas a través de las camisetas y las capuchas, su solidez. Su cuerpo la aspira como si fuera oxígeno.

—Decid Luissss —dice el chaval con acné, y se arrodilla. Suena mucho más alegre.

—Espera —dice Becca. Se frota con el dorso de la mano la boca, con fuerza, extendiéndose el pintalabios duradero y supermate Rojo Fiero por el rostro, como si fuera una franja ancha de una pintura de guerra—. Ya está —dice, con una gran sonrisa—. Luissss. —Y escucha el clic del teléfono cuando el muchacho pulsa el botón.

Tras ellas, Chris Harper grita:

—¡Allá vamos!

Con la banda sonora del grito de Aileen Russell, Chris se endereza, sube a los bloques de hormigón y salta haciendo una voltereta hacia atrás con el cielo como telón de fondo. Aterrizza tambaleándose; el impulso lo lleva a derrapar por los zuzones, sobre su espalda, hasta una zona de tonos verdes temblorosos y dorados. Allí permanece tumbado, con las piernas abiertas y sin respirar, contemplando el bromista cielo azul y riendo a carcajada limpia.

Esta vez las prisas entre clases fueron diferentes. Corrillos de alumnas apoyadas en las paredes, cabezas brillantes muy juntas por todas partes. El bajo tamborileo de un centenar de cotilleos simultáneos pronunciados a toda velocidad. El alboroto cortado por lo sano y las alumnas escabullándose cuando se daban la vuelta como látigos y nos veían acercarnos. Se había corrido el rumor.

Encontramos a un grupo de maestros tomando el almuerzo en la sala de profesores. Era un espacio agradable, con una máquina de café y reproducciones de cuadros de Matisse, un entorno amable para propiciar el buen humor. La maestra de Educación Física fue quien se había encargado de supervisar el tablón el día anterior y juró por activa y por pasiva que lo había comprobado después de las clases de arriba abajo. Había detectado dos tarjetas nuevas: la del perro negro y una de una alumna que estaba ahorrando la paga semanal para hacerse un aumento de pechos. Lo típico, añadió: al principio de colocar el tablón había docenas de tarjetas nuevas cada día, amontonadas las unas sobre las otras, pero poco a poco la avalancha había ido remitiendo. De haber habido una tercera, se habría dado cuenta.

Ojos recelosos nos siguieron mientras abandonábamos la sala de profesorado; ojos recelosos y un hogareño aroma a estofado de vacuno y, acaso demasiado pronto, poco antes de quedar fuera del alcance de nuestros oídos, un estallido de voces susurrantes y siseos que mandaban callar.

—Menos mal —comentó Conway, haciendo caso omiso de los murmullos—. Eso nos ayudará a acotar la búsqueda.

—Podría haberla colgado ella misma —apunté yo.

Conway subió las escaleras de dos en dos en dirección al despacho de McKenna.

—¿La maestra? No, a menos que sea idiota. ¿Por qué se iba a poner en la lista? Podría haber colgado la tarjeta ahí cualquier día, cuando no le tocara la supervisión a ella, y dejar que la encontrara otra persona: así no habría nada que la vinculara. Está descartada, por lo menos desde mi punto de vista.

La secretaria del pelo rizado de McKenna tenía la lista a punto para entregárnosla, mecanografiada e impresa, y servida con una sonrisa. «Orla Burgess, Gemma Harding, Joanne Heffernan y Alisan Muldoon: permiso para pasar el primer período de estudio de la tarde en el aula de Arte (18.00-19.15). Julia Harte, Holly Mackey, Rebecca O'Mara y Selena Wynne: permiso para pasar el segundo período de estudio de la tarde en el aula de Arte (19.45-21.00)».

—¡Caramba! —exclamó Conway, arrebatándome la lista de las manos y apoyando un muslo contra el escritorio de la secretaria para revisarla—. ¿Quién lo habría dicho? Necesitaré hablar con las ocho, por separado. Y quiero que las saquen de clase ahora mismo y las pongan bajo supervisión ininterrumpida hasta que yo haya concluido. —No tenía sentido permitirles que se pusieran de acuerdo en qué historia contar o que eliminaran pruebas, si es que no lo habían hecho ya—. Ocuparé el aula

de Arte y quiero que esté presente una maestra, cómo se llama, la profesora de Francés: Houlihan.

El aula de Arte estaba disponible y Houlihan se reuniría con nosotros en cualquier momento, en cuanto encontraran a alguien que la sustituyera para impartir su clase. McKenna había dado órdenes: «si la policía pide algo, se le proporciona».

No necesitábamos a Houlihan. Para entrevistar a un sospechoso menor sí es preciso contar con la presencia de un adulto cualificado, pero para entrevistar a un testigo menor, cada cual decide. Si te puedes saltar ese extra, lo haces: hay cosas que los niños pueden contarte y no te contarían delante de su mamá... o de una profesora.

Si solicitas la presencia de un adulto es porque tienes motivos. Yo solicité la presencia de la asistente social durante el interrogatorio de Holly porque estaba solo con una adolescente y por quién era su padre. Conway tenía sus motivos para querer a Houlihan. Y también los tenía para solicitar conducir los interrogatorios en el aula de Arte.

—Mira esto —dijo, cuando estábamos en la puerta, y señaló con la barbilla El lugar de los secretos, al otro lado del pasillo—. Cuando nuestra chica pase por delante, lo mirará.

—A menos que tenga un gran autocontrol —apunté yo.

—Si lo tuviera, no habría colgado la tarjeta.

—Pero ha tenido suficiente autocontrol como para esperar un año.

—Sí. Y ahora se está resquebrajando.

Conway abrió la puerta del aula de Arte de un empujón. Acababan de limpiarla: la pizarra estaba borrada y las largas mesas verdes, despejadas. Fregaderos resplandecientes y dos tornos de alfarero. Caballetes, marcos de madera apilados en una esquina; olor a pintura y a arcilla. Al fondo de la sala, altos ventanales ofrecían vistas del verde campo de los terrenos de la escuela. Noté a Conway recordando su aula de Arte: un rollo de papel y un puñado de pinturas llenas de pelos.

Colocó tres sillas en un lateral, formando más o menos un círculo. Sacó un puñado de lápices pasteles de un cajón y los esparció por las mesas, a la par que iba descolocando las sillas a golpes de cadera. El sol inundaba la estancia con un toque luminoso y la quietud propia de los días calurosos.

Yo permanecí junto a la puerta, observando.

—La última vez la cagué —me dijo Conway, como si le hubiera preguntado—. Realizamos los interrogatorios en el despacho de McKenna, con ella en calidad de testigo. Los tres sentados en una fila detrás de su escritorio, como si fuéramos un Tribunal de la Libertad Condicional, mirando fijamente a las chicas, y acobardándolas al mismo tiempo.

Un último repaso a los pasillos. Se volvió hacia la pizarra, localizó un trozo de tiza amarilla y empezó a garabatear algo sin sentido.

—Fue idea de Costello. «Algo formal», dijo, que pareciera que las llamaban para hablar con la directora, pero mucho más grave. Había que meterles el miedo en el

cuerpo, dijo. Y a mí me sonó bien, me pareció que tenía sentido: no eran más que unas crías, niñas acostumbradas a hacer lo que se les dice; con redoblar la autoridad, cederían... o eso pensamos.

Lanzó la tiza sobre la mesa de la maestra y borró los garabatos con el borrador, dejando alguna que otra palabra recortada y las marcas del mismo. Motas de polvo de tiza se arremolinaron en un rayo de luz diurna que había a su alrededor.

—Pero ya entonces yo sabía que no funcionaría —continuó—. Yo ahí sentada como si me hubieran metido un palo por el culo, sabiendo a cada segundo que transcurría que nuestras oportunidades se iban al garete. Pero todo sucedió muy rápido, no fui capaz de determinar cómo hacerlo de otro modo, y luego fue demasiado tarde. Y a Costello..., aunque fuera yo quien firmara el caso, no podía mandarlo a paseo.

Arrancó unos trocitos de un rollo de papel blanco, los arrugó y los lanzó sin comprobar dónde caían.

—Aquí están en su propio hábitat. Un entorno agradable y relajado, nada de formalidades, no hay por qué tener la guardia alta. Y a Houlihan no le tienen miedo, se pasan toda la clase preguntándole cómo se dice *testículo* en francés para ver cómo se ruboriza, y eso cuando se percatan de su presencia. No va a poder meterles el miedo en el cuerpo.

Conway abrió la ventana con ímpetu y dejó que entrara una bocanada de agradable aire fresco y de olor a hierba recién segada.

—Esta vez, si la cago, la cagaré a mi manera —dijo ella.

Allí estaba mi diana, en línea para hacer blanco.

—Si quieres que estén relajadas, déjame hablar a mí —propuse.

Me miró fijamente. No pestañeé. Conway apoyó el culo en el alfeizar. Se mordisqueó el moflete por dentro y me repasó de pies a cabeza. A sus espaldas, vagos gritos de urgencia llegaban desde el campo de juegos, la pelota de fútbol volaba por los aires.

—De acuerdo —contestó—. Tú hablas. Pero si yo abro la boca tú te callas hasta que haya terminado. Si te digo que cierres la ventana significa que se ha acabado tu turno y que te tomo el relevo a partir de ese momento y no vuelves a pronunciar ni una sola palabra hasta que yo te diga que lo hagas. ¿Entendido?

Clic y en el bolsillo.

—Entendido —respondí.

Noté el soplo de aire suave y dorado ascenderme por la nuca y me pregunté si sería allí, en aquella estancia impregnada de ecos y de madera vetusta resplandeciente, donde finalmente se me presentaría la oportunidad de luchar para volver a abrir aquella puerta. Quería memorizar el aula. Rendirle homenaje a alguien.

—Quiero que nos cuenten qué hicieron ayer por la tarde. Y quiero que les saques la tarjeta sin previo aviso, que las sorprenda, para ver cómo reaccionan. Si dicen: «No he sido yo», quiero saber quién creen que pudo ser. ¿Puedes hacerlo?

—Diría que sabré manejarme, sí.

—Madre mía... —dijo Conway, sacudiendo la cabeza como si no creyera lo que estaba oyendo—. Intenta no arrodillarte en el suelo y lamerles las botas.

—Si les enseñamos la tarjeta, la escuela entera sabrá de su existencia antes de que sea la hora de regresar a casa —comenté.

—¿Crees que no lo sé? Eso es precisamente lo que pretendo.

—¿No te preocupa?

—¿El qué? ¿Que nuestro asesino se ponga nervioso y venga en busca de la chica que ha escrito la tarjeta?

—Pues sí.

Conway le dio un golpecito al borde de la persiana, un golpecito suave, con un solo dedo, y una ola recorrió las lamas.

—Quiero que pase algo —sentenció—. Y eso provocará que empiecen a suceder cosas. —Se apartó del alféizar, se acercó a las tres sillas que había en el pasillo y devolvió una a su mesa correspondiente—. ¿Te preocupa la muchacha que escribió la postal? Pues hay que encontrarla antes de que lo haga otra persona.

Llamaron a la puerta una sola vez con los nudillos y, como no podía ser de otra manera, Houlihan asomó la cabeza con cara de conejilla asustada y ceceó:

—Detectives, ¿querían verme?

La pandilla de Joanne Heffernan fue la primera que apareció alborotando por El lugar de los secretos: empezamos por ellas. Arrancamos con Orla Burgess.

—Eso hará que a Joanne se le retuerzan las braguitas de diseño —comentó Conway cuando Houlihan salió a buscar a la muchacha—, por no ser ella la mejor apuesta. Si se enoja lo suficiente, se volverá descuidada. Y Orla tiene el cerebro de un mosquito. Si la sorprendemos con la guardia baja, nos abalanzamos sobre ella y, si tiene algo, lo soltará. ¿Qué?

Me había pillado intentando no sonreír.

—Pensaba que esta vez íbamos a crear un ambiente relajado, no intimidatorio.

—¡Vete a la mierda! —me espetó Conway, pero también se le dibujó una media sonrisa, aunque se mordió los labios para contenerla—. Ya lo sé: soy una zorra despiadada. Puedes estar contento. Si fuera una pusilánime, no estarías en este circo.

—No me quejo.

—Más te vale no hacerlo —me advirtió Conway— o me apuesto lo que sea a que hay algún caso sin esperanza de los años setenta que podría utilizar para poner a prueba tus técnicas de relajación. Si quieres ser tú quien hable, siéntate. Yo observaré a Orla cuando entre y comprobaré si mira el tablón en busca de la tarjeta.

Me acomodé en una de las sillas preparadas, con aire tranquilo, informal. Conway se dirigió a la puerta.

Unos pasos rápidos descendiendo por los escalones del pasillo y Orla en el

umbral de la puerta, contoneándose, intentando no soltar una risita. No era guapa, no era alta, no tenía cuello ni cintura, y tenía una nariz demasiado grande como para compensar sus carencias, pero lo intentaba. Cabello rubio alisado artificialmente y bronceado de bote. Se había hecho algo en las cejas.

La rápida fracción de sacudida de cabeza de Conway, tras la muchacha, me dijo que Orla no había comprobado El lugar de los secretos.

—Gracias —agradeció Conway a Houlihan—. ¿Por qué no se sienta allí? —Y con ello barrió a Houlihan al final del aula y la colocó en un rincón antes de que esta fuera capaz de emitir algo más que una respiración entrecortada.

—Orla —la saludé—. Soy el detective Stephen Moran. —Mis palabras consiguieron que se le escapara una risita nerviosa. Soy un genio de la comedia—. Siéntate —le indiqué, mientras señalaba con una mano la silla situada frente a la mía.

Conway se apoyó en una mesa, cerca de mi hombro, pero no demasiado cerca. Orla la miró con cara bobalicona mientras se acercaba a sentarse. Conway es de esas mujeres que no deja indiferente, pero la cría pareció no notar siquiera su existencia.

Orla se sentó y se tapó las rodillas con la falda.

—¿Es otra vez por lo de Chris Harper? O sea, ¿han descubierto quién...? Ya saben. ¿Quién...?

Voz de mocosa. Tono agudo, lista para soltar un chillido o una sonrisa afectada. Ese acento con el que hablan hoy en día, como de actor malo fingiendo hablar con acento americano.

—¿Por qué? ¿Hay algo que quieras contarnos acerca de Chris Harper? —pregunté yo.

Orla estuvo a punto de caerse de la silla del susto.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no!

—Porque, si tienes algo nuevo que aportar, ahora es el momento de hacerlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé. Si supiera algo, se lo diría. Pero de verdad que no sé nada.

Una sonrisa como un tic, involuntaria, húmeda por la esperanza y el temor.

Si quieres sacarle algo a un testigo, tienes que averiguar lo que quiere. Entonces se lo das a espaldas. Y eso es una cosa que a mí se me da bien.

Orla quería caerle bien a la gente y que le prestaran atención. Quería gustar.

Suena estúpido, y lo es, pero me llevé una decepción. Me vi abandonado, con una fea sensación como de querer vomitar. Al ver aquel lugar me había hecho una serie de expectativas. Aquellos techos altos y aquel aire voluble que olía a sol y a jacintos. Esperaba algo especial, algo extraordinario. Esperaba algo moteado y resplandeciente que no hubiera visto nunca.

Aquella chica: igual que cien de las chicas con quienes yo había crecido y con quienes había puesto kilómetros de distancia, tan lamentable como todas ellas, solo que con un acento falso y más dinero invertido en su dentadura. No era nada especial; en absoluto.

No quería mirar a Conway. No conseguía desembarazarme de la sensación de que ella sabía exactamente lo que me estaba pasando por la cabeza y se estaba riendo. Y no de una forma sana.

Sonreí a Orla. Una sonrisa generosa, cálida y amistosa. Me incliné hacia delante.

—No te preocupes. Solo albergaba esa esperanza. Por si acaso, ¿entiendes?

Mantuve la sonrisa hasta que Orla me sonrió.

—Sí.

Agradecida, patéticamente agradecida. Alguien, probablemente Joanne, utilizaba a Orla como saco de boxeo cuando estaba de mala leche.

—Pero tenemos que formularte unas cuantas preguntas, cuestiones rutinarias, nada importante. ¿Estás preparada para responderme? ¿Quieres ayudarme?

—Sí, claro.

Orla seguía sonriendo. Conway se sentó en la mesa y sacó su cuaderno de notas.

—Eres fantástica —le dije—. Hablemos acerca de ayer por la tarde. Durante el primer período de estudio, ¿estabas en el aula de Arte?

Una mirada defensiva a Houlihan.

—Teníamos permiso.

Su única preocupación acerca de la tarde anterior era no tener problemas con los profesores.

—Sí, eso ya lo sabemos. Explícanos una cosa, ¿cómo se consigue ese permiso?

—Se lo solicitamos a la señorita Arnold, la matrona.

—¿Quién se encargó de solicitárselo? ¿Y cuándo?

Una mirada inexpresiva.

—Yo no fui.

—¿De quién fue idea pasar las horas extraescolares aquí?

Más cara de pez.

—Mía tampoco.

Me la creía. Tenía la sensación de que la mayoría de ideas no eran de Orla.

—De acuerdo —respondí yo con otra sonrisa—. Explícame cómo fue todo. Una de vosotras obtuvo la llave de la puerta que enlaza ambos edificios de la señorita Arnold...

—Me la dio a mí, justo antes de que se iniciara el primer período de estudio. Y entonces subimos aquí. Éramos Joanne, Gemma, Alison y yo.

—¿Y luego?

—Trabajamos en un proyecto. Un trabajo de Arte y otro tema mezclado: el nuestro es Arte y Estudios Informáticos. Está allí.

Señaló con el dedo. Apoyado en un rincón había un retrato de una mujer de un metro y medio de alto, un prerrafaelita que yo ya había visto antes en algún lugar, pero no conseguí ubicarlo. Estaba aún a medio hacer, a base de cuadraditos de papel de colores; la otra mitad seguía siendo una retícula vacía, con un código diminuto en cada cuadrado que les indicaba qué color debían pegar encima. El traslado había

modificado la mirada soñadora de la mujer y la había convertido en una persona estrábica y de aspecto nervioso, peligroso.

—Va sobre cómo las personas se ven a sí mismas de manera diferente a causa de los medios de comunicación e Internet, ¿sabe? —aclaró Orla—. O algo por el estilo: no fue idea mía. Dividimos la pintura en cuadraditos en el ordenador y ahora estamos recortando fotografías de revistas para pegarlas en ellos. Nos está llevando una eternidad, por eso necesitábamos utilizar las horas de estudio. Y cuando se acabó nuestro tiempo, regresamos al ala de internas y yo le devolví la llave a la señorita Arnold.

—¿Alguna de vosotras salió del aula mientras estabais aquí?

Orla intentó recordar, para lo cual tuvo que respirar por la boca unas cuantas veces.

—Yo fui al lavabo —contestó, al cabo de un rato—. Y Joanne. Y Gemma salió al pasillo porque quería telefonar a alguien en privado. —Una risita disimulada: un chico—. Y Alison también salió a llamar, pero a su madre.

Todas habían salido.

—¿En ese orden?

Mirada hueca.

—¿Qué?

Por todos los diablos.

—¿Recuerdas quién salió primero?

Pensar, pensar, pensar, respirar por la boca.

—Creo que Gemma. Luego yo, luego Alison y luego Joanne, pero no estoy segura.

Conway se movió. Cerré la boca al instante, pero ella no abrió la suya; simplemente se sacó del bolsillo una fotografía de la postal y me la entregó. Volvió a sentarse en la mesa, apoyó un pie en una silla y se concentró de nuevo en su cuaderno. Ondulé la foto entre mis dedos índice y pulgar un instante.

—Al venir aquí, pasaste por delante de El lugar de los secretos, y volviste a pasar de camino al lavabo y al regresar. Y de nuevo cuando te marchaste de aquí por la tarde, ¿no es cierto?

Orla asintió.

—Sí —dijo sin mirar casi la fotografía ni establecer ninguna conexión entre esta y lo que le estaba preguntando.

—¿Te paraste a mirarlo en alguna de esas ocasiones?

—Sí. Cuando regresé del lavabo. Para ver si había algo nuevo. No toqué nada.

—¿Y lo había? ¿Algo nuevo?

—Eh... eh... Nada.

El labrador y el aumento de pechos, según la profesora de Educación Física. Si Orla no los había visto, era posible que tampoco hubiera visto la otra tarjeta.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Alguna vez has colgado tarjetas en el tablón?

Se revolvió en la silla y contestó con un evasivo:

—Quizá.

Le sonreí.

—Sé que son privadas. No te pido los detalles. Solo dime una cosa: ¿cuándo colgaste la última?

—Hará un mes más o menos.

—Entonces, ¿esta tarjeta no es tuya?

Le coloqué la foto en la mano, boca arriba, antes de que intuyera mi intención. Rogué que no fuera suya. Necesitaba demostrarle a Conway lo que era capaz de hacer. Cinco minutos y una respuesta fácil no me iban a llevar a ningún sitio, salvo, quizá, de regreso a Casos Abiertos. Necesitaba pelear.

Además, en un rincón recóndito y cerrado a cal y canto, los detectives siguen pensando a la vieja usanza. Si abates a un depredador, te llenas de su sangre. Si arponeas a un leopardo, te vuelves más valiente y más rápido. Todo aquel lustre del San Kilda, atravesar sus vetustas puertas de roble como si hubiera nacido allí, su esfuerzo: eso era lo que yo quería. Quería lamerme la sangre de mi enemigo en mis puños magullados.

Aquella tonta, con olor a desodorante y cotilleos baratos, no era lo que yo tenía en mente. Sería como abatir al hámster gordo de un crío. Orla miró la fotografía fijamente, mientras interiorizaba de qué se trataba. Entonces soltó un chillido, un gemido agudo y plano, como el de un juguete de plástico al apretarlo.

—Orla —le dije, tajante, antes de que pudiera recomponerse—. ¿Colocaste tú esa tarjeta en El lugar de los secretos?

—¡No! O sea, claro que no. ¡Lo juro por Dios! ¡No! Yo no sé qué le pasó a Chris. Lo juro por Dios.

Me la creía. Sostenía la fotografía en la distancia, como si fuera a hacerle daño; y aquella mirada fija con los ojos como platos yendo de mí a Conway y a Houlihan, implorando ayuda. No era nuestra chica. Eran solo los dioses de los detectives que me habían lanzado una presa fácil para empezar.

—Entonces lo hizo alguna de tus amigas... ¿Quién fue? —le pregunté.

—¡No lo sé! Lo juro, que me muera si no ahora mismo.

—¿Alguna de ellas ha mencionado alguna vez que supiera algo acerca de Chris?

—Claro que no. Nosotras pensábamos que había sido el guarda... Solía sonreírnos todo el tiempo, era asqueroso, y además lo arrestaron por posesión de drogas, ¿no es cierto? Pero no sabemos nada en absoluto. O por lo menos, yo no lo sé. Y si alguna de las otras lo sabe, nunca me ha dicho nada. Pregúntenles a ellas.

—Eso haremos —repliqué yo, con voz suave, tranquilizadora. Sonrisa—. No te preocupes. No has hecho nada malo.

Orla se estaba sosegando. Miraba embobada la fotografía, empezaba a gustarle tenerla en la mano. Quise arrebatársela. Pero la dejé sostenerla un rato más, que se divirtiera.

Me dije a mí mismo: «las personas que no te caen bien son una baza a tu favor, porque no pueden engañarte con tanta facilidad como las que te caen bien».

La cabeza de Orla sufrió una descarga de veinte vatios.

—Probablemente ni siquiera fuera una de nosotras. Julia Harte y su pandilla vinieron justo después. Probablemente lo hicieran ellas.

—¿Crees que puedan saber lo que le sucedió a Chris?

—Supongo que no. Quiero decir, quizá sí, pero no creo. O sea que igual se lo inventaron.

—¿Por qué iban a hacer algo así?

—Pues porque sí. O sea, porque son rarísimas.

—¿Ah, sí? —Me incliné hacia delante, con las manos enlazadas, todo confidencialidad, listo para escuchar su cotilleo—. ¿De verdad?

—Bueno, antes nos caían bien, pero hace ya mucho de eso. Ahora no les hacemos ni caso, ¿sabe a qué me refiero? —Orla levantó las manos en un gesto de desprecio.

—¿En qué sentido te parecen raras?

Era demasiado preguntar. Una mirada cortocircuitada, como si le pidiera que realizara un cálculo mental rápido.

—Pues raras.

Esperé.

—O sea, que se creen muy especiales. —El primer atisbo de algo que imprimía vida al rostro de Orla: malicia—. Se creen que pueden hacer lo que quieran.

Me hice el intrigado. Y aguardé un poco más.

—A ver, por ejemplo, ¿vale? Debería haberlas visto en el baile de San Valentín. Parecían unas chifladas. O sea, ¡Rebecca iba con tejanos! Y Selena llevaba puesto algo que ni siquiera sé lo que era, parecía salida de una obra de teatro... —Aquella risita aguda y cortante de nuevo, esta vez se me clavó en el oído—. Todo el mundo se quedó flipando, como diciendo: «¡Se les ha ido la olla!». Por favor, había chicos en el baile. Todo el Colm estaba allí. Todo el mundo se las quedó mirando. Y Julia y todas ellas fingieron que la cosa no iba con ellas. —La mandíbula abierta de par en par—. Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que no eran más que unas tías raras.

Volví a sonreírle amistosamente.

—¿Eso fue en febrero?

—El febrero pasado. El año pasado. —Antes de lo de Chris—. Y le prometo que desde entonces cada vez han ido a peor. Este año Rebecca ni siquiera vino al baile de San Valentín. ¡No llevan maquillaje! Bueno, en la escuela no nos está permitido —una mirada de inocencia a Houlihan—, pero es que a veces ni siquiera lo llevan cuando salen al Court..., el centro comercial. Un día, hace unas semanas, estábamos un montón de gente allí y va Julia y dice que se vuelve a la escuela. Entonces uno de los chicos le preguntó: «¿Por qué?». Y Julia va y le contesta que le duele el vientre por la...

Orla me lanzó una mirada. Se mordió el labio inferior y se encogió como si

quisiera desaparecer entre sus hombros.

—Tenía dolores menstruales —remató Conway.

Orla estalló en risitas histéricas, se puso roja como un pimiento y empezó a resoplar como una posesa. Esperamos. Logró recomponerse.

—Sí, pero es que lo dijo. Tal cual. Todos los chicos se pusieron: «¡Argg, qué asco! ¡No hace falta ser tan explícita!». Y Julia se limitó a despedirse con la mano y se marchó. ¿Entienden a qué me refiero? Se comportan como si pudieran hacer lo que les apetezca. Ninguna de ellas tiene novio, aunque no es ninguna sorpresa, ¿no?, y fingen que no les importa. —Orla había pillado carrerilla. Se le iluminaba la cara y se le encogían los labios—. ¿Y han visto el pelo que lleva Selena? O sea... ¿Saben cuándo se lo cortó por última vez? Justo cuando mataron Chris. ¿Cómo se puede ser tan creída?

Me estaba poniendo la cabeza como un bombo.

—Un momento. ¿Lleva un peinado de creída? ¿Por qué?

La barbilla de Orla se desvaneció donde debería de haber estado el cuello. Esta vez regresó con una nueva mirada, taimada, cautelosa.

—Pues como si hubiera estado saliendo con Chris. Se lo cortó como si fuera una muestra de duelo o algo por el estilo. Y nosotras nos pusimos del palo: «Tía, ¿de qué vas?».

—¿Qué os hace pensar que salía con Chris?

Más ladina. Más cautelosa.

—Nada. Solo lo pensamos.

—¿Ah, sí? ¿Los habíais visto besarse? ¿Cogerse de la mano?

—¿Cómo? No. No habrían sido tan explícitos.

—¿Por qué no?

Un destello de algo: miedo. Orla había metido la pata, o creía haberlo hecho.

—No lo sé. Pero supongo que, si no les hubiera importado que todo el mundo supiera que salían juntos, no lo habrían mantenido en secreto. A eso... a eso es a lo que me refiero.

—Pero si lo mantenían tan en secreto que nunca se comportaban como si salieran juntos, ¿qué os llevó a pensar que sí lo hacían?

Esa mirada embobada de fusibles fundidos otra vez.

—¿Qué?

Virgen Santa. Lo que tiene que aguantar uno. Rebobiné. Con voz agradable y muy despacito, le dije:

—¿Por qué creéis que Chris y Selena salían juntos?

Mirada vacía. Reacción de encogimiento. Orla no iba a asumir ningún riesgo más.

—¿Por qué querrían mantenerlo en secreto?

Mirada vacía. Otro gesto de apocamiento.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Conway—. ¿Tienes novio?

Orla se mordió el labio inferior y emitió una risita nerviosa.

—¿Lo tienes?

Se revolvió en su silla.

—Más o menos. Pero es que, o sea, es complicado...

—¿Quién es?

Otra risita nerviosa.

—Te he hecho una pregunta.

—Un chico del Colm. Se llama Graham, Graham Quinn. Pero no es que estemos saliendo, saliendo... O sea, que no vayan ahora y le digan que yo he dicho que es mi novio, ¡por favor! Lo es en cierta manera, pero...

—Ya lo capto —la cortó Conway, tan tajante que incluso Orla entendió que tenía que callarse—. Gracias.

—Si pudieras elegir una sola cosa que explicarme acerca de Chris Harper, ¿cuál sería? —inquirí yo.

Aquella mirada. Se me estaba agotando la paciencia para aguantar aquellas miradas bobaliconas.

—¿Como qué?

—Como lo que sea. Lo que tú consideres más importante.

—¿Por ejemplo que era guapísimo?

Una risita tonta. Le arrebaté la foto.

—Gracias —contesté—. Eso nos servirá.

Aguardé un segundo. Orla no dijo nada. Conway no dijo nada. Estaba sentada de nuevo sobre la mesa, escribiendo o garabateando, no acertaba a descifrarlo con el rabillo del ojo. No pensaba mirarla como si le estuviera pidiendo que me echara una mano.

Houlihan carraspeó, un compromiso entre preguntar y guardar silencio. Me había olvidado de ella.

Conway cerró su cuaderno de notas.

—Gracias, Orla —le dije—. Es posible que necesitemos volver a hablar contigo. Entre tanto, si se te ocurre algo que pudiera sernos de utilidad, lo que sea, aquí tienes mi tarjeta. Llámame a cualquier hora. ¿Entendido?

Orla miró mi tarjeta como si le hubiera pedido que entrara en mi furgoneta blanca.

—Gracias. Volveremos a hablar pronto —la despidió Conway, y, mirando a Houlihan, quien se sobresaltó, añadió—: Tráiganos a Gemma Harding.

Sonreí a Orla varias veces. Las acompañé a ambas hasta la puerta. Conway dijo:

—O sea, totalmente...

—O sea, totalmente, ¿qué cojones? —respondí yo.

Estuvimos a punto de mirarnos. Y casi estallamos en carcajadas.

—No es nuestra chica —dijo Conway.

—¡Qué va!

Esperé. No pregunté, no pensaba darle esa satisfacción, pero necesitaba saberlo.

—Ha estado bien —opinó ella.

Estuve a punto de respirar hondo, pero supe contenerme a tiempo. Me guardé la fotografía en el bolsillo, listo para el siguiente asalto.

—¿Hay algo que creas que debo saber acerca de Gemma?

Conway sonrió.

—Se cree una bomba sexual. No paraba de inclinarse hacia delante para enseñarle a Costello el escote. El pobre diablo no sabía adónde mirar. —La sonrisa desapareció—. Pero esta no tiene ni un pelo de tonta. Dista mucho de serlo, de hecho.

Gemma era como una versión estirada de Orla. Alta y delgada (intentaba ser flaca, pero no tenía constitución para ello). Guapa, muy guapa, pero con esa mandíbula su rostro se iba a volver masculino antes de cumplir los treinta. Pelo rubio alisado artificialmente, bronceado falso, cejas finísimas. No miró a El lugar de los secretos, pero Conway ya había aclarado que no era tonta.

Se acercó a la silla como si estuviera desfilando por una pasarela. Se sentó y cruzó las piernas, con un ademán ostentoso. Arqueó el cuello.

Pese a lo que me había explicado Conway, tardé un segundo en percatarme, a través de aquel uniforme de la escuela y de aquellos dieciséis años. Gemma quería gustarme. No porque yo le gustara (eso ni siquiera se le había pasado por la cabeza), sino por el mero hecho de estar allí.

También fui a la escuela con docenas de chicas como ella. Nunca les seguí el juego.

Noté el ojo de Conway como un clavo ardiendo que me atravesaba la espalda de la chaqueta y se me clavaba en el omóplato. Volví a recordármelo a mí mismo: *nada especial* significa nada que no puedas manejar.

Le ofrecí a Gemma una sonrisa lenta, perezosa. Apreciativa.

—¿Eres Gemma, verdad? Soy el detective Stephen Moran. Encantado de conocerte.

Asimiló la situación. Una sonrisa insignificante en las comisuras de los labios, casi imperceptible, pero visible.

—Tengo unas preguntas rutinarias que hacerte.

—Claro. Lo que usted quiera.

Ese *lo que usted quiera* recalcado con un énfasis un tanto excesivo. Y la sonrisa aumentada. Así de fácil.

Gemma contó la misma historia que Orla, con el mismo acento americano de mala actriz. Hablaba arrastrando las palabras, aburrida, era demasiado guay para estar en la escuela. Balanceo con el pie. No me quitaba el ojo de encima para asegurarse de que yo tampoco lo hacía. Si hablar sobre la tarde anterior le disparaba la adrenalina, lo disimulaba muy bien.

—Realizaste una llamada telefónica mientras estabais aquí —dijo Conway.

—Sí. Llamé a mi novio.

Gemma paladeó la última palabra. Lanzó a Houlihan una mirada para comprobar si se alertaba: durante las horas de estudio tenían prohibido utilizar el teléfono.

—¿Cómo se llama? —preguntó Conway.

—Phil McDowell. Estudia en el Colm.

Cómo no. Conway se sentó de nuevo.

—Y saliste a hablar con él —dije yo.

—Salí al pasillo. Teníamos que hablar de cosas. De cosas privadas.

Una sonrisa oblicua dirigida a mí, y un mohín, como si yo formara parte de su secreto o pudiera hacerlo.

Le sonreí.

—¿Le echaste un vistazo a El lugar de los secretos mientras estabas fuera?

—No.

—¿No? ¿No te interesa?

Gemma se encogió de hombros.

—Casi todo son estupideces. Básicamente, las tarjetas dicen: «Ay, todo el mundo me odia porque soy única». O sea, que no lo son para nada. Además, cuando alguien cuelga algo sustancial, enseguida corre el rumor. No hace falta mirar el tablón.

—¿Alguna vez has colgado tú una tarjeta?

Otro encogimiento de hombros.

—Al principio de instalar el tablón. Solo por hacer gracia. Ni siquiera las recuerdo todas. Nos inventamos algunas. —Houlihan la miró con preocupación por el rabillo del ojo. Gemma se dio una palmadita en la muñeca—. Mala chica. —Se divertía.

—¿Y qué me dices de esta?

Le pasé la fotografía a Gemma.

Gemma dejó de balancear el pie. Las cejas le llegaron al nacimiento del pelo. Al cabo de un segundo, muy despacio, dijo:

—¡Ma-dre mí-a!

Una reacción sincera. El modo en que se le aceleró la respiración y se le oscurecieron los ojos, rasgando toda aquella sensualidad construida con tanto esmero, revelaba algo: su reacción era real. No era nuestra chica. Dos descartadas.

—¿La colgaste tú? —pregunté.

Gemma sacudió la cabeza. Seguía repasando la tarjeta, intentando encontrarle algún sentido.

—¿No? ¿Ni siquiera por hacer una gracietta?

—No soy tonta. Mi padre es abogado. Sé que esto no tiene ninguna gracia.

—¿Se te ocurre quién ha podido colgarla?

Negación con la cabeza.

—¿Y si tuvieras que adivinarlo?

—No lo sé. De verdad. Me sorprendería que lo hubieran hecho Joanne, Orla o

Alison, pero no puedo jurar que no lo hicieran, desde luego. Lo único que digo es que, si lo hicieron, no me lo dijeron.

Ya teníamos a dos de dos dispuestas a arrojar a sus amigas al barro para no salir salpicadas. Encantador.

—Pero ayer por la tarde vino más gente a esta aula, después de nosotras —añadió Gemma.

—Holly Mackey y sus amigas.

—Sí. Ellas.

—Ellas. ¿Cómo son?

Gemma me miraba, recelosa. Me tendió la fotografía.

—No lo sé. La verdad es que no nos hablamos con ellas.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

Le brindé una sonrisa con un destello.

—Déjame adivinar. Me apuesto lo que sea a que vuestra pandilla es muy popular entre los chicos. Y Holly y sus amigas os cortaban el rollo, ¿me equivoco?

—No son de nuestro estilo.

Los brazos cruzados. Gemma no había mordido el anzuelo.

Había gato encerrado. Orla quizá se tragara todo aquello de que Selena no llevaba el atuendo adecuado para el baile, o quizá no, pero Gemma sabía la verdad. Entre aquellas dos pandillas había ocurrido algo.

Si Conway quería forzarla un poco más, que lo hiciera ella misma. No era mi trabajo. Yo era Don Encantador, el poli bueno con quien se puede hablar. Si desperdiciaba esa baza, Conway podía prescindir de mí sin problemas.

Guardó silencio.

—Está bien —dije yo—. Hablemos sobre Chris Harper. ¿Tienes alguna idea de qué le sucedió?

Se encogió de hombros.

—Fue un psicópata, ¿no? El guarda aquel, Fulano de Tal, el tipo al que arrestó la policía. O algún loco suelto. ¿Cómo podría saberlo yo?

Seguía con los brazos cruzados. Me incliné hacia delante y le dediqué una sonrisa de bar de madrugada.

—Gemma. Habla conmigo. Probemos esto: elige una sola cosa que quieras contarme acerca de Chris Harper. Una cosa importante.

Gemma meditó. Estiró su larga pierna, la que tenía cruzada, y se acarició la espinilla con la mano; volvía a tenerla en mis manos. La observé, para dejarla atraparme. Me moría de ganas por apartarme unos centímetros de ella. Habría besado a Conway por el mero hecho de existir. Gemma era una muchacha peligrosa, y lo sabía.

—Chris era la última persona en el mundo a quien habrías pensado que podían asesinar —dijo.

—¿Ah, sí? Y eso, ¿por qué?

—Porque le caía bien a todo el mundo. Toda la escuela estaba loca por él. Había chicas que decían que no les gustaba, pero era solo porque querían hacerse las especiales o porque sabían que no tenían ni la más mínima oportunidad con él. Y todo el Colm quería ser amigo suyo. Por eso he dicho que tuvo que ser un loco suelto quien lo matara. Nadie habría ido detrás de Chris a propósito.

—¿A ti te gustaba? —le pregunté.

Otro encogimiento de hombros.

—Como he dicho: nos gustaba a todas. No era nada relevante. Me gustan muchos chicos.

Una sonrisita velada, íntima.

Se la devolví.

—¿Saliste con él alguna vez? ¿Os habíais enrollado?

—No.

Respuesta inmediata, precisa.

—¿Por qué no? Si te gustaba... —Pequeño énfasis en el *te*: «Me apuesto lo que sea a que puedes conseguir a cualquier muchacho que te propongas».

—Por ningún motivo en especial. Simplemente, nunca nos enrollamos. Fin de la historia.

Gemma se estaba cerrando de nuevo. Ahí también había gato encerrado.

Conway no la presionó, yo tampoco. Aquí tienes mi tarjeta, por si se te ocurre algo, y todo eso. Conway ordenó a Houlihan que nos trajera a Alison Muldoon. Le brindé a Gemma una sonrisa rayana en un guiño y ella salió bamboleándose por la puerta y volvió la mirada para asegurarse de que la estuviera observando.

Respiré sonoramente y me enjuagué la boca para arrancarme aquella sonrisa.

—No es nuestra chica —dije.

—¿De qué iba todo eso sobre *una sola cosa acerca de Chris*? —quiso saber Conway.

Ella había tenido un año entero para conocerlo. Yo solo unas cuantas horas. Toda información que pudiera obtener sería bienvenida.

Nada me obligaba a conocer a Chris. No era mi caso, no era mi víctima. Solo había ido allí a batir mis pestañas, sonreír cuando tocaba y conseguir que las chicas hablaran.

—¿A qué venía eso de los novios? —respondí yo con otra pregunta.

Conway bajó de la mesa y se plantó delante de mi cara, rauda.

—¿Me estás cuestionando?

—Estoy preguntando.

—Soy yo quien hace las preguntas. No al contrario. Si vas al servicio, puedo preguntarte si te has lavado las manos después, si me apetece. ¿Entendido?

Aquella risa contenida había desaparecido por completo.

—Necesito saber qué pensaban de Chris —aclaré—. No tiene sentido que yo les

hable de lo encantador que era y les diga que un muchacho así merece que se le haga justicia, si estoy dirigiéndome a alguien que lo odiaba a muerte.

Conway me miró fijamente durante otro minuto, dominante. Yo le sostuve la mirada. Pensé en que quedaban otras seis chicas por interrogar y adónde sería capaz de llegar Conway sin mí. Rogué al cielo que ella estuviera pensando lo mismo.

Se acomodó en la mesa.

—Alison —dijo—. A Alison le aterroriza fallarle a cualquiera, a mí incluida. Voy a mantener la boca cerrada, a menos que tú la pifies. Procura no hacerlo.

Alison era como una versión encogida de Gemma. Bajita, flacucha, con los hombros hacia delante. Inquieta, no dejaba de retorcerse la falda con los dedos. Pelo rubio alisado artificialmente, bronceado falso, cejas delgadísimas. No miró El lugar de los secretos ni de refilón.

Pero sí reconoció a Conway. Conway se apartó de en medio rápidamente cuando Alison atravesó la puerta, e intentó desaparecer, pero la chica la esquivó con el cuerpo de todos modos.

—Alison —la saludé enseguida, con voz serena, para distraerla—. Soy Stephen Moran. Gracias por venir. —Una sonrisa. Tranquilizadora, esta vez—. Siéntate.

No me devolvió la sonrisa. Alison posó el borde de su trasero en el filo de la silla y se me quedó mirando. Rasgos chupados de jerbo, una ratita blanca. Me habría gustado alargar los dedos y emitir chasquidos con la lengua. En lugar de ello, dije con voz amable:

—Tenemos unas cuantas preguntas rutinarias que formularte; solo nos llevará unos minutos. ¿Puedes contarme qué hiciste ayer por la tarde? ¿Empezando por el primer período de estudio?

—Estuvimos aquí. Pero no hicimos nada malo. Si han robado o roto algo, o lo que sea, yo no fui. Lo juro.

Una vocecilla aguda a juego con su físico, alzándose en una especie de lloriqueo. Conway tenía razón: Alison tenía miedo, temor de estarla fastidiando, de que todo lo que hiciera, dijera o pensara estuviera mal. Quería que yo la tranquilizara y le dijera que todo estaba en orden. Lo había visto en la escuela, en un millón de testigos, les dabas una palmadita en la nuca y les decías cuanto buscaban oír.

—Ah, ya lo sé —le dije para sosegarla—. No falta nada ni se trata de eso. Nadie ha hecho nada malo. —Una sonrisa—. Solo estamos verificando un asunto. Lo único que necesito es que me describas qué hicisteis ayer por la tarde. Eso es todo. ¿Podrías hacer eso por mí?

Asentimiento.

—De acuerdo.

—Fenomenal. Será como un examen en el que te sabes todas las respuestas y nada puede salir mal. ¿Qué te parece?

Una sonrisita diminuta de agradecimiento. Un pasito minúsculo hacia la relajación.

Necesitaba que Alison se tranquilizara antes de mostrarle la foto. Aquello era lo que me había permitido obtener respuestas de Orla y de Gemma: la comodidad que les había transmitido y luego la sorpresa al sacarles de golpe la imagen.

Alison me volvió a repetir la misma historia, pero a trocitos y fragmentos que necesité irle sonsacando. Contármela la hizo tensarse aún más. No hubo manera de saber si tenía un motivo para ello, fuera bueno o malo.

Verificó el orden que Orla nos había dado sobre quién había salido del aula de Arte y cuándo: Gemma, Orla, ella y Joanne, si bien sonaba mucho más segura que Orla.

—Eres muy observadora —le dije, con aprobación—. Es lo que más nos gusta. He acudido rogando por encontrar a alguien justo como tú, ¿sabes?

Otra sonrisa esmirriada. Otro pasito.

—A ver si me alegras el día. Dime que echaste un vistazo a El lugar de los secretos en algún momento —la insté.

—Sí. Cuando salí para ir a... Lo miré al regresar. —Una mirada rápida a Houlihan—. Pero solo un momento. Luego me vine directa aquí a realizar el trabajo.

—Ay, maravilloso. Justo lo que esperaba oír. ¿Y viste alguna tarjeta nueva?

—Sí. Había una con un perro tan, tan mono, por favor... Y alguien puso una de... —Una sonrisa nerviosa y la cabeza gacha—. Ya sabe.

Esperé. Alison se retorció.

—Eh... de... del pecho de una mujer. ¡Pero con una camiseta!, me refiero. No... —Una risita aguda y dolorosa—. Y decía algo así como: «Estoy ahorrando para comprarme unas como estas cuando cumpla los dieciocho».

Observadora, una vez más. Iba con el miedo a cuestas. Parecía un animalillo, una presa, siempre alerta para detectar posibles amenazas.

—¿Y ya está? ¿Ninguna otra novedad?

Alison negó con la cabeza.

—Solo esas.

Si decía la verdad, corroboraba lo que ya pensábamos: que Orla y Gemma estaban descartadas.

—Muy bien —le dije—. Perfecto. Y cuéntanos: ¿tú has colgado alguna vez una tarjeta?

Se escabulló con la mirada.

—No hay nada de malo en que lo hayas hecho —le dije yo—. Para eso está el tablón; sería un desperdicio que nadie lo utilizara.

Aquel tic con forma de sonrisa de nuevo.

—Bueno..., sí. Un par de veces... Cuando... cuando he estado preocupada por algo de lo que no podía hablar, a veces yo... Pero dejé de hacerlo hace mucho tiempo. Tenía que ser tan cautelosa y luego siempre tenía miedo de que alguien

adivinara que eran mías y se enfadara conmigo porque lo había explicado ahí, en lugar de decírselo a ella. Así que dejé de hacerlo. Y descolgué mis tarjetas.

Alguien. Alison había tenido miedo de alguien de su propia pandilla.

No iba a conseguir que se relajara más, y no lo estaba demasiado.

Le dije, como si tal cosa:

—¿Esta postal es tuya?

La fotografía. Alison ahogó un grito. Se tapó la boca con la mano libre. A través de ella se oyó un zumbido.

Miedo, pero no de leerla: sino de que la hubieran cazado, de que un asesino anduviera suelto, de que alguien supiera quién era, el acto reflejo ante una sorpresa, hagan sus apuestas. «Le aterroriza fallar a cualquiera», había dicho Conway. La desdibujó como la lluvia incesante sobre un parabrisas, y la volvió opaca.

—¿La colgaste tú? —le pregunté.

—¡No! No, no, no..., yo no. Lo juro por Dios...

—Alison —le dije, apaciguador, rítmico. Me incliné hacia delante para retirarle la foto, pero permanecí junto a ella—. Alison, mírame. Si lo hiciste, no hay nada de malo en ello. ¿De acuerdo? Quien haya colgado esto ha hecho lo correcto, y le estamos agradecidos. Simplemente necesitamos hablar con ella.

—No fui yo. Yo no fui. Yo, no. Por favor...

No iba a sonsacarle nada más. Con presionarla tan solo conseguiría perder la siguiente oportunidad, además de aquella.

Conway seguía desaparecida en un rincón, jugando a ser invisible mientras me observaba. Calibraba la situación.

—Alison —le dije—. Te creo. Pero tengo que preguntártelo. Por mera rutina. Eso es todo, ¿de acuerdo?

Finalmente Alison volvió a mirarme.

—De manera que no fuiste tú. ¿Se te ocurre quién pudo ser? ¿Alguien te ha mencionado alguna vez que sospechara algo acerca de lo que le ocurrió a Chris?

Negación con la cabeza.

—¿Piensas que pudo tratarse de alguna de tus amigas?

—No lo creo. No lo sé. No. Pregúntelas a ellas.

Empezaba a deslizarse de nuevo por la pendiente del pánico.

—Eso era todo cuanto quería saber —repliqué—. Lo estás haciendo genial. Dinos una cosa: conoces a Holly Mackey y sus amigas, ¿verdad?

—Sí.

—Cuéntame algo sobre ellas.

—Son raras. Muy raras.

A Alison se le tensaron los brazos a la altura de los codos. Sorpresa: la pandilla de Holly le daba miedo.

—Eso nos han dicho, sí. Pero nadie parece ser capaz de explicarnos en qué consiste su rareza. Imagino que si alguien puede aclarárnoslo, esa eres tú.

Sus ojos clavados en los míos, indecisos.

—Alison —añadí con voz suave. Pensé en mostrarme fuerte, protector, convertirme en la encarnación de sus deseos. No parpadeé—. Si sabes algo, tienes que decírmelo. Nunca descubrirán que salíó de ti. Nadie lo descubrirá. Te lo juro.

Alison dijo, encorvada hacia delante, en un susurro, encogida para que su voz no llegara a Houlihan:

—Son brujas.

Eso sí era una novedad. Casi podía escuchar a Conway preguntarse a sí misma: «Pero ¿qué coño dice?».

Asentí.

—Entiendo —dije—. ¿Cómo lo has descubierto?

Por el rabillo del ojo divisé a Houlihan sacando medio cuerpo de la silla. Estaba demasiado lejos para oírnos. Y no se acercaría. Si lo intentaba, Conway la detendría.

A Alison se le había acelerado la respiración solo por la conmoción de haber dicho aquello.

—Antes eran normales, ¿sabe? Pero luego se volvieron raras. Todo el mundo se dio cuenta.

—¿Sí? ¿Cuándo sucedió eso?

—A principios del año pasado, diría. Hace un año y medio o así. —Antes de lo de Chris; antes de aquel baile de San Valentín en el que incluso Orla había detectado algo—. Corren muchos rumores sobre por qué cambiaron.

—¿Como, por ejemplo?

—Cosas. Como que son lesbianas. O que abusaron de ellas cuando eran niñas; eso lo oí yo. Pero nosotras pensamos que son brujas.

Me miró temerosa.

—¿Y por qué? —quise saber yo.

—No lo sé. Porque sí. Simplemente lo pensamos. —Alison se encorvó un poco más hacia delante, sobre lo que quiera que estuviera ocultando—. Quizá no debería habérselo explicado.

Su voz se había reducido a un susurro. Conway había dejado de escribir, por si acababa ahogándola del todo. Tardé un segundo en caer en la cuenta: Alison creía que se había expuesto a un maleficio.

—Alison. Estás haciendo lo correcto contándonoslo. Te protegerá.

No parecía convencida.

Noté a Conway removerse. Mantenía la boca cerrada, como había prometido, pero lo hacía armando un gran estrépito.

—Solo un par de preguntas más —añadí—. ¿Sales con alguien?

Un rubor repentino que estuvo a punto de ahogarla. Alison farfulló unas palabras que no fui capaz de descifrar.

—¿Puedes repetirlo?

Un gesto de negación. Agachó la cabeza y clavó los ojos en sus rodillas. Se

abrazó a sí misma. Alison pensaba que la iba a señalar con el dedo y a reírme de ella por no tener novio.

Sonreí.

—Así que todavía no has encontrado al chico adecuado, ¿no es cierto? Haces bien en esperar. Hay mucho tiempo para eso.

Farfulló algo más.

Le pregunté (que se jodiera Conway, ella ya tenía su respuesta, yo quería la mía):

—Si tuvieras que escoger una sola cosa que explicarme acerca de Chris, ¿qué sería?

—¿Cómo?... Apenas lo conocía. ¿No puede preguntárselo a las demás?

—Lo haré, por supuesto. Pero tú eres mi observadora. Me encantaría saber qué es lo que más recuerdas de él.

Esta vez su sonrisa fue automática, un acto reflejo que no ocultaba nada.

—Se hacía notar. No solo yo sabía que existía, sino todo el mundo —explicó Alison.

—Y eso, ¿por qué?

—Era... No sé, tan guapo. Y lo hacía todo bien: jugaba bien al rugby y al baloncesto, se le daba bien hablar y hacía reír a todo el mundo. Y una vez lo escuché cantar y lo hacía superbien. Todo el mundo le decía que debería presentarse a las audiciones de *Operación Triunfo*... Pero no era solo eso. Era... más que ninguna otra persona. Tenía un halo especial. Podías entrar en una habitación con cincuenta personas dentro y el único a quien veías era a Chris.

Una inflexión melancólica en su voz, en la forma de dejar caer los párpados. Gemma tenía razón: a todo el mundo le había gustado Chris.

—¿Qué crees que le sucedió?

Mi pregunta hizo que Alison se encogiera.

—No lo sé.

—Ya sé que no lo sabes. Y no pasa nada. Pero tú qué consideras que pudo ocurrirle. Eres mi observadora, ¿recuerdas?

Una sonrisa velada como un fantasma.

—Todo el mundo dijo que fue el encargado de mantenimiento.

Ninguna reflexión propia, o bien intentaba eludir el tema.

—¿Eso es lo que opinas?

Se encogió de hombros. No me miraba.

—Supongo que sí.

Dejé que se hiciera el silencio. Ella también. Era todo lo que iba a obtener. Tarjeta, discurso, sonrisa. Alison se escabulló por la puerta como si el aula estuviera en llamas. Houlihan salió agitada tras ella.

—Esa se nos ha escapado —dijo Conway, con la vista puesta en la puerta, no en mí.

No la supe interpretar. No atiné a descifrar si pretendía decirme: «La has pifiado».

—Presionarla más no habría servido de nada. He asentado los cimientos de una relación; si hablo de nuevo con ella, podré avanzar algo más, incluso obtener una respuesta —respondí.

Conway deslizó los ojos lateralmente para mirarme.

—Si hablas de nuevo con ella... —dijo.

Aquel gesto sarcástico en la comisura de los labios, como si mi obviedad le hubiera alegrado el día.

—Cierto —respondí yo—. Si...

Conway abrió su cuaderno por una página en blanco.

—Joanne Heffernan —dijo—. Joanne es una víbora. Disfruta.

Joanne era como mirar a las otras tres y hacer una media de todas. Había anticipado encontrarme con un monumento, un paradigma de la modernidad. Altura media. Complejión media. Del montón. Cabello rubio alisado artificialmente, bronceado falso, cejas finísimas. Ni una mirada de soslayo a El lugar de los secretos.

Solo con su forma de estar —su cadera ladeada, su barbilla gacha y sus cejas enarcadas— decía: «Impresióname». Decía: «Aquí mando yo».

Joanne quería hacerme creer que era importante. No: concederle que era primordial.

—Joanne —la saludé, al tiempo que me ponía en pie para recibirla—. Soy Stephen Moran. Gracias por venir.

Mi acento. Joanne procesó en su archivo mis erres sonoras. Y me lanzó sin remilgos al cajón inferior. Una parpadeo de desdén.

—No he tenido más alternativa, ¿no es cierto? Y, ya que estamos, tenía cosas que hacer a última hora. No esperaba pasármela sentada fuera del despacho aburrida hasta la muerte y sin que me permitieran hablar.

—Lo lamento mucho. No era nuestra intención hacerte esperar. De haber sabido que los otros interrogatorios iban a tardar tanto... —Le coloqué la silla—. Siéntate.

Frunció el labio al ver a Conway de pasada: «Usted».

—Bien —dije cuando nos hubimos sentado—. Tengo unas cuantas preguntas rutinarias. Vamos a preguntarle las mismas cosas a un montón de personas, pero agradecería de veras saber qué opinas tú. Podría ayudarnos muchísimo.

Respetuosa. Con las manos enlazadas, como si fuera la Princesa del Universo y nos estuviera haciendo un favor.

Joanne me examinó. Ojos azules claros y planos, un poco demasiado anchos. Y con menos parpadeos de lo habitual.

Finalmente asintió. Misericordiosa, compasiva conmigo.

—Gracias —le agradecí. Gran sonrisa, de humilde servidor.

Por el rabillo del ojo detecté a Conway revolverse, una sacudida repentina; probablemente intentara no vomitar.

—Si no te importa, ¿podríamos empezar por revisar lo que hiciste ayer por la tarde? ¿Podrías relatármelo desde que empezó el primer período de estudio?

Joanne me contó la misma historia que las otras. Despacio, con claridad, con palabras sencillas, para los plebeyos. Y le preguntó a Conway, que andaba garabateando:

—¿Le da tiempo a anotarlo? ¿O necesita que hable más despacio?

Conway le sonrió de oreja a oreja.

—Si necesito que hagas algo, te lo haré saber. Créeme.

—Gracias, Joanne —dije yo—. Un gesto muy considerado por tu parte. Dime una cosa: mientras estabas aquí, ¿le echaste un vistazo a El lugar de los secretos?

—Sí, lo miré por encima cuando fui al lavabo. Solo para ver si había algo interesante.

—¿Y lo había?

Joanne se encogió de hombros.

—Lo mismo de siempre. Un aburrimiento.

Nada de labradores ni de tetas.

—¿Alguna de esas tarjetas es tuya?

Una mirada rápida a Houlihan.

—No.

—¿Seguro?

—¿Cómo? Claro que sí.

—Te lo pregunto porque una de tus amigas ha mencionado que os habíais inventado unas cuantas hace tiempo.

La mirada de Joanne se tornó gélida.

—¿Quién ha dicho eso?

Abrí las manos, humilde.

—No puedo revelarte esa información. Lo siento.

Joanne se mordisqueaba el carrillo por dentro, cosa que hacía que la cara se le desfigurara hacia el lado. Las otras lo iban a pagar muy caro.

—Si ha dicho que lo hice yo sola, es una mentirosa de categoría. Lo hicimos entre todas. Y las quitamos del tablón. Además, ¿qué importancia tiene? Parece como si fuera lo más grave del mundo. Solo estábamos divirtiéndonos.

Conway tenía razón: en aquel tablón había tantas mentiras como secretos. McKenna lo había colocado allí con un fin y las chicas lo utilizaban con otro.

—¿Y qué me dices de esta? —pregunté.

La fotografía en su mano.

Joanne abrió la boca de par en par. Reculó en la silla.

—¡Madre mía! —chilló.

Se tapó la boca con la mano.

No podía ser más falsa.

No significaba nada. Algunas personas son así: todo lo que dicen suena a mentira.

No es que sean magníficas mentirosas, lo que ocurre es que no les sale contar la verdad. Y uno es incapaz de discernir la verdad de la mentira en sus palabras.

Esperamos a que acabara. Atrapamos la última mirada que nos dedicó, entre gemiditos, para comprobar si nos había impresionado.

—¿La colgaste tú en El lugar de los secretos? —le pregunté.

—¡¿Perdón?! ¡Claro que no! ¿Es que no ve que estoy, literalmente, en *shock*?

Se presionaba el pecho con una mano. Fingió que le costaba respirar. Conway y yo la observamos con interés. Houlihan se puso en pie. Un gorjeo.

Conway le dijo sin mirarla:

—Siéntese tranquila. Está perfecta.

Joanne le lanzó una mirada envenenada. Dejó de respirar entrecortadamente.

—Así que no se trata de ninguna tarjeta de broma, ¿no? —le pregunté—. No tendría nada de malo; no habéis jurado que solo colgaríais ahí secretos reales. Pero necesitamos saberlo.

—Ya se lo he dicho: no. ¿De acuerdo?

Recular implicaba despedirme de mi oportunidad de descartarlas a todas salvo a una, y de escuchar cómo aquella cerradura se abría.

Joanne me miraba como si fuera una mierda que se le hubiera adherido al zapato. Estaba a un paso de lanzarme en la misma papelera que a Conway.

—Claro —dije yo. Recuperé la foto y me la guardé—. Solo quería asegurarme. ¿Cuál de tus amigas crees que ha sido?

Algo infeccioso y fulgurante en los ojos de Joanne; algo real. Furia, ira. Y luego nada.

—Eh... —Una negación con el dedo. Y una sonrisita—. Es imposible que ninguna de ellas haya colgado esto.

Estaba cien por cien segura. No se atreverían.

—Entonces ¿quién lo habrá hecho?

—Eh... Eso no es asunto mío.

—Por supuesto que no. Pero es evidente que tú sabes todo lo que ocurre en esta escuela. Si merece la pena escuchar las conjeturas de alguien, esa eres tú.

Sonrisa de satisfacción: Joanne aceptaba el cumplido. La había recuperado.

—Si fue alguien que estuvo en la escuela ayer por la tarde, hubo algunas personas que reservaron el aula de estudios después de nosotras: Julia, Holly, Selena y Menganita.

—¿Sí? ¿Crees que saben algo acerca de lo que le ocurrió a Chris?

Se encogió de hombros.

—Quizá.

—¡Qué interesante! —exclamé yo. Un asentimiento ausente, serio—. ¿Y hay algo en concreto que te induzca a pensarlo?

—Bueno, no tengo pruebas. Ese es su trabajo. Solo digo que es posible.

—Me gustaría conocer tu opinión sobre otra cosa más. Cualquier idea podría

sernos de ayuda. ¿Quién crees que asesinó a Chris?

—¿No fue el encargado de mantenimiento? ¿Willy? —preguntó Joanne—. Bueno, no sé si se llamaba de ese modo, así es como lo llamaba todo el mundo porque corría el rumor de que le había ofrecido a una chica pastillas de éxtasis si ella... —Una mirada rápida a Houlihan, que empezaba a dar la impresión de que aquel día estaba aprendiendo mucho, y nada bueno—. Bueno, yo no sé si era un perverso o solo un camello, pero en cualquier caso, ¡puaj! Pensaba que la policía lo había detenido porque sabía que era él pero no tenía suficientes pruebas.

El mismo argumento que Alison: podría ser lo que creía de verdad o bien una cortina de humo inteligente.

—¿Y crees que Holly y sus amigas podrían tener esas pruebas? ¿Cómo es posible?

Joanne se sacó un mechón de pelo de la coleta y lo examinó para comprobar si tenía las puntas abiertas.

—Supongo que ustedes creerán que son unos angelitos y que nunca toman drogas. Por supuesto, Rebecca, ella es tan inocente, ¿verdad?

—Aún no la conozco. ¿Se drogan?

Otra mirada rápida a Houlihan. Y un encogimiento de hombros.

—No digo que lo hagan. O sea, ni tampoco que hubieran hecho nada con el encargado de mantenimiento, con Willy. —Una sonrisa de suficiencia dibujándose en la comisura de sus labios—. Lo único que digo es que son raras a rabiar y que no sé qué hacen ni qué dejan de hacer. Eso es todo.

Le habría encantado pasarse todo el día jugando a aquel jueguecito, soltando pistas como pedos y apartándose del hedor.

—Cuéntame algo sobre Chris, una sola cosa. Lo que sea que te pareciera más destacado en él.

Joanne reflexionó. Algo desagradable le hizo encoger el labio superior.

Y en el momento más indicado, señaló:

—No me sentiría nada cómoda metiéndome con él.

Me miró por debajo de las pestañas.

Me incliné hacia delante. Serio, decidido, con las cejas interrogantes mientras centraba la mirada en la noble jovencita que guardaba el secreto que podía salvar al mundo. Y con la voz más profunda que fui capaz de modular, dije:

—Joanne. Sé que no eres el tipo de persona que va criticando a los muertos, pero hay veces en que la verdad importa más que la bondad. Y este es uno de esos momentos.

Casi oía cómo la música de fondo de mi propia banda sonora marcaba un *crescendo*. Noté a Conway, junto a mi hombro, reprimiendo una risotada.

Joanne respiró hondo. Se preparaba para un gesto de valentía, para sacrificar su conciencia personal sobre el altar de la justicia. Falsedad por todas partes, todo sonaba postizo, incluso Chris Harper parecía un personaje que yo me hubiera

inventado.

—Chris —dijo Joanne. Un sollozo. Un poco triste, un poco compasiva—. Pobre Chris. Para ser un chico tan guapo, tenía un gusto patético.

—¿Te refieres a Selena Wynne? —le pregunté.

—Bueno, yo no quería dar nombres, pero ya que lo saben...

—Bueno, lo que ocurre es que nadie afirma haber visto a Chris y Selena haciendo nada que revelara que eran pareja. Nadie los ha visto besarse, ni cogerse de la mano, ni siquiera irse por ahí los dos solos. De manera que ¿qué te lleva a creer que salían juntos?

Un pestañeo rápido.

—Prefiero no decirlo.

—Joanne, entiendo que intentas hacer lo correcto, y lo aprecio de verdad. Pero necesito que me digas qué viste u oíste. Todo.

A Joanne le gustaba contemplar cómo me esforzaba. Era como saber que lo que ocultaba merecía la pena. Fingió reflexionar, mientras se pasaba la lengua por los dientes, lo cual no la favorecía, precisamente.

—De acuerdo —dijo al fin—. A Chris le gustaba gustar a las chicas. Entiende lo que quiero decir, ¿verdad? Por ejemplo, siempre intentaba que todas las chicas de la estancia estuvieran pendientes de él. Y, de repente, de la noche a la mañana, empezó a pasar de todo el mundo, salvo de Selena Wynne. Y ya me dirán ustedes, no quiero ser mala, pero siempre he sido sincera y Selena no tiene nada de especial, ¿no creen? Actúa como si lo fuera, aunque por desgracia a la mayoría de la gente no le gustan..., ya sabe... —Joanne me lanzó una sonrisita de complicidad y dibujó dos grandes pechos en el aire con ambas manos—. O sea, que no daba crédito. Pensaba que era una de esas apuestas estúpidas de las películas en las que intentan avergonzar a alguien, porque, de otro modo, me habría muerto literalmente de vergüenza ajena por Chris.

—Pero eso no indica que salieran juntos. Quizás a él le gustara y a ella, no.

—Perdone. No creo. O sea, que ella habría sido una suertuda de haberse llevado a Chris. Y, además, Chris no era el tipo de chico que pierde el tiempo si no llega a ningún sitio. No sé si entiende a qué me refiero.

—¿Por qué iban a mantenerlo en secreto?

—Probablemente él no quisiera que se supiera que estaba saliendo con eso. Y de verdad que no le culpo por ello.

—¿Es ese el motivo por el que no os lleváis bien con la pandilla de Selena? —quise saber—. ¿Porque Chris y ella salían juntos?

Un paso en falso. Aquel fulgor de nuevo en los ojos de Joanne, tan fríos y violentos que casi me hicieron echarme hacia atrás.

—Escuche, por mí como si a Chris Harper le gustaban los hipopótamos. Me parecía gracioso, pero aparte de eso, no era asunto mío en absoluto.

Asentí varias veces con la cabeza de forma humilde: conforme, lo había captado,

me había puesto en mi sitio, no volvería a ser descarado otra vez.

—De acuerdo. Tiene sentido. Pero entonces, ¿por qué no os lleváis bien?

—Porque no existe una ley que diga que tengamos que llevarnos bien con todo el mundo. Y porque yo elijo con quién quiero salir y no me apetece hacerlo con hipopótamos y tías raras. Gracias, pero no.

No era más que una pequeña alimaña, igualita a las pequeñas alimañas de mi escuela y de tantos otros colegios. Las había a patadas. Iban baratas en todo el mundo. No había ningún motivo por el que aquella en concreto tuviera que darme ganas de vomitar.

—Entendido —le dije, sonriendo como un lunático.

Conway preguntó:

—¿Tienes novio?

Joanne se tomó su tiempo. Un compás de espera —«¿Alguien ha dicho algo?»— y luego volvió lentamente la cabeza hacia Conway.

Conway sonrió. No de manera agradable.

—Perdone, pero eso pertenece a mi vida privada.

—Pensaba que estabas aquí para ayudar en la investigación —apuntó Conway.

—Y así es. Pero no veo en qué sentido mi vida privada es asunto de esta investigación. ¿Podría explicármelo, por favor?

—No —dijo Conway con desdén—. No me sale de las narices. Sobre todo porque me es más fácil ir al Colm y averiguarlo.

Intenté salir en defensa de las dos.

—No creo que Joanne nos obligue a hacer tal cosa, detective. Sobre todo porque sabe que cualquier información que tenga puede sernos de gran ayuda.

Joanne reflexionó sobre mis palabras. Volvió a poner cara de no haber roto un plato en su vida. Y con tono misericordioso me informó:

—Salgo con Andrew Moore. Su padre es Bill Moore, probablemente hayan oído hablar de él.

Un constructor, uno de los que salieron en los telediarios por estar en la bancarrota y ser multimillonario al mismo tiempo. Puse gesto de estar impresionado, como correspondía.

Joanne comprobó la hora en su reloj.

—¿Quieren saber algo más sobre mi vida amorosa? ¿O hemos acabado ya?

—Adiós —le dijo Conway. Y a Houlihan—: Rebecca O'Mara.

Acompañé a Joanne hasta la puerta. Se la sostuve abierta para franquearle el paso. Observé a Houlihan correr aprisa tras ella por el pasillo, sin que Joanne se dignara a mirarla.

—Y otra que aún anda suelta —dijo Conway.

Su voz no revelaba nada. De nuevo, no tenía modo de saber si lo que quería decir era: «Será mejor que afines la puntería».

Cerré la puerta y dije:

—Hay cosas que está planteándose contarnos, pero no quiere hacerlo aún. Y eso encaja con nuestra chica de la tarjeta.

—Sí. O eso o quiere hacernos creer que oculta algo. Convencernos de que sabe seguro que Chris y Selena salían juntos, o lo que sea, cuando en realidad no sabe nada.

—Podemos hacerla venir de nuevo y presionarla un poco más.

—No. Por ahora no. —Conway me observó regresar a mi silla y sentarme. Y dijo rudamente—: Lo has hecho bien, mejor de lo que lo habría hecho yo.

—Sí, parece que la práctica en lamer culos ha sido útil al final.

Una mirada irónica de Conway, pero breve. Iba a guardarse a Joanne para más adelante. Por ahora prefería avanzar.

—Rebecca es el vínculo débil de esta pandilla. Tímida a muerte; se puso como un pimiento y casi se hizo un nudo cuando le preguntamos por su nombre, y no conseguimos que dijera nada más alto que un susurro. Ponte los guantes de niño.

De nuevo la campana, pasos ajetreados y voces. Hacía rato que había pasado la hora de la comida. Podría haberme zampado de un mordisco una hamburguesa grasienta de tamaño gigante o lo que quiera que sirvieran en aquel refectorio, probablemente un solomillo orgánico y ensalada de rúcula. Pero no pensaba decir que tenía hambre hasta que lo dijera Conway. Y ella no iba a hacerlo.

—Ten cuidado con esta pandilla hasta que le encuentres el tranquilo. Son muy distintas —me advirtió.

Una tarde a principios de noviembre, el aire empieza a resplandecer con pequeños estallidos placenteros de frío y humo de pasto. Están las cuatro en su calvero rodeado de cipreses, remoloneando en mitad del encantador tiempo libre de que disponen entre las clases y la cena. A Chris Harper (al otro lado del muro y muy lejos, ni siquiera una brizna de pensamiento en la mente de ninguna de ellas) le quedan seis meses, una semana y cuatro días.

Se hallan desperdigadas por la hierba, tumbadas boca arriba, con las piernas cruzadas y los pies colgando. Llevan sudaderas con capucha, bufandas y botas Ugg, pero retrasan la ocasión de tener que ponerse el abrigo de invierno. Es de día y de noche al mismo tiempo: una parte del cielo resplandece en rosa y naranja; en la otra, una débil luna llena pende recortada sobre un azul cada vez más intenso. El viento se mueve a través de las ramas de los cipreses, reclamando un silencio lento y apaciguador. La última clase ha sido Educación Física y han jugado a voleibol; tienen los músculos distendidos y agradablemente cansados. Hablan sobre los deberes.

—¿Habéis escrito ya los sonetos de amor, chicas? —pregunta Selena.

Julia gruñe. Se ha dibujado una línea de puntos en la muñeca con un bolígrafo Bic debajo de la cual está escribiendo: «En caso de emergencia, cortar por aquí».

—«Y si os parece que no tenéis... ejem... la experiencia necesaria... ejem... en temas de amor romántico —dice Holly, imitando la sonrisa tímida y afectada del señor Smythe—, podríais imaginar el amor que siente un niño por su madre o... ejem... cómo sería amar a... ejem... Dios...».

Julia hace el gesto de meterse dos dedos en la garganta.

—Yo le voy a dedicar el mío al vodka.

—Te enviarán a la hermana Ignatius a hacer terapia —dice Becca, sin saber a ciencia cierta si Julia habla en serio.

—¡Yupi!

—Yo estoy encallada en el mío —comenta Selena.

—Listas —propone Holly. Se acerca el pie a la cara para examinar un rasguño en la bota—: «El viento, el mar, las estrellas, la luna, la lluvia; el día, la noche, el pan, la leche, el tren». Un verso pentámetro yámbico inmediato.

—*Verso pentámetro yámbico inmediato* —repite Julia—. Gracias por el soneto más aburrido de la historia, aquí tienes tu muy deficiente.

Holly y Selena se miran de reojo. Julia lleva dos semanas comportándose como una antipática; y con todo el mundo sin excepción, así que no es por algo que alguna de ellas haya hecho.

—Lo que me pasa a mí es que no quiero explicarle a Smythe nada sobre nadie a quien amo —dice Selena, pasando por alto la constatación—. ¡Puaj!

—Pues habla de un lugar o de algún objeto —le propone Holly. Se lame el dedo y se frota la marca de la bota, que desaparece—. Yo lo he hecho sobre el piso de mis

abuelos. Y ni siquiera he dicho que fuera su casa, solo una casa.

—Yo acabo de terminar el mío —dice Becca—. Lo he hecho sobre una muchacha a cuya ventana acude un caballo cada noche, ella se descuelga por la ventana y lo monta. —En sus ojos desenfocados, la luna se ha desdoblado en dos, traslúcidas y superpuestas.

—¿Qué tiene que ver eso con el amor? —pregunta Holly.

—Ella ama a ese caballo.

—Pervertida —dice Julia.

Le suena el móvil. Se lo saca del bolsillo y lo sostiene encima de su rostro, escudriñándolo contra la puesta de sol. Si hubiera sido una hora antes, cuando se estaban quitando el uniforme en la habitación e interpretando a Amy Winehouse, mientras decidían si cruzar al otro lado de la calle para ver el partido de rugby de los muchachos; si hubiera sido una hora antes, cuando se encontraban en el refectorio, desparramadas sobre la mesa, pellizcando las últimas migas de pastel seco después de relamerse las puntas de los dedos, ninguna de ellas habría imaginado jamás lo que acababan de rozar: qué otros yoes, vidas y muertes avanzaban feroces e imparables por sus vías, a solo un tiro de piedra. Los terrenos del colegio están llenos de recovecos donde se agrupan pandillas de niñas, todas ellas en llamas y asombradas por el amor incipiente que sienten las unas por las otras y por su cercanía, cada vez más intensa; ninguno de los demás grupos notará la fuerza de ese viraje cuando las vías cambien y su propia fuerza las impela a salir disparadas hacia otro paisaje. Cuando Holly reflexione sobre ello mucho tiempo después, y las cosas empiecen a asentarse y vuelvan a estar enfocadas por fin, pensará que de alguna manera se podría decir que Marcus Wiley mató a Chris Harper.

—Quizá me limite a hacerlo sobre flores bonitas —comenta Selena. Se cruza la cara con un mechón de cabello, que el último sol convierte en una red de luz dorada, y examina los árboles a través de él—. O sobre gatitos. ¿Creéis que le importará?

—Me apuesto lo que sea a que alguien hace uno sobre One Direction —dice Holly.

—¡Aaah! —exclama Julia de forma repentina y demasiado alto, asqueada y enfadada.

Las otras se apoyan en los codos.

—¿Qué? —pregunta Becca.

Julia vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo, se enlaza las manos tras la nuca y se queda mirando fijamente al cielo. Las aletas de la nariz se le mueven con cada respiración, demasiado aprisa. Está roja hasta el cuello del jersey. Y Julia nunca se sonroja.

El resto la observa. Holly se cruza con la mirada de Selena y señala a Julia con la mejilla: «¿Has visto quién...?». Selena sacude la cabeza, solo un milímetro.

—¿Qué pasa? —pregunta Holly.

—Marcus Wiley es un bellaco, eso es lo que pasa. ¿Alguna pregunta más?

—¡Pues vaya! Eso ya lo sabíamos —replica Holly.

Julia hace como si oyerá llover.

—¿Qué significa *bellaco*? —pregunta Becca.

—No preguntes —le dice Holly.

—Jules —le dice Selena con voz cariñosa. Se tumba boca abajo para quedar al lado de Julia. Tiene el pelo brillante y despeinado, con briznas de hierba y escamas de ciprés enmarañadas por aquí y por allá, y la espalda de la sudadera arrugada tras haber estado tumbada sobre ella—. ¿Qué te ha dicho?

Julia aparta la cabeza de Selena, pero responde:

—No ha dicho nada. Me ha enviado una fotografía de su polla. Porque es un anormal. ¿De acuerdo? ¿Y ahora podemos seguir hablando de los sonetos?

—Jopé —exclama Holly.

Selena tiene los ojos como platos.

—¿En serio?

—No, me lo he inventado. Sí, en serio.

La luz del atardecer se percibe distinta, una lenta caricia como de uñas arañando por cada centímetro de piel desnuda.

—Pero si casi no lo conoces —comenta Becca perpleja.

Julia vuelve la cabeza hacia ella como un látigo y se la queda mirando de hito en hito, con los dientes afilados, como si fuera a morderla a la primera de cambio, pero entonces Holly estalla en carcajadas. Al cabo de un segundo, Selena se le une, y al final hasta Julia ríe, dejando caer la cabeza sobre la hierba.

—¿Qué? —quiere saber Becca.

Pero las otras ya están en otra parte, les tiembla el cuerpo de tanto reír. Selena está hecha un ovillo, se coge la barriga de la risa.

—¡Ha sido la forma en que lo has dicho!

—¡Y la cara que has puesto! —añade Holly con la respiración entrecortada—. «Pero si apenas os han presentado, querida, ¿cómo es posible que haya querido compartir a su pequeña amiguita contigo?» —dice, imitando el acento inglés de Becca, que se ruboriza y se echa a reír también.

Julia ulula al cielo:

—Yo diría que ni siquiera hemos tomado el té aún... ni... ni unos sándwiches de pepino juntos...

Y Holly logra espetar:

—Las pollas nunca deben servirse hasta haber compartido unos sándwiches de pepino...

—Madre mía —dice Julia, enjugándose los ojos, cuando la risa al fin se desvanece—. Beccie, cariño, ¿qué haríamos sin ti?

—No era tan gracioso —se defiende Becca, aún roja y sonriendo, sin tener claro si debería sentirse abochornada.

—Probablemente, no —dice Julia—. Pero eso no es lo importante.

Se apoya en un codo de nuevo y busca el teléfono en su bolsillo.

—Veamos —dice Holly, sentándose y acercándose a toda prisa a Julia.

—Voy a borrarla.

—Primero déjanosla ver.

—Eres una perversa.

—Yo también quiero —se apunta Selena alegremente—. Si a ti te ha dado un susto de muerte, nosotras también queremos asustarnos.

—Venga, no seáis tan chistosas —dice Julia—. Es una fotografía de una polla, no una experiencia sadomaso.

Pero pulsa varios botones hasta encontrar la foto.

—Becs —dice Holly—. ¿Vienes?

—¡Puaj! No.

Becca gira la cabeza para no ver la fotografía ni por accidente.

—Aquí la tenéis —dice Julia, y pulsa *Abrir*.

Holly y Selena se inclinan hacia el teléfono, rozándose el hombro. Julia finge mirar, pero deja la mirada vagar más allá del teléfono, en las sombras. Selena nota como si se le contrajera la columna y se inclina más hacia delante.

No sueltan risitas ni gritan, tal como hacían cuando las miraban por Internet. Aquellos penes estaban emperifollados y eran de plástico, como una Barbie, y era imposible imaginarse que estuvieran acoplados a un hombre de verdad. Pero este es distinto: más pequeño y empinado como un dedo corazón grueso, como una amenaza en medio de una maraña de pelo moreno y duro. Casi pueden olerlo.

—Si esto fuera lo mejor que yo pudiera ofrecer —comenta Holly con frialdad transcurrido un momento—, no iría por ahí exhibiéndola.

Julia no alza la vista.

—Deberías responderle al mensaje con un: «Lo siento, no veo bien qué hay en la foto: es demasiado pequeño» —propone Selena.

—¿Y que me envíe un primer plano? No, gracias. —Pero a Julia se le curva hacia arriba la comisura de los labios.

—Ven aquí, Becs —le dice Holly—. No corres ningún riesgo, a menos que tengas un microscopio.

Becca sonrío, agacha la cabeza y la sacude, todo al mismo tiempo. La hierba se retuerce bajo sus piernas y le hace cosquillas.

—Bueno —dice Julia—. Y ahora, perversidillas, si ya habéis visto bastante este micropene por hoy... —Pulsa *Borrar* con una floritura y le enseña el dedo al teléfono—. Adiós, muy buenas.

Un pitido cortito y desaparece. Julia guarda el móvil y vuelve a tumbarse. Al cabo de un momento, Holly y Selena regresan a sus sitios, mirando alrededor en busca de qué decir, pero no se les ocurre nada. La luna brilla cada vez más, a medida que cae la tarde.

Al cabo de un rato, Holly dice:

—Oye, ¿sabéis dónde está Cliona? Está en la biblioteca buscando un soneto para copiar que Smythe no conozca.

—La van a pillar —conjetura Becca.

—Es tan típico de ella —comenta Selena—. ¿No sería más fácil limitarse a escribir el soneto?

—Por supuesto que sí —responde Holly—. Siempre le pasa lo mismo. Acaba currando más de la cuenta para hacer los deberes que si se limitara a resolverlos por ella misma.

Dejan espacio para que Julia aporte algo. Al no hacerlo, el espacio se ensancha. La conversación decae y se desvanece.

La fotografía no ha desaparecido. El débil olor nauseabundo que ha dejado sigue impregnando el aire. Becca respira superficialmente, por la boca, pero se le seca la lengua.

Julia dice, mirando al cielo moteado como una acuarela:

—¿Por qué los chicos piensan que soy una guarra?

Se está sonrojando otra vez.

—Tú no eres ninguna guarra —responde Selena en voz baja.

—Ya sé que no lo soy. Pero entonces ¿por qué actúan como si lo fuera?

—Porque les gustaría que lo fueras —sentencia Holly.

—Les gustaría que todas lo fuéramos. Pero yo no veo que nadie os envíe a vosotras fotografías de pollas.

Becca se mueve.

—Ha sido en los últimos tiempos —dice.

—Desde que me enrollé con James Gillen.

—No, no por eso. Muchas chicas se morrean con chicos y a los chicos no les importa. Es desde antes de eso. Desde que empezaste a pasártelo bien con Finn, Chris y todos ellos. Porque haces chistes, porque dices cosas... —Se le apaga la voz.

—¡No me jodas! —exclama Julia.

Pero ve que Holly y Selena asienten, y entonces cae en la cuenta y todo encaja.

—Por hablar así, por ejemplo —dice Selena.

—¿Pretendéis decirme que preferirían que fuera una guarra hipócrita remilgada como Heffernan, que dejó que Bryan Hynes le metiera el dedo en el baile de Halloween porque estaba bebido, pero pone el grito en el cielo si cuentas un chiste verde? ¿Entonces sí me respetarían?

—Más o menos, sí —responde Holly.

—¡A la mierda! ¡Que se jodan! No pienso hacerlo. Yo no quiero ser así.

Su voz suena cruda, de persona mayor.

Nubes delgadas atraviesan la luna y da la sensación de que esta se mueve o de que todo el mundo se inclina bajo ellas.

—Entonces no lo hagas —sentencia Selena.

—¿Y qué hago? ¿Resignarme a que me sigan volcando este tipo de mierda? Pues

suenan fantástico. ¿A alguien se le ocurre alguna otra genialidad?

—Quizá no sea por eso —dice Becca, deseando haber mantenido la boca cerrada—. Quizás esté totalmente equivocada. Tal vez pretendiera enviársela a otra persona cuyo nombre empezara con *J*, como Joanne o cualquier otra, y se haya equivocado...

Julia dice:

—Cuando me morreé con James Gillen... —la oscuridad se condensa bajo los cipreses al sonar su voz—... intentó meterme mano por debajo de la camiseta, cosa que ya esperaba que hiciera... Os juro que no sé por qué todos los tíos tienen la misma fijación con las tetas. ¿Es que sus madres no los amamantaron suficiente tiempo o qué les pasa? —No mira a sus amigas. Las nubes se mueven más veloces ahora, y la luna parece acelerar su desplazamiento por el cielo—. Y como no me apetecía que James Gillen me manoseara y, si he de ser honesta, solo me estaba morreando con él porque es mono y quiero practicar, le dije: «Ey, creo que esto es tuyo», y le devolví su asquerosa zarpa, ¿vale? Y James, que es todo un caballero, pues va y decide que lo más indicado es apoyarme contra la verja y magrearme, pero esta vez de verdad, no un pequeño achuchón ni nada por el estilo, y, cómo no, vuelve a meter la mano donde estaba. Y va y me dice algo increíblemente predecible en la línea de: «Pero si te gusta; vamos, no finjas ser virgen, si todo el mundo sabe cómo eres» y blablablá. ¿Qué os parece? Encantador, ¿no?

El aire se ha vuelto gélido y abrasador al mismo tiempo, febril.

Se lo han dicho por activa y por pasiva, decenas de veces, en clases abochornantes, en conversaciones vergonzosas con los padres: cuándo tienen que hablar con un adulto. Pero a ninguna de ellas se les pasa la idea por la cabeza. Eso que se abre ante ellas no tiene nada que ver con esas conversaciones tan escrupulosas. Esa mezcla de rabia rugiente y vergüenza que tiñe cada célula, la idea que trepa por ellas de que ahora sus cuerpos pertenecen a los ojos y las manos de otras personas, en lugar de a sí mismas: es algo nuevo.

—Maldito indeseable —exclama Holly, notando que el latido del corazón y la respiración se le aceleran—. Cabrón de mierda, Espero que se muera de cáncer.

Selena estira una pierna para tocarle el pie a Julia con el suyo. Esta vez, Julia aparta el pie.

—¿Y qué hiciste? ¿Le...? ¿Te...? —balbucea Becca.

—Le arreé un rodillazo en las pelotas, cosa que funciona, por si alguna vez os encontráis en la misma situación. Y luego, cuando regresamos aquí, me duché para quitarme la sensación de encima, porque no la soportaba.

Lo recuerdan. Jamás lo conectaron con James Gillen (Julia de pasada, levantando un hombro: «No merecía la pena; ha sido como morrearse con un perro baboso»). Pero ahora, en ese espacio de su nuevo conocimiento que echa humo, se les antoja una obviedad como una bofetada en la cara.

—Y no sé qué pensaréis vosotras, pero yo, que soy muy inteligente, me imagino que a James Gillen no le debía apetecer demasiado contarle al resto del Colm que lo

único que se llevó aquella tarde fue unas pelotas magulladas, de manera que les explicó que era una guarra insaciable. Y por eso el puto Marcus Wiley cree que me encantará recibir una foto de su polla. Y esto no va a quedar aquí, ¿lo sabéis, verdad?

Selena, con un hilo de incertidumbre que le quiebra la voz, dice:

—Ya se les pasará. En unas cuantas semanas...

—No. No se les pasará.

Silencio, y la luna observando. Holly se plantea descubrir algún secreto asqueroso sobre James Gillen y difundirlo hasta que todo el mundo estalle en carcajadas cuando se cruce con él y acabe suicidándose. Becca intenta pensar en cosas que regalarle a Julia: chocolate y poemas divertidos. Selena imagina un libro amarillento con una caligrafía rocambolésca, un cántico con rima asonante, hierbas atadas y olor a cabello quemado; un escalofrío las encierra a las cuatro y las vuelve impermeables. Julia se concentra en buscar animales en las nubes y clava las uñas en la tierra a través de varias capas de hierba, hasta tener cúmulos de mugre incrustados en la carne.

No tiene armas para combatir aquello. El aire está magullado e hinchado, palpita en blanco y negro, listo para rasgarse por la mitad.

Julia dice, dura y sentenciosa como una puerta cerrada de un portazo:

—No pienso volver a enrollarme con ningún chico del Colm nunca.

—Eso es como decir que nunca más te vas a acercar a ningún tío —dice Holly—. Los chicos del Colm son los únicos a quienes conocemos.

—Pues entonces no volveré a acercarme a ningún chico hasta la universidad. No me importa. Es mejor que tener a otro de esos gilipollas explicándole a todo el mundo qué se siente al manosear mis tetas.

Becca se sonroja.

Selena lo escucha como un tintineo único de plata en el cristal, vibrando en el aire. Se sienta de golpe y suelta:

—Entonces yo tampoco.

Julia la mira con furia.

—No tengo una pataleta y por eso digo: «Ay, me siento herida. No me voy a enrollar con nadie nunca más». Hablo en serio.

Con voz serena y segura, Selena replica:

—Yo también.

Bajo la luz del día habría sido distinto. Con luz diurna o interior, jamás habrían actuado así. Indefensas y asfixiadas, hubieran notado la rabia reconcomiéndolas por dentro. La mácula en la piel las quemaría en lo más profundo, y les dejaría marca.

Las nubes se han disuelto, pero la luz de la luna avanza cada vez más rápida, describiendo un círculo alrededor de ellas.

—Y yo tampoco —dice Becca.

Julia enarca una ceja, con gesto medio irónico. Becca no encuentra las palabras para explicar que no es nada y que quiere que sea más, que traería lo más grande del mundo para colocarlo en el centro de su círculo y prenderle fuego, si pudiera, para

merecerlo, pero entonces Julia le dedica una pequeña sonrisa y un guiño cómplice.

Todas tienen los ojos posados en Holly. A Holly le ha venido una imagen de su padre, de su sonrisa al esquivarle cuando intenta que le responda a algo: «nunca te dejes atar, no hasta que estés del todo segura, y ni siquiera entonces».

Las otras, resplandecientes en blanco contra los árboles oscuros, triples, a la espera. La suave curvatura en sombra bajo la barbilla de Selena, el ángulo de la muñeca de Becca en el punto en donde se apoya sobre su mano en la hierba, el extraño mohín de tristeza en la comisura de los labios de Julia: cosas que Holly recordará de memoria cuando tenga cien años, cuando el resto del mundo haya desaparecido de su mente. Algo le palpita en las palmas de las manos y la atrae hacia ellas. Un atisbo que cambia, un dolor en espiral como de volutas de humo de algo que podría ser sed pero que no lo es, que se le atraganta en la boca y bajo el esternón. Está ocurriendo algo.

—Me apunto —dice.

—Pero bueno, ¡madre mía! —exclama Julia—. Ya lo estoy viendo: van a decir que somos una especie de secta lesbiana que monta orgías.

—¿Y qué? —pregunta Selena—. Que digan lo que quieran. No nos afectará para nada.

Un silencio sobrecogedor mientras lo asimilan. El pensamiento les va a mil por hora. Imaginan a Joanne contoneándose y desdeñando a sus amigas en el Court para conseguir gustar a los alumnos del Colm, ven a Orla aullar indefensa en su empapada almohada después de que Andrew Moore y sus amigos la hayan destripado, y se ven a ellas mismas desesperadas por saber estar en los sitios, por decir las cosas correctas y vestir como corresponde bajo la mirada devoradora de los chicos, y piensan: «Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca, nunca más. Libérate como un superhéroe que hace saltar por los aires las esposas. Clávaselo en la cara y aguarda a ver cómo explota. *Mi cuerpo, mi mente, mi forma de vestir, mi forma de caminar y mi forma de hablar son cosa mía y solo mía*».

La fuerza de esa idea, zumbando en su interior a la espera de ser descubierta, hace que les tiemblen los huesos.

—Seremos como las Amazonas —dice Becca—. Nunca tocaban a los hombres y no les importaba lo que dijeran de ellas. Si un hombre intentaba propasarse, acababa...

Un segundo en el que se arremolinan flechas y destellos de sangre.

—¡Ey! —estalla Julia, pero ha recuperado la alegría y su sonrisa auténtica, la que la mayoría de personas nunca alcanza a ver—. Tranquilas. Esto no es para siempre. Solo hasta que acabemos la escuela y podamos quedar con chicos humanos de verdad.

Acabar la escuela está a años luz y les resulta inimaginable, palabras que nunca se harán realidad. Aquello es para siempre.

—Tenemos que hacer un juramento —propone Selena.

—¡Venga ya! —exclama Julia—. Pero ¿quién hace esas cosas...?

Pero solo lo dice como un acto reflejo, que se acaba diluyendo en el aire y desvaneciéndose entre las sombras, sin que ninguna de las demás oiga sus palabras.

Selena extiende su mano y la coloca con la palma hacia abajo sobre la hierba y los rastros ocultos de los insectos nocturnos.

—Lo juro —dice.

Los murciélagos chillan en el aire, en plena oscuridad. Los cipreses se inclinan sobre ellas para contemplarlas, decididos, favorables. Su ajetreo y susurros elevan a las niñas, arrebatándolas.

—De acuerdo —dice Julia. Le sale una voz más fuerte de lo normal, tanto que la sorprende; le palpita el corazón tan rápido que tiene la sensación de que va a despegarla del suelo—. Hagámoslo.

Coloca la mano palma abajo encima de la de Selena. La palmadita resuena en el calvero.

—Lo juro.

Becca coloca su delgada mano, ligera como un diente de león un poco girada sobre la de Julia, deseando con fervor y demasiado tarde haber mirado aquella fotografía también y haber visto lo que las otras.

—Lo juro.

Y Holly:

—Lo juro.

Las cuatro manos forman un nudo envuelto en la luz de la luna, con los dedos entrelazados; las abren todo lo que pueden, para abarcar las manos de todas sus amigas y apretarlas. Una pequeña risa sin aliento.

Los cipreses susurran un murmullo largo y satisfecho. La luna permanece inmóvil.

Rebecca O'Mara, en el umbral de la puerta del aula de Arte, se sostiene sobre un solo pie, mientras se enrosca el otro al tobillo. Melena larga castaña oscura, recogida en una cola de caballo, floja y desgredada, sin alisados con pinzas. Unos dos centímetros más alta que Holly; flaquísima, no para asustar, pero no le habría sentado mal una *pizza*. No es guapa —todavía no tiene bien formados los rasgos de la cara—, aunque no tardará en serlo. Ojos castaños grandes, posados sobre Conway, recelosa. No mira hacia El lugar de los secretos.

Si Rebecca seguía siendo tan insegura como antaño, si seguía teniendo la autoestima tan baja, yo podía aprovecharlo. Convertirme en un hermano mayor bueno que busca ayuda en una importante aventura mientras su hermanita tímida es esa persona especial que puede sacarlo de apuros.

—Eres Rebecca, ¿verdad? —le dije. Sonreí, no demasiado, solo una sonrisa fácil y natural—. Gracias por venir. Siéntate.

No se movió. Houlihan tuvo que darle un empujoncito para que franqueara la puerta y poder escabullirse a su rincón.

—Es sobre Chris Harper, ¿verdad?

Esta vez no se sonrojó ni se hizo un nudo, pero su voz era poco más que un susurro.

—Soy Stephen Moran. Quizás Holly me haya mencionado en algún momento. Me ayudó en un asunto hace unos años, no sé si estás al corriente.

Rebecca me miró de verdad por primera vez. Asintió.

Señalé la silla con la mano y ella se despegó del marco de la puerta y se acercó. Tenía ese caminar de adolescente larguirucha que anda dando saltitos, como si solo fueran sus pesadas botas las que atrajeran sus pies hacia el suelo. Se sentó y cruzó las piernas haciéndose un nudo. Se envolvió las manos en la falda.

Le embargó una sensación de succión en el pecho, como de agua colándose por un desagüe: decepción. Por lo que conocía a Holly, por cómo Conway había dicho *algo más*, por toda aquella basura alarmante sobre tías raras y brujas, había esperado encontrar cosas más interesantes con respecto a la última pandilla, Pero aquello era Alison otra vez, un manojito de nervios y dedos temblorosos enrollados en una falda que no se quitaba ni para dormir.

Encorvé la columna como un adolescente, tropecé con mis propias rodillas y volví a sonreír a Rebecca. Esta vez fue una sonrisa triste.

—Necesito ayuda de nuevo. Se me da bien mi trabajo, lo juro, pero de vez en cuando necesito que alguien me ayude a encontrar una salida o me quedo encallado. Tengo la sensación de que tú podrías ayudarme en este caso. ¿Verdad que no te importa que lo intentemos?

—¿Es sobre Chris? —preguntó Rebecca.

No tan tímida como para no hundir los tacones un poco. Le hice una carantoña.

—Lo confieso: aún no sé de qué se trata. ¿Por qué lo dices? ¿Ha ocurrido algo que tenga que ver con Chris?

Negó con la cabeza.

—Yo solo... —Señaló con un gesto a Conway, con el bulto que formaban sus manos y su falda. Conway se estaba limpiando las uñas con el tapón del bolígrafo, no alzó la vista—. Lo digo porque ella está aquí. He pensado que...

—Vamos a intentar determinarlo entre los dos, ¿de acuerdo? —Le dediqué una sonrisa cálida. Obtuve una mirada inexpresiva por respuesta—. Empecemos por revisar qué pasó ayer por la tarde —propuse yo—. Primer período de estudio: ¿dónde estabas?

Al cabo de un momento, Rebecca contestó:

—En la sala común del cuarto. Es donde tenemos que estar.

—¿Y luego?

—Luego vino la hora del recreo. Mis amigas y yo salimos afuera y nos sentamos en la hierba un rato.

Su voz seguía siendo un hilillo rasgado, pero se volvió más fuerte al decir aquello de: «Mis amigas y yo».

—¿Qué amigas? ¿Holly, Julia y Selena, verdad? —inquirí.

—Sí. Y algunas otras. La mayoría salió al jardín. Hacía calor.

—Y luego, durante el segundo período de estudio, ¿estuviste aquí, en el aula de Arte?

—Sí. Con Holly, Julia y Selena.

—¿Cómo conseguís permiso para pasar aquí las horas de estudio? Me refiero a quién lo solicitó, cuándo y a quién. Lo siento, soy un poco... —Me encogí de hombros, cabeza gacha y sonrisa de corderito—. Soy nuevo en esto. Aún no me conozco las reglas.

Otra mirada inexpresiva. Se me dan fantásticamente bien los adolescentes, consigo relajarlos y que me hablen... El encantador hermano mayor estaba rompiendo esquemas.

Conway se escudriñaba la uña del pulgar a contraluz. Sin perderse ni un detalle.

—Se lo solicitamos a la señorita Arnold —explicó Rebecca—, la matrona. Julia fue a verla anteayer, a la hora de la cena. Queríamos venir durante la primera hora de estudio, pero la sala ya estaba ocupada, por lo que la señorita Arnold nos dijo que viniéramos durante el segundo período. No les gusta que se quede demasiada gente en la escuela en horas extraescolares.

—De manera que, a la hora del recreo de ayer por la tarde, las chicas que habían estado aquí os dieron la llave de la puerta que conecta ambos edificios, ¿no es así?

—No. No estamos autorizadas a hacer circular la llave. Quien la recibe debe devolverla a la hora a la que se le indica. Las otras chicas se la devolvieron a la señorita Arnold, y luego nosotras acudimos a ella a recogerla.

—¿Quién se encargó de hacerlo?

Vi el instante en el que una veta de miedo cruzó su rostro y lo iluminó, y pensó en mentir. No tenía motivo para hacerlo; nada de aquello podía meterla en problemas, al menos hasta donde yo alcanzaba a ver. Entonces cambió de opinión. Conway tenía razón con respecto a aquella chica: una mentirosa, al menos cuando se sentía acorralada; al menos cuando algo la apartaba de sus amigas y la ponía bajo el punto de mira a ella solita.

Pero asustada o no, no era tonta. Tardó medio segundo en darse cuenta de que no tenía sentido mentir.

—Yo —dijo.

Asentí, fingiendo no haber oído nada.

—Y entonces subisteis al aula de Arte. Las cuatro juntas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué hicisteis?

—Estamos haciendo un proyecto. —Se desenmarañó una mano de la falda y señaló hacia una mesa que había junto a las ventanas: una forma voluminosa bajo un trapo salpicado de pintura—. Selena se encargaba de la caligrafía y Holly molía tiza para hacer la nieve. Julia y yo nos dedicamos a hacer figuras con alambre de cobre. Estamos reconstruyendo la escuela tal como era hace cien años: es un proyecto de Arte e Historia combinados. Es complicado.

—Lo parece, sí. Y le dedicáis horas extraescolares —observé, aprobador—. ¿De quién fue la idea?

A Rebecca la aprobación no le servía de nada.

—Todo el mundo ha necesitado dedicarle horas extraescolares a este proyecto. La semana pasada también lo hicimos.

Que pudo ser cuando a alguien se le encendió la bombilla.

—¿Ah, sí? ¿De quién fue la idea de regresar ayer por la tarde?

—Ni mí acuerdo. Todas sabíamos que teníamos que hacerlo.

—¿Y permanecisteis aquí todo el rato, hasta las nueve? ¿O alguien salió del aula?

Rebecca se desenrolló las manos de la falda y se las metió bajo los muslos. Yo le lanzaba las preguntas rápidamente y ella seguía tensa y recelosa, cada vez más, a decir verdad, pero el recelo es como un arma de dispersión, un escudo general; y Rebecca no sabía adónde apuntar con él. A menos que ella fuera muy lista o yo fuera muy lerdo, Rebecca no sabía nada sobre la tarjeta.

—Solo un minuto.

—¿Quién salió y para ir adónde?

Cejas castañas finas arqueadas hacia abajo. Ojos pardos saltando de mí a Conway una y otra vez.

Conway repasó con su bolígrafo una pintada que había en la mesa. Esperé.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Rebecca—. ¿Por qué motivo necesitan saberlo?

Dejé que se hiciera el silencio. Rebecca tampoco habló. Aquellas rodillas y aquellos codos flacuchos parecían vértices afilados, ya no tenían un aspecto tan

frágil.

O Conway se había equivocado con ella o en un año había aprendido mucho. Rebecca no buscaba que le reforzaran la confianza en sí misma, ni tampoco que yo ni ninguna otra persona la hiciera sentir especial. No se trataba de Alisan, ni tampoco de Orla. Me estaba equivocando.

Conway había alzado la cabeza. Me observaba.

Me deshice del aire de adolescente encorvado y amistoso y enderecé la columna. Me incliné hacia delante, con las manos entrelazadas sobre las rodillas. De adulto a adulto.

—Rebecca —dije con una voz distinta, directa y seria—. Hay ciertas cosas que no puedo explicarte. Y, aunque no pueda hacerlo, voy a seguir aquí sentado pidiéndote que me respondas a todo lo que necesite saber. Sé que es injusto. Pero si Holly te ha contado alguna vez algo sobre mí, espero que te dijera que no voy a tratarte como a una idiota ni como a una niña pequeña. Si puedo responder a tus preguntas, lo haré. Te pido a cambio que tú hagas lo mismo. ¿De acuerdo?

Uno sabe cuándo ha acertado, en qué momento ha dado con la nota correcta, la escucha sonar. La barbilla de Rebecca perdió aquella inclinación tozuda, y el recelo de su columna dio paso a la predisposición.

—Sí —contestó al cabo de un rato—. Conforme.

Conway dejó de jugar con su bolígrafo. Se sentó quieta, preparada para comenzar a anotar.

—Fenomenal —le dije yo—. Y ahora dime: ¿quién salió del aula de Arte?

—Julia regresó a nuestra habitación a buscar una de las fotografías antiguas que se nos había olvidado. Yo fui al lavabo y creo que Selena también. Holly fue a buscar tiza, porque nos quedamos sin tiza blanca, así que fue a buscar más. Creo que la cogió del laboratorio de Ciencias.

—¿Recuerdas las horas? ¿O en qué orden salisteis?

—Estuvimos en el edificio todo el tiempo —respondió Rebecca—. Ni siquiera abandonamos esta planta, salvo Julia, y solo se ausentó un minuto.

—Nadie os acusa de hacer nada malo —le dije para tranquilizarla—. Lo único que intento es desentrañar qué pudisteis ver u oír.

—Nada. No vimos ni oímos nada... ninguna de nosotras. Teníamos la radio puesta, nos dedicamos a hacer el trabajo y luego regresamos al ala de las internas. Y salimos de aquí todas juntas. Por si iba a preguntármelo.

Una chispa de desafío en ese final y la barbilla erguida de nuevo.

—Y tú le devolviste la llave a la señorita Arnold.

—Sí. A las nueve. Puede comprobarlo.

Lo haríamos. Pero no lo dije. Saqué la foto.

Los ojos de Rebecca se posaron en ella como si fuera un imán. La retuve de cara a mi y volví a jugar con ella sosteniéndola entre el dedo pulgar e índice. Rebecca intentó alargar el cuello sin moverse.

—Cuando viniste aquí anoche, pasaste frente a El lugar de los secretos. Y volviste a pasar por delante de camino al baño y al regresar. Y de nuevo, cuando os fuisteis al acabar, ¿verdad? —dije yo.

Al oír aquello, apartó la mirada de la fotografía y volvió a centrarla en mí. Con los ojos bien abiertos, en guardia, sopesando diversas posibilidades al azar.

—Sí.

—¿Te detuviste a echarle una ojeada en alguno de esos momentos?

—No.

Me hice el escéptico.

—Teníamos prisa. Al principio estábamos trabajando en el proyecto y luego yo tenía que devolver la llave puntual. No teníamos tiempo para pensar en El lugar de los secretos. ¿Por qué? —Se sacó una mano de debajo de las piernas y la alargó hacia la foto; dedos largos y delgados, iba a ser alta—. ¿Eso es...?

—¿Qué me dices de los secretos que hay ahí colgados? ¿Hay alguno tuyo?

—No.

Ni un compás de espera, ni una milésima de segundo para decidir qué contestar. No mentía.

—¿Por qué no? ¿No tienes secretos? ¿O prefieres guardártelos para ti?

—Tengo amigas —respondió Rebecca—. Mis secretos se los cuento a ellas. No necesito ir por ahí contándoselos a toda la escuela. Aunque sea de manera anónima.

La cabeza alta; su voz se había hecho más grave repentinamente y resonó a través de la luz solar en los rincones del aula. Estaba orgullosa.

—¿Y crees que tus amigas también te cuentan todos sus secretos? —quise saber.

Ahora sí hubo un compás de espera; un cuarto de segundo en el que sus labios se abrieron pero no salió nada de ellos. Luego dijo:

—Lo sé todo sobre ellas.

Otra vez aquel tintineo en su voz, de júbilo. Y un gesto en los labios, una sonrisa esbozada.

Noté que me cambiaba la respiración. Justo allí, un destello como una señal: aquel *algo más* que había estado esperando. Cada vez más caliente, lanzando chispas de extraños colores.

«Son muy distintas», había dicho Conway, nada que ver con la pandilla de Joanne. Ni por asomo.

—Y os guardáis los secretos las unas a las otras. Nunca os delataríais —dije.

—No. No lo haríamos. Nunca.

—Entonces —dije— ¿esto no es tuyo?

La fotografía en la mano de Rebecca. Soltó una respiración y un quejido agudo. Se le abrió la boca.

—Alguien colocó esa fotografía en El lugar de los secretos ayer por la noche. ¿Fuiste tú?

Estaba embobada con la fotografía. Tardó un momento en procesar mi pregunta

antes de responder:

—No.

No mentía: no estaba lo suficientemente atenta como para hacerlo. Otra descartada.

—¿Sabes quién lo hizo?

Rebecca consiguió desembarazarse de la fotografía.

—No fuimos ninguna de nosotras. Ni mis amigas ni yo —respondió.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ninguna de nosotras sabe quién asesinó a Chris.

Y me colocó la foto de nuevo en la mano. Fin de la historia. Enderezó la columna e irguió la cabeza para mirarme a los ojos, sin pestañear.

—Pongamos que tuvieras que adivinarlo. Que no te quedara más remedio. ¿Qué dirías?

—¿Adivinar qué? ¿Quién hizo la tarjeta... o lo de Chris?

—Ambas cosas.

Rebecca me respondió con uno de esos encogimientos de hombros indiferentes que hacen los adolescentes y que provocan que los padres se pongan como unos energúmenos.

—Por cómo hablas de tus amigas, se diría que significan mucho para ti. ¿Me equivoco?

—No. Así es.

—Se va a saber que vosotras cuatro podríais tener alguna relación con esta tarjeta. Eso es un hecho. No hay manera de evitarlo. Si yo tuviera amigas que significaran tanto para mí, haría lo que fuera por asegurarme de que no hubiera un asesino suelto creyendo que tienen información sobre él. Aunque eso supusiera responder a preguntas que no me gustaran.

Rebecca reflexionó sobre mis palabras. Con cuidado. Apuntó hacia la fotografía con la barbilla.

—Creo que es inventada.

—Dices que no la colgó ninguna de tus amigas, lo cual implica que tuvieron que ser o Joanne Heffernan o una de su pandilla. Son las únicas personas que estuvieron en el edificio en aquellos momentos, además de vosotras.

—Usted ha dicho que fueron ellas. No yo. Yo no tengo ni idea de quién fue.

—¿Crees que lo harían? ¿Que se inventarían algo así?

—Podría ser.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Quizás estuvieran aburridas, y les apetecía un poco de acción. Y ahora ustedes están aquí.

Le aleteó la nariz. Rebecca no sentía demasiado aprecio por la cuadrilla de Joanne. Mansa por fuera, pero no por dentro.

—Y lo de Chris —dije yo—. ¿Quién crees que lo hizo?

Rebecca contestó, sin hacer ni una pausa:

—Chicos del Colm. Creo que una pandilla de ellos se coló aquí. Quizás estuvieran planeando robar algo o realizar alguna pintada; hace unos años unos cuantos se colaron una noche con latas de espray y trazaron un dibujo en todo lo ancho de la cancha de la escuela. —Un ligero sonrojo le ascendía por las mejillas. No iba a contarnos qué habían dibujado—. Creo que vinieron para hacer algo así, pero luego tuvieron una pelea. Y...

Separó las manos hacia los lados. Dejó que la imagen flotara en el aire.

—¿Chris era el tipo de chico que haría algo así? —quise saber yo—. ¿Escaparse de la escuela y colarse aquí para gastar una broma?

A Rebecca le vino alguna imagen a la mente que la hizo abstraerse. La contempló.

—Sí —dijo—. Lo era.

Algo tiñó su voz, una larga sombra. Rebecca había sentido algo por Chris Harper. Bueno o malo, no supe determinarlo, pero algo intenso.

—Si tuvieras que explicarme una sola cosa acerca de él, ¿qué sería? —le pregunté.

—Era amable —dijo Rebecca, para mi sorpresa.

—¿Amable? ¿En qué sentido?

—Un día estábamos por ahí, pasando el rato fuera del centro comercial, y mi teléfono hacía cosas raras; parecía como si hubiera perdido todas mis fotos. Había un par de chicos más, que se comportaron como un par de idiotas rematados, en plan: «Vaya, vaya, ¿qué tenías ahí? ¿Había fotos de...?». —De nuevo aquel rubor—. Bueno, chorradas. En cambio, Chris me dijo: «Dame, déjame echarle un vistazo», agarró mi móvil y se puso a arreglarlo. A los otros dos imbéciles aquello les parecía desternillante, pero a Chris no le importó. Arregló el teléfono y me lo devolvió.

Un leve suspiro. La imagen se plegó en su mente y la archivó en el cajón correspondiente. Volvió a mirarnos.

—Cuando pienso en Chris, es en eso en lo que pienso. En aquel día.

Para una muchacha como Rebecca, aquel día pudo significar mucho. Podría haber arraigado y florecido.

Conway se movió y dijo:

—¿Tienes novio?

—No.

Respuesta instantánea, casi desdeñosa, como si fuera una pregunta estúpida: «¿Y tú tienes un cohete?».

—¿Por qué no?

—¿Acaso debo tenerlo?

—Mucha gente lo tiene.

—Pues yo, no —respondió Rebecca, sin más.

Le importaba un bledo lo que ninguno de nosotros pudiera pensar sobre eso. No era Alison, ni Orla. Todo lo contrario.

—Ya nos veremos —la despidió Conway.

Rebecca se guardó mi tarjeta de visita en el bolsillo mientras salía por la puerta, relegándola al olvido.

—No es nuestra chica —dijo Conway.

—Qué va.

No lo dijo ella. Tuve que hacerlo yo:

—He tardado un rato en arrancar.

Conway asintió.

—Sí, pero no ha sido culpa tuya. No te he encaminado bien.

Se quedó ausente, con los ojos entornados, pensando en algo.

—Creo que al final he salido airoso. No ha habido daños, al menos que yo haya podido apreciar —repuse.

—Quizá no —respondió Conway—. Este maldito lugar te confunde cada dos por tres. Hagas lo que hagas, siempre metes la pata.

Julia Harte. Conway no me puso en antecedentes sobre ella, no después de cómo había ido el interrogatorio de Rebecca, pero en cuanto entró por la puerta, supe que Julia era quien mandaba en aquella panda. Bajita, con el pelo rizado y moreno batallando por desprenderse de la coleta. Un poco más gordita que las demás, con más curvas y un caminar que las realzaba. No era guapa —cara redonda y un bulto en la nariz—, pero tenía un buen mentón, una barbilla pequeña y tozuda, y unos ojos bonitos: avellanados, de largas pestañas y directos e inteligentes como el infierno. No miró hacia el lugar de los secretos, pero no lo habría hecho de ninguna manera.

—Detective Conway —la saludó. Una voz bonita, más grave que la de la mayoría de muchachas, más controlada. La hacía parecer mayor—. ¿Tanto nos echaba de menos?

Una listilla. Podía servirnos, podía irnos bien. Los listillos hablan cuando deberían callar, dicen lo que sea con tal de sonar ingeniosos y agudos.

Conway señaló la silla. Julia se sentó y cruzó las piernas. Me repasó de arriba abajo.

—Soy Stephen Moran —me presenté—. Julia Harte, ¿verdad?

—A su servicio. ¿En qué puedo ayudarle?

A los listillos les gusta que les den la oportunidad de lucirse.

—Dímelo tú. ¿Hay algo que debería saber?

—¿Sobre qué?

—Adivina.

Le sonreí, como si fuéramos viejos rivales de boxeo y nos hubiéramos echado de menos. Me devolvió la sonrisa.

—El que juega con fuego se quema. No juegues al burro con un unicornio.

Diez segundos y ya era una conversación, no un interrogatorio. Volvía a estar en plena forma. Noté cómo Conway se acomodaba sobre la mesa; percibí un zumbido de alivio recorriéndome.

—Tomo nota —dije—. Entre tanto, ¿por qué no me cuentas qué hiciste ayer por la tarde? Empezando por el primer período de estudio.

Julia suspiró.

—Vaya, y yo que pensaba que íbamos a charlar de algo interesante. ¿Algún motivo en especial por el que tengamos que hablar de la cosa más soporífera del mundo?

—Te daré esa información cuando me des la que te he pedido. Quizá. Hasta entonces, nada de conjeturas.

Un gesto con la boca, apreciativo.

—Trato hecho. En resumidas cuentas: una historia de lo más aburrida.

Nos contó lo mismo que Rebecca: el proyecto de arte, la llave, la fotografía olvidada y las pausas para ir al lavabo y luego a buscar tiza, y todo eso de que estaban demasiado ocupadas como para mirar el tablón. No había nada que no encajara. O era verdad o eran muy buenas mintiendo.

Saqué la foto. Hice el truquito del dedo.

—¿Has colgado alguna tarjeta en El lugar de los secretos?

Julia soltó una carcajada.

—¡Por Dios, no! Eso no va conmigo.

—¿Ah, no?

Puso el ojo en la foto.

—En verdad, decidida y absolutamente, no.

—Entonces, ¿no has sido tú quien ha colgado esta?

—Bueno, dado que no he compuesto ninguna de ellas, ¿acaso no debería negarlo?

Le tendí la foto. La cogió. Rostro inexpresivo, contenido para no revelar nada. La giró hacia ella y se quedó inmóvil. La estancia entera permaneció quieta. Entonces se encogió de hombros. Me devolvió la fotografía, casi me la tiró.

—¿Ha conocido a Joanne Heffernan, verdad? Si usted encuentra cualquier cosa que no haría por llamar la atención, le agradecería que me lo contara. Probablemente implique YouTube y un pastor alemán.

Un chillido de Houlihan. Julia posó la mirada en ella y la apartó de nuevo, aburrida solo de verla.

—Julia —le dije—. Dejémonos de bromas por un segundo. Si fuiste tú, necesitamos saberlo.

—Sé perfectamente cuándo se habla en serio. No he sido yo, se lo confirmo al cien por cien.

Julia no estaba descartada. Casi, pero no del todo.

—¿Crees que Joanne está detrás de esto?

Otro encogimiento de hombros.

—Las únicas personas a quienes han hecho esperar fuera del despacho éramos nosotras y las cachorrillas de Joanne y, además, están preguntando por ayer por la tarde, de manera que tuvo que ser alguien que estuviera en la escuela entonces. Nosotras no fuimos, así que solo quedan ellas. Y las otras tres no se rascan el culo a menos que Joanne les dé permiso para hacerlo. Disculpe la grosería.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que ninguna de tus amigas colgó esta tarjeta? —pregunté yo.

—Porque lo estoy. Las conozco.

Un eco de esa misma nota que había sonado en la voz de Rebecca. Esa señal deslumbrante de nuevo, tan luminosa que casi me deslumbró. Algo distinto. Extraño. Sacudí la cabeza.

—No las conoces del todo. Créeme. Eso es imposible.

Julia volvió a mirarme. Levantó una ceja: «¿Eso es una pregunta?».

Notaba a Conway al rojo vivo, conteniéndose.

—Dinos algo. Tienes que haber reflexionado sobre quién mató a Chris. ¿Sospechas de alguien?

—De los chicos del Colm. De sus amigos. Son de la clase de tíos que piensan que es superdivertido trepar el muro, colarse aquí y gastar alguna broma, robar algo, pintar «GUARRAS» en la pared o lo que sea. Y también son del tipo de tíos que creen que es una idea fantástica ponerse a hacer el idiota en la oscuridad con palos y piedras y cualquier otro objeto peligroso al alcance. Seguramente alguien se dejó llevar demasiado y...

Julia abrió las manos hacia los lados. El mismo gesto de Rebecca. La misma historia, casi palabra por palabra. Habían hablado sobre ello.

—Sí —dije—, nos han contado que los muchachos del Colm realizaron una pintada con espray en la hierba años atrás. ¿Fueron Chris y sus amigos?

—¿Quién sabe? Fuera quien fuese, no los pillaron. Yo, personalmente, diría que no. Nosotras estábamos en primer curso cuando sucedió, de manera que Chris debía de estar en segundo. No creo que un puñado de chicos de segundo año tuviera agallas para hacer algo así.

—¿De qué era la pintada?

Otro chillido de Houlihan. Julia se echó el pelo hacia un lado con la mano, mirándola.

—Científicamente hablando, de un pene enorme y unos testículos. Los chicos del Colm son muy imaginativos...

—¿Algún motivo que te induzca a pensar que eso fue lo que le sucedió a Chris? —quise saber.

—¿Por? No. Son solo conjeturas. Prefiero dejar el trabajo detectivesco a los profesionales. —Batió las pestañas mientras me miraba, con la barbilla gacha, a la espera de mi reacción. No en plan sexy como Gemma, sino de mofa—. ¿Puedo irme

ya?

—¿Tienes prisa por regresar a clase? —le pregunté—. ¿Eres de las empollonas?

—¿No tengo pinta de buena alumna? —Me lanzó un pucherito seductor en broma. Seguía buscando una reacción.

—Dime una sola cosa sobre Chris, lo que te parezca más importante.

Julia dejó de hacer pucheros. Reflexionó atenta, con la mirada gacha. Pensaba como un adulto: se tomaba el tiempo necesario, no le importaba hacernos esperar.

—El padre de Chris es banquero. Es muy, muy rico —dijo al final.

—¿Y?

—Pues que probablemente eso sea lo más importante que puedo decirles sobre Chris.

—¿Alardeaba de ello? ¿Tenía siempre todo lo último? ¿Fardaba?

Una sacudida lenta con la cabeza y un chasquido con la lengua.

—Para nada. Era mucho menos fardón que la mayoría de sus amigos. Pero siempre lo tenía todo. Siempre. Antes que nadie. No necesitaba esperar hasta Navidades ni que llegara su cumpleaños. Tenía cuanto quería.

Conway se movió.

—Suenan como si conocieras bien a la pandilla de Chris —comenté.

—No me quedaba más remedio. El Colm está a unos dos minutos de distancia y hacemos todo tipo de actividades juntos. Solemos vernos.

—¿Has salido alguna vez con alguno de ellos?

—¡Por favor, un poco de respeto! No.

—¿Tienes novio?

—No.

—¿Por qué no?

Julia arqueó una ceja.

—¿Porque estoy tan buena que es inconcebible...? Solo conocemos a chicos del Colm y me estoy reservando para alguien con quien pueda mantener una conversación con algo más que monosílabos. Soy muy quisquillosa, ¿saben?

—Vale. Puedes marcharte. Si se te ocurre algo, telefonéanos —dijo Conway.

Le entregué a Julia mi tarjeta. La cogió. No se puso en pie.

—Y, ahora que me he portado tan bien y le he contado todo lo que quería saber, ¿puedo pedirle un poco de información? —preguntó.

—Adelante —la invité—. No puedo prometerle que vaya a responderte, pero pregunta y lo comprobarás.

—¿Cómo se han enterado de lo de esa tarjeta?

—¿Cómo crees tú que nos hemos enterado?

—Vaya —respondió Julia—. Supongo que ya me lo había advertido. Ha sido divertido, detectives. Hasta la vista.

Se puso en pie y se enrolló automáticamente la cinturilla de la falda para que le quedara por encima de las rodillas. Salió del aula sin esperar a Houlihan. Una vez que

la profesora de francés se escabulló tras ella, dije:

—La tarjeta la ha dejado fuera de juego.

—O eso o es muy buena actriz —atajó Conway, que seguía con la vista puesta en la puerta, mientras tamborileaba el bolígrafo en su cuaderno—. Y es muy lista.

Selena Wynne.

Todo oro y belleza. Ojos azules soñadores e inmensos, una tez de color crema rosada y unos labios carnosos y tiernos. Cabello rubio de verdad, ondulado en pequeños tirabuzones descuidados como los de un niño pequeño. Ni mucho menos gorda (a Joanne la había corroído la envidia), pero sí tenía unas curvas suaves y redondeadas que la hacían parecer mayor de dieciséis años. Selena era muy guapa, con ese tipo de belleza que no perdura. Se veía que algún día de aquel verano, quizás aquella misma tarde, alcanzaría el cénit de su belleza.

A nadie le gusta apreciar eso en una cría, preferirías fijarte en otras cosas. Pero lo haces, tal como lo harías con una mujer adulta. Los cambios se producen a diario y uno los percibe. Y hay que deshacerse como sea de esa sensación grasienta que empaña la mente.

Una escuela de niñas pijas: guapas y seguras, habría pensado yo, si me lo hubiera planteado. Muy lejos de un barrio de viviendas de protección oficial donde los autobuses no se atreven a internarse. Pero empezaba a atisbarlo con el rabillo del ojo: un destello en el aire que anunciaba peligro. No dirigido a mí personalmente, o al menos no más de lo que lo habría hecho en ese barrio bajo, pero ahí estaba.

Selena permaneció de pie junto a la puerta, abriéndola y cerrándola como una niña pequeña. Nos miraba.

Tras ella, Houlihan murmuró algo e intentó empujar a Selena hacia delante. Selena no se dio cuenta. Le dijo a Conway:

—Me acuerdo de usted.

—Yo también de ti —replicó Conway. Por su mirada cuando se dirigía de nuevo a su silla me dijo que Selena no había mirado hacia El lugar de los secretos. Cero de siete. La chica de nuestra tarjeta tenía un gran autocontrol—. ¿Por qué no te sientas?

Selena avanzó. Se sentó, obediente y desinteresada. Me examinó como si fuera un lienzo nuevo en uno de los caballetes.

—Soy el detective Stephen Moran. Selena Wynne, ¿no es cierto?

Asintió. Aún aquella mirada, con los labios entreabiertos. Sin preguntas, sin un: «¿de qué va todo esto?», sin recelo.

No tenía sentido intentar establecer complicidad con ella. Podía quemarme las pelotas tratando de hacerlo y obtener las mismas respuestas que si le hubiera enviado una lista de preguntas por correo electrónico. Selena no quería nada de mí. Apenas si era consciente de mi presencia.

Lenta, pensé. Lenta o enferma o herida, o cualquiera que sea el término

políticamente correcto que se aplique este año. El primer atisbo de por qué Joanne consideraba que en aquella pandilla todas eran unas raras.

—¿Puedes explicarnos qué hiciste ayer por la tarde?

La misma historia que las otras dos, o más bien fragmentos sueltos. No estaba segura de quién había pedido permiso ni de quién había salido del aula de Arte; me miró confusa cuando le pregunté si había ido al lavabo. Convino en que pudo haberlo hecho, pero aceptó que solo lo decía para que me quedara contento y por ser amable, porque a ella no le importaba lo más mínimo.

No había mirado en dirección a El lugar de los secretos en ningún momento durante toda la tarde.

—¿Alguna vez has colgado alguna tarjeta? —le pregunté.

Selena negó con la cabeza.

—¿No? ¿Nunca?

—No acabo de entender lo de El lugar de los secretos. Ni siquiera me gusta leerlo.

—¿Por qué no? ¿No te gustan los secretos? ¿O acaso crees que deberían ser eso: permanecer ocultos?

Entrelazó los dedos y los observó fascinada, tal como lo hacen los bebés. Juntó las cejas, pero solo un poco.

—Simplemente no me gusta. Me preocupa.

—Entonces, ¿esto no es tuyo? —Le planté la fotografía en las manos.

Tenía los dedos tan separados entre sí que la foto se le coló por en medio y resbaló al suelo dando vueltas. Se limitó a verla caer. Tuve que recogerla yo.

Esta vez no nos reveló nada. Selena la sostuvo y la contempló durante tanto tiempo, sin un solo gesto en aquel dulce y pacífico rostro, que empecé a preguntarme si entendía qué significaba.

—Chris —dijo al final.

Noté a Conway retorcerse: «¡No me digas, Sherlock!».

—Alguien la colgó en El lugar de los secretos —le expliqué—. ¿Fuiste tú?

Selena negó con la cabeza.

—Selena, si fuiste tú, no vas a meterte en ningún lío. Estamos encantados de tener esta tarjeta. Pero necesitamos saberlo.

Otra negación con la cabeza.

Era como la niebla: podías atravesarla con la mano sin tocarla. No había grietas por abrir ni hilos de los que tirar. Impenetrable.

—Entonces, ¿quién crees que lo hizo? —pregunté.

—No lo sé.

Me miró desconcertada, como si fuera un tipo raro por preguntarlo.

—Si tuvieras que adivinarlo, ¿quién dirías que fue?

Selena hizo cuanto pudo por darnos una respuesta; se esforzó de nuevo por hacerme feliz.

—Quizá fuera solo una broma.

—¿Alguna de tus amigas gastaría una broma como esta?

—¿Julia, Holly o Becca? No.

—¿Y qué me dices de Joanne Heffernan y sus amigas? ¿Crees que podrían hacerlo?

—No lo sé. La verdad es que no entiendo casi nada de lo que hacen.

Al mencionarlas se le frunció levemente el ceño, pero un segundo más tarde volvía a tener la frente despejada.

—¿Quién crees que mató a Chris Harper? —inquirí.

Selena reflexionó sobre mi pregunta un largo rato. En varias ocasiones movió los labios, como si fuera a empezar una frase, pero luego parecía escapársele. Cerca de mi hombro, Conway se retorció de impaciencia.

Al final, Selena dijo:

—No creo que nunca se averigüe.

Su voz se había vuelto clara y fuerte. Por primera vez, nos miró como si nos viera.

—¿Por qué no? —preguntó Conway.

—A veces ocurren esas cosas. Y nunca sabe nadie qué pasó exactamente.

—No nos subestimes —la atajó Conway—. Tenemos previsto averiguar exactamente qué sucedió.

Selena la miró fijamente.

—Bien —dijo, mansa.

Me devolvió la fotografía.

—Si tuvieras que destacar algo que contarme de Chris, ¿qué sería? —le pregunté.

Selena volvió a abstraerse. Se perdió en la luz del sol como hacían las motas de polvo, los labios entreabiertos. Esperé. Tras lo que se me antojó un rato largo, dijo:

—A veces lo veo.

Sonaba triste. No estaba atemorizada ni intentaba asustarnos o impresionarnos. Nada de eso. Solo parecía muy triste.

Houlihan se retorció en su silla. Conway ahogó una carcajada.

—¿Sí? —pregunté yo—. ¿Dónde?

—En distintos sitios. En el descansillo de la segunda planta una vez, sentado en el alféizar enviando un mensaje con el móvil otra. Dando vueltas alrededor del campo de juego del Colm durante un partido. En una ocasión lo vi en la hierba que hay bajo nuestra ventana, muy de noche, lanzando una pelota al aire. Siempre está haciendo algo. Es como si intentara realizar todo lo que nunca podrá hacer, tan aprisa como pudiera. O como si procurara ser como el resto de nosotros, y no se diera cuenta de que... —Una repentina respiración entrecortada le hinchó el pecho—. Oh —suspiró, y con voz queda—: pobre Chris.

Ni lenta, ni enferma. Prácticamente lo había olvidado. Selena influía en el entorno, ralentizaba el fluir del aire para amoldarlo a su ritmo y lo teñía con sus

colores nacarados. Te transportaba con ella a lugares extraños.

—¿Tienes alguna idea de por qué lo ves? —le pregunté—. ¿Estabais muy unidos?

Un destello le recorrió el rostro, alzó la cabeza. Solo un fulgor, visto y no visto, demasiado rápido para atraparlo y retenerlo. Algo afilado y resplandeciente, como la plata a través de la neblina.

—No —respondió.

Por aquel segundo, yo habría jurado dos cosas. En algún punto, al final de un hilo enmarañado que quizá nunca podríamos seguir, Selena era una pieza clave en aquel caso. Y yo no iba a tirar la toalla.

Me hice el desconcertado.

—Pensaba que salías con él.

—No.

Nada más.

—Entonces, ¿por qué crees que lo ves? Si no estabais unidos...

—Aún no he logrado descifrarlo —contestó Selena.

Conway volvió a removearse.

—Pues cuando lo descifres, asegúrate de venir a contárnoslo.

Los ojos de Selena se posaron en ella.

—De acuerdo —respondió con toda serenidad.

—¿Tienes novio? —le preguntó Conway.

Selena negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero.

—¿Y por qué no?

Nada.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —quiso saber Conway.

Selena se llevó una mano a la cabeza, desconcertada.

—Ah —balbuceó—. Eso. Me lo he cortado.

—¿Por qué?

Meditó la respuesta.

—Porque me pareció lo correcto.

—¿Y eso por qué? —insistió Conway.

Silencio. Selena se quedó embobada de nuevo. No es que nos ignorara; era más sencillo: se había alejado de nosotros. Habíamos terminado. Le entregamos nuestras tarjetas y la enviamos a la deriva más allá de la puerta con Houlihan. No volvió la mirada ni una sola vez.

—Otra que no podemos descartar —anotó Conway.

—Cierto.

—El fantasma de Chris Harper —dijo Conway sacudiendo la cabeza, asqueada—. ¡Joder! Y McKenna en la planta de arriba dándose palmaditas en la espalda porque ella y su altar consiguieron librarse de todo ese escándalo. Me gustaría decírselo, solo

por verle la cara.

Y, por último, Holly.

Holly había cambiado de actitud debido a Conway o Houlihan, imposible saberlo. Se comportaba como una niña buena y aplicada, con la espalda bien recta y las manos enlazadas enfrente. Cuando cruzó la puerta, le faltó poco para hacernos una reverencia a modo de saludo.

Se me ocurrió, demasiado tarde, que no tenía ni idea de qué quería Holly de mí.

—Holly —la saludé—. Recordarás a la detective Conway. Los dos te estamos muy agradecidos de que nos hayas traído la tarjeta. —Un asentimiento solemne por su parte—. Tenemos unas cuantas preguntas que hacerte.

—Por supuesto. Ningún problema.

Se sentó y cruzó los tobillos. Juro que sus ojos se habían vuelto más grandes y más azules.

—¿Puedes explicarnos qué hiciste ayer por la tarde?

La misma historia que las otras tres, pero más fluida. No fue necesario sacarle las palabras con sacacorchos ni retroceder para corregirse. Holly nos lo relató como si lo tuviera ensayado. Es probable que así fuera.

—¿Alguna vez has colgado algún secreto en el tablón? —le pregunté.

—No.

—¿Nunca?

Un chispazo, la Holly impaciente a quien yo conocía, asomando por entre todo aquel recato.

—Los secretos son secretos. Eso es lo importante. Y es imposible que las tarjetas sean totalmente anónimas, no si alguien quiere rastrear quién las ha colgado. Todo el mundo sabe de quién son la mitad de las tarjetas que hay ahí colgadas.

De tal palo tal astilla: la espalda bien cubierta. Siempre.

—¿Quién crees entonces que colgó esta?

—Habéis reducido el círculo a la pandilla de Joanne y a nosotras —respondió Holly.

—Pongamos que así sea. ¿Quién creerías tú que lo ha hecho?

Reflexionó o fingió hacerlo.

—Bueno. Desde luego, ni mis amigas ni yo; de lo contrario, ya te lo habría dicho.

—¿Estás segura de que lo sabrías?

Otra chispa.

—Sí, estoy segura. ¿De acuerdo?

—Vale. ¿Y por cuál de las otras apuestas?

—Joanne seguro que no, porque habría montado un drama increíble con toda esta historia; probablemente se habría desmayado en la sala de reuniones y habríais tenido que interrogarla en la cama del hospital o algo así... Y Orla es demasiado tonta para

que se le ocurra algo así. De manera que quedan Gemma y Alison. Si tuviera que decantarme por una...

Cuanto más hablábamos, más aflojaba. Conway se mantuvo al margen, con la cabeza gacha.

—Venga, dime.

—Vale. Gemma cree que ella y Joanne gobiernan el universo. Si supiera algo, seguramente no iría a contároslo; pero si lo hiciera, lo haría sin preámbulos. En presencia de su padre, que es abogado. Así que supongo que apostaría por Alison. Casi todo le da miedo; si supiera algo, no tendría el valor suficiente para confesárselo a la cara. —Holly lanzó una mirada a Conway para asegurarse de que lo estaba anotando—. O acaso —continuó—, probablemente ya lo hayáis pensado, alguien podría haberle pedido a un miembro de la pandilla de Joanne que colgara la tarjeta por ella.

—¿Lo harían?

—Joanne, seguro que no. Ni Gemma. Orla, desde luego, pero se lo diría a Joanne antes de hacerlo. Y Alison, quizá. Aunque si lo hiciera —añadió Holly—, no os lo diría, claro.

—¿Por qué no?

—Porque no. Joanne se pondría hecha una fiera si descubriera que Alison había colgado una tarjeta sin su permiso. Así que no lo confesaría.

Me estaba poniendo la cabeza como un bombo. Me resultaba difícil retener quién haría qué por quién y en caso de... Cosas de adolescentes: jamás se me han dado bien.

—Si la colgó ella, lo averiguaremos —sentenció Conway.

Holly asintió con expresión seria. Toda su fe depositada en los valientes detectives dispuestos a hacer el bien.

—¿Y qué me dices de la muerte de Chris? —le pregunté—. ¿Quién crees que fue el responsable?

Estaba esperando la historia de la broma que salió mal, aderezada con unos bonitos adornos de cosecha propia. En su lugar, Holly respondió:

—No lo sé.

La frustración con la que subrayó su respuesta me reveló que era verdad.

—¿No crees que fueran unos alumnos del Colm que pretendieron gastar una broma y se les fue de las manos?

—Sé que hay gente que lo cree. Aunque para eso, tendría que haberse colado en el colegio una pandilla y, lo siento, pero me parece impensable que tres o cuatro chicos consigan mantener la boca cerrada, contar la misma historia y no meter la pata ni una sola vez. Así que yo no pienso que sucediera eso. —Holly miró a Conway y añadió—: No, si los interrogaron igual que a nosotras.

Levanté la fotografía y dije:

—Pues alguien ha conseguido mantener la boca cerrada durante todo este tiempo.

De nuevo, aquel brillo de irritación.

—Todo el mundo cree que las chicas se van de la lengua, blablablá, como si fueran idiotas. Pues es mentira. Las chicas sabemos guardar secretos. Son los chicos quienes son incapaces de mantener el pico cerrado.

—Muchas chicas cotillean sobre El lugar de los secretos.

—Sí y, si no existiera, no lo harían. Por eso lo han puesto: para que nos vayamos de la lengua y lo contemos todo. —Una mirada a Houlihan y en tono más suave—: Estoy segura de que es muy valioso por diversos motivos.

—Escoge una sola cosa para contarme acerca de Chris, algo que sea importante —le dije.

Vi cómo se le hinchaba el pecho al respirar, como si se estuviera preparando. Respondió con voz clara y fría:

—Era un indeseable.

Un ruido de protesta de Houlihan. Nadie le hizo caso.

—Sabes que vas a tener que darme más detalles sobre por qué lo dices —le anuncié.

—Solo le importaba lo que él quería. Y la mayor parte del tiempo estaba bien, porque lo que más quería era gustarle y caerle bien a todo el mundo, de manera que solía ser amable. Pero a veces eso consistía en hacer que todo el mundo se desternillara, poniendo a alguien como un trapo. Y cuando deseaba algo y no lo conseguía —Holly sacudió la cabeza—, entonces no era tan agradable.

—Ponme un ejemplo.

Se lo pensó antes de contestar. Lo escogió.

—Vale —dijo. Su voz seguía siendo fría, con un matiz de rabia—. Una vez estábamos unos cuantos en el Court, nosotras y unos chicos del Colm. Hacíamos cola en una cafetería y Elaine, un muchacha, pidió una magdalena de chocolate. Chris iba detrás de ella en la cola y le dijo: «¡Eh, la quería yo!», y Elaine le respondió «Demasiado tarde». Entonces Chris gritó, para que todo el mundo lo oyera: «Tu culo gordo no necesita más magdalenas». Todos los tíos se echaron a reír. Elaine se puso como un pimiento y Chris le tocó el culo con un dedo y le dijo: «Ya tienes suficientes magdalena ahí dentro como para abrir una panadería. ¿Me das un mordisco?». Elaine se dio la vuelta y se largó de allí casi corriendo. Los chicos le cantaban: «Bamboleo, bamboleo», y todo el mundo se partía de risa

A juzgar por lo que Conway me había explicado, era la primera vez que alguien nos contaba algo así acerca de Chris.

—Qué simpático —dije yo.

—¿A que sí? Elaine se pasó semanas sin ir a ningún sitio donde pudiera encontrarse con chicos del Colm y creo que todavía sigue a dieta. Y ni siquiera estaba gorda... Pero es que, además, Chris no tenía por qué hacer aquello. No era más que una magdalena. Ni que fueran las últimas entradas para la final de la Copa del Mundo de rugby. Sin embargo, Chris pensó que Elaine tenía que haber cedido solo porque él

quería esa magdalena y, al ver que no estaba por la cuestión —Holly hizo un gesto con la boca—, la castigó. Como si opinara que se lo merecía.

—¿Elaine qué? —le pregunté.

Un compás de espera, pero era demasiado fácil averiguarlo.

—Heaney.

—¿Alguien más con quien Chris se comportara como un indeseable?

Se encogió de hombros.

—Bueno, no es que me dedicara a tomar nota. Quizá la mayoría de las personas ni siquiera se percatara, porque, como ya he dicho solo lo hacía de vez en cuando y casi siempre los demás le reían la gracia. Conseguía que pareciera una broma, como si actuara de este modo por diversión. Pero Elaine sí se dio cuenta. Y quienquiera que sufriera algo parecido, me apuesto lo que sea a que también se enteró.

—El año pasado no nos dijiste que Chris fuera un indeseable. Nos dijiste que apenas lo conocías pero que parecía un buen tipo —le rebatió Conway.

Holly meditó sobre aquello y respondió, escogiendo las palabras:

—Era más pequeña. Todo el mundo opinaba que Chris era agradable, así que me figuré que lo era. La verdad es que no lo entendí hasta después.

Falso: la mentira que Conway había estado esperando.

Conway señaló la fotografía que yo tenía en la mano.

—Entonces, ¿por qué nos has traído esto? Si Chris era tan indeseable, ¿qué te importa a ti que atrapemos a su asesino?

Mirada de niña buena.

—Mi padre es detective. Querría que hiciera lo correcto. Tanto si Chris me caía bien como si no.

Otra mentira. Conozco al padre de Holly. Hacer lo que corresponde porque sí no está en su horizonte. Nunca en su vida actuaría sin tener un plan.

«No le saqué ni una palabra —me había explicado Conway—. Peor que arrancar dientes». El año pasado Holly no había querido que atraparan al asesino o no le había importado lo suficiente como para alargar el pescuezo. Este año, en cambio, deseaba que lo hiciéramos. Y yo necesitaba saber por qué.

—Holly —le dije. Me incliné hacia delante, más cerca de ella, y la miré a los ojos: «Soy yo, habla conmigo»—. Hay una razón por la que, de repente, tienes mucho interés en que este caso se resuelva. Necesito que me expliques cuál es. Seguro que lo sabes por tu padre: dinos cualquier cosa que pueda ayudarnos, aunque tú no sepas reconocer en qué sentido.

Holly contestó sin pausa y sin amedrentarse:

—No sé a qué te refieres. No hay ningún motivo. Solo intento hacer lo correcto.

—Y mirando a Conway, añadió—: ¿Puedo irme ya?

—¿Tienes novio? —preguntó Conway.

—No.

—¿Por qué no?

Cara angelical.

—Porque estoy demasiado ocupada con la escuela y todo eso.

—Una estudiante aplicada, ¿eh? —comentó Conway—. Puedes irte. —Y le dijo a Houlihan—: Las quiero a las ocho aquí. —Cuando se hubieron marchado, Conway añadió—: Si Holly supiera quién mató a Chris, ¿crees que acudiría a ti o a su padre? ¿Lo diría tal cual?

O haría una postal y me la traería.

—Quizá no —respondí yo—. Ya ha sido testigo en el pasado y no fue una experiencia demasiado reconfortante; es posible que no le apetezca pasar de nuevo por ese trago. Pero si tuviera algo que quisiera que supiéramos, se aseguraría de hacérselo llegar. Una carta anónima, probablemente, con todos los detalles expuestos de manera clara. No una pista vaga como esa tarjeta.

Conway reflexionó, pasándose el bolígrafo por entre dos dedos, y asintió.

—De acuerdo. Pero te diré lo que me ha parecido a mí. Holly habla como si, quienquiera que haya colgado esa tarjeta, quisiera que la recibiéramos. Da por sentado que esa tarjeta no era solo un secreto que alguien aspiraba a quitarse de encima; esta chica pretendía contarnos algo y esta ha sido la mejor manera que ha encontrado de hacerlo.

Esa no era mi Holly. Me parecía demasiado obvio, al menos a mi modo de ver. Pero me lo callé. No dije nada.

—Quizás Holly se sintiera mal por haber venido a verme —aventuré yo—. A esa edad, llevarle algo a un adulto no es moco de pavo; te convierte en una chivata, casi lo peor que se puede ser. De ahí que se haya convencido de que eso era lo que, quienquiera que colgó la tarjeta, quería que sucediera.

—Tal vez. Pero podría saberlo a ciencia cierta. —Conway tapó y destapó el bolígrafo sosteniendo el capuchón entre los dientes—. Si es así, ¿qué esperanzas hay de que lo confiese?

Dos esperanzas: nula y ninguna. A menos que Holly quisiera explicárnoslo y aguardara el momento de pillarnos desprevenidos.

—Se lo sonsacaré —dije yo.

El gesto con la ceja de Conway me dijo: «Ya lo veremos».

—Quiero que las veas a todas juntas —añadió—. Esta vez seré yo quien hable. Tú límitate a observar.

Me apoyé en un alféizar y dejé que el sol me calentara la espalda a través de la chaqueta. Conway caminaba de un lado para otro en la zona delantera del aula de Arte, con pasos largos y regulares y las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, mientras las chicas iban llegando.

Se acomodaron cual pajarillos. La pandilla de Holly junto a la ventana y la de Joanne junto a la puerta. No se miraron entre sí.

Permanecieron inquietas y encorvadas en sus sillas; con ojeadas de incompreensión, cejas interrogantes, susurros aquí y allá. Se convencieron de que habíamos acabado con ellas y se habían olvidado de nosotros. Al menos, algunas.

—Puede esperar afuera. Gracias por su ayuda —le dijo Conway por encima del hombro a Houlihan.

Houlihan abrió la boca y la cerró, emitió un sonido de animalillo asustado y se escabulló. Las chicas dejaron de murmurar. El hecho de que Houlihan se marchara significaba que desaparecía esa protección de mentirijillas que les había brindado la escuela; eran todas nuestras.

Tenían un aspecto distinto, difuminado. Como si compusieran un efecto estroboscópico de El lugar de los secretos: ya no me era posible verlas por separado, con todos aquellos escudos en las chaquetas juntos, aquellos ojos. Me sentía sobrepasado en número. Un extraño.

—Bien —dijo Conway—. Una de vosotras nos ha mentido hoy. —Permanecieron inmóviles—. O mejor dicho, al menos una de vosotras. —Se detuvo. Sacó la fotografía de la tarjeta y la sostuvo en alto—. Ayer a última hora de la tarde, una de vosotras colgó esta tarjeta en El lugar de los secretos. Y hoy se ha sentado aquí y nos ha asegurado: «No, qué va, yo no he sido, no la había visto en mi vida». Es un hecho incontestable.

Alison parpadeaba como si tuviera un tic. Joanne, con los brazos cruzados, balanceaba el pie de la pierna que tenía cruzada, mientras miraba de reojo a Gemma como diciéndole: «O sea, que no me creo que tengamos que escuchar esto». Orla se mordisqueaba los labios, intentando reprimir una risita nerviosa.

La pandilla de Holly se mantuvo inmóvil. No se observaron entre sí. Mantenían las cabezas gachas, como si se estuvieran escuchando entre ellas, no a nosotros. También sus hombros se inclinaban hacia dentro, como si estuvieran imantadas, e hiciera falta que Superman viniera a separarlas.

Había algo extraño.

—Me dirijo a ti —dijo Conway—. A la chica que ha colgado esta tarjeta. A la que afirma saber quién asesinó a Chris Harper.

Una sacudida recorrió la sala, un escalofrío.

Conway empezó a moverse de nuevo, con la fotografía haciendo equilibrios en la punta de sus dedos.

—Pensarás que mentirnos a nosotros es lo mismo que decirle a tu profesor que te has olvidado los deberes en el autobús, o a tus padres que no te has tomado una copa en la discoteca. Te equivocas. No tiene nada que ver. No estamos hablando de una chorrada que se desvanecerá en la nada cuando salgas de la escuela. Esto es real.

Todas seguían a Conway con los ojos, cautivadas, sedientas.

Conway era un misterio. No era como yo, como los tíos, un misterio extraño con el que estaban aprendiendo a hacer trueques y regatear, algo que sabían que querían aunque desconocieran el motivo. Conway era de las suyas. Era una mujer adulta:

sabía cosas. Sabía cómo vestir bien, cómo disfrutar del sexo y cómo descartarlo, cómo pagar las facturas y cómo mantener el equilibrio en la selva que se extendía allende los muros de aquella escuela. El agua en la que empezaban a mojarse los dedos de los pies a ella le cubría la cabeza. Nadaba en ella.

Querían acercársele, tocarle las mangas. La juzgaban con dureza, para decidir si daba la talla. Se preguntaban si ellas lo harían algún día. Intentaban atisbar el precario sendero que las conducía hasta Conway.

—Te lo voy a decir con todas las letras: si sabes quién asesinó a Chris, entonces estás en peligro, en grave peligro. Un peligro como, por ejemplo, que podrían asesinarte. —Le dio la vuelta a la foto en el aire y la cogió con una palmadita—. ¿Crees que esta tarjeta va a seguir siendo un secreto? Si el resto de las que están aquí no la ha hecho correr por la escuela ya, lo hará antes de que concluya el día. ¿Cuánto tiempo tardará en llegar la noticia a oídos del asesino? ¿Y cuánto tiempo tardará él o ella en identificar quién le puede causar problemas? ¿Y qué crees que hace un asesino cuando se le presenta una complicación como esta?

Hablaba en el tono correcto. Frases directas, cortas, resueltas. De adulto a adulto: había estado atenta a lo que me había funcionado a mí.

—Estás en peligro. Esta noche. Mañana. Cada segundo hasta que nos cuentes lo que sabes. Una vez que lo hayas hecho, el asesino no tiene motivo para ir a por ti. Pero hasta entonces...

Un escalofrío de nuevo, como una ola. La pandilla de Joanne se intercambiaba miraditas de complicidad. Julia se rascaba un nudillo, como si se estuviera limpiando una mancha, con la vista clavada en el suelo.

Conway aceleró el ritmo de sus pasos.

—Y si hiciste esta tarjeta como una gracia, corres el mismo peligro. El asesino no sabe que estás de guasa. Y no puede permitirse correr riesgos. Por lo que a él concierne, tú representas una amenaza.

Volvió a toquetear la foto.

—Si esta tarjeta es falsa —continuó—, probablemente te preocupe confesarlo por si te metes en un lío, ya sea con nosotros o con la escuela. Olvídalo. Evidentemente, tanto el detective Moran como yo te soltaremos un sermón sobre por qué no hay que hacerle perder el tiempo a la policía. Y, sí, probablemente te castiguen. Pero eso es mucho mejor que acabar muerta.

Joanne se inclinó hacia un lado y le murmuró algo al oído a Gemma, sin esforzarse siquiera en disimular. Sonrió con petulancia.

Conway se detuvo. Se la quedó mirando.

Joanne seguía sonriéndole con superioridad. Gemma, con cara de pez, intentaba determinar si tenía que sonreír o no; establecer cuál de las dos le daba más miedo.

Tenía que ser Conway.

Conway avanzó rápido hasta la altura de la silla de Joanne y se inclinó sobre ella. Parecía a punto de darle un cabezazo.

—¿Te estoy hablando a ti?

Joanne la miró de hito en hito, con los labios flácidos y gesto de desdén.

—¿Perdone?

—Te he hecho una pregunta. Responde.

Las otras habían alzado los ojos. Esos ojos de circo de los leones que abundan en las aulas de los colegios cuando surgen problemas, ojos que aguardan a comprobar quién sangra.

Joanne arqueó las cejas.

—¿Eh? Ni siquiera sé lo que me está preguntando, literalmente.

—Solo le estoy hablando a una persona. Si eres tú, te conviene cerrar la boca y escuchar. Y si no eres tú, te conviene cerrar el pico porque nadie te está hablando a ti.

A Conway se le notaba de dónde venía: si alguien te humilla, le golpeas rápido y fuerte, a la cara, antes de que tenga oportunidad de detectar tu punto débil y clavarte los dientes. Si retroceden, has ganado. Ahí afuera, en el ancho mundo, muchas personas esquivan ese golpe, pero eso no significa que hayas ganado. Significa que te han archivado bajo el epígrafe de *Escoria*, *Animal* o *Guarda las distancias*.

Conway tenía que saberlo, o jamás habría llegado tan lejos. Algo —aquella chica, aquella escuela o aquel caso— la había sacado de sus casillas. La estaba fastidiando. Pero no era mi problema. Lo juré el día en que me aceptaron en la academia de policía: yo no pensaba volver a comportarme con esa hostilidad, nunca más, no así. Pondría las esposas y arrojaría al detenido al asiento trasero del coche patrulla; pero no iba a seguirle el juego, no pensaba darle la satisfacción de pensar que teníamos algo en común. Si Conway quería pifiarla, allá ella. Joanne seguía con la boca abierta. Las otras se inclinaron hacia delante, a la espera de la estocada final. El sol se me antojaba una plancha caliente presionada contra la espalda de la chaqueta.

Me moví en el alféizar. Conway se giró de súbito, como si quisiera tomar aire para abalanzarse sobre Joanne, y se topó con mi mirada.

Incliné la barbilla, solo un milímetro. Una advertencia.

Conway entornó los ojos. Se volvió para mirar a Joanne, más lenta. Relajó los hombros. Sonrió. Y, con voz constante y pegajosa, como si le hablara a un bebé estúpido, le dijo:

—Joanne. Sé que es duro para ti no ser el centro de atención. Sé que te gustaría montar un berrinche y gritar: «¡Miradme todos!». Pero apuesto lo que sea a que, si te esfuerzas, puedes aguardar unos pocos minutos para hacerlo. Y cuando hayamos terminado, tus amigas podrán explicarte por qué esto era importante. ¿Entendido?

El rostro de Joanne era puro veneno. Parecía tener cuarenta años.

—¿Puedes hacer eso por mí? —añadió Conway.

Joanne se repanchingó en su silla, puso los ojos en blanco y dijo:

—Lo que usted diga.

—Buena chica.

Los ojos que contemplaban el círculo de los leones, apreciativos: teníamos una

ganadora. Julia y Holly sonreían. Alison parecía aterrorizada y tocando el cielo con la punta de los dedos.

—Y ahora —continuó Conway, volviéndose hacia el resto de las chicas (Joanne estaba descartada, había terminado con ella)—. Tú, quienquiera que seas. Sé que has disfrutado con esto, pero el hecho es que tienes el mismo problema. No te estás tomando en serio al asesino. Quizá porque en realidad no sabes quién es, y no te resulta real. O acaso sí lo sepas, y no te parezca tan peligroso.

Joanne miraba la pared, con los brazos cruzados, enfurruñada. Conway se había metido en el bolsillo al resto de chicas. Lo había conseguido: había estado a la altura.

Sostuvo en alto la foto en una veta de sol. Chris con aquella risa radiante.

—Probablemente Chris pensara lo mismo. He visto a muchas personas que no se tomaban en serio a sus asesinos. A la mayoría las he visto cuando les practicaban la autopsia.

Hablaba con voz constante y grave de nuevo. Cuando se detenía, nadie respiraba. La brisa que entraba a través de la ventana abierta hacía repiquetear las lamas de las persianas.

—El detective Moran y yo vamos a ir a comer algo. Después pasaremos una o dos horas en el ala de las internas. —Sus palabras provocaron cierto revuelo. Codos moviéndose sobre los escritorios, columnas enderezándose—. Luego tenemos que ir a otros sitios. Quiero que sepas que te quedan unas tres horas de seguir a salvo. El asesino no va a ir detrás de ti mientras nosotros estemos en el colegio. Pero una vez que nos vayamos...

Silencio. A Orla le colgaba la mandíbula inferior.

—Si tienes algo que decirnos, puedes venir a vernos en cualquier momento de la tarde. O si te preocupa que alguien te vea, puedes telefonarnos o enviarnos un mensaje al móvil. Todas tenéis nuestras tarjetas.

Conway repasaba sus rostros con los ojos, cayendo sobre ellos como un sello.

—Tú, quienquiera que seas: esta es tu oportunidad. Aprovéchala. Y, hasta que lo hagas, ándate con mucho cuidado.

Se guardó de nuevo la fotografía en el bolsillo; se estiró la chaqueta y comprobó que la raya cayera donde correspondía.

—Hasta pronto —dijo.

Y salió por la puerta sin mirar atrás. No me hizo ningún gesto, pero la seguí igualmente.

Una vez que estuvimos fuera, Conway acercó la oreja a la puerta y escuchó el zumbido agitado y urgente de dos pandillas hablando tras ella. Pero lo hacían en voz baja, inaudible.

Houlihan merodeaba por allá.

Conway le dijo:

—Entre a supervisarlas.

Cuando la puerta se cerró a espaldas de Houlihan, me dijo:

—¿Ves a qué me refería acerca de la pandilla de Holly? Ocultan algo.

Me observaba.

—Sí. Ya lo he visto —respondí.

Un breve asentimiento, pero noté cómo a Conway se le relajaba el cuello de alivio.

—¿De qué crees que se trata?

—No estoy seguro. Aún no. Tendría que pasar más tiempo con ellas.

Una risa aspirada, seca.

—Seguro que te encantaría... —Avanzó por el pasillo a aquel ritmo oscilante y rápido—. Vayamos a comer algo.

En el corazón del Court han desconectado la fuente y han instalado un inmenso abeto de Navidad, de varios pisos de altura, reluciente y lleno de vida con la luz que se arremolina sobre el cristal y el oropel. Por los altavoces, una mujer con voz infantil canturrea: «He visto a mamá dándole un beso a Santa Claus». El aire huele tan bien, a canela y a pino y a nuez moscada, que dan ganas de darle un mordisco y notarlo crujir, suavemente, entre los dientes.

Es la primera semana de diciembre. A Chris Harper —que en aquel momento sale de la tienda de Jack Wills de la tercera planta en medio de un grupo de chavales, con la bolsa que contiene la camiseta que acaba de comprarse echada al hombro, mientras charla sobre *Assassin's Creed II*, con aquel cabello brillante como un castaño de Indias bajo la frenética luz blanca— le quedan cinco meses y casi dos semanas de vida.

Selena, Holly, Julia y Becca han estado realizando compras de Navidad. Ahora están sentadas en el borde de la fuente, alrededor del árbol navideño, bebiendo chocolate a la taza y revisando sus bolsas.

—Aún no le he comprado nada a mi padre —comenta Holly mientras rebusca.

—Pensaba que le ibas a regalar el zapato de tacón gigante de chocolate —le dice Julia, mientras, con una cañita de caramelo, remueve su bebida, que en la cafetería han bautizado con el nombre de Ayudante de Santa Claus.

—Jaja, *hashtag*: parecedivertidoperonoloes. El zapato es para mi tía Jackie. Mi padre es imposible.

—¡Jopé! —exclama Julia examinando su bebida horrorizada—. ¡Esto sabe a pasta de dientes!

—Te lo cambio —le propone Becca, tendiéndole su taza—. A mí me gusta la menta.

—¿Qué es?

—Moca con galleta de jengibre, o algo por el estilo.

—Entonces no, gracias. Al menos yo sé lo que es el mío.

—El mío está de rechupete —apunta Holly—. Lo que más feliz haría a mi padre es que me implantara un chip de GPS para poder saber dónde estoy en cada momento. Sé que la mayoría tiene padres paranoicos, pero os juro que el mío está loco de remate.

—Es por su trabajo —comenta Selena—. Ve todas las cosas malas que suceden e imagina que pueden pasarte a ti.

Holly pone la vista en el cielo.

—Por favor, pero si se pasa la mayor parte del tiempo en un despacho. Lo peor que ve son formularios. Lo que pasa es que está de atar. La semana pasada, cuando vino a recogerme, ¿sabéis qué fue lo primero que me dijo? Salgo y lo veo inspeccionando la fachada de la escuela, y va y me comenta: «Estas ventanas no

tienen alarma. Podría colarme en el colegio en menos de treinta segundos». Y el muy chiflado quería ir en busca de McKenna y decirle que la escuela no era segura y yo qué sé más, hacerle instalar escáneres de huellas dactilares en las ventanas o algo por el estilo. Le dije: «Si haces eso, me muero».

Selena la escucha otra vez: esa nota única de plata en el cristal, cuyo filo tan nítido atraviesa directamente la música acaramelada y la nube de ruido. Le cae en la mano: un regalo, solo para ellas.

—Le tuve que suplicar que, por favor, me llevara a casa —continúa Holly—. Y le dije: «Hay un vigilante nocturno, las alarmas del ala de las internas permanecen activadas toda la noche y te juro por Dios que no me va a secuestrar una red de tráfico de blancas. Y, para que lo sepas, si vas a incordiar a McKenna, no te vuelvo a dirigir la palabra en toda mi vida». Al fin me indicó que de acuerdo, que no insistiría más. Y yo repuse: «¿Y sigues preguntándome que por qué prefiero coger el autobús a que vengas tú a buscarme? Pues aquí tienes tu respuesta».

—He cambiado de opinión —le dice Julia a Becca, haciendo un mohín y limpiándose la boca con una servilleta de papel—. Te lo cambio. El tuyo no puede saber peor que esto.

—Creo que le voy a comprar un mechero —continúa Holly—. Estoy harta de fingir que no sé que fuma.

—He estado pensando en algo —anuncia Selena.

—¡Puaj! —le dice Becca a Julia—. Tienes razón. Sabe a medicina para niños pequeños.

—Menta-asquerosa. Tíralo a la basura. Compartiremos este.

—Creo que deberíamos empezar a salir por la noche —comenta Selena.

Las otras vuelven la cabeza.

—¿Salir adónde? —pregunta Holly—. ¿Fuera de nuestra habitación, a la sala común, por ejemplo? ¿O salir *salir*?

—Salir *salir*.

Julia pregunta, con las cejas arqueadas:

—¿Por qué?

Selena medita la respuesta. Escucha las voces que oía cuando era pequeña, tranquilizadoras y reafirmantes: «No tengas miedo ni de los monstruos, ni de las brujas ni de los perros grandes». Y ahora, procedentes de todas partes, como en un chasquido: «Ten miedo, hay que andarse con cuidado», dando órdenes como si fuera un deber absoluto.

Ten miedo de estar gorda, ten miedo de tener las tetas demasiado grandes y tenlo también de tenerlas demasiado pequeñas. Ten miedo de caminar sola por la calle, sobre todo por lugares tan silenciosos en los que incluso oigas retumbar tus pensamientos. Ten miedo de no vestir como corresponde, de decir algo fuera de tono, de reír cuando no toca y, sobre todo, de no ir a la moda. Ten miedo de no gustarle a los chicos; ten miedo de los chicos, son animales rabiosos, incapaces de contenerse.

Ten miedo de las chicas, que son unas malvadas y te descuartizarían antes de que tú las descuartices a ellas. Ten miedo de los desconocidos. Ten miedo de no sacar buenas notas en los exámenes, ten miedo de meterte en líos. Tenle un miedo aterrador a que todo lo que eres esté mal. Buena chica.

No obstante, en un recoveco intacto de su mente, contempla la luna. Ella percibe el brillo de lo que podría suponer disfrutar de su propia medianoche privada.

—Hemos cambiado —explica—. Para eso lo hemos hecho, ¿no? Pues ahora tendríamos que hacer algo distinto. De lo contrario... —No sabe cómo explicar lo que intuye. Aquel momento mágico en el calvero se está disolviendo en la nada, desdibujando. Y la normalidad empieza a imponerse de nuevo, vuelven a ser quienes eran—. De lo contrario, no reaccionaremos y las cosas volverán a ser como antes. Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Si nos descubren, nos expulsarán —advierde Becca.

—Ya lo sé —responde Selena—. Es parte del juego. Somos demasiado buenas. Siempre nos portamos bien.

—Habla por ti —le dice Julia, y le da un sorbito sonoro al moca con pan de jengibre que tiene en la mano.

—Y por ti también, Jules, por ti también. Morrearse con un par de chicos y beberse una lata de cerveza o fumarse un cigarrillo de vez en cuando no cuenta. Eso lo hace todo el mundo. Todos esperan que lo hagamos, incluso los adultos. Les preocuparía más que no lo hiciéramos. Nadie salvo la hermana Cornelius piensa de verdad que sea algo malo, y ella lo cree porque está chiflada.

—¿Y qué pasa? A mí no me apetece robar un banco ni pincharme heroína, gracias. Y si eso me convierte en una santurróna, pues encantada de cargar con esa cruz.

—Lo que pasa —responde Selena— es que siempre hacemos lo que se supone que debemos hacer. Bien porque nuestros padres o los profesores nos lo dicen, bien porque somos adolescentes y es como suelen actuar. Y yo quiero hacer algo que no se suponga que debamos hacer.

—Un pecado original —apostilla Holly a través de una nube de caramelo—. Me gusta. Yo me apunto.

—¿De verdad? ¿Tú también? Estas Navidades me pido amigas normales.

—Me siento criticada —dice Holly, con la mano en el corazón—. ¿Tengo que usar mis D?

—*No actúes a la Defensiva* —dice Becca con sonsonete, imitando la voz de la hermana Ignatius—. *No te Desanimas. Tómate un Descanso y conviértete en un inDeseable.*

—Para ti no es un problema —le dice Julia a Holly—. Si te expulsan, probablemente tu padre te dé un premio. Pero a mis padres les dará un pasmo. Si me echan, la he cagado. No sabrán determinar quién ha sido una mala influencia en realidad, de modo que cortarán por lo sano y no me dejarán veros durante el resto de

mi vida.

Becca está doblando un pañuelo de seda que sabe que su madre nunca llevará.

—Mis padres también se pondrían hechos un basilisco —apunta—, pero me da igual.

Julia suelta una carcajada.

—Tu madre estaría encantada. Si la convences de que ibas camino de una orgía puesta de coca hasta las orejas, la harás feliz para todo el año.

Becca no es como sus padres habían previsto. Prácticamente se hace un ovillo cada vez que vienen a verla.

—Sí, pero tener que buscarme una escuela nueva les resultaría un fastidio. Necesitarían tomar un vuelo para regresar aquí y todo eso. Y detestan que les fastidien. —Becca mete el pañuelo en la bolsa de nuevo—. Así que pondrían el grito en el cielo. Con todo, sigue sin importarme un pimiento. Yo quiero salir.

—Vaya, vaya —dice Julia divertida, inclinándose hacia atrás sobre una mano para examinar a Becca—. ¡Mirad a quién acaba de salirle un par de ovarios de repente! Bien por ti, Beccs. —Levanta la taza a modo de brindis. Becca se encoge de hombros, avergonzada—. Escuchad, a mí me apetece muchísimo la idea del pecado original. Aunque por favor, ¿podríamos hacer que fuera un pecado bueno? Llamadme tiquismiquis, pero ¿a cambio de qué en concreto vamos a arriesgarnos a que nos expulsen? ¿A cambio de agarrar un constipado tumbadas en la hierba, donde puedo sentarme cada día si me apetece? No coincide precisamente con mi plan de pasármelo bien.

Selena sabía que Julia sería la más difícil de convencer.

—Escucha —dice—. A mí también me asusta que me pillen. A mi padre no le importaría que me expulsaran, pero mi madre se pondría hecha un basilisco. Lo que pasa es que ya estoy harta de tenerle miedo a todo. Necesitamos hacer algo que nos dé miedo.

—Yo no tengo miedo. Lo que pasa es que no soy tonta. ¿Por qué no nos teñimos el pelo de color morado o...?

—¡Qué original! —dice Holly haciendo un gesto con la ceja.

—¡Que te den! O fingir que tenemos un tic cada vez que hablamos con Houlihan...

Incluso a Julia le suena a fruslería.

—Eso no da miedo —dice Becca—. Yo quiero hacer algo que dé miedo de verdad.

—Me gustabas más antes de que te salieran los ovarios. Vale, pues no sé, podemos recortar con Photoshop la cabeza de McKenna, *la Menopáusica*, pegarla en un fotograma de «Gangnam Style» y engancharla en el...

—Ya hemos hecho esas cosas en el pasado —señala Selena—. Tiene que ser algo distinto. ¿Lo veis? Es más difícil de lo que parece.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer ahí fuera?

Selena se encoge de hombros.

—Todavía no lo sé. Quizá nada especial. Eso no es lo importante, en realidad.

—Ah, perfecto. «Mamá, papá, siento que me hayan expulsado. Ni siquiera sé qué estaba haciendo ahí fuera, pero teñirme el pelo de morado no era lo bastante original...».

—Hola —dice Andrew Moore.

Les sonrío flanqueado por dos amigos que parecen iguales que él, como si lo estuvieran esperando, como si le hubieran hecho un gesto para que se les acercara. Becca se da cuenta: es por cómo están apoyadas en el borde de la fuente, relajadas, con las piernas estiradas, inclinadas hacia atrás y apoyadas en las manos. Lo han percibido como una invitación.

Y Andrew Moore ha respondido. Andrew Moore, Andrew Moore, el de los hombros de jugador de rugby y la ropa americana de marca Abercrombie, el Andrew Moore con esos ojos superazules del que todo el mundo habla. Primero viene el ajetreo, esa explosión sobrecogedora y ese hormigueo dulce como de burbujas que caen en cascada sobre sus lenguas. La pregunta «Ostras, ¿me está hablando a mí?» les recorre la columna con una sacudida. Son las anchas manos de Andrew Moore resplandeciendo las que podrían entrelazarse con las tuyas, y su boca de corte severo electrizarte con sus besos. De repente te sientas recta, realzando tus tetas y tus piernas y todo lo que tienes, mostrándote interesante y descuidada, con el corazón a mil por hora. Sois tú y Andrew Moore paseando de la mano por los infinitos corredores de neón, el rey y la reina del Court, mientras todas las muchachas vuelven la vista para miraros y ahogan un gritito de envidia.

—Hola —le contestan ellas, deslumbradas, mientras les recorre un escalofrío cuando él se sienta en el borde de la fuente junto a Selena y sus secuaces flanquean a Julia y a Holly.

Al fin el estallido de trompetas y las banderas ondeantes que os habían prometido desde la visita inaugural al Court en vuestro primer año. El momento mágico finalmente desvelado, a expensas de que ellas lo acepten.

Y luego desaparece. Andrew Moore no es más que un chaval que ni siquiera les gusta, a ninguna de ellas.

—¿Qué tal? —les pregunta, sonriendo, al tiempo que se recuesta para disfrutar de su momento de adoración.

Antes de saber siquiera que lo va a hacer, Holly le espeta:

—Estamos en medio de una conversación. Danos un segundo.

Andrew suelta una carcajada, porque, evidentemente, le suena a broma. Sus secuaces lo imitan.

—Lo decimos en serio —añade Julia.

Los compinches siguen riendo, pero Andrew empieza a caer en la cuenta de que está viviendo una experiencia nueva.

—Vaya, vaya —dice—. ¿Estáis insinuando que nos larguemos?

—¿Por qué no regresáis dentro de cinco minutos? —ofrece Selena—. Es que estamos decidiendo una cosa.

Andrew sigue sonriendo, pero sus ojos superazules ya no son agradables.

—¿Síndrome premenstrual colectivo, quizá?

—Jopé, como si fuera tan difícil de entender —dice Holly—. Estamos hablando de originalidad. Pero a ti eso no te suena de nada, ¿verdad?

Julia suelta una carcajada en la bebida de jengibre de Becca.

—Y nosotros estábamos hablando de que la mitad de las chicas del Kilda sois tortilleras —responde Andrew—. ¿No os gustan los chicos, verdad?

—¿Podemos quedarnos a mirar? —pregunta uno de los secuaces, con una sonrisa en la boca.

—Estoy un poco confusa —dice Julia—. ¿Es que los chicos nunca mantenéis conversaciones entre vosotros? ¿Qué pasa?: ¿que os dedicáis solo a salir juntos por ahí para poder intercambiar mamadas?

—Eh —dice el otro secuaz—. Idos a la mierda.

—Caramba, eso sí es una buena frase para ligar —dice Becca, la persona más impredecible—. Ahora sí me gustas.

Julia, Holly y Selena se la quedan mirando atónitas y estallan en carcajadas. Tras un segundo de asombro, Becca también se echa a reír.

—¿A quién le importa quién te guste a ti? —pregunta el secuaz—. Fea, más que fea.

—¡Qué maleducado! —exclama Selena, esforzándose por mantener la seriedad entre risitas, lo cual no hace sino aumentar la hilaridad en sus amigas.

—¡Largo de aquí! —dice Julia despidiéndose con la mano—. Hasta nunca.

—Sois unos bichos raros —les dice Andrew, con rotundidad; tiene demasiada confianza en sí mismo como para sentirse herido, pero le molesta profundamente lo que ha sucedido—. Os hace falta una buena dosis de buenos modales. Vamos, chicos.

Y él y sus esbirros se ponen en pie y salen del Court dando grandes zancadas, mientras los muchachos se dispersan a su paso y las chicas los contemplan fijamente al pasar. Incluso sus traseros parecen molestos.

—¡Tías! —exclama Selena, tapándose la boca con la mano—. ¿Habéis visto la cara que ha puesto?

—Y eso ha sido cuando ha entendido lo que ocurría —aclara Julia—. Les he explicado cosas a peces que han tardado menos en entender —frase que desata en ellas otro tornado de risas.

Becca se aferra a una rama del abeto de Navidad para no caerse del borde de la fuente de la risa.

—¡Mirad cómo caminan! —logra farfullar Holly, señalándolos—. Por favor, fijaos bien, es como si dijeran: «Tenemos unos cojones tan grandes que no nos caben entre las piernas...».

Julia se pone en pie de un brinco y los imita, y Becca finalmente se cae del borde

de la fuente mientras gritan y arman tal escándalo que el guardia de seguridad se acerca a ellas con el ceño fruncido. Holly le explica que Becca tiene epilepsia y que, si las echa de allí, estará cometiendo un acto de discriminación contra una persona disminuida y él vuelve a largarse, con el ceño aún fruncido y echando la vista atrás, pero sin demasiada convicción.

Al cabo de un rato las risas decaen. Se miran, aún con una sonrisa en los labios, asombradas de lo que acaban de hacer, conmovidas por su propio atrevimiento.

—¡No me negarás que eso sí ha sido original! —le dice Julia a Selena—. Admítelo. Y, afrontémoslo, también daba un poco de miedo.

—¡Exacto! —exclama Selena—. ¿Queréis seguir siendo capaces de hacer esas cosas? ¿O preferís continuar mojando las braguitas si Andrew Moore se digna a darse cuenta de que existís?

La mujer con voz de helio está terminando un villancico. En el instante antes de que suene el siguiente, Holly atrapa un destello de otra canción, apenas media pincelada de algún lugar remoto, quizá fuera del Court: «Me queda tanto, me queda tanto por...», y desaparece.

Julia suspira y extiende la mano para alcanzar la bebida de jengibre de Becca.

—Si crees que me voy a descolgar por la ventana agarrada a una sábana como una chica mala en una peli de pacotilla, estás muy equivocada —dice Julia.

—No lo creo —replica Selena—. Ya has escuchado lo que dijo el padre de Hol. Las ventanas de la fachada no tienen alarma.

Es Becca quien lo hace. Todas daban por supuesto que lo harían Holly o Selena, por si la enfermera se da cuenta de que la llave ha desaparecido. Holly es quien mejor miente y a nadie se le ocurriría pensar que Selena sería capaz de hacer nada malo, mientras que Julia suele cargar con las culpas a ojos de los profesores, incluso por cosas que jamás se le ocurrirían. Cuando Becca dice: «Quiero hacerlo yo», las deja de piedra. Intentan convencerla —Selena con buenas palabras, Holly en un tono delicado y Julia sin rodeos— de que se trata de una mala idea y que debería dejarlo en manos expertas, pero se empeña en hacerlo y les dice que es incluso menos probable que sospechen de ella que de Selena, ya que nunca ha hecho nada peor que compartir unos deberes, y todo el mundo piensa que es una bonachona lameculos y, por una vez en la vida, eso podría resultarle útil. Al final, las demás entienden que no va a ceder.

Le dan instrucciones, una vez que se apagan las luces.

—Tienes que fingir estar lo bastante enferma como para que te retenga en su consulta durante un rato —le dice Julia—, pero no tanto como para que decida enviarte a la cama de nuevo. Lo que necesitamos es algo que la obligue a tenerte supervisada.

—Pero no demasiado —apostilla Selena—. No interesa que se quede merodeando

por ahí.

—Exactamente —coincide Julia—. Puedes decirle que sientes ganas de vomitar, pero que no puedes. O que crees que te encontrarías mejor si te estiraras en la camilla un rato.

Han dejado las cortinas de la habitación descorridas. En el exterior, la temperatura es bajo cero y la escarcha empieza a formar dibujos alrededor de los bordes del cristal de la ventana, de tal modo que el cielo se convierte en una delgada lámina de hielo extendida sobre las estrellas. La ráfaga de aire gélido impacta en Becca como si la hubieran disparado a través del vidrio desde el inmenso espacio exterior, un lugar salvaje, mágico y áspero poblado de zorros y enebros.

—Pero no finjas que vas a vomitar. Se nota cuando es mentira. Actúa como si no quisieras devolver —le recomienda Holly—. Imagina que procuras evitarlo.

—¿Estás segura de querer hacerlo? —le pregunta Selena. Se apoya en un codo, intentando ver el rostro de Becca.

—Si no lo estás —le dice Holly—, no hay ningún problema. No tienes más que decirlo.

—Voy a hacerlo. Dejad de preguntármelo de una vez por todas —ataja Becca.

Julia ve la mirada de reojo y el atisbo de sonrisa de Selena, con los que parece decirle: «Mira a nuestra tímida Becca, a esto es precisamente a lo que me refería», y replica:

—Bien dicho, Beccie. —Alarga el brazo para salvar el espacio que queda entre sus camas y chocar los cinco con Becca—. Haz que nos sintamos orgullosas de ti.

Al día siguiente, tumbada en la estrecha camilla de la consulta de enfermería, mientras la enfermera canturrea Michael Bublé y se ocupa del papeleo en su escritorio, Becca nota la frialdad atroz de la llave calándole los huesos de la palma de la mano y rastrea con el olfato zorras corriendo, bayas silvestres y estrellas gélidas.

Antes de que se apaguen las luces, extienden sus ropas sobre las camas y empiezan a vestirse. Varias capas de camisetas: al otro lado de la ventana, el cielo nocturno luce claro y gélido; sudaderas; pantalones gruesos; y el pijama por encima hasta que llegue el momento. Doblan sus abrigos y los esconden bajo la cama, para no hacer ruido con las perchas y evitar que las puertas de los armarios crujan. Colocan sus botas Ugg en fila junto a la puerta para no tener que buscarlas a tientas.

Ahora que empieza a parecer verdad, se les antoja una especie de juego, uno de esos juegos de rol de chiflados en los que alguien les entrega espadas de mentira y deben salir a dar una vuelta y liarse a palos con orcos imaginarios. Julia canta «Bad Romance», ladeando una cadera y haciendo girar el jersey agarrándolo por una manga, como si hiciera un *striptease*; Holly se le une con un par de mallas en la cabeza y Selena mueve la melena dibujando círculos. Se sienten tontas e intentan disimularlo haciendo cosas atolondradas.

—¿Así está bien? —pregunta Becca, abriendo los brazos en cruz.

Las otras tres dejan de cantar y la miran: tejanos azul oscuro y sudadera azul

oscura, la sudadera casi esférica por la cantidad de capas que lleva debajo y los cordones de la capucha tan prietos que solo se le ve la punta de la nariz. Se parten de risa.

—¿Qué pasa? —pregunta Becca.

—Pareces el atracador de bancos más gordo del mundo —dice Holly, y las carcajadas aumentan.

—¡Pero si eres el doble de grande! —logra farfullar Selena—. ¿Puedes moverte con todo eso puesto?

—¿O ver siquiera? —quiere saber Julia—. Lo que nos faltaba, que no puedas correr por el pasillo sin chocar contra las paredes.

Holly imita a Becca, dando bandazos a ciegas y con torpeza. Se parten de la risa, con esas carcajadas que no puedes reprimir y que siguen viniéndote cuando ya no consigues ni respirar y te duele hasta la barriga.

Becca se ha puesto como un tomate. Les da la espalda e intenta quitarse la capucha, pero la cremallera se le ha atascado.

—Beccs —le dice Selena—. Es broma.

—Ya, claro.

—¡Por favor! —exclama Julia, poniendo los ojos en blanco al mirar a Holly—. Relájate.

Becca tira de la cremallera hasta que se le clava en los dedos.

—Si todo esto no es más que una broma pesada, ¿por qué nos tomamos la molestia siquiera?

Nadie responde. Las risas se han desvanecido dando paso a la nada. Se miran de reojo, esquivándose. Buscan un modo de mandar todo aquello al carajo. Quieren volver a meter la ropa en el armario, tirar la llave a la basura y no sacar nunca más el tema a colación; ruborizarse cada vez que recuerden lo cerca que estuvieron de cometer una tontería. Solo esperan a que alguien lo diga. Justo entonces una de las monitoras de la segunda planta abre la puerta de un portazo y les grita:

—Dejad de hacer el idiota y cambiaos de una vez. Vamos a apagar las luces en cinco segundos y voy a tener que denunciaros. —Y cierra de nuevo la puerta de otro portazo antes de que a ninguna de ellas le dé tiempo a cerrar la boca.

Ni siquiera se ha percatado de que tienen toda la ropa del armario esparcida sobre las camas ni de que Becca parece un ladrón inflable. Las cuatro se quedan mirándose de hito en hito durante un segundo y luego se desploman en sus camas y ahogan las risas en sus edredones. Y entonces son conscientes de que sí van a hacerlo.

Cuando apagan las luces están ya en sus camas como niñas buenas: si la monitora tuviera que regresar, quizás esta vez fuera más observadora. Cuando suena la campana, el atolondramiento provocado por el nerviosismo empieza a desvanecerse. Y algo nuevo empieza a vislumbrarse.

Nunca antes habían escuchado los ruidos de la escuela al dormirse, no de ese modo, con la orejas aguzadas como animales. Al principio, los tintineos son

constantes: un estallido de risas a través de la pared, un chillido lejano, el correteo de unas pantuflas de alguien que se escapa al lavabo. Luego cada vez van espaciándose más. Y finalmente reina el silencio.

Cuando el reloj de la fachada posterior del edificio principal da la una, Selena se sienta en la cama.

No hablan, no encienden linternas ni las lámparas de las mesillas de noche: cualquiera que avanzara por el pasillo vislumbraría el parpadeo a través del vidrio que hay sobre el dintel. En la ventana, la luna luce enorme y proyecta luz más que suficiente. Se quitan el pijama y colocan las almohadas bajo las sábanas, se ponen los jerseys más gruesos y los abrigos, con movimientos diestros y sincronizados, como si lo hubieran ensayado. Una vez listas, permanecen en pie junto a sus camas, con las botas colgando de las manos. Se miran cual exploradoras a las puertas de un largo viaje, inmóviles momentos antes de que una de ellas dé el primer paso.

—Venga, chicas, si lo queréis hacer en serio, hagámoslo de una vez —propone Julia.

Nadie les llama la atención desde ninguna puerta, no cruje ninguna escalera. En la planta baja, la matrona ronca. Cuando Becca introduce la llave en la cerradura del edificio principal, gira como si la hubieran engrasado. Para cuando llegan al aula de Matemáticas y Julia alarga el brazo para abrir el cerrojo de la ventana de guillotina, ya saben que el vigilante estará dormido o acaso hablando por teléfono y que nunca mirará en su dirección. Se calzan las botas y salen por la ventana, una, dos, tres y cuatro, rápidas, escurridizas y silenciosas, y se encuentran de repente de pie en la hierba, y aquello ha dejado de ser un juego.

Los jardines están paralizados, como en el escenario de un ballet, a la espera de que suene la primera ráfaga escalofriante de notas de una flauta, de que las livianas bailarinas entren en escena correteando y se detengan en una pose perfecta e imposible, rozando apenas la hierba. La luz blanca procede de todas partes. La escarcha les canta con voz aguada en los oídos.

Corren. La gran extensión de hierba se despliega para darles la bienvenida y ellas la sobrevuelan por encima, sin tocarla apenas, mientras el aire frío y crujiente les entra como agua de manantial por la boca y les alisa el cabello en la nuca, cuando se les caen las capuchas y ninguna de ellas se detiene a colocársela otra vez. Son invisibles, podrían pasar riendo por delante del vigilante nocturno y darle un golpecito en la gorra, y lo dejarían intentando atrapar el aire y farfullándole al salvaje desconocido que de repente está en todas partes. No pueden parar de correr.

Entre las sombras y por los angostos senderos bordeados de oscuras y espinosas ramas entrelazadas, dejan atrás troncos inclinados cubiertos por años de hiedra, y avanzan a través de las fragancias de la tierra fría y de varias capas de hojas húmedas. Luego emergen de ese túnel al calvero blanco, que las espera.

Nunca antes han estado allí. Las copas de los cipreses resplandecen con un fuego gélido como enormes antorchas. Entre las sombras se mueven figuras que, cuando

logran vislumbrar un atisbo delgado como un cabello, cobran forma de ciervo y de lobo, pero que podrían ser cualquier cosa, y corren en círculos a su alrededor. En lo alto de la deslumbrante columna de aire que se yergue sobre el calvero, las aves se arremolinan con las alas en forma de arco, dejando en su estela largos regueros de graznidos salvajes.

Ellas cuatro también extienden sus brazos y se arremolinan. Les sale la respiración como en un torbellino y el mundo gira a su alrededor y ellas continúan dando vueltas. De tanto girar salen de ellas mismas y se transforman en polvo plateado que vuela, no son más que un brazo en alto o la curva de una mejilla que aparece y desaparece bajo haces de luz blancos e irregulares. Bailan hasta desplomarse.

Cuando abren los ojos, están de nuevo en el calvero que tan bien conocen. Con la oscuridad, un millón de estrellas y el silencio.

El mutismo es demasiado imponente para que ninguna de ellas se atreva a rasgarlo, así que no hablan. Permanecen tumbadas en la hierba, notando el movimiento de sus propias respiraciones y su sangre. Algo blanco y luminoso avanza como una flecha a través de sus huesos, el frío o la luz de la luna, tal vez, no atinan a determinarlo; les provoca un hormigueo, pero no dolor. Permanecen tumbadas boca arriba y le dejan hacer su trabajo.

Selena tenía razón: esto no tiene nada que ver con la emoción de tomar vodka o reírse de la hermana Ignatius, ni con un besuqueo en el Campo o con falsificar la firma de tu madre para hacerte un *piercing* en la oreja. No tiene nada que ver con lo que el resto del mundo aprobaría o prohibiría. Es algo suyo y solo suyo.

Al cabo de un largo rato regresan arrastrando los pies a la escuela, deslumbradas y con el pelo enmarañado, con la cabeza zumbándoles por la agitación. «Siempre — dicen en el umbral de la ventana, con las botas en las manos y la luz de la luna encendiéndoles los ojos—. Siempre recordaré esto. Siempre, siempre».

Por la mañana se descubren llenas de cortes y rasguños que no recuerdan haberse hecho. Nada que les duela de verdad; solo pequeños y traviosos recordatorios que les guiñan el ojo desde los nudillos y las espinillas cuando Joanne Heffernan lanza alguna maldad a Holly por tardar demasiado en la cola del desayuno o cuando la señorita Naughton intenta avergonzar a Becca por no prestar atención. Tardan un rato en darse cuenta de que no es que la gente sea un incordio; es que están realmente ausentes: Holly se ha pasado mirando la tostada una eternidad y ninguna de ellas tiene ni idea de qué demonios hablaba la señorita Naughton. Su punto de apoyo ha cambiado; les costará un tiempo recuperar el equilibrio.

—¿Queréis repetirlo pronto? —pregunta Selena a la hora del recreo, a través de su cañita del zumo.

Por un instante temen contestar que sí, por si la próxima vez no sale igual, o algo así solo pueda ocurrir una vez e intenten recuperarlo y acaben sentadas en el calvero pillando un resfriado de campeonato y mirándose las unas a las otras como una panda

de idiotas.

Pero responden que sí de todos modos. Ha empezado algo y es demasiado tarde para detenerlo. Becca quita la astilla de una ramita que se encontraba en el pelo de Julia y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta a modo de recuerdo.

Eran pasadas las tres de la tarde. Conway sabía dónde estaba la cantina, fisgoneó hasta encontrar a un tipo que se hallaba dejando el acero inoxidable impoluto con un estropajo, y le pidió que nos preparara algo de comer. El tipo intentó poner cara de fastidio, pero Conway no se dio por vencida. No le quité el ojo de encima mientras nos preparaba los sándwiches de jamón y queso, para asegurarme de que no escupiera en ellos. Conway se dirigió a una máquina de café y accionó unos botones. Cogió unas manzanas de un cajón.

Salimos a comer al exterior. Conway me condujo hasta un muro bajo situado a un lado de los terrenos de la escuela, con vistas al campo de juego y a los jardines que se extendían por debajo de este. En el campo de juego, niñas pequeñas correteaban haciendo oscilar sus palos de hockey, alrededor de los gritos motivadores e incesantes de la profesora de Educación Física. Las sombras que proyectaban los árboles les impedían vernos. Entre las franjas que dibujaban las ramas, el sol me calentaba el cabello.

—Come rápido —me dijo Conway, al tiempo que se apoyaba en el muro—. Cuando acabemos registraremos sus habitaciones en busca del libro del que han recortado esas palabras.

Así que no pensaba devolverme a Casos Abiertos, por lo menos todavía no. Y tampoco tenía previsto regresar a la base. «A echarle un vistazo a ese tablón de anuncios y a mantener unas cuantas charlas», a eso habíamos venido. En algún momento, el objetivo inicial se había ampliado. Aquellos atisbos de algo que asomaba la cabeza por entre lo que nos decían: ninguno de los dos quería marcharse de allí sin averiguar de qué se trataba, sin echar un vistazo como era debido.

A menos que nuestra joven fuera mema, no guardaría el libro en su habitación. Pero una pista floja como aquella, que podía no significar nada o serlo todo, te colocaba entre la espada y la pared. Te brindaba la oportunidad de convocar a todo un equipo, inundar los terrenos de la escuela de rastreadores y salir de allí con las manos vacías o entre bromas de las alumnas: en fin, de convertirte en el hazmerreír de la Brigada y en un dolor de cabeza para el jefe, que tendría que justificar el derroche de gastos y dejaría de confiar en tu capacidad de tomar decisiones a conciencia. O bien podías conformarte con lo que tú y el tipo que llevabas pegado como una lapa lograrais hacer solitos, que se os pasara por alto la pista oculta en algún aula o que os saltarais al testigo que podría llevaros a buen puerto, y entonces te convertirías en un idiota a quien le habían servido la solución del caso en bandeja y lo acababa de lanzar por la borda, y un idiota incapaz de detectar la importancia de un chaval muerto es alguien en quien no puede confiarse para que tome decisiones serias.

Conway jugaba fuerte, pero con mucho cuidado. Y, aunque a ella no le importara, yo estaba de acuerdo con su forma de actuar. Si nuestra chica era inteligente, y todo apuntaba a que sí lo era, no encontraríamos ese libro. Lo habría escondido en un

arbusto a un kilómetro de distancia, o en una papelería del centro de la ciudad. Y si era superinteligente, habría compuesto aquella tarjeta varias semanas atrás, se habría deshecho entonces del libro y habría esperado a que desapareciera para siempre antes de echar la rueda a andar.

Dispusimos la comida sobre el muro, entre los dos. Conway abrió el *film* transparente y atacó su sándwich. Se lo comió como si fuera combustible y no tuviera sabor. Mi bocadillo era mejor de lo que había esperado. Con mayonesa buena y todo.

—Se te da bien —dijo ella con la boca llena. No lo dijo a modo de cumplido—. Sabes darles lo que quieren y sabes amoldarte a cada una. Muy mono.

—Pensaba que ese era mi trabajo, hacerlas sentir cómodas —repliqué yo.

—Hombre, cómodas sí estaban. La próxima vez podrías hacerles la pedicura o un masaje en los pies, ¿no te parece?

Me dije a mí mismo a modo de recordatorio: «Son solo unos días, queda bien con el jefe y despídete para siempre».

—Creía que tú intervendrías en algún momento para intentar presionarlas un poco más —comenté.

Conway me lanzó una mirada que decía: «¿Me estás cuestionando?». Y creí que ya tenía mi respuesta, pero al cabo de un momento dijo, con la vista puesta en el campo de juego:

—La última vez las interrogué hasta que no les quedaron fuerzas.

—¿A esas ocho?

—A todos. A esas ocho también. A todo su curso. Y al curso entero de Chris. A cualquiera que pudiera saber algo. Al cabo de una semana, los tabloides empezaron a soltar basura: «La policía se ablanda ante los niños ricos, se están moviendo hilos y por eso aún no hay ningún arresto»; un par de ellos, de hecho, prácticamente dijeron que estábamos encubriendo al asesino. Pero no hubo nada de aquello. Interrogué a esos críos como habría interrogado a una pandilla de matarifes de los barrios bajos. Exactamente igual.

—Te creo.

Volvió la cabeza hacia mí como un látigo, con la barbilla alta. Buscaba mostrarse sarcástica. Mantuve la calma.

—Costello —continuó, una vez que se hubo relajado de nuevo—. Costello estaba horrorizado. Tendrías que haberle visto la cara, como si les estuviera enseñando el trasero a las monjas. Me frenó en prácticamente todos los interrogatorios y me sacó fuera para echarme la bronca y preguntarme qué creía que estaba haciendo y si quería acabar con mi carrera antes de arrancar siquiera.

Le di un bocado al sándwich. Me ahorré los comentarios.

—Y O’Kelly, nuestro jefe, más de lo mismo. Me mandó llamar a su despacho en dos ocasiones para echarme un rapapolvo: que quién creía yo que eran esos chavales, si pensaba que estaba lidiando con la misma escoria con la que me había criado, que por qué no invertía el tiempo en investigar a los vagabundos y enfermos mentales de

la zona, que si sabía cuántas llamadas telefónicas estaba recibiendo el comisario de papás molestos... Llegó incluso a decirme que iba a comprarme un diccionario para que pudiera buscar la palabra *tacto*...

Yo tengo tacto.

—Son de otra generación. Están chapados a la antigua —le dije yo en tono suave.

—¡Y una mierda! ¡Están en Homicidios! Intentan dar caza a un asesino. Y eso es lo único que importa. O eso era lo que yo pensaba entonces.

Un poso amargo en su voz.

—Para entonces yo ya no tenía reparos en mandar a Costello a freír espárragos. Y a O’Kelly también, si se terciaba. El caso entero se iba a pique, con mi nombre rubricado en él. Habría hecho cualquier cosa. Pero era demasiado tarde. Fuera cual fuera la oportunidad que se me había presentado, la dejé pasar.

Emití un ruido: «Conozco el percal». Me concentré en mi sándwich.

Algunos casos son así: una jodienda. A todos nos toca alguno. Pero si te toca uno así al principio de la carrera, es lo que verá la gente cuando te mire: un gafe con patas. Y cualquiera que se acerque demasiado a la apestada de Conway corre el peligro de contagiarse. La gente se apartaría también de él, o al menos los muchachos de Homicidios.

«Solo unos cuantos días».

—Así que... —dijo Conway. Dio unos sorbos a su café y lo depositó haciendo equilibrios sobre el muro—. En resumidas cuentas, tengo un expediente lleno de quejas de tipos ricos, ya no tengo a Costello para cubrirme las espaldas y, lo mejor de todo, un año después sigo sin haber resuelto el caso. Si le doy a O’Kelly la más mínima oportunidad —dijo separando los dedos índice y pulgar un milímetro—, me va a arrear un puntapié en el culo, me va a arrebatar el caso y se lo va a entregar a O’Gorman o a cualquiera de esa panda de inútiles. El único motivo por el que aún no lo ha hecho es que detesta reasignar casos. Dice que los medios de comunicación o la defensa pueden interpretar que la investigación inicial fue una metedura de pata. Pero O’Gorman y McCann no dejan de azuzarle y lanzarle indirectas sobre lo bien que podría ir contar con un par de ojos frescos.

Ese era el cometido de la presencia de Houlihan. No proteger a las niñas. Preservar a Conway.

—En esta ocasión no voy a andarme con prisas. Esos interrogatorios no han sido una pérdida de tiempo: hemos acotado la lista a Joanne, Alison, Selena y Julia, como posibilidad remota. Por algo se empieza. Quizás habríamos llegado más lejos si yo hubiera intercedido y las hubiera presionado. Pero no me puedo permitir arriesgarme.

Un chasquido más a Joanne y habría supuesto el fin: papaíto habría llamado, O’Kelly tendría su excusa y nos habrían puesto a los dos de patitas en la calle de un puntapié en el trasero.

Supe que Conway estaba pensando lo mismo. No quería que me lo agradeciera. Aunque tampoco creo que lo hubiera hecho, pero por si acaso:

—Rebecca ha cambiado desde que la viste el año pasado, ¿verdad? —le pregunté.

—¿Lo dices porque no te he encaminado bien?

—Lo digo porque, en el caso de la pandilla de Joanne, has dado en el clavo en todo lo que me has dicho. Y la información sobre Rebecca no estaba actualizada.

—¡No jodas! La última vez, Rebecca apenas era capaz de abrir la boca. Se comportaba como si quisiera que se la tragara la tierra, si con eso la dejábamos en paz. Los profesores nos dijeron que era muy tímida, pero que ya lo superaría.

—Pues parece que ya lo ha superado.

—Sí. Se ha hecho más guapa (el año pasado no era más que huesos y aparatos en los dientes; parecía tener diez años); ahora ya empieza a encontrarse bien en su propia piel. Eso podría haberla vuelto más segura de sí misma.

Señalé con la cabeza hacia la escuela.

—¿Y qué me dices del resto de esa pandilla? ¿Las has encontrado cambiadas?

Conway me lanzó una mirada.

—¿Por qué? ¿Crees que si alguna de ellas supiera algo lo íbamos a notar?

Me estaba poniendo a prueba con aquella conversación; lo mismo que con los interrogatorios y el registro. La mitad del trabajo en un caso con alguien consiste en eso: en un intercambio de pimpón. Si conectas, todo va como la seda. Cuando dos buenos compañeros barajan un caso suenan como las dos mitades de un mismo cerebro. Y no es que yo picara tan alto (el dinero destinado al caso revelaba que Conway nunca había tenido un compañero así, si es que hubo alguien dispuesto alguna vez), pero seguía comprobando si conectábamos: en caso contrario, me devolvería a casita.

—Son solo niñas. No son duras —dije yo—. ¿Crees que podrían vivir ocultando algo durante un año, fingiendo que no ha ocurrido nada?

—Quizá sí, quizá no. Los niños, cuando no soportan algo, pueden archivarlo y comportarse como si no hubiera sucedido. Además, ¿qué tiene que ver si han cambiado o no? A esta edad todo el mundo cambia.

—Pero ¿han cambiado? —quise saber yo.

Masticó mientras reflexionaba.

—La pandilla de Heffernan, no. Son más de lo mismo. Solo que más víboras y más parecidas las unas a las otras, si cabe. Una rubia tonta, una rubia golfilla, una rubia que es un manojo de nervios y una rubia indeseable, fin de la historia. Además, los tres perritos falderos le tienen incluso más miedo ahora a Heffernan del que le tenían.

—Ya lo hemos dicho antes: alguien está asustado o no se andaría con postalitas.

Conway asintió.

—Sí. Y solo espero que ahora esté más asustada aún. —Le dio un trago al café, sin apartar la vista del partido de hockey. Una de las crías derribó a otra de un golpe en las espinillas, lo bastante violento como para llegar a nuestros oídos—. Ahora bien, Holly y su pandilla son un tema aparte. El año pasado había algo extraño en

ellas, sí. Se comportaban de un modo estrafalario y demás. Pero ahora, por muy tonta que sea Orla, tiene razón: se han convertido en unas chicas raras.

Hasta entonces no había conseguido poner el dedo en la llaga, determinar qué tenían de diferente, al menos en parte. Era lo siguiente: Joanne y sus amigas eran lo que pensaban que queríamos que fueran, lo que creían que los chicos querían que fueran, lo que los adultos querían que fueran y lo que el mundo entero quería que fueran.

En cambio, la pandilla de Holly era lo que era. Ya se comportaran como tontas, como listillas o como chicas recatadas, cada actitud respondía a cómo ellas querían comportarse en aquel momento. Por sus propios motivos, no por los míos.

De nuevo el peligro recorriéndome la columna como un temblor bajo el sol.

Pensé en explicárselo a Conway, pero no se me ocurría cómo sin sonar como un chiflado.

—Selena es la que más ha cambiado —añadió Conway—. El año pasado parecía vivir en un mundo de hadas. Intuías que tenía uno de esos atrapasueños colgado encima de la cama o cualquier chorrada con un unicornio dibujado y la frase: «Cree en tus sueños» escrita, pero nada que te llamara la atención a un kilómetro de distancia. Y yo consideré que gran parte de su embeleso se debía a la conmoción, sobre todo si Chris había sido su novio. Pero ahora... —Dejó escapar una respiración sibilante por entre los dientes—. Si la conociera ahora, diría que es la típica niña rica a la que papáito ha sacado de una escuela especial.

—Pues yo, no —la contradije.

Mi respuesta hizo que Conway apartara la mirada del partido de hockey.

—¿Crees que finge?

—No es eso. —Tardé un segundo en encontrar las palabras precisas para explicarme—. Esa enajenación es sincera, pero creo que hay algo más ahí debajo, y que está utilizándola para ocultarlo.

—¿Cómo? —preguntó Conway. Hizo memoria y dijo—: ¿Sabes eso que ha comentado Orla sobre el pelo de Selena? El año pasado lo llevaba largo hasta la cintura. Una melena espectacular, rubia auténtica, ondulada, la melena por la que el resto del mundo habría matado. ¿Cuántas chicas de su edad llevan el pelo tan corto?

No estoy muy puesto en tendencias adolescentes.

—¿No muchas?

—Echa un vistazo cuando regresemos ahí dentro. A menos que alguien haya tenido cáncer, te apuesto lo que sea a que Selena es la única.

Me bebí el café. Estaba bueno, aunque podía haber estado mejor si Conway hubiera pensado que no a todo el mundo le gusta el café solo.

—¿Y qué me dices de Julia? —le pregunté.

—¿Qué pensarías de ella? —replicó Conway—. Menuda niñata, ¿eh?

—Es bastante dura para la edad que tiene. E inteligente.

—Sí que lo es, ambas cosas. —Conway torció la comisura del labio hacia arriba,

como si al menos una parte de ella diera su aprobación a Julia—. Pero hay algo raro. El año pasado era más dura aún. Como una roca. En el interrogatorio preliminar, la mitad de las alumnas se echaron a llorar como unas magdalenas, o intentaron hacerlo. Tanto si conocían a Chris como si no. Julia, en cambio, entró con cara de no entender cómo podíamos hacerle perder su valioso tiempo con aquella chorrada. Al final del interrogatorio, le pregunté si sabía algo que debiéramos conocer, y va y me dice (literalmente y delante de McKenna, recuerda): «Me importa un carajo quién mató a Chris Harper, porque no era más que otro imbécil del Colm, y los había a patadas». Entonces McKenna empezó a soltarle un sermón sobre el respeto y la compasión, y Julia le bostezó en la cara.

—Fría —dije yo.

—Como el hielo. Y juraría que no fingía. Este año, en cambio, detecto algo más. Normalmente, los niños primero se hacen los duros y luego acaban siéndolo. Pero Julia... —Remató su sándwich—. La diferencia radica en lo siguiente —continuó cuando pudo hablar—: ¿te has percatado de cómo nos miraban las demás? Casi no nos veían. El año pasado, Julia era igual. Por lo que a ella incumbía, Costello y yo no existíamos; no éramos más que adultos, ese ruido de fondo con el que tienes que acostumbrarte a vivir para poder concentrarte en lo que realmente importa. Yo recuerdo esa época de mi vida, solo que entonces no me molestaba en aguantarlo.

La creí.

—Yo desconectaba: una sonrisa, un asentimiento de cabeza y seguía a lo mío —comenté.

—Sí. Pero este año Julia nos ha mirado como si fuéramos personas de carne y hueso, tú y yo. —Conway apuró el café de un trago largo—. Y no sé determinar si eso es bueno o malo.

—¿Y Holly? —pregunté.

—Holly —respondió Conway—. ¿Cómo era cuando la conociste?

—Aguda. Testaruda. Con la cabeza bien amueblada.

Una torcedura irónica en la comisura de su boca.

—Pues no ha cambiado. Y de la gran diferencia ya te has percatado. El año pasado tuvimos que sacarle las palabras con sacacorchos. Y este año, la Señorita Colaboradora aparece con esa tarjeta en una mano, una teoría en la otra y un motivo guardado en la manga. Aquí hay gato encerrado. —Embutió el envoltorio de plástico del sándwich en el vaso del café—. ¿Qué opinas de su teoría? ¿De eso de que otra persona pidiera a una de estas ocho que colgara la tarjeta en su nombre en el tablón?

—No lo sé muy bien —respondí yo—. No acaba de cuadrarme que, si quieres permanecer en el anonimato, le pidas a otra persona que entre en el juego. Y menos a alguien que ni siquiera es una de tus mejores amigas.

—No. Holly nos está toreando. Quiere que nos pongamos a investigar a toda la escuela y no nos concentremos en su pandilla. ¿Y sabes precisamente qué ha conseguido con ello?

—Que te quieras concentrar en su pandilla.

—Bingo. Pero aun así, pongamos que una de ellas sabe algo y Holly no quiere que la identifiquemos... Entonces ¿por qué iba a traernos esa tarjeta? ¿Por qué no tirarla a la basura, facilitarle a su amiga el número de la línea de Colaboración Ciudadana y mantener el asunto en el anonimato? —Conway sacudió la cabeza y repitió—: Aquí hay gato encerrado.

Si llamas a la línea de Colaboración Ciudadana hablas con quienquiera que esté de servicio. Y ella me había traído la tarjeta. Me pregunté por qué.

—¿Crees que si continuamos hablando con Holly y sus amigas llamará a su papáito? —preguntó Conway.

Solo de pensarlo se me tensó la espalda. Frank Mackey era duro de pelar. Aunque estuviera de tu parte, había que tenerlo en el punto de mira desde todos los ángulos, y nunca tendrías ojos suficientes para hacerlo. Era el último ingrediente que me apetecía añadir a aquel cóctel.

—Lo dudo —respondí—. Básicamente, me lo ha contado a mí para evitar que él se inmiscuya. ¿Qué hay de McKenna?

—¡Ni soñando! ¿Estás de broma? Es el padre de una alumna. La pobre debe de estar ahí arriba rezando el rosario para que ninguno de los padres descubra nuestra visita hasta que todo este asunto se haya zanjado.

Se me pasó la tensión, o no del todo, pero se atenuó.

—Eso será mucha suerte —dije yo—. Si una cría telefonea a su casa...

—Muérdete la lengua. Por una vez en la vida, estamos del bando de McKenna. —Conway embutió el *film* transparente más hacia el fondo del vaso—. ¿Y qué me cuentas de la teoría de Julia y Rebecca? La historia esa de que una pandilla del Colm se coló en el colegio y hubo un accidente.

—Resulta creíble —observé—. Si los muchachos tenían previsto cometer un acto vandálico por diversión, como enterrarle la polla y las pelotas en el césped a uno de ellos, podrían haber robado la azada de los establos. Y quizás estuvieran jugando, peleándose o simulando que se peleaban... A esa edad, con los chicos la mitad de las veces no hay diferencia entre una cosa y otra... Quizás alguno de ellos se dejara llevar...

—Sí. Lo cual pondría la tarjeta en el tejado de Joanne, Gemma u Orla, puesto que son ellas las que salen con alumnos del Colm.

La pregunta sobre los novios de repente cobraba sentido. La mirada irónica de soslayo de Conway me rebeló que había visto encajar la pieza.

—Fuera lo que fuese lo que le ocurriera a Chris —dije yo— ha tenido inquieto a uno de los muchachos que lo presencié. No quiere hablar con un adulto, pero se lo confiesa a su novia.

—O se lo cuenta porque cree que lo hará sonar interesante y conseguirá meterse en sus bragas. O se lo inventa todo.

—Hemos descartado a Gemma y Orla. Eso nos deja a Joanne.

—Su chico, Andrew Moore, era bastante amigo de Chris. Un niño arrogante. Un chasquido de ira. Una de aquellas quejas había procedido del padre de Andrew.

—¿Conseguiste averiguar cómo se escapó Chris del Colm? —le pregunté.

—Sí. La seguridad allí es más lamentable todavía que aquí, porque nadie tiene que preocuparse por que su princesita se presente embarazada tras pasar una noche sobre el tejado. La puerta de salida de incendios del ala de los internos estaba protegida con una alarma, supuestamente, pero uno de los chavales era un genio de la electrónica y descubrió cómo desactivarla. Nos costó un poco sonsacárselo, pero al final confesó. —Una sonrisa adusta en la voz de Conway, al recordar—. Lo expulsaron.

—¿Cuándo la había desactivado?

—Un par de meses antes del asesinato. Y el chaval, Finn Carroll, era un buen amigo de Chris. Dijo que este sabía que la puerta no tenía alarma y que se había escabullido un montón de veces, pero se negó a dar ningún otro nombre. Con todo, es imposible que él y Chris fueran los únicos en saberlo. Julia y Rebecca podrían andar sobre una buena pista: si una cuadrilla de muchachos del Colm merodearan por ahí, seguramente pensarían en colarse a este lado. —Conway frotó la manzana contra la pernera de su pantalón hasta sacarle lustre—. Pero si Chris había salido a hacer el gamberro con sus colegas, ¿por qué llevaba el condón?

—¿Les preguntasteis el año pasado a las chicas si mantenían relaciones sexuales? —inquirí.

—Por supuesto. Y todas dijeron que no. Con la directora aquí sentada y mirándolas de forma intimidatoria, ¿qué iban a decir?

—¿Te pareció que mentían?

—¿Qué pasa? ¿Crees que puedo saberlo con solo mirarlas? —Pero lo dijo con una sonrisa en la comisura de los labios.

—Supongo que mejor que yo, sí.

—Es como estar otra vez en la escuela. ¿Crees que ya «lo ha hecho»? Era lo único de lo que hablábamos cuando yo tenía su edad.

—Nosotros también —dije yo—. Créeme.

La sonrisa se endureció.

—Claro que te creo. Para vosotros, si una chica lo hacía, era una zorra, y si no, una frígida. En cualquier caso, teníais el motivo perfecto para tratarla como una basura.

Había parte de verdad en ello; no toda, no al menos en mi caso.

—No —repliqué yo—. En cualquier caso la volvía más deseable aún. Si lo hacía, existía una posibilidad de poder mantener relaciones sexuales con ella y, cuando uno es joven, eso es lo más importante en el mundo. Y si no lo hacía, existía la posibilidad de que pensara que eras lo bastante especial como para hacerlo contigo.

Y eso también es decisivo, lo creas o no: que una chica te considere distinto del

resto.

—Ya veo que eres un embaucador. Me apuesto lo que sea a que eso te abrió camino en muchos sujetadores.

—Solo te lo cuento. Has sido tú quien ha preguntado.

Conway reflexionó sobre ello mientras masticaba la manzana.

Y decidió creerme, al menos por ahora.

—Si tuviera que adivinarlo —dijo—, yo diría que hace un año Julia y Gemma mantuvieron relaciones sexuales, que Rebecca nunca se había besuqueado con nadie y que las otras estaban en un término medio.

—¿Julia? ¿Y Selena, no?

—¿Por qué? ¿Qué pasa, que porque tenga las tetas más grandes es más fresca?

—¡Joder! No. Ni siquiera me he dado cuenta de que... Joder, venga ya. —Pero Conway volvía a sonreír: había conseguido ponerme nervioso y me había tendido una trampa—. Vete al carajo —le dije—, es asqueroso.

Rio. Se echó una buena carcajada, plena, sincera.

Empezaba a caerle bien, tanto si le gustaba como si no. Suelo caer bien. No es por fanfarronear; esa es la verdad. Cada cual conoce sus puntos fuertes, al menos en este oficio.

Lo más extraño es que a una parte de mí también empezaba a caerle bien Conway.

—Pero escucha —añadió Conway, ahora sin reír—. Si tuviera que volver a adivinarlo, diría que en la pandilla de Holly no han cambiado las cosas.

—¿Y qué?

—Pues que las cuatro son guapas, ¿no es cierto?

—Hostia, Conway. ¿Por quién me tomas?

—No insinúo que seas ningún perverso. Lo que digo es que, si tuvieras dieciséis años, ¿crees que te gustarían? ¿Que les habrías pedido una cita, habrías contactado con ellas por Facebook o lo que sea que hagan los chavales hoy en día?

Cuando yo tenía dieciséis años habría mirado a aquellas chicas como si fueran objetos de porcelana en una vitrina de un museo: puedes mirar cuanto quieras, emborracharte con su resplandor, pero nada de tocar, a menos que tengas las herramientas y las pelotas para hacer añicos el vidrio reforzado y esquivar a los guardias armados.

Pero ahora, después de estar en aquel internado, las veía de un modo distinto. Ya no me dejaba obnubilar por su belleza sin atisbar el peligro que se ocultaba tras ella. Eran cuchillas afiladas.

—Están muy bien. Holly y Selena son guapas, sí. Y diría que deben de llamar bastante la atención, aunque probablemente no entre la misma clase de chicos. Rebecca se hará guapa de aquí a nada, pero cuando yo tenía dieciséis años, no lo habría intuido y no parece una chica particularmente divertida, así que no le habría hecho caso. Y Julia no es ninguna supermodelo, pero no está mal y tiene mucha

actitud; la habría mirado dos veces. Diría que le va bien.

Conway asintió.

—Es más o menos lo que yo habría dicho. Entonces, ¿por qué no tienen novio? Si no me equivoco, ¿por qué ninguna de ellas ha avanzado en ese terreno durante todo el año pasado?

—Rebecca es una flor tardía. Los chicos le siguen pareciendo desagradables y todo el asunto le resulta embarazoso.

—Vale. ¿Y las otras tres?

—Un internado. No hay chicos. Y no tienen demasiado tiempo libre.

—Pues eso no ha impedido a la panda de Heffernan echarse novio. Dos síes, un no y un más o menos es lo que yo habría esperado, arriba o abajo. En cambio, en la pandilla de Holly es no, no, no y no, sin titubeos. Ninguna de ellas ha tardado un segundo en pensar qué responder, ninguna ha dicho que sea complicado, ha soltado una sonrisita y se ha sonrojado. Nada. Solo un rotundo no.

—¿Qué opinas? ¿Son lesbianas?

Se encogió de hombros.

—¿Las cuatro? Podría ser, pero las probabilidades apuntarían a un no. Pero están muy unidas. Si una de ellas se llevara un susto con los chicos, todas se asustarían.

—Crees que alguien pudo hacerle algo a una de ellas —conjeturé.

Conway lanzó el corazón de la manzana. Tenía un buen brazo: describió una larga parábola por entre las copas de los árboles antes de ir a estrellarse contra un arbusto con un repiqueteo que hizo que un par de pajarillos alzara el vuelo asustado.

—Y me parece que a Selena le pasa algo raro en la cabeza. Y no creo en las coincidencias. —Sacó su teléfono móvil, señaló mi manzana con la cabeza y dijo—: Acábatela. Voy a comprobar si tengo mensajes y nos pondremos en marcha.

Seguía dando órdenes, pero había cambiado de tono. Había aprobado el examen, o ambos lo habíamos hecho: habíamos conectado.

Tu compañero ideal crece en algún recoveco de tu mente, en secreto, como la mujer de tus sueños. El mío había crecido entre clases de violín, librerías de suelo a techo llenas a rebosar, *setters* ingleses, una seguridad en sí mismo que daba por sentada y un sentido del humor ácido que solo yo entendía. El mío no tenía nada que ver con Conway y me habría apostado lo que fuera a que el suyo tampoco guardaba relación conmigo. Pero habíamos conectado. Quizá, aunque fuera solo por unos días, podíamos bastarnos el uno al otro.

Metí lo que me quedaba de la manzana en el vaso del café y saqué mi móvil también.

—Sophie —me dijo Conway, con el teléfono en la oreja—. No han encontrado ninguna huella. Los muchachos de Documentación dicen que las palabras se han recortado de un libro de calidad media, de entre cincuenta y setenta años de antigüedad, a juzgar por la tipografía y el papel. Y el enfoque de la fotografía revela que Chris no era el protagonista; él estaba al fondo, pero han recortado el resto de la

imagen. Aún no saben nada sobre la localización, pero están comparándola con las fotos de la investigación original.

Cuando encendí el móvil sonó un pitido: un mensaje de texto. Conway volvió la cabeza.

No reconocía el número. El mensaje era tan distinto de lo que esperaba que mis ojos tardaron un segundo en asimilarlo.

«Joanne guardaba la llave de la puerta entre el ala de las internas y la escuela, pegada en el interior de *La vida de santa Teresa*, en la estantería de la sala común de tercer curso. Quizá ya no esté allí, pero lo estaba hace un año».

Sostuve en alto el teléfono para que Conway lo leyera.

Su rostro se reconcentró. Colocó su teléfono móvil junto al mío mientras daba unos toquecitos y se desplazaba rápidamente por la pantalla.

—El número no se corresponde con el de ninguna de las chicas, o al menos no con los del año pasado. Y tampoco es el de ninguno de los amigos de Chris.

Un año después del suceso y aún guardaba todos los números en el móvil. Ni un cabo suelto, ni el más fino.

—Le escribiré un mensaje preguntándole quién es —propuse.

Conway se lo pensó. Asintió.

«Hola, gracias por la información. Lo siento, no tengo el número de todo el mundo. ¿Quién eres?».

Se lo pasé a Conway. Lo releyó tres veces mientras se mordisqueaba el pulgar, aún pegajoso por el jugo de manzana.

—Adelante —dijo.

Pulsé *Enviar*.

Ninguno de los dos lo dijo; no hacía falta. Si aquel mensaje era cierto, entonces Joanne y al menos otra alumna, y probablemente alguna más, habían tenido un modo de escaparse de la escuela la noche en que Chris Harper fue asesinado. Una de ellas podía haber visto algo.

Una de ellas podía haber hecho algo.

Si el mensaje era verdad, entonces el día de hoy se había convertido en algo muy distinto. Ya no se trataba solo de encontrar a la chica de la tarjeta.

Esperamos. En el campo de juego, el ritmo de los palos de hockey se había vuelto irregular: las chicas nos habían reconocido y perdían pases fáciles por andar alargando el cuello para divisarnos a través de las sombras. Pajarillos alegres entraban y salían piando y agitando las alas por entre los árboles. El sol se apagaba y reaparecía en mitad de las nubes. Nada.

—¿Llamo? —propuse.

—Llama.

Lo dejó sonar. Saltó el contestador: saludo por defecto del buzón de voz. Una voz femenina artificial me invitaba a dejar un mensaje. Colgué.

—Es una de ellas —sentencié.

—Y tanto. De lo contrario sería demasiada coincidencia. Y no es tu Holly. Te ha traído la tarjeta; te traería la llave.

Conway volvió a sacar su teléfono. Marcó un número tras otro:

—Hola, soy la detective Conway, solo estoy confirmando que seguimos teniendo el número de teléfono correcto, por si necesitamos ponemos en contacto contigo... — Todo eran voces grabadas—. Horario escolar —aclaró, dándole unos golpecitos al móvil—: los teléfonos tienen que permanecer apagados durante las clases.

Todos los números seguían operativos. Ninguna de nuestras chicas lo había cambiado por uno nuevo.

—¿Tienes algún colega en alguna de las redes de móvil? —me preguntó Conway.

—Todavía no.

Ella tampoco, o no me lo habría preguntado. Con el tiempo, conviene ir haciendo acopio de colegas útiles y confeccionarse una lista bien nutrida. Fue como una sacudida: éramos un par de novatos en medio de aquel caso.

—Sophie, sí. —Conway ya estaba marcando de nuevo—. Nos conseguirá el informe completo de ese número. Lo tendremos al final del día, te lo garantizo.

—No estará registrado —aventuré.

—Ya lo sé. Pero quiero conocer quién más ha estado enviando mensajes de texto. Si Chris iba a reunirse con alguien, de alguna manera tuvo que acordarlo. Nunca descubrimos cómo lo hizo. —Se bajó del muro, con el teléfono en la oreja—. Entre tanto, vayamos a averiguar si la Pequeña Miss Mensajes nos está fastidiando.

McKenna salió de su oficina dispuesta a despedirnos con la mano aunque no se puso como unas castañuelas cuando descubrió que no teníamos intención de marcharnos todavía. Por entonces ya ocupábamos los titulares en toda la escuela. En cualquier momento, las alumnas diurnas volverían a sus casas y les explicarían a sus padres que había regresado la policía y el teléfono de McKenna comenzaría a sonar de nuevo. La directora había contado con poderles decir que aquella pequeña molestia ya se había resuelto: «No eran más que unas cuantas preguntas de seguimiento, señor y señora, no se preocupen, ya está todo solucionado». No preguntó cuánto tardaríamos. Y nosotros fingimos que ignorábamos que necesitara saberlo.

Un asentimiento con la cabeza por parte de McKenna y la secretaria con rizos nos entregó la llave del ala de las internas, nos dio las combinaciones de acceso a las salas comunes y nos facilitó la autorización firmada para realizar el registro. Nos dio todo cuanto le pedimos, pero esta vez sin sonrisa. Con el rostro tenso. Con una arruga en el entrecejo. Sin mirarnos.

Volvió a sonar la campana justo cuando salíamos de su despacho.

—Venga —dijo Conway, alargando los pasos—. Se han acabado las clases. La matrona abrirá la puerta de conexión y no quiero que nadie entre en esa sala común antes que nosotros.

—¿El año pasado ya había candados con combinación para entrar en las salas

comunes? —pregunté.

—Sí, hace años que los usan.

—¿Por qué?

Tras las puertas cerradas, las aulas habían estallado en parloteos y sillas arrastrándose por el suelo. Conway bajó corriendo las escaleras que conducían hasta la planta baja.

—Las alumnas dejan cosas allí. Las puertas de las habitaciones no pueden cerrarse con llave, por si se produce un incendio o un episodio de lesbianismo; sí pueden cerrar con llave las taquillas que poseen en forma de mesilla de noche, pero son diminutas. De manera que un montón de objetos personales acaba yendo a parar a las salas comunes, tales como cedés, libros, etcétera. Con la combinación, si alguien roba algo, la lista de candidatas se reduce a una docena. Fácil de descubrir.

—Pensaba que aquí nadie hacía esas cosas —dije yo.

Una mirada irónica de soslayo por parte de Conway.

—«No atraemos a ese tipo de gente». ¿Verdad? Yo le dije lo mismo a McKenna, le pregunté si habían sufrido algún robo. Puso cara de escandalizarse y me aseguró que no, que de ninguna manera. Y yo añadí: «No, desde que pusieron los candados con combinación, ¿me equivoco?». Volvió a poner esa cara y fingió no escucharme.

Atravesamos la puerta de conexión entre ambas alas, que estaba abierta.

El ala de las internas era distinta del resto de la escuela. Pintada de blanco, parecía más moderna y tranquila, con un silencio pálido y luminoso que descendía flotando por el hueco de la escalera. Había en torno un perfume vago, ligero y floral. El aroma del aire me dio un empujón a modo de advertencia, como diciéndome que me retirara, que dejara a Conway entrar sola. Aquello era territorio femenino.

Subimos las escaleras —una Virgen María en un recoveco del descansillo me dedicó una sonrisa enigmática— y recorrimos un largo pasillo de baldosas rojas desgastadas flanqueado por una hilera de puertas blancas cerradas.

—Dormitorios —explicó Conway—. De las de tercer y cuarto curso.

—¿Hay vigilancia por la noche?

—Nada destacable. La habitación de la matrona está en la planta baja, con las pequeñas. En esta planta hay dos chicas de sexto año, monitoras, pero duermen, ¿qué van a hacer las pobres? Cualquiera, a menos que fuera un patoso redomado, podría escabullirse sin problemas.

Dos puertas de roble al final del pasillo, una a cada lado. Conway abordó la de mano izquierda. Marcó la combinación en el candado sin necesidad de comprobar el trozo de papel que le había entregado la secretaria.

La sala común de tercer año era lo bastante acogedora como para que a uno le apeteciera adormilarse allí. De cuento. Lo sabía, lo había visto en el tablón en blanco y negro y en colores vivos, pero seguía sin imaginarme que allí pudiera suceder nada malo: que a alguien la expulsaran con malas artes de una conversación y acabara en uno de aquellos rincones o que se acurrucara en un sofá deseando cortarse las venas.

Grandes sofás mullidos en tonos naranjas y dorados suaves, una estufa de gas. Un jarrón con fresias sobre la repisa de la chimenea. Mesas de madera noble, para hacer los deberes. Cosas de chicas por aquí y por allá, diademas, esmalte de uñas de color crema, revistas, botellas de agua y dulces a medio consumir. Una bufanda de color verde prado con pequeñas margaritas colgando del respaldo de una silla, delicada como un velo de Comunión, ondeando a causa de la suave brisa que entraba por la ventana. La luz de un sensor de movimiento te sorprendía como una advertencia, no como una bienvenida: *Te estamos observando*.

Dos huecos con estanterías de obra hasta el techo de altas. Y en cada estante varios niveles de libros en profundidad.

—Joder —exclamó Conway—. ¿No podrían conformarse con una tele?

Un derrame de voces agudas por el pasillo, y una puerta abierta de par en par detrás de nosotros. Nos dimos la vuelta de sopetón, pero las chicas eran más bajitas que nuestras muchachas: tres de ellas, apelotonadas en el marco de la puerta, mirándome de hito en hito. Una soltó una risita.

—Fuera —dijo Conway.

—¡Necesito mis Ugg! —dijo la cría señalando.

Conway recogió las botas y se las lanzó.

—Fuera.

Retrocedieron. Los murmullos comenzaron antes de que yo cerrara la puerta.

—Botas Ugg —dijo Conway, mientras sacaba los guantes—. Esas malditas botas deberían estar prohibidas.

Se puso los guantes. Si ese libro y esa llave existían, las huellas que había en ellos nos serían de ayuda. Una estantería cada uno. Recorrer los lomos con el dedo, leer el título en diagonal, bajar la fila delantera al suelo y empezar por la trasera. Expeditivos, a la espera de ver algo sólido emerger a la superficie. Deseando ser yo quien lo encontrara.

Conway había detectado la mirada y la risita, o acaso hubiera percibido el empujón que me había dado el aire.

—Ten cuidado. Antes estaba de broma, pero debes andarte con ojo con esta panda. A su edad se mueren por que les guste alguien; practicarían con cualquier tipo medio decente al que tuvieran acceso. ¿Has visto la sala del profesorado? ¿Piensas que es mera coincidencia que todos los maestros sean feos como troles? —Negó con la cabeza—. Es para mantener el nivel de locura bajo control. Unos cuantos centenares de chicas, las hormonas a noventa por hora...

—No soy Justin Bieber —la atajé—. No voy a desatar ningún altercado.

Soltó una risotada.

—Ni que hiciera falta ser Justin Bieber. No eres ningún trol y no tienes sesenta años: con eso basta. Si te apetece gustarles, fantástico, puede serte útil. Pero no te quedes a solas con ninguna de ellas.

Pensé en Gemma, y en su cruce de piernas a lo Sharon Stone.

—No tengo previsto hacerlo —dije.

—Espera —anunció Conway, y el tono algo subido de su voz me hizo ponerme en pie casi sin darme cuenta—. Aquí está.

Un estante en la parte baja, en el nivel trasero, oculto tras unos colores vivos. Un libro antiguo y polvoriento de tapa dura, con la sobrecubierta ajada por los bordes. *Santa Teresa de Lisieux: huracán de gloria*.

Conway lo extrajo con cuidado, con la punta de un dedo. Dejó una estela de polvo. En la portada, una mujer joven en tonos sepia y velo de monja, de cara regordeta y finos labios curvos lucía una sonrisa que podría ser tímida o taimada. La contracubierta no cerraba bien.

Agarré el libro con dos dedos, uno por la parte superior y otro por la inferior, y lo sujeté recto mientras Conway separaba la contracubierta. La esquina de la solapa de la sobrecubierta estaba doblada hacia dentro y pegada con celo formando un bolsillo triangular. En su interior, cuando Conway lo abrió con delicadeza utilizando el dedo a modo de gancho, había una llave Yale.

No la tocó ninguno de los dos.

Conway dijo, como si se lo hubiera preguntado:

—Todavía no voy a pedir refuerzos. No tenemos nada definitivo.

Aquel era el momento ideal para invocar a toda la caballería: con el equipo entero de Registros poniendo patas arriba la escuela, los muchachos del Laboratorio forense tomando huellas para contrastarlas, la asistente social en un rincón durante cada interrogatorio. No se trataba de un recorte de cartulina, de una posibilidad al cincuenta por ciento de que una adolescente aburrida estuviera jugando a llamar la atención. Aquello significaba que una muchacha, probablemente cuatro o quizás incluso ocho, había tenido la oportunidad de hallarse en la escena del crimen. Era algo real.

Si Conway telefoneaba a la caballería, tendría que mostrarle a O’Kelly todas aquellas novedades resplandecientes que justificaban que era preciso fundirse el presupuesto en un caso sin resolver. Y ¡bang!, de sopetón, con una rapidez de mareo, a mí me enviarían a casita y a ella la emparejarían con alguien con años de experiencia sobre las espaldas: O’Gorman o cualquier otro pelmazo, quien hallaría el modo de estampar su nombre en el caso, si es que se resolvía. «Gracias por su ayuda, detective Moran, nos vemos la próxima vez que alguien ponga en sus manos una pista de semejante calibre».

—No estamos seguros de que esta llave corresponda a la de la puerta de conexión entre ambas alas —dije yo.

—Exactamente. Tengo una copia de la llave de verdad en la comisaría con la que puedo compararla. Hasta entonces no voy a solicitar que me envíen a media flota de refuerzos porque alguien haya dejado aquí la llave del mueble bar de su mamáita.

—Además, solo tenemos la palabra de la chica que ha enviado el mensaje sobre quién la ha dejado ahí y por qué. Quizá ni siquiera estuviera ahí en mayo del año

pasado.

—Podría ser. —Conway dejó el bolsillito de la solapa cerrado—. Quise registrar este lugar, ponerlo patas arriba. El jefe se opuso. Alegó que no había pruebas que involucraran a nadie del Kilda. Lo que quería decir, en realidad era que a todos aquellos papás y mamás pijoteras les iba a dar un ataque de histeria si se enteraban de que una sucia detective había estado registrando la ropa interior de sus queridas niñitas. Así que es lo que hay: por lo que a nosotros respecta, la llave no estaba ahí.

—¿Por qué habrá dejado la pandilla de Joanne la llave aquí abandonada todo este tiempo? —pregunté—. ¿Por qué no se deshacían de ella cuando asesinaron a Chris y todo el mundo empezó a hacer preguntas?

Conway cerró el libro. Sabía ser delicada cuando era preciso.

—Deberías haber visto este lugar después del asesinato. No dejaban a las alumnas a solas ni un segundo, no fuera a ser que Hannibal Lecter saliera de un armario y les sorbiera el cerebro. Nadie iba al lavabo sin una comitiva de, como mínimo, cinco amigas. La poli por todos lados, maestros haciendo rondas por los pasillos, monjas con los hábitos aleteando por aquí y por allá, y todo el mundo estallando como en una alarma antiincendios si detectaba algo fuera de lo corriente. Esto —golpeó con un dedo el libro, sin tocarlo— habría sido lo inteligente: dejar la llave, no arriesgarse a que las pillaran cambiándola de sitio. Y apenas unas semanas después, terminó el año escolar. Cuando nuestras chicas regresaron en septiembre, estaban en cuarto curso, de manera que no conocían el código para esta sala ni tenían ningún buen motivo para justificar su presencia aquí. Entrar en busca de la llave habría sido más arriesgado que olvidarse de ella. ¿Con qué frecuencia crees que se lee este libro? ¿Qué posibilidades hay de que alguien encuentre la llave o sepa qué abre en caso de hacerlo?

—Si Joanne o quienquiera que fuese no se deshizo de la llave, apuesto a que tampoco borró las huellas dactilares del libro.

—No. Encontraremos las huellas. —Conway sacó una bolsa de plástico para pruebas de su bolso y la abrió de una sacudida—. ¿Quién crees que ha enviado el texto? Ninguna de las amigas de Holly siente especial estima por Joanne.

Sostuvo la bolsa abierta mientras yo introducía el libro, con dos dedos.

—A mí no me preocupa tanto el quién como el porqué —aclaré.

Una mirada irónica de Conway mientras guardaba la bolsa en su bolso.

—¿No te ha parecido bastante mi discurso terrorífico?

—Ha estado bien. Pero no asustaría a nadie lo suficiente como para enviarnos un mensaje sobre esto. ¿De qué iba a tener miedo? ¿Por qué iba el asesino a querer perseguirla por saber que la llave estaba aquí?

—A menos que... —dijo Conway mientras se quitaba los guantes con cuidado, dedo a dedo—. A menos que la asesina sea Joanne.

Era la primera vez que podíamos pronunciar un nombre. Su mera formulación lanzó una fina chispa que atravesó el aire, dibujó leves ondas en las mantas que había sobre los sofás y dio una sacudida a las cortinas.

—Tú mandas —dije yo—. Pero si yo fuera tú, todavía no iría tras ella.

Esperaba que me enviara a freír espárragos, pero no fue así.

—No, yo tampoco. Si Joanne escondió esta llave, sus amigas lo sabían. ¿Con quién te gustaría probar? ¿Con Alison?

—Prefiero a Orla. Alison es más caradura, pero no es lo que nos interesa. Un empujoncito y llamará llorando a papaíto, y lo habremos echado todo a perder. —El *habremos* hizo que Conway arqueara una ceja, pero no comentó nada—. Orla es más fiable, y lo bastante tonta como para que le podamos dar cien vueltas. Probaría con ella.

—Humm —musitó Conway.

Iba a abrir la boca para añadir algo, cuando escuchamos aquel sonido, un pitido agudo y estridente que descendía y ascendía de nuevo como una alarma. Antes de caer en la cuenta de lo que estaba sucediendo, Conway se había puesto en pie y corría hacia la puerta. La expresión salvaje y luminosa en su rostro cuando pasó junto a mí me dijo: «Sí», me dijo: «Acción», me dijo: «Ya era hora».

Muchachas apiñadas en medio del pasillo, una docena de ellas o más. La mitad se habían quitado ya el uniforme y vestían sudaderas y camisetas de colores vivos y llevaban brazaletes baratos en las muñecas; unas cuantas estaban a medio vestir, abrochándose los botones, metiéndose en las mangas de los jerseys. Apiñadas, chillaban alto, excitadas: «¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?». En medio de aquella masa, alguien gritaba.

Éramos más altos que ellas. Por encima de sus cabezas brillantes: Joanne y su pandilla rodeadas. Alison era quien berreaba, apoyada de espaldas en la pared, tapándose la cara con las manos. Joanne intentaba hacer algo, sostenerla contra su pecho, cual ángel descendido del cielo, quién sabe. Alison estaba demasiado histérica para que ni siquiera eso pudiera ayudarla.

Holly, por entre las cabezas, la única que no miraba embobada a Alison. Holly escaneaba los rostros con unos ojos como los de su padre. Holly esperaba que alguien le revelara algo.

Conway agarró del brazo a la muchacha que le quedaba más cerca, una chiquilla morena que dio un brinco y soltó un grito.

—¿Qué sucede?

—¡Alison ha visto un fantasma! Ha visto..., dice... que ha visto a Chris Harper, a su fantasma, que ha visto...

Los alaridos no cesaban; la cría saltaba y se agitaba. Conway dijo en voz lo bastante alta como para que cualquiera que pudiera escuchar algo la oyera a ella también:

—Sabéis por qué ha regresado, ¿verdad?

La cría se la quedó mirando boquiabierta. Otras alumnas nos observaban fijamente, desconcertadas, posando la vista alternativamente sobre Conway y sobre mí, intentando descifrar a través de aquel ruido desquiciante por qué esos adultos no

intervenían, tomaban el control de la situación y reinstauraban la normalidad.

—Porque alguien aquí sabe quién lo mató. Ha regresado para obligarla a hablar. Es algo que vemos a menudo en los casos de Homicidios, casi siempre, ¿no es cierto?

Conway me lanzó una mirada como un codazo. Asentí con la cabeza y dije:

—Y esto es solo el principio. Va a ir a peor.

—Lo saben, las víctimas de asesinato lo saben, y no les gusta que alguien impida que se les haga justicia. Chris no está contento. No descansará en paz hasta que todo el mundo nos haya contado cuanto conoce.

La cría reprimió un gimoteo. Se oyeron gritos ahogados a nuestro alrededor, una alumna agarraba del brazo a su amiga y exclamaba: «¡¡Oh, Dios mío!!», en tono agudo, temblando, al borde de emitir un alarido que sumar a los de Alison: «¡¡Oh, Dios mío!!».

—Las víctimas de homicidio sienten ira. Probablemente Chris fuera un muchacho encantador cuando estaba vivo, pero ahora ya no es como lo recordáis. Ahora está enfadado.

Un escalofrío las hizo balancearse. Vieron dientes y esquirlas afiladas de huesos viniendo a desgarrarles su cálida carne. «¡¡Oh, Dios mío!!».

McKenna, abriéndose paso a toda prisa entre las excitadas muchachas, impresionante. Conway le soltó el brazo a la cría como si fuera una mocosa apestosa y retrocedió, rauda y tranquila.

—¡Silencio! —gritó McKenna con voz atronadora, y el parloteo fue menguando hasta desaparecer.

Solo permanecieron los chillidos de Alison, que explotaban como fuegos artificiales en el aire conmocionado.

McKenna no nos miró. Agarró a Alison por los hombros y la giró hasta colocarla de cara a ella.

—¡Alison! ¡Silencio!

Alison se tragó un chillido, casi se ahoga con él. Alzó la vista hacia McKenna, tragando saliva y con la cara roja como un pimiento. Se balanceaba, como si colgara de las enormes manos de McKenna.

—Gemma Harding —dijo McKenna, sin apartar los ojos de Alison—. Cuéntame qué ha sucedido.

Gemma recuperó el control de su mandíbula.

—Señorita, solo estábamos en nuestra habitación, no hacíamos nada...

Sonaba más pequeña, parecía años más pequeña, como una niñita sobresaltada.

—No me interesa conocer lo que estabais haciendo —la atajó McKenna—. Explícame exactamente qué ha sucedido.

—Alison ha ido al lavabo y luego la hemos oído gritando aquí. Hemos salido todas corriendo a ver qué ocurría. Estaba...

Gemma se intercambiaba miradas con las otras; sus ojos se encontraron con los de Joanne y se aferraron a ellos en busca de alguna señal.

—Continúa. Ahora mismo —ordenó McKenna.

—Estaba... contra la pared, gritando. Señorita, dice, dice que ha visto a Chris Harper.

Alison dejó caer la cabeza hacia atrás. Emitió un chillido agudo.

—Alison —dijo McKenna con aspereza—. Mírame.

—Dice que la ha agarrado por el brazo. Señorita, tiene... marcas en el brazo. Se lo juro por Dios.

—Alison. Enséñame el brazo.

Alison escarbó por la manga de su sudadera, sin fuerza en los dedos. Al fin logró remangársela hasta el codo. Conway apartó a las chicas de nuestro camino.

A primera vista parecía la marca dejada por unos dedos, como si alguien la hubiera cogido con fuerza y hubiera intentado apartarla. De un rojo intenso, le rodeaban el antebrazo: cuatro dedos, una palma y un pulgar. Más grandes que la mano de una chica.

Entonces nos acercamos para verla de cerca.

No era la marca de unos dedos. La piel roja estaba hinchada y escaldada, con unas ampollas diminutas y gruesas. Una excoriación, una quemadura con ácido, una hierba venenosa.

Las alumnas alargaron sus cuellos, su curiosidad se abatió sobre nosotros como una ola. Gimieron.

McKenna preguntó con acritud:

—¿Alguna de vosotras ignoraba que Alison es alérgica? Si alguna no lo sabía, que levante la mano.

Quietud.

—¿Alguna de vosotras se perdió el incidente del trimestre pasado, cuando requirió atención médica tras ponerse un bronceador sin sol de la marca equivocada que le prestó alguien?

Nada.

—¿Nadie?

Chicas contemplando las mangas enrolladas alrededor de sus pulgares, con la vista clavada en el suelo, mirándose de reojo. Empezaban a sentirse como unas tontas. McKenna las estaba trayendo de nuevo a la realidad.

—Alison ha estado expuesta a una sustancia que le ha provocado la alergia. Seguramente, si acaba de ir al lavabo, será el jabón de manos o algún producto de limpieza que hayan utilizado para desinfectarlo. Lo investigaremos y nos aseguraremos de eliminar esa sustancia.

McKenna seguía sin mirarnos. A los niños traviosos se los ignora. Pero se dirigía a nosotros, de eso no había duda.

—Alison se tomará un antihistamínico y estará plenamente recuperada en cuestión de una o dos horas. El resto de vosotras, regresad a vuestras salas comunes y escribidme una redacción de trescientas palabras sobre sustancias alérgicas. La quiero

para mañana a primera hora. Me habéis decepcionado todas. Sois lo bastante mayores e inteligentes como para lidiar con este tipo de situación con sentido común, en lugar de con tonterías e histeria.

McKenna le quitó una mano del hombro a Alison (al hacerlo, Alison se desplomó contra la pared) y señaló hacia el fondo del pasillo.

—Ya podéis iros. A menos que alguien tenga algo útil que añadir.

—Señorita —dijo Joanne—. Una de nosotras debería quedarse con ella. Por si acaso...

—No, gracias. A las salas comunes, por favor.

Se marcharon en pequeños grupos, agarradas del brazo y entre susurros, lanzando miradas furtivas hacia atrás. McKenna las siguió con los ojos hasta que desaparecieron de nuestra vista. Entonces nos dijo:

—Supongo que son conscientes de qué ha provocado todo esto.

—Ni idea —replicó Conway. Se acercó a McKenna y se situó entre ella y Alison, hasta que McKenna le soltó el brazo—. Alison, ¿alguien había dicho algo sobre el fantasma de Chris Harper antes de ir al lavabo?

Alison estaba pálida, con sombras azuladas. Con una voz apenas audible respondió:

—Estaba en esa puerta. Haciendo flexiones con la parte superior del marco. Las piernas le balanceaban.

«Siempre está haciendo algo», había dicho Selena. Yo no creo en fantasmas, pero noté un escalofrío entre los omóplatos.

—Creo que he gritado, no lo sé. Pero me ha mirado. Entonces se ha soltado de un salto y se ha acercado corriendo por el pasillo, muy rápido, y me ha agarrado. Se estaba riendo en mi cara. He gritado más y le he pegado una patada, y ha desaparecido.

Sonaba casi serena. Se había quedado sin fuerzas, como una criatura después de vomitar hasta la última papilla.

—Ya está bien —la atajó McKenna con una voz que podría haber asustado a un oso pardo—. Sea lo que sea lo que te ha dado alergia, te ha provocado una breve alucinación. Los fantasmas no existen.

—¿Te escuece el brazo? —quise saber yo.

Alison se miró el brazo.

—Sí —respondió—. Me escuece mucho.

—No me sorprende —comentó McKenna con frialdad—. Y te continuará escociendo hasta que no te tomes algo. Y ya que sale a colación, detectives, les ruego que nos excusen.

—Chris olía a Vicks Vaporub —me dijo Alison por encima del hombro mientras McKenna la hacía desfilar—. No sé si antes ya olía así.

Conway las observó alejarse.

—¿Qué te apuestas a que las niñas de las Ugg han hecho correr el rumor de que

estábamos en su sala común? —me preguntó.

—Nada. Y el rumor ha tenido tiempo suficiente para circular.

—Para llegarle a Joanne, sobre todo. Y sabía qué era lo que andábamos buscando.

Señalé con la cabeza en dirección a Alison. Se oyeron pisadas repiqueteando alrededor del hueco de la escalera, reverberando: ella y McKenna descendían a buen ritmo.

—No se lo ha inventado.

—No. Pero Alison es sugestionable. Y ya estaba medio histérica con el interrogatorio y todo eso. —Conway hablaba en voz baja, con la cabeza echada hacia atrás para escuchar el crujir de voces a modo de palomitas procedente de las salas comunes—. Antes de ir al lavabo, Joanne le ha soltado el rollo de que el fantasma de Chris se estará retorciendo en su tumba. Se conoce a Alison al dedillo, no lo olvides, sabe exactamente cómo provocarla. Luego se echa un poco de bronceador sin sol en la mano y le da un apretoncito en el brazo a Alison. Me apuesto lo que sea a que sabe que Alison se va a poner histérica por una cosa u otra. Joanne espera que se produzca tal caos que salgamos de la sala común a comprobar qué ocurre, nos dejemos la puerta abierta y así ella pueda colarse y birlar el libro.

«¿Una cría de dieciséis años es capaz de maquinar algo así?», estuve a punto de preguntar. Pero me acordé de algo y, en su lugar, observé:

—Alison lleva manga larga.

—Probablemente Joanne la haya tocado antes de que se pusiera la sudadera.

Podría encajar, quizá, justito, con mucha suerte.

—Pero Joanne no ha intentado ir a la sala común —apunté—. Se ha quedado aquí todo el rato, en plena acción.

—Posiblemente habría previsto que nos lleváramos a Alison para así tomarse el tiempo necesario.

—O a lo mejor no haya tenido nada que ver. Quizás el fantasma sea solo una imaginación de Alison y lo del brazo, un accidente, como ha dicho McKenna.

—Tal vez. Podría ser.

Los pasos se habían desvanecido en las escaleras. Aquel silencio blanco volvía a tamizarse sobre nosotros, llenando el aire de formas que nos miraban de soslayo y haciendo difícil de creer que cualquier cosa aquí fuera tan sencilla como la imaginación o un mero accidente.

—¿McKenna vive aquí? —pregunté yo.

—No. No está tan loca. Pero no va a marcharse a su casa hasta que lo hagamos nosotros.

Nosotros.

—Espero que le guste la comida del refectorio.

Conway abrió la cremallera de su bolso y comprobó que el libro estuviera bien guardado en su interior.

—Están pasando cosas —comentó. Ni siquiera intentó ocultar la llamarada de

satisfacción—. Ya te lo había dicho.

En cierto sentido, tenían razón: no es lo mismo escaparse la segunda vez, ni la tercera. Pero sucede que tampoco importa. El calvero en donde se tumban a hablar siempre oculta algo, una promesa que aguarda el momento oportuno para manifestarse. Y lo tiñe todo de color.

—Nunca pensé que llegaría a tener unas amigas como vosotras, chicas —confiesa Becca, entrada ya la madrugada de la tercera noche—. Nunca. Sois un milagro.

Ni siquiera Julia hace un comentario en broma. Sus cuatro manos están entrelazadas sobre la hierba, relajadas y cálidas.

Finales de enero, cerca de las diez y media de la noche. En quince minutos se apagarán las luces para las alumnas de tercer y cuarto curso del Kilda y para los alumnos del Colm. Chris Harper se cepilla los dientes mientras piensa, ensimismado, en que el frío de los azulejos del suelo del cuarto de baño le está calando los huesos y escucha sin prestar atención a un par de chicos metiéndose con un chaval de primer curso en un cubículo del lavabo. Se pregunta si debería molestarse en detenerlos. Le quedan menos de cuatro meses de vida.

A una vasta oscuridad de distancia, en el Kilda, la nieve cepilla la ventana del dormitorio común, mientras caen copos pequeños e intermitentes que no cuajan. El invierno se ha instalado contundente: amaneceres tempranos, aguanieve mezquina y un frío continuo que pasan factura. Hace una semana desde la última vez que Julia, Holly, Selena y Becca gozaron del calor del sol, y están inquietas a causa de tanto confinamiento y amagos de resfriado. Discuten sobre el baile de San Valentín.

—Yo no pienso ir —anuncia Becca.

Holly está tumbada sobre la cama en pijama, copiándose los deberes de matemáticas de Julia a toda prisa e introduciendo algún que otro error para que no se note tanto.

—¿Por qué no?

—Porque preferiría quemarme las uñas con un mechero hasta que se me desprendieran a caminar contoneándome embutida en un estúpido vestido con una micro-mini-falda y un estúpido top ajustado con el ombligo al aire, en el supuesto de tener ropa así de basura; cosa que no hago y que no pienso hacer nunca. Por eso.

—Tienes que ir —le dice Julia desde su cama, donde está tumbada boca abajo, leyendo.

—No.

—Si no vas, te enviarán a la hermana Ignatius y te preguntará si no quieres ir porque se metían contigo cuando eras pequeña y, cuando le digas que no, te dirá que necesitas tener más autoestima.

Becca está sentada en su cama, abrazada a sus rodillas, comprimida en un nudo

rojo de furia.

—Yo tengo autoestima. Tengo la suficiente estima de mi persona como para no ponerme algo ridículo solo porque todo el mundo lo hace.

—¡Oye, guapa! ¡Que te zurzan! Mi vestido no es ridículo.

Julia tiene un vestido ajustado negro a lunares que se compró en las rebajas hace solo un par de semanas, con el dinero que había estado ahorrando. Es la prenda más ajustada que ha tenido nunca y lo cierto es que le gusta el aspecto que luce con él puesto.

—Tu vestido no es ridículo. Pero lo sería si yo lo llevara. Porque no lo soportaría.

—¿Y por qué no te pones lo que más te guste y ya está? —le pregunta Selena a través de la camiseta del pijama que se está poniendo.

—Lo que más me gusta son los tejanos.

—Pues ve en tejanos.

—¡¡Sí, claro!! ¿Tú vas a ir en tejanos?

—Yo me voy a poner ese vestido azul que era de mi abuela, el que os enseñé.

Es un minivestido de color azul cielo que la abuela de Selena llevaba en los años sesenta, cuando era dependienta de una tienda moderna en Londres. A Selena le queda muy ajustado del pecho, pero piensa ponérselo de todos modos.

—¿Lo ves? —dice Becca—. ¿Y tú, Hol, vas a llevar tejanos?

—¡Jopé! —exclama Holly, mientras borra un error y deja un manchón más grande de lo que esperaba—. Mi madre me compró un vestido morado para Navidades. No está mal. Quizá me ponga eso.

—Así que yo seré la única matada que vaya en tejanos, o, si no, tendré que ir a comprarme un vestido ridículo que deteste y ponérmelo por compromiso y convertirme en una cobarde y una hipócrita de categoría. Pues no, gracias.

—Cómprate un vestido —la incita Julia, mientras pasa la página—. Así nos reiremos un buen rato.

Becca le enseña el dedo corazón. Julia sonrío y le devuelve el gesto. Le gusta la nueva Becca guerrera.

—No tiene gracia. Me vais a dejar aquí sola sentada esa noche, haciendo los estúpidos ejercicios de autoestima de la hermana Ignatius mientras vosotras os contoneáis vestidas con esos ridículos vestidos para...

—Jopé, pues ven y ya está...

—¡No quiero!

—Entonces ¿qué pretendes? ¿Que nosotras también nos quedemos solo porque a ti no te apetece ponerte un vestido? —Julia aparca su libro y se sienta. Holly y Selena dejan sus quehaceres al notar su tono de voz—. Pues que te quede muy clarito que no vamos a hacerlo.

—Pensaba que se trataba de no tener que realizar determinadas cosas solo porque los demás las hacen...

—Yo no voy a ir porque todo el mundo vaya, listilla. Voy a ir porque me apetece.

Porque es divertido, ¿sabes? ¿Has oído hablar de la diversión? Si tú prefieres quedarte aquí sentadita haciendo ejercicios de autoestima, que te zurzan. Yo pienso ir.

—Vaya, gracias, muchas gracias... Y eso que se supone que eres mi amiga...

—Sí, pero eso no significa que sea tu esclava...

Becca está de rodillas sobre la cama, con los puños apretados y el pelo crepitándole de la rabia.

—Nunca te he pedido que lo seas...

La bombilla cruje furiosa, emite un ruido sordo y se apaga. Se echan todas a gritar.

—¡Silencio! —vociferan las dos monitoras desde la otra punta del pasillo.

Se oye un «¡Joder!» sin aliento de Julia, un golpe seco y un «¡Ay!» de Selena, al darse un golpe en la espinilla con algo, y de repente la bombilla vuelve a encenderse.

—¿Qué diablos...? —pregunta Holly—. ¿Qué acaba de pasar?

La bombilla alumbra inocente, sin un solo titileo.

—Es una señal, Becs —dice Julia, con esa nota sin aliento casi bajo control—. El universo quiere que dejes de quejarte y vayas al baile.

—Jajaja, muy divertido —replica Becca. Su voz no está para nada bajo control; suena a voz de cría, aguda e insegura—. O el universo no quiere que vayáis vosotras y se ha enfadado porque habéis dicho que ibais a ir.

Selena le dice a Becca:

—¿Has hecho tú eso?

—No me fastidies —dice Julia—. ¿Vale?

—¿Becksie?

—Venga ya —añade Julia—. Por favor, no entremos por ahí, ¿vale?

Selena sigue mirando a Becca. Holly también. Al final Becca responde:

—No lo sé.

—Oh, no, yo no quiero saber nada de esto —dice Julia, se tumba boca abajo en la cama y se tapa la cabeza con la almohada.

—Repítelo —le pide Selena.

—¿Cómo?

—Como sea que lo hayas hecho antes.

Becca mira fijamente la bombilla como si fuera a saltar sobre ella.

—Creo que no lo he hecho yo. No lo sé.

Julia gruñe bajo la almohada.

—Será mejor que te des prisa... —la apremia Holly—. Antes de que Julia se ahogue.

—Yo solo... —Becca muestra una de sus delgadas palmas, dubitativa—. Estaba enfadada porque... y solo...

Cierra el puño. La luz se apaga. Esta vez ninguna de ellas grita.

—¿Puedes volver a encenderla? —pregunta la voz de Selena en un susurro, en medio de la oscuridad.

Se hace la luz de nuevo. Julia se ha quitado la almohada de la cabeza y está sentada.

—Vaya —dice Becca. Tiene la espalda apoyada en la pared y un nudillo en la boca—. ¿Lo he hecho...?

—No, claro que no, joder —responde Julia—. Debe de ser algún problema eléctrico. Probablemente la nieve.

—Vuélvelo a hacer —le pide Selena.

Becca lo repite. Esta vez Julia no dice nada. Alrededor de ellas, el aire tiritaba, combando la luz.

—Ayer por la mañana —dice Selena—, cuando nos estábamos vistiendo y yo iba a coger algo de la mesilla de noche, toqué sin querer mi luz de lectura y se encendió. Y, cuando retiré la mano, se apagó.

—Esa baratija no funciona bien —dice Julia—. No es ninguna novedad.

—Lo hice un montón de veces... para comprobar.

Todas recuerdan que la luz de Selena se encendía y se apagaba. El mal tiempo ya estaba en camino y en el cielo deslustrado relampagueaban rayos eléctricos que conferían a la escuela un lúgubre aspecto de lugar abandonado: imaginaron que no era más que eso, si es que se detuvieron siquiera a pensarlo.

—¿Por qué no nos dijiste nada?

—Teníamos prisa. Y quería reflexionar sobre ello. Quería esperar a ver si...

Si le sucedía a alguien más. Becca se acuerda de que tiene que soltar el aire, y lo hace con un resoplido rápido.

Holly dice, casi sin querer:

—Esta tarde, cuando he ido al lavabo, durante la clase de Matemáticas, las luces del pasillo se han apagado cuando he pasado por debajo de ellas y se han vuelto a encender cuando las he dejado atrás. Todas. He pensado que ocurría algo, la nieve o lo que fuera.

Selena enarca las cejas mirando a Holly y alza la mirada hacia la bombilla.

—¡Venga ya! —dice Julia.

—No funcionará —dice Holly.

Nadie le responde. El aire sigue temblando: como el calor sobre la arena o un espejismo. Holly coloca la palma hacia arriba y cierra el puño tal como ha hecho Becca. La bombilla se apaga.

—¡Jopé! —aúlla Holly, y vuelve a encenderse.

Silencio, y el tamborileo del aire. No saben cómo hablar de lo que está sucediendo.

—Yo no soy vidente —dice Holly demasiado alto— o como se llame. No lo soy. ¿Os acordáis de aquel ejercicio que hicimos en Ciencias, el de adivinar las formas que había dibujadas en las tarjetas? Lo hice fatal.

—Yo también —apunta Becca—. Esto es por... Ya sabéis. Por el calvero. Eso es lo que ha cambiado.

Julia se desploma de nuevo en la cama y se golpea varias veces la frente en la almohada.

—¿Qué te pasa? —le dice Becca a Julia—. ¿Qué crees tú que acaba de suceder exactamente, listilla?

—Ya os lo he dicho. Será que hay nieve en cualquier transpondedor de algún lugar de Ballybumcrack. Y ahora, ¿podemos retomar la discusión sobre si soy buena amiga o no, por favor?

Selena apaga y enciende la bombilla.

—¡Parad! —grita Julia—. Intento leer.

—Creía que pensabas que era la nieve —dice Selena con una sonrisa—. Si es la nieve, entonces ¿por qué me dices que pare de hacerlo?

—Cállate. Estoy leyendo.

—Inténtalo tú.

—Sí, hombre.

—¿Qué pasa? ¿No te atreves?

Julia mira a Selena como si le hubiera caído una cruz.

—¿Tienes miedo? —le pregunta Selena.

—No hay nada que temer. Eso es precisamente lo que pasa.

—¿Entonces...?

Julia no sabe obviar un desafío. Vuelve a sentarse, a regañadientes.

—No puedo creer que vaya a hacer esto —dice. Levanta la mano, suspira sonoramente y la cierra. No ocurre nada—. ¡Tachán! —exclama, para su inmensa irritación, porque una parte de ella se siente tremendamente decepcionada.

—Eso no cuenta. No estabas concentrada —observa Selena.

—Cuando me ha pasado eso de las luces en el pasillo —dice Holly—, esta tarde, Naughton me había echado la bronca, ¿recuerdas? Cliona estaba hablando y ha creído que era yo. Yo estaba mosqueadísima y...

—¡Jopé! —exclama Julia.

Se concentra en que Becca se está portando como una idiota con respecto a lo del baile y lo vuelve a intentar. Esta vez funciona.

Silencio de nuevo. La realidad se les antoja extraña, contraria a su piel: se ondula y burbujea a su alrededor, dibuja pequeños remolinos y hace emerger géiseres en lugares inesperados por mera diversión. No quieren moverse, por si se le ocurre responder de un modo inesperado.

—¡Pues qué pena que no sirva para nada! —comenta Holly con toda la tranquilidad de la que es capaz de hacer acopio, convencida de que darle demasiada importancia sería una mala idea, pues podría llamar la atención, aunque no esté muy segura de quién—. Si tuviéramos visión de rayos X podríamos leer los exámenes la noche antes.

—Ni siquiera haría falta —apunta Becca. Querría soltar una risita nerviosa; tiene la sensación de que le están haciendo cosquillas por todas partes—. Si pudiéramos

cambiar nuestras notas cuando nos dieran los resultados, sacaríamos siempre sobresalientes, y eso sería muy útil.

—Yo creo que no tiene nada que ver con eso —tercia Selena. Se ha acurrucado en la cama y sonrío de oreja a oreja, contenta. Tiene ganas de abrazarlas a las tres—. No tiene ninguna utilidad. Simplemente está ahí. O quizá lo haya estado siempre, pero no sabíamos cómo utilizarlo... hasta ahora.

—Bueno —dice Julia. Sigue sin estar demasiado contenta con todo este asunto. Tiene la sensación de que, por alguna causa, deberían haber luchado un poco más, todas juntas: salir corriendo dando alaridos, negarse a creer lo que estaba sucediendo, cambiar de tema y no volverlo a tocar. Simplemente, no le parece bien actuar como si fuera algo que puede ocurrir sin más, limitándose a decir: «Guau, ¡qué raro!», y luego quedarse tan panchas. Incluso aunque a largo plazo no existiera ninguna diferencia, al menos habrían demostrado que no son unas pusilánimes de remate—. En cualquier caso, hemos conseguido zanjar la chorrada esa del baile de San Valentín. Alguien con superpoderes no tiene que sentirse como un mequetrefe por llevar tejanos.

Becca empieza a responder, pero le sobreviene una avalancha de risitas nerviosas. Se deja caer hacia atrás en la cama, con los brazos en cruz, y deja que la risa le invada todo el cuerpo como si le estallaran palomitas por dentro.

—Me alegra ver que has dejado de tocar las narices —observa Julia—. Entonces vienes al baile, ¿verdad?

—Claro que sí —responde Becca—. ¿Queréis que vaya en bañador? Porque no tengo inconveniente en hacerlo.

—¡Luces apagadas! —grita una de las monitoras dando una palmada en la puerta. Todas apagan las luces de golpe.

Practican en el calvero. Selena lleva su pequeña luz de lectura a pilas, Holly tiene una linterna y Julia, un mechero. La noche cae densa, nublada y fría; deben caminar a tientas por los senderos que conducen hasta la arboleda, doblándose cada vez que una rama las sacude o que un montón de hojas cruje bajo sus pies. Incluso cuando emergen al calvero no son más que contornos distorsionados e indistinguibles. Se sientan a lo indio formando un círculo en la hierba y se van pasando las luces.

Funciona. Al principio de manera vacilante: unos leves parpadeos dubitativos, de medio segundo de duración, que se desvanecen cuando se sobresaltan. Pero a medida que van practicando los titileos se refuerzan, saltan y roban sus rostros a la oscuridad como si fueran máscaras doradas (un diminuto sonido de encandilamiento, a medio camino entre una risa y un grito ahogado de alguien) y vuelven a desfallecer. Poco a poco dejan de ser solo parpadeos; haces de luz se elevan cual flechas hacia las copas de los cipreses, dibujan un círculo y palpitan entre las ramas como luciérnagas. Becca juraría que ve sus estelas dibujar garabatos sobre las nubes.

—Y para celebrarlo... —dice Julia, y saca un paquete de cigarrillos del bolsillo

de su abrigo (hace años que nadie le pregunta a Julia si ha cumplido los dieciséis años)—. ¿Quién decía que no nos iba a resultar útil? —Sostiene el encendedor entre el pulgar y el índice, hace surgir una llama alta y se inclina de lado para encender un cigarrillo sin chamuscarse las cejas.

Se ponen cómodas y fuman, más o menos. Selena ha dejado prendida su lámpara de lectura; alumbra un vívido círculo de hierbas invernales que se eleva formando un arco en medio de la oscuridad, luego rebota y revela pliegues en los tejanos y esquirlas de rostros. Holly se acaba el cigarrillo y se tumba boca abajo con un cigarro nuevo en la palma de la mano, y se concentra todo lo que puede.

—¿Qué haces? —le pregunta Becca, acercándose a rastras para observar.

—Intento encenderlo. Ssssh.

—No creo que funcione —dice Becca—. No creo que podamos ir por ahí prendiendo fuego a cosas aleatorias, ¿no?

—Calla o te prendo fuego a ti. Me estoy concentrando.

Holly se tensa al escuchar sus propias palabras; tiene la sensación de haber ido demasiado lejos, pero Becca se le aproxima rodando de costado y le toca las costillas con un dedo del pie.

—Concéntrate en esto —le dice.

Holly deja el cigarrillo y le agarra el pie. Le quita la bota a Becca, se pone en pie de un brinco y sale en desbandada con ella en las manos. Becca la persigue a la pata coja, sin poder parar de reír y ahogando grititos cuando su calcetín toca algo frío.

Selena y Julia las observan. En la oscuridad, no son más que una estela de susurros y risas que dibujan un círculo alrededor del perímetro del calvero.

—¿Te sigue preocupando? —pregunta Selena.

—¡Qué va! —responde Julia, y lanza una serie de anillos de humo, que se elevan entre haces de luz y sombra, desapareciendo y reapareciendo como extrañas criaturas en la noche. Ni siquiera recuerda ya por qué le preocupaba—. Solo tuve un ataque de cobardía. Todo está bien.

—Sí lo está —dice Selena—, desde luego que lo está. Y, por cierto, tú no tienes nada de cobarde.

Julia vuelve la cabeza en su dirección, hacia el fragmento del rostro que vislumbra: una ceja suave y una suave madeja de pelo, junto con el brillo soñador de un ojo.

—Pensaba que creías que sí lo estaba siendo. En plan: «Jo, ahora que pasa algo superguay se pone en plan rarita y lo manda todo a freír espárragos».

—No —dice Selena—. Comprendí por qué lo hacías: podía resultar peligroso. A mí no me lo parece, pero entiendo que pudiera dar esa impresión.

—No tenía miedo.

—Eso ya lo sé.

—De verdad.

—Lo sé —insiste Selena—. Pero me alegro de que te hayas decidido a probar. No

sé qué habría pasado de no haberlo hecho.

—Habríais continuado adelante de todos modos.

—No lo creo, no sin ti. No tendría sentido.

Becca ha conseguido recuperar su bota tras una pequeña pelea y regresa a la pata coja, intentando ponérsela antes de que Holly la empuje y le haga perder el equilibrio. Las dos resuellan y ríen. Julia apoya el hombro contra el de Selena; Julia no es muy sobona, pero de vez en cuando, apoya el codo en el omóplato de Selena cuando están mirando algo o se sientan espalda contra espalda en el borde de la fuente, en el Court.

—Boba —le dice—, eres una boba sensiblera. —Y nota que Selena recibe su peso y lo contrarresta, equilibrándose la una contra la otra, firmes y cálidas.

Avanzan por el pasillo hacia sus habitaciones, con las botas en las manos, cuando escuchan:

—¡Caramba, caramba! —Un sonsonete entre las sombras—. Os vais a meter en un buen lío.

Se sobresaltan y dan media vuelta, con el corazón aporreándoles el pecho. Selena cierra con fuerza la llave en el puño, pero las sombras son profundas y no la distinguen hasta que sale al pasillo. Joanne Heffernan, monocroma en la tenue luz que permanece encendida por si alguien necesita ir al lavabo, con los brazos cruzados, sonrisa de superioridad y un camisón de muñequita con un estampado de labios.

—¡La Puta Virgen! —sisea Julia; Joanne cambia su sonrisa de superioridad por su rostro piadoso, para demostrar que desaprueba su vocabulario—. ¿Qué pretendes? ¿Que nos dé un ataque al corazón?

Joanne sube el tono de su puritanismo.

—Estaba preocupada por vosotras. Orla ha ido al lavabo y os ha visto bajar por las escaleras y ha pensado que podíais estar haciendo algo peligroso, como tomar drogas, emborracharos o algo así.

Becca suelta una carcajada. La mirada santurróna de Joanne se congela por un instante, pero la recupera.

—Estábamos en la sala de costura —explica Holly—, tejiendo mantas para huerfanitos en África.

Holly siempre parece estar diciendo la verdad; por un instante, Joanne abre los ojos como platos.

—Tuve una visión de san Jodencio, en la que me decía que los huérfanos necesitaban nuestra ayuda —aclara Julia, y Joanne vuelve a poner cara de beata, como si hubiera chupado un limón.

—Si estabais en la escuela —dice, dando un paso al frente—, entonces, ¿qué es esto?

Alarga la mano para quitarle algo del pelo a Selena.

—¡Ay! —grita Selena, dando un saltito hacia atrás.

Joanne sostiene algo en la palma de su mano: una ramita de ciprés, de un color verde intenso, aún envuelta en el aire gélido del exterior.

—¡Milagro! —exclama Julia—. Reza a san Jodencio, patrón de la Jardinería de Interiores.

Joanne tira la ramita y se seca la mano en el camisón.

—¡Puaj! —exclama, arrugando la nariz—. Apestáis a tabaco.

—Son los humos de las máquinas de coser —explica Holly—. Son letales.

Joanne hace caso omiso.

—Vaya, vaya —dice—. Así que tenéis una llave de la puerta principal.

—No —dice Julia—. La puerta principal está protegida con alarma por la noche, so lista.

Y es posible que Joanne no sea demasiado lista, pero tampoco es tonta.

—Entonces tenéis la llave de la puerta que conecta con la escuela y habéis salido por una ventana. No hay ninguna diferencia.

—¿Y qué pasa? —quiere saber Holly—. Si lo hubiéramos hecho, que no es así, ¿a ti qué te importa?

Joanne sigue haciéndose la santurróna —alguna monja debe de haberle dicho en algún momento que se parece a alguna santa— y, vista así, da la sensación de que tiene los ojos saltones.

—Pues que es peligroso. Os podría pasar algo. Os podrían atacar.

Becca ahoga otra risotada.

—Como si a ti te importara eso —le dice Julia. Se han ido acercando, para poder hablar entre murmullos, y esa cercanía forzosa les hace ponerse a la defensiva, como si estuvieran a punto de pelearse—. ¿Por qué no avanzas a la parte en donde nos dices qué quieres?

Joanne abandona la pose de santa.

—Si os pillan tan fácilmente —dice—, es que sois demasiado tontas para tener la llave. Deberíais dársela a alguien que tenga más cabeza que vosotras.

—Entonces tú quedas descartada —dice Becca.

Joanne se la queda mirando fijamente como si fuera un perro parlante que hubiera dicho algo asqueroso.

—Y tú estarías mucho más guapa si volvieras a ser una tía tan patética que nadie se molestara siquiera en hablarte —le dice a Becca—. Al menos así la gente sentía compasión por ti. —Y añade mirando a Julia y a Holly—: ¿Podéis explicarle a esta fea por qué le conviene tener cerrada su asquerosa boquita metálica?

Julia le dice a Becca:

—Yo me encargo de esto.

—¿Para qué molestarse? —quiere saber Becca—. Vámonos a dormir.

—Pero ¿tú eres tonta o qué? —dice Joanne despacio, dándose golpecitos en la frente—. ¿Cómo conseguís no asesinarla? Hola, idiota: hay que molestarse porque, si

llamo a la matrona y os ve así vestidas, va a saber que habéis salido. ¿Es eso lo que queréis?

—No —dice Julia, pisándole el pie a Becca—. Pero nos encantaría que nos dejaras irnos a dormir de una vez y te olvidaras de que nos has visto.

—De acuerdo. Pues si queréis que os haga un favor de esa magnitud, probablemente os convendría ser amables conmigo.

—Podemos intentarlo.

—Genial. La llave, por favor —dice Joanne—. Muchísimas gracias. —Y extiende la mano.

—Te haremos una copia mañana —dice Julia.

Joanne no se molesta en contestar. Se queda ahí de pie, sin mirar a ninguna de ellas en concreto y con la mano extendida.

—¡Vamos, por el amor de Dios!

Su mirada se ensancha en una milésima. Nada más. El silencio se tensa y retuerce. Al cabo de un largo rato, Julia dice:

—De acuerdo.

—Quizá nosotras os hagamos una copia algún día —les dice Joanne gentilmente mientras la mano de Selena se acerca despacio a la suya—. Pero tendréis que recordar ser amables y, si podéis, enseñadle a esa listilla de ahí lo que significa eso. ¿Os veis capaces de hacerlo?

Eso implica semanas, meses o años de sonreír mansamente mientras Joanne va soltando miguitas de mala leche por el camino, o de pedirle de forma supereducada con un lazo encima que si por favor les deja la llave, u observarla inclinando la cabeza y cavilando si se lo merecen para decidir, a regañadientes, que no. Significa el fin de esas noches, el fin de todo. Quieren rodearle el cuello con ese aire oscuro y tirar muy fuerte. Selena abre los dedos.

Joanne toca la llave y aparta la mano de repente. La llave le resbala y cae rodando al suelo del pasillo y ella grazna como si no le quedara aliento suficiente para chillar:

—¡Ay! ¡Jolines! ¡Me he quemado! ¡Ay, ay, ay! ¡Estaba ardiendo! ¿Qué habéis hecho...?

Holly y Julia se le acercan a la cara y le sisean agresivas:

—¡Cállate! ¡Que te calles!

Pero no se dan bastante prisa: al fondo del pasillo, una de las monitoras pregunta somnolienta y molesta:

—¿Qué sucede?

Joanne se da media vuelta para gritarle que venga.

—¡No! —le musita Julia, agarrándola del brazo—. Vete de una vez a tu habitación. Te daremos la llave mañana. Te lo juro.

—Suéltame —gruñe Joanne, tan aterrorizada que se ha convertido en una bola de furia—. Os vais a arrepentir terriblemente de esto. Miradme la mano, ved lo que habéis hecho...

Tiene la mano perfecta, sin una sola marca, pero la luz es veteada y Joanne se mueve, así que no pueden estar completamente seguras. Desde el fondo del pasillo, ahora menos somnolienta y más molesta, la monitora dice:

—Si tengo que salir, os juro por Dios que...

Joanne vuelve a abrir la boca.

—¡Escúchame! —le sisea Julia, con toda la fuerza que es capaz de imprimir a su voz—. Si nos pillan, nadie tendrá la llave. ¿Lo captas? Vete a la cama; mañana ya lo solucionaremos. Lárgate de una vez.

—Sois más raras que un perro verde —les espeta Joanne—. No deberíais ir a la misma escuela que la gente normal. Si me habéis dejado una cicatriz en la mano, os voy a denunciar. —Se da media vuelta y regresa a su habitación, caminando de manera afectada con su camisón de labios entreabiertos.

Julia agarra a Becca del brazo y ambas se dirigen corriendo hasta la puerta de su habitación, notando que las otras las siguen en silencio a toda prisa, como por las sendas que conducen hasta el calvero. Selena interrumpe momentáneamente sus zancadas para recoger la llave. Una vez dentro, cierran la puerta y Holly pega la oreja, pero a la monitora le fastidia tanto tenerse que levantar de la cama que no va a hacerlo ahora que los ruidos han cesado. Están salvadas.

Selena y Becca ahogan sus risas descontroladas en las mangas de sus abrigos; les falta la respiración de tanto reír.

—¿Le habéis visto la cara? Madre mía, ¿se la habéis visto? Casi me muero...

—Déjame tocarla —susurra Becca—, dámela, déjame tocarla...

—Ahora ya no está caliente —dice Selena—. Está normal.

La encuentran, en medio de la oscuridad, y sus dedos tropiezan a tientas con los de las demás cuando palpan la llave en la mano abierta. Está templada por el calor de la palma; nada más.

—¿Habéis visto saltar la llave? —pregunta Becca. Está casi mareada de la emoción—. Parecía que se largaba por el pasillo, que se alejaba de esa vacaburra...

—Seguramente ha rebotado —dice Julia— porque Joanne la ha dejado caer.

—¡Ha saltado! Joanne ha puesto una cara que era un poema. Habría dado lo que fuera por hacerle una foto...

—Pero ¿quién lo ha hecho? —quiere saber Holly, al tiempo que enciende su lámpara de lectura, medio oculta bajo la almohada, para poderse cambiar sin armar ruido—. ¿Has sido tú, Becs?

—Creo que he sido yo —dice Selena. Le entrega a Julia la llave, que destella como si un pequeño meteoro irrumpiera entre ambas—. Pero la verdad es que no importa. Si yo puedo hacerlo, vosotras también.

—Vaya, fantástico —dice Becca, desembarazándose de todas sus capas de una vez y metiéndolas debajo de la cama de un puntapié.

Se pone el pijama y se mete en la cama, al tiempo que deja el tapón de su botella de agua haciendo equilibrios en el borde de la mesilla de noche mientras trata de

hacerlo caer sin tocarlo.

Julia guarda la llave de nuevo en la funda de su teléfono móvil.

—La próxima vez, ¿podrías ahorraros todo eso para cuando no nos vaya a meter en un terrible lío, por favor?

—No lo he hecho a propósito —se disculpa Selena, con la voz amortiguada por la capucha mientras se quita la sudadera—. Ha sucedido porque me estaba hinchando las narices. Además, de otro modo, Joanne se habría llevado la llave.

—Ya, claro, pero no va a olvidarse de lo sucedido. Mañana tendremos que abordar el asunto de nuevo. Y ahora nos tiene una rabia que no veas...

El aire parece enfriarse.

—A su mano no le pasa nada —dice Selena—. Está haciendo una montaña de un grano de arena.

—Sí, es una exagerada, pero ahora está furiosa con nosotras. ¿Acaso es eso mejor?

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Becca, levantando la vista del tapón de la botella.

—¿Qué crees que vamos a hacer? —dice Holly, metiendo de cualquier manera los jerseys en el armario—. Pues hacerle una copia de la llave. A menos que de verdad quieras que nos expulsen.

—Pero ¿por qué iban a expulsarnos? No puede demostrar que hayamos hecho nada.

—De acuerdo. Si lo que quieres es no volver a escaparte nunca... Porque, si lo hacemos, Joanne irá a la matrona y le dirá: «¡Matrona! Acabo de verlas bajar por las escaleras y estoy muy preocupada por ellas», y nos esperará hasta que regresemos para luego expulsarnos.

—Yo me encargo —se ofrece Julia, al tiempo que se pone los pantalones del pijama con sendos movimientos rápidos de las piernas—. Yo me ocupo de hablar con ella. Creo que en la tienda de informática que hay al lado del Court duplican llaves.

—Se va a comportar como una indeseable —advierte Holly.

—¿Sí? ¡No me digas! Voy a tener que disculparme ante ella por lo que le dijiste, listilla. —Se refiere a Becca—. ¿Crees que me apetece arrastrarme delante de esa vacaburra?

—No tienes por qué hacerlo —responde Becca—. Nos tiene miedo.

—Sí, y nos lo tendrá durante los diez segundos siguientes, pero luego convertirá todo este asunto en un drama dentro de su cabeza, en el que ella sea la protagonista y nosotras, las brujas malas que intentamos quemarla; sencillamente, es demasiado especial para sucumbir. Y también tendré que disculparme por eso. Y convencerla de que la llave estaba caliente porque Lenie hacía rato que la llevaba sujeta en la mano y de tanto correr o lo que sea. —Julia trepa a la cama y se desploma con fuerza sobre la almohada—. Divertidísimo, vamos.

—Al menos de esta manera nos quedaremos con una llave —se consuela Selena.

—Lo habríamos hecho de todos modos. La habríamos convencido de que nos la diera o habríamos robado otra. No hacía falta que le hicieras un jodido *poltergeist*, de verdad.

—Pues a mí me parece mejor que ponerse en plan: «Sí, Joanne. No, Joanne. Tres bolsas llenas, Joanne» —comenta Becca, con la voz tensa—, y dejar que esa vacaburra nos mangonee...

El tapón de la botella salta de su mesilla de noche y cae rodando.

—¡Mirad! —grita Becca, y se tapa la boca con la mano cuando las otras le sisean: «Ssshhh»—. ¡No, mirad! ¡Lo he conseguido!

—¡Alucinante! —dice Holly—. Mañana por la mañana lo pruebo.

—¿A qué estamos jugando? —pregunta Julia de súbito, con vehemencia—. Con toda esta mierda: las luces y ahora, esto. ¿Adónde nos va a llevar todo esto?

Las otras la miran. Bajo esa luz, vuelve a ser la silueta indistinguible del calvero, apoyada sobre los hombros, un arco tenso.

—A mí, a ser feliz —responde Becca—. A eso es a lo que me está llevando.

—Ni que estuviéramos haciendo saltar cosas por los aires —comenta Holly—. No tiene por qué desembocar en nada malo.

—Eso no lo sabemos. No me alarmo porque crea que vayamos a desatar los demonios; lo único que digo es que todo esto es muy raro. Si solo funcionara en el calvero, entonces no habría problema: sería algo aparte, con su propio escenario. Pero aquí también funciona.

—¿Y qué? —pregunta Holly—. Si se vuelve demasiado raro, dejamos de hacerlo y ya está. ¿Dónde está el problema?

—¿Ah, sí? ¿Dejamos de hacerlo y asunto resuelto? Lenie, tú ni siquiera querías que la llave se calentara: ha ocurrido porque sí, porque te estabas poniendo nerviosa. Y lo mismo en el caso de Becs, la primera vez que apagó la luz fue porque estábamos discutiendo. De manera que si la hermana Cornelius me echa la bronca por algo, ¿cómo reacciono? ¿Le estrello un libro en toda la cara? Sería muy divertido, desde luego, pero quizá no sea la mejor idea del mundo. ¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer, controlarme todo el tiempo y asegurarme de alcanzar un estado zen para poder vivir como una persona normal?

—Oye, habla por ti —la corta Holly, con un bostezo, mientras se acurruca en la cama—. Yo soy una persona normal.

—Pues yo, no —comenta Becca—. Y no quiero serlo.

Selena dice cautelosa:

—Es solo cuestión de tiempo acostumbrarse. Al principio tampoco te ha hecho gracia lo de las luces, ¿recuerdas? Y luego esta noche has dicho que no había problema.

—Sí —responde Julia al cabo de un momento. El calvero irrumpe en su cabeza como una llamarada; si no fuera por Joanne, volvería a ponerse todos los jerseys y regresaría allí, donde todo parece immaculado y claro, donde nada muestra los

contornos desdibujados y está veteado por los signos del peligro—. Probablemente sea eso.

—Volveremos a salir mañana por la noche. Ya lo veréis. Para entonces, ya estará todo arreglado.

—¡Oh, Dios! —exclama Julia con un gruñido, desplomándose de espaldas—. Si queremos volver a salir mañana, tendré que solucionar lo de la pánfila de Heffernan. Y yo que quería olvidarme de ella...

—Si se te pone muy tonta —le dice Holly—, haz que se pegue un tortazo con su propia mano. ¿Qué va a hacer entonces? ¿Chivarse?

Caen rendidas de sueño entre risas.

Cuando las demás se han dormido, Becca saca un brazo de la cama en el frío aire, y abre la taquilla de su mesilla de noche. Saca, uno a uno, su teléfono móvil, una botellita de tinta azul, una goma con un alfiler clavado y un pañuelo de papel.

Robó la tinta y el alfiler del aula de Arte el día después de hacer el juramento. Bajo las sábanas, se levanta la camisa del pijama e inclina el teléfono para iluminarse con él la pálida piel situada justo debajo de sus costillas. Aguanta la respiración, a fin de no moverse y prepararse para el dolor, aunque el dolor no la preocupe, mientras se pincha la piel con el alfiler, bastante hondo, deja caer una gota de tinta y la frota para que penetre bien. Cada vez se le da mejor. Ya lleva realizados seis puntos, arqueados hacia abajo y arriba desde el borde inferior derecho de su caja torácica, unos pinchazos demasiado pequeños como para que nadie los aprecie si no se acerca mucho a ella; uno por cada momento perfecto: el juramento, las tres primeras escapadas, las luces y esta noche.

Desde que todo esto empezó, Becca ha llegado a una conclusión: lo real no es lo que todo el mundo dice. El tiempo no es real. Los adultos no paran de martillearte con todos esos marcadores: las campanas señalan las pausas del café y fraccionan el tiempo para que empieces a creer que es algo pequeño y malvado, algo que arranca escama a escama todo cuanto te gusta hasta no quedar nada; que te reduce para que no despegues y eches a volar jamás, dando un salto mortal a través de remolinos de meses, rozando torbellinos de segundos resplandecientes vertiendo puñados de horas sobre tu rostro vuelto hacia arriba.

Se seca la tinta de sobra que ha quedado alrededor del punto, escupe en el pañuelo de papel y se da unos toquecitos para absorberla. El punto le palpita, con un dolor cálido y reconfortante.

Esas noches en la arboleda no son degradables, no pueden descomponerse. Siempre permanecerán en su recuerdo, aunque solo Becca y sus amigas sean capaces de regresar a ellas. El suceso culminante que supone el juramento realizado por las cuatro es mucho más sólido que los patéticos horarios y las campanadas de nadie; dentro de diez, veinte, cincuenta años, podrán deslizarse entre aquellos postes de señalización y reunirse en el calvero, recuperar aquellas noches.

El tatuaje de los puntos es para eso: postes de señalización, por si acaso algún día

los necesita para regresar a casa.

La sala común de las alumnas de cuarto parecía más pequeña y oscura que la de tercero. No solo por los colores, por los tonos fríos de verde en lugar de ocres, sino porque en esta cara, el edificio impedía que entrara el sol vespertino y sumía la sala en una penumbra submarina que las lámparas del techo no lograban mitigar.

Las chicas formaban pequeños corrillos y parloteaban en voz baja. La pandilla de Holly era la única que guardaba silencio: Holly estaba sentada en el alféizar, Julia se apoyaba en él haciendo chascar una goma para el pelo alrededor de su muñeca, y Rebecca y Selena se arremolinaban a sus pies en el suelo espalda contra espalda; todas con la mirada fija y perdida, como si estuvieran leyendo la misma historia escrita en el aire. Joanne, Gemma y Orla se encontraban apiñadas en uno de los sofás, Joanne susurraba algo con voz acelerada e iracunda.

Pero fue solo durante un instante. Luego todo el mundo volvió la vista hacia la puerta. Frases interrumpidas en mitad de una palabra, rostros inescrutables con la vista clavada en nosotros.

—Orla —dijo Conway—. Tenemos que hablar contigo.

Orla pareció ponerse pálida, por lo que pude atisbar a través del bronceado naranja.

—¿Conmigo? ¿Por qué conmigo?

Conway sostuvo la puerta abierta hasta que Orla se puso en pie y se acercó a nosotros, abriendo mucho volviendo la vista hacia sus amigas con los ojos como platos. Joanne la golpeó con la mirada a modo de advertencia.

—Hablaremos en tu habitación —le informó Conway, al tiempo que oteaba el pasillo—. ¿Qué puerta es?

Orla señaló hacia el fondo del pasillo.

Esta vez Houlihan no estaría presente. Conway confiaba en mí la labor de protegerla. Tenía que ser una buena señal.

El dormitorio era grande y espacioso. Cuatro camas cubiertas con edredones de colores vivos. Un olor a pelo chamuscado y a cuatro desodorantes distintos engrosaba el aire. Pósteres de ambiciosas cantantes femeninas y chicos delicados que yo reconocía a medias forraban las paredes, todos ellos con los labios carnosos y un cabello que tres personas habrían tardado una hora en peinar. Las taquillas junto a las camas estaban entreabiertas, había prendas de los uniformes arrojadas de cualquier manera sobre las camas y por el suelo: cuando habían empezado los gritos, Orla, Joanne y Gemma se estaban mudando con la ropa de calle, preparándose para lo que quiera que hicieran con su pedacito de libertad antes de la hora de la cena.

Aquellas prendas diseminadas volvieron a empujarme de nuevo, esta vez con más contundencia, como si dijeran: «Fuera». No había ningún motivo en especial para ello, ningún sujetador a la vista ni nada por el estilo, pero seguía sintiéndome como un pervertido, como si hubiera entrado de improviso y las hubiera sorprendido a las

cuatro cambiándose y no tuviera intención de retroceder.

—Es agradable —comentó Conway mientras echaba un vistazo a su alrededor—. Más agradable que el que teníamos en la escuela de formación, ¿no te parece?

—Más acogedor que el que tengo yo ahora —observé.

No era verdad del todo. A mí me gusta mi casa: un apartamentito pequeño, aún medio vacío, porque prefiero ahorrar para comprar muebles buenos que comprar muebles baratos. Pero los techos altos, las molduras de rosas, la luz y el ancho verde que se abría al otro lado de la ventana..., para eso no hay ahorro que valga. Mi casa da directamente a otro bloque de edificios parecido y están demasiado cerca como para que la luz pueda colarse entre ambos.

No había nada que revelara qué parte de la habitación ocupaba cada cual; todas parecían iguales. La única pista eran las fotografías situadas sobre las taquillas que había junto a las camas. Alison tenía un hermanito y Orla un puñado de hermanas corpulentas y toscas. Gemma montaba a caballo. Y la madre de Joanne era la viva estampa de su hija, pero con un poco de relleno aquí y allá.

—Hummm —dijo Orla dubitativa junto a la puerta. Se había cambiado el uniforme por una sudadera con capucha de color rosa claro y unos pantalones tejanos cortos rosas, que llevaba sobre unas medias. Parecía una nube de golosina pinchada en un palo—. ¿Alison está bien?

Conway y yo intercambiamos una mirada. Nos encogimos de hombros.

—Podría tardar un rato en recuperarse. Después de eso... —dije yo.

—Pero... Me refiero a lo que ha dicho la señorita McKenna, de que solo necesitaba tomarse unas pastillas para la alergia.

Intercambiamos otra mirada. Orla intentaba observarnos a los dos al mismo tiempo.

—Supongo que Alison sabrá mejor que McKenna qué ha visto exactamente —comentó Conway.

Orla nos miró embobada.

—¿Ustedes creen en fantasmas?

No era lo que esperaba; lo que había anticipado.

—¿Quién ha dicho nada de creer? —Coñway agarró una revista que había en la taquilla junto a la cama de Gemma y repasó a los famosos—. No. No es que creamos que existen. Es que lo sabemos. —Y añadió dirigiéndose a mí—: ¿Recuerdas el caso O'Farrell?

Jamás había oído hablar del caso O'Farrell, pero sabía exactamente lo que pretendía, como si Conway me hubiera pasado una notita por debajo de la mesa en clase. Quería asustar a Orla.

Le hice una mueca de advertencia con los ojos abiertos y sacudí la cabeza.

—¿Qué? El detective Moran y yo trabajamos juntos en el caso O'Farrell. Aquel tipo solía pegarle unas palizas tremendas a su mujer...

—Conway... —Señalé con la barbilla a Orla.

—¿Qué pasa?

—Que no es más que una niña.

Conway lanzó la revista sobre la cama de Alison.

—¡Qué chorrada! ¿A que ya no eres ninguna niña?

—¿Cómo? —Orla lo pilló—. Eh... ¿no?

—¿Lo ves? —me dijo Conway—. A lo que iba. Un día, O'Farrell estaba dándole un sopapo a su mujer y el perrito de ella se abalanzó sobre él... para intentar protegerla, ¿entiendes? El tipo lo echó fuera de la habitación y volvió a lo que se traía entre manos...

Lancé un suspiro de exasperación, me froté con la mano el pelo, que me quedó todo despeinado. Empecé a recorrer la habitación de un lado para otro, por si lograba ver algo. Un puñado de pañuelos de papel en la papelera, manchados de ese color rosa anaranjado tan especial que no existe más que en el maquillaje. Un bolígrafo Bic reventado. Ni un asomo de un libro por ninguna parte.

—Pero el perro no dejaba de arañar la puerta, gemir y ladrar, y O'Farrell no lograba concentrarse. Entonces abrió la puerta, agarró al perro y le aplastó los sesos contra la pared. Y luego le dio una paliza de muerte a su mujer.

—Madre mía, qué horror.

El teléfono de Gemma estaba sobre la mesilla junto a su cama y el de Alison encima de su colcha. No atiné a ver los otros dos, pero la taquilla de Joanne se hallaba entreabierta un centímetro.

—¿Puedo echar un vistazo? —le pregunté a Orla.

No pensaba hacer un registro en toda regla, eso podía esperar, pero sí echar una ojeada y ponerla un poco más nerviosa de lo que estaba.

—Eh, ¿tiene que...? Esto... ¿tiene que hacerlo? —Buscó un modo de negarse, pero yo ya tenía la mano a medio camino de la puerta de la taquilla y su mente se hallaba a mitad de trayecto del cuento de hadas de Conway—. Supongo que no pasa nada. Quiero decir que...

—Gracias.

No es que necesitara su permiso; solo me estaba haciendo el poli bueno. Le dediqué una sonrisa alegre y se lo tragó. Orla abrió la boca para desdecirse, pero Conway se cernía sobre ella.

—Entonces aparecimos nosotros... —Conway nos señaló a los dos con un gesto—. O'Farrell juró que había sido un ladrón. Mentía bien; casi nos lo tragamos. Pero entonces lo hicimos sentarse en la cocina y empezamos a formularle preguntas. Y cada vez que O'Farrell nos contaba alguna patraña sobre aquel ladrón imaginario o sobre cuánto amaba a su mujer, se escuchaba un sonido extraño al otro lado de la puerta.

La taquilla junto a la cama de Joanne: un alisador para el pelo, maquillaje, bronceador sin sol, un iPod y un joyero. Ningún libro, ni viejo ni nuevo; ni teléfono. Debía de llevarlo encima.

—Era un ruido como... —Conway arañó con las uñas la pared junto a la cabeza de Orla, un arañazo repentino y violento. Orla se sobresaltó—. Era exactamente como un perro arañando la puerta. O'Farrell se volvía más y más asustadizo por momentos. Cada vez que lo oía, se giraba como un látigo, se perdía en una cadena de pensamientos y nos miraba como diciendo: «¿Lo han oído?».

—Sudaba la gota gorda —añadí yo—. Y estaba blanco como el papel. Parecía que iba a vomitar en cualquier momento.

Nos salió tan fácilmente que me desconcertó. Parecía que llevásemos meses practicando, Conway y yo, haciendo un eslalon por las curvas y los obstáculos de aquella historia el uno al lado del otro. Suave como el terciopelo.

Era una alegría, aunque una alegría que no habías buscado y que no querías. Mi compañero de ensueño, el de las clases de violín y los *setters* rojos: así era como actuábamos juntos, él y yo.

La taquilla junto a la cama de Orla: un alisador de cabello, maquillaje, bronceador sin sol, un iPod y un joyero. El móvil. Ni un libro. Dejé la puerta abierta.

Orla ni siquiera se percató de lo que hacía. Estaba boquiabierta.

—¿El perro no había muerto? —quiso saber.

Conway consiguió no poner mirada de exasperación.

—Sí. Claro que había muerto. A eso es a lo que me refiero. El detective Moran, aquí presente, le preguntó a O'Farrell: «¿Tiene otro perro?». O'Farrell no conseguía articular palabra, pero negaba con la cabeza.

La taquilla de Alison: alisador, maquillaje, blablablá, ni un libro ni tampoco un segundo teléfono móvil. La taquilla de Gemma: más de lo mismo, además de un frasco de cápsulas de unas hierbas que prometían dejarla esquelética.

—Seguimos con el interrogatorio, pero el ruido no cesaba. Nos costaba concentrarnos, ¿entiendes? Al final, el detective Moran se mosqueó, se puso en pie de un brinco y se dirigió hacia la puerta. O'Farrell casi se cae de culo de la silla. Le gruñó a Moran: «Por todos los santos, ¡no abra esa puerta!».

A Conway se le daba bien. La habitación había cambiado, los rincones oscuros se removían y los luminosos palpitaban. Orla estaba hipnotizada.

—Pero ya era demasiado tarde: Moran abrió en aquellos momentos la puerta. Hasta donde nosotros alcanzábamos a ver, él y yo, el vestíbulo se encontraba vacío. No había nada. Entonces O'Farrell empezó a gritar.

Un gran armario, que ocupa toda una cara de la habitación. Dividido en cuatro secciones en el interior. Cosas de colores vivos hechas una maraña desparramadas por todas partes.

—Volvimos la vista. O'Farrell se cayó de espaldas de la silla, agarrándose del pescuezo. Aullaba como si lo estuvieran matando. Al principio pensamos que fingía para evitar que lo interrogásemos. Pero luego vimos la sangre.

Orla emitió un gimoteo casi sin aliento. Intenté revisar los cajones sin tocar nada demasiado femenino. Deseé que Conway se ocupara de aquella parte. Dentro había

támpax.

—Le chorreaba entre los dedos. Estaba tumbado en el suelo, daba patadas y aullaba: «¡Quítenmelo de encima! ¡Quítenmelo de encima!». Moran y yo nos miramos preguntando: «¿Qué demonios está pasando?». Lo sacamos afuera a rastras; no sabíamos qué más hacer; pensábamos que quizás un poco de aire fresco lo ayudara. Dejó de gritar, pero siguió quejándose, agarrándose del pescuezo. Le apartamos las manos y, te lo juro por Dios —Conway se le acerca, sus ojos clavados en los de Orla—, yo he visto mordeduras de perro y lo que había en el cuello de O'Farrell era una mordedura de perro.

Orla preguntó con una voz apenas audible:

—¿Se murió?

—No. Unos cuantos puntos.

—Era un perro pequeño —aclaré yo. Esquivé los sujetadores de alguien—. No podía hacerle demasiado daño.

—Después de que los médicos le limpiaran la herida —añadió Conway—, O'Farrell lo confesó todo. No se guardó nada. Cuando lo sacamos esposado aún gritaba: «¡Manténganlo alejado de mí! ¡No dejen que me coja!». Un hombre adulto suplicando como un crío.

—No llegó a juicio —continué yo—. Acabó ingresado en un manicomio. Aún sigue allí.

—¡Madre mía! —exclamó Orla de corazón.

—Así que —dijo Conway—, cuando McKenna dice que los fantasmas no existen, que nos disculpe, pero a nosotros nos da la risa.

No había nada fuera de lugar en los cajones del armario, al menos que yo detectara a simple vista. Pero había ropa para parar un tren; aquellas cuatro muchachas podían haber montado su propio *outlet* de Abercrombie & Fitch. Tampoco había nada en los bolsillos de las prendas colgadas.

—Nadie dice que lo que Alison vio fuera el fantasma de Chris Harper —aclaré yo para tranquilizarla—. Al menos, no de una manera incuestionable.

—No, claro que no —convino Conway—. Podrían ser todo imaginaciones tuyas.

—Bueno —dije yo, empujando con ligeros toquecitos los zapatos para revisarlos —, de lo que no hay duda es de que lo del brazo no fueron imaginaciones tuyas...

Tampoco había nada en el suelo del armario.

—No, eso seguro que no. Pero supongo que puede deberse a la alergia o lo que sea, ¿quién sabe? —Se encogió de hombros con escasa convicción—. Lo único que digo es que si yo supiera algo que pudiera guardar relación con Chris y hubiera guardado el secreto, no me gustaría apagar las luces esta noche.

Llamé al teléfono que me había enviado el mensaje de texto. La pantalla de todos los teléfonos permaneció oscura. Tampoco se escuchó ningún tono de llamada debajo de alguna cama ni de ninguna de las pilas de ropa que había revisado por encima.

—Odio tener que admitirlo —dije yo, volviendo la vista hacia atrás por encima

del hombro con un escalofrío—, pero a mí tampoco.

Los ojos de Orla repasaron la habitación, hasta el último rincón, todas las sombras. Estaba asustada de verdad.

El relato de Conway había dado en el clavo. Pero su objetivo no era solo que Orla lo conociera. «La historia del fantasma», o al menos en la medida en que Orla pudiera recordarla, correría como la pólvora entre las alumnas de cuarto curso en menos de media hora.

—Y ya que sacamos el tema... —Conway agarró con gesto majestuoso su bolso y se dejó caer en la cama de Joanne, justo encima de su uniforme. Y allí se acomodó, para pasmo de Orla, cuyos ojos como platos parecían no entender el atrevimiento de Conway—. Quizá te interese echar un vistazo a esto.

Orla se le acercó lentamente.

—Siéntate —la invitó Conway, dando unas palmaditas en la cama.

Al cabo de un segundo, Orla apartó con cuidado la falda de Joanne y se sentó.

Cerré la puerta del armario y apoyé la espalda en ella. Saqué mi cuaderno. Mantuve un ojo en la puerta del dormitorio para detectar posibles destellos de sombras moviéndose tras ella, en el pasillo.

Conway abrió la cremallera del bolso, sacó la bolsa con la prueba y se la plantó sin más en el regazo a Orla, antes de darle tiempo a comprender qué estaba pasando.

—Ya has visto esto antes —le dijo.

Orla miró el libro de santa Teresa y se mordió ambos labios, con fuerza. El aire silbó al penetrarle en la nariz.

—Haznos un favor. Ahórrate decirnos que no sabes qué hay dentro —le dijo Conway.

Orla intentó negar con la cabeza, encogerse de hombros y poner cara de inocente, todo a la misma vez. Lo que le salió fue una especie de espasmo.

—Orla. Préstame atención. No te estoy preguntando si es vuestro. Te estoy diciendo que ya lo sabemos. Si intentas mentirnos, lo único que conseguirás es hacernos enfadar, a nosotros y a Chris. ¿Es eso lo que quieres?

Atrapada entre la torpeza y el pavor, Orla se zambulló en la única vía de escape que pudo ver.

—¡Es de Joanne!

—¿Qué es de Joanne?

—La llave. Era de Joanne. No era mía.

¡Y bingo! Sin más preámbulos, nuestra Orla delató a sus amigas sin un pestañeo. El aleteo de la nariz de Conway me reveló que ella también lo había olfateado.

—Para el caso, es lo mismo. La robasteis de la enfermería.

—¡No! Juro que nosotras no hemos robado nada.

—Entonces ¿cómo la conseguisteis? ¿Me estás diciendo que la enfermera os la dio porque sois tan guapas que no pudo resistirse?

A Orla se le iluminó el rostro con esa fina malicia.

—Julia Harte la tenía. Probablemente la robara ella, o una de su pandilla. Ella nos hizo una copia, o sea: se la dio a Joanne, no a mí.

De bingo, nada. Las ocho en el punto de mira por la tarjeta y ahora las ocho como posibles testigos oculares. Y, si se terciaba, como posibles asesinas.

Conway la interrogó con la ceja.

—¿Pretendes decirme que Joanne se lo pidió amablemente y Julia le respondió: «Claro, ningún problema, cualquier cosa por ti, bonita»? Y yo voy y me lo creo, porque como sois tan buenas amigas...

Orla se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo no estaba presente.

Yo tampoco había estado presente y sí lo sabía. Chantaje: Joanne había pillado a Julia entrando o saliendo: «O la compartimos o nos chivamos».

—¿Cuándo sucedió eso?

—No sé, hace siglos.

—¿Cuándo es hace siglos?

—Después de Navidades, de las Navidades pasadas. La verdad es que yo ni siquiera había vuelto a pensar en ello durante todo este curso.

—¿Cuántas veces la utilizasteis?

Orla recordó que respondiendo a aquello sí podía meterse en problemas.

—Yo no la he utilizado. Lo juro. Lo juro por lo que más quiero.

—¿Seguirás prometiéndolo cuando encontremos tus huellas en la llave?

—La saqué del libro unas cuantas veces y la volví a guardar, pero lo hice para Joanne y para Gemma. No para mí.

—¿Tú nunca te has escapado a hurtadillas? ¿Ni una sola vez? —Orla se volvió cautelosa. Agachó la cabeza—. Orla —le dijo Conway, cerniéndose sobre ella—. ¿Necesitas que vuelva a explicarte por qué es una mala idea que mantengas la boca cerrada?

Otro destello de aquel miedo.

—Solo salí una vez —respondió Orla—. Salimos las cuatro. Íbamos a encontrarnos con unos chicos del Colm en el recinto del colegio, solo para divertirnos. —Y para beber una cerveza, fumar un porro y darse unos morreos—. Pero daba mucho miedo estar ahí fuera. Estaba muy oscuro; no había imaginado tanta oscuridad. Y luego llegaban ruidos procedentes de los arbustos, como de animales... Los chicos no dejaban de decir que eran ratas. ¡Arrg! Además, nos habrían expulsado si nos hubieran pillado. Y los chicos... —Una risita nerviosa, incómoda—, no sé, aquella noche se comportaron de un modo raro. Parecían mezuquinos. Trataban de...

Habían intentado convencerlas de mantener relaciones sexuales. Quizás estuvieran borrachos, quizá no. No había manera de saber cómo había acabado la cosa. Y tampoco era asunto nuestro.

—Así que no, gracias, yo decidí no salir más, y nunca salí sola.

—Pero Joanne sí lo hizo. Y Gemma.

Orla se relamió el labio inferior y soltó una risita nerviosa. Se le había olvidado aquel miedo de repente: había cambiado de chip justo en el momento en que los cotilleos sobre sexo entraban a formar parte de la historia.

—Sí, pero solo unas cuantas veces.

—Para quedar con los chicos. ¿Quiénes eran?

Sus hombros encorvados se encogieron.

—¿Chris? No, espera... —Conway levantó el dedo a modo de advertencia—. Te recuerdo qué no te conviene mentir.

Sin demora:

—¿Eh?... No, Chris no. Nos lo habrían contado si hubiera sido él.

—¿Estaba él la noche en que salisteis todas juntas?

Negó con la cabeza.

—Por eso sabíais que Selena y Chris salían juntos, ¿verdad? ¿Los visteis juntos aquella noche ahí fuera?

Orla se balanceó hacia delante, hacia mí, con aquella sonrisa de suficiencia y aquellos labios húmedos ensanchándose, disfrutando del momento.

—Gemma los vio ahí fuera. Estaban... el uno encima del otro. Nos dijo que, si se hubiera quedado a mirar cinco minutos más, los habría visto... —Una risa disimulada y un susurro—. ¿Lo ven? Salían juntos. Ustedes no paraban de decirnos: «Va, os lo estáis inventando». Lógicamente, no podíamos decirles cómo lo sabíamos, pero ¿lo entienden ahora? Lo sabíamos seguro.

Al parecer, aquello representaba algún tipo de triunfo.

—Bien jugado —dije yo.

—¿Cuándo sucedió eso? —quiso saber Conway.

Mirada de pez.

—La primavera pasada igual... Quizás en marzo o abril. Antes de que Chris... Ya saben.

Mi ojo se encontró con el de Conway un segundo.

—Sí, eso ya nos lo habíamos figurado —dijo ella—. ¿Le contasteis a alguien que los habíais visto?

—Hablamos con Julia. Le dijimos: «Ejem, perdona, pero este tema hay que solucionarlo».

—¿Y? ¿Lo solucionó?

—Supongo que sí.

—¿Por qué? —pregunté yo fascinado—. ¿Por qué no queríais que Selena saliera con Chris?

Orla abrió la boca de golpe y la cerró de golpe también.

—Porque no. No queríamos y ya está.

—¿No sería porque a una de vosotras le gustaba Chris? No hay nada de malo en eso.

Aquel encogimiento de nuevo curvándole los hombros. Algo la asustaba más que

nosotros y Chris juntos. Tenía que ser Joanne. A Joanne le gustaba Chris.

Conway le dio unos golpecitos al libro.

—¿Cuándo fue la última vez que una de vosotras se escabulló del colegio?

—Gemma salió aproximadamente una semana antes de que le pasara aquello a Chris. ¿Se imaginan qué miedo? Estábamos todas tan, o sea, asustadas que no parábamos de pensar: «Madre mía, si un asesino en serie rondaba por la escuela, ¡podría haberla matado a ella!».

—¿Tú no volviste a salir más después de aquello? ¿Y tus amigas? Ah, ah —el dedo levantado de nuevo—, piénsatelo bien antes de mentirnos.

Orla sacudía la cabeza con tal fuerza que el pelo le fustigaba las mejillas.

—No. Lo juro. Ninguna de nosotras. Después de lo de Chris no nos apetecía demasiado andar vagando por ahí. De hecho, Joanne me dijo que fuera a por la llave y la tirara a la papelera o en cualquier parte, y lo intenté, en serio, pero cuando estaba sacando los libros, ¡madre mía!, una de las monitoras apareció de repente y me preguntó de malas maneras: «¿Qué haces aquí?», porque lo hice después de que apagaran las luces. No podía llevarlo a cabo cuando todo el mundo estaba en la sala común, obviamente. Casi me da un ataque al corazón. Así que, después de aquello, decidí no volver a intentarlo.

Conway levantó una ceja.

—¿Y a Joanne le pareció bien?

—¡Claro que no! ¡Se habría puesto hecha una furia! Le dije que... —Orla soltó una risita traviesa y se tapó la boca con la mano—. Le dije que lo había hecho. Además, nadie podía saber que la llave fuera nuestra, ni siquiera que fuera... —Entonces se le iluminó la bombilla—. ¿Cómo lo han sabido ustedes?

—Por el ADN —respondió Conway—. Ahora regresa a la sala común.

—Selena y Chris —dijo Conway, con la vista clavada en el fondo del pasillo mientras la puerta de la sala común se cerraba tras Orla—. Al final resulta que no era un chisme.

No sonaba contenta con aquello. Y yo sabía por qué: Conway creía que debería haberlo descubierto un año antes.

—A menos que Orla mienta —dije yo—. O que Gemma le mintiera a ella.

—Sí. Pero no lo creo.

Yo tampoco lo creía.

—Veamos qué tiene que decir Selena al respecto —añadió Conway.

No le sacaríamos nada a Selena. Lo presentía, como también intuía que ella estaba en el corazón de todo aquel misterio: pero eran tantas las capas que lo envolvían que jamás seríamos capaces de atravesarlas todas.

—Selena, no —dije yo—. Julia.

Conway me lanzó una mirada fulminante, pero a medio camino cambió de opinión —yo había acertado con lo de Orla— y, en lugar de ello, asintió.

—De acuerdo. Julia.

Orla se encontraba en el centro del cotorreo de la sala común, desplomada en un sofá con una mano en el pecho como si le hubiera dado un ataque de histeria, recabando toda la atención. Joanne parecía lista para matar: Orla terminaba de revelar que no se había deshecho de la llave. La pandilla de Holly no se había movido, pero tenía los ojos clavados en Orla.

Una monja belfa, con aspecto de perrillo faldero, ropa de paisano y toca, supervisaba la sala desde una esquina; las dejaba hablar, pendiente de los cauces por los que discurría la conversación. Por un segundo, me sorprendió que McKenna hubiera delegado aquella tarea, pero entonces lo entendí. Las alumnas diurnas habían regresado a casa y las internas haría ya largo rato que telefonaron a sus hogares. El teléfono de McKenna debía de echar humo. Estaría volcada en contener los daños.

Antes o después, algún padre enojado con arrojo iba a llamar al mandamás. El mandamás telefonaría a O'Kelly. Y O'Kelly, a Conway para cortarle la cabeza.

—Julia —dijo Conway, dejando atrás a la monja—. Acompáñanos.

Un compás de espera, y luego Julia se puso en pie y vino con nosotros. No volvió la vista atrás para mirar a sus amigas.

Dos puertas separaban su dormitorio del de Orla. Transmitía la misma sensación, que lo habían abandonado a toda prisa: las puertas de las taquillas estaban abiertas y las ropas, arrojadas de cualquier manera. Pero en esta ocasión, supe al instante qué zona pertenecía a quién, sin necesidad de comprobar las fotos. Sábanas de un color rojo vivo y un póster retro de Kansas City de Max: Julia. Una colcha de retales de aspecto antiguo y un poema escrito en una hoja de tamaño póster con una esmerada caligrafía del proyecto de Arte: Rebecca. Un móvil colgando hecho a base de cucharas y tenedores de plata, una fotografía buena en blanco y negro de algo que parecía una roca recortada contra un cielo bajo, hasta que la mirabas dos veces y apreciabas que se trataba del perfil de un anciano: Holly. Y Conway había dado en el clavo con respecto a Selena: no había ningún atrapasueños, pero en el edredón de su cama había estampado un unicornio bebiendo en un lago oscuro bajo la luz de la luna, posiblemente sacado de algún óleo antiguo de calidad media. Conway también se percató. Sus ojos tropezaron con los míos, y la sombra de una sonrisa cómplice se desplazó sobre nosotros. No tuve tiempo de pensarlo, pero me dio buena sensación.

Julia se dejó caer en la cama y se apoyó en la almohada, con las manos en la nuca. Estiró las piernas —llevaba puestos unos tejanos y una camiseta de un color naranja vivo con el rostro de Patti Smith estampado, y el pelo suelto— y cruzó los tobillos. En suma, se puso cómoda.

—Ataquen —nos invitó.

Esta vez Conway no se anduvo con cuentos de hadas. Sacó el sobre con la prueba y lo sostuvo colgando entre sus dedos índice y pulgar delante del rostro de Julia. Permaneció en pie frente a ella y la observó. Yo saqué mi cuaderno de notas.

Julia se tomó su tiempo. Dejó que Conway sostuviera la bolsa mientras leía el título del libro.

—¿Es una indirecta? ¿Pretenden decirme que debería ser más casta?

—¿Vamos a encontrar huellas dactilares tuyas en él? —inquirió Conway.

Julia señaló el libro.

—¿Imagina acaso que esta es mi lectura nocturna? ¿En serio?

—¡Qué mona! No vuelvas a hacerlo. Nosotros hacemos las preguntas y tú te limitas a contestar.

Un suspiro.

—No, no van a encontrar mis huellas dactilares ahí, ¿entendido? Gracias por preguntar. Solo leo sobre santas cuando me obligan a hacer trabajos. E incluso así prefiero leer a alguien como, no sé, Juana de Arco, no a una pánfila.

—Yo no sabría diferenciarlas —replicó Conway—. Me lo explicas otro día, si te apetece. Dentro de este libro hay una llave de la puerta que conecta esta ala con el edificio de la escuela. La llave pertenecía a Joanne y su pandilla el año pasado.

Julia movió una ceja; eso fue todo.

—¡Caramba! Eso sí es una sorpresa.

—¿Ah, sí, eh? Pues Orla afirma que es un duplicado de la llave que tú tenías.

Julia suspiró.

—Vaya, Orla —le soltó al aire—. ¿Quién es la mocosa más predecible del mundo? ¡Tú, sí, tú!

—¿Pretendes decirnos que Orla miente?

—Es obvio, ¿no? Yo nunca he tenido una llave de esa puerta. Pero Joanne no es tonta. Sabe que cualquiera que tuviera esa llave podría haber estado fuera la noche en que mataron a Chris y que, por lo mismo, tiene un problema de órdago con McKenna, un problema que quizá conlleve la expulsión. Así que ¿cómo no iba a echar pelotas fuera?

—No ha sido Joanne quien nos lo ha dicho, sino Orla.

—Claro. Con el puño de Joanne metido por el culo.

—¿Por qué iba a querer Joanne meteros en problemas?

Ceja.

—¿Aún no se han dado cuenta de que no nos traga?

—Sí —respondió Conway—, claro que nos hemos dado cuenta. Pero explícanos otra vez a qué se debe.

Julia se encogió de hombros.

—Da igual.

—A nosotros, no.

—Pues entonces preguntenselo a Joanne. Porque a mí no me interesa saberlo.

—Si alguien me detestara tanto como para intentar hacer que me expulsaran y me arrestaran, a mí sí me importaría saber por qué.

—El porqué sí lo sé: porque nos importa un bledo lo que Joanne piense. Y en su mente minúscula, eso es una especie de pecado mortal.

—¿No es debido a que Selena salía con Chris? —preguntó Conway.

Julia hizo el gesto de golpearse en la frente con la palma de la mano.

—No, por favor, si vuelvo a escuchar esa historia me voy a clavar un par de bolígrafos en los tímpanos. Eso no es más que un rumor. Jopé, si incluso las de primer curso saben que no deben creerse todo lo que les digan a menos que existan pruebas reales de ello. ¿Ustedes no?

—Gemma los vio enrollándose.

Un destello de algo, solo una vez: había sorprendido a Julia con la guardia baja. Luego un gesto de advertencia con el dedo.

—Eh, oiga, un momento. Orla dice que Gemma los vio, que no es lo mismo.

Conway apoyó la espalda en la pared que había junto a la cama de Julia, sostuvo la bolsa en alto, le dio un golpecito con el dedo y contempló cómo daba vueltas.

—¿Qué va a decirnos Selena si te dejó marchar y le pregunto a ella? Ya sabes que no soy precisamente agradable interrogando.

A Julia se le tensó el rostro.

—Le diré lo mismo que le dije cuando se lo preguntó el año pasado.

—Yo no estaría tan segura —replicó Conway—. Tienes que haberte dado cuenta: Selena no es la misma persona que era hace un año.

Diana. Vi a Julia sopesar algo, apilarlo y equilibrarlo. La vi tomar una decisión.

—No era Selena quien salía con Chris —respondió—. Era Joanne.

—De acuerdo —dijo Conway—. Tú dices que era ella, ella dice que era Selena, y el detective Moran y yo nos dedicamos a jugar al pillapilla de los rumores hasta la madrugada.

Julia se encogió de hombros.

—Pueden creérselo o no, como quieran. Pero Joanne salió un par de meses con Chris, antes de las Navidades pasadas. Y luego él la dejó tirada sin más. Y a ella no le gustó nada de nada.

Conway y yo nos abstuvimos de mirarnos, no lo necesitábamos. Un motivo... si era cierto. Aquel caso estaba repleto de mentiras, era imposible agarrarse a él sin revelar un puñado de ellas.

—¿Y cómo es posible que nadie nos lo explicara el año pasado? —preguntó Conway con la mandíbula endurecida.

Se encogió de hombros.

—¡La madre que os parió a todas! —Conway no se movió, pero la línea de su columna vertebral indicaba que estaba lista para salir disparada por el techo—. ¡No es que hubiéramos pillado a alguien fumando en el lavabo! Era una investigación por homicidio. ¿Por qué decidisteis todas ocultar este hecho? ¿Es que sois tontas de remate o qué demonios os pasa?

Julia levantó los ojos y las palmas de las manos hacia el cielo.

—Perdone, ¿se ha dado cuenta de dónde estamos? Ustedes han descubierto lo de la llave de Joanne y lo primero que ha hecho ella ha sido incriminarme a mí. Si alguien les hubiera explicado que salía con Chris, habría hecho exactamente lo

mismo: volverse contra esa persona y arrastrarla al barro con ella. ¿Y quién quiere eso?

—Entonces ¿por qué nos lo cuentas ahora?

Julia miró a Conway con esa mirada perezosa de los adolescentes.

—Porque este año estudiamos Responsabilidad Civil.

Conway recobró la compostura. Se concentró en Julia igual que se había centrado en aquel sándwich.

—¿Cómo sabes que salían juntos?

—Lo oí por ahí.

—¿A quién?

—Yo qué sé. No me acuerdo. Se suponía que era supersecreto, pero, claro, eso es imposible.

—Un rumor —apuntó Conway—. Creía que incluso las de primer curso saben que no han de creerse nada de lo que oyen por ahí. ¿Alguna prueba?

Julia rascó algo que había enganchado en el marco de su póster de Max. Volvía a sopesar cosas en su pensamiento.

—Sí, en realidad sí. O una especie de prueba.

—Explícanosla.

—Oí que decían que Chris le había entregado a Joanne un teléfono, uno especial, para poder enviarse mensajes de texto sin que nadie lo supiera.

—¿Por qué?

Otro encogimiento de hombros.

—Pregúntenselo a Joanne. No es asunto mío. Y luego, cuando la dejó, escuché que Joanne había obligado a Alison a comprarle aquel teléfono. No lo juraría por la vida de mi madre, pero Alison apareció con uno nuevo tras las Navidades. Y estoy segura de que no se lo ha cambiado desde entonces.

—¿Tu prueba es que Alison tiene un teléfono nuevo?

—Alison tiene un móvil que Joanne utilizaba para hacer lo que fuera que ella y Chris hicieran con él, cosa que no quiero ni imaginarme. Obviamente, apuesto lo que sea a que borró todos los mensajes de texto después de que Chris muriera, pero ¿la policía no puede tomar medidas? ¿No podría recuperarlos?

—Claro —respondió Conway—. ¿Por qué no? Como en *CSI*. ¿Y te ha recordado el hecho de estudiar Responsabilidad Civil algo más que debieras decirnos?

Julia se llevó un dedo a la barbilla y dejó vagar la mirada.

—Les prometo que no se me ocurre nada más.

—Por supuesto —respondió Conway—, ya me lo figuraba. Ven a vernos si lo hicieras. —Y abrió la puerta.

Julia se desperezó y bajó de la cama.

—Hasta la vista —me dijo, con una sonrisita, y se despidió con la mano.

La observamos recorrer el pasillo y entrar en la sala común. Julia no volvió la vista atrás, pero su forma de caminar revelaba que notaba nuestros ojos posados en ella. Bamboleaba el trasero con sorna.

—Joanne —dijo Conway.

El nombre fue engullido por el silencio. La sala lo escupió fuera y se cerró de golpe, tensa, tras pronunciarlo.

—Medios, oportunidad y motivo —dije—. Quizá.

—Sí, quizá. Si todo encaja. Si Chris dejó a Joanne, eso explicaría por qué le molestaba tanto que le gustara Selena.

—Sobre todo si la dejó por Selena.

—Y explicaría por qué la pandilla de Joanne odia también a Julia.

—Nos están utilizando —comenté—. Ambos grupos.

—Sí. Para fastidiarse las unas a las otras. —Conway, con las manos metidas en los bolsillos traseros del pantalón, seguía con la vista clavada en el hueco que había dejado Julia—. No me gusta ser el hazmerreír de unas niñas ricas.

Me encogí de hombros.

—A mí no me importa seguirles un poco el juego si a cambio obtenemos lo que buscamos.

—A mí tampoco me importaría, si estuviera segura de que sabemos qué persiguen y por qué. —Conway se enderezó y se sacó las manos de los bolsillos—. ¿Dónde está el teléfono de Alison?

—En su cama.

—Confirmaré con Alison su procedencia. Tú registra esta habitación.

La mera idea de hacerlo me puso la piel de gallina: quedarme allí solo, rodeado de adolescentes y de braguitas en cuyo trasero ponía QUIZÁ. Pero Conway tenía razón: no podíamos permitir que alguien se deshiciera del teléfono de Alison, ni tampoco abandonar aquel dormitorio sin haberlo registrado, aparte de que Conway era la única que conocía el camino de vuelta para ir en busca de Alison.

—Nos vemos en cinco minutos —le dije.

—Si alguna de ellas se presenta aquí, te vas derecho a la sala común. Allí estarás a salvo.

No bromeaba. Yo sabía que tenía razón, pero la sala común tampoco me parecía un lugar seguro.

Cerró la puerta al salir. Durante una estúpida fracción de segundo, tuve la sensación de que mi compañero me había abandonado en el barro. Me dije a mí mismo: «Conway no es mi compañera».

Volví a enfundarme los guantes y empecé el registro. El teléfono de Selena sobresalía del bolsillo de su chaqueta, sobre la cama, y el de Julia estaba en su mesilla. El de Rebecca descansaba sobre su colcha y faltaba el de Holly.

Empecé por las taquillas que había junto a las camas. Algo en el interrogatorio de Julia me tenía intranquilo. Lo había almacenado en algún recoveco de mi mente pero no atinaba a poner el dedo en la llaga: se trataba de un asunto que había mencionado, que habíamos pasado por alto cuando debíamos haber insistido en él.

Julia temblando delante de nosotros como un colgante de brillantes para evitar que interrogáramos a Selena. Me pregunté hasta dónde sería capaz de llegar por proteger a Selena o cuanto Selena supiera.

No había teléfonos adicionales en las taquillas. Aquella pandilla sí tenía libros, además de sus iPods y cepillos para el pelo y otras cosas, pero ninguno con fragmentos recortados. A Julia le gustaban las novelas policíacas, Holly estaba leyendo *Los juegos del hambre*, Selena iba por la mitad de *Alicia en el país de las maravillas* y a Rebecca le gustaba la mitología griega.

También las cosas antiguas. Yo no conocía el poema que colgaba encima de su cama —lo cierto es que sé menos poesía de lo que me hubiera gustado; leí lo que tenían en la biblioteca cuando era crío y voy leyendo lo que puedo por ahí cuando se me presenta la ocasión, cosa que rara vez ocurre—, pero parecía un poema antiguo, de la época de Shakespeare.

AMISTAD A BUEN RECAUDO

Sentémonos y agradezcamos a nuestra estrella
habernos brindado una felicidad y una calma tan bella,
tan alejada del ruido de la guerra
que al corazón del otro nos aferra.

¿Por qué deberíamos albergar temor?
Si el curso del mundo desconoce el amor.
Por muchos peligros que nos acecharan,
que nuestra amistad intacta encontraran.

Nuestro encanto es tan poderoso,
que ningún horror resulta lastimoso;
ni siquiera nuestras travesuras pueden dañar
la inocencia y la amistad.

KATHERINE PHILIPS

La esmerada caligrafía de una niña, con aquellos bonitos árboles y renos entretejidos en las mayúsculas; los niños necesitan que su amor resplandezca en las paredes, revelárselo al mundo. No debería haberme conmovido, pues soy un adulto.

Si yo hiciera una postal para colgar en El lugar de los secretos: yo, con una sonrisa de oreja a oreja, rodeado de mis colegas. Abrazándolos por los hombros y con las cabezas juntas, nuestros contornos fusionados en uno solo. Éramos tan inseparables como Holly y sus amigas, irrompibles. Y el pie de foto: *Mis amigos y yo*.

Ahora serían agujeros en el papel. Amputados por unas tijeras diminutas, con recortes delicados y minúsculos, resiguiendo a la perfección hasta el último pelo amado: la cabeza hacia atrás de un amigo que reía, el codo de otro que me agarraba

por el pescuezo, en broma, y el brazo de un tercero abierto, para recobrar el equilibrio. Ya no estarían allí.

He dicho que suelo caerle bien a la gente. Y es cierto; caigo bien, siempre ha sido así. Siempre ha habido mucha gente dispuesta a ser mi amiga. Pero eso no implica que yo quiera ser su amigo. Unas copas, un poco de billar inglés o ver un partido, estupendo, me apunto. Pero ahí acaba todo; amistad verdadera: en absoluto. No estoy hecho para eso.

Aquellas muchachas, en cambio, sí lo estaban. Se habían zambullido a un kilómetro de profundidad y nadaban como delfines, ajenas a toda preocupación. «¿Por qué deberíamos albergar temor?». Nada podía lastimarlas, al menos no de verdad, no mientras se tuvieran las unas a las otras.

La brisa mecía las cortinas entre leves siseos. Saqué el teléfono móvil y llamé al número desde el que me habían enviado el mensaje de texto. No hubo respuesta, ni tono de marcación. Los móviles permanecieron allí, sin iluminarse.

Un calcetín debajo de la cama de Holly, una funda de violín bajo la de Rebecca, nada más. Empecé por el armario. Tenía la mano metida hasta la muñeca entre camisetas de algodón suave cuando lo noté: un movimiento, detrás de mi hombro, en el pasillo. Un cambio en la textura de la quietud, un parpadeo a través de la luz que se filtraba por la puerta entreabierta.

Permanecí inmóvil. Silencio.

Aparté las manos del armario y giré sobre mis talones, como si tal cosa, como si anduviera leyendo otra vez el poema de Rebecca; ni siquiera miré hacia la puerta. Atisbaba la grieta por el rabillo del ojo. La mitad superior iluminada, la mitad inferior a oscuras. Había alguien detrás.

Saqué mi teléfono móvil y me dediqué a toquetearlo mientras paseaba por la habitación, con la mente puesta en otros asuntos. Apoyé la espalda contra la pared que había junto a la puerta, fuera de la línea de visión. Esperé.

En el pasillo no se movió nada.

Agarré el picaporte y abrí la puerta de sopetón, con un único movimiento rápido. No había nadie.

El baile de San Valentín. Doscientos alumnos de tercer y cuarto curso del San Kilda y el San Colm, ellas depiladas y ellos afeitados, ambos ungidos cuidadosamente con docenas de sustancias de todos los colores y texturas, vestidos con sus mejores galas, después de haber agonizado pensando en qué ponerse, con las hormonas disparadas hacia el cielo y oliendo a docientos desodorantes distintos, apiñados en el salón de actos del San Kilda. Pantallas de móviles moviéndose arriba y abajo, destellando en blanco y azul entre la multitud, cual luciérnagas, mientras la gente se graba entre sí. A Chris Harper, que está en medio de la muchedumbre, con una camisa roja, chocando el hombro y riendo a carcajadas con sus amigos para llamar la atención de las chicas, le quedan tres meses, una semana y un día de vida.

Solo son las ocho y media y Julia ya está aburrída. Ella y sus tres amigas forman un corrillo cerrado en la pista de baile, haciendo caso omiso de las toneladas de «¡Jajajaja! ¿Habéis visto?!» que la panda de Joanne anda soltando porque Becca se ha presentado en tejanos. A Holly y a Becca les encanta bailar, así que se lo están pasando de fábula, y Selena parece bastante feliz también, pero Julia está a punto de fingir unos dolores de regla terribles para escabullirse. Por encima de sus cabezas, en el equipo de sonido suena una canción de amor que se ha sincronizado con unas luces elegantes y animadas, Justin Bieber o posiblemente Miley Cyrus, alguien lo bastante fino de cara capaz de interpretar toda una panoplia de movimientos sensuales. Las luces destellan intermitentes en rojo y rosa. La comisión, tipos con estrellas de oro y el pelo engominado que ya trabajan en sus currículos, ha decorado el vestíbulo con corazones de papel calado, guirnaldas y ese tipo de cosas, en colores predecibles. El lugar al completo rezuma un aire pegajoso a idilio amoroso, aunque dos maestras montan guardia en la puerta por si acaso alguna pareja decide escabullirse y hacer cosas inenarrables en un aula. Además, si alguien está lo bastante sonado y es lo suficientemente atrevido como para empezar a bailar agarrados porque suena una balada, entonces la majareta de la hermana Cornelius se lanza a la carga y prácticamente los rocía con una manguera contra incendios repleta de agua bendita.

La mayoría de quienes no pertenecen a la comisión mantienen un ojo puesto en las puertas del vestíbulo. Por la tarde, antes del baile, los chicos del Colm descienden por la carretera que hay tras el Kilda y lanzan bebidas alcohólicas por encima del muro, en los arbustos, donde luego las recogen si son capaces de escaparse a hurtadillas de la sala. Al día siguiente, las chicas del Kilda rebuscan todo lo que no se recogió y se emborrachan en sus dormitorios. Esta tradición se mantiene viva desde hace tanto tiempo que a Julia le cuesta creer que nadie se haya percatado, sobre todo teniendo en cuenta que dos de las profesoras estudiaron en el San Kilda y, presumiblemente, ellas también debieron de hacerlo. La señorita Long y la señorita Naughton tienen pinta de haber nacido siendo maestras irlandesas de cuarenta años en 1952 y de no haber cambiado un ápice desde entonces, ni siquiera de haber

mudado sus asquerosos pantis de color pardo, así que quizá, si es que alguna vez fueron adolescentes, se les haya borrado de la memoria, pero hace poco que Julia se pregunta si no será más complicado que todo eso. A lo mejor, la señorita Long y la señorita Naughton no sean en un noventa y nueve por ciento unas maestras deprimentes y, de alguna manera, sigan reservando un uno por ciento de sí mismas a las risas ahogadas que provoca el *whiskey* y se mantengan leales a eso. Se pregunta si no será ese en particular uno de los secretos mejor guardados de los adultos: cuánto tiempo perduran las cosas, invisibles, en el interior. O eso o eran de esa clase de perdedores que en sus días de escolares jamás oyeron hablar de los arbustos donde se guardaba el alcohol.

Julia baila con el piloto automático puesto y comprueba furtivamente si tiene manchas de sudor en las axilas mientras levanta los brazos. El año pasado disfrutó mucho en el baile de San Valentín; o tal vez *disfrutar* no sea el término más acertado, pero se sintió como si importara. El año pasado todo parecía emocionante y turbador, a punto de hervir con su propia trascendencia. Este curso había esperado que fuera lo mismo, pero en su lugar tiene la sensación de que el baile importa bastante menos que pasarse un rato sacándose los mocos de la nariz. Y está molesta. La mayoría de las cosas que hace cada día no tiene sentido, pero al menos nadie espera que las disfrute.

—Regreso en un segundo —les grita a las otras, imitando con un gesto que va a tomar algo, y abandona el baile.

Empieza a abrirse camino estrujándose por entre la multitud y avanza hacia el final. Las luces y el baile y la masa de cuerpos hacen sudar a todo el mundo. El maquillaje de Joanne Heffernan se está derritiendo, cosa que no sorprende a Julia, dada la cantidad que se pone. A Oisín O'Donovan eso no parece importar. Mientras intenta maniobrar su mano y meterla dentro del vestido de Joanne, empieza a sentirse frustrado porque el vestido es complicado y Oisín es tonto de remate.

—O sea, que no me toques, bollera —espeta Joanne girando la cabeza hacia atrás, cuando Julia intenta deslizarse sin rozar ni una sola molécula del trasero de diseño de Joanne.

—Qué más quisieras tú —le dice Julia, y le pisa uno de sus zapatos de tacón—. Uy.

Al fondo del vestíbulo hay una larga mesa de vasos de papel con cupidos estampados, dispuestos en fila alrededor de una gran ponchera de cristal falso. El ponche tiene un color rosa chillón que recuerda a medicina para bebés. Julia coge un vaso. Es limonada con colorante alimenticio.

Finn Carroll está apoyado en la pared que hay junto a la mesa. Finn y Julia se conocen, más o menos, de la sociedad de debate; cuando la ve, enarca una ceja, levanta el vaso a modo de brindis y grita algo que ella no acierta a oír. Finn tiene el pelo pelirrojo y brillante, una melena que le cae en rizos deshechos por la nuca, y es inteligente. Esa combinación representaría la muerte social para la mayoría de los

muchachos, pero Finn tiene las pecas mínimas a tono con el cabello, juega decentemente bien al rugby y se le están ensanchando los hombros y el cuerpo más rápido que a la mayoría de los muchachos de su clase, de manera que lo lleva bien.

—¿Qué? —le grita Julia.

Finn se inclina para hablarle al oído.

—No te bebas ese ponche —le grita—. Está asqueroso.

—A conjunto con la música —le responde Julia vociferando.

—Es insultante. «Como son adolescentes, les tienen que gustar las baladas de moda». No se les ocurre que algunos de nosotros podamos tener gusto musical.

—Deberías haberle hecho el puente al equipo de sonido —grita Julia. A Finn se le da bien la electrónica. El trimestre pasado conectó una rana en clase de biología para que cuando Graham Quinn fuera a diseccionarla, saltara, y Graham se cayó de culo del taburete. Julia lo respeta por eso—. O al menos haber comprado algo afilado que pudiéramos clavarnos en los tímpanos.

Finn le dice, lo bastante cerca como para no necesitar gritar:

—¿Quieres comprobar si podemos escaparnos?

Finn es un tipo bastante sensato, para ser alumno del Colm; a Julia le gusta la idea de mantener una conversación como Dios manda con él, cree que existe una posibilidad razonable de hacerlo sin que él invierta demasiado tiempo en intentar meterle la lengua por la garganta y, además, no se lo imagina fardando delante de los imbéciles de sus amigos diciéndoles que se dedicó a practicar sexo salvaje entre los arbustos. Pero alguien notará que se han largado y los rumores correrán de todos modos.

—No —responde ella.

—Tengo una botella de *whiskey* ahí fuera.

—Odio el *whiskey*.

—Pues ya mangaremos otra cosa. Hay toda una destilería en esos arbustos. Tú eliges.

Las luces de colores se deslizan por el rostro de Finn, que ríe.

Entonces Julia piensa, con las prisas y el atolondramiento, que le importan un carajo todos esos rumores sobre sexo salvaje.

Mira hacia donde están sus tres amigas: siguen bailando. Becca tiene los brazos en cruz y da vueltas sobre sí misma con la cabeza echada hacia atrás, como una niña, sin dejar de reír. En cualquier momento se va a marear, tropezará con sus propios pies y caerá al suelo.

—Pégate a mí —le dice Julia a Finn, y empieza a caminar como si tal cosa hacia la puerta de la sala—. Cuando diga «Ahora», echa a correr.

La hermana Cornelius guarda la puerta con gesto ceñudo; la señorita Long ha ido al otro extremo de la sala a despegar a Marcus Wiley de Cliona, que parece no estar segura de a cuál de los dos odia más. La hermana Cornelius mira con recelo a Julia y Finn. Julia le sonrío.

—El ponche está delicioso —le grita, levantando el vaso a modo de brindis.

La hermana Cornelius pone una expresión más recelosa aún.

Julia deja su vaso en el alféizar de una ventana. Ve por el rabillo del ojo a Finn, quien al parecer lo capta rápido y hace lo mismo. Becca se cae. La hermana Cornelius pone cara de tener que aventurarse en una misión salvaje y avanza en desbandada hacia la sala, apartando a derecha e izquierda de su camino a los bailarines, para interrogar a Becca, inspeccionarle el aliento y someterla a una prueba de drogas para adolescentes. Holly se encargará de ella, no hay problema; los adultos suelen creerse a Holly, quizá por la profesión de su padre, o tal vez solo por su forma de mentir con total sinceridad.

—Ahora —dice Julia, y se escabulle por la puerta.

Oye el portazo a su espalda una milésima de segundo después, pero no vuelve la vista para mirar hasta que ha salvado el pasillo y se ha adentrado en el aula de Matemáticas, que está a oscuras, y las pisadas que reverberaban tras ella se convierten en Finn meciéndose en el marco de la puerta.

La luz de la luna vetea el aula, se enreda confusamente en los respaldos de las sillas y las patas de los escritorios. La música se ha convertido en palpitations y aullidos histéricos en la distancia, como si alguien tuviera una Rihanna diminuta encerrada en una caja.

—Genial —dice Julia—. Cierra la puerta.

—Joder —se lamenta Finn al darse un golpe en la espinilla con una silla.

—Shhh. ¿Nos ha visto alguien?

—Creo que no.

Julia está abriendo el cerrojo de la ventana. La luz de la luna se desliza sobre sus rápidas manos.

—Habrà alguien vigilando los terrenos —observa Finn—. Al menos, en nuestros bailes lo hacen.

—Ya lo sé. Calla. Y retrocede, ¿o quieres que te vean?

Esperan, con la espalda apoyada en la pared, escuchando aquel chillido diminuto y la vista puesta en la extensión de hierba vacía y en la puerta del aula. Alguien se ha olvidado el jersey del uniforme, que parece un garabato en el respaldo de una silla; Julia lo agarra y se lo pone encima del vestido a lunares. No le queda especialmente halagador: le va demasiado grande y tiene marcada la forma de unos pechos, pero es calentito y se nota el frío que hace en el exterior penetrando a través del cristal. Finn se cierra la cremallera de la sudadera.

Primero llegan las sombras, deslizándose alrededor de la esquina del ala de las internas, alargadas en la hierba. La hermana Verónica y el padre Niall del Colm avanzan juntos, volviendo la cabeza a un lado y a otro, escaneando hasta el último centímetro del lugar.

Cuando quedan fuera de su vista, Julia cuenta hasta veinte para dejarles tiempo para que doblen la esquina del ala de las monjas, y luego diez más por si acaso se han

detenido a mirar algo, y otros diez más solo para curarse en salud. Entonces abre la ventana, apoya la espalda contra el marco, pasa los pies al otro lado y salta a la hierba: un movimiento, lo bastante sigiloso como para que Finn, de no haber tenido la mente ocupada en otras cosas, se hubiera dado cuenta de que no era la primera vez que lo hacía. Al escucharlo aterrizar tras ella, sale disparada, corriendo a toda prisa para ponerse a cubierto bajo los árboles. Los oídos aún le pitan por la música, las estrellas tintinean sobre su cabeza al ritmo de sus pisadas.

Focos rojos, rosas y blancos giran dibujando extraños patrones entrecruzados como señales codificadas demasiado veloces para ser descifradas. La vibración en el suelo, en las paredes y en cada uno de sus huesos se les cuela dentro como una corriente eléctrica, saltando de una mano en alto a la siguiente por toda la pista de baile, sin aflojar en ningún momento, venga, venga, venga.

Selena lleva demasiado rato bailando. Las luces entrecruzadas empiezan a parecer seres vivos, mareados y desesperadamente perdidos. Selena empieza a diluirse por los bordes, empieza a perder la noción de la línea fronteriza por la que ella deja de existir y empiezan a hacerlo el resto de las cosas. Junto a la mesa del ponche, Chris Harper inclina hacia atrás la cabeza para beber y Selena saborea su bebida, alguien le golpea en la cadera y no acierta a decir si el dolor le pertenece a ella o a los demás, Becca alza los brazos y Selena los nota como si fueran suyos. Sabe que tiene que dejar de bailar.

—¿Te encuentras bien? —le grita Holly, sin perder el ritmo.

—Voy a beber algo —le responde Selena a gritos, señalando hacia la mesa del ponche.

Holly asiente y vuelve a intentar un complicado paso con el pie y la cadera. Becca salta arriba y abajo. Julia se ha ido, se ha escabullido; Selena nota el hueco en la sala donde debería estar. Y eso desestabiliza aún más las cosas. Camina apoyando los pies en el suelo con cuidado, intentando notarlos. Y se recuerda a sí misma: «El baile de San Valentín».

El ponche sabe a error, a tardes estivales en la hierba, hace mucho tiempo, corriendo descalzas, entrando y saliendo por puertas abiertas; no se antoja oportuno para este embrollo de oscuridad, ruidos sordos y sudor. Selena se apoya en la pared y piensa en cosas que pesan mucho y no ceden. La tabla periódica. Las conjugaciones de los verbos en gaélico. La música ha bajado un punto, pero sigue interponiéndose en su camino. Le gustaría taparse los oídos con los dedos un segundo, pero sus manos no parecen pertenecerle y llevárselas hasta los oídos se le antoja demasiado complicado.

—Hola —la saluda alguien a su lado.

Es Chris Harper. Hace un tiempo a Selena le habría sorprendido que la saludara. Chris Harper es un chico superguay y ella no lo es; no recuerda haber mantenido

nunca una conversación con él. Sin embargo, los últimos pocos meses han ido a su propio ritmo, exuberantes, y la han puesto en contacto con cosas asombrosas que Selena sabe que no necesita entender. A estas alturas, casi espera que sucedan.

—Hola —responde.

—Me gusta tu vestido —le dice Chris.

—Gracias —contesta Selena, bajando la vista para recordar qué lleva puesto. El vestido la confunde. Se dice a sí misma: «2013».

—¿Qué? —pregunta Chris.

Mierda.

—Nada.

Chris la mira.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta.

Y, como si pensara que pudiera estar mareada, antes de que a ella le dé tiempo a apartarse, alarga una mano para agarrarla por el brazo desnudo.

De repente todo se enfoca, colores vivos dentro de contornos nítidos. Selena vuelve a notar los pies, siente un hormigueo feroz, como si se le hubieran dormido. El cosquilleo de la cremallera a lo largo de la columna vertebral dibuja una línea diminuta y precisa. Mira a los ojos a Chris, de color avellana incluso en aquella luz tenue, pero sin saber cómo, ve también la sala de baile y los focos ya no son señales ni cosas perdidas, son luces y Selena no se había percatado de que fueran tan rojas, rosas y blancas. La sala al completo es sólida, vívida y zumba con su propia claridad. Y Chris, con el cabello resplandeciente, su cálida camisa roja y esa pequeña arruga de desconcierto entre las cejas, todo ello realzado por el efecto de los focos, es la cosa más real que Selena haya visto jamás.

—Sí —responde—. Estoy bien.

—¿Segura?

—Segurísima.

Chris le suelta el brazo y, en ese preciso instante, la claridad desaparece en un parpadeo: la sala se vuelve errática y desordenada de nuevo. Pero ella sigue notando esa entereza y esa calidez por todo el cuerpo, y Chris sigue pareciendo real.

—Pensaba que... —empieza a decir él.

La mira como si nunca la hubiera visto, como si un fantasma de lo que acaba de ocurrir se hubiera apoderado de su cuerpo también.

—Parecías... —continúa diciendo.

Selena le sonrío y le explica:

—Me he sentido un poco rara momentáneamente, pero ya estoy bien.

—Antes se ha desmayado una chica, ¿lo has visto? Aquí hace un calor de mil demonios.

—¿Por eso no estás bailando?

—He bailado antes, pero ahora me apetecía mirar un rato.

Chris le da un trago a su ponche y pone una mueca mirando la copa. Selena no se

aparta de él. La huella de su mano en el brazo resplandece con un brillo dorado incandescente que flota en el oscuro entorno. Quiere seguir hablando con él.

—Eres su amiga, ¿verdad? —le pregunta Chris mientras señala a Becca.

Becca baila como una niña de ocho años, pero una niña de ocho años que casi no existía cuando ellas tenían esa edad, una niña que nunca ha visto un vídeo musical; nada de movimientos con el trasero, ni de contoneos con las caderas, nada de pasos con las tetas bien afuera, simplemente baila, como si nadie le hubiera dicho que hay una manera correcta de hacerlo, como si lo estuviera haciendo solo para disfrutar.

—Sí —responde Selena.

Sonríe al mirar a Becca. Becca parece completamente feliz. Holly, en cambio, no tanto: tiene a Marcus Wiley bailando detrás de ella, intentando frotarse con su culo.

—¿Por qué va vestida así?

Becca lleva tejanos y una camisola blanca con puntilla en los bordes, y lleva el pelo recogido en una trenza larga.

—Porque le gusta —explica Selena—. No le gusta llevar vestido.

—¿Qué pasa? ¿Es lesbiana?

Selena sopesa su respuesta.

—No creo —dice.

Marcus Wiley sigue intentando restregarse contra Holly. Holly deja de bailar, se da media vuelta y le deletrea algo como si fuera idiota. Marcus abre la boca y se queda ahí plantado, parpadeando, hasta que Holly le enseña el dedo corazón a modo de despedida; entonces él sigue medio bailando, fingiendo que se va alejando sin darse cuenta, mientras comprueba como un poseso si alguien ha presenciado lo que acaba de suceder. Holly le tiende las manos a Becca y empiezan a dar vueltas juntas. Ahora sí parecen felices las dos. Selena está a punto de soltar una carcajada sonora.

—Deberías haber hablado con ella —le dice Chris—. Convencerla para que se pusiera algo normal. O incluso algo como lo que llevas tú.

—¿Por qué? —le pregunta Selena.

—Porque mira... —Chris señala con la cabeza hacia Joanne, que se contonea al son de la música al tiempo que le cotorrea algo al oído a Orla. Ambas sonríen con aire de superioridad mientras miran a Becca y Holly con cara de pasmo—. La están poniendo de vuelta y media.

—¿Y a ti qué más te da? —pregunta Selena.

No pretende ser brusca, simplemente se lo pregunta (ni siquiera imaginaba que Chris supiera de la existencia de Becca), pero Chris mira a su alrededor con brusquedad.

—¡No me gusta ella! Joder.

—Vale —responde Selena.

Chris vuelve a contemplar la pista de baile. Dice algo, pero el DJ está introduciendo una canción con un montón de bajos y Selena no lo oye.

—¿Qué? —grita.

—He dicho que me recuerda a mi hermana.

El DJ sube el volumen al nivel de un terremoto.

—¡Joder! —grita Chris, con un arrebató súbito de irritación que le lleva a echar la cabeza hacia atrás—. ¡Este jodido ruido!

Joanne los ha detectado; desvía la mirada cuando ve a Selena mirándola, pero la curva de su labio superior indica que no le hace ninguna gracia.

—Salgamos fuera —propone Selena.

Chris se la queda mirando, intentando descifrar si se refiere a lo que la mayoría de las chicas se referirían. Selena no encuentra un modo fácil de explicarlo, así que no lo intenta.

—¿Cómo? —le grita él al final.

—Pidiendo permiso.

Chris la mira como si hubiera perdido la chaveta, pero con gracia.

—Como no vamos a enrollarnos —le explica Selena—, no tenemos por qué ir a ningún sitio íntimo ni en silencio. Podemos sentarnos ahí fuera, cerca de las puertas. Igual nos dejan.

Chris parece quedarse de piedra en varios sentidos. Selena espera, pero al ver que él no responde nada, le propone:

—Vamos. —Y se encamina hacia las puertas.

Normalmente, todo el mundo se los quedaría mirando durante el trayecto, pero Fergus Mahon acaba de verterle ponche a Garret Neligan por el cuello y Garret Neligan se ha encarado con él y los dos han ido a caer encima de Barbara O'Malley, que se ha pasado las últimas dos semanas explicándole a quien quiera oírlo que su vestido es de Roksanda De Tal y se está desgañitando. Chris y Selena son invisibles.

Hay algo de su parte que les allana el camino. Incluso en las puertas: si la hermana Cornelius estuviera allí, no tendrían la más mínima oportunidad —aunque la hermana Cornelius no estuviera trastornada, este año las monjas miran a Selena y sienten la necesidad imperiosa de encerrarla, por el bien de los muchachos, de ella misma o de la decencia en general, probablemente ni siquiera ellas lo sepan—, pero es la señorita Long quien monta guardia mientras la hermana Cornelius anda vociferándoles a Fergus y Garret.

—Señorita Long —le grita Selena—. ¿Podemos sentarnos en las escaleras?

—Por supuesto que no —responde la señorita Long, distraída por el hecho de que Annalise Fitzpatrick y Ken O'Reilly estén acurrucados en un rincón y una mano de Ken le quede fuera de la vista.

—Nos quedaremos aquí mismo, en la parte baja de las escaleras, donde pueda vernos. Solo queremos hablar.

—Podéis hablar aquí.

—Aquí no se puede. Hay demasiado ruido y... —Selena abre los brazos y hace un gesto con el que señala los focos, a la gente bailando y la sala en general, y añade —: Queremos hablar como es debido.

La señorita Long aparta la mirada de Annalise y Ken por un instante. Examina a Selena y a Chris con escepticismo.

—*Como es debido* —repite.

Algo lleva a Selena a sonreírle, de oreja a oreja, una sonrisa sincera, radiante. No tiene previsto hacerlo; simplemente sucede, de la nada, porque nota un molinete girar en el interior de su pecho que le dice que está ocurriendo algo maravilloso.

Durante medio segundo, la señorita Long está a punto de sonreírle. Pero aprieta los labios y la sonrisa desaparece.

—De acuerdo —dice—. En la parte baja de esas escaleras. No os voy a quitar la vista de encima. Voy a comprobar que estéis ahí cada treinta segundos y, si no es así u os pillo cogiéndoos de la mano, os vais a meter los dos en un buen lío. Un lío más grande de lo que podáis imaginar siquiera. ¿Queda claro?

Selena y Chris asienten, recabando hasta la última gota de sinceridad de la que son capaces de hacer acopio.

—Será mejor que así sea —advierte la señorita Long, con un ojo puesto en la hermana Cornelius—. Y ahora marchaos de aquí. Andando.

Al dar media vuelta, sus ojos barren el salón de actos como si en ese minuto se hubiera vuelto distinto, como si se hubiera alzado de pronto para saludarla a ella, que luce radiante, dulce como una fresa y repicando: «quizás». Al escabullirse por la puerta, Selena entiende que el permiso no se lo ha concedido a ambos, sino a un chico cuya pista perdió hace décadas en un baile caído en el olvido, a su rostro luminoso y entusiasta, a su risa.

Conway abrió la puerta tan de sopetón que del susto salté un kilómetro; aparté las manos del armario como si hubiera estado haciendo algo sucio. Su sonrisa maliciosa en la comisura de los labios me dijo que no se le había pasado por alto.

Soltó su bolso sobre la cama de Rebecca.

—¿Qué tal vas?

Sacudí la cabeza.

—Nada. Julia tiene medio paquete de cigarrillos y un mechero envueltos en una bufanda al final de su trozo de armario. Eso es todo.

—Así que son niñas buenas —dijo Conway, pero no como un cumplido. Se movía por la habitación con rapidez, inclinando las estructuras de las taquillas junto a las camas para mirar las fotos o asegurarse de que se notara que habíamos registrado la habitación—. ¿Alguna de ellas ha venido en tu busca? ¿Para hablar contigo? ¿Liarse contigo o lo que sea?

Me abstuve de mencionar la sombra que había atisbado en la puerta; quizá por aquella sonrisa o por el hecho de que no pudiera jurar que hubiera ocurrido nada.

—¡Qué va!

—Vendrán. Cuanto más tiempo las dejemos a solas, más irá el viento en su contra. He escuchado a hurtadillas fuera de la sala común: la cosa está que arde, ese lugar parece un nido de avispas. Démosles tiempo suficiente y alguien se resquebrajará.

Devolví la funda de la flauta de Selenia al armario y cerré la puerta.

—¿Qué tal está Alison?

Conway soltó una carcajada.

—Arropadita en la enfermería como si se estuviera muriendo hacia el final de temporada de alguna serie. Incluso habla con una vocecilla inaudible. Está disfrutando de lo lindo, como cuando era niña. Ya tiene el brazo casi curado; la marca sigue ahí, pero las ampollas han desaparecido. Normalmente, a estas alturas ya la habrían devuelto a la sala común, pero McKenna está esperando a que desaparezca la marca: no quiere que las otras se queden embobadas mirándola. —Sacó el libro de Holly de su taquilla, pasó todas las hojas en un instante oyéndolas repiquetear contra su uña, y lo devolvió a su sitio—. He intentado averiguar si había sido Joanne quien le había metido el miedo en el cuerpo, pero en cuanto Alison ha oído el nombre de Chris se ha cerrado en banda y me ha mirado como una conejita. No la culpo: McKenna y Arnold estaban delante, listas para abalanzarse sobre ella si decía algo que no les gustara. Así que he plegado velas.

—¿Y qué hay del teléfono? —quise saber yo.

Conway alzó la barbilla en gesto triunfal. Ganar le sentaba bien. Abrió el bolso y sostuvo en alto una bolsa de pruebas. El móvil que había visto encima de la cama de Alison: un bonito teléfono de concha de color rosa perlado, lo bastante pequeño como

para caber en la palma de la mano, con un adorno de plata colgando. Chris lo había escogido con esmero.

—Alison se lo compró a Joanne. No quería admitirlo; ha querido soslayar el asunto y ha fingido desmayarse. Pero no la he creído, he continuado presionándola y al final ha confesado. Joanne le vendió el teléfono justo después de las Navidades pasadas, hace un año y poco. Sesenta libras, le cobró. Zorra ladrona.

Conway volvió a meter el teléfono en su bolso y empezó a caminar en círculos de nuevo. El triunfo se le había pasado rápido.

—Pero no ha soltado prenda. Cuando le he preguntado de dónde sacó el teléfono Joanne y por qué lo vendía, Alison ha empezado a ponerse quejica: «No lo sé, no lo sé, me duele el brazo, estoy mareada, ¿me traen un vaso agua?». Esa voz de haber aspirado helio que ponen las chicas, ¿de dónde sale? ¿Acaso a los chicos les parece *sexy*?

—Nunca me lo he planteado —respondí. Conway seguía moviéndose. Había algo que la tenía tensa. Me mantuve al margen, apoyado en la pared, lejos de su camino—. A mí no me lo resulta.

—Pues a mí me dan ganas de asestarles un puñetazo en los morros. No queda nada en el teléfono que sea anterior a las pasadas Navidades: ni mensajes de texto ni registros de llamadas: Joanne lo borró todo antes de venderlo. Pero ahora viene lo bueno: Alison no colocó su tarjeta SIM en el teléfono de Joanne. Cuando lo compró, se había quedado sin crédito en su antiguo móvil y a Joanne aún le quedaban veintitantas libras, así que se limitó a tirar el suyo a la basura y empezó a usar el número de Joanne, lo cual significa que no tenemos que descubrir qué número era, ni suplicar a la compañía que nos envíe los informes ni sufrir esos dolores de cabeza: lo tenemos todo. Costello y yo sacamos informes de la mitad de la escuela el año pasado, Alison incluida. Y ya he telefoneado a Sophie: me los enviará por correo electrónico en cualquier momento.

—Aguarda un segundo —dije yo—. Creía que habías dicho que no había ninguna conexión entre el teléfono de las chicas y el de Chris.

—Y no la había, pero si Chris le dio a Joanne este móvil —Conway le dio un golpe a su bolsa al pasar junto a ella— para mantener su relación en secreto, eso implica que pensaba que otras personas podían revisar sus teléfonos usuales, ¿no es cierto?

—Los críos suelen ser fisgones.

—Los críos, sus padres, sus profesores, todo el mundo. A la gente le encanta fisgonear. Y si Chris no quería que eso sucediera y estaba forrado de pasta, como nos ha explicado Julia, te garantizo que tenía un teléfono personal para comunicarse con las chicas. Revisaremos los registros del teléfono de Joanne —otro manotazo a su bolso, esta vez más contundente— y ¿qué te apuestas a que encontramos un número que aparece durante un par de meses antes de las Navidades pasadas y un montón de intercambios entre ambos?

—Y luego revisamos ese número, el número secreto de Chris, por la comunicación que mantenga con el teléfono que me ha enviado el mensaje de texto hoy. Si lo hizo con una chica, es posible que lo hiciera con varias más. Si es cierto que Selena salía con él, podría tener un teléfono extra por algún lado.

—Verificamos entonces si hay contactos entre el número secreto de Chris y el de cualquier chica. Lo sabía, te juro que el año pasado sabía que era raro que no llevara un móvil encima cuando murió. Estos chavales no van ni a cagar sin el teléfono. Debería... ¡Joder! —Una patada furiosa contra el pilar de la cama de Rebecca; tuvo que hacerse daño, pero Conway continuó caminando en círculos a grandes zancadas, como si no hubiera notado nada—. Debería haberlo sabido.

Ahí estaba. Si intentaba confortarla con un: «Era imposible que lo supieras, nadie lo habría sabido», me destriparía.

—Si Joanne es nuestra chica —dije yo—, habría tenido una buena razón para quitarle el teléfono al cadáver de Chris, ya que la habría relacionado con él.

Conway abrió un cajón de un tirón y revolvió entre las pilas ordenadas de braguitas.

—¡No jodas! Y probablemente a estas alturas se halle en un vertedero; es imposible que podamos demostrar que el chaval tuvo un teléfono. Si esgrimimos los registros telefónicos a Joanne, nos dirá que intercambiaba mensajes de texto con alguien a quien conoció por Internet o vete a saber con qué nos saldrá. Y no podemos hacer nada para impedirlo.

—A menos que demos con alguna otra persona con quien Chris se comunicara mediante el teléfono secreto. Y consigamos que confiese —observé yo.

Conway soltó una carcajada, breve y áspera.

—Sí, claro. Que confiese. Como si fuera tan fácil. Porque así es como se está desarrollando este caso...

—Merece la pena intentarlo.

Cerró el cajón de golpe, sin preocuparse por ordenarlo.

—Joder, ¡sí que eres optimista! ¡Trabajar contigo es como trabajar con la puñetera Pollyanna^[6]!

—¿Qué quieres que te diga?: ¿«¡Hostia! Esto no va a funcionar. Pleguemos velas y regresemos a casa»?

—¿Acaso tienes la impresión de que esté abandonando el barco? Porque te aseguro que no pienso ir a ningún sitio. Pero si tengo que seguir escuchando tus cantos de alegría, te juro por Dios que...

Nos lanzamos sendas miradas asesinas. Conway se acercó a mi cara con un dedo de advertencia en alto, mientras yo permanecía apoyado en la pared, cosa que me habría impedido retroceder aunque hubiera querido hacerlo. Estábamos al borde de una bronca en toda regla.

A mí no me gusta discutir, al menos no con personas que tienen mi carrera profesional en sus manos, ni siquiera cuando debería y, sobre todo, no por una

chiquillada.

—Preferirías estar con Costello, ¿verdad? —pregunté yo—. ¿Preferirías a un miserable deprimente como él? ¿Eso te iría mejor?

—Cierra la... —Un zumbido procedente de la chaqueta de Conway. Un mensaje. Se dio la vuelta de inmediato para inspeccionar su bolsillo—. Es Sophie. Envía los registros telefónicos de Joanne. Ya era hora, joder. —Tecleó unos cuantos botones y observó cómo se descargaba el archivo mientras movía la rodilla.

Me mantuve alejado. Esperé, con el corazón a mil por hora, a que me dijera: «Ya te puedes largar a tu casa».

Conway levantó la vista hacia mí, impaciente.

—¿Qué demonios haces? Ven a ver esto.

Tardé un segundo en darme cuenta: la pelea había concluido. Sin más.

Tomé aire y me acerqué a su hombro. Incliné el teléfono para permitirme ver la pantalla.

Allí estaban: octubre y noviembre de hacía año y medio junto a un número con conexiones entrantes y salientes continuas al teléfono que había pertenecido a Joanne. Nada de llamadas, solo mensajes de texto. Un mensaje procedente del nuevo número, un mensaje de vuelta, un mensaje multimedia de aquel número, luego un mensaje de texto del mismo, otro y otro más, y por fin uno de vuelta. Chris a la caza y Joanne haciéndose la estrecha.

La primera semana de diciembre, el patrón cambiaba. Un mensaje de texto al nuevo número, seguido de otro, otro más, otro y otro. Chris los ignoraba, Joanne presionaba y Chris permanecía impasible. Luego, cuando finalmente se dio por vencida, nada.

En el exterior, al fondo del pasillo, el traqueteo de un carrito, el tintineo de unas bandejas y un cálido aroma a pollo y setas por el cual se me hizo la boca agua. Alguien (me imaginé un delantal con volantes) llevaba la cena a las alumnas de cuarto curso. McKenna no iba a permitir que bajaran al refectorio y propagaran los rumores y el miedo como una gripe, ni que vociferaran sin que hubiera ninguna monja que las oyera. Iba a mantenerlas acorraladas, a buen recaudo en su sala común, todo bajo control.

Los registros del teléfono de Joanne estaban vacíos hasta mediados de enero. Entonces aparecía una mezcla de otros números, tanto de llamadas como de mensajes de texto, enviados y recibidos. No había rastro del número de Chris. Era lo que cualquiera esperaría del teléfono de una chica normal, de Alison.

—¡Sophie, eres un genio! —exclamó Conway—. Le pediré que acceda al sistema y compruebe si ese número se comunica con... —La noté quedarse quieta—. Espera un segundo: dos, nueve, tres... —Me chasqueó los dedos, sin apartar la vista de la pantalla—. Saca tu teléfono. Enséñame ese mensaje de texto.

Lo saqué.

El triunfo volvía a erguirle la cabeza y hacía que de perfil se transformara en una

especie de estatua.

—Ahí está. Sabía que había visto ese número. —Sostuvo en alto ambos teléfonos, uno al lado del otro—. Echa un vistazo a esto.

Aquella memoria portentosa. Tenía razón. El número que me había indicado dónde estaba la llave era el mismo que había estado flirteando telefónicamente con Joanne.

—¡Joder! —exclamé yo—. Esto no me lo esperaba.

—Ni yo tampoco.

—Así que o el romance de Joanne no era con Chris, sino con una de las otras siete...

Conway sacudió la cabeza.

—No. Una ruptura explicaría por qué las dos pandillas se odian, pero no irás a decirme que no habríamos detectado ni una sola pista. Cotilleos, o Joanne arremetiendo a lo grande: «Fulanita de Tal es una tortillera, intentó abalanzarse sobre mí, porque estoy tan buena...» para arrojar al barro a su ex. No.

—... u otra persona me acaba de enviar un mensaje de texto desde el teléfono secreto de Chris Harper.

Un momento de silencio.

—Eso parece —sentenció Conway.

Percibí algo en su voz, pero no atiné a determinar si era euforia o irritación, u olor a sangre. Ni tampoco si para ella existía una diferencia entre ambas cosas.

El día había vuelto a cambiar; bajo nuestra mirada, se había convertido en algo nuevo. No buscábamos una testigo en aquella sala llena de cabellos brillantes, pies inquietos y ojos alertas. Buscábamos a una asesina.

—Según lo veo yo, hay tres modos que explicarían cómo ha podido suceder tal cosa. Uno: que Joanne asesinara a Chris, le robara el teléfono y lo haya utilizado para enviarnos el mensaje de texto sobre la llave porque desea que la pillen...

Conway soltó una risotada.

—¡Sí, hombre, ¿y qué más?!

—Ya, yo tampoco creo que sea lo que sucedió. Dos: que la asesina, sea Joanne u otra persona, se llevara el teléfono y se lo entregara a alguien.

—Tal como Joanne se lo vendió a Alison. Eso encajaría más con su forma de ser.

—Y tres —dije yo—: que otra persona matara a Chris, se llevara el teléfono y aún lo conserve.

Conway retomó su caminata a grandes zancadas, pero esta vez lo hizo a un ritmo uniforme, sin esa inquietud de andar buscando algo que destrozar. Se estaba concentrando.

—Pero ¿por qué? Tiene que saber que el teléfono es una prueba. Quedárselo es peligroso. ¿Por qué no se desharía de él el año pasado?

—No lo sé. Quizá no conservara el teléfono en sí. Quizá se desembarazara del aparato y se guardara solo la tarjeta SIM. Eso es mucho más seguro. Y hoy ha

necesitado un número anónimo desde el que enviarnos un mensaje de texto y ha colocado la tarjeta SIM de Chris en su móvil...

—Pero ¿por qué iba a quedársela?

—Supongamos que hablamos de la segunda hipótesis —propuse yo—, la de que el asesino o asesina le hubiera pasado el teléfono a otra persona. Quizás esa otra chica tuvo la sensación de que había algo raro en aquello, que guardaba relación con Chris y decidió conservar el móvil o solo la tarjeta SIM, por si alguna vez decidía acudir a vernos. O tal vez ni siquiera intuyera que existía una conexión y le gustara la idea de tener un número anónimo guardado en la recámara. O simplemente quedara crédito en el teléfono, como pasó con el que Joanne le vendió a Alison.

Conway asintió.

—De acuerdo. Eso encajaría con la segunda hipótesis, pero no veo cómo lo haría con la primera ni con la tercera, lo cual implica que quien te ha enviado el mensaje de texto no es la asesina.

—Lo cual implica que la asesina tiene los nervios de acero —tercié yo—. Pasarle el teléfono de Chris a otra persona en lugar de deshacerse de él, cuando eso podría conducirla a la cárcel...

—Nervios de acero, arrogancia para parar un tren o insensatez suprema, tú eliges. O bien no se lo pasó a nadie, sino que se deshizo de él en algún lugar y quien te ha enviado el mensaje de texto lo encontró.

Voces filtrándose por el pasillo en mitad de aquel aroma a pollo con setas: las alumnas de cuarto curso dando cuenta de su cena. No se trataba de una cháchara alegre de adolescentes. Era un murmullo bajo, aplanado, que te penetraba en el oído y te ponía nervioso.

—¿Ha dicho Sophie cuándo nos enviará los registros del teléfono? —pregunté.

—Pronto. Su contacto está en ello. Voy a enviarle un correo electrónico diciéndole que nos interesaría recuperar los mensajes de texto, no solo los números. Es posible que no estemos de suerte, ya que algunas operadoras se deshacen de ellos al cabo de un año, pero no perdemos nada por intentarlo. —Conway tecleaba rápido—. Entre tanto... —dijo.

Eran más de las cinco en punto. «Entre tanto —pensé— regresamos a la comisaría, resolvemos todo el papeleo y fichamos a la salida. Y asimismo compramos algo de comer y nos echamos un sueñecito. Buen trabajo, detective Moran, nos vemos mañana a primera hora de la mañana bien frescos».

Era imposible marcharse del Kilda ahora. Dentro de aquellas paredes, en cuanto nuestras sombras hubieran desaparecido, aquellas muchachas ansiosas empezarían a explicarse sus historias y a encajar mentiras. Y fuera, los muchachos de Homicidios aguardarían con las mandíbulas abiertas para lanzarse como perros hambrientos sobre aquel caso en el preciso instante en que O'Kelly escuchara que volvía a estar abierto. Y en medio de todo, nosotros.

Si salíamos del Kilda con las manos vacías, jamás regresaríamos o, en caso de

hacerlo, toparíamos con un muro infranqueable.

Pero:

—Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, McKenna acabará poniéndose en contacto con tu jefe —observé.

Conway no apartó la vista del teléfono.

—Sí, lo sé. Ya me lo ha advertido cuando he ido a la enfermería de Arnold. Ni siquiera se ha tomado la molestia de ser sutil: me ha amenazado con que si no nos hemos largado a la hora de la cena, telefonará a O’Kelly y le explicará que hemos acosado a sus estudiantes hasta el punto de que algunas han sufrido ataques de nervios.

—Pues ya es la hora de la cena.

—Tranquilo. Yo tampoco me he andado con sutilezas. Le he dicho que si intentaba echarnos de aquí antes de que hubiéramos concluido lo que hemos venido a hacer, me dedicaría a telefonar a un amigo periodista y le explicaría que nos hemos pasado el día interrogando a las alumnas del Kilda con relación a la muerte de Chris Harper. —Conway se guardó el teléfono en el bolsillo—. No vamos a ningún sitio.

Sentí ganas de darle una palmadita en la espalda, de abrazarla o de algo semejante. Pero no quería que me asestara un rodillazo en las pelotas.

—Bien jugado —me limité a decir.

—¿Qué pasa? ¿Creías que McKenna iba a poder conmigo? Vaya, muchísimas gracias. —Pero la sonrisa de oreja a oreja que le dediqué también le arrancó una a ella—. Así que, entre tanto...

—¿Joanne? —pregunté.

Conway respiró hondo. Tras ella, las cortinas se removieron; el móvil construido a base de cubertería emitió un leve tintineo agudo, suave y distante.

Asintió una sola vez.

—Joanne —dijo.

—¿Testigo o sospechosa? —quise saber yo.

A un sospechoso hay que leerle sus derechos y hacerle firmar una hoja conforme los conoce antes de formularle ninguna pregunta. A un sospechoso lo trasladas a Comisaría para grabar el interrogatorio en vídeo. Y puede solicitar un abogado si lo desea. Además, en el caso de un menor de edad, hay que contar con la presencia de un adulto cualificado, de modo que azuzarlo para obtener respuestas es algo que ni siquiera te planteas.

Muy de vez en cuando, lo amañamos. Nadie puede demostrar lo que pensabas en el fondo. Esporádicamente, sometes al sospechoso a un interrogatorio informal, como si fuera una charla con un testigo, hasta que está tan implicado que es imposible que ninguna de las partes lo niegue.

Si te pillan, si el juez te mira con cara de asco y te dice que cualquier policía con medio cerebro habría sospechado de esa persona, estás acabado. Todo lo que tenías se desvanece: a la basura.

Caminábamos sobre esa cuerda floja. Había múltiples razones que podían conducir a pensar que la asesina podría ser Joanne, pero no las suficientes para dictaminar que lo fuera.

—Testigo —respondió Conway—. Ten cuidado.

—Tú también —contesté—. Joanne no va a olvidar tan fácilmente que la humillaste delante de las demás.

—¡Ostras! —Conway levantó la cabeza irritada: se le había olvidado—. La próxima vez que necesitemos cabrear a alguien, voy a dejar que seas tú quien lo haga.

—Ah, no —repliqué yo—. Prefiero que te encargues tú. Tienes un don.

El semblante que me dedicó parecía el de un amigo.

En la sala común, las alumnas estaban sentadas ordenadamente alrededor de las mesas, con la cabeza inclinada sobre el plato y ese ritmo hogareño del tintineo de los cubiertos. La monja tenía un ojo puesto en su comida y otro en ellas.

Todo era paz y tranquilidad... hasta que uno observaba con más detenimiento. Entonces se apreciaba. Zapatillas deportivas moviéndose nerviosamente bajo las mesas, dentaduras royendo el borde de un vaso de zumo. Orla hecha un ovillo, intentando no ocupar espacio. Una muchacha corpulenta que me daba la espalda parecía estar azotando su comida, pero por encima de su hombro, atisbé un plato lleno de pastel de pollo cortadito a dados diminutos y perfectos, más pequeños con cada nuevo corte ansioso.

—Joanne —anunció Conway.

Joanne chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco, pero vino con nosotros. Iba vestida como Orla, más o menos: tejanos cortos, medias, sudadera con capucha rosa y unas zapatillas deportivas Converse. A Orla parecía que la hubiera vestido su peor enemigo; en cambio, Joanne parecía haber nacido con aquel atuendo, como si la hubieran sacado de un molde.

Regresamos a su habitación.

—Siéntate —le dije, indicándole su cama con una mano—. Lo siento, no tenemos silla, pero serán solo unos minutos.

Joanne permaneció de pie, con los brazos cruzados.

—Estaba cenando, ¿saben?

Se la llevaban los demonios... Orla se había metido en un buen lío.

—Ya lo sé —respondí, con voz agradable y humilde—. No te retendré demasiado tiempo. Te confesaré algo: tengo que formularte un par de preguntas que posiblemente no sean de tu agrado, pero necesito respuestas, y no estoy seguro de poder obtenerlas de otra persona, salvo de ti.

Le piqué la curiosidad, o la vanidad. Un largo suspiro de sufrimiento y se desplomó sobre su cama.

—Bueno. Está bien...

—Te lo agradezco mucho —dije. Me senté en la cama de Gemma, de cara a Joanne, manteniendo una clara distancia de las ropas arrojadas sobre ella con descuido. Conway se fundió con el entorno, apoyada en la puerta—. En primer lugar, y sé que Orla ya te lo habrá explicado: hemos encontrado tu llave de la puerta que conecta esta ala con el edificio principal. Os habéis estado escapando a hurtadillas por la noche.

Joanne hizo ademán de abrir la boca para negarlo y estuvo a punto de poner cara de indignación —el piloto automático—, cuando Conway levantó el libro de santa Teresa.

—Está llenito de huellas dactilares —le aclaró.

Joanne aparcó la cara de indignación para otro momento.

—¿Y qué? —preguntó.

—Pues que esto es confidencial —dije yo—. No vamos a contárselo a McKenna ni a metros en problemas. Solo estamos separando el trigo de la paja, ¿entendido?

—Claro.

—Fantástico. Explícame: ¿qué hacéis cuando os escabullís de noche?

Una sonrisita evocadora le suavizó un poco la boca. Al cabo de un momento contestó:

—Algunos de los alumnos diurnos del Colm se colaban por el muro de atrás. Bueno, no es que yo acostumbre a salir con alumnos de día, pero Garret Neligan sabía dónde guardaban sus padres la bebida y... esas cosas. Lo hicimos un par de veces, pero entonces la madre de Garret lo pilló y empezó a guardar la bebida bajo llave, así que ya no pudimos repetirlo.

Esas cosas. Garret había metido mano al botiquín de su madre.

—¿Cuándo sucedió eso?

—En marzo del año pasado más o menos. Después de aquello, no utilizamos demasiado la llave. En Semana Santa, Gemma conoció a un chico en una discoteca y nos escapamos para quedar con él unas cuantas veces. Ella pensaba que era la leche porque había ligado con un universitario, pero, claro, la dejó tirada en cuanto supo qué edad tenía en realidad. Y, además, después de lo de Chris cambiaron la cerradura, así que ya ni siquiera servía.

—Supongo que te darás cuenta de que eso os coloca a ti y a tus amigas en el primer plano de haber colgado esa tarjeta en El lugar de los secretos —dije yo—. Cualquiera de vosotras podría haber estado ahí fuera cuando Chris fue asesinado. Haber visto algo. Ser testigos de cómo sucedía incluso.

Joanne puso las manos en alto.

—¿Perdone? ¿Quééé? Eche el freno, por favor. Nosotras no éramos las únicas que teníamos llave. La nuestra la conseguimos a través de Julia Harte.

Fingí no saberlo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y dónde podemos encontrar la suya?

—¿Cómo voy a saberlo yo? Además, aunque tuviera idea de dónde la guardaban, cosa que ignoro porque no les presto atención a esas tías raras, estamos hablando de hace un año. Probablemente se deshicieran de ella cuando cambiaron la cerradura. Es precisamente lo que le dije a Orla que hiciera, pero es tan inútil que ni siquiera eso supo hacer.

—Julia asegura que ellas nunca tuvieron una llave.

A Joanne empezaba a tensársele el rostro, que adquiriría un matiz cada vez más mezquino.

—Hombre, claro, ¿qué iba a decir si no? Pero es mentira.

—Podría ser —admití yo, encogiéndome de hombros—. Pero no podemos demostrarlo. Lo que sí tenemos es una prueba de que tú y tus amigas teníais una, no una prueba de que Julia y su pandilla la tuvieran. Y cuando se trata de la palabra de una persona contra la de otra, tenemos que guiarnos por las pruebas.

—Lo mismo que con Chris y Selena —añadió Conway—. Vosotras decís que salían juntos, pero ella lo niega y no hay rastro de ninguna prueba que indique siquiera que estuvieron cerca el uno del otro en algún momento. ¿Qué esperas que nos creamos?

La mezquindad se congeló cobrando forma: una decisión.

—Está bien. De acuerdo.

Joanne sacó su teléfono y pulsó unos cuantos botones. Me lo enseñó, alargando el brazo.

—¿Es una prueba?

Lo cogí. Estaba caliente, de haber permanecido en su mano, húmedo y pegajoso.

Un vídeo. A oscuras; crujidos y pisadas en la hierba. Susurros; una risa ahogada, un «¡Calla!» siseado.

—¿Quién está contigo? —le pregunté.

—Gemma.

Joanne se recostó en la pared, con los brazos cruzados, y balanceó el pie que tenía cruzado por encima mientras nos observaba. Anticipándose.

Débiles formas grises, risitas mientras los movimientos de Joanne hacían tambalear el teléfono. Arbustos bajo la luz de la luna. Cúmulos de florecillas blancas, cerradas durante la noche.

Otro murmullo. Los pasos se detuvieron; el teléfono permaneció inmóvil. Las formas se enfocaron.

Árboles altos y negros rodeaban un pálido calvero. Incluso en medio de aquella oscuridad nublosa, reconocí el lugar. La arboleda de cipreses donde Chris había muerto.

En su centro, iluminadas por la luz de la luna, dos figuras, tan pegadas que parecían una sola. Jerseys oscuros, tejanos oscuros. Una cabeza castaña inclinada sobre una catarata de pelo rubio.

Una rama se mecía arriba y abajo frente a la pantalla, Joanne movió el teléfono para alejarla de la vista y amplió la imagen.

La noche desdibujaba los rostros. Miré a Conway; un descenso casi imperceptible de su barbilla. Chris y Selena.

Se apartaron como si apenas pudieran soportarlo. Presionaron las palmas de sus manos el uno contra el otro, sus hombros subían y bajaban con su respiración acelerada. Estaban fascinados mutuamente, tanto que permanecían en silencio, todo ello en mitad del círculo de cipreses que se agitaban y del viento nocturno. El mundo exterior había desaparecido, no era nada. En el interior de aquel círculo, el aire desplegaba nuevos colores, cambiaba a algo que caía en cascada y a chorro como si fuera oro puro y resplandor, y ellos también mudaban con cada respiración.

De joven, yo solía soñar con algo así. Nunca lo tuve. Incluso a los dieciséis años, cuando el noventa por ciento de mí pensaba con el sexo, me mantuve alejado de las chicas de mi escuela; me daba miedo llegar más lejos del típico morreo o manoseo de vez en cuando, de despertarme a la mañana siguiente convertido en padre, en un piso de protección oficial, enganchado para siempre al linóleo pegajoso. Pero soñaba con ello. Y uno nunca deja de paladear los sueños.

Para cuando acabé la escuela y conocí a otras chicas, era demasiado tarde. Cuando uno deja de ser un crío pierde la oportunidad única de ese oro demasiado tierno para tocarlo, de ese *todo y paro siempre* sobrecogedores. Una vez que uno empieza a crecer y a tener sentido común, el mundo exterior se torna real y tu mundo privado ya nunca más vuelve a serlo del todo.

Chris enredó sus dedos en el cabello de Selena y lo sostuvo para dejarlo caer mechón a mechón. Ella volvió la cabeza para rozarle el brazo con los labios. Eran como bailarines subacuáticos, como si el tiempo se hubiera detenido solo para ellos y cada minuto les concediera un millón de años. Estaban preciosos.

Cerca del teléfono, alguien, Joanne o Gemma, soltó una risita. La otra le siseó que guardara silencio. Algo como aquello ante sus narices, a solo unos pasos de distancia, tan real, y eran incapaces de apreciarlo.

Selena alzó sus dedos hasta la mejilla de Chris y él cerró los ojos. La luz de la luna se deslizaba por el brazo de ella como si fuera agua. Se acercaron, inclinando el rostro el uno hacia el otro, abrieron los labios.

Un pitido: fin del vídeo.

—¿Y qué? —preguntó Joanne—. ¿Les parece eso prueba suficiente de que Selena y todas ellas guardaban una llave? ¿Y de que Selena se lo estaba montando con Chris?

Conway me arrebató el teléfono y se lio a pulsar botones. Joanne extendió la mano con la palma hacia fuera.

—Perdone, pero el teléfono es mío.

—Te lo devolveré cuando haya terminado.

Joanne chasqueó la lengua y se dejó caer contra la pared. Conway hizo caso

omiso. Me dijo:

—Veintitrés de abril. La una menos diez de la madrugada.

Tres semanas y media antes de que Chris falleciera.

—¿Qué pasó? ¿Gemma y tú visteis a Selena salir de su habitación y la seguisteis?
—quise saber.

—Gemma los vio en el jardín por casualidad la primera vez, una semana antes de eso más o menos, un día que había quedado con un chico, no recuerdo con quién. Después de aquello, hicimos turnos de vigilancia en el pasillo por la noche. —Joanne hablaba con la voz áspera de la gestora del proyecto; me la imaginé lanzándose a la yugular de cualquiera de sus amigas si tenía el temple de dormirse mientras le tocaba montar guardia—. Aquella noche, Alison vio a Selena salir a hurtadillas de su habitación, así que me despertó y seguí a Selena.

—¿Y decidiste llevar contigo a Gemma?

—Claro, no iba a ir sola. Y, además, necesitaba que Gemma me enseñara dónde solían darse el lote esos dos. Para cuando nos vestimos, Selena ya hacía rato que se había ido. Se moría de ganas por tener un poco de acción. Algunas son solo unas furcias.

En aquellos jardines había más tráfico nocturno que en una estación de tren. A McKenna le iba a dar un infarto si algún día se enteraba de todo aquello.

—Así que los seguisteis —recapitulé yo— y filmaste este vídeo. ¿Solo uno?

—Sí. ¿Es que no tienen suficiente?

—¿Qué pasó después de que dejaras de filmar?

Joanne puso boca de remilgada.

—Volvimos a la escuela. No iba a quedarme allí plantada y contemplarlos mientras lo hacían. No soy una perversa.

El teléfono de Conway vibró.

—Me he enviado el vídeo —aclaró. Y a Joanne—: Ten.

Le entregó el móvil. Joanne hizo un esfuerzo por limpiar los gérmenes de clase obrera que hubieran podido desparramarse sobre su edredón.

—¿Qué tenías previsto hacer con este vídeo? —inquirí.

Se encogió de hombros.

—Aún no lo había decidido.

Conway dijo:

—Déjame adivinar, lo utilizaste para chantajear a Selena y obligarla a dejar a Chris. «Apártate de él o se lo enseño a McKenna».

A Joanne se le frunció el labio superior, con ese gesto parecido a la torcedura del hocico de un animal.

—Perdone, pero no.

Le dije, inclinándome hacia delante, para distanciarla de Conway:

—Si lo hubieras hecho, habría sido por el bien de Selena. Eso de ahí no es el modo más saludable de pasar las noches.

Joanne reflexionó sobre mis palabras y decidió que le agradaba la idea. Hizo algo con el rostro que pretendía ser un gesto virtuoso, pero solo consiguió que pareciera embalsamado.

—Bueno, lo habría hecho si hubiera tenido que hacerlo. Pero no lo hice.

—¿Por qué no?

—Porque esa —Joanne golpeó el teléfono con un dedo—, esa fue la última vez que Selena y Chris se vieron. Yo había mantenido una conversación al respecto con Julia y, después de aquello, ella se encargó del asunto. Puso punto y final.

—¿Cómo lo supiste?

—O sea, que no es que me creyera la palabra de Julia, si es a eso a lo que se refiere. No soy tan tonta. Por eso tengo el vídeo: por si acaso necesitaba darle un empujoncito. Vigilamos el pasillo durante las semanas siguientes y Selena no volvió a salir sola. Seguían saliendo las cuatro juntas para hacer lo que quiera que hicieran ahí fuera... He oído decir que son brujas, así que igual sacrificaban gatos o algo por el estilo, pero de verdad que no deseo saberlo. —Un contoneo exagerado de asco—. Y Julia salió un par de veces: estaba enrollada con Finn Carroll y eso que a nadie le gustan los pelirrojos, pero supongo que, si eres como Julia, tienes que conformarte con lo que te toque en suerte. Sin embargo, Selena dejó de salir. Así que era evidente que Chris y ella habían roto. No es ninguna sorpresa, ¿no?

—¿Se te ocurre quién de los dos rompió?

Se encogió de hombros.

—¿Tengo pinta de que me importe? Bueno, desde luego, por el bien de Chris esperaba que de repente recuperara el buen gusto, pero... ¡Chicos!: solo les interesa una cosa. Y si Chris la estaba obteniendo de Selena y, además, no tenía que dejarse ver con ella, ¿por qué iba a cortar él? Así que supongo que sería Selena. O Julia la hizo entrar en razón o Selena se dio cuenta, o sea, de que Chris solo la estaba utilizando para ya saben qué sin complicaciones y de que una cerda como ella jamás iba a ser su novia de verdad.

El rostro de Chris inclinado sobre el de Selena, resplandeciendo maravillado. Había sido bueno, pero ¿tan bueno?

—¿Por qué no querías tú que salieran juntos? —le pregunté.

Joanne contestó con frialdad:

—Porque no me cae bien Selena, ¿entendido? Ninguna de ellas. Son una pandilla de tías raras y se comportan como si eso fuera lo más normal del mundo, como si fueran tan especiales que pudieran hacer lo que les viniera en gana. Pensé que Selena debía descubrir que la vida no funciona así. Como usted mismo ha dicho, le hice un favor.

Puse cara de perplejidad.

—Pero en cambio, no te importaba que Julia y Finn salieran. ¿Algún motivo en particular por el que fuera un problema para ti que Selena y Chris estuvieran juntos?

Se encogió de hombros.

—Finn está bien, si te gustan los tíos así, pero a nadie le importa. En cambio, Chris sí. Chris le gustaba a todo el mundo. Y yo no iba a permitir que Selena pensara que alguien como ella tenía derecho a salir con un tipo como él. O sea, Tierra llamando a Ballena: solo porque hagas todas las cosas desagradables que hiciste para conseguir que Chris te mire, no significa que vayas a quedarte con él.

—Así que no fue porque tú hubieras estado saliendo con Chris apenas unos meses antes —inquirí.

Joanne no perdió comba. Suspiró impetuosa, los ojos en blanco.

—Por favor, ¿no hemos hablado ya de eso? ¿O son imaginaciones mías? ¿Es que me he vuelto loca? Yo nunca he salido con Chris. Ya le hubiera gustado a él.

Conway alzó la bolsa de pruebas que contenía el teléfono de Alison y la agitó ante los ojos de Joanne.

—Vuélvelo a intentar.

Joanne se quedó rígida medio segundo. Luego apartó la cabeza de Conway y cruzó los brazos de manera deliberada.

—Vaya —dijo Conway, llevándose la mano al corazón—. Eso me ha puesto en mi lugar.

—Joanne —le dije, inclinándome hacia delante—. Sé que esto no es asunto nuestro o que no debería serlo en circunstancias normales. Pero si mantuviste con Chris una relación lo bastante íntima como para que pudiera haberte contado algo importante, necesitamos saberlo. ¿Lo entiendes?

Joanne recapacitó. La vi probando el asiento de la testigo estrella y deleitándose con aquella sensación.

—Ese teléfono que te ha enseñado mi compañera —añadí— fue tuyo hasta que se lo vendiste a Alison. Y tenemos registros que muestran un millón de mensajes de texto intercambiados entre ese número y el teléfono secreto de Chris.

Joanne suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Está bien.

Se acomodó en el borde de la cama. Con las manos juntas, los tobillos cruzados y los ojos clavados en el suelo. Estaba metiéndose en el papel: la novia despechada.

—Chris y yo salimos juntos un par de meses, el otoño de hace dos años.

Lo dijo casi como una explosión. Se moría de ganas por contarle, llevaba un año reprimiéndose. Lo había ocultado solo porque podía convertirla en sospechosa, porque no quería admitir que había sido abandonada y porque nosotros éramos los adultos y el enemigo conocido. Finalmente le habíamos brindado la excusa perfecta para hablar.

—Pero él nunca me contó nada de tener un enemigo ni nada de eso. Y me lo habría dicho. Tal como usted ha comentado, estábamos muy unidos.

—¿Por eso pediste la llave? —pregunté—. ¿Para salir por la noche a encontrarte con Chris?

Joanne negó con la cabeza.

—No, conseguí la llave después de que rompiéramos. Y, además, él tampoco podía escaparse por la noche. Es evidente que después consiguió la manera de hacerlo, porque se citaba con esa vaca, pero cuando estábamos juntos no podía.

—¿Y también tenía un teléfono secreto especial para enviarte mensajes?

—Sí. Decía que los chicos del Colm se cotilleaban los teléfonos los unos a los otros en busca de mensajes sexuales o de fotos... *fotos*, ¿entiende? De chicas... —Una mirada de complicidad. Asentí—. Chris me explicó que los curas también lo hacían... Puaj, algunos de ellos son tan perversos que dan asco. Yo le dije: «O sea, que si crees que vas a conseguir imágenes de mí lalá, lo lamento mucho, pero te lo vas a tener que currar un poco más». Sin embargo, no se trataba de eso; Chris no quería que nadie leyera los mensajes de texto que yo le enviaba. Todo lo que yo le decía significaba tanto para él que no deseaba que ningún tontorrón lo leyera con lascivia.

Mis ojos se encontraron con los de Conway. Chris había sido un chico listo, no cabía duda.

—¿Qué teléfono era? —le pregunté—. ¿Alguna vez lo viste?

Una vaga sonrisa, evocadora.

—Exactamente igual que el mío, pero rojo. «Una pareja perfecta, como nosotros», fue lo que Chris me dijo al dármele.

La mirada de Conway decía: «Voy a vomitar».

—¿A qué venía tanto secretismo? —quise saber yo—. ¿Por qué no explicarle a todo el mundo que salíais juntos?

Mi pregunta hizo que Joanne se removiera en un gesto a la defensiva: el secreto no habla sido idea suya. Respiró hondo y volvió a meterse en el personaje:

—Bueno, es que no era un rollo tonto de adolescentes, algo superficial. Chris y yo compartíamos algo especial. Era tan, o sea, intenso que parecía salido de una canción. Nadie lo hubiera entendido, literalmente, se les habría escapado. Además, lo íbamos a anunciar, pero a su debido tiempo. Todavía no.

Lo explicaba con excesiva facilidad, como si se lo hubiera aprendido de memoria. Se había repetido una y mil veces las frases que le dijo Chris para sentirse bien.

—¿No sería porque había alguien en concreto que Chris no quería que lo descubriera? —pregunté yo—. ¿Una exnovia celosa o algo así?

—No. O sea... —Joanne meditó sobre ello y acarició la idea—. Tal vez la hubiera. O sea, que mucha gente se habría puesto muy celosa si lo hubiera sabido. Pero él nunca mencionó a nadie en particular.

—¿Y cómo conseguíais veros en secreto, si no podíais escaparos por la noche?

—Los fines de semana, básicamente. Y alguna tarde, entre las clases y las horas de estudio, pero costaba encontrar un lugar donde no nos viera nadie. En una ocasión, ¿conocen ese parquecito que hay cerca del Court? Era noviembre y anocheaba pronto y el parque estaba cerrado, pero Chris y yo trepamos por la verja. Hay una glorieta pequeña, para los niños; nos sentamos juntos y... —A Joanne se le dibujó una media

sonrisa inconsciente al recordarlo—. Yo estaba allí y le dije: «O sea, que no me puedo creer que esté haciendo esto, trepando en la oscuridad como una barriobajera; será mejor que me compres algo bonito después de esto», pero lo decía en broma. En realidad fue... divertido. Nos reímos tanto. Ese día nos lo pasamos muy bien.

Una voluta de risa. Algo frágil, perdido, a la deriva entre las pósteres resbaladizos y los pañuelos manchados de maquillaje. No una risa que hubiera aprendido de alguna estrella televisiva y luego ensayado; sino ella misma, echando de menos aquel día.

Por eso había necesitado ver a Selena y a Chris entre risitas sucias y siseos, conminando a guardar silencio. Fue la única forma en que se atrevió a mirar.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —quise saber yo—. Estuvisteis juntos un par de meses, has dicho. ¿Por qué rompisteis?

Joanne volvió a cerrarse en banda. Una mirada falsa encajando en su sitio por medio de un sonido metálico, ocultando tras ella una veta de dolor.

—Fui yo quien rompió con él. Y ahora me siento fatal...

—Eh, un momento —intervino Conway, agitando la bolsa de nuevo—. Eso no es lo que dice esto.

—Tú continuaste enviándole mensajes de texto y llamándole después de que dejara de contestarte —le expliqué. Su boca se volvió más fina—. ¿Qué sucedió?

Se sobrepuso a mi respuesta más rápido de lo que yo había previsto. Con otro suspiro explicó:

—Bueno. Chris se asustó de sus sentimientos. Como le he dicho, lo que compartíamos era algo superespecial, ¿entiende? Muy intenso, ¿sabe? —Ojos grandes y ávidos, labios entreabiertos, la voz un poco más aguda. Estaba imitando a alguien de la tele; yo no tenía ni idea de a quién, porque no veo lo mismo que ella—. Y muchos chicos no saben lidiar con eso. Creo que Chris era un poco inmaduro. Si estuviera vivo, probablemente ahora estaríamos...

Otro suspiro. La mirada perdida, en un ángulo pintoresco, en lo que podría haber sido.

—Debiste de enfadarte mucho con él —supuse yo.

Joanne se tocó el pelo y, con un matiz de perspicacia en la voz, contestó:

—Pues no, no me importó demasiado.

Me hice el desconcertado.

—¿De verdad? No habría dicho nunca que estuvieras acostumbrada a que te dejaran. Entonces ¿lo estás?

Más perspicacia. El gesto de los ojos como platos desapareció rápido.

—No, no lo estoy. A mí no me ha dejado nunca nadie.

—Excepto Chris.

—Bueno, pero yo iba a dejarlo a él de todos modos. Por eso dije...

—¿Cómo puede ser? Pensaba que manteníais una relación fantástica, que simplemente se vio desbordado porque era inmaduro... Pero tú no lo eres, ¿verdad?

—No. Solo que... —Joanne reflexionaba a toda velocidad. Se llevó una mano al corazón y dijo—: Sabía que le quedaba demasiado grande. Tenía pensado liberarlo. «Cuando uno quiere a alguien...».

—Entonces, ¿por qué continuaste enviándole mensajes cuando él dejó de escribirte?

—Solo le escribía para decirle que lo entendía, ¿sabe?, que era consciente de que había sido demasiado intenso. Que, o sea, no es que fuera a esperarle ni nada por el estilo, pero que confiaba en que pudiéramos seguir siendo amigos. Cosas así. No me acuerdo bien.

—¿No lo escarmentabas? ¿No le castigabas por haberte hecho daño, en serio? Porque tenemos a una persona encargada de recuperar los mensajes de texto que le enviaste. Y vamos a poder leerlos en cualquier momento.

—No me acuerdo. Supongo que me quedé un pelín sorprendida, pero no estaba enfadada ni nada de eso.

Conway restregó la espalda contra la pared. Me estaba advirtiendo: si seguía presionando, traspasaríamos esa línea y nos internaríamos en el terreno de lo inadmisibile.

—Lo entiendo —dije. Me incliné hacia delante, con las manos juntas y apretadas—. Joanne, escúchame. —Puse ese timbre épico en la voz: un discurso para inspirar a la valiente heroína joven—. Tenías la llave. Creías que tu relación con Chris no estaba acabada. Vigilaste a Chris cuando se coló en el jardín de noche. ¿Entiendes adónde quiero llegar?

Su mirada plana se volvió recelosa. Joanne se encogió de hombros.

—Creo que estabas ahí fuera la noche en que murió y creo que viste algo. No —levanté una mano con gesto autoritario—, déjame acabar. Quizás estés protegiendo a alguien. Tal vez no quieras creer lo que viste. Estoy seguro de que tienes una buena razón para decir que no estabas allí.

Conway, por el rabillo del ojo, me hizo la señal de un leve asentimiento. Volvíamos a estar en terreno seguro. Si Joanne repetía ese discurso a su abogado algún día, decía *testigo* en voz alta y clara. Pero si funcionaba, si admitía haber estado en la escena del crimen, si cruzaba la línea y se convertía en sospechosa, se acabaría el margen de maniobra.

—Pero estoy seguro, Joanne, convencido de que viste u oíste algo. Tú sabes quién mató a Chris Harper. —Lo dije alzando la voz—. Ya es hora de dejar de ocultarlo. Has escuchado lo que la detective Conway ha dicho hace un rato. Ha llegado el momento de contárnoslo... antes de que lo descubramos nosotros mismos o lo haga otra persona. Ahora.

Joanne gimió:

—¡No lo sé! De verdad, lo juro. ¡Yo no salí aquella noche! Hacía semanas que no salía.

—¿Pretendes decirme que no tenías a nadie con quien quedar? Casi seis meses

después de que Chris te dejara, ¿seguías sola?

—No seguía... Salí con Oisín O'Donovan durante un tiempo, pregúnteselo a quien quiera, pero lo dejé semanas antes de que pasara lo de Chris. Pregúnteselo a él. Yo no salí aquella noche. No sé nada. ¡Lo juro!

Ojos inmensos, manos estrujadas, toda la parafernalia: lo había aprendido de la tele o de donde fuera, del mismo modo que aquella mirada inocente. Mintiera o dijera la verdad, no habría manera de averiguarlo.

Un minuto más y estaría frunciendo el ceño, intentando llorar. El ojo de Conway me dijo: «¡Déjalo!».

Me acomodé, recostándome en estrecha intimidad sobre la cama de Gemma. Joanne soltó una larga y temblorosa respiración y me lanzó una mirada de reojo para asegurarse de que la hubiera visto.

—De acuerdo —concluí—. De acuerdo, Joanne. Gracias.

Joanne y sus pantalones cortos pusieron rumbo de nuevo a la sala común. Su trasero nos observó observarla, al igual que el de Julia, aunque fuera tan distinto.

—Ahí va esa niñata echando humo —anunció Conway, con cierto deje de disfrute en la voz. Tenía un hombro apoyado en la pared del comedor y las manos en los bolsillos—. Ya le puede dar todas las vueltas que le dé la gana: estaba cabreadísima con Chris Harper.

—¿Crees que tanto como para asesinarlo?

—Claro. Le habría encantado hacerlo. Pero...

Silencio. Ninguno de los dos quería decirlo.

—Si hubiera podido pulsar un botón —dije yo— o clavarle un alfiler a un muñeco de vudú, entonces sí.

—Sí. Así de fácil. —Un chasquido con los dedos—. Pero salir ahí, en plena oscuridad, y golpearle en la cabeza con una azada... No veo a Joanne asumiendo este riesgo. Ni siquiera se atrevió a perseguir a Selena sin arrastrar consigo a Gemma. Nuestra Joanne sabe cuidar muy bien de sí misma. Y no sale de su zona de confort. ¡Joder!

—Aun así, la tarjeta podría ser suya.

Noté el tono optimista en mi voz y esperé otro rechazo en plan Pollyanna, pero no me lo apestó.

—Si lo es, intenta encauzarnos hacia Selena. Venganza pura. Me robas a mi chico y te acuso de asesinato.

—O hacia Julia —opiné yo—. Se ha asegurado de decimos que Julia seguía escabullándose de noche hasta la fecha del asesinato, ¿te has dado cuenta?

—Julia y Finn —dijo Conway. Una palmada en la frente—. Sabía que tenía que existir un motivo por el que Finn decidió puentear la puerta de la salida de incendios. Se negó a confesarlo. Debería haberme dado cuenta. Lo mismo que con todo cuanto

hemos descubierto hoy, ¡joder!

—Pero ¿por qué todo el mundo mantenía en secreto su vida amorosa? Cuando yo era joven, si tenías novia, lo anunciabas a los cuatro vientos. ¿Las chicas guardabais estas cosas bajo llave?

—Claro que no. Pero si eso era precisamente la mitad de lo interesante de salir con alguien: demostrarle a todo el mundo que tenías novio. Eso significaba que eras una chica afortunada, no una perdedora patética y soltera. Como bien dices, lo habrías gritado a los cuatro vientos.

—Y, además, a esta generación le importa menos la privacidad de lo que nos preocupaba a nosotros. Lo cuelgan todo en Internet, a menos que les dé vergüenza o pueda meterlos en líos.

Salió una cría de la sala común de tercer curso y se dirigió a los aseos, esforzándose frenéticamente por comprobar qué hacíamos sin mirarnos. Conway volvió a entrar en la habitación de Joanne y compañía, y cerró la puerta de un puntapié.

—Incluso en ese caso. La hija de mi prima se llevó un susto al creer que estaba embarazada y ¿qué fue lo primero que hizo? Publicarlo en Facebook. Y luego se enfadó con su madre por descubrirlo.

—Además, no han tenido reparos a la hora de decirnos con quién salen ahora —apunté yo—. Joanne se ha hecho de rogar un poco, pero eso ha sido porque se estaba comportando como una indeseable contigo, no porque quisiera guardar el secreto. Entonces, ¿qué era tan distinto el año pasado?

Conway había empezado a caminar en círculos alrededor de la habitación otra vez. El pobre diablo que acabara siendo su compañero iba a pasarse la mayor parte del tiempo mareado.

—Todas esas patrañas que nos ha contado Joanne, sobre que ella y Chris decidieron mantenerlo en secreto porque su relación era demasiado intensa y demás... ¿Tú te lo crees?

—No. Son chorradas. —Apoyé un hombro en la pared para poder tener controlada la línea de luz que rodeaba la puerta—. No sé en el caso de Julia y de Finn, pero en el otro, Chris era quien quería que nadie se enterara. Apuesto a que así podía simultanear a varias chicas. Joanne empezó a presionarlo para hacerlo público y él la dejó.

Conway asintió. Lo hacía de lado, girando la cabeza, al estilo callejero.

—Parece que tu Holly tenía razón sobre Chris. No era tan adorable como todo el mundo creía.

«Solo le importaba lo que él quería», había dicho Holly.

El rostro de Chris mirando a Selena. Pero a esa edad: el afán vence a la lealtad fácilmente. Lo cual no quiere decir que la lealtad no sea real. Sabes lo que tienes, pero también lo que deseas. Y vas a por ello. Si detectas una oportunidad, la aprovechas. Y te convences de que al final todo saldrá bien.

—Si salía con dos chicas y una de ellas lo descubrió... —comencé a decir.

—Te refieres a si Selena lo descubrió.

—Probablemente no fuera ella. Selena y Chris habían acabado semanas antes de que él muriera. Si le vas a aplastar la cabeza a tu novio por ponerte los cuernos, lo haces cuando lo descubres, no semanas después. Aunque podría ser el motivo por el que rompió con él

—Quizá. —Conway apartó de su camino el basto zapato del uniforme de alguien. No sonaba convencida—. Pero eso no sucedió tal como lo ha explicado Joanne. ¿Crees que ella le dijo a Julia que apartara a Selena de Chris y Julia le contestó: «Sí, señora, lo que usted diga, señora», y salió pitando a cumplir sus órdenes? ¿Consideras que Julia acepta órdenes de Joanne sobre la vida amorosa de sus amigas?

—Seguramente la enviaría a la porra. A menos que Joanne tuviera algo importante con lo que chantajearla.

—Ese vídeo es lo bastante importante: podría haber provocado que expulsaran a Julia y a sus amigas. Pero Joanne no necesitó utilizarlo. Chris y Selena rompieron antes.

—¿La crees?

—En eso sí.

Revisé lo que nos había contado y caí en la cuenta de que ya me había olvidado del rostro de Joanne. Costaba decirlo, pero:

—Sí. Yo también lo creo.

—De acuerdo. De manera que quizá Selena lo dejó porque lo sorprendió poniéndole los cuernos. —Conway agarró a su paso el alisador de pelo de Gemma, lo miró como preguntándose: «¿Qué demonios es esto?», y lo arrojó sobre la cama de Orla—. O quizás hubiera otro motivo.

—¿Crees que se apagó la llama? —Yo no lo creía, no después de visionar aquel vídeo, pero quería comprobarlo para estar seguro—: A esta edad, salir con alguien durante uno o dos meses es mucho tiempo. Fue tras ese lapso cuando Chris se aburría de Joanne. Tal vez le ocurriera lo mismo, quizás empezara a creer que era demasiado compromiso. O acaso Selena deseara hacerlo público, igual que Joanne.

Conway había dejado de moverse. El sol iniciaba su descenso y penetraba en el dormitorio a través de la ventana, recto como una flecha, uniforme, convirtiendo el rostro de Conway en una máscara de luces y sombras.

—Te diré qué más significa un mes o dos a esa edad. Es cuando los chicos empiezan a aumentar la presión. O te abres de piernas o a otra cosa mariposa.

Esperé. Silencio; entre tanto la densa fragancia floral a sustancias químicas de los desodorantes me incendiaba la nariz por dentro.

—Alguien le hizo algo a Selena que la dejó tarada y provocó que las otras no quisieran saber nada de chicos —dijo Conway—. Y más o menos en aquella época, Selena y Chris rompieron.

—Crees que Chris la violó —observé.

—Creo que debemos comprobar la posibilidad de que así fuera, sí.

—Flirtear con la tentación y ponerle cuernos a la chica que te gusta en serio es una cosa. Violarla, otra muy distinta. En ese vídeo, Chris parece... —Conway puso cara de agonía, pero no obstante terminé la frase—: Parece loco por ella.

—Claro. Como cualquier adolescente que crea tener una oportunidad de echar un polvo. Se mostrarán como la chica quiera verlos. Hasta el preciso instante en que se den cuenta de que no le van a bajar las bragas.

—A mí me ha parecido sincero.

—¿Qué eres, un experto en la materia?

—¿Y tú?

Conway me fulminó con la mirada. Un par de horas antes, me habría hecho parpadear. Pero le sostuve la mirada. Fue ella quien la apartó.

—Aunque fuera real —dijo al fin—, aunque estuviera coladísimo por ella, podría haberla violado. Los adultos no hacen algo que sin duda alguna va a herir a la persona que aman, no si pueden evitarlo, pero a esa edad... ¿Te acuerdas de cuando tenías su edad? No actúan igual que nosotros. No piensan con claridad. Por eso la mitad de las cosas que hacen nos parecen locuras, a ti, a mí y a cualquier adulto en su sano juicio. A esa edad, las cosas carecen de sentido, tampoco tú tienes sentido común. Dejas de esperar.

Un segundo de silencio. Tenía razón y yo solo esperaba que estuviera equivocada.

«Cuando quería algo y no lo conseguía, entonces no era tan agradable», había dicho Holly.

—Aquella noche —dije—, la noche en la que Joanne grabó el vídeo, fue la última vez que Chris y Selena se citaron. Si le hizo algo...

—Sí. Fue aquella noche.

Silencio de nuevo. Bajo la fragancia a desodorante me pareció detectar un leve aroma a jacintos.

—¿Y ahora, qué? —pregunté.

—Ahora esperamos a que Sophie nos envíe los registros del teléfono de Chris. No pienso hablar con nadie más hasta que vea qué hizo la primavera pasada. Entre tanto, inspeccionemos este cuarto como es debido.

Por el rabillo del ojo divisé un aleteo de oscuridad tras la grieta de la puerta.

Abrí la puerta de golpe antes de pensar siquiera en moverme. Alison chilló y retrocedió de un salto, con las manos aleteando de forma salvaje. Al fondo, McKenna avanzó a un ritmo protector.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté.

El corazón me latía más aceleradamente de lo que debiera. Conway se despegó de la pared que había al otro lado del marco de la puerta: no la había visto colocarse allí. Incluso sin tener pista alguna de lo que yo perseguía, se había plantado junto a mí en un segundo, lista para cubrirme las espaldas.

Alison nos miró de hito en hito y dijo, como si alguien la hubiera instruido:

—Necesito coger mis libros para hacer los deberes, por favor.

—Por supuesto —contesté. Me sentí como un idiota—. Entra.

Avanzó furtivamente, como si fuéramos a pegarle, y empezó a sacar cosas de su mochila. Sus manos parecían frágiles como arañas de agua escabullándose sobre los libros. McKenna permaneció de pie en el umbral de la puerta, imponente. No le gustábamos ni un pelo.

—¿Qué tal tu brazo? —pregunté.

Alison lo apartó de mí.

—Ya está bien, gracias.

—Déjame verlo —le pidió Conway.

Alison lanzó una mirada a McKenna: le habían indicado que no lo mostrara.

McKenna asintió a regañadientes. Alison se remangó la sudadera. Las ampollas habían desaparecido, pero la piel donde habían estado aún se mostraba rugosa. El tono de la huella de la mano había palidecido a un leve rosa. Alison apartó la cabeza para no mirar.

—¡Qué mala pinta! —exclamé con voz compasiva—. A mi hermana también le daban alergias. Una vez le subió el sarpullido hasta la cara. Y resultó ser el detergente que utilizaba mi madre para lavar la ropa. ¿Habéis averiguado qué te la ha podido provocar?

—Probablemente el servicio de limpieza haya comprado una nueva marca de jabón para manos.

Otra mirada a McKenna. Otra frase aprendida de memoria.

—Sí —respondí yo—. Seguramente.

Compartí una mirada con Conway: que fuera Alison quien lo pillara.

Alison se bajó la manga y empezó a colocarse los libros bajo el brazo. Echó un vistazo a la habitación, con los ojos desorbitados, como si la hubiéramos convertido en algo extraño y de poca confianza, antes de escabullirse a toda prisa.

—Si desean hablar conmigo, detectives —nos anunció McKenna—, o con alguna de las alumnas de cuarto curso, nos encontrarán en la sala común.

Lo cual significaba que la monja nos había delatado. McKenna asumía las riendas de las alumnas de cuarto año, con control de daños o sin él, y no íbamos a conseguir realizar ningún interrogatorio más sin la presencia de un adulto cualificado.

—Señorita McKenna —la interpele, al tiempo que extendía una mano para retenerla, mientras avanzaba despacio por el pasillo hacia la sala común. Incluso cuando iba sola, aquella tipa avanzaba como si le estuviera siguiendo la pista a alguien—. Necesitaremos hablar con algunas de las alumnas sin la presencia de ningún profesor. Hay elementos en este caso sobre los cuales no se sentirían cómodas hablando delante del personal de la escuela. Solo se trata del trasfondo de la investigación, pero necesitamos que hablen con absoluta libertad. —McKenna estaba abriendo la boca para soltar un «De ninguna manera», cuando añadí—: Si los interrogatorios sin supervisión le suponen un problema, podemos solicitar a los

padres de las chicas que vengan, por supuesto.

Y desatar de nuevo la conmoción del año anterior: padres ultrajados, presas del pánico, amenazando con desapuntar a sus hijas del Kilda. McKenna se tragó el «No». Por si acaso, añadió:

—Eso significaría tener que esperar a que los padres lleguen a la escuela, pero podría ser una buena solución para ambas partes. Las muchachas probablemente se sientan más cómodas hablando de quebrantamientos de reglas de la escuela delante de sus progenitores que de un profesor.

McKenna me lanzó una mirada que decía: «No me tome por idiota, oportunista», y contestó para salvaguardarse:

—Muy bien. Autorizaré interrogatorios sin supervisión siempre que haya un motivo para llevarlos a cabo. Pero si alguna alumna regresa afligida o reciben ustedes alguna información que afecte a la escuela de algún modo, espero que me informen de inmediato.

—Por supuesto —contesté—. Muchísimas gracias.

Mientras McKenna se daba la vuelta, escuché el estallido de voces procedentes de la sala común, martilleando en torno a Alison.

—El brazo se le ha desinflamado un poco más —dijo Conway, y dio unos golpecitos en la taquilla que había junto a la cama de Joanne—. Aquí hay bronceador sin sol.

—Joanne no tenía ningún motivo para distraer la atención y hacernos salir de la sala común —repliqué yo—. Creía que Orla se había deshecho de la llave hacía un año.

Me había dado cuenta al volver a contemplar aquel brazo.

—¿Cómo? —preguntó Conway. Reflexionó sobre lo que acababa de decir—. De modo que, al final, es pura coincidencia e imaginación.

No parecía tan complacida como debiera. Tampoco yo lo estaba.

Trabajar de detective es lo que tiene: miras un espacio en blanco y ves los engranajes girar, los motivos y la astucia, y ya nada te vuelve a parecer inocente. La mayoría de las veces, cuando demuestras cómo encajan las piezas, ese espacio en blanco luce encantador y pacífico. Pero aquel brazo, por muy inocente que fuera, no dejaba de ser una amenaza.

Para cuando Julia y Finn alcanzan los confines del jardín, la estela de música procedente del baile hace rato que se ha desvanecido a sus espaldas. La luna atrapa destellos de luz y fragmentos de color esparcidos por los arbustos, como una cosecha de golosinas en el jardín de una bruja. Finn arranca el más cercano y lo sostiene en alto, al trasluz: una botella de Lucozade llena de un líquido de color ámbar oscuro. Desenrosca el tapón y olfatea.

—Creo que es ron. ¿Te gusta?

Siempre corren rumores acerca de un chico que un año echó droga en una bebida y violó a una chica. Julia apuesta por jugársela.

—Mi bebida favorita —responde.

—¿Adónde vamos? Aquí va a venir mucha gente, si es que consiguen salir.

Julia no piensa llevarlo al calvero bajo ningún concepto. Hay una pequeña colina entre los cerezos, apartada a un lado de los jardines; los cerezos están en flor, lo cual hace que el lugar sea más romántico de lo que Julia había previsto, pero también los protege y les ofrece una panorámica perfecta de los jardines posteriores.

—Por aquí —indica.

No se les ha adelantado nadie. El montículo está tranquilo. Cuando la brisa revolotea, las flores de cerezo se precipitan sobre la pálida hierba como una ráfaga de nieve.

—¡Tachán! —anuncia Julia, extendiendo una mano y barriendo con ella el aire a modo de presentación—. ¿Te parece bien?

—Por mí, genial —responde Finn. Echa un vistazo alrededor, con la botella colgándole de una mano y la otra metida en el bolsillo de su sudadera con capucha de color azul marino: hace frío, pero casi no sopla viento, de manera que el frío es suave y pueden ignorarlo—. No sabía que existía este lugar. Es muy bonito.

—Probablemente esté lleno de cagarrutas de pájaro —comenta Julia para enfriar la situación.

Finn no suena a estar fingiendo ser Míster Sensible para aumentar las posibilidades de metérsele en el sostén, pero nunca se sabe.

—Vaya, un elemento de riesgo. Me gusta. —Finn señala con el dedo un claro en la hierba entre los cerezos—. ¿Nos sentamos allí?

Julia lo deja sentarse primero, para mantener las distancias. Él destapa la botella y se la pasa.

—¡Salud! —brinda.

Julia le da un trago y descubre que detesta el ron tanto como el *whiskey*. Se pregunta cómo descubrió la raza humana que esa cosa podía beberse. Espera no odiar las bebidas alcohólicas en general. Tiene la sensación de haber descartado ya suficientes vicios; este era uno del que tenía previsto disfrutar.

—Está bueno —comenta al devolverle la botella.

Finn le da un sorbo y logra reprimir un mohín.

—Al menos está mejor que el ponche —apostilla el chico.

—Sí. No es mucho decir, pero es verdad.

Se produce un silencio, marcado por interrogantes, pero no resulta incómodo. El pitido en los oídos de Julia empieza a atenuarse. Los murciélagos salen de caza sobre sus cabezas; a lo lejos, quizás en el calvero, un búho ulula.

Finn se tumba boca arriba en la hierba, con la capucha puesta, para no mancharse el pelo de rocío ni de excrementos de pájaro.

—He oído decir que los jardines están encantados —explica el muchacho.

Julia no tiene intención de acurrucarse junto a él en busca de protección.

—¿Ah, sí? Pues yo he oído decir que tu madre está hechizada.

Finn sonríe.

—Lo digo en serio. ¿No lo has escuchado nunca?

—Claro que sí —responde Julia—. La Monja Fantasma. ¿Para eso me has invitado a salir aquí afuera? ¿Para que cuide de ti mientras te emborrachas?

—Yo solía quedarme petrificado de miedo por esa historia. Los chavales de los cursos más avanzados se aseguraban de que todos los novatos lo estuviéramos.

—Sí, nosotras también. Zorras sádicas.

Finn le pasa la botella.

—Entraban en nuestro dormitorio a última hora, justo antes de que apagaran las luces, y nos contaban historias de miedo. La idea consistía en que, si nos metían el susto en el cuerpo, algún pobre chaval no se atreviera a ir al lavabo y acabara meándose en la cama.

—¿A ti te pasó alguna vez?

—¡No! —Sonríe—. Pero a mucha gente, sí.

—¿De verdad? ¿Qué os contaban? ¿Que perseguía a los chicos con unas tijeras de podar?

—No. Decían que... —Finn mira de reojo a Julia—. Me refiero a que, por cómo me lo contaron a mí, parecía una furcia.

Pronuncia esa palabra con una seguridad casi radiactiva. Julia le pregunta:

—¿Pretendes averiguar si me impresiona que hayas dicho *furcia*?

Finn levanta una ceja y la mira a los ojos, medio sorprendido. Ella lo mira con frialdad, divertida.

—No sé —responde al fin—. Supongo que sí, más o menos.

—¿Y qué preferías: que me impresionara o que no?

Finn sacude la cabeza. Empieza a sonreírse por haber caído en su propia trampa.

—No lo sé.

—¿Y hay algo más con lo que pretendas impresionarme? Puedes probarlo con *mierda* o incluso con *joder*, si decides soltarte la melena.

—Creo que ya he acabado. Pero gracias.

Julia decide soltarlo del anzuelo. Se tumba en la hierba, de espaldas, junto a él, y

desenrosca el tapón de la botella.

—A nosotras nos contaban que la monja se follaba a la mitad de los sacerdotes del Colm y que algún chaval lo descubrió y la delató ante el Padre Superior —le explica ella—. Él y la Madre Superiora estrangularon a la monja y ocultaron su cuerpo en algún punto de los jardines, aunque nadie sabe exactamente dónde, y seguirá acechando a ambas escuelas hasta que le den una sepultura digna. Y si sorprende a alguien, lo confunde con el chaval que la denunció, intenta estrangularlo y se vuelve loco. ¿Coincide con lo que te han contado a ti?

—Sí. Más o menos.

—Pues ya te he ahorrado algunos problemas al respecto —apunta Julia—. Creo que me he ganado esto.

Y le da otro trago al ron. Esta vez le sabe bien. Decide, aliviada, que no detestará el ron al fin y al cabo.

Finn alarga la mano para agarrar la botella, pero Julia la aparta. Los dedos de él rozan los de ella, dubitativos, con suavidad. Por el dorso de la mano de ella, hasta la muñeca.

—Ah, ah —dice Julia, ofreciéndole la botella de un empujón y sin prestar atención al vuelco que nota en el estómago.

Finn retira la mano.

—¿Por qué no? —le pregunta, al cabo de un segundo. No la mira.

—¿Tienes un cigarro? —le pregunta Julia.

Finn se apoya en un codo y escanea con la vista los jardines posteriores; en algún punto de la lejanía un chillido da paso a una risita, pero no hay nada que suene a monjas al acecho. Se rebusca en el bolsillo de los tejanos y saca un paquete maltrecho de Marlboro Light. Julia enciende el cigarrillo (está bastante segura de que le ha salido como a una experta) y le devuelve el mechero.

—¿Entonces...? —le pregunta Finn, y espera.

—No es nada personal —responde Julia—. Créeme. Pero es que no pienso enrollarme con ningún chico del Colm, eso es todo. Me da igual lo que hayas podido oír. —Finn intenta aparentar que no ha oído nada, pero su parpadeo rápido revela a Julia justo lo contrario—. De modo que, si prefieres volver ahí dentro y buscar a alguien que te vaya a dejar meterle mano por debajo de la camiseta toda la noche, adelante. Te prometo que no me vas a herir los sentimientos.

Espera sinceramente que él se vaya. No lo duda ni un instante. Hay al menos dos docenas de chicas ahí dentro que agarrarían al vuelo la oportunidad de que Finn Carroll les metiera la lengua hasta la garganta, y la mayoría de ellas son más guapas que Julia. En su lugar, Finn se encoge de hombros y saca un cigarrillo para él.

—Ahora estoy aquí.

—No bromeo.

—Ya lo sé.

—Tú te lo pierdes —le dice Julia.

Se tumba de espaldas y nota el cosquilleo húmedo de las briznas de hierba en la nuca. Echa el humo en dirección al cielo. El ron le empieza a hacer efecto, siente los brazos alegremente relajados. Sopesa la posibilidad de haber subestimado a Finn Carroll.

Finn destapa la botella y le da un sorbito.

—Y hablando de la Monja Fantasma —dice—. ¿Tú crees en esas cosas?

—Sí —responde Julia—. En algunas, sí. Quizá no en la Monja Fantasma (supongo que los profesores se lo inventaron para que no hiciéramos lo que estamos haciendo tú y yo ahora), pero en algunas cosas sí creo. ¿Y tú?

Finn da otro trago.

—No lo sé —responde—. Diría que no, porque no hay evidencias científicas, pero al mismo tiempo creo que es muy probable que me equivoque, ¿entiendes?

—Pásame el ron —le pide Julia, alargándole la mano—. Me parece que necesito ponerme a tu altura.

Finn le tiende la botella.

—No sé, es como que todo el mundo a lo largo de la Historia ha considerado que ellos eran los que, por fin, lo sabían todo. En el Renacimiento, ¿vale?, estaban seguros de que conocían exactamente cómo funcionaba el universo, hasta que el siguiente grupo de tipos demostró que habían pasado por alto un centenar de cosas importantes. Y luego ese mismo grupo estaba convencido de que lo tenía todo controlado, hasta que sobrevino un nuevo grupo de personas y le demostró que también ignoraba algunas cuestiones.

Finn mira a Julia para comprobar si se está riendo de él, pero no lo hace, lo está escuchando, y lo hace con mucha atención.

—De manera que —continúa— es bastante improbable, en términos estrictamente matemáticos, que vivamos en una época en la que por fin se sabe todo, lo cual significa que existe una posibilidad razonable de que el motivo por el que no seamos capaces de explicar por qué existen los fantasmas y esas cosas sea que aún no lo hayamos descubierto, no porque no existan. Además, resulta arrogante por nuestra parte pensar que va a ser de otro modo.

Finn le da una calada a su cigarrillo y escudriña la voluta de humo como si fuera algo fascinante. Incluso bajo la luz de la luna, Julia percibe que tiene las mejillas más sonrosadas.

—Bueno —dice él—. Seguramente haya sonado a chorrada de campeonato. Si quieres, puedes pedirme que cierre el pico.

Julia percibe algo que hasta entonces jamás se había permitido sentir, por debajo del remolino del «¿Le gusto? ¿Me gusta? ¿Lo va a intentar? ¿Se lo voy a permitir? ¿Hasta dónde voy a dejarle?». Finn le gusta de verdad.

—En realidad —responde—, ya que lo mencionas, es una de las cosas menos estúpidas que he escuchado en siglos.

Él le lanza una mirada de reojo rápida.

—¿Ah, sí?

A Julia le encantaría poder mostrárselo. Alza la mano y la botella de Lucozade se eleva lentamente a través de la densa luz de la luna. La vuelca y gotitas de ron caen dibujando una espiral como una diminuta galaxia ámbar recortada contra el cielo estrellado. A través de ella e cómo a Finn se le ilumina el rostro de pura alegría. La idea de lo que podría suceder hace que se le erice la piel de la nuca.

—Está bien —dice ella—. Voy a explicarte algo que no le he contado nunca a nadie. —Finn vuelve la cabeza para mirarla como es debido—. Todas esas cosas sobre fantasmas, espiritismo y demás, antes solía pensar que no eran más que chorradas. Las negaba de una manera fanática. Una vez me tiré al cuello de Selena solo porque nos estaba explicando una cosa que había leído en una revista sobre clarividencia. Le dije que o nos lo demostraba o mejor era que se achantara. Como no pudo hacerlo, lógicamente, le dije que era una idiota y le pregunté que por qué no intentaba leer *Bravo*, pues al menos estaba un peldaño por encima de esa basura.

Finn la interroga con las cejas.

—Sí, lo sé —continúa ella—. Me porté como una canalla. Pero fue porque quería que me demostrara que lo que decía era verdad. Lo deseaba con todas mis fuerzas, quería que fuera cierto. Si no me hubiera importado, me habría limitado a decirle: «Sí, claro, es hipotéticamente posible que exista la clarividencia, pero probablemente no sea así». Por el contrario, no podía soportar la idea de creer a ciegas en todos aquellos misterios y luego descubrir que, eh, mira por dónde, había sido una lerda y una estúpida y todo era mentira.

Es cierto: nunca se lo ha contado a nadie, ni siquiera a sus amigas. Delante de ellas, Julia siempre parece segura de todo, aunque imagina que Selena intuye que es más complicado, pero no hablan de ello. Algo se remueve en su interior, imparable como el ron: esta noche importa.

—¿Y qué pasó luego? —quiere saber Finn.

Julia lo mira con recelo.

—¿Cómo?

—Hace un minuto has dicho que ahora crees, en parte, en esas cosas. ¿Qué ha cambiado?

¿Cómo puede ser tan bocazas? Siempre suelta una frase de más.

—No sé —contesta a la ligera, tumbándose boca abajo para apagar el cigarrillo en la hierba—. Tú no crees en la Monja Fantasma, pero opinas que podría merodear por aquí de todos modos. Y supongo que yo creo en ella, aunque no exactamente en que ande merodeando por aquí.

Finn es lo bastante inteligente como para no insistir.

—Entre ambos, podemos garantizar básicamente que va a embrujarnos —comenta.

—¿Por eso has querido que salgamos aquí afuera? ¿Por si nos da un susto de muerte y yo sufro un ataque al corazón?

—¿No tienes miedo?

Julia arquea una ceja.

—¿Por qué? ¿Porque soy una chica?

—No, porque tú crees en todo eso, más o menos.

—Bueno, no es que salga cada día. El fantasma aún no ha venido a por mí.

—Pero sí sales durante el día, aunque no lo hagas de noche.

Finn la está poniendo a prueba, buscando nuevas formas de determinar qué pensar de ella, ahora que ha comprobado que las habituales no le sirven. Exploran un territorio ignoto. Y Julia cae en la cuenta de que le gusta.

—Esto no es de noche —replica—. Pero si son las nueve, ¡jopé! A estas horas los bebés aún están jugando en la calle. Si fuera verano, sería de día.

—Entonces, si me pusiera en pie y regresara al baile, ¿te quedarías aquí sola tan tranquila?

A Julia se le ocurre que probablemente debería asustarla permanecer allí a solas con un chico que casi lo ha intentado con ella en una ocasión. Se le ocurre que, hace unos meses, después de lo que pasó con James Gillen, habría sentido miedo y habría sido ella quien se fuera.

—Claro, siempre que me dejes el ron —contesta.

Finn se levanta con una abdominal y un salto, se sacude los tejanos y Mira a Julia con una ceja levantada.

Julia se despide de él con la mano, desde su nido.

—Bueno, pues adiós. Espero que encuentres unas buenas tetas y te diviertas.

Finn finge darse la vuelta. Julia se ríe de él. Al cabo de un minuto, él suelta una carcajada y vuelve a dejarse caer en la hierba.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo? —le pregunta Julia—. ¿No te atreves a recorrer el trayecto de vuelta solito en medio de la oscuridad de esta noche temible?

—Solo son las nueve, tal como has dicho. Si fuera noche cerrada, me apuesto lo que sea a que estarías asustada.

—Yo soy una tía dura, cariño. Me las sé apañar con monjas fantasma.

Finn se tumba y le pasa la botella.

—Vale. Veamos qué tal lo llevas a media noche.

—¡Dale!

—De acuerdo. Venga.

Esa sonrisa de él, como retándola. A Julia nunca se le ha dado bien rechazar desafíos. Camina sobre un terreno pantanoso, lo presiente, pero el ron baila en su interior y, ¡qué demonios!, no le va a contar todo a Finn.

—¿Cuándo es el próximo acontecimiento social? —pregunta.

—¿Qué?

—Vamos. ¿En marzo?

—En abril, creo. ¿Por qué?

Julia le señala el reloj de agujas preciosas de la fachada posterior de la escuela.

—Para el próximo encuentro social te mostraré una foto de ese reloj dando las doce de la noche.

—Sí, claro, retocada con Photoshop.

Julia se encoge de hombros.

—Puedes confiar en mí o no. Claro que me gustaría ganarte, pero no tanto como para mentir. Sacaré la foto yo misma.

Finn gira la cabeza sobre la hierba. Sus rostros quedan a solo unos centímetros de distancia y Julia piensa: «No, por favor», porque si ahora intentara besarla sería más deprimente de lo que le gustaría admitir, pero Finn le sonrío, una sonrisa picara de oreja a oreja como la de un niño.

—Te apuesto diez libras a que no —le dice.

Julia le devuelve la sonrisa, tal como le sonrío a Holly cuando comparten una idea a medias.

—Diez libras a que sí —dice ella.

Levantán las palmas al mismo tiempo, chocan los cinco y se dan un apretón de manos. La mano de Finn tiene un tacto agradable y es fuerte, están igualados.

Julia levanta la botella y la sostiene por encima de su rostro, brindando con las estrellas.

—¡Por mis diez libras! —brinda—. Los destinaré a comprar material cazafantasmas.

En el vestíbulo de entrada, la gran lámpara de araña permanece apagada, pero las bombillas de los candelabros que hay en las paredes están encendidas y confieren al ambiente un halo dorado cálido y antiguo. Por encima de sus cabezas, plantas de oscuridad se extienden en sentido ascendente, intactas, haciéndose eco de las pisadas de Chris y Selena.

Selena se sienta en la escalera. Los peldaños son de piedra blanca con vetas grises; en otro tiempo estuvieron pulidos (aún quedan rastros entre las balaustradas), pero miles de pies los han desgastado y ahora presentan un aspecto rugoso y aterciopelado, con hendiduras en el centro.

Chris se sienta junto a ella. Selena nunca ha estado tan cerca de él, tan próximo como para verle las pecas desperdigadas por los pómulos y la tenue sombra de la barba incipiente en la barbilla; para oler su perfume a especias y a un rastro de algo silvestre y almizclado que la transporta a los jardines en la noche. Parece distinto de todas las personas a quienes ha conocido: más cargado, con la electricidad y el brillo de la vida de tres personas bajo la piel.

Selena quiere tocarlo de nuevo. Desliza las manos bajo sus muslos para refrenarse de alargarlas y tocarle el cuello con la palma. Con un repentino espasmo de alerta, se pregunta si le gustará Chris, pero a ella le habían gustado chicos antes de *aquello*, e incluso se había besuqueado con algunos de ellos. Y esto no es lo mismo.

No debería haber dejado que la tocara ni siquiera antes, en el baile. Eso lo entiende.

Selena quiere que el mundo vuelva a ser real.

—¿No se van a preguntar tus amigas dónde estás? —le pregunta Chris.

Sí lo harán. Selena percibe otra punzada de intranquilidad: ni siquiera ha pensado en decírselo.

—Ya les enviaré un mensaje —dice, buscando el bolsillo de ese vestido al que no está acostumbrada—. ¿Y tus amigos?

—¡Qué va!

La media sonrisa de Chris revela que sus amigos esperaban que desapareciera esa noche.

A Holly: «Estoy fuera, quería salir del baile unos minutos, regreso pronto».

—Ya está —dice Selena, y lo envía.

La puerta del salón se abre y por ella se escapa una avalancha de estruendo grave, chillidos y aire caliente. La señorita Long asoma la cabeza. Al ver a Chris y Selena, asiente y les levanta un dedo en señal de advertencia: «No os mováis de ahí». Alguien lanza un chillido detrás de ella, se da media vuelta como un látigo y la puerta se cierra de un portazo.

—Antes —dice Chris, señalando hacia el salón— no pretendía decirte la ropa que tenéis que vestir.

—Sí, sí lo hacías —responde Selena—. Pero no pasa nada. No estoy enfadada.

—Lo he dicho por decir. Si llevas unos tejanos a un baile y te peinas así, se van a reír de ti, punto. Tu amiga Becca... ya sé que tiene nuestra misma edad, pero parece una niña. No lo capta. No podéis dejarla salir así para que Joanne Heffernan se la coma viva.

—Joanne la criticaría de todas maneras —señala Selena—, al margen de lo que Becca llevara puesto.

—Sí, porque es una víbora loca de atar. Pero no deberíais darle motivos de sobra.

—Pensaba que te gustaba Joanne —comenta Selena.

—He estado con ella unas cuantas veces, que no es lo mismo.

Selena reflexiona sobre eso durante un rato. Chris se inclina hacia su zapatilla deportiva, la desata y vuelve a atarla. Le resplandece la mejilla. Selena nota el calor que emite, muy hondo, en la palma de la mano.

—Creo que quizás a Becca no le apetezca ser así —dice al fin.

—¿Y qué? No hay solo dos opciones. No se trata de ser una víbora o una tía rara. Se puede ser sencillamente normal.

—Tampoco creo que quiera serlo.

Chris frunce el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Cree que no puede porque no es...? Me refiero a los aparatos en los dientes y las... —Señala hacia abajo con la cabeza—. Ya sabes. Está plana. ¿Crees que le preocupa?

—Pero ¿qué dices? Ni que fuera más fea que Picio. Solo con esforzarse un poco, estará muy guapa.

Chris decía la verdad acerca de que Becca no le gustaba. No quiere nada de ella. Lo está haciendo fatal, pero lo único que desea es construir un castillo a su alrededor y protegerla.

—Tu hermana —dice Selena—. La hermana de la que hablabas, ¿cómo se llama?

—Caroline. Carly.

Pronunciar su nombre le hace sonreír, pero su sonrisa queda teñida de preocupación y se desmonta.

—¿Qué edad tiene?

—Diez años. Dentro de un par de años la apuntarán aquí, al Kilda. Si yo estuviera en casa, podría hablar con ella, ¿entiendes? Prepararla o lo que sea, pero solo la veo unas horas cada dos semanas. No es suficiente.

—¿Te preocupa que no le vaya a gustar estar aquí? —quiere saber Selena.

Chris suspira y se frota con la mano un lado del mentón.

—Sí —dice—. Me preocupa mucho. No... Aah. Se parece un poco a Becca: quiero decir que hace cosas para parecer rara. Por ejemplo, me la imagino perfectamente llevando tejanos al baile de San Valentín. El año pasado, todo el mundo en su clase llevaba esas pulseras tontas, ¿sabes?, las que tienen ganchos de distintos colores y todas lleváis los tonos de las otras para demostrar que sois amigas, no sé cómo va. Y Carly estaba muy molesta porque algunas niñas la habían puesto por los suelos porque ella no llevaba ninguna. Entonces yo le dije: «Pues ponte una. Te la compro yo si te has quedado sin dinero», ¿vale? Y Carly se da media vuelta y me dice que preferiría amputarse el brazo antes que ponerse una de esas pulseras, porque esas niñas no mandan sobre ella y ella no es su esclava y no tiene que hacer nada solo porque ellas quieran que lo haga.

Selena sonrío.

—Sí. Así es Becca. Más o menos, por eso ha venido con tejanos.

—Pero ¡joder! —Chris levanta las manos en el aire, frustrado—. Yo no le pedía que se amputara el brazo. Lo que quería decirle es que no importa si te apetece o no llevar una de esas estúpidas pulseras, que lo que seguro que no quieres es ser una apastada a la que nadie se acerque ni tampoco que los demás se vayan enviando mensajes de texto por ahí contando que te comes los mocos y te meas en clase. Y lo único necesario es asumir esa pequeñez que todo el mundo hace.

—¿Y ella lo hizo?

—No. Le compré la puñetera pulsera y la tiró a la basura. ¿Qué pasará si hace algo así en el Kilda? Si Carly se dedica a vagar por aquí como si le importara un bledo lo que piensen de ella, las personas como Joanne la van a... Joder. —Se pasa los dedos por el pelo—. Para entonces yo estaré ya en la universidad; ni siquiera podré ayudarla. Lo único que quiero es que sea feliz. Eso es todo.

—¿Tiene amigas? —pregunta Selena.

—Sí. No es una niña superpopular, lógicamente, pero hay dos niñas que han sido sus mejores amigas desde que estaban en el parvulario. Y ellas también van a venir al Kilda, gracias a Dios.

—Entonces estará bien.

—¿Eso crees? Son solo dos personas. ¿Qué pasará con el resto, con todas las demás? —Chris señala con la barbilla hacia las puertas del salón, al batiburrillo de música y gritos amortiguados—. Carly no puede limitarse a ignorarlas y esperar que no se metan con ella... porque no va a suceder.

Suena como si todos compusieran una gran criatura con púas en el dorso y ojos láser que salivase mientras sale en busca de gargantas que arrancar y nunca se saciara. Selena percibe que Chris tiene miedo... por su hermana y por Becca. Pero es más que eso: está asustado.

Hay cosas más poderosas que esa criatura. Cosas que podrían abrirla en canal si les apeteciera, clavar su cabeza a treinta metros de altura en el tronco de un ciprés y utilizar sus tendones para tensar sus arcos. Por un instante, Selena atisba la estela blanca de un reclamo de caza atravesando el cielo en un destello.

—Ignorarlas, no —responde—. Pero sí... no permitir que le importen.

Chris niega con la cabeza.

—No funciona así —le rebate, y, por un segundo, las curvas de sus carnosos labios se endurecen y parece mayor.

—Becca está feliz ahí dentro, con sus tejanos —explica Selena.

—Pero es imposible que le alegre saber que esas víboras la están poniendo verde.

—No, claro que no la alegra. Pero tal como te he dicho..., no le importa.

Chris la mira fijamente.

—Si fueras tú, si se estuvieran metiendo con tu vestido, ¿a ti no te importaría?

—Me apuesto lo que sea a que también lo están haciendo —responde Selena—. Pero no me importa.

Está sentado en la escalera, con la cara vuelta hacia ella. Tiene los ojos de color avellana, un color avellana natural con motitas doradas. Selena sabe que, si pudiera tocarlo, podría quitarle el miedo que es como un veneno de serpiente, hacer una bola negra y reluciente con él y lanzarlo bien lejos.

Chris le pregunta, se lo pregunta de verdad, como si necesitara saberlo:

—¿Cómo es posible? ¿Cómo puede no importarte?

Todo el mundo habla con Selena. Siempre ha sido así. Pero ella no habla con nadie, salvo con Julia, Holly y Becca. Casi nunca lo intenta siquiera.

Muy despacio, contesta:

—Necesitas tener otra cosa que te importe más, algo que te haga saber que el hecho de que alguien te esté criticando no es lo más importante y que ni siquiera tú eres lo más importante. Algo inmenso.

Son solo palabras, sonidos, ni siquiera se aproxima a lo que quiere expresar. No es algo que se pueda explicar.

—¿Como qué? ¿Como Dios? —pregunta Chris.

Selena sopesa la respuesta.

—Podría ser, sí.

Chris está boquiabierto.

—¿Acaso os vais a meter a monjas?

Selena suelta una carcajada.

—¡No! ¿Tú te imaginas a Julia de monja?

—Entonces, ¿qué...?

Cuanto más lo intente Selena, peor le va a salir.

—Lo que quiero decir es que, quizá, según, Carly podría sentirse bien tal como es. Más que bien, incluso.

Chris la mira, muy de cerca y de forma intensa, con una mirada más cálida.

—Eres única, ¿lo sabes?

Selena no quiere decir nada. Eso que está buscando su forma en el espacio que queda entre ellos es tan nuevo, tan precioso, que un toquecito equivocado podría hacerlo estallar como una burbuja.

—No soy especial —responde—. Simplemente soy así.

—Sí, sí lo eres. Yo nunca hablo con nadie de cosas como estas. Pero esto, poder hablar contigo, esto es... Me alegro de que hayamos salido aquí afuera. Me alegro mucho.

Selena sabe, como si lo hubiera visto alargando el brazo y soltando el pensamiento en su regazo, que Chris va a intentar cogerle la mano. Su huella aún le quema en el brazo, un fuego dorado e indoloro. Agarra con los dedos la fría piedra del borde del escalón y aprieta.

La puerta del salón se abre de golpe y la señorita Long los señala.

—Se os ha acabado el tiempo. Regresad aquí dentro. No me obliguéis a salir a buscaros.

Y cierra la puerta de golpe otra vez.

—Quiero volver a hacer esto —dice Chris.

Selena sigue tratando de respirar. No sabe si debe sentirse agradecida o algo más por cuanto sea que haya podido brindarles la señorita Long.

—Yo también —responde.

—¿Cuándo?

—¿La semana que viene, después de la escuela? Podemos quedar fuera del Court e ir a dar una vuelta.

Chris se revuelve en el escalón, como si la piedra le quemara. Clava la uña de su dedo pulgar en la madera de la barandilla.

—Nos verá todo el mundo.

—No pasa nada.

—Pensarán... Ya sabes. Nos criticarán a los dos. Creerán que vamos a...

—No me importa —responde Selena.

—Ya lo sé —responde Chris, pero su risa denota cierto recelo, como si la broma fuera sobre él—. Ya sé que a ti no, pero a mí sí. No quiero que nadie piense eso. —Se escucha decirlo—. No. Me refiero a que... ¡Mierda! No me refiero a que no quiera que la gente piense que estamos juntos. Yo no tengo ningún problema en este sentido, no es que me dé vergüenza ni... Bueno, en realidad no estaría solo bien, sería más que...

Se ha hecho un lío.

—No pasa nada. Ya sé lo que quieres decir —lo rescata Selena, riéndose de él.

Chris toma aire y responde, sin más:

—Es solo que no quiero que sea así, como cuando Joanne y yo íbamos al Campo a... lo que fuera. Quiero que sea como esto.

Chris alza la mano para abarcar el salón dorado y lleno de humo. Los pequeños aleteos del aire en la oscuridad, muy por encima de sus cabezas.

—Si quedamos fuera del Court después de la escuela, la voy a cagar. Diré alguna estupidez para hacer reír a los muchachos o nos iremos a dar un paseo para hablar y alguien nos verá marcharnos y no se me ocurrirá nada que decir. O los chicos me pondrán verde después y yo diré..., ya sabes, alguna guarrada. Ojalá no lo hiciera, pero sé que lo haré.

—¿Te puedes escapar de la escuela por la noche? —pregunta Selena.

Selena escucha el siseo de una respiración sorprendida en el aire, a su alrededor. Querría replicarle: «No pasa nada. Sé lo que estoy haciendo», pero reconoce que no sería verdad.

Chris arquea las cejas.

—¿De noche? ¡Qué va! ¿Tú, sí? ¿En serio?

Selena le responde:

Te doy mi número de teléfono. Si encuentras la manera de hacerlo, envíame un mensaje de texto.

—No —le dice él al instante—. Quizás aquí sea distinto, pero los chicos se figonean los teléfonos los unos a los otros todo el tiempo en busca de..., bueno, cosas. Y los curas también lo hacen. Encontraré un modo de ponerte en contacto contigo. Pero así, no. ¿Vale?

Selena asiente.

—Acerca de lo de escaparse... —dice Chris—, es posible que uno de mis colegas sepa cómo apañárselas.

—Pregúntaselo.

—Conseguiré que lo haga —replica Chris.

—No le digas por qué —le pide Selena—. Y, hasta entonces, no hables conmigo. Si nos vemos por el Court o algo, actuemos como si no nos conociéramos, como antes. De lo contrario, lo echaremos todo a perder.

Chris asiente. De forma oscura y mirando hacia el vestíbulo, añade:

—Gracias.

Pero Selena lo oye.

La señorita Long abre la puerta de un portazo.

—¡Selena! ¡Y tú, quienquiera que seas! Adentro. Ahora mismo.

Y esta vez permanece inmóvil, mirándolos fijamente. Chris se pone en pie de un salto y le tiende la mano a Selena. Ella no la coge. Se levanta sola y nota que su movimiento lanza pequeños remolinos hacia la oscuridad, allá en lo alto. Sonríe a Chris y le dice:

—Hasta pronto.

Luego lo esquivo, con cuidado de no rozarlo siquiera con el dobladillo del vestido, y regresa al salón de actos. La huella de su mano, alrededor de su brazo, sigue resplandeciendo.

—Hora de hacer un registro —anunció Conway—. Y en caso de quedarnos atrapados aquí...

Abrió la ventana de guillotina con decisión. Entró una brisa arremolinada que barrió de un plumazo el batiburrillo de fragancias a desodorante. En el exterior, la luz comenzaba a enfriarse y el cielo palidecía. Se acercaba el anochecer.

—Un segundo más con esa peste —dijo Conway— y vomito hasta la última papilla.

Empezaba a sentirse como un león enjaulado y eso la ponía nerviosa. Yo tenía la misma sensación. Llevábamos mucho tiempo encerrados en aquellas habitaciones.

Conway abrió el armario y soltó un «¡Joder!» al ver la cantidad de ropa que había o los nombres de los diseñadores que lucían en las etiquetas. Empezó a repasar con las manos los vestidos colgados. Yo me concentré en las camas. Primero la de Gemma. Arranqué las sábanas, las sacudí y palpé el colchón. No solo buscaba bultos grandes correspondientes a un teléfono o un libro antiguo, tal como había hecho la primera vez. En esta ocasión rastreaba algo que podía ser tan minúsculo como una tarjeta SIM.

—¿Qué pasaba con la puerta? —quiso saber Conway.

Me habría encantado obviar ese asunto, pero al ver cómo se había plantado allí de un salto para cubrirme las espaldas frente a algo que ni siquiera conocía, me escuché a mí mismo contándole:

—Cuando has salido para hablar con Alison, me ha parecido distinguir una sombra detrás de la puerta. He pensado que podía tratarse de cualquier niña que hacía acopio de valor para hablar con nosotros, pero cuando la he abierto de golpe, no había nadie. Así que cuando he visto algo al otro lado otra vez...

—Has ido a por ello.

Esperé el comentario de recochineo: «Y te has lanzado a lo valiente, dispuesto a salvar la situación por si a alguna de las alumnas se le hubiera ocurrido construir un misil nuclear en clase de Física», pero lo que dijo fue:

—Esa primera vez, cuando yo estaba fuera, ¿estás seguro de que había alguien ahí?

Levanté el colchón para revisarlo por debajo.

—No —respondí.

Conway palpó una chaqueta acolchada.

—Vale. El año pasado nos ocurrió algo parecido unas cuantas veces: creíamos haber visto algo, pero no había nada. En este lugar suceden cosas raras. Costello tenía la teoría de que las ventanas en los edificios antiguos son diferentes, que poseen formas y tamaños distintos de los actuales y que no están colocadas de la misma manera, lo cual hace que la luz penetre desde diversos ángulos de modo que si ves algo por el rabillo del ojo, puedes llevarte una impresión equivocada. —Se encogió

de hombros—. ¿Quién sabe?

—Si se tratara de eso, explicaría por qué ven el fantasma de Chris —dije yo.

—Pero las niñas ya están acostumbradas a esta luz. ¿Y un fantasma real? ¿Es eso lo que viste?

—No. Solo una sombra.

—Exactamente. Ven a Chris porque quieren verlo. Se nutren entre ellas, intentan impresionarse, encontrar un asunto del que hablar. —Volvió a meter la chaqueta en el armario—. Estas crías necesitan salir un poco más a la calle. Pasan demasiado tiempo juntas.

No había nada oculto tras la mesilla de noche de Gemma ni bajo el cajón.

—A esta edad, se trata de eso.

—Sí, pero no van a tener esa edad toda la vida. Cuando se den cuenta de que ahí fuera se expande el ancho mundo, se van a llevar el susto de sus vidas.

Aquella satisfacción subyacente a su voz no la percibía. En su lugar, noté el viento golpeando desde todos los ángulos, con sus cantos duros y descarnados y su fragancia a especias y gasolina, arremolinándose cálido en el cabello al salir de un lugar como aquel, mientras la puerta se cerraba detrás.

—Diría que el asesinato de Chris no convierte el ancho mundo en un lugar apetecible —apunté.

—¿Eso crees? Para esta pandilla, incluso eso las atañe. «Yo lloré más que ella, así que soy mejor persona». «El fantasma se nos ha aparecido a todas juntas, porque estamos muy unidas».

Me dispuse a examinar la cama de Orla.

—Me acuerdo de ti, de cuando ibas a la escuela de formación —comentó Conway.

Tenía la cabeza dentro del armario, así que no pude verle la cara. Le dije, con cautela, mirando de reojo hacia atrás:

—¿Ah, sí? ¿Y eso es bueno o malo?

—No te acuerdas, ¿verdad?

Si había intercambiado con ella algo más que un saludo por los pasillos, se me había olvidado.

—Dime que no te hice hacer flexiones.

—¿Lo recordarías en caso de ser así?

—Ay, madre. ¿Qué hice?

—Nada, tranquilo. Solo te estaba tomando el pelo. —Noté en su voz cómo sonreía—. Nunca me hiciste nada.

—Joder, menos mal. Me tenías preocupado.

—No, no tuvimos ningún problema. Ni siquiera recuerdo que habláramos. De hecho, creo que me di cuenta de que existías por el color de tu pelo. —Conway sacó algo del bolsillo de una sudadera e hizo una mueca: un montón de pañuelos de papel—. Pero después de eso, me fijé en ti porque ibas a tu aire. Tenías amigos, pero no te

juntabas con nadie en concreto. Mientras que los demás, joder, se pasaban el día lamiéndose el culo. La mitad de ellos intentaba hacer contactos, como esos pequeños indeseables del Colm; cómo si llegar a ser coleguita del hijo del comisario fuera a eximirlos de tener que dirigir el tráfico, convirtiéndolos en inspectores a los treinta años. La otra mitad intentaba afianzar lazos, como esta pandilla de aquí: «Ah, son los mejores días de nuestras vidas y seremos amigos para siempre y contaremos estas anécdotas en nuestras cenas, cuando estemos jubilados». Yo alucinaba. Somos adultos, estábamos allí para aprender una profesión, no para intercambiar pulseras de amistad y aplicarnos sombra de ojos los unos a los otros. —Empujó unas prendas de ropa por el abarrotado riel—. Y me gustaba que tú tampoco participaras en eso.

No se lo dije: una parte de mí veía a mis compañeros de clase trabar amistad como algo bueno, y deseaba formar parte de ello. Pero como había dicho Conway, fui yo quien decidió que no iba a intercambiar pulseritas de amistad con los mejores. Y, en gran medida, estuvo bien.

—Si lo piensas, éramos solo unos críos —dije—, un par de años mayores que estas niñas. La gente tenía necesidad de buscarse un sitio en el mundo. No hay nada raro en eso.

Conway reflexionó mientras desenrollaba unos panti.

—Te diré algo —me contestó—. Lo que me tocaba las narices no era que quisieran hacerse amigos. Todo el mundo los necesita. Pero yo tenía los míos en casa, y sigo teniéndolos.

Me lanzó una mirada.

—Claro —respondí.

—Bien. Entonces no era preciso salir a buscar otros nuevos. Si haces amigos en el interior de una burbuja, en un par de años te estallará en la cara (como sucedió en nuestro período de formación o aquí) y quedarás como un idiota. Entonces empezarás a pensar que eso es el mundo, que no existe nada más, y acabarás histérico. Mejores amigos para siempre, peleas por si ella dijo, tú dijiste, yo dije, todo el mundo manteniendo riñas sin saber siquiera por qué. Nada es solo normal; todo es excesivo aquí, sin descanso.

La mano por encima de la cabeza. Pensé en la sala de la brigada de Homicidios. Me pregunté si Conway también estaría pensando en eso.

—Entonces sales al ancho mundo —continuó— y, de repente, todo parece distinto y estás jodido.

Pasé una mano por debajo de los listones del somier de Joanne.

—¿Te refieres a Orla y a Alison? Es imposible que Joanne continúe siendo su amiga en la universidad.

Conway soltó una risotada.

—¡Y que lo digas! Aquí le son útiles, pero fuera no le servirán de nada. Y se quedarán hechas polvo. Pero no pensaba en ellas. Me refería más a pandillas que se quieren de verdad, como tu Holly y sus amigas.

—Pues yo diría que seguirán siendo amigas una vez que acabe la escuela.

Eso esperaba. Que conservaran aquello tan especial que compartían y que tamizaba de oro el aire. Uno quiere creer que durará para siempre.

—Podría ser. Es incluso probable. Pero eso no es lo relevante. Lo decisivo, ahora mismo, es que les importa un carajo cualquier otra persona que no sean ellas. Y, claro, es muy gracioso, y apuesto a que están encantadas de conocerse. —Conway arrojó un puñado de sujetadores a un cajón y lo cerró de golpe—. Pero ¿qué va a pasar cuando salgan de aquí? Eso no seguirá siendo viable. No podrán permanecer juntas las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, e ignorar el resto del mundo. Empezarán a importarles otras personas, tanto si a estas cuatro les gusta como si no. El resto del mundo estará ahí, será real. Y eso les va a fastidiar más de lo que imaginan.

Abrió otro cajón, con tanto ímpetu que casi se le cae en el pie.

—A mí no me gustan las burbujas —sentenció.

Detrás del cabezal de Joanne: polvo y nada.

—¿Y qué me dices de la Brigada?

—¿A qué te refieres?

—Homicidios es una burbuja —aclaré.

Conway le dio la vuelta a una camiseta de una sacudida.

—Sí —dijo, con la mandíbula tensa, como si anticipara una pelea—. Homicidios se parece mucho a esto. La diferencia es que yo me voy a quedar allí para siempre.

Pensé en preguntarle si eso significaba que tenía previsto hacer amigos en la Brigada. Pero decidí que no era buena idea. De todos modos, como si me hubiera oído, Conway añadió:

—Pero ni aun así voy a hacerme coleguita de los muchachos. Yo no quiero tener sensación de pertenecer a nada. Lo que quiero es hacer mi trabajo.

Yo hice mi trabajo —pasé una mano por encima de pósteres de papel brillante: nada— y pensé en Conway. Intenté determinar si la envidiaba o la compadecía o si, más bien, era perro ladrador, poco mordedor.

Estábamos a punto de acabar cuando su móvil vibró. Un mensaje.

—Sophie —anunció, mientras cerraba de golpe la puerta del armario—. Allá vamos.

Esta vez me acerqué a su hombro sin esperar a que me invitara.

El correo electrónico rezaba: «Registros del número que me ha remitido Moran. Mi amigo está intentando recuperar los mensajes; dice que deberían seguir dentro del sistema, pero que aún puede tardar una o dos horas. Probablemente estén llenos de OMG, LOL y WTF, pero tus deseos son órdenes. Que lo disfrutes. S.».

El archivo adjunto contenía varias páginas de extensión; Chris había utilizado bastante su teléfono especial. Lo había activado a finales de agosto, justo antes de regresar a la escuela, como un buen explorador, preparando el terreno. Hacia mediados de septiembre aparecían dos números. No había llamadas, pero sí multitud

de mensajes de texto y multimedia entre él y esos dos números a diario, varias veces al día.

—Tenías razón —dijo Conway contundente.

La noté reflexionar sobre ello: «testigos a quienes debería haber encontrado».

—Un mujeriego, el tal Chris.

—Y un tipo listo, también. ¿Ves todos estos mensajes con fotografías? Pues no se trata de gatitos peluditos. Si alguna de las chicas amenazaba con contárselo a todo el mundo, esto le mantendría la boca cerrada.

—Por eso ninguna de ellas debió de decírtelo el año pasado —especulé yo—. Debieron de suponer que, si mantenían el pico cerrado, nadie las vincularía con estos mensajes.

Conway giró la cabeza hacia mí, recelosa, dispuesta a meterme la comodidad por el culo. No aparté la vista de la pantalla hasta que ella volvió a mirarla.

Octubre, Chris dejó a sus dos chicas en la cuneta; el mismo *modus operandi* que habíamos visto en los registros de Joanne: hacía caso omiso de su catarata de mensajes de texto y de las múltiples llamadas de una de ellas, hasta que se daban por vencidas. Cuando esos dos números desaparecían, irrumpía el de Joanne. A mediados de noviembre, Chris ya le ponía cuernos; después de que Joanne se desvaneciera en diciembre, la otra chica permaneció en contacto con él un par de semanas más, pero en Navidades ya era historia. En enero, intercambió un puñado de mensajes de texto con un nuevo número y luego este se desvaneció: una relación que no acabó de cuajar.

—En todo ese tiempo no dejé de preguntarme cómo era posible que Chris no hubiera tenido novia durante un año —me explicó Conway—. Un chaval popular y guapo como él, que siempre se había sabido manejar con las chicas, no me cuadraba. Debería...

Una sacudida rápida con la cabeza, de enfado. Ni siquiera se molestó en rematar la frase.

La última semana de febrero empezaba la siguiente tanda de mensajes de texto. Uno por día, luego dos y luego media docena. Todos procedentes de un mismo número. Conway se desplazó hacia abajo por la hoja: marzo, abril, los mensajes continuaban entrando.

Le dio un golpecito a la pantalla.

—Tiene que ser Selena —opiné yo—, y a ella no la engañaba con nadie.

Hicimos un segundo de pausa para analizar qué significaba aquello. Mi teoría, la de la chica que había sorprendido a Chris engañándola, quedaba descartada. Y la de Conway empezaba a cobrar más fuerza.

—¿Ves eso? No hay mensajes multimedia, solo mensajes de texto —observó Conway—. Nada de fotos de tetas. Selena no le daba a Chris lo que andaba buscando.

—Quizá la dejara por eso.

—Quizá.

Lunes, veintidós de abril, el par de mensajes de texto de ida y vuelta corrientes durante el día, probablemente para acordar la cita. Esa noche, Joanne había grabado el vídeo.

A primera hora del veintitrés de abril, Chris le envió un mensaje de texto a Selena. Ella le contestó antes de empezar las clases y él respondió, a su vez, de inmediato. No hubo réplica. Chris le mandó otro mensaje de texto después de la escuela: nada.

Lo intentó tres veces más al día siguiente. Selena no respondió.

—Aquella noche sucedió algo raro. Después de que Joanne y Gemma regresaran al colegio —dijo Conway.

—Y fue Selena quien lo dejó —añadí yo.

La teoría de Conway cobraba cuerpo.

El jueves veinticinco, Selena finalmente contactó con Chris. Solo un mensaje. Sin respuesta.

A lo largo de los días siguientes, Selena le envió otros seis mensajes. Chris no contestó a ninguno de ellos. Conway fruncía el ceño.

A primera hora de la mañana del martes dieciséis de mayo, un mensaje de Selena a Chris y, finalmente, una respuesta. Aquella noche, Chris fue asesinado.

Después de aquello, no había ningún movimiento más en su teléfono durante un año. Y, luego, hoy mismo, aquel mensaje de texto que me había remitido.

Bajo la ventana se oyó un estruendo de voces agudas: las muchachas habían salido al exterior a respirar aire fresco durante el descanso que había entre la cena y las horas de estudio. Ni un ruido en nuestro pasillo. McKenna iba a retener a las de cuarto curso donde estaban, bajo su vigilancia.

—La noche del veintidós sucede algo malo. Al día siguiente, Chris intenta disculparse y Selena lo envía a la porra. Él sigue intentándolo, pero ella lo ignora —era la hipótesis de Conway.

—En los días sucesivos —añadí yo—, ella se sobrepone a la conmoción y empieza a desesperarse. Decide que quiere encararse a Chris. Pero para entonces, él se hace el remolón por no haber aceptado ella sus disculpas; Chris había decidido seguir adelante. Como en aquella anécdota que nos explicó Holly, la de la magdalena: le molestaba no conseguir lo que deseaba.

—O bien ha empezado a entender la gravedad del asunto y tiene miedo de que Selena lo cuente. Imagina que lo mejor es cortar por lo sano; si ella lo denuncia a la policía, él la tildará de mentirosa y afirmará que la persona con quien Selena se intercambiaba mensajes no era él, que nunca tuvo nada que ver con ella.

—Y por último —añadí yo—, el dieciséis de mayo, Selena encuentra la manera de volver a citarse con él. Quizás él piense que le conviene recuperar el teléfono que le había entregado, por si pudiera comprometerlo.

El resto se disolvió en el aire entre nosotros. Afuera, en la hierba, bajo la ventana, un corrillo de niñas parloteaba, indignadas como pajarillos: «Ella sabía que yo lo

quería, me había visto ir a cogerla y se lo llevó justo de delante de...».

—Te he dicho en el coche que no creía que Selena pudiera haberlo hecho —añadió Conway—. Y sigo creyéndolo.

—Julia se comporta de forma muy protectora con Selena —observé.

—Tú también te has dado cuenta, ¿verdad? En cuanto he comentado que iba a interrogar a Selena, por si acaso me pasaba de la raya, Julia nos ha contado lo de Joanne y Chris. Me ha lanzado otra madeja distinta para que tirara del hilo.

—Sí. Y diría que no es solo Julia: las cuatro se cuidan entre sí. Si Chris le hizo algo a Selena, o lo intentó, y las otras lo descubrieron...

—Venganza —sentenció Conway—. O vieron a Selena perder la cabeza y creyeron que volvería a ser normal si Chris desaparecía y ella volvía a sentirse segura. Yo diría que cualquiera de las tres podría encargarse de ello muy bien.

—¿Incluso Rebecca?

Pero lo recordé, recordé aquella barbilla alzada, aquel destello que me había revelado: «No soy tan frágil como creéis». Pensé en el poema que había en su pared, en lo que sus amigas significaban para ella.

—Sí, incluso ella. —Y al cabo de un segundo, evitando mirarme—: Incluso Holly.

—Holly me trajo la tarjeta. Podría haberla tirado a la basura y ya está —dije yo.

—No digo que lo hiciera ella. Lo que digo es que, de momento, no puedo descartarla.

Su cautela me hizo recelar, como si Conway creyera que yo iba a cabrearme, a exigirle que borrara a *mi Holly* de la lista o a empezar a realizar llamadas a mi papáito, Mackey. Me pregunté de nuevo qué habría oído Conway acerca de mí.

—O quizá lo hicieran las tres juntas —aventuré.

—O las cuatro —replicó Conway. Juntó ambas palmas sobre su nariz y las separó frotándose las mejillas—. ¡Joder!

Tenía aspecto de que el día comenzaba a presionarle la cabeza. Se moría de ganas por marcharse, por regresar a Homicidios y retomar la burocracia, por sentarse en el bar con un colega hasta olvidarse de todo y empezar de nuevo por la mañana.

—¡Maldito lugar! —exclamó.

—Ha sido un día muy largo —dije yo.

—Si quieres irte, vete.

—¿A hacer qué?

—A hacer lo que sea que hagas. Vete a casa, cámbiate y sal a bailar por ahí. Hay una parada de autobús en la carretera principal, o puedes telefonar a un taxi. Envíame el recibo, lo cargaré como gasto.

—Si puedo, prefiero quedarme.

—Aún tengo para rato. No sé cuánto tardaré.

—Me da igual.

Conway me miró a los ojos con fijeza. El cansancio le había arrebatado aquel

brillo cobrizo a su piel y la había dejado desnuda, dura y polvorienta.

—Eres un canalla ambicioso, ¿no es cierto?

Aquel comentario se me clavó en sitios donde no debería, porque era cierto y al mismo tiempo no era toda la verdad.

—Es tu caso. Al margen de lo que haga, va a ser tu nombre el que aparezca si lo resolvemos. Pero quiero trabajar en él.

Un segundo de silencio, mientras me observaba.

—Si tenemos a una sospechosa y la trasladamos a Comisaría, los muchachos me van a fastidiar, por el caso, por ti y por todo. Eso soy capaz de sobrellevarlo. Pero si tú te añades al fastidio porque quieres convertirte en uno de ellos, te largas. ¿Entendido?

Justo lo que había notado en el aire de la sala de la Brigada aquella mañana: no la típica perspicacia de los muchachos de Homicidios, sino su rápido pulso. Y algo más, que palpitaba más aprisa y con más fuerza alrededor de Conway. Y no solo aquel día. Cada una de sus jornadas tenía que ser una lucha.

—Ya he ignorado a idiotas otras veces. Puedo hacerlo una vez más.

Rogué al cielo que la sala de la Brigada estuviera vacía cuando entráramos allí. Lo último que me apetecía era tener que escoger entre enojar a Conway o a los muchachos de Homicidios.

Conway me sostuvo la mirada un momento más. Luego dijo:

—De acuerdo. Será mejor que se te dé bien. —Cambió la pantalla de su teléfono a negro con un clic y se lo guardó en el bolsillo—. Hora de hablar con Selena.

Eché un vistazo a las camas. Coloqué la taquilla de Alison en su sitio y alisé el edredón de Joanne de un tirón.

—¿Dónde?

—En su cuarto. Mejor un entorno informal para que esté relajada. Si lo confiesa...

Si Selena reconocía la violación, entonces tocaba padre o tutor, funcionario de apoyo, videocámara y toda la pesca.

—¿Quién se encarga de hablar? —quise saber.

—Yo. ¿Por qué me miras así? También sé actuar con sensibilidad. Además, ¿crees que hablará contigo de una violación? Tú mantente bien alejado e intenta diluirte.

Conway cerró la ventana con ímpetu. Antes de salir de la habitación, la fragancia a desodorante y a pelo chamuscado volvía a emerger a nuestro alrededor.

Para mantener a las muchachas ocupadas, que Dios las ayudara, McKenna había hecho que la acompañaran en una canción. Sus voces avanzaban rezagadas por el fondo del pasillo para recibirnos, finas y gastadas. «Cantad a María, la estrella del alba, que anuncia a las almas...».

En la sala común hacía demasiado calor, incluso con las ventanas abiertas. Los

platos de la cena estaban desperdigados por todas partes, la mayoría de ellos casi intacta; el aroma a pastel de pollo frío me abrió el apetito a la par que me provocó náuseas. Los ojos de las chicas lucían vidriosos y fueron rebotando los unos contra los otros de ventana en ventana hasta alcanzar a Alison, que se hallaba acurrucada en un sillón bajo una pila de sudaderas.

La mitad de aquellas chicas apenas movía los labios. «Cantad a María, la Virgen sin mácula...». Tardaron un segundo en advertir nuestra presencia. Entonces las voces titubearon y se apagaron.

—Selena —dijo Conway, dirigiéndole un asentimiento casi imperceptible a McKenna—. ¿Tienes un minuto?

Selena era de las que cantaba con aire ausente, la mirada perdida. Nos miró como si intentara descifrar quiénes éramos antes de ponerse en pie y acercarse a nosotros.

—Recuerda, Selena —le dijo McKenna cuando pasó junto a ella—, si en algún momento crees que necesitas apoyo, pon fin al interrogatorio y solicita mi presencia o la de otra maestra. Los detectives ya están al corriente.

Selena le sonrió.

—Estoy bien —dijo, con voz tranquilizadora.

—Por supuesto que lo está —añadió Conway en tono alegre—. Espéranos en tu habitación, ¿de acuerdo, Selena?

Mientras Selena avanzaba por el pasillo:

—Julia —la llamó Conway haciéndole señas—. Ven aquí un momento.

Julia estaba de espaldas a nosotros; no se había movido cuando entramos. En el instante en que se giró, parecía destrozada: gris y tensa, sin rastro de chispa. Para cuando llegó a nuestro lado había logrado reunir el último arrebato de brío y volvió a mirarnos con cara de listilla.

—¿Sí?

Conway entornó la puerta a su espalda. En voz muy baja, para que Selena no lo oyera, le preguntó:

—¿Por qué nunca me explicaste lo tuyo con Finn Carroll?

A Julia se le tensó la mandíbula.

—Ha sido la maldita Joanne, ¿verdad?

—Eso no importa. El año pasado os pregunté qué relación manteníais con los alumnos del Colm. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque no había nada que decir. No se trataba de una relación; Finn y yo nunca nos tocamos. Simplemente nos gustábamos, como lo hacen dos seres humanos. Y precisamente por eso no le explicamos a nadie que solíamos quedar, cosa que apenas pudimos hacer de todas maneras, o solo un par de segundos. Sabíamos que todo el mundo se pondría en plan: «Madre mía, jajaja, Finn y Julia sentados en un árbol...». Y no teníamos ganas de afrontar esas chorradas. ¿Entendido?

Pensé en Joanne y Gemma, riendo disimuladamente en voz bajita en medio de la oscuridad, y me la creí.

—Entendido. —Y, mientras Julia se daba la vuelta para marcharse—: ¿Cómo está Finn? ¿Está bien?

Por un instante, aquel velo de pena convirtió el rostro de Julia en el de una mujer adulta.

—No sabría decirle —respondió; luego regresó a la sala común y cerró la puerta tras de sí.

Selena nos esperaba fuera de su habitación. El sol bajo que se filtraba a través de la ventana al fondo del pasillo proyectaba la sombra de la muchacha, que permaneció flotando sobre las baldosas rojas resplandecientes. El cántico había subido de tono otra vez. «Cantad a María, la Reina del cielo, del hombre consuelo, de Dios alegría...».

—Es la hora del recreo —dijo Selena—. Deberíamos estar fuera. La gente se está poniendo nerviosa.

—Sí, ya lo sé —respondió Conway, mientras pasaba junto a ella y se acomodaba en la cama de Julia. Esta vez se sentó de un modo distinto, con un pie debajo del muslo, como una adolescente acurrucándose para mantener una charla—. Te diré algo: en cuanto acabemos con esto, le pediré a McKenna que os deje salir un rato fuera, aunque sea tarde. ¿Qué te parece?

Selena miró hacia el fondo del pasillo, dubitativa.

—Supongo que bien.

«Frente al peligro, defiéndenos; y de las penas líbranos...». Hecho jirones, astillado por los bordes, creí ver de nuevo un destello plateado de alerta en el rostro de Selena, la vi divisando algo que no deberíamos ignorar.

Si lo hubo, Conway no se dio cuenta.

—Fantástico. Siéntate.

Selena se sentó en el borde de su cama. Cerré la puerta —los cánticos se apagaron—, me fundí en un rincón y saqué mi cuaderno para ocultarme tras él.

—Maravilloso. —Conway sacó su teléfono y le dio unos toquitos a la pantalla—. Echa un vistazo a esto —dijo, y se lo entregó a Selena.

La dejó atónita. Aunque no hubiera podido escuchar el sonido —el entrecocar de los pasos y el crujido de las ramas—, habría sabido qué le mostraba con solo mirar a Selena.

Selena se puso blanca como el papel, no roja. Apartó la cabeza de la pantalla y su rostro se tiñó de una insoportable humillación. Con aquel cabello trasquilado, bajo el cual no podía esconderse, parecía que la hubieran desnudado a la fuerza. Quise apartar la vista.

—¿Quién? —preguntó. Presionó con la otra mano el teléfono, cubriendo la pantalla—. ¿Cómo?

—Joanne —respondió Conway—. Ella y Gemma te siguieron. Siento muchísimo

tenerte que atacar así, pero parece ser la única manera de que dejes de decir que no salías con Chris. Y no puedo permitirme desperdiciar más tiempo en eso. ¿Lo entiendes?

Selena esperó, como si no pudiera oír nada más, hasta que los sonidos ahogados bajo su palma concluyeron. Luego aflojó las manos, con esfuerzo, y le devolvió el teléfono a Conway.

—Sí —dijo. Seguía costándole respirar, pero tenía la voz bajo control—. Salía con Chris.

—Gracias —respondió Conway—. Te agradezco mucho que nos lo digas. Y él te entregó un teléfono especial que utilizabas para ponerte en contacto con él. ¿Por qué?

—Porque queríamos mantener lo nuestro en secreto.

—¿De quién fue la idea?

—De Chris.

Conway levantó una ceja.

—¿Y a ti no te importaba?

Selena negó con la cabeza. Empezaba a recuperar el color en las mejillas.

—¿De verdad? Pues a mí sí me habría importado. Habría pensado: «o este tío cree que no soy suficiente para dejarse ver conmigo en público, o prefiere no cerrarse puertas». En cualquier caso, no habría estado contenta para nada.

—Yo no lo pensé —respondió Selena simple y llanamente.

Conway hizo una pausa, pero no añadió nada más.

—De acuerdo —convino al fin—. ¿Dirías que manteníais una buena relación?

Selena recobró la compostura. Despacio, revisando cada una de las palabras antes de pronunciarlas, contestó:

—Fue una de las cosas más maravillosas que me hayan pasado nunca. Eso y mis amigas. Nunca más volverá a haber nada igual.

Sus palabras se disolvieron y se esparcieron por el aire, que permaneció inmóvil, resplandeciendo con un fulgor azul. Tenía razón; desde luego que sí. No hay una segunda vez. Pero ella aún no debería saberlo, todavía no. Tendría que haber contado con la oportunidad de dejar atrás aquel calvero, antes de descubrir que jamás podría regresar a él.

Conway sostuvo el teléfono en alto.

—¿Entonces por qué lo dejaste después de esa noche?

Selena dejó vagar la mirada y yo volví a tener aquel presentimiento: se dejaba envolver por la confusión.

—No lo hice.

Conway dio unos toquecitos en la pantalla, rápidos y diestros.

—Mira —continuó, sosteniendo el teléfono en alto para que Selena lo viera—. Son los registros de los mensajes de texto que os intercambiasteis Chris y tú. ¿Ves esto? Fue un par de días después de la noche en que se grabó ese vídeo. Él intenta ponerse en contacto contigo, pero tú lo ignoras. Antes nunca lo habías hecho. ¿Por

qué lo hiciste después de aquella noche?

A Selena ni siquiera se le ocurrió negar que aquel número fuera suyo. Miró el teléfono como si estuviera vivo y fuera una criatura extraña, peligrosa quizá.

—Porque necesitaba pensar —respondió.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—Sobre lo nuestro.

—Sí, eso ya me lo figuraba. Me refería a sobre qué en concreto. ¿Hizo él algo aquella noche que te hiciera replantearte la relación?

Los ojos de Selena se desviaron a alguna parte, esta vez de verdad.

—Fue la primera vez que nos besamos —respondió con voz queda.

Conway la miró con escepticismo.

—Eso no encaja con la información de que disponemos. Os habían visto besaros al menos una vez antes.

Selena sacudió la cabeza.

—No.

—¿No? Pues no encaja con nada de lo que sabemos sobre Chris. ¿Cuántas veces os habíais citado?

—Siete.

—Y nunca os habíais puesto la mano encima. Todo, pureza y candor, nada de pensamientos impuros, nada que las monjas no pudieran ver. ¿Me lo dices en serio?

Un leve sonrojo había teñido las mejillas de Selena. A Conway se le daba bien: cada vez que Selena intentaba alejarse en su nube, Conway la traía de vuelta a la Tierra.

—Yo no he dicho eso. Nos cogíamos de la mano y nos sentábamos abrazados, nos... Pero nunca antes nos habíamos besado. Por eso necesitaba pensar. Quería reflexionar sobre si deseaba que volviera a suceder y esas cosas.

Me resultaba imposible determinar si mentía. Era tan difícil de vislumbrar como Joanne, aunque no por los mismos motivos. Conway asintió con la mirada perdida, dándole vueltas a su teléfono mientras pensaba.

—Entendido —dijo—. ¿Significa eso entonces que Chris y tú no manteníais relaciones sexuales?

—No. No las manteníamos.

Ni un contoneo, ni una risita, ni una tontería. Sonaba sincera. Un punto a favor de los instintos de Conway.

—¿Y a Chris le parecía bien?

—Sí.

—¿De verdad? Muchos chicos habrían presionado. ¿Él no lo hizo?

—No.

—Voy a explicarte algo —le dijo Conway. Hablaba en un tono adecuado: amable, pero directa, para nada condescendiente con una cría; de mujer a mujer, analizando un episodio duro juntas—. Muchas veces, las personas que sufren una agresión

sexual se niegan a denunciarlo porque las consecuencias son un fastidio. Exámenes médicos, testificar en un juicio, someterse a duros interrogatorios y quizá ver cómo su asaltante se va de rositas; no les apetece pasar por todo eso, simplemente quieren olvidarlo y continuar con sus vidas. Pero ¿quién puede culparlas por ello, verdad?

Una pausa para dejar que Selena asintiera. No lo hizo. La escuchaba, con el ceño fruncido. Parecía desconcertada.

Conway continuó, un pelín más despacio:

—No obstante, en este caso es distinto. No se va a producir ningún examen médico, porque esto ocurrió hace un año; y tampoco habrá ningún juicio, porque el agresor está muerto. En suma, puedes explicarme qué sucedió y yo no lo airearé por ahí a bombo y platillo. Si lo prefieres, puedes hablar con alguien experimentado en tratar asuntos como este. Ya está. Fin de la historia.

—Espere —dijo Selena. El desconcierto había aumentado—. ¿Se refiere a mí? ¿Cree que Chris me violó?

—¿Lo hizo?

—¡No! ¡Por favor, claro que no!

Parecía sincera.

—De acuerdo —contestó Conway—. ¿Y alguna vez te forzó a hacer algo en contra de tu voluntad?

Siempre hay que reformular la frase, plantearla desde distintos ángulos. Asusta descubrir que muchas chicas piensen que no se considera una violación a menos que las haya agredido un desconocido en un callejón con una navaja, y también asusta averiguar cuántos chicos agreden.

Selena negaba con la cabeza.

—No. Nunca.

—¿Te continuó tocando después de que le dijeras que parara?

Seguía negando con la cabeza, inmutable y vehemente.

—No. Chris nunca me habría hecho algo así. Jamás.

—Selena, sabemos que Chris no era ningún angelito —dijo Conway—. Hizo daño a muchas chicas. Las trató como si fueran pañuelos de usar y tirar, les puso los cuernos, las enredó y luego se esfumó en cuanto se había cansado de ellas.

—Ya lo sé. Me lo explicó. No debería haberlo hecho —dijo Selena.

—Es fácil fantasear con alguien que está muerto, sobre todo si ese alguien significaba mucho para ti. Pero lo cierto es que Chris tenía una veta cruel, en especial cuando no conseguía cuanto quería.

—Sí. Eso ya lo sé. No estoy fantaseando.

—Entonces, ¿por qué me dices que a ti no te habría hecho daño?

—Porque era diferente —respondió Selena, paciente, sin ponerse a la defensiva.

—Eso es exactamente lo que creían las otras chicas —le rebatió Conway—. Todas y cada una de ellas creían tener algo especial con Chris.

—Quizá lo tuvieran —apuntó Selena—. Las personas somos complejas. De

pequeño, no te das cuenta, piensas que cada uno es como es; pero a medida que te haces mayor, descubres que no es tan sencillo. Chris no era un tipo fácil. Era cruel y amable. Y no le gustaba ser consciente de ello. Le preocupaba no ser solo de una manera. Creo que le hacía sentir... —Se fue tan por los cerros de Úbeda que me pregunté si habría dejado la frase sin terminar, pero Conway decidió esperar. Al final, Selena añadió—: Le hacía sentir frágil, como si pudiera hacerse añicos en cualquier momento, porque no sabía cómo mantener la integridad. Por eso les hizo todo aquello a las otras chicas, salió con ellas y lo mantuvo en secreto: para poder ser distintas cosas y comprobar qué sentía. Así estaría a salvo. Podía ser tan encantador o tan detestable como se propusiera, y no contaría, porque nadie lo sabría nunca. Al principio pensé que quizá podría enseñarle a mantener los distintos fragmentos de sí mismo encajados en una sola pieza, para que pudiera sentirse bien. Pero no funcionó.

—De acuerdo —dijo Conway. No le interesaban aquellos pensamientos profundos y llenos de significado, pero percibí cómo advertía que yo tenía razón: Selena no necesitaba ir a ninguna escuela especial. Deslizó un dedo sobre su teléfono y volvió a sostenerlo en alto, de cara a Selena—. ¿Ves esto? Tras la noche del vídeo, pasaste unos cuantos días sin hacerle caso a Chris, pero luego volviste a contactar con él. Esto de aquí son mensajes de texto que le enviaste. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Selena apartó la vista del teléfono, como si le doliera mirarlo. Contemplando la luz decreciente al otro lado de la ventana, contestó:

—Sabía que lo más sensato era cortar por lo sano con él. No volver a ponerme en contacto con Chris. Lo sabía. Pero... usted ha visto eso, el vídeo. —Un leve asentimiento hacia el teléfono—. No era solo que lo echara de menos. Compartíamos algo muy especial. Lo que hicimos juntos, Chris y yo, no iba a existir en ningún otro lugar del mundo, y era precioso. Arruinar algo así, reducirlo a polvo y tirarlo a la basura: eso es maldad. Eso es actuar de forma cruel. ¿No creen?

Ninguno de los dos respondimos.

—Me pareció que significaba cometer algo espantoso. Intuía que era lo peor que había hecho en toda mi vida, pero no estaba segura. Y pensé que quizá podía salvar una parte. A lo mejor, aunque no fuéramos a estar juntos, podríamos seguir...

Todo el mundo lo ha pensado: «quizás incluso si, a lo mejor podríamos seguir siendo», tal vez sea posible salvar pequeños fragmentos de cosas preciosas. Nadie con sentido común sigue creyendo en ello después de intentarlo una primera vez. Pero la voz de Selena, queda y triste, temblando en el aire con aquellos colores perlados hizo que, por un segundo, casi volviera a parecerme posible.

—No habría funcionado —añadió Selena—. Probablemente yo ya lo sabía; creo que sí. Pero tenía que intentarlo. Así que le envié un mensaje de texto a Chris un par de veces, diciéndole: «Sigamos siendo amigos», diciéndole que lo echaba de menos, que no quería perderlo... Ese tipo de cosas.

—Un par de veces, no —la contradujo Conway—. Siete.

Selena frunció el ceño.

—No tantas. ¿Dos? ¿Tres?

—Le escribiste cada pocos días, incluido el día en que murió.

Selena negó con la cabeza.

—No.

Cualquiera habría contestado eso, cualquiera con medio cerebro. Pero su mirada de desconcierto: yo habría jurado que estaba siendo sincera.

—Aparece aquí, negro sobre blanco. —Conway había empezado a cambiar de tono. No era duro, todavía no, pero sí firme—. Mira. Un mensaje enviado por ti, sin respuesta. Un mensaje enviado por ti, sin respuesta. Un mensaje enviado por ti, sin respuesta. Esta vez era Chris quien te ignoraba.

Movimientos en el rostro de Selena. Observaba aquella pantalla como si fuera un televisor, como si pudiera distinguir todo lo sucedido otra vez delante de ella.

—Debió de dolerte —conjeturó Conway—. ¿No es así?

—Sí, me dolió.

—Entonces Chris sí podía hacerte daño a fin de cuentas, ¿no es cierto?

—Tal como le he dicho, Chris tenía muchas facetas —respondió Selena.

—De acuerdo. ¿Por eso rompiste con él? ¿Por qué hizo algo que te hizo daño?

—No. Eso de ahí, cuando no me respondió a los mensajes de texto, fue la primera vez que Chris me hizo daño.

—Debiste de enfadarte.

—¿Enfadarme? —repitió Selena, pero le dio la vuelta a la palabra—. No. Me entristecí, me sentí muy triste. No entendía por qué lo hacía, al menos no al principio. Pero no me enfadé... —Sacudió la cabeza—. No.

Conway esperó, pero Selena había concluido.

—¿Y qué? ¿Al final lograste entenderlo?

—Después. Cuando murió.

—Ya veo —dijo Conway—. ¿Y por qué crees que fue?

Selena contestó, simple y llanamente:

—Porque estaba salvada.

Conway arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir? ¿Que encontraste a Dios? Que Chris cortó contigo porque...

Selena soltó una carcajada. Su risa me desconcertó: se elevó en el aire como un manantial, plena y dulce, como la carcajada de unas crías chapoteando en un río, a kilómetros de ningún espectador.

—¡No me refiero a salvada en ese sentido! Dios, ¿se lo imaginan? A mis padres les daría un infarto.

Conway sonrió.

—Pues las monjas estarían encantadas. Entonces, ¿en qué sentido te salvaste?

—En el sentido de volver con Chris.

—¿Eh? Pero si has dicho que salir con Chris era genial. ¿Por qué necesitabas salvarte?

Selena sopesó la pregunta.

—No era buena idea.

Aquel destello otra vez. Envuelto en la neblina perlada había alguien despierto y cauteloso, alguien a quien apenas conocíamos.

—¿Por qué no?

—Como usted ha dicho, había hecho el tonto con todas las chicas con quienes había salido. Salir con alguien le sacaba la peor parte de sí mismo.

Conway intentaba acorralar a Selena; Selena, por su parte, la enredaba en sus bucles.

—Pero has dicho que nunca te hizo nada malo hasta después de separaros. ¿Qué peor parte de él sacaba a relucir estando contigo?

—No le dio tiempo a hacerlo. De hecho, ha sido usted quien dijo que lo haría, tarde o temprano.

Conway decidió dejarlo.

—Probablemente, sí —sentenció—. De manera que alguien te salvó.

—Sí.

—¿Quién?

Tan suave y fácil, se lo puso en bandeja.

Selena reflexionó. Lo hizo sin moverse: nada de cruzar los tobillos ni entrelazar los dedos; de hecho, ni pestañeó; permaneció inmóvil, con la mirada fija y una mano encima de la otra, ambas relajadas.

—Eso no importa —respondió.

—A nosotros, sí.

Selena asintió.

—No lo sé.

—Sí. Claro que lo sabes.

Selena miró a los ojos a Conway.

—No, no lo sé. Y no necesito saberlo.

—Pero intuyes quién fue.

Negó con la cabeza. Despacio, terca: fin.

—De acuerdo —respondió Conway. Si le molestó, no lo dejó traslucir—. De acuerdo. Volviendo al teléfono que Chris te dio, ¿dónde está?

Algo: recelo, culpa o preocupación, no supe determinarlo.

—Lo perdí.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Hace un montón de tiempo. El año pasado.

—¿Antes o después de que Chris muriera?

Selena meditó la respuesta durante un rato.

—Más o menos por aquella época —respondió para ayudar.

—De acuerdo —replicó Conway—. Probemos lo siguiente. ¿Dónde lo guardabas?

—Hice una raja en el lateral de mi colchón, por la cara que daba a la pared.

—Muy bien. Ahora piensa con detenimiento, Selena. ¿Cuándo fue la última vez que lo sacaste?

—Al final ya sabía que no me iba a enviar ningún mensaje de texto, así que solo lo comprobaba a última hora, antes de dormir, pero no siempre. Solo por si acaso. Intentaba abstenerme de hacerlo.

—¿Y la noche en que falleció? ¿Lo comprobaste?

El recuerdo de aquella noche la hizo desviar la mirada.

—No me acuerdo. Tal como le he dicho, procuraba no hacerlo.

—Pero sí le enviaste un mensaje de texto ese mismo día. ¿No quisiste averiguar si te había contestado?

—No se lo había enviado. Al menos, no que yo recuerde. Quizá lo hice, pero...

—¿Y después de saber que había muerto? ¿Buscaste el teléfono para comprobar si te había enviado un último mensaje?

—No lo recuerdo. No podía... —Selena contuvo el aliento—. Me costaba pensar con claridad. Gran parte de esa semana... no la recuerdo bien.

—Piénsalo.

—Ya lo hago. No lo tengo registrado.

—De acuerdo —dijo Conway—. Sigue intentándolo y, si te viene a la memoria, me lo dices. ¿Cómo era el teléfono, por cierto?

—Era pequeño, más o menos de este tamaño, rosa claro. Y era un teléfono de concha.

El ojo de Conway tropezó con el mío. El mismo teléfono que Chris le había dado a Joanne; debió de comprar un lote.

—¿Sabía alguien que lo tenías? —le preguntó.

—No —respondió Selena, y se encogió de dolor. Las otras, convencidas de que en su círculo sagrado no había secretos: bajo el manto de la noche, Selena se había escabullido de ese círculo y las había dejado durmiendo, confiadas—. Nadie lo sabía.

—¿Estás segura? Viviendo tan juntas, no es fácil guardar un secreto, sobre todo uno de ese calibre.

—Fui muy cautelosa.

—Pero sabían que estabas con Chris, ¿no? —preguntó Conway—. El teléfono era lo único de lo que no tenían noticia, ¿verdad?

—No. No sabían lo de Chris. —Otro encogimiento de dolor—. Solo salía a encontrarme con él una vez por semana y esperaba a estar completamente segura de que ellas dormían. A veces tardan un montón, sobre todo Holly, pero una vez que duermen no hay nada que las despierte. A mí siempre me ha costado dormir, así que lo tenía controlado.

—Vaya, pensaba que estabais muy unidas, que lo compartíais todo. ¿Por qué no

se lo explicaste?

Otro encogimiento de hombros. Conway le estaba haciendo daño, a propósito.

—Sí que lo estamos. Simplemente no lo hice.

—¿Les habría molestado que te vieras con Chris?

Una mirada perdida. El dolor volvía a distanciarla, se refugiaba de nuevo en su neblina. Otra muchacha se habría estado removiendo bajo la presión, miraría nerviosa hacia la puerta o preguntaría si podía marcharse ya, pero Selena no lo necesitaba.

—No lo creo.

—Entonces, ¿no fue eso lo que te empujó a dejarlo? ¿Alguien descubrió que salíais juntos y no le gustó?

—No lo descubrió nadie.

—¿Estás segura? ¿Hubo algo que te indujera a pensar que se habían dado cuenta? No sé, ¿insinuó algo alguna de tus amigas o encontraste el teléfono distinto de cómo lo habías dejado una noche, quizá?

Conway intentaba acorralarla, arrastrarla hasta un momento clave. Noté un parpadeo en los ojos de Selena y pensé que ya la tenía, pero entonces aquel velo cayó de nuevo.

—No creo.

—¿Y después de morir Chris? Se lo contaste, ¿verdad?

Selena negó con la cabeza. Se había ido: observaba a Conway con serenidad, tal como uno contempla a un pez nadando en un acuario, apreciando sus bellos colores.

Conway pareció desconcertada.

—¿Por qué no? No podía causar ningún daño: Chris era quien había querido mantenerlo en secreto y ya no estaba, no podía importarle. Y tú habías perdido a alguien que significaba mucho para ti. Necesitabas el consuelo de tus amigas. Lo más sensato habría sido contárselo.

—No quise hacerlo.

Conway esperó.

—¿Cómo dices? —preguntó, al ver que Selena no añadía nada más—. De acuerdo. Pero seguramente ellas se dieran cuenta de que ocurría algo. Debiste de quedarte hecha polvo; a cualquiera le habría sucedido. Incluso antes de que Chris falleciera: has dicho que te apenaba que no te hiciera caso. Es imposible que tus amigas no lo notaran.

Selena la observaba, sosegada, a la espera de la pregunta.

—¿Alguna de ellas te preguntó qué te pasaba, por qué estabas así?

—No.

—¿Cómo es posible que se les pasara por alto, si estáis tan unidas?

Silencio, y aquellos ojos calmos.

—Está bien —concluyó Conway—. Gracias, Selena. Si recuerdas cuándo fue la última vez que viste el teléfono, infórmame.

—De acuerdo —convino Selena con amabilidad.

Tardó un segundo en darse cuenta de que tenía que ponerse en pie. Mientras se dirigía a la puerta como un náufrago a la deriva, Conway le dijo:

—Cuando todo este asunto se solucione, te enviaré por correo electrónico el vídeo.

Selena se volvió de inmediato, conteniendo la respiración. Por un segundo, se llenó de vida y resplandeció en el corazón de aquella habitación. Luego se apagó, de manera deliberada.

—No —respondió—. Gracias.

—¿No? Pensaba que habías dicho que aquella noche no ocurrió nada malo. ¿Por qué no ibas a quererlo? A menos que te traiga malos recuerdos...

—No necesito tener lo que vio Joanne Heffernan —respondió Selena—. Yo estuve allí.

Salió y cerró la puerta con cuidado tras ella.

En el Court, los escaparates rosas y rojos de San Valentín se han desmantelado: ya no hay peluches de ojos grandes sosteniendo corazones, tentadores e hirientes: *¿Será para ti? ¿Te regalarán uno? ¿Te atreves? ¿Lo esperas?* En su lugar empiezan a aparecer huevos de Pascua, envueltos en tiras de papel verde que anuncian que, pronto, cuando acabe esa llovizna intermitente, llegará la primavera. En el exterior, en el Campo, el azafrán ha empezado a brotar por los rincones y quienes han permanecido en sus hogares durante el verano se abrochan las chaquetas hasta el cuello y salen a ver qué encuentran.

Chris Harper está sentado en un montículo de escombros recubierto de maleza, alejado del resto, mirando hacia el otro lado del Campo. Tiene los codos apoyados en las rodillas y una bolsa de chucherías le cuelga de una mano, abandonada, y algo en la caída de sus hombros lo hace parecer mayor que el resto de sus amigos gritones. A Selena se le clava en las palmas de las manos y en el pecho, como si la estuvieran vaciando, cuánto le gustaría tener derecho a acercarse a él, sentarse a su lado sobre aquellos escombros, agarrarle de la mano, inclinar su cabeza contra la de él y notar cómo se relaja en contacto con ella. Por una milésima de segundo, se pregunta qué sucedería si lo hiciera.

Julia, Holly, Becca y ella misma llevan allí media hora, sentadas entre los hierbajos, compartiendo un par de cigarrillos, y él no le ha dicho ni una palabra, ni siquiera la ha mirado. O está haciendo lo que han planeado o ha cambiado de opinión y desearía no haber salido nunca de aquel baile con ella. «Encontraré un modo de ponerme en contacto contigo», le dijo. De eso ya hace varias semanas.

En cualquier caso, Selena sabe que está bien. Cuando se han deslizado a través de la brecha para entrar en el Campo y ha visto a Chris ahí sentado, ha rogado que no se le acercara. Sin embargo, no sabía cuánto le dolería, no imaginaba que, cada vez que él pasara la vista por encima de ella, sentiría que le faltaba el aire en los pulmones. Harry Bailey no deja de hablarle de simulacros de examen y ella le responde, pero no tiene ni idea de qué le está diciendo. El mundo entero se inclina y resbala hacia Chris.

A Chris le quedan dos meses y tres semanas de vida.

—¡Mis fotos! —grita Becca, en un tono agudo que es casi un lamento.

En los últimos minutos, Selena ha visto a Becca plegándose cada vez más sobre sí misma, a su lado, toqueteando su teléfono con un nerviosismo creciente, pero sus pensamientos sobre Chris han hecho que casi le pasara inadvertida.

—¿Qué pasa? —pregunta Holly.

—¡No están! Madre mía, se han borrado todas...

—Respira, Becs. Seguro que están ahí.

—No, lo he comprobado todo. ¡Y no tengo ninguna copia de seguridad! Todas mis fotos de nosotras, todo este año... ¡Jolines!

Está al borde del ataque de nervios.

—Eh —le dice Marcus Wiley, deslizando la mirada desde donde está sentado encogido entre sus amigos por encima de Becca—. ¿Tan importante es lo que tenías ahí guardado?

—Serán fotos de tetas —conjetura Finbar Wright.

—Quizá se las haya enviado a todos sus contactos —comenta alguien más.

—Comprobadlo todos, rápido.

—Paso, tío —dice Marcus Wiley—. ¿Quién quiere ver esas tetas?

Las carcajadas explotan como minas. Becca se pone como un pimiento... de ira, no de vergüenza, pero no consigue articular palabra.

—A nadie le apetece ver tu micropene tampoco —comenta Julia fríamente—, y eso no te impide ir enseñándolo por ahí.

Risotadas aún más fuertes. Marcus sonríe.

—¿Te gustó la foto, verdad?

—Nos echamos unas risas... una vez conseguimos determinar qué se suponía que era.

—Yo creía que era una salchicha de cóctel —comenta Holly—. Solo que más pequeña.

Le cede el turno a Selena con los ojos, «Te toca», pero Selena desvía la mirada. Recuerda aquel día en el Court con Andrew Moore y sus amigos, hace apenas unos meses, el vendaval salvaje de nueva fuerza que le arrebató el resuello: «Podemos hacerlo, podemos decirlo tanto si les parece bien como si no». Sin embargo, ahora le parece una tontería, como pasarte la tarde dándole palmaditas en la mano a un bebé malcriado y mocososo que ni siquiera es tuyo. La velocidad a la cual cambian las cosas la marea.

—¿Era la de tu hermanito bebé? —pregunta Julia—. Porque el porno infantil es ilegal.

—Tío —dice Finbar, dándole un empujoncito a Marcus y sonriendo—. Nos dijiste que se había mojado.

Suenan todos como si berrearan sobre nada. Chris no se ha movido. Selena quiere regresar a la escuela, encerrarse en el cubículo de un lavabo y echarse a llorar.

—Quizá se refería a que se había mojado de tanto reír —replica Holly con desinterés—, cosa que prácticamente hizo.

A Marcus no se le ocurre qué hacer con Julia y Holly, de manera que se abalanza sobre Finbar. Pelean y gruñen entre los matorrales, medio presumiendo ante las chicas, pero también medio en serio.

Becca teclea botones frenéticamente, al borde de las lágrimas.

—¿Has comprobado si las tienes en la tarjeta SIM? —le pregunta Selena.

—¡Lo he comprobado en todas partes!

—Eh —dice alguien, y Selena nota el sobresalto sacudirla por dentro incluso antes de volver la cabeza. Chris se sienta junto a Becca y alarga la mano—. Déjame echar un vistazo.

Becca protege el teléfono de inmediato y mira a Chris con recelo. «No pasa nada —le gustaría decirle a Selena—, déjase, no tengas miedo». Pero tiene el suficiente sentido común como para no decir nada.

—¡Hala, mirad eso! —exclama alguien de la pandilla por encima de los ruidos que hacen Marcus y Finbar, que siguen rodando entre las hierbas—. ¡A Harper le gustan las feas!

—Pierdes el tiempo —le dice Holly a Chris—. No tiene fotos de tetas.

—Lo que no tiene son tetas...

Chris hace caso omiso de ambos comentarios y, dirigiéndose a Becca en tono afable, como si tuviera que convencer a un gato erizado, añade:

—Quizá pueda recuperarte las fotos. Solía tener ese teléfono y a veces hace cosas raras.

Becca vacila. El rostro de Chris es claro; sus ojos, firmes: Selena sabe cómo abrirte en canal, así que Becca alarga la mano y sus dedos sueltan el teléfono.

—¡Joder! —grita Marcus, al tiempo que se sienta con una mano en la cara y sangre chorreándole entre los dedos—. ¡Mi nariz! ¡Joder!

—Bueno, tío. —Finbar se sacude la tierra, medio atemorizado, medio orgulloso, mientras mira a las chicas—. Has sido tú quien me ha atacado.

—¡Te lo estabas buscando!

—He sido yo quien ha empezado —señala Julia—. ¿También tienes previsto asestarme un puñetazo a mí? ¿O te vas a limitar a enviarme más fotografías de micropenes?

Marcus no le hace caso. Se pone en pie y se dirige a la verja, con la cabeza echada hacia atrás y tapándose la nariz con la mano.

—Ahh —suspira Julia con satisfacción, volviendo la cabeza hacia los muchachos—. ¿Queréis saber algo? Me habéis alegrado el día.

—Aquí están —dice Chris, mostrándole el teléfono a Becca—. ¿Son estas?

—¡Oh, Dios Mío! —exclama Becca, dejándose llevar por un frenesí de alivio—. Sí, sí lo son. ¿Cómo lo has...?

—Las habías trasladado a la carpeta incorrecta. Las he vuelto a colocar en su sitio.

—Gracias —le dice Becca—. Gracias.

Becca le sonrío con la sonrisa que suele reservar en exclusiva para sus tres amigas, una sonrisa de oreja a oreja, resplandeciente. Selena sabe por qué. Es porque si Chris es capaz de hacer algo así, solo por amabilidad, eso significa que no todos los chicos son como Marcus Wiley o James Gillen. Chris tiene ese don: convierte el mundo en un lugar distinto, un sitio en donde te apetece zambullirte de lleno.

Chris sonrío a Becca.

—No hay de qué —le dice—. Si te vuelve a fallar, ven a buscarme y le echaré un vistazo, ¿de acuerdo?

—Sí —responde Becca.

Está hipnotizada, con el rostro alzado hacia él, radiante bajo la luz de Chris. Chris le guiña el ojo, un ojo imperceptible, y se da media vuelta, y, por un segundo, a Selena le cuesta respirar, pero los ojos de Chris pasan sobre ella como si no estuviera allí.

—Me gusta tu nueva mascota —le dice Chris a Julia, señalando con la cabeza la parte delantera de su jersey, donde hay tejido un zorro con cara de colocado—. ¿Está adiestrado?

—Sí, es muy educado —le responde Julia—. ¡Siéntate! ¡Quieto! ¿Ves? Buen chico.

—Creo que le pasa algo raro —apunta Chris—. No se mueve. ¿Cuándo fue la última vez que le diste de comer? —pregunta, y le lanza al zorro una nube de golosina que saca de su bolsa.

Julia atrapa al vuelo la nube y se la mete en la boca.

—Es muy quisquilloso. Prueba con el chocolate.

—Sí, hombre. Que se lo compre él solito.

—¡Caramba! —exclama Julia—. Me temo que se ha enfadado.

Julia se mete una mano dentro del jersey para simular que el zorro salta sobre Chris; él grita en broma y da un salto. Y entonces, sin darse cuenta, Chris se halla junto a Selena y el aire se ha transformado en algo que percibes a través de cada poro de tu piel y que te eleva, irresistible. A Selena le da la sensación de que conoce su sonrisa de memoria, desde siempre.

—¿Quieres una? —le pregunta, y le tiende la bolsa de golosinas.

Algo en sus ojos le dice a Selena que preste atención.

—Vale —dice ella.

Mira dentro de la bolsa y, entre los caramelos escarchados y las frutas secas, hay un pequeño teléfono rosa.

—Ahora que lo pienso —le dice Chris—, quédate la bolsa. Yo ya estoy lleno.

Le coloca la bolsa en la mano y se da media vuelta para preguntarle a Holly qué tiene previsto hacer en Semana Santa.

Selena se mete un limón azucarado en la boca, cierra la bolsa enrollándola por arriba y se la guarda en el fondo del bolsillo de su abrigo. Harry ya se ha rendido con ella y anda explicándole a Becca que el simulacro de examen de Económicas ha sido una pesadilla, finge hallarse en el aula de exámenes con los ojos bizcos sin entender nada, y Becca ríe. Selena alza la vista hacia las largas pinceladas de luz que caen en picado por entre las nubes, apuntando directamente a todos ellos, mientras saborea el limón, que estalla en su boca, y nota un hormigueo en la parte interior de sus muñecas.

Durante la primera hora de estudio, Selena va al lavabo. De camino, se cuelga en su habitación, se saca la bolsa de golosinas del bolsillo del abrigo y se la guarda en el

bolsillo de su sudadera con capucha.

El teléfono está cubierto de azúcar en polvo y permanece vacío: no hay nada en la carpeta de contactos, nada en el álbum fotográfico, y ni siquiera la hora y la fecha están configuradas. Lo único que hay en él es un mensaje de texto de un número que Selena no reconoce. Dice: «Hola».

Selena se sienta en la tapa del inodoro, en mitad de un olor a frío, a desinfectante y a azúcar en polvo. La lluvia repiquetea suavemente sobre el cristal de la ventana y vuelve a cambiar de dirección; unas pisadas avanzan por el pasillo y alguien entra corriendo en el cuarto de baño, agarra un poco de papel higiénico, se suena la nariz y vuelve a salir veloz, cerrando de un portazo la puerta del cubículo. En la planta de arriba, donde a las alumnas de quinto y sexto curso se les permite estudiar en su propio cuarto si así lo prefieren, alguien pone una canción con un estribillo rápido y dulce que se amolda al ritmo del latido de tu corazón y lo arrastra suavemente, *in crescendo*: «No te vi mirar, pero he encontrado lo que buscabas, no te vi venir, pero te veo regresar a por más...». Al cabo de un largo rato, Selena responde con otro mensaje de texto: «Hola».

La primera noche en que se citan la lluvia ya ha cesado. El viento no aporrea la ventana de la habitación ni despierta a las demás cuando Selena se escurre con facilidad de la cama y saca la llave de la funda del teléfono de Julia, deslizándola milímetro a milímetro. Ninguna nube tapa la luz de la luna llena cuando abre la ventana de guillotina y salta al jardín.

Apenas ha dado dos pasos cuando lo percibe: esa noche, el jardín es un lugar distinto. En las zonas umbrías se arremolinan cosas que Selena apenas acierta a escuchar, sonidos sordos y rugidos que aumentan de volumen lentamente; los parches iluminados por la luz de la luna la delatan ante el vigilante nocturno, ante la pandilla de Joanne y ante cualquiera o cualquier criatura que merodee por allí. De repente cae en la cuenta de que las protecciones habituales no funcionan esa noche, que cualquiera que se lo propusiera podría acercarse a ella y atacarla. Hace tanto tiempo que no se sentía así que le cuesta un rato entender de qué se trata: es miedo.

Echa a correr. Al desviarse del prado para adentrarse entre los árboles, constata de nuevo que esta noche es distinta. Hoy no es ingrávida, no se desliza por encima de la hierba como si la sobrevolara ni sorteaba los árboles plegándose con la destreza de una sombra; sus pies quiebran los cúmulos de ramitas, los brazos se le atorán en las ramas, que rebotan con virulencia y hacen crujir los arbustos, a cada movimiento llama a gritos a cualquier depredador que ande merodeando por ahí. Esa noche, ella es la presa. A sus espaldas escucha olisqueos y pisadas, pero no ve nada cuando vuelve la vista atrás. Para cuando llega a la verja posterior, su sangre está hecha de terror blanco.

La vetusta verja posterior es de hierro forjado y está tapiada con una antiestética

lámina metálica para evitar que a nadie se le ocurra treparla, pero el muro de piedra se ha vuelto tosco con el paso de los años y ofrece asideros y puntos de apoyo para los pies por doquier. Cuando cursaban primero, Selena y Becca solían treparlo y hacer equilibrista en él, a tanta altura que a veces pasaban desapercibidas a los transeúntes que paseaban por el callejón aledaño. Una vez, Becca se cayó y se rompió la muñeca, pero eso no les impidió continuar haciéndolo.

Chris no está.

Selena se apoya en el muro, entre las sombras, y espera, procurando que su respiración se vuelva inaudible. Un nuevo tipo de miedo, un temor espantoso, se arremolina en su interior: «¿Y si no ha sido él quien me ha escrito esos mensajes de texto? ¿Y si me ha tendido una trampa con alguno de sus amigos y es quien se presenta? ¿Y si se trata de una broma pesada y están todos esperando a pillarme por sorpresa y tronchase de la risa? Nunca superaré la vergüenza. Me estaría bien empleado». Los sonidos en la oscuridad siguen rodeándola, la luna en el cielo es lo bastante intensa como para perfilar los distintos huesos de las manos, si es que uno se atreve a alzarlas. Selena quiere echar a correr, pero no consigue moverse.

Cuando la forma se eleva por encima del muro, negra contra el cielo estrellado, y se detiene encorvada sobre ella, no logra gritar. Ni siquiera acierta a entender qué es; lo único que sabe es que algo ha cobrado forma y que finalmente viene a por ella.

Entonces le susurra «Hola» con la voz de Chris. El sonido atraviesa los ojos de Selena como un relámpago blanco. Entonces recuerda qué hace allí.

—Hola —le musita ella, temblorosa y esperanzada.

La sombra negra se empina sobre el muro, a kilómetros de altura, se yergue alta y recta por un segundo, y luego planea.

Chris aterriza con un golpe seco.

—¡Vaya! ¡Me alegra que seas tú! No te veía bien. Pensaba que se trataba de un vigilante, una monja o...

Ríe entre jadeos mientras se sacude las rodilleras de los pantalones, pues ha caído de rodillas. Selena creía recordar su aspecto, de qué modo el mundo se vuelve más nítido en su presencia, tanto que resulta casi demasiado real para soportarlo, pero Chris vuelve a sorprenderla como la luz de una linterna enfocada directamente en su rostro. Su viveza hace que las criaturas que lo rodeaban en círculos se escabullan de nuevo en la oscuridad. Ella también ríe, sin aliento y atolondrada de alivio.

—¡No! Pero sí hay un vigilante que comprueba esta verja al hacer la ronda. Lo hemos visto. Tenemos que movernos. Venga.

Echa a andar, deshaciendo el camino, que se conoce como la palma de la mano, mientras Chris avanza dando saltos tras ella. Ahora que el pavor ha desaparecido, Selena huele el aire, denso y repleto de mil indicios primaverales.

Hay bancos en los senderos. Selena se dirige a uno de ellos, el que queda a la sombra de un ancho roble entre las dos extensiones de hierba, de manera que permita ver si alguien se acerca antes de ser visto. Lo mejor sería ocultarse en uno de los

recovecos más profundos de los jardines, esos a los cuales se accede tras bregar con los arbustos y trepar por un extraño sotobosque para hallar un parche diminuto de hierba donde sentarse —Selena se los conoce todos—, pero eso los obligaría a sentarse muy juntos, casi rozándose. Los bancos son lo bastante amplios como para sentarse a un brazo de distancia. «¿Lo veis? —se dice Selena a sí misma—. ¿Lo veis? Soy precavida». No recibe respuesta.

Al pasar junto al montículo del calvero, Chris vuelve la cabeza.

—Eh. Subamos ahí —le propone.

Selena vuelve a notar un sombrío hormigueo en la columna.

—Hay un recoveco muy bonito justo aquí abajo —responde Selena.

—Solo un minuto. Me recuerda a algún sitio.

A Selena no se le ocurre ninguna razón para negarse. Ascende por la cuesta al lado de Chris y se dice que tal vez sea a propósito, para ayudarla, que quizás el calvero vaya a impedirle caer en la tentación, pero en el fondo lo sabe: esta noche no va a tener ayuda. Justo cuando se adentran en el calvero, las ramas de los cipreses se agitan y sisean. Es una mala idea.

En medio del calvero, Chris da vueltas, con el rostro alzado hacia las estrellas. Sonríe, una sonrisa privada, contenida, y dice:

—Qué bien se está aquí.

—¿A qué lugar te recuerda? —le pregunta Selena.

—A uno que hay cerca de casa. —Sigue girando, con la vista puesta en los árboles; Selena se da cuenta de que los observa como si importaran, como si quisiera recordar cada detalle—. No es más que una vieja casa, victoriana, diría, no lo sé bien. La descubrí cuando era pequeño, a los siete años o así; estaba vacía, parecía abandonada desde hacía siglos... Había agujeros en el tejado y tenía las ventanas rotas y tapiadas... Cuenta con un jardín muy grande y en un rincón hay un círculo de árboles. No son del mismo tipo que estos. No sé qué son, no identifico las especies de árboles, pero aun así, me ha recordado a aquel lugar.

Sus miradas tropiezan y Chris se encoge de hombros y suelta una risa a medias. En los mensajes de texto han hablado de cosas que Selena ni siquiera les ha contado a sus amigas, pero esto es distinto; están tan cerca que notan la efervescencia en la piel del otro.

—Ahora ya no voy allí. La compraron hace un par de años y pusieron cerrojos en las puertas. En una ocasión trepé el muro para echar un vistazo y vi un par de coches aparcados en la entrada. No sé si viven allí, si la han renovado o qué. Da igual. —Se dirige hacia el borde del calvero y rebusca con un pie en el sotobosque—. ¿Crees que hay animales aquí? ¿Conejos o zorros?

—¿Solías ir cuando querías estar solo? —le pregunta Selena.

Chris se da media vuelta y la mira.

—Sí —responde al cabo de un momento—. Cuando en casa había problemas. A veces me levantaba muy temprano, como a las cinco de la madrugada, y me iba a

pasar allí un par de horas. Me limitaba a sentarme afuera, en el jardín, cuando no llovía, o dentro si lo hacía. Luego regresaba a casa antes de que se despertaran los demás y volvía a meterme en la cama. Ni siquiera se daban cuenta de que me había ausentado.

En ese instante es él, el mismo muchacho cuyos mensajes de texto ha sostenido entre sus manos, formando un cuenco, como si fueran luciérnagas.

—Nunca se lo había contado a nadie —le revela, sonriéndole, con una mezcla de asombro y timidez.

A cambio, a Selena le gustaría sonreírle y explicarle que acude con sus amigas a ese calvero, pero no puede hacerlo, no hasta que esa punzada que siente se haya desvanecido.

—Ese teléfono que me diste —le dice.

—¿Te gusta? —Pero ha apartado la mirada de nuevo. Vuelve a escudriñar los cipreses, aunque es imposible que vea en medio de la oscuridad—. Incluso podría haber tejones.

—Alison Muldoon tiene uno idéntico. Y Aileen Russell, de cuarto curso. Y Claire McIntyre.

Chris ríe, pero suena como una amenaza, y a Selena ya no le parece el chico a quien conoce.

—¿Y qué? ¿No puedes tener el mismo teléfono que otra chica? Madre mía, no imaginaba que fueras de esa clase.

Selena se estremece de dolor. No se le ocurre nada que decir que no vaya a empeorar las cosas. Así que guarda silencio.

Él empieza a moverse de nuevo, describiendo círculos rápidos alrededor del calvero, como un perro rabioso.

—De acuerdo. Les di un teléfono como ese a otras chicas. A esa tal Alison Loquesea no, pero a las otras sí. Y a un par más, también. ¿Qué pasa? No te pertenezco. Ni siquiera salimos juntos. ¿Qué te importa con quién más intercambie mensajes?

Selena permanece inmóvil. Se pregunta si la estará castigando: si la fustigarán de aquella manera y desaparecerá y entonces ella tendrá que regresar a la escuela arrastrándose entre la oscuridad y rezando porque el olor de su estela de sangre no atraiga a ningún animal que merodee por aquellos lares. Entonces todo habrá acabado.

Al cabo de un momento, Chris deja de caminar en círculos, sacude la cabeza, casi con violencia, y se disculpa:

—Lo siento. No debería... Pero a las otras chicas se los entregué hace meses. Ya no estoy en contacto con ninguna de ellas. Te lo juro. ¿Vale?

—No me refería a eso —responde Selena—. Eso no me importa. —Piensa que es verdad—. Solo que, si me dices que nunca le has explicado algo a alguien, no quiero andar preguntándome si en realidad le habrás soltado el mismo cuento a una docena

de personas, diciéndoles cada vez: «Nunca se lo había contado antes a nadie».

Chris abre la boca y Selena sabe que la va a destripar, que la va a despedazar en tantos trocitos que nunca serán capaces de recomponerla. Entonces él se frota el mentón con las manos, con fuerza, y las enlaza tras la nuca:

—Creo que no sé cómo hacer esto.

Selena espera. No sabe qué pensar.

—Debería irme. Podemos continuar enviándonos mensajes: prefiero que nos limitemos a eso en lugar de intentar vernos y que todo se vaya a pique.

Antes de reconocer que va a decirlo, Selena replica:

—No tiene por qué irse a pique.

—¿Ah, no? Llevamos aquí dos segundos y míranos. No debería haber venido.

—Estás siendo demasiado dramático. Estuvimos bien fuera del baile. Lo único que tenemos que hacer es hablar... como es debido.

Chris la mira a los ojos. Al cabo de un momento, dice:

—De acuerdo: lo decía de verdad. Nunca le había contado a nadie lo de esa casa.

Selena asiente.

—¿Lo ves? —pregunta—. No ha sido tan difícil. —Le sonrío y él le devuelve una media sonrisa de asombro.

Chris exhala un largo suspiro y se relaja.

—He sobrevivido.

—Entonces no tienes que marcharte. Y no se irá a pique.

—Debería haber sido sincero contigo con respecto al teléfono —le dice—. En lugar de...

—Sí.

—En lugar de comportarme como un indeseable. No ha estado bien. Lo siento.

—No pasa nada —le responde Selena.

—¿De verdad? ¿Seguimos siendo amigos?

—Sí.

—¡Uff! ¡Menos mal! —Chris hace un gesto exagerado de enjugarse el sudor de la frente con la mano, pero habla en serio. Se agacha para tocar la hierba—. Está seca —dice, dejándose caer, y da unos toquecitos en el suelo, a su lado. Al ver que Selena no se mueve, le dice—: No voy a... Me refiero a que... no te preocupes. Ya sé que no eres..., que no somos... ¡Joder! No me sale hablar. No voy a intentar nada. ¿De acuerdo?

Selena ríe.

—Tranquilo —le dice—. Ya sé a qué te refieres. —Y se le acerca y se sienta junto a él.

Permanecen así sentados un rato, sin hablar, sin mirarse siquiera, acostumbrándose a sus figuras respectivas en el espacio del calvero. Selena percibe cosas ocultas transformándose en velos negros que podrías arrancar con la punta del dedo, formando un charco y adormeciéndose, indefensas, en el suelo. Está a un palmo

de distancia de Chris, pero siente el calor que él desprende por ese lado del cuerpo. Él se sujeta las rodillas con las manos entrelazadas, unas manos de hombre, con nudillos fuertes y anchas, y reclina la cabeza para contemplar el cielo.

—Te diré algo más que nunca he contado a nadie —añade con voz queda, al cabo de un rato—. ¿Sabes qué voy a hacer? Cuando sea lo bastante mayor, voy a comprar esa casa. La arreglaré entera y luego invitaré a mis amigos y daré una fiesta que durará una semana. Con buena música, mucha bebida, hachís y éxtasis. La casa es tan grande que, cuando la gente se canse, podrá irse a algún cuarto y echar un sueñecito antes de reincorporarse a la fiesta. O, si desean tener intimidad o simplemente un poco de silencio, podrán usar las habitaciones vacías o el inmenso jardín. Estés del humor que estés, necesites lo que necesites en aquel momento, en aquella casa lo encontrarás.

Le resplandece el rostro. La casa florece en el aire por encima del calvero, cada detalle esculpido y palpitante, y en cada uno de sus rincones resuenan y se precipitan en cascada la música y las risas de algún día. Es tan real como ellos.

—Todos recordaremos esa fiesta el resto de nuestras vidas. Y cuando tengamos cuarenta años, un trabajo e hijos y lo más emocionante que hagamos sea jugar al golf, será en esa fiesta en lo que pensaremos cuando necesitemos recordarnos cómo éramos.

A Selenia se le ocurre que Chris ni siquiera se ha planteado que eso no vaya a suceder. ¿Qué pasará si, para cuando él tenga una edad oportuna, los propietarios de la casa no quieren venderla? ¿Qué si la han demolido para construir un bloque de viviendas? ¿O si él no tiene dinero suficiente para comprarla? Ninguna de esas posibilidades se le ha pasado por la cabeza. La quiere y eso la convierte en algo tan simple y certero como la hierba que crece a sus pies. Selenia nota una sombra como de ave grande revoloteando por la espalda.

—Suenan maravilloso —le dice.

Él vuelve la vista hacia ella, sonriendo.

—Te invitaré —le dice—, pase lo que pase.

—Y yo asistiré —responde ella.

Selenia espera con toda su alma que ambos tengan razón.

—¿Trato hecho? —le pregunta Chris, tendiéndole la mano para darle un apretón.

—Trato hecho —responde Selenia, y como no le queda más remedio, alarga la mano y se la aprieta.

Cuando llega la hora de irse, él se ofrece a acompañarla hasta el edificio de la escuela y esperar a verla entrar por la ventana para saber que ha llegado sana y salva, pero ella no se lo permite. En el mismísimo momento en el que han empezado a hablar de separarse, ella ha notado cosas removerse y erguirse entre las sombras, sedientas; ha advertido al vigilante inquieto, con un hormigueo en las piernas que lo incita a salir a dar un paseo y respirar el aire puro de la primavera. Si se arriesgan, los cogerán.

En su lugar, le permite ver cómo asciende por el sendero que conduce a la escuela hasta que sabe que su figura no es más que una mancha. Entonces Selena gira sobre sus talones y permanece quieta, notando cómo las sombras se agrandan tras ella.

Él vibra en el centro del calvero, a punto de estallar. Cuando salta, lo hace con la cabeza hacia atrás y perforando el cielo, y ella escucha su alborozada respiración honda. Chris desciende sonriendo y Selena cae en la cuenta de que también le sonríe. Lo observa mientras baja por la cuesta corriendo en dirección al sendero, a grandes zancadas para no aplastar los jacintos que empiezan a brotar, y se dirige hacia la verja posterior veloz como si el suelo quemara.

La última vez fue él quien la tocó, antes de que ella se diera cuenta siquiera de que iba a hacerlo. Esta vez es ella quien alarga la mano para tocarlo.

Selena se prepara para su castigo. Espera que las otras estén despiertas, sentadas, cuando se cuele de nuevo en el dormitorio, espera encontrar tres pares de ojos al cerrar la puerta con la espalda, pero están tan profundamente dormidas que apenas se han movido desde que se marchó... diríase que hace muchas noches. Al día siguiente, espera a que la llamen en cualquier momento al despacho de McKenna para que el vigilante pueda decir: «Sí, es ella», pero la única vez que ve a McKenna se la tropieza avanzando por el pasillo con su sonrisa mayestática habitual. En un cubículo del cuarto de baño prueba a hacer titilar las luces y a girar en espiral su anillo de plata en la palma de su mano. Lo hace a solas, para que las otras no la vean fracasar y adivinen por qué, pero todo funciona a la perfección.

Después comprende que será menos obvio que todo eso, más oblicuo, un puñetazo imprevisto cuando no tenga dónde agarrarse. Una llamada telefónica informándole de que han perdido todo su dinero y tiene que abandonar el Kilda. O su padrastro perderá de golpe su empleo y tendrán que emigrar todos a Australia.

Intenta sentirse culpable por ello, pero no le queda espacio en el pensamiento. Chris resplandece en cada rincón. Su risa, deslizándose más alto de lo que uno esperaría para una persona con una voz tan profunda, hace que de repente parezca joven y travieso. El hachazo de dolor, «Cuando las cosas no iban bien en casa», desmenuza su fachada alegre y cautelosa, le tensa el rostro y lo vuelve más taciturno. Sus ojos entornados al escudriñar la luz de la luna, el movimiento de sus hombros al doblarse hacia delante, su olor: Chris está presente en todo momento. A Selena le cuesta creer que las otras no perciban su calor acanelado, que no lo vean girar a su alrededor como polvo dorado cada vez que se mueve.

No se produce ninguna llamada de teléfono. No la atropella ningún camión. Chris le envía un mensaje de texto: «¿Cuándo?». La siguiente vez que Selena y sus amigas van al calvero, ella le pide un deseo a la luna: «Te lo ruego, haz algo por mí. O volveré a quedar con él».

Silencio, frío. Selena entiende que Chris es su batalla y que nadie va a luchar por

ella.

«Le diré que no podemos vernos más. Le diré que tenía razón y que tenemos que limitarnos a enviarnos mensajes de texto». Pero solo pensarlo la deja sin aliento, como si le tiraran un cubo de agua helada por encima. «Y, si no le parece bien, entonces dejaré de escribirle».

En su siguiente encuentro, en mitad de un silencio de hierba y de luna ausente, entre dos secretos, Selena le coge la mano.

Nos encaminamos a la puerta del dormitorio y observamos a Selena recorrer el pasillo y llegar sana y salva adonde se suponía que se dirigía. La salmodia había concluido; cuando Selena abrió la puerta de la sala común, el silencio nos estalló en la cara, tenso y quebradizo, vibrante.

Conway observó cómo la puerta se cerraba con un clic.

—¿Y bien? —inquirió—. ¿Crees que Chris la violó?

—No estoy seguro. Si me apuntaran con una pistola en la cabeza, diría que no.

—Igual que yo. Pero en esa ruptura hay gato encerrado. ¿Quién deja a un chico porque se hayan besado? ¿Qué clase de razón es esa?

—Una vez que tengamos los mensajes de texto, quizá nos revelen algo.

—Si el amigo de Sophie se ha ido a casa a cenar, te juro que consigo su dirección y voy a buscarlo yo misma. —Un par de horas antes habría dicho que hablaba en serio. Ahora parecía, más bien, que tratara de convencerse: estaba demasiado cansada para tomar medidas drásticas. Comprobó la hora: las siete menos cuarto—. ¡Por el amor de Dios! ¡Venga ya!

—Aunque Chris no violara a Selena, alguien podría haber pensado que lo hizo —conjeturé.

—Sí. Rompen, ella está triste, llora por las esquinas y mira absorta sus unicornios. Una de sus amigas sabía que se veía con Chris, imagina que él le ha hecho algo...

—Ella cree que una de sus amigas lo mató —sentencié yo.

—Sí. No está segura, pero es lo que cree, en efecto. —Esta vez Conway no caminaba de un lado a otro, sino que se hallaba recostada contra la puerta del pasillo, con la cabeza echada hacia atrás, intentando eliminar el cansancio del día masajeándose el cuello—. Lo cual significa que queda descartada. No oficialmente, pero descartada al fin.

—Pero no es ajena a la historia. Selena... —Esa atracción de Selena como un vórtice, las cosas giraban alrededor de su eje, no sabía cómo expresarlo en palabras—. Cuando sepamos lo que sucedió, estoy convencido de que Selena estará implicada de alguna manera.

Me expresaba como un patán delante de una integrante de la brigada de Homicidios, pero Conway no se burló. Asentía.

—Si Selena tiene razón y una de sus amigas lo mató, fue porque Chris salía con ella, sin duda alguna.

—Eso es lo que ella sospecha también. Al menos una de sus amigas lo sabía todo sobre ella y Chris, y no le gustaba. Además, para empezar, Selena estaba al corriente de que no les haría gracia; por eso no les contó nada. —Me apoyé en la pared junto a Conway. Empezaba a vencerme el cansancio también; la pared parecía mecerse—. Quizás ellas supieran que era un mujeriego y pensarán que acabaría hiriendo los sentimientos de Selena. A lo mejor Chris gastara una broma pesada a alguien, como

esa que Holly nos contó, sin darse cuenta, y se hubiera convertido en el enemigo. Acaso le gustara a alguna de ellas. O incluso alguna hubiera salido con él ya antes, ese mismo año.

—Sí —convino Conway. Se frotó el cuello e hizo un gesto de dolor—. Pongamos que las hacemos venir de nuevo a todas, de una en una. Les decimos que pensamos que Selena fue quien lo hizo y que vamos a arrestarla. Eso haría que hablaran.

—¿Crees que si una de ellas es nuestra chica, confesaría para dejar libre a Selena?

—Es posible. A esa edad, la autoprotección no es una prioridad. Tal como decíamos antes: nada importa tanto como tus amigos, ni siquiera tu vida. Prácticamente buscas una buena razón para sacrificarla.

Noté una punzada de dolor en la garganta y en los huecos de los codos, en lugares donde las venas corren cerca de la superficie.

—Eso es una espada de doble filo. El hecho de que una de ellas confiese no significa que lo hiciera —repliqué yo.

—Si se ponen farrucas, te juro que las arrestaré a todas y dejaré que sean los abogados quienes se las apañen. —Conway se presionó las cuencas de los ojos con las almohadillas de las manos, como si no quisiera seguir viendo aquel pasillo. Llevábamos tanto rato en aquel lugar que empezaba a resultarnos familiar de un modo infructuoso, como algo que hubieras visto en un DVD rayado o como cuando estás demasiado agotado para ver con claridad—. Interrogaremos a las otras tres en cuanto nos envíen los mensajes de texto completos. Quiero tener una pista de qué pasaba entre Chris y Selena, de la ruptura y de lo que sucedió después —añadió—. ¿Te has fijado en su cara cuando ha visto estos registros? ¿Los mensajes enviados justo antes del asesinato?

—De desconcierto. A mí me ha parecido sincero —respondí.

—A ti todo te parece sincero. ¿Cómo has llegado hasta aquí...? —Le faltaba energía para concluir la frase—. Sí lo parecía. No esperaba ver todos esos mensajes de texto. Es posible que estuviera tan hecha polvo que se le hubieran olvidado; está atolondrada, y ella misma dice que no recuerda con claridad ese par de semanas. O bien...

—O bien alguien más sabía que tenía ese teléfono y lo utilizó para enviar esos mensajes.

—Sí. Seguramente Joanne debió de imaginar que Selena tenía un teléfono especial de Chris, igual que ella. Y Julia también debía de saberlo, porque sabía lo del teléfono de Joanne. ¿Te has dado cuenta de cómo se ha cerrado en banda cuando le he preguntado si hubo un día en que encontrara el teléfono en la posición incorrecta? Alguien estaba al corriente.

—Necesitamos esos mensajes de texto —dije yo—. Aunque no estén firmados...

—No lo estarán.

—Ya, probablemente no. Pero podrían contener algo que nos dé una pista de quién los escribió.

—Sí. Y quiero identificar a las demás chicas con las que Chris se intercambiaba mensajes antes de salir con Selena. Si otra de nuestras ocho era una de ellas, la cosa se va a poner interesante, sobre todo si se trata de quien compaginaba con Joanne. Me apuesto lo que sea a que esos teléfonos especiales no se registraron, pero tal vez tengamos un golpe de suerte y hallemos un nombre en algún mensaje; o quizás encontremos una pista en las fotos que enviaron, en el caso de que las recuperemos. Cualquiera chica con el cerebro de un mosquito se habría recortado la cara, pero me apuesto lo que sea a que al menos encontramos a una idiota. Y es posible que alguien tenga un lunar en el pecho, una cicatriz o algo identificable.

—Esa parte prefiero dejártela a ti, ¿de acuerdo? —dije yo.

Conway seguía con las manos en los ojos, pero percibí un tic en su boca, lo que podría haber sido una sonrisa de no haber estado tan agotada.

—Yo me encargo de mirar las fotos de las chicas y tú las de Chris —respondió—. Ninguno de los dos se merece un lavado de cerebro.

—Solo nos queda esperar.

—Sí. —La sonrisa había desaparecido—. Bien, voy a pedirle a McKenna que deje salir a las chicas un rato al jardín, tal como le he prometido a Selena. (Se me había olvidado). Luego bajaremos al refectorio e intentaremos que nos den algo de cenar mientras esperamos a que el amiguito de Sophie se digne a levantar el dedo. Me comería una hamburguesa gigante y grasienta de un bocado.

—Que sean dos.

—Dos, entonces. Y patatas fritas.

Estábamos desperezándonos y relajándonos un poco cuando sonó: un zumbido en el bolsillo de Conway.

Agarró el teléfono.

—Los mensajes. —Tenía la espalda recta y alerta como por la mañana, se había despojado del agotamiento como si de una chaqueta mojada se tratara—. Aquí están. Allá vamos. Juro por Dios que me casaría con Sophie.

El archivo adjunto era aún más extenso que el último.

—Sentémonos —propuso Conway—. Allí. —Señaló con la barbilla el hueco de la ventana que había al fondo del pasillo, entre las dos salas comunes.

La ventana estaba iluminada por un color púrpura claro, un crepúsculo que parecía un trueno. Nubes finas recorrían el cielo, inquietas.

Nos subimos al alféizar y nos sentamos hombro con hombro. Empezamos por el principio del archivo adjunto y lo leímos en diagonal, por encima, intentando prestar atención a los primeros mensajes. Parecíamos dos niños el día de Reyes, incapaces de pensar en nada que no fuera el gran paquete brillante que nos reservábamos para el final. El silencio tamborileaba desde las puertas a ambos lados.

Mucho flirteo. Chris halagador: «Te he visto en el Court hoy, estabas guapísima»; y ella contestando con evasivas: «¡No me creo que me hayas visto con esa pinta! Llevaba el pelo fatal». Chris rematando con una directa: «No te miraba el pelo, sino

cómo te quedaban las tetas bajo esa camiseta :-D». Casi se la podía oír chillando: «¡No seas guarro!».

Un poco de drama: una chica le hablaba con altivez, un poco nerviosa: «No hagas caso de cuanto digan acerca del viernes por la noche. ¡No estaban allí! Pueden inventarse todo lo que quieran, pero solo estábamos nosotras cuatro, así que, si quieres saber la verdad, ¡PREGÚNTAMELA A MÍ!». Un montón de mensajes para citarse, pero todo eran citas legales, la mayoría, después de la escuela en el centro comercial o en el parque; nadie se había escabullido por la noche, no entonces. Un mensaje en cadena: «Si quieres a tu madre, envía este mensaje a veinte personas. Una chica no hizo caso y treinta días después su madre murió. Siento no poder ignorarlo porque ¡yo quiero a mi madre!».

Se te olvida cómo era entonces. Jurarías por tu vida que nunca iba a suceder, pero año tras año se desmorona. Cómo la temperatura desbordaba el termómetro, el corazón te iba al galope y nunca necesitabas descansar, pues todo se precipitaba sobre el borde de un vidrio hecho añicos. Se te olvida cómo era desear algo como si te fuera en ello la vida, Cómo tu piel era demasiado fina para impedir que cualquier millón de cosas penetrara en cascada; todos los colores hervían con tal intensidad que te podías escaldar, y cualquier segundo del día podía elevarte por las nubes o dejarte hecho trizas.

Fue entonces cuando lo creí de verdad, no por tratarse de una teoría firme propia de detectives, sino con las entrañas: una adolescente podría haber matado a Chris Harper. Lo había asesinado.

Conway había llegado a la misma conclusión.

—Maldita sea. ¡Cuánta energía! —exclamó.

Y antes de tener tiempo siquiera de saber que iba a decirlo, le pregunté:

—¿Alguna vez lo echas de menos?

—¿Ser una adolescente? —Me miró con el ceño fruncido—. No, por Dios. ¿Tanto drama, tanto agotamiento mental por algo que no recordarás al cabo de un mes? ¡Menudo desperdicio!

—Ya, pero atesora algo especial, algo bello —respondí yo.

Conway seguía mirándome. Empezaba a desprendérsele el recogido perfecto que se había hecho por la mañana, se le habían escapado unos mechones que le caían por delante de la oreja. Y su traje impecable lucía arrugado. Debería haber parecido más blanda, más juvenil, pero no era así. Parecía una cazadora, una boxeadora, desaliñada tras un asalto con los nudillos desnudos.

—Tienes debilidad por las cosas bonitas —comentó.

—Sí —respondí. Y al ver que no decía nada, añadí—: ¿Qué pasa?

—Nada. Te deseo buena suerte.

Volvió a concentrarse en el teléfono. Fragmentos de sentimentalismo de bajo calibre, en una y otra dirección: «Me muero de ganas por verte. Ayer me lo pasé MEJOR QUE NUNCA. Eres especial, ¿lo sabes?».

—¡Menudo jeta! —exclamó Conway—. Que descanse en paz y todo eso, pero menudo sinvergüenza estaba hecho.

—Quizá quisiera creerlo. Posiblemente anhelara encontrar a alguien por quien sentir algo así —especulé.

Conway soltó una carcajada.

—Sí, claro. Nuestro Chris era un alma sensible. ¿Ves estos mensajes?

Una chica, en octubre, se había quedado con las heridas en carne viva cuando Chris la había dejado. La otra captó el mensaje bastante rápido, le envió a Chris un «Vete a la mierda» sin más dilación y continuó con su vida, pero aquella: lo inundó con una avalancha de mensajes suplicando una respuesta. «¿Es por aquella vez en el parque?... ¿Es porque a tus amigos no les gusto?... ¿Te han llegado rumores sobre mí?... Porfa, porfa, porfa, te dejaré en paz, pero necesito saberlo...».

Chris no le respondió.

—Sí —añadió Conway—. Era un corazón solitario en busca de amor.

No había nombre, pero tendríamos que identificar a la chica. No había nombres por ningún sitio. «Oh, Dios mío, ¿viste a Amy caerse de culo del monopatín? Pensé que iba a vomitar de tanto reír». Eso era todo.

Conway tenía razón sobre las fotos: nada de gatitos peluditos.

Chris: «Envíame una foto :-D».

Otra chica a quien tendríamos que localizar: «Pero si ya sabes cómo soy. LOL».

Chris: «Ya sabes a qué me refiero :-D Para tener algo bonito en lo que pensar hasta que vuelva a verte».

«¡Sí, hombre! ¿Para que todo el Colm la vea? Nada de eso».

Chris: «Eh, yo NUNCA haría eso. Pensaba que me conocías mejor que eso. Si crees que soy tan canalla, quizá deberíamos dejarlo».

«¡NO! ¡Estaba de broma! Lo siento. No quería decir eso. Ya sé que no eres ningún cabrón:-)».

Chris: «Vale. Pensaba que precisamente tú sabrías que no soy así, que confiabas en mí».

«Lo hago», [archivo adjunto: un .jpg]

—¡Menuda pieza, el tal Chris! —comentó Conway con ironía, pero el trasfondo me hizo alzar la vista—. No solo le envían la foto de las tetas, sino que además la chica se disculpa por no enviársela antes.

—Se le daba bien, no hay duda.

—Siempre obtenía lo que quería, nos dijo Julia.

—Pero podría estar diciendo la verdad —objeté yo—, al menos acerca de lo de no enseñarle las fotos a nadie. ¿Alguno de sus compañeros las mencionó el año pasado?

—No. Pero tampoco lo harían, ¿no crees? ¿Delante del padre Fulanito o Menganito? «Sí, Chris andaba mostrando por ahí fotos de tetas de menores, por favor, expúlsenme por ver pornografía infantil. Muchas gracias».

—Tal vez lo habrían hecho, si se les hubiera ocurrido que una de las chicas podría

haberlo matado por ello. Chris era su amigo. Quizá no lo comentaran delante del padre Fulanito o Menganito, pero podían haberte enviado un mensaje de texto anónimo, un correo electrónico o lo que sea. Y, según me has dicho, Finn Carroll no era tonto.

—No lo es. —Conway se pasó la lengua por los dientes delanteros—. Y él y Chris estaban lo bastante unidos como para que, si Chris compartía las imágenes, Finn las hubiera visto. ¿Por qué iba a quedárselas para él solo?

—Selena ha dicho que era un chaval complicado —respondí yo.

—Si, las chicas siempre creen que los gilipollas son taaaan complicados. Pues, sorpresa, guapas: son solo gilipollas. —Conway andaba dando golpecitos de nuevo a la pantalla de su móvil—. Si no compartió las fotografías no fue porque, en el fondo, fuera un caballero de armadura resplandeciente, sino porque debió de imaginarse que, si las chicas lo descubrían, se le habría acabado el material para hacerse pajas. —Sostuvo el teléfono entre nosotros dos—. Aquí lo tenemos: Joanne.

La historia con Joanne empezó igual que las otras. Chris se hacía el descarado y comprobaba hasta dónde podía llegar y Joanne, encantada, haciéndose la estrecha. Muchas citas. Le envió fotos, pero hizo que se lo trabajara: «Pídemelas por favor. Ahora dime por favor, por favor. Buen chico, LOL, ahora envíame una foto de algo bonito que te gustaría comprarme. Ahora envíame una foto de dónde te gustaría llevarme de vacaciones»... Era fácil imaginársela apiñada con sus amigas, entre risitas, decidiendo qué pedirle a continuación.

—¡Joder! —exclamó Conway, frunciendo los labios—. Una piba cara de mantener. ¿Por qué no le daría Chris la patada de inmediato? Hay muchas más tetas en el mundo.

—Quizá le gustaran los desafíos —conjeturé—. O quizá Joanne estuviera en lo cierto y a Chris le gustara de verdad.

—Sí, claro. Otra vez con lo de que Chris era taaaan complicado. No le gustaba nada. Mira.

Fotos, más flirteo, más encuentros, conversaciones cada vez más sensibleras... Y luego Joanne empezó a enviar indirectas constantes sobre hacer pública su relación —«¡Me muero de ganas por que llegue el baile de Navidad! Podemos pedirle al DJ que ponga nuestra canción... No me importaría que la hermana Cornelius nos echara del baile. LOL <3 <3 <3»...— y Chris desapareció.

Joanne: «Eo, ¿dónde estabas esta tarde? ¡Habíamos quedado!».

Otra vez Joanne: «¿Has recibido mi SMS?»

»¿Hola? Chris, ¿qué pasa?

»Solo para que lo sepas: había planeado algo especial para este finde... Si te pica la curiosidad, escíbeme rápido:-)

»Si alguien te ha dicho algo, pregúntate POR QUÉ... Mucha gente me tiene celos... no pensaba que fueras tan tonto como para caer en eso.

»Perdona, pero no permito que los hombres me traten así... No soy una zorra

tonta a quien puedas tratar como quieras... ¡Si no me respondes antes de las 21.00, hemos ACABADO!

»¿Quieres que le diga a todo el mundo que eres gay? Porque lo haré.

»Sorpresa: que sepas que tenía previsto dejarte. No sabes besar... ¡y no me gustan los chicos con micropenes! Me das arcadas. Espero que te contagie el sida alguna zorra.

»Chris, si no me contestas y te disculpas, LO VAS A LAMENTAR. Espero que lo estés leyendo atentamente, porque esto ha sido un grave error, MUY GRAVE... No me importa cuánto tarde, TE VAS A ARREPENTIR.

»Tú lo has querido. Adiós».

—¡Menuda pataleta! —observó Conway.

Otra vez Joanne: motivo, oportunidad y, ahora lo sabíamos, determinación.

—Pero esto sucedió cinco meses antes de que asesinaran a Chris. ¿Crees que le podría haber guardado rencor tanto tiempo?

—*No me importa cuánto tarde...* —Conway se encogió de hombros—. Quizá no. Quizá sí. Ya la has oído: le sigue doliendo, y ha transcurrido año y medio.

A pesar de eso, me costaba imaginarme a Joanne en un bosquecillo en plena noche con una azada en la mano. Y, a juzgar por la expresión de Conway, a ella también.

—¿Alguna posibilidad de que le encargase a alguien que lo hiciera por ella? —pregunté.

Conway negó con la cabeza, a regañadientes.

—Estaba pensando en eso. Se nos ha ocurrido lo mismo. Pero lo dudo. Tendría que haber sido una de sus amigas; si hubiera convencido a algún chaval para hacerlo, es imposible que hubiera mantenido la boca cerrada tanto tiempo. Y, además, ¿quién se habría atrevido? Alison la habría cagado y Orla también; aunque hubieran conseguido hacerlo sin que las pillaran al día siguiente, a estas alturas ya se les habría escapado de las manos. Gemma sí podría haberlo matado y mantener luego la boca cerrada, pero es bastante lista y tiene un sentido muy saludable de la propia salvación. No lo haría.

—Una de las chicas de la pandilla de Holly podría haberlo hecho —dije yo.

Conway levantó las cejas.

—Chantaje —especuló.

—Sí. Joanne tenía ese vídeo. Podría haber logrado que expulsaran a Selena... y probablemente también a las otras tres.

—No sin hundirse en el fango hasta las cejas ella misma también.

—Desde luego que sí. Podría haber grabado el vídeo en una memoria USB y enviárselo por correo postal a McKenna. O subirlo a YouTube durante un fin de semana y mandar a la escuela un correo electrónico con el enlace. Es posible que McKenna adivinase quién lo había grabado, pero no tendría manera de demostrarlo.

Conway asentía mientras pensaba con rapidez.

—De acuerdo. Entonces Joanne graba el vídeo y se lo enseña... ¿a quién? A Selena no, desde luego. Joanne es demasiado lista como para encargarle algo así a una soñadora como ella.

—Y, además, Selena no lo habría hecho —añadí yo—. Estaba loca por Chris; no le habría importado en absoluto que la hubieran expulsado por protegerlo a él.

—Eso. *Romeo y Julieta* en versión clase media. —Conway estaba demasiado concentrada como para percibir debidamente el sarcasmo—. Si yo fuera Joanne, tampoco se lo pediría a Rebecca.

—No. Demasiado impredecible; por mucho aspecto de chica mansa que tenga, me apuesto lo que sea a que perdería los nervios y enviaría a Joanne a la mierda antes de acatar sus órdenes. Y a Joanne se le da bien calibrar a las personas. De otro modo, no podría ser tan mandona como es. Rebecca, no.

Silencio, mientras el resto permanecía en suspenso en el aire.

Conway dijo, cuando alguien tenía que hacerlo, que Joanne explicó que había mantenido una charla con Julia y le había exigido a Selena que diera marcha atrás. Quizá no fuera eso todo lo que le pidió.

Julia. Sus ojos atentos. Su forma de saltar para proteger a Selena. Su sorprendente quietud cuando había visto aquella tarjeta.

—Julia sabía lo del teléfono secreto de Joanne —añadió Conway—. No veo por qué Joanne iba a compartir con ella algo así, salvo para mostrarle qué tenía que buscar.

El silencio se tornó más imponente, más rotundo. Hablo en nombre de ambos: ninguno de los dos deseaba que se tratara de Julia.

—Julia tiene más sentido común que eso —la defendí—. Que te expulsen no es el fin del mundo.

—Igual no lo era en el lugar del que nosotros venimos. Pero sí lo es para la mayoría de esta gente. Tendrías que haber visto los rostros de los alumnos del Colm cuando les dijeron que habían expulsado a Finn Carroll. Cualquiera diría que creían que se había ido para siempre, que nunca más lo volverían a ver, que se había muerto; estaban casi tan tristes por él como por Chris. ¿Sabes qué creen? Que las escuelas como estas representan la totalidad del mundo civilizado. Que, fuera de aquí, es la jungla, que no hay más que adolescentes yonquis barriobajeros y mutantes que se dedican a vender riñones en el mercado negro.

Lo entendía. No se lo confesé a Conway, pero lo entendía. Que te expulsaran de un lugar así probablemente equivaldría a que te arrojaran por encima de un muro sobre un montón de escombros ennegrecidos y una atmósfera mugrienta. Todo se desvanecería; una vida dorada e iluminada, una existencia de seda, con sus delicados adornos esculpidos para dar la bienvenida a las puntas de tus dedos, una vida donde todo da la hora en dulces y amplias armonías, eso desaparecería y una espada llameante te vedaría el paso para siempre. Conway se apoyó en la pared y me observó de reojo, a través de aquellos mechones rebeldes. Un ojo oscuro, con el párpado

caído.

—Veamos el resto —propuse.

Los mensajes de texto entre Chris y Selena empezaban el veinticinco de febrero y eran distintos. Nada de flirteo ni de conversaciones sensuales, nada de piropos a cambio de fotos; nada que transmitiera esa sensación, esa aceleración ni esa fiebre.

«Hola».

«Hola».

Eso era todo: su primera conversación. Solo notar que el otro estaba ahí. A lo largo de los dos días siguientes empezaron a contarse cosas. Los chavales de la clase de Chris habían montado un artilugio que pitaba a intervalos aleatorios, lo habían pegado debajo de un escritorio y se habían dedicado a ver cómo el profesor de gaélico se volvía majareta al oírlo. Las chicas de la clase de Selena habían intentado desquiciar a Houlihan adelantando sus escritorios centímetro a centímetro, demasiado poco a poco como para que se diera cuenta, hasta que prácticamente la tenían clavada a la pizarra. Anécdotas sin importancia, para hacer reír al otro.

Y luego, con cautela, lentamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, habían empezado a explicarse cosas personales.

Chris: «¿Sabes? Este finde llego a casa y mi hermana se había cortado el pelo con un flequillo en plan emo. ¿Qué hago?».

Selena: «Depende. ¿Le queda bien?».

Chris: «La verdad, no está mal... o no lo estaría si se lo hubiera hecho en la peluquería en lugar de cortárselo ella misma con unas tijeras de uñas :-o».

Selena: «Jajajaja... Entonces llévala a la peluquería y que se lo arreglen».

Chris: «Quizá lo haga, sí... :-D».

Mensajes de madrugada, con erratas, escritos a toda prisa en el lavabo o a ciegas bajo las sábanas. A la hermana de Chris le encantó el corte profesional de la peluquería. Chris y sus amigos se quedaron encerrados en la fiesta del hermano de uno de ellos, insultaron a gritos a una chica de camino a casa y a la mañana siguiente Chris se arrepentía («Taaaan complicado —me dijo Conway con su mirada en blanco—. En el fondo era taaaan sensible»). A Selena le gustaría que su madre y su padre se dirigieran la palabra cuando la acompañan a casa del otro; Chris desearía que sus padres dejaran de hablar, porque siempre acababan gritando. Empezaban a intimar. Acortaban distancias.

Chris: «Nada inteligente que decir; simplemente pensaba en ti».

Selena: «Tenemos telepatía. Iba a escribirte para decirte que estaba pensando en ti».

Chris: «Si te soy sincero, pienso mucho en ti, así que tampoco es una coincidencia tan extraña».

Selena: «No hagas eso».

Chris: «Vale, lo siento. Pero es verdad. Lo que pasa es que suena a falso».

Selena: «Entonces no digas nada. Sabes que no tienes que decirme esas cosas,

¿verdad?».

Chris: «Sí. Es solo que no quiero que creas que esto no me importa».

Selena: «No lo haré. Te lo prometo».

Nada de flirteos por parte de Chris, ni de frases trilladas y huecas sacadas de guiones de la tele. Aquello era distinto; era algo real, confuso, emocionante, con el guión arrojado por la ventana. Sensiblerías, algo único que sucede una sola vez en la vida, que te hace estremecer y te rompe el corazón.

—¿Crees que Chris finge? —pregunté.

Por toda respuesta obtuve de nuevo aquella mirada oscura con el párpado caído.

Y luego, un mensaje de Chris:

«Me gustaría poder hablar como es debido. Esto es una estupidez».

Selena: «A mí también».

Chris: «¿Podríamos intentar quedar después de la escuela en el Campo o en el parque?».

Selena: «No sería lo mismo. Como ya dijimos. Y podría vernos alguien».

Chris: «Pues en otro sitio. Podemos buscar una cafetería en la dirección contraria».

Selena: «No. Mis amigas querrían saber adónde voy. Y no pienso mentirles; esto ya es bastante malo».

—No es lo mismo que con Joanne y las otras, donde era Chris quien quería mantener el secreto y ellas presionaban para hacer pública la relación. Selena también quiere silenciarla —observó Conway.

—Como ya hemos dicho, Selena sabe que al menos una de sus amigas lo desaprobaría.

—Julia sabía que Chris era un perro. Y a Holly no le gustaba ni un pelo.

En la segunda semana de marzo, Chris dio con la respuesta: «Adivina qué. Finn ha encontrado una manera para poder escaparnos por la noche. Si aún quieres hacerlo, ¿te apetecería quedar? No me gustaría meterte en problemas, pero me encantaría verte».

Silencio durante un día, mientras Selena se decidía. Y luego:

«A mí también me encantaría. Tendría que ser hacia las 00.30. Reúnete conmigo en la verja posterior del Kilda y buscaremos un sitio para hablar».

Chris, enseguida, sin caber en sí de gozo: «¡¡¡Síiiiiiiii!!! ¿El jueves?».

Selena: «Vale, el jueves. Te enviaré un mensaje si no puedo salir. Si no, nos vemos ahí».

«Me muero de ganas:-)».

«Yo también:-)».

Una vez que empezaron las citas, los mensajes cambiaron. Se hicieron más breves, menos frecuentes y menos enjundiosos. Se acabaron las anécdotas, las historias sobre familia y amigos, los sentimientos profundos y los sueños despiertos. «Hola:-)» y «¿Esta noche, a la misma hora y en el mismo lugar?» y «No puedo. ¿El

jueves?» y «Sí, hasta entonces». Eso era todo. Aquella historia real se había vuelto demasiado inconmensurable e imponente como para caber en pequeños rectángulos iluminados; había cobrado vida.

Se oyó un ruido procedente de la sala común de las de cuarto curso, una cascada de golpes secos como una pila de libros tras desmoronarse. Conway y yo nos volvimos como látigos, decididos a actuar, pero se desvaneció bajo un estallido de risotadas, salpicando como pintura de color vivo, demasiado dura.

Y luego el fragmento que habíamos estado esperando.

Veintidós de abril, Chris y Selena se habían citado, tal como pensábamos. «Misma hora y mismo lugar. Me muero de ganas».

Aquella noche, el vídeo. El beso.

A primera hora de la mañana del veintitrés de abril, Chris le había escrito a Selena: «Me voy a meter en problemas, porque no puedo parar de sonreír:-)».

Antes de las clases, Selena le había contestado. Un mensaje de tono épico. «Chris, tengo que dejar de verte. Te prometo que no es por nada que hayas hecho. Jamás debería haber quedado contigo, pero de verdad que creía que podíamos ser solo amigos. Ha sido una estupidez. Lo siento muchísimo. Sé que no entenderás el motivo, pero si te duele, quizá te ayude saber que a mí también me duele muchísimo. Te quiero (otra cosa que no debería haber dicho jamás)».

—Pero ¿qué cojones le pasa? —preguntó Conway.

—No suena a víctima de violación —comenté yo.

Se apartó un mechón suelto de la cara con la palma de la mano, con un gesto rudo.

—Suena a chiflada. Estoy empezando a pensar que Joanne y sus amigas tienen razón con respecto a esta pandilla.

—Y tampoco suena a que Selena decidiera tomarse un tiempo para pensar, como nos ha dicho. Por lo que hemos leído, se diría que ya lo tenía más que pensado.

—¿Por qué diablos no podía salir con Chris? Si dos personas están tan enamoradas, salen juntas. Y lo gritan a los cuatro vientos. Tan sencillo como eso. ¿Qué diablos le pasa a esta gente?

Chris respondió como una bala, enfadado.

«¿QUÉÉÉÉ?!!!!!! Selena, qué pasa???? Si no eres Selena, VETE A LA MIERDA. Y si lo eres, tenemos que hablar. ¿Misma hora y mismo lugar?».

Nada.

Después de la escuela: «Selena, si quieres que seamos solo amigos, está bien. Pensaba que tú querías. De lo contrario, nunca habría intentado tocarte, ya lo sabes. Por favor, ¿podemos vernos esta noche? Te juro que no te tocaré. Misma hora y mismo lugar. Te espero allí».

Nada.

Al día siguiente, Chris insistió: «Te estuve esperando como una puta planta hasta las tres de la madrugada. Te juro por Dios que me habría apostado la vida a que

vendrías. Aún me cuesta creer que no lo hicieras».

Un par de horas más tarde: «Selena, ¿vas en serio? No lo pillo. ¿Qué ha PASADO? Si hice algo mal, haré lo que quieras para disculparme. Pero dime qué pasa, joder».

Esa noche: «Selena, tienes que escribirme».

Nada.

El jueves veinticinco de abril, Selena finalmente escribió a Chris: «Esta noche a la 1.00, donde siempre. NO me contestes. Ven y ya está».

—Esto —dijo Conway dándole unos golpecitos a la pantalla—, esto no lo escribió Selena.

—No. Selena habría dicho: «Misma hora y mismo lugar», como siempre hacían —apunté yo—. Y no hay razón por la que no quisiera que él le respondiera.

—Exacto. A alguien no le interesaba que Chris contestara, por si acaso Selena veía el mensaje.

—Pero ¿no le preocupaba que Selena viera su mensaje de texto? Una noche Selena se pone nostálgica, revisa sus antiguas conversaciones con Chris y de repente se dice: «Un momento, yo no recuerdo haber escrito esto».

—La Muchacha Misteriosa no dejó el mensaje en el teléfono. Esperó a que le llegara, entró en la carpeta de *Enviados* y lo borró.

—Entonces —dije—, los mensajes que Selena le mandó después de la ruptura, no es que Chris los ignorara porque tuviera un berrinche con ella. Simplemente hizo lo que le habían pedido.

—Durante un tiempo, sí. Luego, ya no. Mira esto —comentó Conway.

Cinco días después, el treinta de abril, desde el teléfono de Selena para Chris: «Te echo de menos. He intentado con todas mis fuerzas evitar escribirte y no te culpo si estás furioso conmigo, pero quería que supieras que te echo de menos».

—Esa vuelve a ser Selena —observé—. Tal como nos ha dicho, no podía soportar cortar por lo sano con él.

—Pues él no tenía problemas en cortar por lo sano con ella. No respondió. Decidió ignorarla. Chris no había obtenido lo que quería, por una vez en la vida, y no le gustaba —apuntó Conway.

—Pero hay algo más en ese mensaje —dije yo—. Revela que la Muchacha Misteriosa no robó el teléfono. Lo utilizó cuando lo necesitó y luego volvió a colocarlo en el colchón de Selena.

Conway asintió.

—Joanne y su pandilla no habrían tenido ese tipo de acceso, ni aunque hubieran sabido dónde guardaba el teléfono Selena. Además, ¿cómo iban a saberlo? Quienquiera que concertara aquella cita compartía ese dormitorio.

Casi una semana más tarde, el seis de mayo, alguien utilizó el teléfono de Selena para escribir a Chris: «Allí estaré». No hubo respuesta.

—Ya habían concertado la cita —comenté yo—; la Muchacha Misteriosa solo la

confirmaba. Chris debió de presentarse la semana anterior.

—Sí. Pero en aquella ocasión acudió porque pensaba que iba a encontrarse con Selena. Y en esta ocasión, ya sabe que no, y de todos modos va a asistir.

—¿Por qué?

Conway se encogió de hombros apoyada en el cristal.

—Quizá la Muchacha Misteriosa le dijera que iba a solventar las cosas entre él y Selena, o a lo mejor pensara que salir con una amiga de ella sería una buena venganza. O tal vez simplemente creyera que se le presentaba una oportunidad de conseguir más fotos de tetas. A Chris le gustaban las chicas, todas las chicas. No hay un porqué. La pregunta es por qué ella se cita con él.

Aquella larga jornada había hecho que mi cerebro se moviera como unas gachas; los fragmentos de pensamientos tardaban siglos en encontrarse. El pasillo que se extendía ante nosotros se me antojaba irreal, las losas demasiado rojas, las líneas demasiado largas, algo que seríamos incapaces de dejar de ver.

—Si iba a matarlo, ¿por qué no hacerlo sin más? —pregunté—. ¿A qué venían esas citas adicionales?

—Se estaba armando de valor. O bien hay algo que la chica quiere descubrir antes de decidir qué hace (por ejemplo, si Chris violó a Selena). O bien no planea matarlo, no al principio, y sencillamente se cita con él por otro motivo. Y luego sucede un imprevisto.

Selena a Chris, el ocho de mayo, a última hora de la noche: «No quiero que estemos así el resto de nuestras vidas. Quizá sea una estupidez, pero tenemos que encontrar la manera de ser solo amigos. Esperarnos hasta que, tal vez, si no estás demasiado enfadado conmigo, podamos volver a intentarlo algún día. No soporto la idea de perderte por completo».

—Se muere de ganas por volver con él. Puede hablar cuanto quiera de ser solo amigos, pero quiere volver con él —comentó Conway.

—Ha dicho que la habían salvado de hacerlo. A eso se refería. Si Chris le hubiera contestado, bajo ningún concepto habría mantenido la línea dura de no citarse. Habrían vuelto a verse en menos de un par de semanas. Quizás era lo que pretendía la Muchacha Misteriosa: mantenerlos separados.

—Si fueras una adolescente —me planteó Conway— y quisieras mantener a Chris apartado de Selena, por el motivo que sea, y estuvieras bastante segura de que no han follado y supieras cómo es Chris... —Silencio, y la larga franja roja del pasillo, las baldosas meciéndose— Chris llevaba un condón.

—No es Rebecca —dije yo—. A ella no se le ocurriría.

—No.

A Julia sí se le ocurriría.

Trece de mayo: «Ahí estaré».

Catorce de mayo, Selena otra vez: «No te preocupes. Sé que no vas a contestarme. Pero me gusta hablar contigo de todas maneras. Si quieres que deje de

hacerlo, dímelo y lo haré. De lo contrario, continuaré enviándote mensajes. Hoy nos han puesto a una sustituta en Matemáticas y tenía la misma sonrisa que Chucky; Cliona se ha confundido y la ha llamado “Srta. Chucky” y casi nos morimos de la risa :-D».

Rebobinaba, retomaba las anécdotas divertidas, intentaba recuperar a Chris y llevarlo a un terreno seguro.

—Por un tiempo, la Muchacha Misteriosa consiguió mantener a Chris alejado de Selena —comenté yo—. Tampoco debió de resultarle demasiado difícil: está enfadado con ella y si la Muchacha Misteriosa le daba algo que Selena no... Pero esta sigue enviándole mensajes. Si Selena le importaba, si era amor de verdad, entonces esos mensajes tuvieron que conmoverlo. Al cabo de un tiempo, deja de interesarle lo que la Muchacha Misteriosa le ofrezca. Chris quiere recuperar a Selena.

—Y la Muchacha Misteriosa urde un nuevo plan —remata Conway.

Dieciséis de mayo, 9.12 h. La mañana previa a la muerte de Chris. Desde el teléfono de Selena al de Chris: «¿Quedamos esta noche? ¿En el calvero da los cipreses?».

A las 16.00 h —debió de consultar sus mensajes tras la escuela— desde el teléfono de Chris al de Selena: «Vale».

Quienquiera que acordara aquella cita había asesinado a Chris Harper. Admitíamos una pequeña grieta de duda: interceptación o mera coincidencia. Pero eso era todo.

—Me gustaría saber con quién cree Chris que va a encontrarse —observó Conway.

—Sí. No es el día habitual de la Muchacha Misteriosa, ni su *modus operandi*; esta vez le pide que responda.

—Tampoco es Selena. *Calvero de los cipreses*. Selena no lo habría dicho así. Aquel era su lugar. *Misma hora y mismo lugar*, habría dicho.

Selena quedaba descartada, una vez más.

—Pero Chris pudo pensar que era ella —dije yo.

—Tal vez fuera lo que la Muchacha Misteriosa se propuso. A esas alturas, ya ha hecho planes. Rompe la rutina para intrigar a Chris, y asegurarse de que se presenta. Se arriesga a que él le envíe un mensaje de respuesta; es posible que esta vez sí robe el teléfono. Sabe que nadie va a utilizarlo a partir de entonces.

Conway hablaba con una voz monótona, queda, ronca por la fatiga. Pequeños remolinos de aire se agolpan a su alrededor, curiosos, y la transportan por el pasillo.

—Quizá Joanne le estuviera retorciendo el brazo; a lo mejor lo hiciera por iniciativa propia, por el motivo que fuera. Esa noche se escabulle temprano, saca la azada del cobertizo —lleva guantes para no dejar huellas—, se dirige al bosquecillo y se oculta entre los árboles hasta que aparece Chris. Mientras sueña despierto en el calvero, esperando a que su verdadero amor se presente, nuestra chica lo golpea. Y lo derriba.

El zumbido holgazán de las abejas aquella mañana, ya tan lejana. Dientes de león alrededor de mis tobillos, la fragancia de los jacintos. La luz del sol.

—Espera a estar segura. Luego limpia la azada y vuelve a colocarla en su sitio. Le quita el teléfono secreto a Chris y se deshace de él. Se desembaraza también del de Selena. Quizá lo haga esa misma noche, salte el muro y los lance a una papelera; o los oculte en algún lugar de la escuela hasta que amaine. Ahora ya no queda nada que la vincule ni a ella ni a sus amigas con el crimen, salvo, quizá, Joanne, pero Joanne sabe que lo mejor que puede hacer es mantener la boca cerrada. Nuestra chica regresa a la escuela. Se mete en la cama. Espera a la mañana siguiente. Y se prepara para chillar y llorar.

—Tienen quince años —apunté yo—. ¿Crees que demostrarían ese temple? Lo del asesinato, vale. Pero ¿la espera? ¿Todo el año pasado?

—Lo hizo por su amiga. De un modo u otro, lo hizo por el bien de su amiga —responde Conway—. Y eso tiene mucho poder. Si lo haces, eres Juana de Arco. Has caminado a través del fuego; ya no habrá nada que pueda contigo. —Un escalofrío oscuro me ascendía por la columna, tal como me ocurre cuando se me acerca alguien poderoso. De nuevo aquella punzada de dolor, en lo más hondo de las palmas de las manos—. Pero hay alguien más que lo sabe. Y no ha caminado a través de las llamas por su amiga, ni posee siquiera esa sangre fría. Guarda el secreto mientras puede, pero al final le pesa demasiado. Se desmorona y escribe la tarjeta. Probablemente no crea que llegará más allá de ese tablón de anuncios, de unos cotilleos en el pasillo. Otra vez la burbuja: estás dentro y el exterior no te parece real. Pero tu Holly ya ha estado fuera antes. Y sabe que el mundo exterior existe.

Un ruido en la sala común de cuarto curso, agudo y repentino. Algo pesado ha caído al suelo con un golpe seco. Un chillido. Estaba ya asomado por la ventana cuando Conway me agarró del bíceps. Sacudió la cabeza.

—Pero...

—Espera.

Un murmullo como de abejas, inflándose y erizándose.

—Van a...

—Déjalas.

Un gemido, elevándose por encima de ese murmullo, agudo y tembloroso. Conway apretó más la mano. Palabras, un grito de terror demasiado confuso como para entenderlo a través de la gruesa puerta. Y luego empezaron los gritos.

Conway se hallaba en la planta inferior pulsando la combinación en el cerrojo antes de darme cuenta de que me había soltado el brazo. La puerta dio paso a un mundo distinto.

El ruido me golpeó en la cara e hizo que mi visión resbalara. Chicas de puntillas, manos y cabellos volando; llevaba tanto rato contemplándolas a través de los mensajes de texto, como meros fragmentos de mentes disparándose en la oscuridad, que tuve que mirarlas de nuevo para que me parecieran de carne y hueso. Y no se

parecían en nada a cómo las había percibido antes, nada en absoluto. Aquellas gemas brillantes que nos observaban con ojos desapasionados y evaluaban con sus rodillas perfectamente cruzadas habían desaparecido. Lo que había allí en su lugar eran muchachas pálidas y enrojecidas, con la boca abierta de par en par, agarradas las unas a las otras, arañándose. Se comportaban como seres salvajes.

McKenna gritaba algo, pero no parecían oírla. Alaridos ascendían cual pájaros, golpeando contra las paredes. Capté alguna palabra, aquí y allá: «Lo veo. ¡Ahhh!, Dios. Es él, ahí está. Es Chris, Chris, Chris...».

Lo que miraban era la alta ventana de guillotina, la misma en la que Holly y sus amigas habían estado sentadas una o dos horas antes. Ahora estaba vacía, recortada contra el desnudo cielo vespertino. Con las cabezas echadas hacia atrás y los brazos abiertos en dirección a ese rectángulo, gritaban como si fuera un deleite físico, algo que ansiaran hacer desde hacía muchos años y finalmente se hubiera presentado la ocasión.

«Es él, es él, miradlo, madre mía, mirad». La historia de fantasmas de Conway recogía sus frutos.

Conway se zambulló en la marea. Se dirigió hacia Holly y su pandilla, que estaban apiñadas en un rincón en la distancia. No gritaban, no estaban poseídas, pero tenían los ojos abiertos como platos, Holly clavaba sus dientes en el antebrazo, Rebecca se agazapaba en un sillón, sin poder respirar, tapándose los oídos con las manos. Si las atrapábamos ahora, era muy posible que las hiciéramos hablar.

Yo me quedé quieto. Para proteger la puerta, me dije. Por si acaso alguien intentaba escapar; en el estado en que se encontraban aquellas chicas, alguna podía cometer alguna tontería y lanzarse por el hueco de la escalera antes de que tuviéramos tiempo de reaccionar y entonces sí nos habríamos metido en problemas...

Pero no eran más que patrañas. Tenía miedo. En Casos Abiertos atrapas a hijos de puta infames, mientras que aquello no era más que un puñado de crías. Y sin embargo, ellas eran quienes habían logrado que me detuviera en seco, las que me olisquearían al traspasar su umbral, se volverían hacia mí con las manos en alto, y se abalanzarían para arrasarme con su torrente de cabello y silencio, dispuestas a cortarme en mil pedacitos sangrientos, uno por cada motivo que tuvieran.

«Dios mío. Dios mío».

La bombilla de la lámpara del techo estalló en mil pedazos. De repente la luz se volvió más tenue y el cristal hecho añicos salió disparado como flechas doradas a través de la lumbre de las lámparas de pie, otra ráfaga de alaridos; una niña se cubrió el rostro con la mano, negro sangriento en las sombras. La ventana, ahora más tenue, iluminaba sus rostros alzados hacia el techo como si fueran devotas.

Alison estaba de pie sobre un sofá, larguirucha, balanceándose, con uno de sus esqueléticos brazos alargado; señalaba con el dedo, pero no a la ventana, a la pandilla de Holly: a Rebecca con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos en blanco, a Holly y Julia agarrándola por los brazos, y a Selena velada, meciéndose. Alison gritaba

fuera de sí, chillaba lo bastante fuerte como para que sus gritos se oyeran por encima de los demás:

—Ha sido ella, ha sido ella. La he visto. La he visto. La he visto...

Conway volvió la mirada. Detectó a Alison y me buscó frenéticamente. Tropezó con mi vista y me hizo un gesto por encima del remolino de cabezas. Me gritó algo que no alcancé a oír, pero lo vi: «¡Ven aquí ahora mismo!».

Tomé aliento y me zambullí.

Cabellos golpeándome en la mejilla, un codazo fuerte en las costillas, una mano agarrada a mi manga mientras yo me retorcí para escabullirme. La piel me saltaba a cada rasguño, en contacto con las uñas, y, por un segundo, noté unos dientes arañándome la nuca, pero me movía rápido y no se me clavó nada. Entonces sentí el hombro de Conway contra el mío, como un escudo.

Agarramos a Alison por las axilas y la bajamos del sofá —tenía los brazos rígidos, quebradizos como palos de tiza, no luchó—, la hicimos atravesar todo aquel bullicio y la sacamos por la puerta antes de que McKenna tuviera tiempo de impedirnos que nos marcháramos. Conway cerró de un portazo con el pie.

El silencio y la luminosidad repentinos me hicieron sentir mareado. Condujimos a Alison a tanta velocidad por aquel pasillo que los pies apenas le rozaban el suelo y la soltamos en el descansillo que había al fondo. Se desmoronó, hasta quedar reducida a un amasijo de brazos y piernas. Seguía gritando.

Rostros en el blanco hueco de la escalera, asomándose sobre los pasamanos circulares por encima y por debajo de nosotros. Grité con voz profunda y autoritaria:

—Atención, por favor. Que todo el mundo regrese a las salas comunes. No hay nadie herido; no ocurre nada. Regresad a las salas comunes de inmediato.

Y continué repitiéndolo hasta que los rostros fueron retrocediendo, lentamente, y acabaron esfumándose. A nuestra espalda, McKenna seguía gritando; el nivel de ruido mermaba paulatinamente y los alaridos empezaron a desmoronarse en sollozos.

Conway se arrodilló para mirar a Alison a la cara. Dura como una bofetada:

—Alison, mírame. —Chasqueó los dedos una y otra vez ante los ojos de Alison —. Hola. Aquí. Estoy aquí.

—Está ahí. No le dejen, por favor no noooooooooo...

—Alison. Vuelve en ti. Cuando diga ya, vas a contener la respiración mientras cuento hasta diez. Preparados, listos, ¡ya!

Alison se cortó a medio chillido, con un sonido parecido a un eructo. Estuve a punto de echarme a reír, pero me di cuenta de que, si empezaba a hacerlo, quizá no pudiera parar. Me palpitaban los arañazos en la nuca.

—Uno. Dos. Tres. Cuatro. —Conway mantuvo el ritmo con una constancia implacable, haciendo caso omiso del ruido que seguía burbujeando al otro lado del pasillo. Alison la miraba de hito en hito, con los labios apretados—. Cinco. Seis... — Los gritos aumentaron de volumen brevemente en la sala común. Los ojos de Alison zigzaguearon—. Hola. Estoy aquí. Siete. Ocho. Nueve. Diez. Ahora exhala, despacio.

A Alison se le abrió la boca. Respiraba superficial y sonoramente, como si estuviera medio hipnotizada, pero había dejado de gritar.

—Bien —comentó Conway con tranquilidad—. Bien hecho.

Deslizó los ojos por encima del hombro de Alison... hacia mí. La miré dos veces, como un dibujo animado. ¿Yo? Un destello en sus ojos. «Muévete de una vez». Yo había sido quien había conseguido que Alison hablara antes. Tenía más posibilidades que ella. Podía ser el interrogatorio más importante del caso... si no la pifiaba.

—Hola —la saludé, mientras me sentaba a lo indio sobre las baldosas. Me alegré de la excusa: aún me temblaban las rodillas. Conway se apartó a un lado y se retiró a un rincón detrás de Alison: una figura alta, negra y andrajosa recortada sobre la lisa pared blanca—. ¿Te encuentras mejor?

Alison asintió. Tenía los ojos enrojecidos, más parecidos a los de un hámster que nunca. Las piernas le sobresalían en ángulos extraños, como si alguien la hubiera dejado caer desde cierta altura.

Le dediqué mi sonrisa generosa y aplacadora.

—Bien. Entonces te sientes con ánimos para hablar, ¿verdad? ¿No necesitas ver a la matrona, más antihistamínicos ni nada de eso?

Negó con la cabeza. El caos al fondo del pasillo había decaído por completo; McKenna tenía por fin a las alumnas de cuarto curso bajo control. De un momento a otro, saldría en busca de nosotros.

—Fantástico —dije yo—. Ahí dentro has dicho que has visto a la pandilla de Selena Wynne hacer algo. Señalabas a una de ellas. ¿A cuál?

Conway y yo nos agarramos mientras esperábamos escuchar: *Julia*. Alison emitió un pequeño suspiro y dijo:

—Holly.

Así de fácil. En los pasillos, por encima y por debajo de nosotros, las alumnas más jóvenes habían regresado a sus salas comunes y habían cerrado las puertas. No se oía ni un ruido, nada en absoluto. Aquel silencio blanco se cernió sobre nosotros de nuevo, juntándose en montoncitos en los rincones, deslizándose por nuestras espaldas para refugiarse en los pliegues de nuestra ropa.

Holly era la hija de un policía. Holly era mi testigo estrella. Holly había sido quien me había traído aquella tarjeta. Incluso después de observarla allí, profundamente sumida en su mundo, algo me había inducido a pensar que estaba de mi bando.

—De acuerdo —respondí, como si tal cosa, como si no significara nada, nada en absoluto. Noté los ojos de Conway posados en mí, no en Alison—. ¿Y qué has visto?

—Después de la reunión en la que nos contaron lo de Chris. Yo estaba...

Alison volvía a poner aquella mirada, la de antes: vaga y aturdida, como alguien tras un ataque.

—Quédate conmigo —le dije, sonriendo—. Lo estás haciendo muy bien. ¿Qué sucedió después de la reunión?

—Cuando salíamos de la sala en dirección al vestíbulo, yo iba al lado de Holly. Ella miró alrededor, muy rápido, como si estuviera comprobando si alguien la vigilaba. Por eso me di cuenta, ¿entiende? —Observadora, tal como yo le había dicho aquella mañana. Ojos rápidos de animal de presa—. Luego se metió la mano por dentro de la falda, creo que por dentro de la cinturilla de los pantalones —una risa disimulada, floja y automática—, y sacó una cosa envuelta en un pañuelo de papel.

Se había asegurado de no dejar huellas. Justo como la Muchacha Misteriosa había hecho con la azada. Asentí, todo yo era curiosidad.

—Y eso te llamó la atención, claro.

—Sí, me pareció raro. ¿Qué puedes guardarte dentro de los pantalones? Por favor, qué desagradable... Y luego seguí mirando porque una parte sobresalía del pañuelo de papel y yo pensé que era mi teléfono. Era igual que el mío. Pero comprobé mi bolsillo y el mío estaba allí.

—¿Qué hizo Holly luego?

—¿Saben la papelera de objetos perdidos que hay junto a la puerta de recepción? Es una gran papelera negra con un agujero en la parte superior, para que puedas meter cosas pero no sacarlas. Si pierdes algo tienes que ir a ver a la señorita O'Dowd o a la señorita Arnold: ellas guardan la llave. Al pasar junto a recepción, Holly puso con disimulo la mano encima de la papelera, como quien no quiere la cosa, sin ni siquiera mirarla, pero ya no tenía el teléfono en la mano. Solo el pañuelo de papel.

Vi a Conway cerrar los ojos un segundo al pensar: «Debería haberla registrado».

—¿Cómo es posible que no me contaras esto el año pasado? —preguntó Conway desde su rincón.

Alison se estremeció de dolor.

—¡No sabía que tuviera nada que ver con Chris! No se me había ocurrido...

—Claro que no —la apacigué yo—. Lo estás haciendo estupendamente. ¿Cuándo empezaste a sospechar?

—Hace un par de meses. Joanne estaba... Yo había hecho algo que a ella no le había gustado y dijo: «Debería llamar a los detectives y contarles que tu teléfono se utilizaba para enviarle mensajes de texto a Chris Harper. Te meterías en un buen lío». Lo decía por decir, no creo que se hubiera atrevido a hacerlo.

Alison parecía nerviosa.

—Claro que no —respondí yo, comprensivo.

Joanne habría lanzado a Alison a una trituradora con los pies por delante si le hubiera apetecido.

—Pero entonces empecé a pensar: «Madre mía, ¿qué pasaría si comprobaran mi teléfono? ¿Pensarían que había salido con Chris!». Y entonces pensé en el teléfono que le vi a Holly y me dije: «¿Se desharía Holly de él porque tenía miedo de eso mismo?». Y luego me dije: «Madre mía, ¿y si ella sí salía con Chris?».

—¿Has hablado de ello con Holly? —pregunté yo—. ¿O con alguna otra persona?

—¡Qué va! Con Holly, no. Se lo dije a Gemma. Pensé que ella sabría qué hacer.

—Gemma es una chica lista, es verdad. —Lo cual era cierto. Alison no se había figurado que el teléfono podía haber sido de Selena. Gemma lo habría hecho—. ¿Y qué te dijo ella?

Alison se retorció y, con la vista clavada en su regazo, contestó:

—Me dijo que no era asunto nuestro, que cerrara el pico y lo olvidara todo.

Conway sacudía la cabeza, con la mandíbula apretada.

—Y lo intentaste —dije yo—, pero no lo has conseguido.

Afirmación con la cabeza.

—Entonces hiciste esa tarjeta y la colgaste en El lugar de los secretos. —Alison me miró a los ojos, desconcertada, y sacudió la cabeza—. No hay nada de malo en ello. Fue una buena idea.

—¡Pero no fui yo! Lo juro por Dios. ¡Yo no fui!

La creía. No tenía motivo para mentir, no a aquellas alturas.

—De acuerdo —dije—. Conforme.

—Bien hecho, Alison —la felicitó Conway—. Probablemente tuvieras razón desde el primer momento y no tenga nada que ver con Chris, pero el detective Moran y yo vamos a mantener una charla con Holly para aclararlo todo. Primero te llevaremos abajo, a la enfermería de la señorita Arnold. Estás un poco pálida.

La iba a mantener aislada para que no hiciera correr el rumor. Me enderecé y me clavé la sonrisa en el rostro. Se me había quedado dormido un pie.

Alison se agarró de la barandilla para ponerse en pie, pero permaneció allí, aferrada a ella con sus esqueléticas manos. En mitad de aquel aire blanco, se le veía la tez verdosa. Le dijo a Conway:

—Orla nos contó lo del caso ese que resolvieron, con el... —un temblor la agitó—, con el... el perro, el perro fantasma.

—Sí —respondió Conway. Se le habían soltado más mechones del moño—. Un caso muy desagradable.

—Una vez el tipo confesó, ¿el perro continuó apareciéndosele?

Conway la examinó.

—¿Por qué? —le preguntó.

El rostro de Alison parecía más huesudo, hundido.

—Chris —dijo—, ahí dentro, en la sala común. Estaba ahí. En la ventana.

Su certeza se me adhirió a la columna vertebral y desencadenó un escalofrío. La histeria volvió a crecer, en algún punto tras el aire: había desaparecido... pero no para siempre.

—Sí —comentó Conway—. Eso ya lo he captado.

—Sí, pero... estaba ahí por mí. Y antes, en el pasillo, también. Venía a buscarme porque no les había contado lo de Holly con el teléfono. En la sala común —tragó saliva—, me miraba directamente a los ojos. Sonreía a... —Otro estremecimiento, más crudo, tanto que le cortó la respiración—. Si no hubieran entrado ustedes, si no hubieran... ¿Vendrá...? ¿Volverá a venir a por mí?

Conway respondió, arisca:

—¿Nos lo has contado todo? ¿Hasta la última cosa que sabes?

—Lo juro. De verdad que lo prometo.

—Entonces, Chris no volverá a por ti. Es posible que se quede acechando la escuela, eso sí, porque hay muchas otras personas que guardan secretos que él quiere que nos revelen. Pero no irá a por ti. Es probable que ya ni siquiera seas capaz de volverlo a ver.

Alison abrió la boca y espiró. Parecía aliviada, hasta la médula, y también decepcionada.

En la lejanía, en el otro extremo del pasillo, a través de aquel silencio, se oyó un largo y tenue lamento. Por un instante, pensé que procedía de una chica, o algo peor, pero solo era el crujido de la puerta de la sala común al abrirse.

—Detectives. Si no les molesta demasiado, me gustaría hablar con ustedes. Ahora —ordenó McKenna, y yo sé detectar a una mujer muy enfadada cuando la oigo.

—Iremos a verla en diez minutos —respondió Conway.

Se lo decía a McKenna, pero me miraba a mí. Aquellos ojos oscuros, y el silencio que caía entre nosotros como la nieve, eran tan densos que no supe interpretarlos.

—Hora de marcharnos —me dijo.

Una tarde de abril, tras el partido de voleibol celebrado después de clase. Es primavera, los campos estallan, rebosantes de campanillas y narcisos en cada rincón, pero el cielo se muestra gris, encapotado, y resulta sofocante pese a no ser cálido; el sudor no se les seca en la piel. Julia se levanta la coleta para refrescarse la nuca. A Chris Harper le queda poco menos de un mes de vida.

Recogen los balones, con parsimonia, porque dentro las duchas estarán ocupadas de todos modos cuando entren. Tras ellas, las *daleks* descuelgan las redes, despacio, cotilleando. Gemma grita: «... muslos como dos morsas follando, asqueroso...», pero no queda claro si habla de otra persona o de sí misma.

—¿Qué vamos a hacer el sábado por la noche? Vamos a ir, ¿verdad? —pregunta Julia a gritos.

Se refiere a la velada social del Colm.

—Yo no puedo —le responde Holly a gritos, desde un rincón del campo—. Ya lo pregunté. He de quedarme con la familia y blablablá.

—Yo, igual —dice Becca mientras mete un balón en la bolsa—. Mi madre está en casa. Aunque probablemente se mostraría encantada si me embadurnara la cara con todo un set de maquillaje, me pusiera una minifalda y asistiera.

—Pues alégrale el día —comenta Julia—. Regresa borracha a casa, hasta las cejas de éxtasis y embarazada.

—Eso me lo estoy reservando para su cumpleaños.

—¿Lenie?

—Yo estaré en casa de mi padre.

—¡Jopé, pues qué bien! —exclama Julia—. Finn Carroll me debe diez pavos y los necesito. Los auriculares no me funcionan.

—Ya te los presto yo —se ofrece Holly al tiempo que lanza el último balón a la bolsa, y falla—. Yo no voy a ir de compras este fin de semana...

—Pero es que me apetece restregárselo por la cara. Cerdo engreído. —Julia acaba de darse cuenta de cuánto desea ver a Finn.

—Asistiré a la clase de debate la semana próxima.

Por un momento, Julia se plantea acudir al acto social sola, pero no.

—Sí, ya lo sé. Ya lo pillaré entonces.

Revisan el terreno de juego por última vez y se van.

—¡Agua! —dice Julia cuando pasan por delante del grifo que hay junto a la verja, y se aparta de las otras tres.

Desde más arriba, la señorita Waldron grita:

—¡Daos prisa, chicas! ¡Un, dos, tres, cuatro, marchad!

Las otras continúan avanzando y dejan a Julia rezagada, a la espera de que les dé alcance. Becca camina describiendo círculos mientras balancea la bolsa con los balones.

Bebe con la mano y se refresca la cara y el cuello. El agua mana con ese helor subterráneo y le produce un escalofrío breve y placentero. Una bandada de gansos la sobrevuela, graznando, y Julia entorna los ojos para verlos recortados contra las nubes.

Se aleja del grifo cuando las *daleks* empiezan a ascender por el camino. Joanne se detiene justo delante de Julia, cruza los brazos y la mira fijamente. Las otras tres se despliegan en abanico y se detienen un paso por detrás de Joanne, cruzan los brazos y la miran fijamente.

Le bloquean la entrada a Julia. Ninguna de ellas dice nada.

—¿Vamos a hacer algo? ¿O esto es lo que hay? —pregunta Julia.

Joanne frunce el labio; Julia se figura que debe de creer que la hace parecer superior, pero si pusiera ese gesto delante del espejo una sola vez en la vida, no volvería a hacerlo.

—¡Deja de hacerte la listilla!

—¡Por Dios, qué aburrimiento! —exclama Julia.

La mirada pálida e insulsa de Joanne se vuelve más pálida e insulsa si cabe. Julia recuerda, divertida, como si fuera otra persona, una prima suya pequeña y tontuela, a quien hace apenas unos meses esa mirada habría hecho que se le disparara la adrenalina.

—Queremos hablar contigo —le explica Joanne en un tono que no presagia nada bueno.

—Ah, pero ¿ellas saben hablar? —inquire Julia, señalando con la cabeza a las otras tres—. Pensaba que eran tus robots guardaespaldas.

Orla emite un sonido de indignación y Gemma cruza con Joanne una mirada inteligente de soslayo.

Joanne, tan tensa que las palabras le salen como un escupitajo, le espetta:

—Dile a la cerda gorda de Selena que se mantenga alejada de Chris Harper.

No es lo que Julia esperaba.

—¿Qué has dicho, perdedora?

—No te hagas la ingenua. Lo sabemos todo.

Asentimientos por parte de los robots. Julia se apoya en la verja de alambre y se seca el agua del rostro con el cuello de la camiseta. Está empezando a divertirse. Ese es el problema de tragarse los cotilleos tal como lo hacen las *daleks*: de vez en cuando te cuelan un gol sobre algo completamente ficticio.

—¿Qué os importa a vosotras lo que haga Selena?

—Ese no es tu problema. Tu problema es asegurarte de que se retire a tiempo, antes de meterse en un lío bien grande.

Obviamente, se supone que eso suena aterrador. Más asentimientos impactantes; Alison incluso dice: «En efecto», y luego se encoge.

—Así que te gusta Chris Harper —comenta Julia sonriendo.

La barbilla de Joanne sobresale en un ángulo furioso.

—Perdona, bonita, si me gustara, saldría con él. Pero eso no es asunto tuyo.

—Entonces, ¿por qué te importa lo que Selena haga con él?

—Porque sí. Todo el mundo sabe que Chris Harper ni se dignaría a mirarla si ella no se lo montara con él. Chris le queda muy grande a Selena. Necesita buscarse a un gilipollas con granos como Fintan Comosellame, el cual anda siempre babeando por ella.

Julia suelta una carcajada, una risotada sincera, espontánea, que se eleva burbujeando hacia la nube gris que planea sobre ellas.

—¿Así que estás aquí porque Selena es demasiado optimista y necesita que la vuelvan a poner en su sitio? ¿En serio?

Cuanto más furiosa se pone Joanne, más fragmentos de ella sobresalen —los codos, las tetas, el culo— y más fea se vuelve.

—Mira, a ver si despiertas de una vez. ¿Hueles el café? Te estamos haciendo un favor. ¿De verdad crees que un chico como Chris va a salir con un despojo como Selena? ¿Perdona? En cuanto se aburra de follársela, la dejará tirada en la cuneta sobre su culo gordo y enviará fotos porno a todos los chicos. Dile que se aparte de él o se arrepentirá.

Julia toma un sorbo de agua y se seca la barbilla. Le encantaría jugar al *y tú más* durante un rato con Joanne y luego largarse —de hecho, Joanne es la persona más idónea con la que jugar, una vez que descubres que no le tienes miedo—, pero si no acaba con esto cuanto antes, tendrán a las *daleks* pegadas como lapas durante semanas, quizá meses, quién sabe si años, provocándolas como una nube de mosquitos, hasta que a Julia le estalle la cabeza por la sobrecarga de estupideces.

—Relájate —le dice—. Necesitas soplonas de mejor calidad. Selena no se acercaría a ese gilipollas ni aunque le pagaran.

Joanne, que se está poniendo chillona, espeta:

—¿Cómo puedes ser tan mentirosa?! ¿Te crees que somos tontas?

Julia alza los ojos hacia el cielo, cada vez más encapotado.

—¿Qué pasa? ¿Crees que lo digo para hacerte feliz? Pues, mira, noticia: me importa un bledo si eres feliz o no. Te lo digo porque es verdad. A Selena ni siquiera le gusta Chris. Apenas ha hablado con él. Te hayan dicho lo que te hayan dicho, es mentira.

—Esto... Pero si Gemma los ha visto juntos, enrollándose. Así que, a menos que pretendas convencerme de que Gemma está ciega... —Entonces Joanne detecta algo en el rostro de Julia. Joanne sería capaz de saborear una gota de poder en un océano. Se relaja—. Madre... mía... —dice, arrastrando las palabras y haciendo que resulten dulces y pegajosas, dejando que se desparramen sobre Julia—. Así que no lo sabías...

Julia vuelve a poner un rostro inexpresivo, pero sabe que es demasiado tarde. Viniendo de cualquiera de las otras *daleks*, aquello podría haber sido simplemente ruido de fondo; jamás se le habría ocurrido creérselas. Pero Gemma... En primer curso, cuando no eran más que unas crías, Julia y Gemma eran amigas.

Una sonrisa de oreja a oreja trepa por el rostro de Joanne:

—¡Caramba! —exclama—. ¡Qué situación tan violenta!

Orla ríe con disimulo.

Julia mira a Gemma.

—Anoche me escapé a hurtadillas —le explica Gemma, con una sonrisita de complicidad. Las otras *daleks* sueltan una risita—. Bajaba por el sendero hacia el muro de la parte de atrás y los dos ocupaban ese lugar tan espeluznante con árboles altos donde os gusta estar a vosotras. Casi me da un ataque al corazón. Pensé que eran monjas o fantasmas o algo, pero luego vi quiénes eran. Y no habían ido allí a hablar del tiempo; estaban enrollados. Diría que, si me hubiera quedado a mirar unos minutos más...

Risitas dispersas cayendo como una lluvia fina y mugrienta.

Gemma goza de una vista perfecta, y nadie en la escuela tiene el cabello de Selena. Por otro lado (Julia se aferra al otro lado), Gemma miente más que habla. Julia la repasa para ver si la descubre, la mira y remira. No acierta a determinarlo. Apenas logra reconocer en Gemma a la chica irónica y firme con quien solía compartir palomitas y bolígrafos, y mucho menos interpretarla.

Julia tiene el corazón desbocado.

—Fuera lo que fuese eso que tú y tu pequeño semental estuvierais fumando, ¿me das un poco? —replica Julia con frialdad.

Gemma se encoge de hombros.

—Lo que tú digas. Yo estaba allí y tú, no.

—Resuélvelo —dispone Joanne. Ahora que sabe que está al mando de la situación, todas las partes retorcidas de su cuerpo han regresado a su origen, recuperando un aspecto angelical, salvo por ese labio fruncido—. Si hemos querido advertirte es porque somos amables. No volveremos a hacerlo.

Se da media vuelta de forma airada —no le chasquea los dedos al resto de las *daleks*, pero da la sensación de hacerlo— y se aleja pavoneándose, mientras sale de la cancha de tenis y enfila el sendero que conduce a la escuela. Las otras se escabullen para darle alcance.

Julia abre el grifo de nuevo y se lleva varias veces la mano con agua a la boca, por si volvieran la vista para mirarla, pero no puede beber. El corazón le late descompensado. La camiseta se le pega a la piel como hacen esas criaturas húmedas y pegajosas con pies en forma de ventosas, arrastrándose. El cielo presiona sobre su cabeza.

Selena se encuentra en su habitación a solas; las otras aún deben de estar duchándose. Está sentada a lo indio en su cama, cepillándose el pelo húmedo y canturreando. Cuando entra Julia, la mira y sonrío.

Parece la misma. Solo con verla, a Julia se le ralentiza el pulso; una respiración y

la capa de mugre que las *daleks* han dejado en su estela empieza a dispersarse. Julia siente unas ganas tan repentinas y sobrecogedoras de tocar a Selena, de apoyarse sobre la curva familiar de su hombro y notar la calidez de su brazo, que casi le corta el aliento.

—Podrías enviarle un mensaje de texto a Finn para quedar con él —le propone Selena.

La mente de Julia tarda un minuto en descifrar de qué habla.

—Sí —responde—. Quizá.

—¿Tienes su número?

—Sí. No importa. Ya lo veré cuando sea.

Julia se sienta en el suelo y empieza a desabrocharse las zapatillas deportivas, mientras se debate internamente. Si Selena estuviera con Chris, habría encontrado el modo de asistir al acto social del sábado, para evitar que él ligara con otra. Si Selena hubiera salido anoche, ellas se habrían despertado. Si Selena hubiera estado con Chris, no habría sido la primera en regresar de las duchas; habría dedicado algo más de tiempo a quitarse de la piel el olor a él, a hierba en la noche, a culpa. Si Selena hubiera salido con un chico, se le notaría, luciría un chupetón en el cuello. Si Selena lo hubiera hecho, estaría electrizada, necesitaría hablar, explicarlo, encontrar la manera de que todo...

—Lenie.

—¿Sí?

Selena alza la vista. Ojos azules transparentes, serenos.

—Nada.

Selena asiente como si tal cosa y sigue cepillándose. De hecho, la idea del juramento se le ocurrió a Selena. Si no hubiera querido hacerlo, podría haberse limitado a mantener la boca cerrada. Y lo de conseguir la llave y encontrar un modo de escaparse por las noches también fue idea suya...

Hay un nudo en el cordón de una de las zapatillas de Julia. Clava las uñas en él.

Nota los ojos de Selena en su coronilla, la escucha dejar de canturrear. Oye la rápida respiración contenida cuando Selena reprime las ganas de decir algo.

Julia no levanta la vista. Aprieta las uñas contra el nudo hasta que una se le parte.

Silencio. Y luego el largo sonido sibilante del cepillo de nuevo, y el canturreo de Selena.

Ha de ser mentira. Si los chicos del Colm tuvieran una manera de escaparse de la escuela, todo el mundo lo sabría. Pero si no la tienen, entonces ¿con quién había quedado Gemma?, a menos que Gemma se lo haya inventado todo...

—¡Esa canción! —grita Holly, al tiempo que irrumpe en la habitación oliendo a fresa y con el cabello recogido en un turbante con un nudo que recuerda un cucurucho de helado a rayas; lleva el equipo de educación física en un brazo y lo lanza por los aires—. ¿Qué canción es esa? ¿La que estás tarareando?

Pero ninguna de ellas la reconoce.

Julia recibe un mensaje de texto de Finn durante el primer período de estudio: «¿Nos vemos el sábado por la noche? Tengo una sorpresa para ti».

—Apagad los teléfonos —ordena la monitora que las supervisa sin alzar la vista.

La sala común se antoja sombría y sucia, las bombillas han entablado una lucha contra la lobreguez del exterior, y van perdiendo.

—Lo siento, se me ha olvidado.

Julia desliza el teléfono bajo el libro de Matemáticas y escribe a ciegas: «El sábado no voy». Al cabo de un momento añade: «¿Mañana después de la escuela? Tengo algo para ti también».

Silencia el teléfono, se lo guarda en el bolsillo y finge que las Matemáticas le interesan. En menos de un minuto, nota la vibración contra su pierna. «¿En el Campo, hacia las 16.15 h?».

Julia siente una punzada al imaginar a Finn pasando el rato en el Campo, pero le parece demasiado estúpido el solo hecho de pensarlo. «Nos vemos ahí», le responde, y apaga el teléfono. Al otro lado de la mesa, Selena resuelve ecuaciones de segundo grado a un ritmo constante y apacible. Al notar que Julia la mira, alza la vista.

Sin poder remediarlo, Julia le hace un gesto ascendente con la cabeza, señalando la bombilla que tienen encima. Selena frunce el ceño: «¿Por qué?». Julia articula: «Venga».

Selena aprieta el lápiz con la mano. La bombilla destella; la sala común se llena de vida y, por un instante, se vuelve inmensa y rebosante de colores. Alrededor de las mesas, las alumnas alzan la vista, desconcertadas y doradas, pero ya se ha acabado; el ambiente se ha vuelto cenagoso de nuevo y sus rostros vuelven a hundirse en la penumbra.

Selena sonrío a Julia, como si le hubiera entregado un regalito dulce. Julia le sonrío también. Sabe que debería sentirse mejor, y lo hace, pero por algún motivo, no tanto como esperaba.

Cuando dejan atrás la verja de alambre a la tarde siguiente, las *daleks* ya se hallan encaramadas a su montículo de ladrillos de cemento, emitiendo grititos para captar la atención de un puñado de alumnos del Colm que andan subidos a una máquina oxidada, dándose empujones para atraer la atención de las *daleks*. Finn está sentado en otra pila de ladrillos, haciendo un dibujo al lado de su zapatilla deportiva. Es un día gris, húmedo y frío; contra el cielo encapotado, uno piensa que podría calentarse las manos acercándolas a su cabello. Al verlo, Julia se siente mejor de lo que esperaba.

—Regreso en un segundo —les dice a las otras, y acelera el paso.

Le sabe mal querer apartarse de ellas como si fueran un obstáculo para acercarse a Finn, junto a quien se siente segura y tranquila.

Holly le avisa:

—Ten cuidado.

Julia pone los ojos en blanco y no mira atrás. Nota a Holly mirándola todo el rato, hasta que cruza el Campo.

—Hola —saluda, mientras sube de un salto a los ladrillos para sentarse junto a Finn.

A él se le ilumina el rostro. Deja de dibujar y se endereza.

—Hola —responde—. ¿Por qué no vienes el sábado?

—Asuntos de familia.

Las *daleks* han explotado en un pésimo torbellino de risitas y miraditas. Julia las saluda con la mano y les manda un beso.

—Vaya —comenta Finn mientras se guarda el bolígrafo en un bolsillo de los tejanos—. No les caes demasiado bien, ¿verdad?

—En absoluto —responde Julia—. Y a mí ellas me caen como un tiro, así que no pasa nada. ¿Qué tienes para mí?

—Tú primero.

Julia lleva semanas esperando ese momento.

—¡Tachán! —dice, sosteniendo el teléfono en alto.

No consigue borrarse la sonrisa de la cara.

En la foto se la ve a ella en el prado que se extiende tras el colegio, lo cual fue una imprudencia, porque cualquier monja podría haberse asomado a la ventana de su habitación, pero Julia se sentía osada aquel día. Cara de pato, la mano apoyada en una cadera ladeada y la otra mano haciendo una floritura sobre su cabeza, señalando al reloj: medianoche en punto.

(—¿Estás segura? —le preguntó Holly, con el teléfono de Julia en la mano.

—Claro que sí —respondió Julia, alzando la vista hacia el reloj para asegurarse de que cabía en la fotografía—. ¿Por qué no?

—Porque entonces va a saber que nos escabullimos por la noche, por eso.

Tras la cabeza de Holly, Selena y Becca las observaban esperándolas bajo los árboles, con sus pálidos rostros inclinados.

—Nunca dijimos que no pudiéramos confiar en los chicos —replicó Julia—. Solo que no podíamos tocarlos.

—Sí, y tampoco dijimos nunca nada sobre, por ejemplo, evitar decírselo a alguien que da mucha risa.

—Finn no nos va a delatar —le aseguró Julia—. Te lo juro. ¿Vale?

Holly se encogió de hombros. Julia hizo una pose y señaló hacia el reloj, por encima de su cabeza.

—Dispara —dijo.

El *flash* trazó luminosas líneas blancas como relámpagos entre sus ojos, y Holly y Julia echaron a correr en busca de cobijo, muy agachadas, sofocando la risa).

—Me debes diez libras —le dice Julia—. Y una disculpa. Y me gustan las disculpas en las que el otro se rebaja mucho.

—De acuerdo —responde Finn—. ¿Quieres que me arrodirle?

—Tentador, pero no. Basta con que suene bien.

Finn se lleva una mano al corazón y dice:

—Me disculpo por decir que te asustaría cualquier cosa del universo. Eres una superheroína valiente que podría patearme en el culo a mí, a Lobezno y hasta a un gorila loco.

—Y tanto que lo soy —responde Julia—. Estás perdonado. Te ha salido muy bien.

—Buena foto —comenta Finn, mirándola de nuevo—. ¿Quién la sacó? ¿Una de tus amigas, verdad?

—La Monja Fantasma. Ya te dije que era fantástica. —Julia recupera su teléfono—. Y ahora las diez libras.

—Echa el freno —dice Finn, a la par que saca su teléfono—. Yo también tengo una sorpresa para ti, ¿recuerdas?

«Si es una foto de su polla —piensa Julia—, lo mato».

—Alégame el día —le dice.

Finn le entrega el teléfono y sonríe, con esa misma sonrisa directa de niño travieso, y Julia siente una ráfaga de alivio, de culpa y de calor. Le gustaría tocarlo, hacerlo caer de los ladrillos con un golpe de cadera, agarrarle el pescuezo con el brazo o lo que fuera, para disculparse por haberlo subestimado otra vez.

—Hemos tenido la misma idea —dice Finn, y señala el teléfono con la cabeza.

Él, en el prado que se extiende tras el colegio, prácticamente en el mismo lugar. Con una capucha negra sobre el cabello pelirrojo —fue más listo que ella— y una mano por encima de la cabeza, igual que ella, señalando hacia el reloj. Medianoche.

Lo primero que siente Julia es indignación: «Nuestro sitio, de noche ese sitio es nuestro, ¿es que acaso no podemos tener...?». Pero luego se da cuenta.

—¿Sigues queriendo el billete? —le pregunta Finn. Mantiene la sonrisa, como un perro labrador que trae a su dueño un palo podrido, en busca de unas palmaditas y unos elogios—. ¿O quedamos empatados?

—¿Cómo te has escapado de la escuela? —le pregunta Julia.

Finn no percibe el cambio en su voz; está demasiado encantado con su gran sorpresa.

—Secreto profesional.

Julia se recompone.

—¡Guau! —exclama. Mira a Finn con los ojos muy abiertos, con gesto de admiración—. No sabía que pudieras hacerlo.

Y en esta ocasión no lo subestima. Él está encantado consigo mismo, con lo inteligente que es, y se muere de ganas por impresionarla aún más.

—Le hice el puente a la alarma de la salida de incendios. Consulté las instrucciones en Internet. Tardé cinco minutos. Lógicamente, no puedo abrirla desde fuera, pero la atranqué con un trocito de madera para dejarla abierta mientras estaba fuera.

—Jolines —exclama Julia tapándose la boca con la mano. Le resulta fácil—. Si alguien hubiera pasado por allí y lo hubiera visto, te habrías metido en un buen lío. Podrían haberte expulsado.

Finn se encoge de hombros, finge que le da igual, se recuesta con un pie en alto y las manos en los bolsillos de los tejanos.

—Merecía la pena.

—¿Cuándo fue? Podíamos habernos tropezado.

Julia ríe con nerviosismo.

—Hace un montón de tiempo. Un par de semanas después de lo del baile.

Si lo sabe, Chris ha dispuesto de tiempo más que suficiente para concertar una cita con Selena, incluso una docena de citas.

—¿Solo? ¿La foto te la hiciste tú mismo? No le tienes miedo a la Monja Fantasma, ¿verdad?

—A las monjas vivas les tengo pavor, de hecho: me aterran. Pero a las muertas, no.

Julia le ríe la gracia.

—¿Y entonces? ¿Saliste solo? ¿En serio?

—Me llevé a un par de amigos, para echarnos unas risas. Pero me atrevería a hacerlo yo solo. —Finn recoloca sus pies y examina lo que fuera que estuviera dibujando junto a su zapatilla, como si se tratase de algo fascinante—. ¿Entonces? —dice él—. Si los dos podemos escaparnos y a ninguno nos da miedo, ¿te apetece quedar alguna noche? Solo por pasar el rato. A ver si conseguimos tropezamos con la Monja Fantasma.

Esta vez Julia pierde su oportunidad de reírle la gracia. A una discreta distancia, entre los zuzones y los dientes de león que crecen más altos y más densos este año, Selena, Holly y Becca intentan escuchar algo en el iPod de Becca, todas al mismo tiempo; Selena y Holly se pelean a codazos por el auricular, entre risas, con el pelo en la cara de la otra, como si todo siguiera siendo tan sencillo todavía. A Julia le entran ganas de disparar contra los bloques de ladrillo y estallar. En cualquier momento algún colega de Finn aparecerá dando brincos y para entonces ella tiene que saberlo. Si Gemma no mentía, solo si no lo hacía, Julia va a necesitar el fin de semana para averiguar qué debe hacer.

—Eres amigo de Chris Harper, ¿verdad? —le pregunta.

A Finn se le vela el rostro.

—Sí —responde. Le tiende una mano para que le devuelva el teléfono y se lo guarda de nuevo en el bolsillo—. ¿Qué pasa?

—¿Él sabe que le has hecho el puente a la alarma?

Los labios de Finn dibujan un gesto cínico.

—Sí. Fue idea suya. Fue él quien me hizo la foto.

Gemma no mentía.

—Si es con él con quien te apetecía empezar a salir, podrías haberlo dicho desde

el principio.

Finn cree que le ha tomado el pelo.

—Claro que no —responde Julia.

—Debería haberlo sabido, joder.

—Si Chris desapareciera del planeta en una nube de humo tóxico, lo celebraría. Créeme.

—Sí, claro, lo que tú digas. —Los colores de Finn han cambiado. Sus ojos se han vuelto oscuros y un rojo intenso tiñe sus mejillas. Si Julia fuera un chico, le pegaría un puñetazo. Pero como no lo es, simplemente se siente herido, e indefenso—. Eres una buena pieza, ¿lo sabes?

Julia comprende que, si no arregla la situación en aquel preciso instante, no volverá a tener la oportunidad de hacerlo y él nunca la perdonará. Si se tropiezan por la calle un día, a los cuarenta años, Finn le mostrará esa cara de ofendido y no se detendrá a saludarla.

A Julia no le queda espacio mental para decidir cómo solucionar aquello. Lo otro se está propagando como una sustancia blanca y cegadora por su mente, enviando a Finn hacia los confines.

—Piensa lo que quieras —dice—. Tengo que irme.

Se baja de los bloques de hormigón y se encamina hacia sus amigas. Nota los ojos de las *daleks* arañándole la piel como agujas mientras piensa que desearía ser un chico para que Finn pudiera golpearle y solucionar aquel asunto y luego poder ir en busca de Chris Harper y romperle la cara.

Los ojos de Holly tropiezan un segundo con los de Julia, pero sea lo que fuere cuanto vean, la ponen sobre aviso o satisfacen, e incluso ambas cosas. Becca alza la vista y empieza a preguntar algo, pero Selena le toca el brazo y vuelven a concentrarse en el iPod. Un juego lanza dardos naranjas a través de la pantalla; globos blancos hacen explosión a cámara lenta, y sus fragmentos caen ondeando, silenciosos. Julia se sienta en la hierba y observa a Finn alejarse.

Conway y yo no hablamos de Holly. Sostuvimos su nombre entre nosotros como nitroglicerina y ni siquiera nos miramos mientras hicimos lo que había que hacer: entregamos a Alison a la señorita Arnold y le indicamos que la retuviera bajo sus cuidados toda la noche. Le solicitamos la llave de la papelería de objetos perdidos y le preguntamos cuánto tiempo guardaban los objetos antes de tirarlos. Los de poco valor se enviaban a organizaciones benéficas al concluir cada trimestre, mientras que los de mayor valor, como reproductores de MP3 o teléfonos, se conservaban de manera indefinida.

De noche, el edificio de la escuela se iluminaba con una luz tenue.

—¿Qué? —pregunto Conway, cuando el crujido de un escalón me hizo dar un respingo.

—Nada. —Y al ver que mi respuesta no era suficiente—: Estoy un poco nervioso.

—¿Por qué?

Bajo ningún concepto iba a decir: «Por Frank Mackey».

—Esa bombilla daba un poco de miedo. Eso es todo.

—No daba miedo. El cableado de este lugar tiene cien años de antigüedad; estoy segura de que se funden bombillas muy a menudo. ¿Por qué da miedo eso?

—Por nada. Por el momento vivido, solo por eso.

—El momento responde a que esa sala había estado ocupada toda la tarde. El sensor de movimiento estaría sobrecargado, algo se sobrecalentó y la bombilla se fundió. Fin de la puñetera historia.

No pensaba discutir con ella por aquel asunto, no cuando estaba de acuerdo y probablemente lo sabía.

—Sí, diría que tienes razón.

—La tengo.

Incluso discutíamos en voz baja; aquel lugar te hacía sentir como si te pudieran estar escuchando a hurtadillas en cualquier rincón, listos para abalanzarse sobre ti. Cualquier ruido que hiciéramos ascendía revoloteando por la amplia espiral de la escalera para posarse entre las sombras, muy por encima de nuestras cabezas.

Sobre la puerta principal, el montante resplandecía en azul, delicado como los huesecillos de un ala.

La papelería de objetos perdidos era de metal negro, vieja y se hallaba aparcada en un rincón del vestíbulo. Introduje la llave, tan silenciosamente como pude, sintiéndome como un niño que se adentra en un lugar prohibido, inquieto por la adrenalina, y abrí de par en par el panel que había en la parte inferior. Cayeron rodando sobre mí un montón de cosas: un cárdigan que olía a perfume rancio, un gato de peluche, un libro en rústica, una sandalia, un transportador de ángulos.

El teléfono de concha rosa perlado estaba al fondo. Lo habíamos dejado atrás al entrar en el colegio aquella mañana.

Me enfundé los guantes y lo agarré con la punta de dos dedos, por si podíamos encontrar huellas dactilares. No las habría. Ni en el exterior ni en el interior de la cubierta, ni en la batería ni en la tarjeta SIM. Estaría todo impoluto.

—Fantástico —comentó Conway ceñuda—. La hija de un policía. Maravilloso.

—Esto no es una prueba irrefutable de que fuera Holly —dije yo al fin.

Mi voz sonaba aflautada y estúpida, demasiado débil para convencerme siquiera a mí mismo.

Conway hizo un gesto rápido con la ceja.

—¿Crees que no fue ella?

—Podría estar protegiendo a Julia o Rebecca.

—Podría, pero no tenemos nada que indique que así sea. Todo lo demás podría apuntar a cualquiera de ellas: esto es el único objeto específico que poseemos, y apunta directamente a Holly. No soportaba a Chris. Y por lo que hemos visto de ella, es una niña decidida, independiente, con cerebro y agallas. Sería una asesina perfecta.

La frialdad de Holly, aquella misma mañana en Casos Abiertos, dirigiendo el interrogatorio, de una forma brillante y aguda, y lanzándome un cumplido para engatusarme al final. Había asumido el control.

—Si me he perdido algo —dijo Conway—, no dudes en señalármelo.

—¿Por qué iba a traerme entonces la tarjeta? —pregunté.

—Eso no me lo he perdido. —Conway abrió otro sobre de pruebas de una sacudida, lo extendió encima de la papelera y empezó a etiquetarlo—. Porque también tiene pelotas. Sabía que antes o después alguien acabaría viniendo a vernos y debió de imaginarse que hacerlo ella misma la borraría de la lista de sospechosos, y la verdad es que ha funcionado. Si te esperan problemas, es mejor salir y encararse a ellos que enterrar la cabeza bajo el ala y rezar por que no te encuentren. Yo haría lo mismo.

La mirada de Holly aquella tarde en el pasillo, cuando Alison había perdido la cordura, escaneando los rostros, en busca de la asesina, había pensado yo entonces. Jamás se me ocurrió pensar que buscara a una delatora.

—Eso es tener muchas pelotas con solo dieciséis años de edad —objeté.

—¿Y qué? ¿Crees que no las tiene?

No tenía respuesta para eso. Me cayó como un cubo de agua fría: Conway había tenido a Holly en el punto de mira todo el tiempo. En el mismo instante en que me había presentado en la sala de su Brigada, todo entusiasta, con mi tarjetita y mi cuento, había empezado a preguntarse si no habría sido ella.

—Yo no digo que sea definitivo que Holly lo matara sola. Tal como hemos dicho antes, podrían haberlo llevado a cabo ella, Julia y Rebecca juntas; o incluso las cuatro. Pero fuera lo que fuese lo que ocurriera, Holly estaba metida hasta las cejas.

—Y yo no digo que no. Simplemente prefiero mantener abiertas otras hipótesis.

Conway había acabado de etiquetar el sobre, se enderezó y me observó.

—Tú piensas lo mismo. Lo único que te ocurre es que no te gusta que tu Holly te

tomara el pelo.

—No es *mi* Holly.

Conway no respondió. Me alargó el sobre para que introdujera el teléfono y lo dejó balancearse entre sus dedos.

—Si este interrogatorio te supone un problema —dijo—, necesito saberlo ahora.

—¿Por qué iba a suponerme un problema? —pregunté con voz templada.

—Vamos a tener que hacer venir a su padre.

Resultaba inviable fingir que Holly no era una sospechosa. Ni el detective más lerdito del mundo habría mordido el anzuelo. Y el padre de Holly no es estúpido.

—Sí. ¿Y? —pregunté yo.

—Corre el rumor de que Mackey te ha hecho unos cuantos favores. Yo no te voy a incordiar por ello; haz lo que tengas que hacer. Pero si sois coleguitas o si le debes algún favor, entonces no eres el indicado para interrogar a su hija por homicidio.

—No le debo nada a Mackey —respondí yo—. Y no es mi coleguita. —Conway me observó—. Hace años que ni siquiera hablo con él. Una vez le fui de utilidad y él se ha asegurado de serme útil a mí desde entonces: quiere que todo el mundo sepa que ayudarlo obtiene sus recompensas. Eso es todo. Fin de la historia.

—Vale —respondió Conway. No sé si parecía satisfecha o simplemente pensaba que tener a un aliado en la sala podía suavizar a Mackey. Selló el sobre y se lo guardó en el bolso con el resto—. Yo no conozco a Mackey. ¿Nos va a dar problemas?

—Sí —respondí—. Nos los dará. No diría que se llevará a Holly a casa sin más dilación y nos dirá que hablemos con su abogado, porque él no es así. Nos fastidiará, pero lo hará de forma ladina, y no se irá a menos que parezca que estamos llegando a alguna conclusión. Querrá que sigamos hablando hasta ver qué teoría barajamos y qué tenemos.

Conway asintió.

—¿Tienes su teléfono? —preguntó Conway.

—Sí.

Al instante de decirlo me arrepentí de no haberlo negado, pero lo único que Conway dijo fue:

—Llámale.

Mackey contestó rápido.

—Stephen, ¡amigo mío! ¡Cuánto tiempo sin hablar contigo!

—Estoy en el San Kilda —le dije.

El aire se afiló al instante, hasta convertirse en el filo de un cuchillo.

—¿Qué ha sucedido?

—Holly está bien —le aclaré de inmediato—. Perfectamente. Pero necesitamos mantener una charla con ella y nos hemos figurado que te gustaría estar presente.

Silencio. Luego Mackey añadió:

—No intercambiéis ni una palabra con ella hasta que yo llegue, ni una sola, ¿entendido?

—Entendido.

—No lo olvides. Estoy cerca. Estaré allí en veinte minutos.

Colgó.

Guardé el teléfono.

—Llegará en un cuarto de hora —anuncié—. Será mejor que nos preparemos.

Conway golpeó con fuerza el panel de la papelera de objetos perdidos. El sonido metálico rebotó en las sombras y tardó un rato en disiparse.

—Estaremos listos para entonces —anunció, mirando hacia la oscuridad que se cernía sobre nuestras cabezas.

McKenna salió disparada de la sala común en cuanto Conway llamó con los nudillos, como si hubiera estado esperando tras la puerta. La larga jornada y la luz blanquecina del pasillo no le sentaban bien. Aún llevaba el pelo bien recogido y su caro traje no lucía ni una sola arruga, pero el discreto maquillaje empezaba a desaparecer, formando grumos. Sus arrugas se habían hecho más profundas desde aquella mañana, y sus poros parecían tener el tamaño de cicatrices de varicela. Llevaba el teléfono en la mano: seguía encargándose de contener los daños, intentando remendar las costuras rasgadas.

Estaba hecha una furia.

—No tengo ni idea de si sus procedimientos habituales implican provocar ataques de histeria a los testigos...

—No hemos sido nosotros quienes hemos tenido a una docena de adolescentes enjauladas todo el día —replicó Conway. Le dio un golpe a la puerta de la sala común—. Es una estancia encantadora y todo eso, pero al cabo de unas horas, ni la decoración con el mejor gusto del mundo impediría que se inquietaran. Si yo fuera usted, me aseguraría de darles la oportunidad de salir a estirar las piernas antes de irse a la cama, a menos que quiera que estallen de nuevo a medianoche.

McKenna cerró los ojos un segundo ante aquel pensamiento.

—Gracias por su consejo, detective, pero creo que ya ha hecho usted suficiente. Las alumnas han estado enjauladas por si acaso ustedes necesitaban hablar con ellas, y eso ya no será ningún problema. Ahora les invito a que se vayan.

—Imposible —respondió Conway—. Lo siento. Necesitamos intercambiar unas palabras con Holly Mackey. Estamos esperando a que llegue su padre.

Al oír tal cosa, McKenna se puso aún más furiosa.

—Les he concedido permiso para hablar con nuestras estudiantes específicamente para que no precisaran de la autorización paterna. Implicar a los padres es absolutamente innecesario, solo puede complicar la situación tanto para ustedes como para la escuela...

—El padre de Holly se va a enterar de este asunto de todas maneras, en cuanto acuda al trabajo mañana por la mañana. No se preocupe: no creo que sea de los que se lanzan al teléfono para telefonar a las mamáitas y difundir rumores.

—¿Existe alguna razón tangible por la que sea preciso hacer esto durante esta

noche? Tal como la detective ha señalado con inteligencia, las alumnas ya han estado sometidas a más presión de la necesaria por un día. Por la mañana...

—Podemos hablar con Holly en el edificio principal de la escuela —la atajó Conway—. Nos quitaremos de en medio y dejaremos que el resto de las muchachas retome su rutina habitual. ¿Le parece bien el aula de Arte?

McKenna parecía encorsetada; sus labios habían desaparecido.

—Las luces se apagan a las once menos cuarto. Para esa hora espero que Holly y el resto de las alumnas se encuentren en sus dormitorios y en la cama. Si tienen más preguntas que formular a alguna de ellas, supongo que pueden esperar hasta mañana por la mañana.

Y nos cerró la puerta de la sala común en las narices.

—Desde luego, tiene carácter —comentó Conway—. Le importa un comino que podamos arrestarla por obstrucción a la justicia; esta es su mansión, y ella es quien manda.

—¿Por qué en el aula de Arte?

—Para que Holly siga pensando en esa postal, recordando que hay alguien que sabe lo que ocurrió. —Conway se quitó la goma del pelo y se deshizo lo que quedaba del recogido. El cabello le cayó alrededor de los hombros, lacio y pesado—. Empieza tú. Poli bueno, amable y cauteloso, no le metas miedo y no asustes a su padre. Simplemente expón los hechos: se escabullía por las noches, sabía lo de Chris y Selena y no le gustaba Chris. Intenta aportar el máximo de detalles: por qué no le caía bien y qué opinaba de la relación con las demás. Cuando necesites al poli malo, yo entraré en acción.

Un par de giros rápidos de muñeca, un golpe con la goma elástica y el moño volvía a estar en su sitio, liso y resplandeciente como el mármol. Había enderezado los hombros; incluso la mirada rastreadora había desaparecido de su rostro. Conway estaba a punto.

Se abrió la puerta de la sala común. Holly apareció tras ella, seguida por McKenna. Coleta, tejanos y una sudadera con capucha de color turquesa con unas mangas que le ocultaban las manos.

La había seguido imaginando como una cría aguda y brillante, pero todo aquello se había desvanecido. Estaba pálida y parecía diez años mayor, con la mirada aturdida, como si alguien hubiera hecho tambalearse su mundo con aspecto de globo de nieve y nada volviera a caer donde tocaba; como si se hubiera convencido de que todo lo había hecho bien y, de repente, nada pareciera ya tan sencillo.

Me dejó frío. No fui capaz de mirar a Conway, pero tampoco necesitaba hacerlo: sabía que ella también se había dado cuenta.

—¿Qué sucede? —preguntó Holly.

La recordé con nueve años, tan valiente y tan firme que te partía el alma.

—Tu padre está en camino. Creo que prefiere que no hablemos hasta que llegue —le anuncié.

Salió al instante de su aturdimiento. Holly volvió la cabeza exasperada.

—¿Has llamado a mi padre? ¡Venga ya!

No respondí. Holly vio mi expresión y cerró la boca. Desapareció tras la tersura de su rostro, inocente y reservada a partes iguales.

—Gracias —le dijo Conway a McKenna. Y a mí y a Holly—: Vamos.

Desanduvimos el largo pasillo que habíamos recorrido aquella mañana para hallar El lugar de los secretos. Entonces era un hervidero de sol y ajetreo; ahora —Conway pasó junto al interruptor de la luz sin ni siquiera mirarlo— estaba iluminado por una irradiación crepuscular y no se oía ni una mosca. La luz vespertina que se filtraba por la ventana que había a nuestras espaldas proyectaba leves sombras, la mía y la de Conway, incluso más alargadas a ambos lados de la tira fina de Holly, como si fuéramos guardias con un rehén. Nuestros pasos resonaban semejantes a unas botas en una marcha.

El lugar de los secretos. Bajo aquella luz parecía mecerse, pero había perdido aquella ebullición y aquel parloteo. Lo único que parecía emitir era un largo murmullo integrado por mil susurros amortiguados, todos ellos suplicantes de que los escucharan. Habían colgado una postal nueva con una de esas estatuas vivas doradas que decoran Grafton Street; el pie de foto rezaba: «¡ME ATERRAN!».

El aula de Arte. Ya no se respiraba en ella la frescura de la mañana ni la iluminaba el sol matinal. Las luces del techo dejaban rincones a oscuras; las mesas verdes estaban manchadas con restos de arcilla y las bolas de papel de Conway seguían bajo las sillas, adonde habían llegado rodando. Seguramente McKenna había cancelado el servicio de limpieza. Había echado el cerrojo a la escuela en la medida de lo posible para tenerlo todo bajo control.

Fuera de las altas ventanas, la luna lucía en el cielo, llena y madura, recortándose sobre un azul opaco. A la mesa que había apoyada contra ellas le habían quitado el mantel con el que estaba cubierta por la mañana y no se lo habían vuelto a poner. Ahora descansaba sobre ella toda la escuela en miniatura, como en un cuento de hadas, hecha con delicados adornos de alambre de hierro.

—¿Es ese el proyecto en el que trabajabais anoche? —pregunté.

—Sí —respondió Holly.

De cerca, parecía demasiado delicado para mantenerse en pie. Los muros apenas estaban esbozados, con unas cuantas líneas de alambre; a través de ellos se veían los escritorios de alambre, las pizarras de paño andrajoso con palabras garabateadas demasiado diminutas para resultar legibles, y butacas de respaldo alto, hechas de alambre, dispuestas de manera hogareña en torno a un fuego de carbones fabricados con pañuelos de papel. Era invierno; la nieve se había apilado en los gabletes, alrededor de las bases de las columnas y en las curvas de la balaustrada. Tras el edificio, una extensa loma de nieve se desdibujaba en el borde del tablero de base

hasta desaparecer.

—Es la escuela, ¿verdad? —quise saber.

Holly se me había acercado, y se cernía sobre la maqueta, como si yo tuviera intención de aplastarla.

—Es el Kilda hace cien años. Documentamos qué aspecto tenía —con fotos y material antiguo— y luego lo construimos.

Los dormitorios: diminutas camitas de alambre de cobre, volutas de pañuelos de papel a modo de sábanas. En el ala de las internas y en el de las monjas, rollos de pergamino de la longitud de una uña cubrían las ventanas, colgados de unos hilillos tan delgados como los de una telaraña.

—¿Qué son esos fragmentos de papel? —pregunté yo.

Mi respiración los hizo desenrollarse.

—Los nombres de las personas que, según el censo de 1911, vivían aquí. En realidad no sabemos quién ocupaba cada habitación, lógicamente, pero nos hemos guiado por la edad que tenían y por el orden en el que aparecían listadas, pensando que, muy probablemente, las amigas aparecerían seguidas, porque se sentarían juntas. Había una alumna llamada Hepzibah Cloade.

Conway andaba girando sillas y colocándolas en su sitio alrededor de una de las largas mesas. Una para Holly. Otra a casi dos metros de distancia: Mackey. Las posaba en el suelo con estrépito, ruidos secos sobre el linóleo.

—¿A quién se le ocurrió la idea? —inquirí.

Holly se encogió de hombros.

—A todas. Estábamos hablando de las chicas que estudiaban en esta escuela hace cien años, de si pensarían en las mismas cosas que nosotras y demás, y de qué habría sido de ellas al hacerse mayores. Y de si alguno de sus fantasmas habría regresado alguna vez. Y entonces se nos ocurrió construir esto.

Una silla al otro lado de la mesa, frente a Holly, para mí. Bang. Una silla frente a Mackey, para Conway. Bang.

Cuatro pergaminos suspendidos en el aire sobre la escalera principal.

—Y estas, ¿quiénes son? —inquirí.

—Hepzibah y sus amigas: Elizabeth Brennan, Bridget Marley y Lillian O'Hara.

—¿Adónde se dirigen?

Holly introdujo el meñique entre los alambres y tocó los pergaminos con la punta del dedo; los pergaminos empezaron a girar.

—Ni siquiera sabemos si eran amigas. Quizá se detestaran.

—Es muy bonita —le dije yo.

—Sí —convino Conway, como una advertencia—. Lo es.

Una voz a nuestra espalda:

—Me alegro de que nos reunamos aquí.

Mackey en el umbral, apoyado sobre sus talones, con sus brillantes ojos azules escaneando el lugar y las manos en los bolsillos de su chaqueta de piel marrón.

Apenas había cambiado desde la primera vez que lo había visto; los largos fluorescentes resaltaban unas patas de gallo más profundas y tenía más canas entremezcladas con el cabello castaño, pero eso era todo.

—Hola, pequeñaja —la saludó—. ¿Cómo va?

—Bien —respondió Holly.

Parecía al menos medianamente contenta de verlo, lo cual es mucho decir para el padre de una adolescente de dieciséis años. Otra cosa que tampoco había cambiado demasiado: Mackey y Holly formaban un buen equipo.

—¿De qué charlabais?

—De nuestro proyecto de Arte. ¡No te preocupes, papá!

—Solo quería asegurarme de que no hubieras hecho picadillo a estas personas tan agradables mientras yo no estaba aquí para protegerlas. —Y dirigiéndose a mí—: Stephen. Hace demasiado tiempo que no nos vemos.

Se dirigió hacia mí con la mano tendida. Un apretón firme, una sonrisa amistosa. Al menos al principio íbamos a fingir que todo era maravilloso, que éramos amiguitos y estábamos del mismo bando.

—Gracias por venir —le agradecí—. Intentaremos no retenerte demasiado tiempo.

—Y detective Conway, me alegro de conocerla después de todas las cosas buenas que he oído decir de usted. Frank Mackey. —Una sonrisa empleada para obtener una respuesta que no obtuvo de Conway—. Salgamos afuera para ponerme al corriente de la situación.

—No está usted aquí en calidad de detective —lo cortó Conway—. Eso ya lo tenemos cubierto, gracias.

Mackey me miró, levantó una ceja y me sonrió: «¿Quién se ha meado en sus cereales del desayuno?». Me pilló con la guardia baja; no supe si sonreírle o no; con Mackey, uno nunca sabía qué podía transformarse en munición. El hecho de que me quedara papando moscas solo sirvió para que Mackey ensanchara su sonrisa. Le dijo a Conway:

—Entonces, si he venido solo como padre, me gustaría mantener una charla rápida con mi hija.

—Necesitamos empezar. Podrá tener esa charla cuando hagamos un descanso.

Mackey no discutió. Probablemente Conway pensara que eso significaba que había ganado. Mackey deambuló por el aula, ignoró la silla que le habíamos preparado y echó un vistazo a los proyectos de Arte. De camino le hizo una caricia rápida en el cabello a Holly.

—Hazme un favor, cariño. Antes de responder las preguntas de estos encantadores detectives, hazme un resumen rápido de qué estamos haciendo aquí.

Hacerla callar habría arruinado el ambiente allí mismo. La mirada de Conway me reveló que empezaba a entender cuanto le había advertido acerca de Mackey.

—Esta mañana he encontrado una tarjeta en El lugar de los secretos —le explicó

Holly—. Tenía una foto de Chris Harper que decía: «Sé quién lo mató». Se la he llevado a Stephen y han estado aquí todo el día. Nos han estado interrogando a nosotras cuatro y a las tontas de la pandilla de Joanne Heffeman, de manera que supongo que han determinado que una de nosotras cuatro colgó esa tarjeta.

—Interesante —respondió Mackey. Se inclinó sobre la escuela de alambre y la examinó desde distintos ángulos—. Os está quedando muy bien. ¿Han hecho venir a algún otro padre?

Holly negó con la cabeza.

—Cortesía profesional —anunció Conway.

—Va a conseguir que me ponga sentimental —replicó Mackey. Se sentó en un alféizar de un salto, con un pie colgando—. Recuerdas el trato, ¿verdad, cariño? Responde lo que quieras responder y omite lo que no te apetezca. Si quieres hablar de algo conmigo antes de contestar, lo haremos. Si algo te molesta o te hace sentir incómoda, dímelo y nos marchamos. ¿Te parece bien?

—Papá —dijo Holly—, estoy bien.

—Ya lo sé. Solo estoy estableciendo las reglas básicas para que quede todo claro. —Me guiñó el ojo—. Así todo será más agradable, ¿no es cierto?

Conway pasó una pierna por encima de su silla y le aclaró a Holly:

—No estás obligada a decir nada a menos que quieras hacerlo, pero todo lo que digas quedará registrado por escrito y podría utilizarse como prueba en un juicio. ¿Entendido?

Por mucho que uno intente leer los derechos de manera informal, al hacerlo cambia el ambiente en la sala. El rostro de Mackey se mantenía inescrutable. Holly frunció el ceño: aquello era nuevo.

—¿Qué...?

—No nos has contado algunas cosas, y eso nos obliga a ser precavidos —le aclaró Conway.

Tomé asiento frente a Holly. Alargué la mano hacia Conway. Ella me acercó el teléfono de objetos perdidos, disparándolo por encima de la mesa. Se lo pasé a Holly.

—¿Habías visto esto antes?

Un segundo de desconcierto: luego el rostro de Holly se despejó.

—Sí. Es de Alison.

—No. Tiene el mismo, pero no es este.

Se encogió de hombros.

—Entonces no sé de quién es.

—Eso no es lo que necesito saber. Te he preguntado si lo habías visto antes.

Una mirada de desconcierto más larga y una lenta sacudida de cabeza.

—Creo que no.

—Tenemos un testigo que te vio tirarlo a la papelera de objetos perdidos el día en que murió Chris Harper —le dije yo.

Inexpresión absoluta; y luego la constatación nubló el rostro de Holly.

—¡Ostras! Se me había olvidado por completo. Convocaron una reunión especial aquella mañana para que McKenna nos pronunciara su discursito sobre la tragedia y la importancia de colaborar con la policía y toda la pesca. —Hizo con la mano el gesto de hablar—. Al final, cuando salíamos al vestíbulo, encontré ese teléfono en el suelo. Pensé que era de Alison, pero no la vi; reinaba una gran confusión, todo el mundo hablaba, lloraba y se abrazaba, los profesores intentaban que guardáramos silencio y regresáramos a las aulas... Entonces eché el teléfono a la papelera de objetos perdidos. Pensé que Alison podía ir a recogerlo en persona, que no era mi problema. Si no era suyo, ¿entonces de quién era?

Impecable, mejor incluso que la realidad. Y, chica lista, su historia dejaba margen a que ese teléfono pudiera haber pertenecido a cualquier persona de la escuela. La mirada hastiada de Conway me reveló que ella había detectado lo mismo.

Agarré el teléfono y lo aparté a un lado, para más tarde. No respondí a la pregunta de Holly y ella no insistió.

—Julia y Selena seguramente te habrán informado ya: sabemos que solíais escaparos por la noche el año pasado —le dije.

Holly lanzó una mirada rápida a Mackey.

—No te preocupes por mí, pequeña —contestó, con una sonrisa agradable—. Eso no lo incluí en mi estatuto de limitaciones. No me voy a enfadar.

—¿Y qué hay de malo? —me preguntó Holly.

—¿Qué hacíais ahí fuera?

Tenía la barbilla alzada.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Venga, Holly. Sabes que tengo que preguntártelo.

—Simplemente salíamos a pasar el rato, a hablar, ¿de acuerdo? No salíamos a drogarnos con sales de baño ni a montar orgías o lo que sea que los adultos creáis que hacemos los jóvenes hoy en día. En un par de ocasiones nos bebimos una lata de cerveza o fumamos un cigarrillo. ¡Qué espanto! ¿No?

—No me gusta que fumes —la reprendió Mackey con severidad, advirtiéndole con el dedo—. ¿Qué te he dicho sobre el tabaco?

Conway le lanzó una mirada de advertencia y él levantó las manos, en gesto de disculpa, haciéndose el padre responsable que jamás intercedería en el interrogatorio. Yo opté por ignorarlos a ambos.

—¿Alguna vez quedasteis con alguien? ¿Con alumnos del Colm, quizá?

—¡Claro que no! Ya vemos demasiado a esos idiotas.

—Así que básicamente os limitabais a hacer lo mismo que podríais haber hecho dentro de la escuela o durante el día —proseguí yo, desconcertado—. Entonces, ¿a qué tanto follón? ¿Por qué arriesgaros a que os expulsaran?

—No lo entenderías —respondió Holly.

—Prueba a explicármelo.

Al cabo de un momento emitió un suspiro sonoro.

—Porque ahí fuera, en la oscuridad, es mucho más agradable hablar, por eso. Y porque probablemente tú nunca quebrantaste ninguna regla en la escuela, pero no a todo el mundo le apetece hacer siempre lo que se supone que tiene que hacer. ¿Está claro?

—Como el agua —respondí—. Tiene sentido. Lo entiendo.

Pulgares arriba.

—Fantástico. Bien por ti.

Le quedaban casi cuatro años de adolescencia. No envidiaba a Mackey.

—Sabes que Selena se escapaba sola para encontrarse con Chris Harper, ¿verdad? —le pregunté.

Holly puso una mirada anonadada de adolescente y dejó la mandíbula inferior colgando. Tenía pinta de tonta de remate, pero yo la conocía bien.

—Tenemos pruebas.

—¿Lo has leído en tu revista de cotilleos preferida? ¿Justo debajo de «Angelina y Brad rompen de nuevo»?

—Compórtate —le advirtió Mackey, sin ni siquiera molestarse en levantar la mirada.

Holly puso los ojos en blanco. Se estaba comportando como una impertinente porque, por una u otra razón, tenía miedo. Me incliné hacia delante, más cerca de ella, hasta que su mirada tropezó a regañadientes con la mía.

—Holly —le dije en tono amable—. Esta mañana has venido a verme por un motivo: porque nunca fui tan tonto como para ser paternalista contigo y porque pensabas que había una posibilidad de que pudiera entender algo más que la mayoría de las personas. ¿No es cierto?

Un gesto con el hombro.

—Supongo que sí.

—Vas a acabar hablando con alguien acerca de este asunto. Estoy seguro de que te encantaría volver junto a tus amigas y fingir que esto no ha sucedido, y no te culpo por ello, pero esa opción no existe.

Holly estaba desplomada en su silla, con los brazos cruzados y la vista clavada en el techo, como si la estuviera aburriendo tanto que fuera a entrar en coma. Ni siquiera se molestó en responder.

—Lo sabes tan bien como yo. Puedes hablar conmigo o hacerlo con otra persona. Si quieres seguir hablando conmigo, me esforzaré todo lo posible porque sigas teniendo una buena opinión de mí. Diría que aún no te he defraudado nunca.

Se encogió de hombros.

—Y bien, ¿prefieres seguir conmigo o hablar con otra persona?

Mackey me observaba con la mirada gacha, pero mantuvo la boca cerrada, lo cual no podía ser un cumplido. Otro encogimiento de Holly.

—Me da igual. Seguir contigo, supongo. No me importa.

—Bien —respondí, y le sonreí: «Somos un equipo». Me acerqué con la silla a la

mesa, listo para ponerme manos a la obra—. Voy a contarte lo que sabemos. Selena nos ha confesado que se veía con Chris Harper. También nos ha explicado que tenía un teléfono cuya descripción coincide con este y que lo utilizaba para comunicarse con él mediante mensajes de texto. De hecho, hemos tenido acceso a los mensajes que se intercambiaron para encontrarse de madrugada. —Una mirada rápida de Holly que no tuvo tiempo de reprimir. No sabía que podíamos hacer eso—. Así que no te estoy pidiendo que nos cuentes algo que no sepamos ya. Lo único que te pido es confirmación. Y ahora, una vez más: ¿sabías que Selena se veía con Chris?

Holly miró a Mackey y asintió.

—Sí —respondió. La estrategia de niñata adolescente se había esfumado como por arte de magia. Sonaba mucho mayor. Más compleja; más recelosa—. Lo sabía.

—¿Cuándo lo descubriste?

—La primavera pasada. Un par de semanas antes de que Chris muriera, más o menos. Pero para entonces ya habían terminado. Ya no se veían.

—¿Cómo lo descubriste?

Holly me miraba a la cara, con ojos fríos, bajo control. Tenía las manos enlazadas sobre la mesa.

—A veces, cuando hace calor, me cuesta dormir —respondió—. Una noche hacía un calor de mil demonios y yo me estaba volviendo loca intentando encontrar zonas frescas entre las sábanas, pero luego pensé: «Quizá, si me quedo completamente inmóvil, consiga dormirme». Y me obligué a hacerlo. No funcionó, pero Selena debió de creer que me había quedado dormida. La escuché moverse por la habitación y pensé: «Quizá también esté despierta y podamos hablar», así que abrí los ojos. Tenía un teléfono en las manos, aunque yo solo vi la pantalla, iluminada, y estaba encorvada sobre él, como si no quisiera que nadie la viera. No estaba enviando ni leyendo mensajes; simplemente lo sostenía entre las manos, como si esperara de él alguna clase de reacción.

—Y eso te picó la curiosidad.

—A Lenie le había pasado algo raro —explicó Holly—. Siempre había sido una persona muy calmada, al margen de lo que pasara. Muy pacífica. Pero en los últimos tiempos antes de aquella noche había estado... —Algo erizó su frialdad al recordar—. Daba la sensación de que le había pasado algo terrible. La mitad del tiempo parecía haber estado llorando y la otra mitad, a punto de llorar. Podíamos habernos quedado hablando con ella y, al cabo de un minuto, nos preguntaba: «¿Qué?», como si no nos hubiera oído. No parecía centrada.

Yo iba asintiendo con la cabeza.

—Y estabas preocupada por ella.

—Preocupadísima. Supuse que no le podía haber pasado nada malo en la escuela, porque siempre estamos juntas y lo habríamos sabido. ¿Entiendes? —Un mohín irónico en la boca de Holly—. Pero en casa, los fines de semana... Los padres de Selena se habían separado y son bastante raros. Su madre y su padrastro suelen dar

fiestas y su verdadero padre permite que unos tipos *hippies* muy raros se queden a dormir en el sofá... Pensé que le podía haber pasado algo en cualquiera de esos sitios.

—¿Lo hablaste con alguien? ¿Le preguntaste a Julia o Rebecca si sabían algo?

—Sí, intenté hablar con Julia, pero se limitó a decirme: «Por favor, déjate de dramas; todo el mundo tiene sus días, como si a ti no te pasara. Dale un par de semanas y se pondrá bien». Y luego intenté hablar con Becca, pero a Becca le cuesta mucho gestionar este tipo de situaciones, pensar en que pueda sucedernos algo malo a alguna. Se asustó tanto que al final le dije que todo había sido producto de mi imaginación para que se tranquilizara.

Intentaba que sonara como si no fuera nada. Pero algo sobrevoló como un soplido el rostro de Holly, apenas una voluta; una sombra del color de la lluvia, con el sabor de la tristeza y de la añoranza por lo perdido hace mucho tiempo. Me dejó perplejo. La hizo mostrarse mayor de nuevo, que pareciera que había entendido la situación.

—¿Y ella te creyó? —quise saber yo—. ¿No había notado que le pasara nada raro a Selena?

—¡Qué va! Becca es... es muy inocente. Piensa que, mientras nos tengamos las unas a las otras, todo estará bien. No se le habría ocurrido que Selena no pudiera estarlo.

—Entonces Julia y Rebecca no te sirvieron de ayuda —resumí yo. Vi aquella voluta aletear de nuevo—. ¿Hablaste con Selena?

Holly negó con la cabeza.

—Lo intenté. Pero a Lenie se le da de fábula esquivar una conversación cuando no le apetece mantenerla. Pone cara de ensoñación y, ¡plas!, la conversación ha concluido. Casi no tuve oportunidad de preguntarle si le ocurría algo.

—Entonces, ¿qué hiciste?

Un destello de impaciencia.

—Nada. Esperé y observé. ¿Qué se supone que debería de haber hecho?

—No tengo ni idea —le contesté en tono pacífico—. Entonces, cuando viste ese teléfono, ¿pensaste que tenía algo que ver con lo que fuera que preocupara a Selena?

—Bueno, no hacía falta ser una superdetective para saberlo. Mantuve los ojos así —entornados— y la observé hasta que lo guardó. No vi dónde lo dejó exactamente, pero sí vi que era en el lateral de su cama. Así que al día siguiente me inventé una excusa para ir a nuestra habitación durante las clases y lo encontré.

—Y leíste los mensajes de texto.

Holly balanceaba la pierna que tenía cruzada por encima. Le estaba tocando las narices.

—Sí. ¿Y qué? Tú habrías hecho lo mismo si un amigo estuviera en aquel estado.

—Debiste de quedarte atónita —dije yo.

Mirada de exasperación.

—¿Eso crees? —preguntó.

—Bueno, Chris no habría sido el novio que yo habría escogido para mi mejor

amiga.

—Desde luego. A menos que a tu mejor amiga le gustaran los menores de edad. Mackey sonreía, sin ni siquiera molestarse en ocultarlo.

—¿Y qué hiciste entonces?

Sacó la barbilla.

—¿Qué? Pues lo mismo que antes: ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Conseguir un muñeco y unos alfileres para hacerle vudú a Chris? No conozco ningún truco de magia. No podía agitar mi varita y lograr que se sintiera mejor.

Punto débil. Insistí.

—Podrías haberle enviado un mensaje de texto a él para que la dejara en paz. O citarlo en algún sitio para decírselo a la cara.

Holly soltó una carcajada.

—Como si eso hubiera servido de algo. Además, a Chris yo ni siquiera le caía bien; se daba cuenta de que no me tragaba su rollo de cachorrillo mono, lo cual significaba que nunca iba a levantarme la camiseta, lo cual, a su vez, significaba que yo era una zorra, así que ¿por qué iba a molestarse en hablar conmigo y, mucho menos, en hacer cualquier cosa que yo le pidiera?

—Oye, jovencita. Que no me entere yo de que alguien te levanta la camiseta antes de casarte. —Mackey desde el alféizar.

—Me cuesta imaginar que te quedaras de brazos cruzados —alegué—. Ese chaval estaba haciendo que tu amiga estuviera triste, ¿y tú te limitaste a pensar: «Bueno, cosas de la vida, eso la hará más fuerte»? ¿En serio?

—¡No sabía qué hacer! Ya me sentía como una basura yo solita, muchísimas gracias; no necesito que me digas que fui una amiga de pacotilla.

—Podrías haber hablado con Julia y con Rebecca —propuse— y ver si entre las tres se os ocurría algún plan. Eso es lo que yo habría esperado que hicieras... si realmente estáis tan unidas como decís.

—Ya lo había intentado. ¿Recuerdas? Becca se había puesto nerviosa y Julia prefería no saberlo. Probablemente se lo habría dicho a Jules si Selena hubiera empeorado, pero tampoco pensaba que fuera a suicidarse o algo así por ese imbécil. Solo estaba... infeliz. Y ninguna de nosotras podía hacer nada por evitarlo. —Algo veló el rostro de Holly de nuevo—. Además, era evidente que no quería que lo supiéramos bajo ningún concepto. Si hubiera descubierto que yo lo sabía, se habría sentido aún peor. Así que fingí ignorarlo.

Todo aquel cuento del insomnio no era verdad, o al menos no era toda la verdad. No podía arriesgarme a mirar a Conway para comprobar si había detectado la mentira. En el teléfono de Selena no había ningún nombre asignado al número de Chris, ni tampoco había nombres en los mensajes de texto. Así que echar un vistazo a aquel teléfono no podía haberle revelado a Holly con quién se escribía Selena, de ningún modo.

Quizá la mentira fuera el «reflejo Mackey»: guardarse siempre algo en la

recámara por si más adelante se necesita. O quizá, no.

Holly se movía como si notara esa especie de algo parecido a lluvia fina acariciándole la nuca y arrastrándose por sus hombros.

—Tampoco me limité a ignorar la historia —añadió—. Entonces yo creía lo mismo que Becca: que todo iría bien mientras nos tuviéramos las unas a las otras. Pensé que, si nos pegábamos a Lenie todo el tiempo...

—¿Y funcionó? ¿Pareció que le levantaba el ánimo?

—No —respondió Holly con voz queda.

—Debiste de asustarte. Tú sueles tratarlo todo con tus amigas, siempre habláis las cuatro: entre vosotras no hay secretos. Y de repente te encontraste atrapada lidiando con aquel asunto tú sola.

Holly se encogió de hombros.

—Sobreviví.

Se esforzaba mucho por parecer fría como el hielo, pero la había envuelto aquel velo. Aquellos pocos días de la primavera pasada habían conseguido que su percepción del mundo se tambaleara. La habían dejado perdida, expuesta al viento gélido y sin ninguna mano a la que aferrarse.

Fue entonces cuando lo supe: Conway no era la única que tenía a Holly en su punto de mira. Ya no.

—Por supuesto que sí —respondí—. Eres más que capaz; lo sé por la otra vez. Pero eso no significa que no te asustaras. Y quedarse a la intemperie sin la ayuda de los amigos es una de las cosas que más asusta en el mundo.

Despacio, sus ojos subieron hasta encontrarse con los míos. Sorprendidos y transparentes, como si fuera más de lo que había esperado de mí. Un leve asentimiento.

—Lamento interrumpir esta conversación tan entrañable —comentó Mackey con pereza, al tiempo que saltó del alféizar—, pero me muero por un cigarrillo.

—Le dijiste a mamá que lo habías dejado —comentó Holly.

—Hace mucho tiempo que a tu madre yo ya no la engaño. Nos vemos en un momentito, pequeña. Si estos detectives tan amables te dicen una sola palabra, tápate los oídos con los dedos y cántales algo bonito.

Y salió del aula, dejando tras de sí la puerta abierta de par en par. Escuchamos sus pasos recorrer el pasillo mientras silbaba una alegre tonadilla.

Conway y yo nos miramos. Holly nos observaba bajo las enigmáticas curvas de sus párpados.

—Me vendría bien un poco de aire fresco —comenté.

En el vestíbulo, la pesada puerta de madera estaba abierta de par en par. En el rectángulo de aire frío que se derramaba sobre las baldosas ajedrezadas, la mancha de una sombra se movió, un movimiento urgente, al escuchar el eco de mis pasos.

Mackey.

Estaba en el descansillo de las escaleras, apoyado en una columna, con el cigarrillo apagado entre los dedos. De espaldas a mí. No se volvió. Por encima de él, el azul del cielo anunciaba la noche: eran las ocho y cuarto. Débiles y delicados, arqueándose en algún lugar en las bastas franjas del aire tenue, llegaban los chillidos graves de los murciélagos y el íntimo parloteo de las alumnas.

Cuando llegué junto a Mackey, se llevó el cigarrillo a los labios y me miró por encima del chasquido del mechero.

—¿Desde cuándo fumas?

—Necesitaba un poco de aire fresco —respondí.

Me aflojé el cuello de la camisa y respiré hondo. El aire tenía un sabor dulce y cálido, a flores nocturnas abriéndose.

—Y una conversación.

—Hacía mucho que no nos veíamos.

—Chaval, tendrás que perdonarme si no estoy de humor para charlas triviales.

—No, ya lo sé. Solo quería decir... —El pinchazo era real, y el sonrojo—. Sé que has estado... ya sabes. Sé que has intercedido en mi favor varias veces en todo este tiempo. Quería aprovechar la oportunidad para agradecértelo.

—No me des las gracias. Pero no la pifies. No me gusta quedar como un tonto.

—No tengo previsto pifiarla.

Mackey asintió y volvió su hombro hacia mí. Fumaba como si aquel cigarrillo fuera combustible y pensara absorber hasta la última gota.

Me apoyé en la pared, guardando una cierta distancia. Alcé la cara hacia el cielo, solo para relajarme, y dije:

—Me muero por preguntártelo. ¿Por qué elegiste el San Kilda?

—¿Pensabas que iba a apuntar a Holly en la escuela pública del barrio?

—Pues sí, algo así.

—No me pareció que la cancha de tenis estuviera a la altura.

Escudriñó el humo con la mirada. Solo un pequeño recoveco de su mente me prestaba atención.

—Pero de ahí a elegir este lugar... Cuando lo he visto... —reprimí una media sonrisa—. Joder.

—Es imponente, es cierto. ¿Acaso creías que no sabía apreciar la buena arquitectura?

—Simplemente no me imaginaba que fuera tu ambiente. Niños ricos. Y con Holly viviendo en otro lugar la mayor parte de la semana.

Esperé. Nada, solo un cigarrillo que subía y bajaba.

—¿Querías sacar a Holly de casa, no es cierto? —pregunté—. ¿Demasiado drama adolescente? ¿O acaso no te gustaban sus compañías?

Un recoveco del cerebro de Mackey era más que suficiente. Una sonrisa de lobo y un lento chasquido con la lengua.

—Stephen, Stephen, Stephen. Mira que lo estabas haciendo bien... Todo ese rollo de obrero a obrero me había llegado al alma. Y vas y te impacientas y vuelves a meterte en el papel de policía. ¿Acaso su hija adolescente es un problema, señor? ¿Se junta su hija con compañías poco recomendables, señor? ¿Alguna vez ha notado que su hija se estuviera convirtiendo en una asesina a sangre fría, señor? Y, como si tal cosa, la bonita relación que estábamos construyendo se trunca. Error de novato, chaval. Tienes que practicar un poco más la paciencia.

Se apoltronó contra la columna, sonriéndome, esperando a ver cómo reaccionaba. Sus ojos habían cobrado vida: ahora tenía su atención completa.

—Lo de la escuela lo entiendo, más o menos —repliqué yo—. Quizá la madre de Holly estudiara aquí o posiblemente la escuela pública del barrio fuera una leonera o alguien amedrentara a Holly o le ofrecieran drogas: casi todo el mundo arroja sus principios por la borda cuando es su hijo quien peligra. Pero lo del internado no lo comprendo.

—Desconfía siempre de las expectativas que te haces de la gente, chaval. Es bueno para la circulación.

—La última vez que trabajamos juntos, la madre de Holly y tú estabais separados. Había transcurrido un tiempo, por lo que pude intuir. Ya te habías perdido unos cuantos años de Holly y ¿luego la envías a un internado para perderte otros más? No me encaja.

Mackey me señaló hacia el humo de su cigarro.

—Eso me ha gustado, chaval. *La última vez que trabajamos juntos*, como si ahora estuviéramos trabajando. Me gusta.

—La madre de Holly y tú os reconciliáis de nuevo y tenéis la oportunidad de volver a ser una familia. Tú no la dejarías pasar a menos que existiera una buena razón. O bien Holly no se portaba bien y necesitabais meterla en un lugar estricto para enderezarla, o se estaba juntando con malas compañías y queríais poner tierra de por medio.

Asentía, mientras adoptaba una expresión meditabunda.

—No está mal. Tiene sentido. O quizá, solo quizá, mi esposa y yo pensáramos que queríamos pasar un tiempo a solas para recomponernos, tras toda esa experiencia tan desagradable de la separación. Revivir el amor. Un poco de intimidad, ¿no es así como lo llaman?

—Tú veneras los huesos de esa cría —le dije—. Nunca has querido pasar menos tiempo con ella.

—Mi actitud hacia la familia es poco convencional, chaval. Supongo que ya lo percibiste *la última vez que trabajamos juntos*. —Mackey apagó el cigarrillo en la hierba—. Quizá la oportunidad de formar una unidad nuclear adorable no signifique lo mismo para mí que para ti. Ahora ve y demándame.

—Si Holly estaba teniendo problemas en casa lo averiguaremos —le advertí.

—Buen chico. No esperaré menos.

—Lo que te pido es que nos ahorres tiempo y jaleo.

—Por supuesto. El mayor problema en el que se había metido Holly era que la castigaran por no ordenar su habitación. Espero que os sirva de ayuda.

Íbamos a comprobarlo. Y Mackey lo sabía.

—Gracias —dije.

Asintió. Mackey se dispuso a entrar. Antes de que tuviera tiempo de agarrar la manecilla de la puerta, le dije:

—Aun así, me gustaría saber por qué la internaste. No es una opción barata. Hay que estar muy convencido de ello.

Me miraba divertido, tal como solía hacerlo siete años atrás, como un perro viejo observando a un alegre cachorrillo. Siete años son mucho tiempo.

—Sé que no tiene nada que ver con nuestro caso, pero no dejo de preguntármelo. Por eso te lo planteo.

—Solo por curiosidad. De hombre a hombre —replicó Mackey.

—Sí.

—¡Y un cuerno! Lo preguntas de detective a padre de sospechosa.

Lo dijo sin pestañear, desafiándome a negarlo: «Por Dios, no, ella no es una sospechosa...».

—Solo quería saberlo.

Mackey me examinó. Realizó algún cálculo mental rápido. Sacó de nuevo el paquete de cigarrillos y se llevó uno a la comisura de los labios.

—Déjame hacerte una pregunta —dijo, sin quitárselo de la boca. Protegió la llama del mechero con las manos—. Así, sin pensarlo demasiado, ¿cuánto tiempo dirías tú que pasa Holly con la rama de mi familia?

—No demasiado.

—Respuesta acertada. Ve a una de mis hermanas un par de veces al año. Por la parte de Olivia, tiene un par de primas a quienes ve en Navidades, y también está la madre de Olivia, que le compra a Holly chorradas de diseño y la lleva a restaurantes cursis. Y, puesto que Olivia y yo estábamos separados o separándonos la mayor parte del tiempo, Holly es hija única. —Se recostó en el portal, encendió el mechero y observó la llama. Aquel cigarrillo se lo fumó de un modo distinto, saboreándolo a cada nueva calada—. Tenías razón sobre por qué elegimos el San Kilda; bien visto: el alma máter de Olivia. Y también tenías razón con lo de que el internado no fue idea mía. Holly nos pidió que la internáramos a principios del segundo curso y yo contesté que por encima de mi cadáver. Siguió suplicándolo y yo seguí respondiéndole que bajo ningún concepto, pero al final le pregunté por qué tenía tantas ganas y me respondió que porque sus amigas Becca y Selena ya eran internas y Julia estaba haciendo campaña entre sus padres para serlo también. Querían estar las cuatro juntas. —Lanzó el mechero dando vueltas en el aire y lo atrapó—. Holly es una niña lista. Durante los meses siguientes, cada vez que alguna de sus amigas se quedaba a dormir en casa, se comportaba como un ángel caído del cielo: ayudaba con las tareas

del hogar, hacía los deberes y no se quejaba absolutamente de nada. Una gloria, todo alegría. En cambio, cuando no había ninguna amiga suya presente, era un grano en el culo. Se arrastraba por la casa como un personaje salido de una ópera italiana y nos miraba con ojos acusadores y labios temblorosos; y, en cuanto le pedíamos que hiciera algo, estallaba en lágrimas y se encerraba en su habitación. Pero no te entusiasmes demasiado, detective, todas sufren esos ataques de dramatismo, no es ningún síntoma de delincuencia juvenil. Sin embargo, al cabo de un tiempo, Liv y yo acabamos temiendo los días en que nos quedábamos los tres a solas. Holly nos había adiestrado como a un par de pastores alemanes.

—Es tozuda —observé—. Debe de haberlo heredado de tu mujer.

Mirada irónica de soslayo.

—La tozudez no la habría llevado a ningún sitio. De haber sido solo eso, yo habría seguido tomándole el pelo hasta que hubiera dejado de actuar; y habría sido un placer. Pero una noche Holly nos montó un numerito dramático de adolescente, ni siquiera recuerdo por qué, creo que porque le habíamos dicho que no podía ir a dormir a casa de Julia, y nos gritó: «Son las únicas personas en quien confío pase lo que pase. ¡Son como mis hermanas! Por vuestra culpa, son las únicas hermanas que voy a tener en la vida. ¡Y me estáis alejando de ellas!», y se largó corriendo escaleras arriba, cerró la puerta de un portazo y se echó a llorar sobre la almohada por lo injusto que era todo aquello. —Otra larga calada a su cigarrillo. Echó la cabeza hacia atrás y observó la espiral de humo formarse en el cálido aire al filtrarse por entre sus dientes—. Lo cierto es que su argumento era válido. Tiene un don especial para eso. La familia es importante, y Liv y yo no es que hayamos hecho exactamente una labor impecable en proporcionársela. Si Holly está consiguiendo formarse una familia mejor que la ofrecida por mí, ¿quién soy yo para interceder en su camino?

Joder. Y yo que habría apostado unas cuantas cervezas a que Frank Mackey solo conocía el significado de la culpa como una cosa ajena, como algo que servía para retorcerle el brazo al prójimo. Holly había hecho con él un nudo marinero.

—Así que le dejasteis probarlo —conjeturé.

—Entonces decidimos que podía probar quedarse interna entre semana durante un trimestre y ver qué tal lo llevaba. Ahora tendríamos que alquilar una grúa para traérnosla de vuelta a casa. A mí no me gusta, en principio, y la echo muchísimo de menos, pero como bien has dicho tú mismo: cuando es tu hijo quien está en juego, arrojas todo lo demás por la borda. —Mackey se guardó de nuevo el mechero en el bolsillo de sus tejanos—. Ya está. Una conversación sincera con el tío Frankie. ¿A que ha sido divertido?

Era verdad. Quizá, no toda la verdad, pero era cierto.

—¿Responde eso a tus preguntas?

—Solo me queda una —añadí yo—. No entiendo por qué has querido contarme todo eso.

—Cooperación interdepartamental, detective. Demostración de amor, en términos

profesionales. —Mackey arrojó la colilla al suelo y la apagó con un giro de talón—. Al fin y al cabo —comentó por encima de su hombro con una sonrisa de oreja a oreja mientras abría la puerta—, trabajamos juntos.

Holly seguía sentada donde la habíamos dejado; Conway estaba junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, contemplando los jardines. No habían hablado. El ambiente en la habitación, el brusco giro de ambas cuando entramos, nos reveló que se habían dedicado a escucharse atentamente en silencio la una a la otra.

Mackey cambió de lugar, para ponernos más nerviosos: se sentó en una mesa detrás de Holly y encontró un pedacito perdido de arcilla de modelar con el que jugar. Acerqué hacia mí el teléfono de Selena. Y le di a la bolsa de pruebas varias vueltas en círculos sobre la mesa, entre las puntas de mis dedos.

—Bien —dije—, regresemos ahora a este teléfono. Dices que lo encontraste en el suelo del vestíbulo la mañana después de la muerte de Chris. Por ahora quedémonos con eso. Habías visto el teléfono secreto de Selena, sabías qué aspecto tenía. Tenías que saber que era suyo.

Holly sacudió la cabeza.

—Pensé que era el de Alison. Selena guardaba el suyo en el lateral de su cama; ¿cómo iba a llegar al vestíbulo?

—¿Ni siquiera se lo preguntaste?

—Por supuesto que no. Tal como ya te he explicado, no quería abordar ese asunto con ella. Y si se me ocurrió pensar en eso, aunque no recuerdo haberlo hecho, supongo que me figuraría que, en el caso de tratarse del teléfono de Selena, ella preferiría ir a recogerlo a objetos perdidos que tener que hablar sobre cómo sabía yo que era suyo y demás.

Suave como la mantequilla. A nadie, ni siquiera a la hija de Frank Mackey, se le ocurren esos argumentos intachables por generación espontánea. Holly había meditado mucho sobre ello mientras permanecía atrapada en aquella sala común con un montón de cosas salvajes golpeando el aire. Había revisado metódicamente todo cuanto podíamos saber y había afinado las respuestas.

Alguna persona inocente podía actuar así. Pero la mayoría, no.

—Tiene sentido —respondí. Detrás de Holly, Mackey había aplanado la arcilla formando un disco e intentaba hacerla girar en el aire con el dedo—. No obstante, hay un pequeño problema: según nos ha explicado nuestra testigo, no encontraste el teléfono en el vestíbulo. Lo llevabas oculto en la cinturilla de la falda, envuelto en un pañuelo de papel.

Holly frunció el ceño, desconcertada.

—No es verdad. No sé, quizá llevara un pañuelo de papel en la mano, todo el mundo lloraba...

—Pero a ti no te caía bien Chris. Y tú no eres la clase de persona que finge un ataque de llanto por alguien que no te cae bien.

—Yo no he dicho que yo estuviera llorando. No lo hacía. Lo que digo es que

quizá fuera a darle a alguien un pañuelo, no lo recuerdo. Lo que sí sé es que el teléfono estaba en el suelo.

—Pues yo creo que cogiste el teléfono de detrás de la cama de Selena y encontraste un buen modo de desembarazarte de él. La papelera de objetos perdidos, una opción muy inteligente. Funcionó bien. Casi del todo.

Holly abrió la boca, pero levanté la mano.

—Aguarda un segundo. Déjame terminar primero, antes de decirme si me equivoco. Tú sabías que existía una posibilidad de que registráramos la escuela. Y sabías que, si encontrábamos el teléfono, hablaríamos con Selena. Estabas al corriente de cómo es un interrogatorio policial y, hablando en plata, hay mejores maneras de pasar el día. No querías que Selena pasara por ese trago, no cuando ya estaba traumatizada por la muerte de Chris. De manera que te deshiciste del teléfono. ¿Es eso lo que pasó?

Era una salida: una razón inocente por la que habría querido desembarazarse del teléfono. Nunca tomes la salida. Parece un buen refugio, pero te acercará un paso más adonde queremos llevarte.

Sin alzar la vista de su nuevo juguete, Mackey dijo:

—No tienes que responder a eso.

—No hay ningún motivo para que no lo hagas —alegué—. ¿Crees que vamos a presentar cargos contra una menor por ocultar algo que podría no ser una prueba siquiera? Tenemos otras muchas cosas con las que entretenernos. Tu padre mismo puede decírtelo, Holly: cuando se va detrás de algo grande, estás dispuesto a pasar por alto las pequeñeces. Pero necesitamos aclararlo.

Holly me observó a mí, no a su padre. Reflexionó, o yo pensé que lo hacía, sobre aquel momento en el que me había visto entenderla.

—Selena no mató a Chris —respondió—. De ninguna manera. Jamás me preocupó la idea de que lo hubiera hecho, ni un solo segundo. Ella no es así. —Espalda recta, mirada directa, intentando metérmelo en la cabeza—. Sé que estarás pensando: «Sí, lo que tú digas», pero no estoy siendo ingenua. Sé que uno nunca sabe de lo que son capaces muchas personas. Lo sé. —La pieza de arcilla de Mackey se había quedado quieta. Era cierto: Holly lo sabía—. Pero en el caso de Selena, estoy segura. Nunca le habría hecho daño a Chris. Nunca. Lo juro por Dios, es totalmente imposible.

—Probablemente también habrías jurado por Dios que no saldría con Chris —tercié yo.

Un retorcimiento de impaciencia. Volvía a perder credibilidad a sus ojos.

—Como si eso fuera lo mismo. Venga ya. De todos modos, tampoco espero que te baste solo mi palabra sobre la clase de persona que es. Pero es que físicamente tampoco pudo hacerlo. Como ya te he dicho, a veces no consigo dormir. La noche en que murió Chris, yo tuve insomnio. Si Selena hubiera salido, me habría enterado.

Era mentira, pero lo dejé correr.

—Entonces sí tiraste el teléfono —dije.

Holly ni siquiera se sonrojó al desmentir la milonga que me había contado apenas cinco minutos antes; lo hizo sin un solo parpadeo. De tal palo, tal astilla.

—Sí, ¿y qué? Si supieras que tu amiga va a meterse en líos por algo que seguro que no ha hecho, ¿no intentarías salvarla?

—Sí lo haría —respondí—, como es natural.

—Exactamente. Cualquiera que sienta ese tipo de lealtad lo habría hecho. De modo que sí, lo hice.

—Gracias. Ya está todo claro. Salvo una cosa. ¿Cuándo cogiste el teléfono de la habitación? —pregunté yo.

El rostro de Holly se quedó paralizado.

—¿Qué?

—Es lo único que me tiene confuso. ¿A qué hora localizaron el cuerpo de Chris?

—Poco después de las siete y media de la mañana —aclaró Conway con voz queda; permanecía invisible. Yo lo estaba haciendo bien.

—¿Y a qué hora se convocó la reunión?

Holly se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. Antes de la hora de comer. ¿A mediodía?

—¿Y no tuvisteis clases por la mañana? —pregunté yo—. ¿O acaso os enviaron a vuestras habitaciones?

—Clases. Bueno. Más o menos. Nadie prestaba atención, ni siquiera los profesores, pero tuvimos que permanecer sentadas en las aulas y fingir que nos interesaba.

—De manera que debisteis de escuchar los primeros rumores a la hora del desayuno, aproximadamente —aventuré yo—. A esas alturas, todo el mundo sabría ya que la policía andaba por aquí, pero probablemente pensara que tuviera relación con lo del empleado de mantenimiento camello. Quizás un poco más tarde, si alguien vio la furgoneta de la morgue llegar y supo qué era, pudo haber hecho correr el rumor de que había un muerto, pero es imposible que supierais de quién se trataba. ¿Cuándo identificaron a Chris?

—En torno a las ocho y media —respondió Conway—. A McKenna su rostro le resultaba familiar y telefoneó al Colm para comprobar si había algún desaparecido.

Intenté hacer equilibrios con la bolsa de la prueba y la agarré cuando cayó.

—De manera que hacia el mediodía debieron de notificar la muerte de Chris a su familia más inmediata, pero su nombre aún no se habría revelado a los medios de comunicación; no hasta que la familia tuviera la oportunidad de comunicárselo a quien fuera preciso. Es imposible que lo hubieras escuchado por la radio. Tuvo que ser en la reunión cuando supiste qué había ocurrido y quién era la víctima.

—Sí. ¿Y qué?

—Entonces, ¿cómo supiste que el teléfono en cuestión podía meter en líos a Selena a tiempo para poder ir a recogerlo antes de la reunión?

Holly no había dejado ni un cabo suelto.

—Mirábamos todas por la ventana, en cuanto teníamos ocasión. Los maestros nos decían que no lo hiciéramos, pero nos daba igual. Vimos los uniformes de la Policía Científica, así que supe que se había cometido un crimen, y luego vimos al padre Niall del Colm, que mide como dos metros y medio, se parece a Voldemort y lleva hábito, así que es imposible confundirlo con nadie. Era evidente que le había sucedido algo a algún alumno del Colm. Y Chris era el único que yo sabía que había andado merodeando por los terrenos del colegio de noche. Supuse que sería él.

Un ligero ascenso de la ceja dirigido a mí, al terminar, como si me dedicara un gesto con el dedo corazón.

—Pero tú pensabas que Selena y él habían roto. Y dices que sabías que ella no había salido aquella noche, así que nada debería de haberte hecho sospechar que habían vuelto juntos. ¿Qué podía estar haciendo Chris en el Kilda?

—Quizás había empezado a salir con otra persona. No era precisamente de esa clase de tipo profundo que se pasa meses lamentando la pérdida de su amor verdadero. Me sorprendería que, diez minutos después de romper con Selena, Chris no hubiera encontrado a otra persona. Y, tal como te he dicho, él era el único que yo sabía que podía escabullirse del Colm. No iba a esperar a tener la certeza. Dije que necesitaba coger algo de la habitación, no recuerdo qué, y fui a buscar el teléfono.

—¿Qué pensaste que pasaría cuando Selena se diera cuenta de que no estaba? Sobre todo si resultaba que te equivocabas y no era a Chris a quien habían hallado muerto...

Holly se encogió de hombros.

—Pensé que ya me ocuparía de ello si eso sucedía.

—A esas alturas, tu único objetivo era proteger a tu amiga.

—Sí.

—¿Hasta dónde llegarías por proteger a tus amigas? —pregunté.

Mackey se removió en su asiento y dijo:

—Eso es un galimatías. No puede responder una pregunta a menos que signifique algo.

Conway emergió de la invisibilidad para decir:

—Somos nosotros quienes la estamos interrogando, no usted.

—Están obteniendo dos por el precio de uno. Si no les gusta, a joderse. Aquí no hay nadie bajo arresto: tóquennos demasiado las narices a cualquiera de los dos y nos largaremos de aquí.

—Papá —dijo Holly—. Estoy bien.

—Ya lo sé. Por eso seguimos aquí. Detective Moran, si tiene una pregunta específica que formular, fórmulela. Pero si lo único que tiene es el eslogan de una película de verano para quinceañeros, avancemos a la siguiente, por favor.

—Más en concreto, Holly —dije—: Selena no os explicó a ninguna de vosotras que estaba viéndose con Chris. ¿A qué crees que era debido?

Holly respondió con frialdad:

—Porque Chris no nos caía bien. Becca probablemente no hubiera tenido ningún problema, porque pensaba que Chris era un buen tío; como ya he dicho, es una ingenua. Pero Julia y yo nos habríamos puesto en plan: «¿Lo dices en serio? Pero si es un cretino que se cree el no va más. Y probablemente te ponga los cuernos. Pero ¿qué te pasa?». Y a Selena no le gusta discutir, sobre todo con Julia, porque Julia nunca, nunca da su brazo a torcer. Me imagino perfectamente a Lenie pensando: «Bueno, ya se lo diré a su debido tiempo, cuando esté segura de que lo nuestro funciona; mientras tanto procuraré que dejen de verlo como a un canalla integral. Al final, todo saldrá bien...». Seguiría intentándolo en estos momentos si no hubieran roto. Y si él no hubiera muerto, claro está.

Había algo ahí, un apunte. Yo no era una de las mejores amigas de Selena, qué sabía yo, pero de todos modos: aquel gesto de dolor al recordar que había dejado a sus amigas atrás, durmiendo, que les había mentado. Aquello le había dolido. Selena no parecía la clase de persona que lo haría por una razón insignificante. Capear la discusión y esperar, contemplando tranquilamente, e incluso dejar que Julia se pusiera hecha una furia y que Holly alzara la vista al cielo en gesto de desesperación era una cosa. Pero escabullirse de puntillas y ocultar a sus amigas esa parte tan substancial de ella misma solo porque no les gustaba demasiado el chico era otra.

¿Por qué mentir sobre eso?

—Entonces, crees que no os lo explicó porque sabía que queríais protegerla — resumí.

—Si es así como quieres expresarlo. Tú mismo.

Mackey seguía pellizcando el pedacito de arcilla, apoltronado, pero ahora me observaba con los ojos caídos.

—No obstante, estaba equivocada. Porque cuando tú lo descubriste finalmente, no sentiste la necesidad de protegerla, ¿verdad?

Holly se encogió de hombros.

—¿De qué? Si ya habían terminado. Final feliz.

—Final feliz —repetí yo—. Solo que luego Chris murió. Y aun así, tú no le contaste a Selena que lo sabías. ¿Por qué no? Tuviste que imaginar que estaría destrozada. ¿No creíste que iba a ayudarla recibir un poco de apoyo? ¿Que le ofrecieran un hombro sobre el que llorar, por ejemplo?

Holly se recostó en la silla, con los puños cerrados, tan repentinamente que me sobresalté.

—¿Yo no sabía qué necesitaba Selena! Pensé que quizá quería que la dejaran en paz, creí que, si le decía algo, se pondría hecha una furia conmigo, no podía parar de pensar en ello y no lograba decidir qué hacer por ella. Porque soy una mierda o lo que pretendas decir, sí, tienes razón. ¿De acuerdo? Y ahora, déjame tranquila.

Vi a la niña que recordaba, enfurecida por el desconcierto, con la cara enrojecida y propinándole patadas a la mesa. Detrás de ella, Mackey cerró los ojos unos

segundos: no había acudido a él en busca de ayuda. Luego los volvió a abrir y los mantuvo fijos en mí.

—Tus amistades significan mucho para ti —añadí—. Mantener un vínculo estrecho es muy importante. ¿No es cierto?

—¿Y? ¿Qué pasa?

—Pues que ese indeseable de Chris iba a echarlas por la borda. Vosotras cuatro no estabais actuando como amigas; tienes que verlo, Holly, por lo que más quieras. Selena está enamorada y no os lo cuenta. Tú la espías, pero no se lo cuentas a las otras dos. A Selena la dejan tirada en la cuneta, asesinan a su primer amor y ni siquiera le das a la pobre cría un abrazo. ¿Así es como crees tú que se comportan los amigos? ¿De verdad?

Poli bueno, había dicho Conway. La vi por el rabillo del ojo recostarse en su silla, con una calma fingida, dispuesta a intervenir.

—Mis amigas y yo no somos asunto tuyo —espetó Holly—. No sabes nada sobre nosotras.

—Sé que son lo más importante que tienes. Armaste una buena con el objetivo de que tu padre y tu madre te internaran aquí para estar con ellas. Toda tu vida depende de tus amigas. —Mi voz la empujaba, más y más dura. No sabía por qué: acaso por demostrarle a Conway que no era el perrito faldero de Mackey, por demostrárselo a los Mackey, por castigar a Holly por creer que podía presentarse tan tranquilamente con su postalita y hacer conmigo una figurita de origami, por reprenderla por tener razón...— Y luego Chris entró en escena y las cuatro os hicisteis pedacitos. Divididas, desmoronadas, tan fácil como eso...

Holly echaba chispas como un soldador con arco eléctrico.

—No es verdad. Estábamos bien.

—Si alguien hubiera arruinado lo que yo compartía con mis amigas con esa facilidad, lo habría odiado con toda mi alma. Cualquiera lo haría, salvo un ángel enviado del Cielo. Y tú eres una jovencita buena, a menos que los últimos años te hayan cambiado mucho, pero no eres ningún ángel. ¿O sí?

—Nunca he dicho que lo fuera.

—Entonces, ¿cuánto odiabas a Chris?

—¡Yyyyyy corten! Pausa para fumar —intervino Mackey. A Mackey nunca le ha importado quedar en evidencia, siempre que se salga con la suya—. Qué vicio más malo —dijo, deslizándose de la mesa y sonriéndonos de oreja a oreja—. ¿Te apetece tomar un poco de aire fresco, joven Stephen?

—Acaba de fumarse un cigarro —observó Conway.

Mackey arqueó las cejas. Nos excedía en jerarquía a los dos juntos.

—Me apetece hablar con el detective Moran de usted a sus espaldas, detective Conway. ¿Acaso no le ha quedado claro?

—Sí, ya lo había captado. Podrá hacerlo dentro un minuto.

Mackey hizo una bola con la arcilla y se la lanzó a Holly.

—Agárrala, pequeña. Entretente con ella. No hagas nada que pueda conmocionar a la detective: parece una mujer de mente puritana. —Y a mí—: ¿Vienes?

Salimos dando grandes zancadas. Holly aplastó la bola de arcilla en la mesa con el talón de la mano, con saña.

Miré a Conway. Me miró. Me fui.

Mackey no me esperó. Lo vi tomar las escaleras un tramo de escalones por delante de mí, descender todas aquellas largas curvas y atravesar el vestíbulo. En aquella penumbra, bajo aquella perspectiva, se me antojó una figura siniestra, alguien a quien no conocía y al que no debería estar siguiendo, al menos tan aprisa.

Cuando llegué a la puerta, lo encontré apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos. Ni siquiera se había molestado en alumbrar un cigarrillo.

—Estoy harto de juegucitos —anunció—. Conway y tú no me llamasteis por cortesía profesional. Me habéis hecho venir porque necesitáis a un adulto cualificado. Porque Holly es sospechosa del homicidio de Christopher Harper.

—Si prefieres que acudamos a Comisaría y lo grabemos todo en vídeo, podemos hacerlo —le propuse.

—Si quisiera estar en algún otro lugar, lo estaría. Lo que quiero es que dejes de contarme patrañas.

—En efecto, creemos posible que Holly esté implicada —confesé.

Mackey entornó los ojos y miró al infinito, sin verme, concentrado en la hilera de árboles que bordeaba aquel prado.

—Me sorprende un tanto tener que explicártelo, chaval, pero qué demonios, juguemos. Estás describiendo a alguien tan tonto que no sabría ni ponerse los zapatos. Y Holly puede ser muchas cosas, pero de tonta no tiene ni un pelo.

—Lo sé perfectamente.

—¿Ah, sí? Pues entonces asegurémonos de que entiendo bien la hipótesis que barajáis. Según tú, Holly cometió un asesinato y salió impune. Los muchachos de Homicidios vinieron a la escuela a darse un garbeo, pero no llegaron a ninguna conclusión y pusieron los pies en polvorosa. Y ahora, un año más tarde, cuando todo el mundo ha tirado la toalla y ha retomado sus vidas, Holly te trae esa tarjeta. Es decir, va y arrastra deliberadamente a los muchachos de Homicidios de nuevo hasta aquí. Se coloca intencionadamente en el punto de mira. Les señala adrede a una testigo que puede hacer que la encierren. —Mackey no se había movido de aquella pared, pero ahora me miraba de cara. Con aquellos ojos azules, tan encendidos que te podían abrasar—. Explícamelo, detective. Dime de qué va todo esto, a menos que sea tan tonta que hasta el Niño Jesús se llevaría las manos a la cabeza. ¿Qué me estoy perdiendo? ¿Intentas joderme para demostrarme que ya eres un niño grande y que ya no soy tu jefe? ¿O estás siendo sincero ahí plantado, con esa cara impasible, mientras

me explicas algo que no tiene ni pizca de sentido?

—No creo que Holly tenga un pelo de tonta —respondí—. Lo que creo es que nos está utilizando para que hagamos el trabajo sucio por ella.

—Soy todo oídos.

—Encontró esa tarjeta y necesita saber quién la hizo. Ha acotado la búsqueda, al igual que nosotros, pero se ha quedado atascada. Así que remueve un poco más las cosas y se limita a ver quién aflora a la superficie.

Mackey fingió que reflexionaba sobre mis palabras.

—Me gusta. No demasiado, pero me gusta. No tiene problemas con la idea de que localicemos al testigo y conozcamos su vida, obra y milagros, ¿es eso? ¿Crees que aterrizar en la cárcel le parecería una molestia insignificante?

—No cree que vaya a acabar con los huesos en la cárcel, lo cual significa que está segura de que la chica de la tarjeta no la delatará. Ya sea porque sabe que es una de su pandilla, y entonces la pandilla de Joanne Heffernan se vio implicada de algún modo por el camino, ya porque Holly pensó que le iría bien averiguar si tenían información, dado que ellas también se escabullían por la noche, e incluso simplemente porque le gustaba la idea de darles un buen susto. O eso o tiene algo con lo que chantajear al grupito de Heffernan.

Mackey tenía una ceja levantada.

—He dicho que no era tonta. Pero, joder, no he dicho que fuera el maldito profesor Moriarty.

—Dime que no te suena a algo que tú harías —repliqué.

—Yo podría hacerlo perfectamente. Pero soy un profesional. No una adolescente ingenua cuya única experiencia sobre el comportamiento criminal es un desafortunado encuentro que tuvo lugar hace siete años. Me halaga que pienses que he criado a una especie de genio del mal, pero podrías contener un poco esa imaginación desbocada para jugar al arte de la guerra en Internet.

—Holly también es una profesional. Todas ellas lo son —repliqué—. Si algo he aprendido durante el día, es que las adolescentes de hoy hacen que Moriarty parezca una criaturilla perdida en el bosque.

Mackey agachó la barbilla. Pensaba.

—Entonces —continuó—, en esta historia tan bonita que me estás contando, Holly sabe que la chica de la tarjeta no la delatará, pero aun así sigue decidida a correr un gran riesgo para descubrir quién es. ¿Por qué?

—Si fueras tú —le planteé— y empezaras a plantearte que la escuela va a acabar, si empezaras a darte cuenta de que tú y tus amigas vais a salir al ancho mundo y que esto, lo que tenéis ahora, no va a durar para siempre ni tampoco vais a poder seguir siendo las mejores amigas, dispuestas a morir por las otras antes que delatarlas, ¿te gustaría dejar a un testigo por ahí suelto?

Esperaba que me asestara un puñetazo o algo así. Pero lo que recibí a cambio fue una carcajada de desconcierto que incluso sonó sincera.

—¡Joder, chaval! ¿Qué pasa, que ahora ya es una asesina en serie? ¿Quieres comprobar su coartada para el caso de OJ también?

No sabía cómo expresar lo que había visto en Holly. El mundo solidificándose, ensanchándose ante sus ojos. Los sueños abriéndose paso a la realidad, en uno u otro sentido, como un dibujo que es trasladado del carboncillo al óleo ante tu mirada. Mundos cambiando de forma, significados perdidos.

—Una asesina en serie, no —respondí—. Solo alguien que no se daba cuenta de lo que estaba desencadenando.

—Pero no es la única. Tú mismo tienes cierta fama de no ser, ¿qué expresión utilizan?, un jugador de equipo. Personalmente, a mí no me parece que eso sea algo malo, pero no todo el mundo coincide conmigo. Desciende un peldaño más por esa carretera y muchas personas no querrán conocerte. Y créeme, amigo: arrestar a la hija de un poli no cuenta como ser un jugador de equipo. Si lo haces, ya puedes despedirte de tu oportunidad de entrar en Homicidios o en la Secreta. Para siempre.

No se andaba con sutilezas.

—Solo si me equivoco —le rebatí.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo. Si solucionamos este caso, estaré a la cabeza de la cola para ingresar en Homicidios. Todo el mundo me odiará a muerte, pero tendré mi oportunidad.

—Quizá de trabajar allí sí, durante un tiempo, pero no de ser uno de ellos.

Mackey me observaba. Mackey es bueno; el mejor. El dedo directo en la llaga para ejercer la presión exacta.

—Me conformaré con trabajar allí —le contesté—. Tengo bastantes amigos para el resto de mi vida.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bien —respondió Mackey. Lanzó la colilla y comprobó la hora en su reloj—. Será mejor que no hagamos esperar más a la detective Conway. No creo que le haga demasiada gracia que mantengas tus conversaciones privadas conmigo.

—No le supone ningún problema.

—Ven aquí —me dijo Mackey. Me llamó con un gesto. Esperó. Al final entré. Me agarró por la nuca con la mano. Con suavidad. Sus resueltos ojos azules a solo unos centímetros de los míos—. Si tienes razón —añadió sin amenazas, sin intentar asustarme; solo para informarme—, te mataré.

Me dio una colleja doble, sonrió y desapareció en la penumbra del vestíbulo de altos arcos.

Fue entonces cuando caí en la cuenta: Mackey pensaba que todo aquello era culpa suya. Que le había inoculado *aquel día* a Holly en la sangre. Mackey pensaba que yo tenía razón.

Lunes por la mañana, a primera hora, el autobús avanza a través del tráfico entre paradas y arranques. A Chris Harper le quedan menos de tres semanas y cuatro días de vida.

Julia viaja en la parte trasera de la planta de arriba, que va medio vacía, con los tobillos enroscados alrededor de su bolsa de viaje en ángulos incómodos y con los deberes de Ciencias en el regazo. Se ha pasado el fin de semana comiéndose la cabeza sobre cómo actuar con respecto a lo de Chris y Selena. Su instinto primordial le dice que agarre a Selena, la sacuda y le pregunte qué coño está haciendo; pero otro instinto, más soterrado, un instinto que la carcome de manera incesante, le dice que, en cuanto hable de ello en voz alta, ya sea con Selena, con Holly o con Becca, nada volverá a ser lo mismo. Puede oler el humo envenenado de todo lo que se cuece bajo las llamas. De ahí que no haya llegado a ninguna conclusión sobre ese asunto ni tampoco haya hecho los deberes, y que esta semana vaya a empezar con el pie izquierdo. La lluvia deja rayas de gotitas en las ventanas del autobús, el conductor ha subido la calefacción a un millón de grados y todo está cubierto por una capa húmeda y pegajosa de vaho.

Con un ojo puesto en el libro de texto y otro en la página de su libreta, Julia garabatea a toda prisa algo acerca de la fotosíntesis, reformulándolo casi con las mismas palabras, cuando nota a alguien de pie en el pasillo mirándola fijamente. Es Gemma Harding.

Gemma vive a unas cuatro casas de la parada de autobús, pero su padre siempre la lleva a la escuela los lunes por la mañana, en su Porsche negro que tarda media hora en poder dar la vuelta por el angosto camino de entrada al San Kilda. Todo encaja en el orden jerárquico: el Porsche es de gama más alta que la mayoría de los coches y cualquier coche es mejor que el autobús. De manera que si Gemma va en transporte público, válgame Dios, es por algún motivo de peso.

Julia pone los ojos en blanco.

—Selena no se ha acercado a Chris. Gracias y adiós —le informa, y mete la cabeza de nuevo en el libro de texto.

Gemma deja caer su bolsa de fin de semana en el asiento contiguo y se desliza junto a Julia. Se ha mojado: las gotas de lluvia resplandecen en su abrigo.

—Este autobús apesta —dice, arrugando la nariz.

Y es cierto: a humeantes abrigos marinados en sudor.

—Pues bájate y llama a papá para que venga a salvarte. Por favor.

Gemma hace caso omiso del comentario.

—¿Sabías que Joanne había salido con Chris?

Julia enarca la ceja.

—Sí, hombre. Qué más querría ella.

—De verdad. Salieron durante unos dos meses. Antes de Navidades.

—Si hubiera logrado ligarse a Chris Harper, se lo habría tatuado en la cara.

—Él no quiso decírselo a nadie, lo cual debería haber puesto sobre aviso a Joanne, ¿no crees? Pero Chris le contaba chorradas, como que le daba miedo porque nunca había sentido algo así por nadie y sus sentimientos hacia ella eran tan profundos que...

Julia suelta una carcajada.

—Sí, ya lo sé. No sé qué programas de televisión ve Chris, pero *arrg*, dan ganas de vomitar. Yo se lo advertí a Joanne: el único motivo por el cual un chico no quiere explicarle a los demás que sale contigo es porque eres un monstruo del pantano y se avergüenza de ti, cosa que no es para nada el caso de Joanne, o porque mantiene abiertas sus opciones.

Julia cierra el libro, pero lo deja sobre su regazo.

—¿Y? —pregunta.

—Y Joanne me soltaba: «Jolines, Gemma, ¿por qué tienes que ser tan cínica? ¿Qué te pasa? ¿Estás celosa o qué?». Chris la había convencido de que compartían una historia de amor única.

Julia imita el gesto de vomitar. Un par de alumnos del Colm, sentados en la parte delantera del autobús, se giran para mirarlas, sonrían y hablan más fuerte mientras se dan golpes con el hombro. Gemma no les sonrío ni hace esa cosa tan molesta en la que finge ignorarlos pero saca las tetas; en su lugar, pone la mirada en el cielo y baja la voz.

—En serio. Joanne empezaba a preguntarse si Chris no sería el amor de su vida. No dejaba de hablar de cuando un día, en el futuro, les explicaría a sus hijos que solían escabullirse por la noche para citarse en secreto.

—Adorable —comenta Julia—. ¿Y entonces cómo puede ser que no vaya por ahí presumiendo de anillo de compromiso?

—No se quiso acostar con él y Chris la dejó —responde Gemma sin más—. Y ni siquiera se dignó a hacerlo cara a cara. Una tarde, cuando se suponía que habían quedado en el parque, Chris no se presentó ni respondió tampoco al teléfono. Ella le envió como unos diez mensajes de texto para saber qué había pasado... Al principio pensaba que igual habían tenido que ingresarlo en el hospital o algo así. Un par de días más tarde, estábamos en el Court y él pasó por delante sin hacernos ni caso. Nos vio y miró hacia otro lado.

Julia se guarda la imagen de la cara de Joanne para saborearla más tarde.

—¡Menudo imbécil!

—Sí, ¿tú crees? —responde Gemma.

—¿Y por qué no se acostaba con él? —Julia jamás había pensado que Joanne fuera de las que se reservan para el matrimonio.

—Bueno, pensaba hacerlo. No es que sea una frígida ni nada por el estilo. Simplemente estaba reservándose para que Chris no se pensara que era una cualquiera y se enamorara un poco más de ella. De hecho, estaba decidida a hacerlo;

solo estaba esperando a que uno de los dos se quedara con la casa libre un fin de semana, porque no quería hacerlo en el Campo como una cualquiera. Pero no se lo había dicho a Chris, porque quería mantenerlo a raya. Así que él se hartó de esperar y la dejó.

—De manera que la historia se resume, básicamente, en que a Joanne aún le gusta Chris y eso la lleva a pensar que él es de su propiedad y el resto del mundo debería retirarse —sentencia Julia—. ¿Me he perdido algo?

—Pues sí —responde Gemma, poniendo cara de pez—, así es.

Espera hasta que Julia dice, con un suspiro sonoro:

—Está bien. ¿Qué?

—Que Joanne es una chica muy dura.

—Joanne es una víbora.

Gemma se encoge de hombros.

—Lo que tú digas... No es ninguna blandengue, pero lo que Chris le hizo la dejó hecha polvo. Tuvo que fingir que estaba enferma toda la semana siguiente para poderse quedar en nuestra habitación.

Julia lo recuerda. En aquel momento se planteó la posibilidad de explicarle a todo el mundo que a Joanne se le había llenado la cara de ampollas de pus, pero no le pareció que mereciera la pena invertir tanto esfuerzo en algo que le importaba un bledo.

—¿Qué hacía? ¿Llorar?

—No podía dejar de llorar. Estaba destrozada y no podía permitir que nadie la viera en aquel estado... Además, le daba miedo romper a llorar en medio de la clase de Francés, por ejemplo, y que todo el mundo se preguntara qué le ocurría. Pero sobre todo, lo hizo porque, si se encontraba a Chris o a alguno de sus amigos, pensaba que se moriría de vergüenza allí mismo. No paraba de decir: «Ya no voy a poder salir más, voy a tener que pedirles a mis padres que me trasladen a una escuela en Londres o en algún otro sitio...». Tardé una semana en hacerle comprender que tenía que salir y verlo, y actuar como si apenas recordara su nombre, o, de lo contrario, él sabría que estaba hecha polvo y pensaría que era patética. Así es como funcionan los chicos. Si los quieres más de lo que ellos te quieren a ti, te desprecian.

Julia daría lo que tiene por encajarle un puñetazo en los dientes a Chris. Y no porque haya herido los dulces sentimientos de Joanne, ya que desde el punto de vista de Julia es lo único bueno que ha resultado de este asunto tan vil, sino porque todo esto está ocurriendo por una tontería. Piensa en Selena arrojándolo todo por la borda y en la mirada de Finn en el Campo, y piensa en que eso está sucediendo por culpa de un tonto de remate que lo único que busca es follar.

—¿Y en qué me incumbe a mí este asunto? —pregunta Julia.

—Te lo explico porque Selena no es una chica dura —responde Gemma.

—Es más dura de lo que tú crees.

—¿Ah, sí? ¿Lo bastante como para que cuando Chris le haga lo mismo no le pase

nada? Y te aseguro que lo hará. Te garantizo que le estará sorbiendo el seso con todas esas patrañas sentimentaloides que le contó a Joanne y, si Jo se las creyó, Selena seguramente también se las crea. De aquí a un par de semanas estará convencida de que se van a casar. E incluso aunque no se lo esté follando...

—No lo está haciendo.

Gemma mira a Julia con escepticismo.

—No se lo está follando. Y no porque sea frígida —aclara Julia.

—Bueno —prosigue Gemma—. Aunque se lo esté tirando, y aún más si no lo está haciendo, más tarde o más temprano él se aburrirá. Entonces se deshará de su teléfono y la tratará como si no existiera. Selena se va a quedar para el arrastre. Sobre todo una vez que escuche lo que sea que Jo explique sobre por qué la ha dejado. Y tú sabes perfectamente que no será moco de pavo. ¿Crees acaso que se recuperará en una semana? ¿O piensas que podría sufrir una depresión?

Julia no responde.

—Selena ya es... Me refiero a que no es que sea una fresca, pero hablemos claro, no parece que le falte demasiado para hacerle cruzar esa línea —explica Gemma.

—He revisado el teléfono de Selena —aclara Julia—. Y no hay nada que le haya enviado Chris, ni que proceda de él siquiera.

Gemma suelta una carcajada.

—Por supuesto que no. ¿Sabes lo que hizo cuando salía con Joanne? Le regaló un teléfono especial, solo para que le enviara mensajes de texto a él. ¿Conoces el nuevo teléfono de Alison? ¿El rosa? Pues es ese; Joanne obligó a Alison a comprárselo después de romper. Ni siquiera recuerdo qué excusa le puso Chris, pero yo diría que a él le daba miedo que los padres de ella, las monjas o una de nosotras, pudiera revisar su teléfono de verdad y descubrir que salían juntos. Chris le dijo que lo escondiera.

Y, por lógica, lo primero que Joanne había hecho con aquel teléfono era enseñárselo a sus amigas. No solo era tonto de remate; era gilipollas.

—Me apuesto lo que sea a que Selena tiene un teléfono supersecreto escondido en algún sitio —concluye Gemma.

—¡Joder! —exclama Julia—. ¿Pero cuánto dinero le dan a Chris de paga?

—Todo el que quiere. He oído decir —una sonrisa se desliza por la comisura de la boca de Gemma: no va a decir dónde lo ha oído— que él también tiene un teléfono aparte, solo para las chicas con quienes se enrolla. ¿Sabes cómo lo llaman los otros chicos? El *churrífono* de Chris.

Precisamente ese tipo de gilipollecitas fue lo que las llevó a realizar aquel juramento. A Julia le gustaría agarrar una raqueta de pimpón y golpearle con ella en la cabeza a Selena hasta que recobrase el sentido común.

—¡Qué elegancia!

—Chris es una buena pieza —continúa Gemma—. Será mejor que arregles este asunto antes de que Selena se enamore de verdad de él.

—Si Selena estuviera saliendo con él —dice Julia al cabo de un momento—,

entonces sí, creo que sí lo haría.

Permanecen sentadas juntas en un extraño silencio amistoso. El autobús traquetea sobre los baches.

—No conozco a Chris —comenta Julia—. La verdad es que nunca he hablado con él. Si quisieras que dejara a alguien rápido, ¿cómo lo harías?

—Uf, te deseo buena suerte. Chris... —Gemma baja la mano de canto apuntando hacia delante: con decisión—. Chris sabe lo que quiere y lo persigue hasta conseguirlo. Olvídate de él. Concéntrate en Selena; haz que sea ella quien lo deje. No al contrario.

—Selena no sale con él. ¿Recuerdas? Solo lo pregunto por si acaso. Por echarme unas risas. Si convencer a la chica estuviera descartado, ¿cómo te las apañarías con Chris?

Gemma saca su barra de labios rosa y un espejo de la bolsa de fin de semana y se maquilla, tomándose su tiempo, como si hacerlo la ayudara a pensar.

—Joanne me pidió que le dijera a Chris que Selena tenía gonorrea, lo cual probablemente bastaría para disuadirlo.

Julia cambia de opinión: ya se trate de una mancha brillante u opaca, le encantaría que Joanne y Chris hubieran seguido juntos. Ambos están hechos el uno para el otro.

—Hazlo y le diré al padre de Holly que le compras speed al guarda para adelgazar.

—Como quieras. —Gemma frunce los labios y se los examina en el espejo—. ¿De verdad crees que Selena no se lo está tirando?

—Sí. Y no va a hacerlo.

—Bueno —responde Gemma. Enrosca la tapa del brillo labial y lo deja caer en su bolsa—. Podrías intentar decírselo a él. Probablemente no te creerá, porque se considera tan irresistible que solo una loca le diría que no. Pero si consigues convencerlo, dejará a Selena por la primera chica que pueda follarse. Así de fácil.

—¿Y entonces por qué no lo hace Joanne? ¿Por qué no le dice que se enrollará con él, pero solo si rompe con Selena?

—Eso ya se lo dije yo. Y me contestó que de ninguna manera, que ya había tenido su oportunidad y la había desperdiciado.

En otras palabras, a Joanne le aterraba que Chris la rechazara.

—Y tú que eres su secuaz —comenta Julia—, ¿por qué no le haces el trabajo sucio?

Una sonrisa lenta y húmeda se abre camino en la boca de Gemma, pero sacude la cabeza.

—¿Porque no me apetece?

—¿Qué pasa? ¿No te gusta Chris? No imaginaba que necesitaras una excusa siquiera.

—Está buenísimo. Pero eso no importa. A Joanne le daría un infarto.

De repente, Julia pregunta:

—Si le tienes tanto miedo a Joanne, ¿por qué te juntas con ella?

Gemma inspecciona su boca en el espejo y se limpia una mancha con la punta del dedo meñique.

—No le tengo miedo. Pero tampoco tengo intención de fastidiarla.

—Pues la fastidiaría mucho descubrir que me has contado que Chris la dejó.

—Sí, desde luego. Preferiría que no lo descubriera.

Julia está girada en su asiento y mira a Gemma de frente.

—¿Por qué me lo has explicado entonces? ¿Qué más te da a ti que le partan el corazón a Selena? —pregunta.

—La verdad es que me da igual —responde Gemma, y levanta un hombro.

—¿Entonces?

—Por joderlo a él. Probablemente tengas razón y Joanne sea una víbora, pero es mi amiga. Y tú no viste cómo se quedó después de que la dejara. —Gemma cierra el espejito con un clic y lo deposita de nuevo en su bolsa—. Ya hemos echado a rodar el rumor de que fue ella quien lo dejó porque él quería ponerse un pañal y que ella se lo cambiara...

—¡Puaj! —exclama Julia, impresionada.

Gemma se encoge de hombros.

—No nos lo hemos inventado. Hay tipos a quienes les gusta hacerlo. Pero no funcionó; nadie se lo creyó. Deberíamos habernos limitado a decir que no se le empinaba o que la tenía muy pequeña o algo así.

—De modo que —empieza a decir Julia—, como tú no has conseguido importunarlo, quieres que lo haga yo por ti. Si consigo que Selena lo deje, os aseguraréis de que todo el mundo sepa que lo han dejado y lo avergonzaréis tal como él avergonzó a Joanne.

—Básicamente esa es la idea, sí —responde Gemma impertérrita.

—Vale —dice Julia—. Hagamos un trato. Yo haré que rompan. Y rápido. —No tiene ni idea de cómo hacerlo—. Pero tú te aseguras de que Joanne y las otras dos, Comosellamen, no le cuenten a nadie que Chris salía con Selena. Podéis decir que Joanne lo ha dejado o lo que os dé la gana, si lo que queréis es avergonzarlo. Pero Selena queda al margen de esta historia. Y para siempre. Y ni una palabra acerca de la patraña de la gonorrea, ¿de acuerdo? ¿Trato hecho?

Gemma se lo piensa.

—O le diré a Joanne que me has explicado que pensaba que iba a casarse con Chris y tener hijitos con él —añade Julia.

Gemma pone una expresión irónica.

—De acuerdo —responde—. Trato hecho.

Julia asiente y casi para sí misma repite:

—Trato hecho.

Julia se pregunta si existe la posibilidad, por remota que sea, de que Gemma se quede así, sin hablar, como un cuerpo sólido que huele a brillo labial pegajoso, hasta

llegar a la escuela.

El autobús frena en una parada y se agita con las pisadas apresuradas de los pasajeros que suben a bordo. Voces entusiasmadas de muchachas:

—Madre mía, ¡júrame que no lo dijiste...!

—Nos vemos —dice Gemma.

Se levanta y se carga la bolsa de fin de semana al hombro. Los alumnos del Colm que van sentados delante la ven ponerse en pie y hablan aún más alto. Justo antes de avanzar por el pasillo del autobús bamboleando las caderas hacia ellos, Gemma sonríe a Julia y le dice adiós con la mano.

El aula de Arte se estaba quedando helada. Conway había acercado su silla a la mesa y la había colocado junto a la mía. El poli malo entraba en acción.

Esta vez no volvió la vista cuando Mackey y yo entramos. Y tampoco lo hizo Holly, que siguió cavando curvas hondas con las uñas en su bola de arcilla, absorta en sus pensamientos. No se habían estado escuchando la una a la otra, no en esta ocasión; habían estado comprobando su armadura y sus armas, preparándose para el momento de nuestro regreso. En la distancia, junto a la ventana, la escuela de alambre de cobre relumbró con un centelleo frío. La luna, en lo alto, tenía la vista clavada en nosotros.

Mackey volvió a apoltronarse en su mesa. Cada vez que se movía, yo me revolví. Lo único en lo que podía concentrarme era en qué consistía lo que fuera que tenía previsto hacer. Su mirada, fría y divertida, me revelaba que no se le había pasado por alto.

Conway me miró mientras me sentaba a su lado. Su mirada me dijo: «Preparados, listos, ya».

No rebobinó hasta el punto en donde nos habíamos quedado, hasta el odio que Holly sentía por Chris. Carecía de sentido: con gran maestría, Mackey había hecho saltar por los aires aquel momento. En su lugar, Conway dijo:

—Tenías razón: estrechamos el cerco de la autoría de la tarjeta a una de vosotras ocho. Una de las siete que faltan sabe quién asesinó a Chris.

Holly hizo rodar la arcilla por la mesa, de mano a mano.

—Sí, claro. O al menos, eso dice.

—¿Y cómo te hace sentir?

Rostro de incredulidad.

—¿Que cómo me hace sentir? Pero ¿esto qué es? ¿Terapia? ¿Quieren que les haga un croquis de mis sentimientos con lápices de colores?

—¿Te preocupa?

—Si me preocupara, para empezar, no les habría traído la tarjeta, ¿no?

Demasiado descarado, aquel movimiento con el pelo. Holly fingía.

Aquella mañana había estado fantástica con la tarjeta. Pero desde entonces, algo había cambiado.

—Eso solo significa que esta mañana no estabas preocupada —comenté yo—. ¿Qué me dices de ahora?

—¿De qué tendría que preocuparme?

—De que una de tus amigas sepa algo que podría ponerla en peligro —respondió Conway—. O de que alguien sepa algo que no quieras que descubramos.

Holly se repanchingó en la silla y levantó las manos en el aire.

—Por favor, escúchenme bien. Nadie en esta escuela conoce qué le sucedió a Chris. Joanne se inventó esa tarjeta porque quería llamar la atención. ¿Entendido?

Conway levantó una ceja.

—¿Y entonces por qué no se lo has dicho al detective Moran cuando se la has llevado? «Tenga y, por cierto, no es más que una chorrada, se lo ha inventado todo una chica llamada Joanne Heffernan». ¿O acaso ha ocurrido algo desde esta mañana que haya convertido a Joanne en tu teoría favorita?

—Pues que Joanne no para de intentar meternos en problemas, eso es lo que ha pasado. Cuando han aparecido ustedes se ha puesto hecha un flan: probablemente no esperara que viniera la policía de verdad, porque es una idiota de remate. De manera que se ha pasado todo el día intentando frenéticamente ponernos en el punto de mira para que no descubran qué ha hecho y no meterse en problemas por hacerles perder el tiempo. ¿Por qué iba a esforzarse tanto si no tuviera algo que quisiera que les pasara desapercibido?

—Si quería que concentráramos la atención en ti y tus amigas, le ha salido bordado —replicó Conway.

—Sí, es evidente. De lo contrario, yo no estaría aquí sentada. ¿No se les ha ocurrido pensar en ningún momento que Joanne pueda ser una mentirosa compulsiva?

—Y tanto, yo diría que de eso no cabe ninguna duda. Pero no necesitamos confiar en su palabra para nada. Por ejemplo, en el asunto de que Selena quedara con Chris: cuando lo único que teníamos era la palabra de Joanne, no le hicimos ningún caso. Pero luego nos mostró un vídeo... de ellos dos juntos.

Algo patinó sobre el rostro de Holly. No era sorpresa. Holly había sabido lo de Chris y Selena a través de aquel vídeo.

—Menuda perversa —comentó con frialdad—. Ni siquiera me sorprende.

—¿A ti te lo había mostrado? —le preguntó Conway, y noté su mente al ladito de la mía.

Una risotada.

—Sí, hombre. Joanne y yo no compartimos nada.

Conway sacudió la cabeza.

—No me refería a compartir como buenas hermanas. En realidad, pensaba más bien en un chantaje.

Mirada inexpresiva.

—¿Como qué?

—Joanne salió con Chris durante un tiempo. Antes de que Chris saliera con Selena.

Holly arqueó las cejas.

—¿Ah, sí? ¡Pues qué pena que no funcionara!

Seguía sin manifestar sorpresa.

—¿Crees que a Joanne le gustó que la dejara por Selena? —le pregunté yo.

—Lo dudo. Espero que le provocara un aneurisma cerebral.

—Más o menos —replicó Conway—. Tú conoces a Joanne mejor que yo.

¿Consideras que le fastidiaría tanto como para querer ver a Chris muerto?

—Seguro que sí. Desde luego. Y ahora, ¿puedo irme ya para que puedan dedicarse a incordiarla a ella?

—Sucede que estamos bastante convencidos de que Joanne no mató a Chris —la corté yo—. Lo que nos preguntamos es si le pidió a alguien que lo hiciera por ella.

—Orla —replicó Holly al instante—. Cualquier trabajo sucio que tenga que hacer Joanne, lo hace Orla.

Conway sacudía la cabeza.

—No. Tenemos pruebas incontestables de que fue una de vosotras cuatro.

Mackey seguía sin decir nada, aún no, pero tenía la mirada clavada en Conway. Holly también la miraba. Había dejado de jugar con la arcilla, eso se había acabado ya. Lo sabía: aquel era el meollo de la cuestión.

—¿Pruebas como qué? —quiso saber.

—Ya llegaremos a eso. Creemos que quizá Joanne os mostrara ese vídeo a una de vosotras y os dijera: «Deshazte de Chris por mí o le enseño esto a McKenna y os expulsan de inmediato a las cuatro».

Conway se había inclinado hacia delante para imprimir mayor ritmo a la conversación. Yo me relajé en la silla y enterré la cabeza en mi cuaderno de notas. Se lo dejé a ella.

Holly tenía las cejas alzadas.

—¿Y nosotras nos limitamos a decirle: «Claro que sí, lo que tú digas»? ¿En serio? Si tuviéramos tanto miedo a que nos expulsaran, no nos habríamos escabullido por las noches. Eso para empezar. Nos habríamos quedado en la escuela como niñas buenas.

—No solo porque tuvierais miedo a que os expulsaran. Joanne debió de elegir con suma cautela. Escogió a alguien que lo daría todo por proteger a sus amigas, alguien que ya estuviera bastante frenética por el daño que Chris estaba ocasionando, alguien que lo odiara con todas sus fuerzas...

Conway repiqueteaba en la mesa, dedo tras dedo, implacable.

—¡No soy estúpida! —espetó Holly—. Papá, déjame en paz, ¡quiero decirlo! Si pretendiera matar a alguien, cosa que no he hecho, le aseguro que bajo ningún concepto lo haría mediante ningún tipo de conspiración con Joanne Heffernan. ¿Creen que querría tener a esa víbora remordiéndome la conciencia el resto de mi vida? ¿Acaso les parezco tonta? De ninguna manera. Me importa un bledo lo que Joanne hubiera filmado en vídeo.

—Ese vocabulario —la reprendió Mackey con holgazanería. Sus ojos seguían centelleando por la alerta, pero se les escapó un tic en la comisura de los labios: su pequeña se estaba defendiendo bien.

—Vale... Y, antes de que empiecen siquiera a decir: «Ah, entonces podría haber sido Julia, Selena o Becca», permítanme aclararles que lo mismo se aplica en su caso. ¿Es que hemos hecho algo que les haya inducido a pensar que somos las idiotas más

redomadas que hayan conocido jamás?

Conway asentía con la cabeza mientras permitía que Holly se desquitara.

—Y ya que entramos en materia, no me hagan caso si no quieren, pero están pintando a esa tal Joanne como una idiota de campeonato —intervino Mackey—. Quiere cometer un asesinato, ¿y se lo pide a la hija de un poli? ¿La persona que con más probabilidades la enviaría derechita a la cárcel sin pasar por la casilla de salida? Holly, ¿esa tal Joanne padece alguna lesión cerebral?

—No. Es una víbora, pero no tiene un pelo de tonta.

Mackey alargó los brazos hacia nosotros: «Ahí lo tenéis».

—No estamos aferrándonos al motivo del chantaje —explicó Conway—. Barajamos muchas otras posibilidades.

Hizo una pausa hasta que Holly puso los ojos en blanco y preguntó:

—¿Como qué?

—Le has explicado al detective Moran que, cuando descubriste qué le ocurría a Selena, lo único que hiciste fue esconder la cabeza bajo el ala y esperar a que se le pasara. Pues lo siento en el alma, pero a mí eso me suena a mentira. No te veo siendo tan débil. ¿O sí lo eres?

—No. Sencillamente no sabía qué hacer. Lo siento si no soy ningún genio.

Yo ya había atacado a Holly por ese mismo flanco poco antes; Conway contaba con volver a lograr que se tambalara. Mackey prestaba atención.

—Tal como tú misma has dicho, tampoco eres ninguna idiota. Tú no te quedarías paralizada solo porque tuvieras que lidiar con algo por ti misma. No eres ninguna niña. ¿O sí?

Estaba funcionando. Holly tenía los brazos cruzados y empezaba a transformarse en una bola de rabia.

—Yo creo que fuiste a hablar con Selena y le dijiste que sabías lo de Chris. Y creo que ella te explicó que tenía previsto volver con él. Y creo que tú pensaste: «Por encima de mi cadáver». Creo que buscaste la oportunidad de hacerte con el teléfono de Selena y que le enviaste un mensaje a Chris para quedar con él. Probablemente solo quisieras decirle que la dejara en paz, ¿no es así?

Holly había apartado la cara de Conway; miraba al otro lado de la ventana.

—¿Cómo pretendías convencerlo? Tal como has dicho antes, Chris aborrecía no llegar a ninguna parte con las chicas. ¿Qué hiciste? ¿Le ofreciste algo a cambio: deja a Selena en paz y yo te lo compensaré?

Holly estuvo a punto de saltar de la silla.

—Dejaría que me arrancaran la piel a tiras antes que hacer nada con Chris. ¡Jopé!

Ni una palabra de Mackey. Holly ni siquiera lo había mirado antes de soltar aquello, cosa que habría hecho si se hubiera enrollado con Chris: nadie habla de su vida sexual delante de papá sin mostrar reacción alguna. Nos estaba diciendo la verdad: nunca había tocado a Chris.

—Entonces, ¿qué le propusiste? —inquirió Conway.

Holly se mordió el labio, enfadada consigo misma: la habían acorralado. Volvió a apartar la mirada y volvió a fingir que la cosa no iba con ella.

—Fuera lo que fuese que probaste, hiciste varios intentos y no funcionó. Al final quedaste con él una última vez. El dieciséis de mayo.

Holly se mordía el labio con más fuerza para evitar contestar. Mackey no se movía, pero estaba tenso como una ballesta a punto de ser disparada.

—Y esa vez no tenías previsto intentar persuadirlo. Saliste antes, preparaste el arma y, cuando Chris apareció...

Holly se volvió hacia Conway como un látigo.

—¿Está usted loca? Yo no maté a Chris. Podemos pasarnos aquí toda la noche y se le pueden ocurrir cuatro millones distintos de motivos por los que podría haberlo asesinado y seguiría sin haberlo hecho. ¿De verdad cree que va a conseguir confundirme tanto que acabe confesando: «¿Sabes? Quizá sí trepara a un árbol para lanzarle un piano sobre la cabeza porque no me gustaba nada ese peinado tan cursi que llevaba»?

Mackey sonreía.

—Muy bien explicado —la reconfortó.

Holly y Conway ni siquiera lo escucharon, pues ambas estaban demasiado concentradas la una en la otra.

—Si tú no lo hiciste —replicó Conway—, entonces sabes quién lo hizo. ¿Por qué escondiste ese teléfono?

—Ya se lo he dicho. No quería que Selena...

—Nos has dicho que llevaba semanas sin ponerse en contacto con Chris antes de que él muriera. Y el teléfono lo habría demostrado. ¿Qué podía haber de incriminatorio en ello?

—Yo no he dicho que fuera incriminatorio. He dicho que la habrían molestado, cosa que seguro habrían hecho.

—Eres hija de un policía. Sabes que no hay que ocultar pruebas en un caso de homicidio, ¿y lo hiciste para que no molestáramos a tu amiga? No me lo trago. —Holly intentó argumentar algo, pero la voz de Conway se impuso a la suya—. Una de vosotras cuatro había estado enviándole mensajes de texto a Chris desde ese teléfono después de que él y Selena rompieran. Había estado quedando con él. Una de vosotras cuatro se había citado con él la noche en que murió. Y a mí eso sí me parece incriminatorio, ¿a ti, no? Y eso es algo que tú querrías encubrir.

—Eh, eh, eh —dijo Mackey levantando una mano—. Un momentito. ¿Esas son las pruebas? ¿Los mensajes enviados desde el teléfono de otra persona?

Conway le dijo a Holly:

—Un teléfono oculto al que tenías acceso... tú y nadie más a quien conociéramos, salvo Selena, y estamos convencidos de que Selena no envió esos mensajes.

—Un teléfono guardado en una habitación que comparten cuatro alumnas. ¿Qué pasa? ¿Que los mensajes de texto están firmados con la caligrafía de Holly? —

preguntó Mackey—. ¿Habéis encontrado sus huellas dactilares en ellos?

Finalmente entendí por qué Mackey me había explicado ese cuento tan conmovedor sobre cómo Holly había acabado interna. Me había explicado cuánto quería Holly a sus amigas. Fuera lo que fuese aquello que sacáramos de ella, así era como iba a derribar nuestro argumento: «Holly está protegiendo a sus amigas. Demostrad lo contrario».

Con Mackey siempre costaba estar seguro de nada. Pero yo estaba convencido de algo: arrojaría a una cría de dieciséis años inocente a las ruedas de un autobús sin pensárselo dos veces por salvar a su hija.

Y estaba completamente seguro de algo más: también nos arrojaría a Conway y mí.

Conway seguía ignorándolo.

—Tú eres quien sabía que había que hacer desaparecer ese teléfono —le dijo a Holly—. Ninguna de las demás lo sabía, solo tú. Y la asesina había ido borrando los mensajes de texto a medida que los escribía; no habrías sabido que existían de no haber sido tú quien los escribió.

—A menos que alguien se lo contara —terció Mackey—, o a menos que se lo imaginara o a menos que reaccionara de manera exagerada a algo que sí sabía... Y que Dios perdone a una adolescente que reacciona de una manera desproporcionada, ¿no es cierto?

Conway lo miró esta vez.

—No lo estoy interrogando a usted —dijo—. Si responde a una sola pregunta más, lo echaré y solicitaré a otro adulto cualificado en la sala.

Mackey la sopesó. Aquel destello en sus ojos, mientras la analizaba, a mí me habría hecho retorcerme de los nervios; pero Conway no pareció ni siquiera percatarse, o no le importó lo más mínimo. Se limitó a esperar a que acabara de analizarla y le contestara.

—Me da la sensación —dijo Mackey, y se puso en pie— de que tanto usted como yo necesitamos un momento para aclararnos las ideas. Voy a salir a fumarme un cigarrillo. Y me parece que debería acompañarme.

—No fumo.

—No estoy buscando una oportunidad para regañarla por su actitud, detective. Eso podría hacerlo aquí mismo. Lo que estoy sugiriendo es que respirar hondo y un poco de aire fresco nos sentaría bien a ambos y haría que volviéramos con buen pie. Cuando regresemos, le prometo que no contestaré a ninguna pregunta más en nombre de Holly. ¿Qué me dice?

Me rebullí. Eso era; no podría decir qué ni cómo pero presentía algo: una advertencia a gritos. Conway me miró; yo pensé: «Ten cuidado», tan alto como pude. Conway observó la sonrisa de Mackey, franca y directa, con el toque exacto de timidez.

—Fume rápido —comentó.

—A sus órdenes.

Los seguí hasta la puerta. Cuando Mackey me arqueó una ceja, dije:

—Os esperaré aquí fuera.

Su sonrisa me dijo: «Buen chico. Será mejor que te protejas de esa niñita tan temible».

No mordí el anzuelo. Mackey dio alcance a Conway y avanzó a su ritmo, tan sincronizado que sus pasos parecieron disiparse en la distancia como los de una sola persona. Hombro con hombro, parecían compañeros de trabajo.

Holly no los había observado alejarse. Seguía manteniendo hasta el último músculo en tensión; una arruga de furia le atravesaba el ceño.

—¿De verdad crees que maté a Chris? —me preguntó.

Permanecí en la puerta.

—¿Qué pensarías tú en mi caso?

—Tendría la esperanza de ser lo bastante buena en mi trabajo como para saber discernir cuándo alguien es un asesino y cuándo no. Por el amor de Dios.

Tenía la adrenalina disparada; de haberla tocado, la descarga eléctrica me habría enviado a la otra punta del aula.

—Ocultas algo —le dije—. Eso es lo único que sé. Pero no tengo poderes telepáticos para adivinar qué es. Tienes que decírnoslo.

Holly me lanzó una mirada que no supe interpretar, quizá fuera desdén. Se apretó la coleta, tanto que debió de dolerle. Luego se repanchingó en su silla y reconcentró la atención en la maqueta de la escuela. Con manos expertas, desenrolló una hebra de una bobina de alambre de Cobre fino, la cortó con un par de alicates pequeños y la colocó con un clic en el aire blanquecino.

Apoyó una cadera contra la mesa, giró las pinzas para sacarlas por una habitación vacía. Enrolló el alambre con destreza alrededor de la punta de un lápiz fino y lo ajustó con el filo de una uña al ver que quedaba desnivelado. Sus dedos se movían con la agilidad de una bailarina, doblando, girando y entretejiendo como los de una hechicera. El ritmo y la concentración la sosegaron y le borraron la arruga en el ceño. Y también me apaciguaron, tanto que una parte de mí incluso olvidó ponerse tensa frente a lo que Mackey pudiera estar intentando con Conway.

Al final Holly sostuvo el lápiz hacia mí. Posado sobre él: un sombrero de ala ancha, apenas lo bastante grande para la yema de un dedo, decorado con una rosa de alambre de cobre.

—Precioso —dije yo.

Holly sonrió, una sonrisa leve y distante, mientras miraba el sombrero. Lo hizo girar sobre el lápiz.

—Ojalá nunca te hubiera traído esa maldita tarjeta —comentó.

No estaba enfadada ni buscaba una excusa para darme un rodillazo en las pelotas, ya no. Otras cosas demasiado profundas no dejaban espacio para eso.

—¿Por qué? Sabías que se armaría un follón; seguro que lo tenías todo previsto.

¿Qué ha cambiado? —quise saber.

—No me está permitido hablar contigo hasta que regrese mi padre —contestó Holly.

Deslizó el sombrero del lápiz, lo hizo pasar por entre los alambres y lo dejó caer sobre el diminuto pilar de una cama. Luego regresó a su silla y se sentó. Se cubrió las manos con las mangas de la sudadera y se quedó mirando la luna.

Pasos rápidos en las escaleras: Conway, emergiendo de entre capas de sombras al fondo del pasillo, con el frío del anochecer calado en la ropa. Me dijo:

—Mackey va a fumarse otro cigarrillo... por si falta un buen rato para que disponga de otra oportunidad, dice. También dice que puedes unirte a él si quieres. De hecho, será lo mejor; no va a regresar a menos que lo hagas.

No me miraba. Tuve un mal presentimiento, aunque no fui capaz de precisar por qué. Esperé un segundo, intentando tropezarme con los ojos de Conway, pero lo único que conseguí fue descubrir a Holly alerta, mirándonos a uno y a otro alternativamente, intentando averiguar algo. Me fui.

La hilera de árboles se había vuelto negra y se abatía en picado como una bandada de pájaros recortada contra un cielo azul oscuro. Nunca antes la había contemplado bajo aquella luz, pero se me antojó familiar. Tenía la sensación de haberme pasado la vida metido en aquella escuela, como si fuera mi sitio.

Mackey estaba apoyado en la pared. Alumbró su cigarrillo y lo agitó en el aire en dirección a mí: «¿Has visto? ¡Necesitaba uno de verdad!», pareció decirme.

—Caramba —dijo—. ¡Qué interesante la estrategia que estáis aplicando ahí dentro, joven Stephen! Seguramente habría quien diría que es una locura sin paliativos, pero yo estoy dispuesto a concederos el beneficio de la duda.

—¿Qué estrategia?

Mirada de sorpresa, divertida.

—¿Perdona? ¿Te acuerdas de mí? Ya nos conocemos. Hemos *trabajado juntos*. No pretenderás convencerme de que has cambiado tanto desde entonces.

—¿De qué estrategia estamos hablando? —repetí yo.

Mackey suspiró.

—De acuerdo. Juguemos si quieres. De modo que te estás tirando a Antoinette Conway... Me encantaría saberlo: ¿cuál es tu plan?

—No tengo ningún plan. Se me ha presentado la ocasión de trabajar en un homicidio y la he aprovechado.

Mackey arqueó una ceja.

—Espero por tu bien que tu inocencia sea fingida, chaval. ¿Qué es lo que sabes de Conway?

—Es una buena detective. Trabaja duro. Y avanza rápido.

Esperó. Cuando se dio cuenta de que no iba a añadir nada más, preguntó:

—¿Eso es todo? ¿Hasta ahí has llegado?

Me encogí de hombros. Habían transcurrido siete años y la mirada de Mackey seguía haciendo que me retorciera, me convertía de nuevo en un chaval que se queda en blanco en un examen oral.

—De momento no he invertido demasiado tiempo en pensar en ella.

—Pues existe radio macuto. Y existen los rumores. ¿Qué pasa? ¿Tú estás por encima de todo eso?

—No es que esté por encima. Sencillamente nunca he oído nada acerca de Conway.

Mackey suspiró y relajó los hombros. Se pasó una mano por el cabello y sacudió la cabeza.

—Chaval. Stephen. —Su voz sonaba amable—. En esta profesión hay que hacerse amigos. De lo contrario, no durarás.

—Pues estoy durando sin problemas. Y tengo amigos.

—No de la clase a la que yo me refiero. Necesitas amigos de verdad, chaval. Amigos que te cubran la espalda, que te digan lo que necesitas saber, que no te dejen lanzarte dando vueltas derechito a un tornado de mierda sin ni siquiera ponerte sobre aviso.

—¿Amigos como tú?

—Hasta la fecha lo había hecho bien, ¿no es cierto?

—Ya te he dado las gracias.

—Y me gustaría pensar que me las has dado de corazón. Pero no lo sé, Stephen. La verdad es que no me llega tu cariño.

—Si tú eres mi mejor amigo —dije yo—, adelante, dime lo que creas que necesito saber acerca de Conway.

Mackey se apoyó en la pared. Ni siquiera se había molestado en fumarse el pitillo; simplemente le había servido de excusa.

—Conway es una leprosa, chaval. ¿Ya te lo ha dicho?

—No ha salido el tema a colación.

No pregunté por qué era una leprosa. Y, de todos modos, tampoco me lo habría explicado.

—Por lo menos, no es quejica. Supongo que eso cuenta a su favor. —Sacudió la ceniza—. Pero tú no eres tonto. Tienes que haber detectado que Conway nunca ganará el concurso de Miss Simpatía. ¿Y no te ha importado formar equipo con alguien así?

—Tal como he dicho, no busco una nueva mejor amiga.

—Y yo no estoy hablando de tu vida social. Conway: durante su primera semana en Homicidios estaba inclinada escribiendo algo en la pizarra blanda y un idiota llamado Roche le dio una palmadita en el trasero. Conway se volvió hacia él como un látigo, le agarró la mano y le retorció un dedo hacia atrás hasta que al pobre desgraciado se le desorbitaron los ojos. Luego le advirtió que si volvía a ponerle una

mano encima se lo rompería. Roche la llamó *zorra*. Conway le apretó un poco más el dedo, Roche se echó a gritar, Conway lo soltó y siguió escribiendo en la pizarra.

—A mi modo de ver, eso convertiría a Roche en un leproso, no a Conway.

Mackey soltó una carcajada.

—Te he echado de menos, chaval. De verdad que sí. Se me había olvidado lo mono que eres. Tienes razón: en una Brigada perfecta, así es como debería funcionar. Y, en algunas, dentro de unos años, así será como funcione la cosa. Pero por ahora, Homicidios dista mucho de ser un lugar agradable. No es que los muchachos sean malas personas, al menos no la mayoría de ellos; más bien, parecen una mezcla entre un club de rugby, un grupito de gente que está a la onda y unos cuantos gordos. Si Conway hubiera hecho algún comentario agudo o se hubiera echado unas risas o le hubiera agarrado el culo a Roche la próxima vez que lo hubiera visto agachándose, habría quedado como una campeona. Le bastaba con hacer ese pequeñísimo gesto para encajar en el Departamento. Pero no lo hizo, y ahora el resto de la Brigada piensa que es una zorra antipática, tocapelotas y engreída.

—Pues qué bien pinta la brigada de Homicidios. ¿Pretendes que se me quiten las ganas de incorporarme?

Abrió las manos.

—No digo que lo apruebe; lo único que te cuento es cómo funciona la cosa. Y, además, no necesitas que nadie te lo diga. El discursito sobre culpar al acosador y no a la víctima ha estado muy bien, pero dime la verdad: pongamos que te incorporas a Homicidios mañana y que alguien te llama pelirrojo de pacotilla y te dice que por qué no te vuelves al paro, que es donde mereces estar. ¿Qué harías tú? ¿Le romperías los dedos? ¿O le seguirías el juego, te echarías unas risas, lo llamarías monstruo del pantano follaovejas y harías lo que fuera necesario para salir airoso de la situación? Dime la verdad.

Mackey me miró a los ojos, con una mirada opaca y entendida en mitad de la luz crepuscular, hasta que yo aparté la mía.

—Le seguiría el juego.

—Sí, claro que sí. Pero no lo digas como si fuera algo malo, cariño. Yo haría exactamente lo mismo. Ese tipo de encaje es el que hace que el mundo siga girando. Hay que ceder un poco. Cuando alguien como Conway decide que no quiere seguir el juego, es cuando las cosas se tuercen.

Me pareció estar escuchando a Joanne. «Se comportan como si pudieran hacer lo que les apetezca. El mundo no funciona así». Me pregunté qué pensaría Mackey de que Holly y sus amiguitas le sacaran el dedo corazón al mundo.

—Su jefe no es ningún idiota; cuando el ambiente en la sala de la Brigada empezó a envenenarse, lo notó. Fue apartando a sus muchachos y preguntándoles qué sucedía; todos cerraron el pico y le dijeron que todo iba como la seda y que allí reinaba la cordialidad. Homicidios es así: una panda de escolares, nadie quiere ser el acusica. El jefe no se lo creyó, pero sabe que nunca le van a contar la verdad. Y sabe

también que el día en el que las cosas cambiaron de rumbo fue el día en el que Conway entró por la puerta. Por lo que a él concierne, ella es el problema.

—Así que se va a deshacer de ella a la primera excusa que encuentre —apunté yo.

—No. No le pegarán la patada de Homicidios porque es la clase de persona que pone una demanda por discriminación y no les interesa tener ese tipo de publicidad. Pero los demás se asegurarán de que se vaya. Nunca conseguirá un compañero. Nunca obtendrá un ascenso. Los muchachos nunca la invitarán a unírseles para tomar una cerveza después del trabajo. Y no le volverán a asignar ningún otro caso importante; una vez que se rinda con este, no habrá nada en su escritorio salvo una lista de camellos de medio pelo hasta el día en que presente su dimisión. —El humo ascendía describiendo volutas desde su mano, una mancha de advertencia en el dulce aire—. Con el tiempo, eso acaba desgastándose. Conway tiene mucha fuerza de voluntad, durará más que la mayoría, pero al final acabará derrumbándose.

—La carrera profesional de Conway es asunto suyo. Yo estoy aquí por la mía. Esta es mi oportunidad de demostrar a los de Homicidios de lo que soy capaz.

Mackey negaba con la cabeza.

—No, no lo es. Es una ronda de seis balas a la ruleta rusa. Si no te llevas bien con Conway, regresarás a Casos Abiertos: adiós, nos vemos por ahí, y todo el mundo recordará que Moran no logró apañárselas en la Liga de los Grandes ni siquiera durante un día. Y si te llevas bien con ella, entonces te convertirás en su perrito faldero. Nadie más en Homicidios, y eso incluye al mandamás, se acercará a ti a menos de dos metros de distancia. Todo lo malo se pega, chaval. Si no tienes una estrategia, te sugiero que vayas pensando en una. Y rapidito.

—Lo único que pretendes es remover la mierda —repliqué—. Si consigues que Conway y yo nos miremos con desconfianza, lograrás que desviemos la vista del balón. Y lo siguiente que sabremos es que el caso se nos ha escapado de las manos.

—Podría ser perfectamente. Suena a algo que yo haría. Pero me gustaría que te preguntaras una cosa: ¿significa eso que estoy equivocado?

Las púas de ortiga en el aire de la brigada de Homicidios, finas y venenosas, cuando entró Conway. Pinchos diminutos y pegajosos clavándose bien adentro.

—¿Qué le has explicado a Conway sobre mí? —pregunté.

Mackey sonrió.

—Lo mismo que te he dicho a ti, cielito: solo la verdad, y nada más que la verdad. ¡Que Dios te ampare!

Y allí estaba. Me dieron ganas de darme una patada por haberlo preguntado. Sabía exactamente lo que Mackey le había explicado a Conway. No necesitaba que ninguno de los dos me lo aclarara.

«¡Qué interesante la estrategia de dejar subir a bordo al joven Stephen! Algunos dirían que es una insensatez sin paliativos, pero yo prefiero concederle el beneficio de la duda...».

—Ahhh —exclamó Mackey mientras se desperezaba. Miró su cigarrillo, consumido en una larga ceniza. Lo tiró al suelo—. Lo necesitaba. ¿Vamos?

Conway estaba apoyada en la parte exterior de la puerta, con las manos en los bolsillos de los pantalones, inmóvil. Nos esperaba. Entonces lo supe.

«No es usted tonta, detective Conway; apuesto a que ha oído la historia de cómo conocimos Holly y yo al detective Moran. Al menos, en parte. ¿Le apetece saber el resto?».

Se enderezó al ver que nos acercábamos. Abrió la puerta y le cedió el paso a Mackey. Me miró a los ojos. Mientras cerraba la puerta a espaldas de Mackey, este me lanzó una sonrisa de ganador por encima del hombro.

—A partir de aquí, continúo yo —me comunicó Conway.

«Moran acababa de colgar el uniforme y se encargaba del papeleo en un caso de Homicidios. El detective al cargo se llamaba Kennedy. Kennedy se portaba bien con el joven Stephen. Muy bien, a decir verdad. Lo sacó de las profundidades de los agentes temporales y le brindó la oportunidad de anotarse un tanto. La mayoría de los detectives no lo habría hecho; la mayoría de los detectives se habría quedado con alguien de eficiencia contrastada, nada de novatos. Me apuesto lo que sea a que Kennedy desearía haberlo hecho...».

Yo solo hice lo que Mackey me pidió por aquel entonces. Jamás se me ocurrió, y debería haberseme ocurrido, que se lo guardaría en la manga y lo usaría en mi contra algún día, si es que lo necesitaba.

Dije en voz muy baja, pues Mackey tenía la oreja presionada contra la puerta para escucharnos:

—Mackey está intentando jodernos.

—No hables en plural. Aquí estamos yo y mi caso, y un tipo que me ha resultado útil a lo largo del día, pero ahora ha dejado de serlo. No te preocupes: le escribiré a tu jefe una nota agradable indicándole lo buen chico que eres.

Como un rechazado en la mandíbula. No debería haberme sorprendido: tenía razón, solo había transcurrido un día. Pero me dio de pleno.

Seguramente se me notó. Mi expresión debió de despertar un leve sentimiento de culpabilidad a Conway.

—Te acercaré hasta la comisaría; dame tu número de teléfono: te enviaré un mensaje cuando haya terminado. Hasta entonces, ve a comprarte un bocadillo, date un paseo agradable y dedícate a contemplar el paisaje. A ver si se te aparece el fantasma de Chris. Haz lo que te plazca.

«En cuanto su amiguito Moran detectó su oportunidad, enculó a Kennedy, y sin vaselina. A la porra la lealtad, a la porra la gratitud y la corrección: lo único que le preocupaba al joven Stephen era su gloriosa carrera».

Dije, sin molestarme ya en hablar en voz baja:

—Estás haciendo exactamente lo que Mackey quiere que hagas. Quiere que yo desaparezca porque teme que Holly hable conmigo. ¿Es que no lo ves?

El rostro de Conway permaneció inescrutable.

—También lo ha intentado conmigo —continué—. Me ha estado contando rumores sobre ti con la esperanza de que me largara. ¿Y crees que yo le he hecho caso?

—Por supuesto que no. Porque a ti te interesa presumir de tu botín ante O’Kelly y te importa un bledo a la chepa de quién tengas que trepar para quitarle el caso y conseguirlo. Pero yo sí puedo perder algo con este caso, y no voy a permitir que lo pierdas tú por mí.

«A Kennedy lo pilló completamente desprevenido. Al menos, usted no andará a ciegas como él. Si no tiene una estrategia, le sugiero que se vaya buscando una. Y rapidito...».

Le facilité a Conway mi número de teléfono. Me cerró la puerta en las narices.

Uno de los talentos más portentosos de Julia siempre ha sido su capacidad de vomitar cuando le apetece. Le resultaba más útil en primaria, cuando nadie parecía darse cuenta de que devolver en público no era algo especialmente digno (gracias a ello consiguió una buena pasta, de un modo u otro), pero no ha perdido del todo su utilidad. Ahora se lo reserva para las ocasiones especiales.

Es martes por la mañana, 23 de abril, y a Chris Harper le quedan poco más de tres semanas de vida. Julia ingiere el desayuno más copioso y variado que puede, porque todo artista tiene su orgullo, y luego espera a que la clase de Economía del Hogar esté en su apogeo para vomitar y poner perdido todo el suelo como si de un espectáculo de pirotecnia se tratara. Orla Burgess se encuentra a su alcance, pero Julia resiste la tentación de vomitarle encima: su plan no incluye que envíen a Orla al ala de las internas para cambiarse de ropa. Cuando la señorita Rooney la ahuyenta hacia la enfermería, Julia, agarrándose el estómago, detecta a Holly y a Becca desconcertadas, mientras Selena observa por la ventana como si no se hubiera dado cuenta de que ha sucedido algo, y distingue también la sonrisa de mirada insulsa de Joanne mientras planea cómo difundir el rumor de que Julia Harte está embarazada, y a Gemma lanzándole una ojeada como un guiño, divertida y aprobadora.

Finge que le tiemblan las piernas y que le vienen arcadas ante la enfermera, responde a las preguntas de costumbre sobre su período (podrías romperte una pierna y aun así la enfermera te preguntaría cuándo tuviste la última regla; Julia sospecha que con un solo día de retraso se lo chivarían a las monjas y te someterían a un tercer grado) y unos cuantos minutos después se encuentra bien arropada en la cama con un vaso de ginger ale y un aspecto lamentable. Entonces la enfermera la deja sola.

Julia se mueve rápido. Lo tiene todo planeado: primero buscará en la parte del armario de Selena, luego en su cama y, si no lo encuentra ahí, hará saltar la base de la taquilla que hay junto a la cama de Selena (descubrieron cómo hacerlo el trimestre pasado, cuando Becca perdió su llave) y, si aun así no encuentra nada, entonces no tiene ni puñetera idea de qué va a hacer.

Pero no hace falta llegar tan lejos. Cuando desliza la mano por el lateral del colchón de Selena, entre la cama y la pared, detecta un bulto. Una raja diminuta en la funda del colchón y, en el interior, sorpresa, sorpresa, un móvil. Un adorable telefonito rosa, justo como el que Alison le compró a Joanne. Chris debió de adquirir un arsenal, uno para cada afortunada a la que tuviera previsto honrar con su gloriosa verga. Hasta que no ha podido contemplar aquel teléfono en su mano, Julia ha seguido pensando que existía alguna posibilidad, por remota que fuera, de que Gemma mintiera.

Selena no ha configurado ningún código de bloqueo, lo cual podría asestarle una punzada de culpabilidad a Julia, de quedarle espacio para eso. En su lugar, va directa a la carpeta de Mensajes y se dispone a leer.

«Sigo pensando en el baile; me encantaría verte otra vez...». Ahoga una respiración. Se ha estado preguntando cómo y cuándo Chris se ligó a Selena, ha revisado todas las salidas al Court, intentando detectar diez minutos en los que Lenie haya podido quedar desprotegida, pero casi le espeluzna constatar lo cerca que están siempre las cuatro las unas de las otras; ni siquiera recuerda cuándo ha ido al lavabo cualquiera de ellas sola. Y todo el tiempo: el maldito baile de San Valentín. Mientras Julia estaba fuera, cometiendo imprudencias con el ron y la sonrisa de Finn y la novedad chispeante y fría de cada nueva respiración, Selena andaba explorando también territorio ignoto. Y algo las observó y, sin ira ni misericordia, empezó a cavilar cuál debería ser su castigo.

Continúa leyendo. Chris es un experto; Julia casi se siente impresionada. Ha calado a Selena desde el principio. Un mensaje con contenido sexual, un solo atisbo de romanticismo, y Selena se habría esfumado; pero Chris es un chico listo: ni una sola insinuación. En su lugar, se dedicó a escribirle largos mensajes sobre los problemas de su hermana emo, sobre lo poco que lo comprendían sus padres y sobre cuánto le dolía no poder mostrar su yo sensible a sus superficiales amigos. Julia se alegra de haber vomitado y no tener ya nada en el estómago.

Selena es una incauta cuando alguien la necesita. Seguramente habrá quien lo llame arrogancia, por creerse tan superespecial como para poder ayudar cuando nadie más lo consigue, mientras que ella a veces sí lo logra. Julia debería saberlo. Puedes explicarle cualquier cosa a Selena, y a diferencia del resto del mundo, jamás te responderá algo que te dé ganas de partirle la cara o de partírtela tú mismo por haber abierto la estúpida boca. Por eso las personas que nunca hablan con nadie hablan con ella. Es a lo que está acostumbrada. Y eso fue lo que olisqueó Chris Harper. Y eso fue también lo que utilizó para acercársele como una serpiente y poder meterle mano por debajo de la camiseta.

Porque Selena también le explicaba cosas. «Ayer quería enseñarle un dibujo a mi padre cuando me llevó en coche a casa de mi madre y él no se dignó a entrar ni un segundo para verlo; se quedó esperando en el coche a que se lo sacara. A veces me gustaría no existir para que ellos no tuvieran que verse».

Selena nunca le ha explicado nada parecido a Julia. Julia no tenía ni idea de que se sintiera así.

Llevan quedando más de un mes. Con cada nuevo mensaje se hace más evidente que Selena bebe los vientos por Chris, que está locuela de amor, se torna cada vez más empalagosa. A Julia le cuesta decidir quién es el mayor idiota del mundo: si la tía que se ha enamorado de Chris Harper, el Sinvergüenza, o las tres amigas que han estado brincando a su alrededor sin enterarse absolutamente de nada. Le rechinan los dientes y se machaca el codo contra la pared hasta dejárselo en carne viva.

Y entonces Julia llega a esta mañana. Es lógico que Selena parezca distante. Acaba de dejar al indeseable de Chris.

La ráfaga de alivio casi hace que Julia se desplome de espaldas en la cama, pero

un segundo más tarde se desvanece. No durará. Selena ni siquiera es capaz de escribir el mensaje para dejarlo sin farfullar cuánto lo ama, y él ya le ha contestado con un mensaje iracundo en el que le pregunta qué demonios sucede y le suplica que quede con él esa misma noche. Selena no ha sucumbido, pero unos cuantos días más de «por favor, te necesito tanto...» y acabará haciéndolo.

Julia lo escucha tan claro como si resonara en bronce. «Tu oportunidad. Tu elección».

Pasa un largo minuto zumbando hasta que entiende qué significa eso. Sostener en una mano lo que sucederá si lo hace y en la otra lo que ocurrirá si se retira.

Le cuesta respirar. Piensa como un aullido: «No es justo. No es justo. No es justo. Haga lo que haga, voy a... Yo no me enrollé con Finn. Casi ni lo toqué. No hice nada por lo que ahora tenga que pagar». El silencio que sale a su encuentro le indica algo: no está en el despacho de McKenna. Aquí no se juega a buscarle los tres pies al gato, ni se esquivan preguntas lloriqueando con frases del tipo: «Pero, señorita, yo nunca, de verdad que no lo hice». No funciona. Aquí la injusticia no significa nada. Ya lo ha sopesado y ha tomado una decisión. Le quedan unos cuantos días para decidirse antes de que Selena vuelva con Chris y le conceda un último regalo.

A Julia se le pasa por la cabeza la posibilidad de estampar el teléfono contra la pared y de alinear las piezas resultantes de manera ordenada sobre la cama de Selena. También piensa en ir a ver a la matrona y decirle que necesita cambiar de habitación, solo por hoy. Y también se le ocurre meterse debajo de las sábanas y echarse a llorar. Al final, se limita a sentarse en la cama de Selena y observar la puesta de sol deslizarse por encima de su regazo, de su brazo y del teléfono que sostiene en la mano, mientras espera a que el sonido de la campana y los briosos pasos de sus compañeras la inciten a moverse.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Holly mientras lanza su bolsa sobre la cama—. ¿Qué has hecho?

—¿A ti qué te parece? Vomitar hasta la última papilla.

—¿Era en serio? Pensábamos que estabas fingiendo.

Julia no puede evitar mirar a Selena, pero Lenie no parece sospechar nada; se ha desplomado en su cama, con el uniforme puesto, y está hecha un ovillo de cara a la pared. Es evidente que Julia es lo último que le preocupa en esos momentos.

—¿Para qué? ¿Para pasarme todo el día más aburrida que una ostra? Tengo un virus estomacal.

Becca saca ropa del armario mientras canturrea en voz baja. Se interrumpe un momento para preguntar:

—¿Quieres que nos quedemos aquí contigo? Íbamos a ir al Court, pero porque pensábamos que tú también vendrías.

—Id tranquilas. De todos modos, no sería buena compañía.

—Yo me quedo —anuncia Selena, sin apartar la vista de la pared—. No me apetece ir a ninguna parte.

Holly le hace una mueca a Julia y ladea la cabeza: «¿Qué le pasa?». Julia se encoge de hombros: «¿Y yo qué sé?».

—Ah, sí, quería preguntároslo... —Becca se saca el jersey del uniforme por la cabeza y el cabello le cae como una catarata—. ¿Salimos esta noche?

—Yo me encuentro fatal, ¿recuerdas? —responde Julia—. Lo único que me apetece es dormir.

«Por favor, ¿podemos quedar esta noche? —le ha escrito Chris a Selena—. Misma hora y mismo lugar. Te estaré esperando».

—Vale —responde Becca, sin percatarse del matiz antipático en la voz de Julia. Hace un año se habría estremecido de dolor, como si le hubieran encajado un puñetazo. «Algo es algo —piensa Julia—. Al menos ha ocurrido algo bueno»—. ¿Mañana tal vez?

—Yo me apunto —responde Holly, lanzando su chaqueta al armario.

—En función de cómo me encuentre —añade Julia.

Selena sigue mirando la pared.

Esa noche Julia no duerme. Se acurruca hecha un ovillo tal como suele dormir, cierra los ojos, mantiene una respiración larga y regular, y escucha. Se tapa la boca con la mano, para poderse morder y despertarse si se adormila.

Selena tampoco duerme. Julia le da la espalda, pero la nota removerse, inquieta. En una o dos ocasiones su respiración va acompañada de un sonido húmedo, como si estuviera llorando, pero Julia no está segura.

Al cabo de unas horas, Selena se sienta, muy despacio, movimiento a movimiento. Julia la oye contener el aliento, mientras las escucha, y se obliga a permanecer relajada, inactiva. Becca ronca, un ronquido minúsculo y delicado.

Transcurrido un largo rato, Selena vuelve a tumbarse. Y ahora ya no cabe duda de que está llorando.

Julia imagina a Chris Harper esperando en la arboleda, probablemente lanzando piedras a los crujidos y orinando en los troncos de los cipreses. Rezaría por que le cayera una rama de un árbol en la cabeza y le dejara el cerebro hecho papilla sobre la hierba, pero sabe que eso no va a suceder.

El miércoles por la tarde, mientras preparan los libros para la hora de estudio, Julia dice:

—Esta noche.

—¿Ya te has recuperado del virus? —le pregunta Holly al tiempo que lanza un cuaderno a su pila. Su mirada de reojo indica que no está muy convencida.

—Si me vuelve a pasar, me aseguraré de apuntar hacia ti.

—Como quieras. Lo que no quiero es que te pongas a vomitar cuando estemos

frente a la puerta de la habitación de la matrona y que nos pillen.

—Eres todo corazón —replica Julia—. Beccs, ¿tú te apuntas?

—Por supuesto —responde Becca—. ¿Me prestas tu jersey rojo? Me he manchado de mermelada el mío negro y, si no, me voy a congelar ahí fuera.

—Claro.

No hace frío, pero a Becca le encanta pedir prestadas cosas y prestarlas a su vez, todos los pequeños rituales que las desdibujan a las cuatro en un único espacio cálido. Si por ella fuera, las unas utilizarían la ropa de las otras.

—Lenie —dice Julia—. ¿Vienes esta noche?

Selena levanta la mirada de su programa de estudios. Parece melancólica y más delgada desde los dos últimos días, como si la iluminara una luz más tenue que al resto de la habitación, pero la idea de pasar la noche fuera hace que se le encienda una chispa que se asemeja a la esperanza.

—Sí, claro que sí. Lo necesito.

—Dios, yo también —responde Julia. «Una vez más —piensa—. Una última noche».

Corren. Julia arranca en cuanto sus pies tocan la hierba justo debajo de la ventana y nota la carrera de las otras a su espalda. Descienden serpenteando por el inmenso prado de delante de la escuela, cual aves salvajes lanzadas al cielo. Frente a ellas, la casa del guarda resplandece en amarillo, pero están seguras: el vigilante de la noche no aparta la vista del portátil salvo para hacer sus rondas a medianoche y de nuevo a las dos de la madrugada y, además, son invisibles, no hacen ruido y no proyectan sombras; podrían acercársele tanto como para tocarlo, presionar sus rostros contra el vidrio y pronunciar su nombre con sonsonete y él ni siquiera pestañearía.

Lo han hecho antes, cuando les intrigaba saber qué hacía el vigilante en la caseta. Se dedica a jugar al póquer en línea.

Viran a la derecha, guijarros blancos salen disparados bajo sus pies y de pronto están debajo de los árboles, descendiendo cada vez más rápido por los senderos, con el pecho abrasándoles y las costillas doloridas. Julia corre como si quisiera sobrevolar el sendero y despegar hacia esa luna en forma de rueda de carreta. Para cuando se desploman en el calvero, de tanto correr se le han olvidado todas las preocupaciones.

Ríen, con el poco resuello que les queda.

—Jopé —exclama Holly, doblándose por la cintura mientras se sujeta con la mano el costado, en el punto donde nota el flato—. ¿Qué ha pasado? ¿Es que pretendéis apuntaros a una carrera campo a través el año que viene?

—Basta con fingir que la hermana Cornelius nos persigue —apunta Julia.

La luna está casi llena, solo falta que se le perfile un último borde difuso para acabarse de llenar al día siguiente, y Julia tiene la sensación de que podría saltar los arbustos que le llegan hasta la cintura sin siquiera tomar carrerilla, que podría

elevarse sin más, sortearlos pedaleando los pies en lentos círculos subacuáticos en pleno aire y caer de puntillas con la ligereza de una semilla de diente de león. Ni siquiera le falta la respiración.

—«¡Chicas! Os he dicho una y mil veces que no hay que correr por la hierba, las plantas herbáceas ni por las pasturas con vegetación verde...» —dice.

Y todas estallan en carcajadas.

—«La Biblia nos dice que Nuestro Señor Jesucristo nunca corrió, ni al trote ni al galope...».

A Becca le cuesta respirar de tanto reír.

Holly levanta un dedo.

—«... ¿y quiénes sois vosotras para creer o pensar que sois mejores que Nuestro Señor? ¿Y bien?».

—«Tú, Holly Mackey...».

—«... sea cual sea ese nombre que tienes, porque no existe ninguna santa llamada Holly, creo que a partir de ahora tendremos que llamarte Bernadette...».

—«... tú, Bernadette Mackey, deja de correr en este mismísimo instante».

—«... momento y minuto...».

—«... ¡y dinos qué habría pensado Nuestro Señor de ti! ¿Y bien?».

Julia se da cuenta de que Selena no se ha unido a la conversación. Está sentada, abrazada a sus rodillas, con el rostro elevado al cielo. La luz de la luna le da de pleno y la transforma en algo que apenas se puede vislumbrar: un fantasma o una santa. Parece estar rezando. Quizá lo haga.

Holly también observa a Selena, y ha dejado de reír.

—Lenie —le dice con voz queda.

Becca se apoya en un codo. Selena no se mueve.

—¿Eh? —pregunta.

—¿Qué te pasa?

Al tiempo que se deja caer como una roca junto a la cabeza de Selena, Julia piensa: «Cállate. Esta es mi noche, mi última noche, no te atrevas a estropeármela».

Selena vuelve la cabeza. Por un instante, sus ojos, quietos y cansados, se encuentran con los de Julia. Entonces le pregunta a Holly:

—¿Qué?

—Te sucede algo, ¿verdad?

Selena observa a Holly con serenidad, como si siguiera esperando a que le formulara la pregunta, pero Holly se ha sentado muy recta y no piensa recular. Julia clava las uñas con fuerza en la tierra.

—¿Qué ocurre? ¿Te duele la cabeza? —pregunta Holly.

Aquellos ojos cansados se deslizan de nuevo hacia ella. Tras una larga pausa, Selena contesta:

—Sí. Beccs, ¿me peinas?

A Selena le encanta que le toqueteen el pelo. Becca se coloca rápidamente detrás

de ella y le quita la goma elástica; su cabellera cae en cascada hasta casi rozar la hierba, un centenar de tonos entre el dorado y el albino, resplandecientes. Becca lo sacude como si fuera un tejido delicado. Entonces empieza a pasarle los dedos por la cabellera, a un ritmo constante y confiado. Selena suspira. Ha dejado sin contestar la pregunta de Holly.

Julia agarra con fuerza una piedra ovalada y lisa que sus uñas desentierran. La saca y la limpia. El aire es cálido, salpicado por diminutas polillas centelleantes y multitud de perfumes: un millón de jacintos, el fuerte olor a aguas profundas de los cipreses, la tierra en sus dedos y la fría piedra en la palma de su mano. A estas alturas tienen el olfato como los ciervos. Si alguien intentara acercárseles sigilosamente, no conseguiría hacerlo a menos de veinte metros.

Holly se ha tumbado boca arriba y cruza una rodilla sobre la otra, pero el pie que le cuelga se balancea inquieto.

—¿Desde cuándo te duele la cabeza?

—¡Venga ya! —le dice Julia—. Déjala en paz.

Becca la mira fijamente por encima del hombro de Selena, con los ojos como platos, como un niño pequeño que observa a sus padres discutir.

—Perdona —dice Holly—, pero hace días que está así y se supone que, si a uno le duele la cabeza varios días seguidos, tiene que ir al médico.

—Vas a conseguir que me acabe doliendo la cabeza a mí —le replica Julia.

—¡Tengo miedo de los exámenes! —estalla Becca con una voz demasiado estridente.

Holly y Julia se detienen en seco y la miran.

—Claro, se supone que tienes que tenerlo —comenta Holly.

Da la sensación de que Becca habría preferido mantener el pico cerrado.

—Ya lo sé. Pero tengo mucho miedo, en serio. Estoy aterrorizada.

—Para eso está la preselectividad —responde Holly—. Para asustarnos tanto como para comportarnos bien. Por eso la ponen este año, justo cuando todo el mundo empieza a salir y a hacer cosas. ¿Sabes todo ese blablablá acerca de que si no sacas un sobresaliente en todas las materias, acabarás trabajando en un Burger King el resto de tu vida? Pues la idea es que nos quedemos tan petrificadas que no hagamos nada como echarnos novio, ir a discotecas o, por ejemplo, escaparnos de noche, por si acaso eso pudiera distraernos y... ¡oh, nooooo! ¡Marchando Whopper con patatas fritas, por favor!

—No es por eso del Burger King... Lo que me asusta es, por ejemplo: ¿qué pasará si suspendo Ciencias y no me dejan presentarme a Biología en la Selectividad?

A Julia la coge tan por sorpresa que prácticamente se olvida de Holly y Selena. Becca nunca ha mencionado nada sobre qué sucederá una vez que finalice la escuela, nunca. Selena siempre ha querido ser artista, Holly se plantea hacer Sociología y a Julia cada vez le seduce más la carrera de Periodismo; pero Becca se limita a observar sus conversaciones como si no fueran con ella, como si estuvieran

codificadas en un idioma que no hablara y que no quisiera aprender, y se muestra susceptible durante horas.

Al parecer, Holly piensa lo mismo:

—¿Y qué problema hay? —quiere saber—. Ni que quisieras hacer Medicina o algo así. No tienes por qué sacar un excelente en Biología. Si ni siquiera sabes todavía a qué quieres dedicarte, ¿no es cierto?

—No tengo ni idea. De hecho, no me importa. Pero... —Becca tiene la cabeza gacha y la mirada concentrada en sus manos, que se mueven cada vez más rápido—. Pero es que no puedo ni imaginarme lo que sería no estar en la misma clase que vosotras el año que viene. Yo no quiero quedarme rezagada mientras vosotras estudiáis todas en el mismo curso. Me cuesta muchísimo imaginar que ya no nos veremos más y que yo tendré que quedarme sentada junto a la idiota de Orla Burgess el resto de mi vida. Me suicidaré.

—Si tú suspendes Ciencias, Lenie y yo también suspenderemos —dice Holly—. No te ofendas, Lenie, pero ya sabes a qué me refiero. —Selena asiente, con cuidado para que Becca no le tire del pelo—. De modo que nos sentaremos todas juntas al ladito de la tonta de Orla Burgess. Nosotras no somos más listas que tú.

Becca se encoge de hombros y, sin alzar la vista, dice:

—Casi suspendí en los simulacros de examen.

Sacó un aprobado, pero eso no importa. Lo que ocurre es que percibe algo raro en el aire, algo que la electriza y no sabe qué es ni dónde está, y necesita saber que ellas cuatro siguen siendo una piña porque cree que solo eso hará que todo vuelva a estar bien. Julia sabe lo que quiere escuchar. «¿Qué más da la nota que saquemos? Seleccionaremos juntas las asignaturas, y elegiremos las que todas podamos hacer. ¿A quién le importa la universidad? Pero si aún faltan millones de años...».

Selena es quien suele decir ese tipo de cosas. Y entonces Julia le replica que deje de ser tan boba y que cualquiera que suspenda Inglés se quedará sola, porque, personalmente, ella prefiere darle un beso con lengua a Orla Burgess que repetir Inglés y que la obliguen a escuchar a la señorita Fitzpatrick sorberse los mocos cada diez segundos como un reloj.

Selena calla. Vuelve a estar ausente, con los ojos perdidos en el cielo, meciéndose al ritmo de los dedos de Becca.

—Si suspendes Ciencias, nos quedaremos las cuatro en la misma clase. Yo sobreviviré si no consigo hacer carrera como neurocirujana de talla internacional —dice Julia.

Becca alza la mirada, desconcertada, intentando detectar el sarcasmo, pero Julia le sonrío, y es una sonrisa sincera. Tras el primer instante de confusión, Becca le devuelve la sonrisa. Selena se mece más despacio cuando el ritmo de sus manos desciende.

—De todas maneras, a mí no me apetece hacer Biología —comenta Holly. Estira las piernas indulgentemente y se enlaza las manos tras la nuca—. Te hacen

disecionar el corazón de una oveja.

—¡Puaj! —exclaman todas, incluso Selena.

Julia se guarda la piedra en el bolsillo y se pone en pie. Dobla las rodillas, balancea los brazos y salta; sobrevuela el arbusto un segundo, con los brazos en cruz, la cabeza echada hacia atrás y el cuello expuesto al cielo; y desciende flotando sobre la hierba, de puntillas, como una bailarina.

El jueves, Julia vomita al inicio de la clase de Orientación, justo cuando la hermana Cornelius está a punto de dar por terminada una larga y confusa bronca sobre las discotecas y el respeto por una misma y lo que Jesús pensaría de tomar drogas como el éxtasis. Imagina que quizá pueda sacar algo de aquello.

El teléfono de Selena sigue en el mismo sitio. Chris le ha estado enviando mensajes predecibles. Selena no los ha contestado.

Julia le escribe: «Esta noche a la 1.00, donde siempre. NO me contestes. Ven y ya está». Una vez que ha salido el mensaje, lo borra de la carpeta de *Enviados* de Selena.

Tiene previsto tumbarse en la cama y estudiar, porque el mundo real continúa existiendo, tanto si al indeseable de Chris como a la tonta de Selena les gusta o no, y van a tener que presentarse a la preselección, cosa que, hasta ahora, en realidad le resulta reconfortante. En su lugar, se queda dormida, con un sueño tan instantáneo y profundo que ni siquiera encuentra fuerzas para combatirlo.

Se despierta porque las demás entran en estampida en la habitación y hay gente gritando en el pasillo.

—Madre mía —exclama Holly, al tiempo que cierra la puerta de un portazo tras ellas—. ¿Sabes a cuento de qué viene todo eso? A que Rhona ha escuchado que la prima de alguien estaba haciendo cola en un sitio para algo y uno de los miembros de One Direction, uno de esos que lleva el corte de pelo tan estúpido, le tocó la mano. ¡No que se casara con ella! ¡Que le tocó la mano! Y mira la que han liado. Casi me quedo sorda. Hola.

—He tenido una recaída —se justifica Julia al tiempo que se sienta—. Si quieres que te lo demuestre, acércate.

—Me da igual —replica Holly—. No te he preguntado nada.

Esta vez no parece importarle. Tiene los ojos posados en Selena, que anda hurgando en el armario, con la cabeza gacha y la cara oculta bajo su mata de pelo. Selena mueve las manos a cámara lenta por el cajón, como si aquello requiriera más concentración de la que puede dedicarle.

Holly no es tonta.

—Ey —dice Julia mientras agita el brazo que se le ha quedado dormido—. Si vais a ir al Court, ¿podéis comprarme unos auriculares? Voy a morirme de aburrimiento si me quedo más tiempo aquí encerrada sin música.

—Utiliza los míos —le ofrece Becca.

Becca tampoco es tonta, pero todo cuanto está sucediendo ante sus ojos se le escapa; le queda fuera de su horizonte. A Julia le gustaría meterla en la cama y taponarle la cabeza con el edredón, protegerla en un lugar calentito y seguro hasta que todo pase.

Holly sigue observando a Selena.

—No quiero los tuyos —replica Julia, sin poder hacer nada por ahorrarle el rostro de dolor a Becca—. Me hacen daño. Tengo las orejas con una forma rara. ¿Hol? ¿Te importa prestarme esas diez libras?

Holly sale de su ensimismamiento.

—No, para nada. ¿Qué auriculares quieres?

Su voz suena bien, normal. Julia se aferra a ese hilillo de alivio.

—Unos de esos rojos pequeños como los que tenía. ¿Y me compráis también una Coca-Cola, por favor? Estoy harta de ginger ale.

Eso debería de mantenerlas ocupadas. Solo hay un lugar en el Court donde vendan los auriculares rojos: una tienda de accesorios diminuta situada en la parte trasera de la planta superior, el último lugar donde van a buscar. Con suerte, regresarán justo a tiempo para recoger sus libros e ir a estudiar, y Julia no tendrá que verlas más que unos segundos.

Constatar que está intentando esquivar a sus mejores amigas la abate con otro tsunami de sueño. Los sonidos ascienden en espiral alejándose de ella: Holly comenta algo, Becca cierra de un portazo su taquilla, Rhona sigue farfullando algo en la distancia y una canción suena al fondo del pasillo, con un ritmo dulce, ligero y rápido: «Me queda tanto, me queda tanto por recorrer»... Julia ya duerme.

Esa noche, cuando las luces se apagan, Julia se da cuenta de para qué le han servido esos sueñecitos: está completamente desvelada, no se adormecería ni queriendo. Y las otras, agotadas después de salir anoche, están fuera de combate.

—Lenie —dice en voz bajita a la habitación a oscuras. No tiene ni idea de qué dirá si Selena le contesta, pero ninguna de las otras se mueve siquiera—. Lenie —repite, esta vez más fuerte.

Nada. La respiración de sus amigas, rítmica y fuerte, suena narcotizada. Julia puede hacer lo que le plazca. Nadie va a detenerla.

Se levanta y se viste. Tejanos cortos, un top muy escotado, sus zapatillas deportivas Converse y una sudadera con capucha rosa muy mona. Julia es buena actriz: sabe cómo vestirse para interpretar su papel. Ni siquiera se molesta en no hacer ruido.

La luz del pasillo confiere al panel de vidrio que hay sobre el travesaño un leve destello grisáceo. Bajo su resplandor, Julia contempla a sus amigas. Holly está despatarrada boca arriba, Becca dibuja una curva nítida como un gatito y Selena es un torbellino de cabello dorado y dedos vagamente enredados sobre la almohada. Su

respiración constante se ha vuelto más sonora. En el segundo previo a abrir la puerta y deslizarse afuera en el pasillo, Julia las odia con todas sus fuerzas.

Esa noche todo es distinto en el exterior. El aire es cálido e inquieto, y la luna parece enorme y demasiado cercana. Los ruidos suenan más afilados, centrados en ella, la ponen a prueba: las ramitas crujen en los arbustos intentando sobresaltarla, y las hojas susurran a su paso y le hacen volver la cabeza. Algo dibuja círculos entre los árboles y emite un canto agudo y cada vez más fuerte que desciende por su columna vertebral como una advertencia: Julia no logra discernir si intenta advertirle de algo a ella o viceversa. Hace tanto tiempo que no siente miedo por nada en medio de esos terrenos, que había olvidado que algo pudiera provocárselo. Avanza más deprisa y se dice que se debe solo a que está sola.

Llega pronto al calvero. Se desliza tras uno de los cipreses y se apoya en él; nota cómo su corazón palpita contra la corteza. Esa cosa la ha seguido; emite su canto creciente en lo alto de los árboles. Intenta atisbar de qué se trata, pero se mueve demasiado rápido; no distingue más que la sombra de un ala larga y delgada por el rabillo del ojo.

Chris también llega temprano. Julia lo escucha acercarse desde un kilómetro de distancia, y ruega que sea él, porque, de lo contrario, algo del tamaño de un ciervo avanza desplomándose por los senderos como si no le importara que lo oyeran. Julia clava los dientes en la corteza del ciprés y lo prueba con la lengua; tiene un sabor acre y silvestre.

Entonces Chris entra en el calvero. Alto y con la espalda enderezada, ausculta.

Bajo la luz de la luna parece distinto. De día no es más que otro chaval del Colm, mono, si una tiene el gusto de una cadena de restaurantes baratos, y encantador, si no te importa saber cómo se desarrollará una conversación incluso antes de que dé comienzo. Pero aquí es algo más. Tiene esa belleza que solo poseen las cosas que duran para siempre.

Julia nota algo parecido a una descarga de una verja eléctrica: Chris no debería estar ahí. Chris Harper, ese imbécil adolescente *cazatetas* podría haber acudido en busca de tetas como un adolescente imbécil y largarse luego tan tranquilo como un inconsciente, igual que un zorro que sale a aparearse o que un gato en celo; en el bosquecillo no se movería ni una sola rama para tomar nota de alguien tan insignificante y vulgar, que se dedica a hacer cuanto hacen los de su especie. Pero este chico: la arboleda ha advertido su presencia. A este muchacho como un mármol blanco, con la cabeza erguida y los labios entreabiertos, el bosquecillo le tiene reservado un papel.

Julia entiende que lo único inteligente que puede hacer es largarse de allí. Comprende que la situación la sobrepasa. Sabe que lo más sensato sería regresar con muchísima cautela a su cama y confiar en que Chris crea que Selena le estaba tomando el pelo y monte otra rabieta de niño malcriado. Esperar a que la arboleda le permita regresar al chaval que es durante el día. Hacer tiempo hasta que todo se

desvanezca.

Pero no se marchará. Lo que la ha llevado hasta allí no ha cambiado: si ella no se atreve esta noche, Selena lo hará mañana, o la semana que viene, o la siguiente.

Julia sale a la hierba y nota la fría luz de la luna desparramarse por su espalda. Tras ella, los cipreses tiemblan preparándose para la acción.

Sus movimientos hacen que Chris se gire hacia ella como un remolino y salte hacia delante con los brazos extendidos, con el rostro resplandeciente de algo que recuerda a la alegría más pura: el chaval es incluso mejor de lo que había imaginado, no le extraña que Lenie se enamorara de él. Cuando Chris ve que no se trata de Selena, se detiene con una especie de chirrido, como si fuera un personaje de los dibujos animados.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta.

—¡Qué halagador! —responde Julia, sin poder reprimirse. Sabe bien que esta noche no le toca ir de listilla. Conoce exactamente cómo tiene que comportarse; ha observado a suficientes chicas obligándose a marcar las formas correctas, a tensar tanto las cuerdas que incluso les cuesta respirar. Bate las pestañas y suelta una risita propia de la más pura Joanne—. ¿A quién esperabas?

Chris se aparta el flequillo lacio de la cara.

—A nadie. No es asunto tuyo. ¿Has quedado con alguien o qué?

Los ojos de Chris lo revisan todo, miran hacia el sendero y auscultan cada crujido. Lo único que desea de Julia es que desaparezca pronto, antes de que llegue Selena.

—He quedado contigo —le responde Julia, agachando la cabeza con coquetería—. Hola.

—¿De qué demonios hablas?

—Pues que soy yo quien te ha enviado el mensaje.

Con esa frase atrae la atención de Chris.

—¿Me lo dices en serio?

Julia realiza una combinación de gestos a medio camino entre el encogimiento de hombros, un contoneo y una risita nerviosa.

Chris deja caer la cabeza hacia atrás y se mueve; describe un círculo rápido y tenso alrededor del calvero. Está furioso con ella por no ser Selena y por haberle visto esa mirada en el rostro, y Julia cae en la cuenta de que debería haberlo anticipado.

Sube la voz una octava y emite un pequeño gimoteo de convencimiento, como una buena jovencita sumisa ante el gran e importante chico.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¡Joder!

—Lo siento mucho por... Ya sabes. Por haberte engañado. Yo solo... —Julia agacha la cabeza y lo mira de reojo. Con voz aflautada dice—: Quería quedar contigo. En privado. Ya sabes a qué me refiero.

Y, de repente, Chris ha dejado de moverse y la observa. Ya no está enfadado;

ahora siente curiosidad.

—Podrías haberte acercado y haber hablado conmigo. En el Court, o donde fuera. Es como se comporta la gente normal.

Julia hace un puchero.

—Sí, claro, eso sería si no fueras tan popular. Siempre hay cola, literalmente, para acercarse a ti.

Y de este modo arranca el principio de una sonrisa de gratificación abriéndose paso en la comisura de la boca de Chris. Es tan fácil que a Julia le cuesta creerlo; de repente entiende por qué todo el mundo se dedica a actuar así.

—¿Qué me dices? —le pregunta, marcando las tetas—. ¿Te apetece que nos sentemos a charlar?

Chris inquiere con un recelo repentino:

—¿Cómo...? Ese teléfono desde el que me escribiste el mensaje. ¿Cómo...?

Quiere saber si Selena está implicada en todo aquello. Por un instante, Julia se plantea hacerle creer que sí. Pero entonces Chris podría pedirle explicaciones a Selena y la cosa se complicaría. Le explica la verdad, o parte de ella.

—Selena y yo compartimos habitación. Encontré su teléfono y leí tus mensajes.

—Vaya —exclama Chris. Retrocede un paso y levanta las manos—. ¿Entonces sabes lo nuestro?

Julia emite una risita adorable.

—Soy una chica lista.

—¡Joder! —exclama Chris, con un desprecio indisimulado en el rostro—. Pero ¿no es tu amiga? Ya sé que las chicas podéis ser unas canallas, pero esto es distinto.

—No te enteras de nada —le replica Julia.

No se preocupa en poner un tono empalagoso y, por un instante, el Chico Genio frunce el ceño, pero antes de que tenga tiempo para empezar a preguntarse si se tratará de un plan elaborado para reírse de él, ella saca un condón del bolsillo de su sudadera y lo sostiene en alto.

Y eso hace que a Chris se le olvide todo lo demás. Se le desencajan los ojos de las órbitas. A lo sumo, esperaba morrearla con ella y pelearse por tocarle las tetas. Pero jamás se le había pasado aquello por la cabeza.

Al cabo de un momento, le pregunta:

—¿Vas en serio? Me refiero a que..., no sé, no hemos hablado ni tres veces el uno con el otro.

Julia logra soltar una risita.

—Venga ya. James Gillen debe de haberte contado algo sobre mí, ¿no?

Chris se encoge de hombros incómodo.

—Bueno, sí. Pero James dice muchas chorradas. Yo creía que le habías dado largas y que simplemente se estaba comportando como un indeseable.

Por un segundo, sus palabras sacuden a Julia. Ella que pensaba que todo el mundo se había creído al mierda de James Gillen, y ahí estaba Chris, el último chico en el

que ella habría pensado... La criatura emite un sonido de advertencia entre los cipreses de nuevo y un bombardeo de cosas se abate sobre Julia: se cuestiona si Chris iría en serio con Selena, si sus mensajes serían sinceros y si en realidad es alguien que podría caerle bien en lugar de... Todas esas cosas la remueven por dentro y la ablandan. Un segundo más y se desmoronará.

—James es un miserable —replica—, pero no es un mentiroso. Escucha, estamos en el siglo XXI. Se supone que a las chicas también nos está permitido disfrutar del sexo. Tú estás muy bueno y he oído decir por ahí que besas de fábula. Es lo único que necesito saber. No pretendo casarme contigo.

Además, Chris no debe de haber estado tan enamorado de Selena, a fin de cuentas, o el condón no lo habría hipnotizado. Da un paso al frente.

—Eh, espera un momento —le dice Julia, deteniéndolo con las palmas de las manos, y se da un estrujoncito en la nariz para suavizar el momento—. Solo una cosa: no pienso compartir a un tío con mi mejor amiga. No me importa con quién más te enrolles, pero a partir de ahora mismo Selena queda fuera del menú. ¿Trato hecho?

—¿Qué...? —Gran parte del cerebro de Chris sigue concentrado en el condón, pero frunce el ceño—. Has dicho que no te importaba que estuviera con ella.

—Escucha. Préstame mucha atención. Lo digo en serio. Si intentas jugárnosla a las dos, lo descubriré así de fácil. Voy a estar observando a Selena y revisando ese teléfono: seguiré enviándote los mensajes desde ahí para que sepas que no bromeo. Si intentas hacerme alguna jugarreta, se lo contaré a Selena y no volverás a tener ninguna oportunidad con ninguna de las dos. Pero si la dejas en paz, y me refiero a en paz de verdad, ni mensajes de texto ni nada, entonces cada vez que se nos presente la ocasión...

Julia agita el condón, que repiquetea levemente en el aire. Al final resultó muy fácil zafarse de las otras chicas en el Court, donde en todos los lavabos hay máquinas de condones forradas de grafitis y carteles sobre el embarazo. «Voy al lavabo; regreso en un segundo», mientras se alejaba ya de la fuente y desaparecía antes de que las otras tuvieran tiempo siquiera de ponerse en pie. Tan fácil como eso, escaparse, si es lo que una desea. Lo que sucedía era que ninguna de ellas lo había querido hasta entonces.

Chris no se ha movido.

—¿Qué pasa? —lo increpa Julia—. ¿Hay algún problema? Porque el único motivo por el que un tío rechazaría un trato como este es que fuera gay. Y no es que yo tenga ningún problema al respecto, pero al menos podrías decírmelo para que me busque a otro con quien jugar.

—No estoy seguro de que esto sea una buena idea —responde Chris.

Sabe que hay algo que no encaja. Y el pobre chaval probablemente crea que puede averiguarlo. Por mucho que Julia se lo explicara, no lo entendería.

—¿Y qué más te da? —pregunta Julia—. Pero si no tienes nada que perder: Selena no quiere volver a verte en su vida o, de lo contrario, te habría contestado a los

mensajes. Y, de todos modos, aunque te dieras media vuelta y te largaras ahora mismo, yo le diré que lo hemos hecho. De forma que, ya puestos...

Le dedica a Chris una sonrisa alegre de oreja a oreja y se abre la cremallera de la chaqueta. Julia puede leer cada uno de los pensamientos que se desplazan por la mente de Chris, tan claros como si estuvieran escritos negro sobre blanco. Puede atisbar todos los lugares que Selena solía ocupar trazados en rojo, y el agujero negro como un moratón donde Chris pensaba que Selena estaría esa noche, ve los destellos luminosos de odio que Chris siente por Selena y por todas las chicas con quienes ha estado, y por Julia sobre todo. Y también advierte el momento en el que adopta una decisión. Le sonrío y alarga la mano para agarrar el condón.

Julia sabe qué esperar. El viento en los cipreses se eleva como el rugido de una cacería, la llamada de advertencia grita por todo lo ancho del negro cielo. El calvero jadea y rueda bajo ella. La luna se hace añicos y los fragmentos más afilados caen como flechas sobre ella para abrirla en canal desde las ingles hasta el cuello, el olor a sangre oscura y caliente se derrama desde su fuero más interno. El dolor es tan intenso que podría cegarla para siempre.

No sucede nada. El calvero es solo un terreno de hierba podada con remilgos: los cipreses no son más que árboles que algún jardinero imaginó que no requerirían demasiado cuidado. El sonido de la llamada sigue describiendo círculos, pero ahora ya no le da miedo; no es más que un pájaro que aúlla mecánicamente porque es lo único que sabe hacer. Ni siquiera el dolor tiene nada de especial, es solo un raspado apagado y sin énfasis. Julia levanta el culo porque se está clavando una piedra afilada y hace muecas por encima del hombro agitado de Chris. La luna se ha aplanado y no es más que un disco de papel pegado al cielo, ingrávido.

Me quedé allí en el pasillo, de pie, inmóvil, con mi estúpida bocaza abierta y un enorme bocadillo de dibujo animado en el que podía leerse: «¿¿¿?!!» rebotando sobre el cabezón. Y allí permanecí hasta que caí en la cuenta de que Mackey o Conway podían salir por la puerta y encontrarme. Solo entonces me moví. Dejé atrás El lugar de los secretos, entre los empujones y susurros de las tarjetas. Descendí por las escaleras. Y me sorprendí caminando lentamente, con cautela, como si me hubieran endiñado una patada y algo me doliera a rabiar, pero fuera incapaz de determinar el punto exacto en donde sentía ese dolor.

El vestíbulo estaba oscuro; tuve que abrirme paso a tientas hasta la puerta principal. Me pareció más pesada, o quizá fuera que se me habían evaporado las fuerzas; tuve que empujarla con el hombro, mientras arrastraba mis pies por las baldosas, e imaginé a Mackey observándome y sonriéndose desde las escaleras. Estuve a punto de caerme al salir y sudaba como un pollo. Dejé que la puerta se cerrara de un portazo a mi espalda. No conocía ninguna otra manera de regresar al interior de la escuela, pero tampoco iba a necesitarlo.

Pensé en telefonar a un taxi para regresar a casa. Pero el solo hecho de imaginar a Mackey y a Conway saliendo por aquella puerta y descubriendo que me había largado, afectado, para echarme a llorar sobre la almohada, hizo que me sonrojara bajo la luz del crepúsculo. No saqué el teléfono del bolsillo.

Eran las diez menos veinte y ya casi había anochecido. Las luces del exterior estaban encendidas e imprimían un color blanquecino a la hierba, sin llegar a iluminarla, a la par que creaban extraños trampantojos entre los árboles. Me quedé contemplando la arboleda y la vi tal como debían de percibirla las alumnas de sexto curso, con el perfil afilado como un cuchillo por el conocimiento que daba saber que desaparecería en la profundidad del cielo como una flor caída, lejos de su vista. La contemplé como algo que permanecería ahí por el resto de los tiempos para otras personas, no para mí. Yo casi me había ido ya.

Descendí los escalones con cuidado —aquella luz los aplanaba y los volvía traicioneros— y eché a andar en paralelo a la fachada delantera de la escuela y luego perfilando el lateral del ala de las internas. La grava crujía bajo mis pies y aquel acto reflejo aprensivo de la mañana que me hacía volver la cabeza para comprobar si el guarda azuzaba a los perros de caza para que atacaran al populacho, volvía a acompañarme. Entre todo aquel alboroto, escarbé en busca de algo bueno en alguna parte, pero no fui capaz de encontrarlo. Me dije que, si Mackey tenía razón acerca de Conway —y claro que la tenía, Mackey siempre se guarda en la manga alguna verdad sobre alguien, no necesita inventárselo—, entonces esta solo me había hecho un favor: mejor fuera que dentro. Me dije que por la mañana me sentiría aliviado, una vez repuesto del agotamiento y del hambre, cuando hubiera recuperado las fuerzas. Que no tendría más la sensación de que algo de un valor incalculable hubiera

aterrizado en mis manos para luego serme arrebatado y hecho añicos antes de poder cerrar los dedos. Pero no lograba convencerme. El bribón irónico de Mackey tenía razón: Casos Abiertos me aguardaba fuera de aquellas cuatro paredes y yo volvía a ser el chaval que no había aguantado ni siquiera doce horas seguidas en la Liga de los Grandes. Entre él y Conway se asegurarían de que todo el mundo lo supiera. El primer día, Casos Abiertos me había parecido un destino resplandeciente, un paso de gigante que brillaba en mi ascenso por aquella profesión. Y en cambio, ahora, se me antojaba un sórdido punto muerto. Aquello de ahí era lo que yo quería. Un solo día y se me había escurrido de entre las manos. Lo único positivo de todo ello era que el día estaba a punto de concluir. Incluso antes del descanso en el que Mackey me había clavado una puñalada traperera, habíamos empezado a dar vueltas sobre lo mismo. Si Mackey no descorchaba el tapón pronto, lo haría Conway. Solo tenía que limitarme a esperar a que se les agotara la paciencia y entonces podría regresar a casa e intentar olvidar que aquel día había existido. Me habría encantado ser de esa clase de tipos que beben hasta que los días como aquel se disipan en el pensamiento. O mejor aún: uno de esos que, en días como aquel, les envían a sus colegas un mensaje de texto, donde se lee: «Bar», y de inmediato notan cómo su círculo se cierra en torno a ellos.

Todo el mundo sabe que tener esposa y niños te ata de por vida. Lo que a mucha gente se le escapa es que los compañeros, los amigos como Dios manda, acaban haciendo lo mismo. Tenerlos implica que te has aposentado, que has lanzado tu apuesta y que, mientras permanezcáis juntos, eso es lo más lejos que vais a poder llegar. Esa es tu parada: ahí es donde te apeas.

Y no solo te atan adonde estás, sino también a quién eres. Una vez que tienes amigos que te conocen, que saben cuanto escondes bajo cualquier rasgo que decidas dejar ver a los demás a diario, no queda espacio para que algún día alguien haga que por arte de magia cumplas tus mejores deseos. Te has vuelto inmutable: la persona a quien conocen tus amigos, para siempre.

«Tienes debilidad por las cosas bonitas», me había dicho Conway, y no le faltaba razón. Antes pasaría por encima de mi cadáver que anclarme a un sitio o convertirme en una persona incapaz de reunir a su alrededor todo lo bello que pudiera recabar. Para quedarme con lo feo, no habría hecho falta que me moviera de donde había salido, podía haber hecho carrera viviendo del paro, haberme casado con una mujer que me odiara a muerte y tener una docena de mocosos y una tele del tamaño de una pared para ver en ella programas sobre los intestinos de otras personas las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Llámenme arrogante, estirado, pero yo, el chaval nacido en una casa de protección oficial, creía que me merecía algo más. Llevaba jurándomelo desde que fui lo bastante mayor como para entender ese pensamiento: yo iba a ser algo más que eso.

Y si tenía que llegar ahí sin amigos, lo haría. Lo había hecho hasta entonces. Jamás había conocido a nadie que me hubiera llevado a ningún sitio donde me apeteciera quedarme; que me hubiera mirado y hubiera visto a quien yo deseaba ser

para siempre; nadie por quien mereciera la pena renunciar a todo lo que me reservaba el porvenir.

Fue entonces cuando caí en la cuenta, bajo el peso muerto de la sombra del Kilda, demasiado tarde. Aquella luz que había detectado en Holly y sus amigas, aquella irradiación cegadora, esa cosa extraña en busca de la cual yo había acudido a aquella escuela para envidiar, había creído que se proyectaba sobre ellas rebotada en los altos techos, como un eco, y se reflejaba en ellas bajo el resplandor de la madera vieja. Pero estaba equivocado. Emanaba de ellas, de la forma como renunciaban a cosas las unas por las otras, de la manera en que arrancaban ramas a su futuro y les prendían fuego. Lo que me había parecido bello en la primera mitad de aquel día, las balaustradas y los madrigales, no era nada. Se me había pasado por alto lo que palpitaba en su corazón, hasta aquel preciso instante.

Mackey lo había olisqueado en mí y se había dado cuenta de inmediato. Me había visto en la escuela rechazando un porro y unas carcajadas, por si acaso me pillaban y arruinaba mi oportunidad de salir de aquella vida; me había visto en la escuela de formación, con una sonrisa amistosa de oreja a oreja y una excusa vaga para alejarme de los corpulentos tipos amistosos que iban a vestir de uniforme el resto de sus vidas. Me había visto joder a Kennedy y había comprendido exactamente qué le faltaba a una persona que actuara así.

Y Conway seguramente también lo había olisqueado durante todo el día, mientras yo pensaba en cómo encajábamos, mientras creía que nos llevábamos como uña y carne, y me convencía contra mi voluntad de que aquello sabía a algo nuevo.

Me hallaba tras la escuela. Grupos de formas oscuras arrojados a lo ancho de aquella hierba de un verde blanquecino, inquietos y agitados; por un instante mis ojos se volvieron locos intentando saber qué eran: pensé en si soltarían a grandes felinos por la noche, en otro proyecto de Arte, en que los fantasmas se habían liberado de la maqueta de la escuela de Holly antes de que una de ellas echara hacia atrás la cabeza, mientras su larga melena parecía resplandecer bajo los focos y reía. Las internas. Conway le había dicho a McKenna que las dejara salir antes de meterse en la cama. Y McKenna había sido lo bastante lista como para aceptar su consejo.

Crujidos bajo los árboles, una forma en el seto. Estaban por todas partes, me observaban. Un trío que había sentado en la hierba miró en mi dirección, volviendo las barbillas sobre sus hombros, y se apiñaron aún más para hablar entre susurros. Otra carcajada, esta vez lanzada directamente contra mí.

Faltaba aproximadamente media hora para que alguien pusiera fin al interrogatorio y yo pudiera encorvarme en el asiento del copiloto de Conway durante el largo trayecto en silencio de vuelta a casa, como un niño al que han sorprendido realizando una pintada. Me pasé esa media hora allí de pie como un bobo, sometido a las miradas de reojo y a los comentarios maliciosos de las adolescentes: al cuerno con todo. Regresar con la cola entre las piernas a la parte delantera de la escuela como si aquellas chavalas me hubieran asustado y quedarme ahí plantado con el deseo de que

nadie me viera esperar a los Grandes para conducirme hasta casa: al cuerno con eso también.

—¡Que le jodan a Conway! —exclamé en voz alta, pero no tanto como para que alguna de las chicas que me miraban lo oyera.

Si no íbamos a trabajar juntos, entonces yo iba a volar por mi cuenta.

No sabía por dónde empezar a buscar. Pero no fue necesario: fueron ellas quienes me llamaron. Voces surgidas en mitad de aquel resplandor blanco y negro, desenredándose de los susurros de la brisa y los murciélagos: «¡Detective! ¡Detective Moran! ¡Aquí, aquí!». Voces argentadas, diáfanas, procedentes de todas partes y de ninguna en concreto. Giré sobre mí mismo como si estuviera jugando a la gallinita ciega. Escuché risitas nerviosas revolotear como polillas entre las hojas.

Avancé por entre las sombras de los árboles y crucé la ladera de hierba: un leve revuelo, manos agitándose en el aire, haciéndome señas. «¡Detective Stephen, venga aquí! ¡Venga aquí!». Y fui, serpenteando entre sus ojos observadores. Podría haber sido cualquiera, y yo habría ido de todos modos.

Sus contornos y rasgos parecieron surgir de la nada, como Polaroids. Gemma, Orla y Joanne. Apoyadas en sus codos, con las piernas estiradas y el cabello colgando, rozando la hierba a sus espaldas. Sonreían.

Les sonreí. Al menos eso podía hacerlo. Se me daba de fábula. Podía ganarle a Conway con los ojos cerrados.

—¿Nos ha echado de menos? —preguntó Gemma, con el cuello arqueado.

—Venga —me invitó Joanne. Se acercó a Gemma y dio unas palmaditas en la hierba, donde había estado ella—. Siéntese a hablar con nosotras.

Sabía que tenía que poner pies en polvorosa. Había sido lo bastante inteligente como para saber que no podía permanecer a solas en una sala iluminada con Holly Mackey, así que menos aún allí fuera con aquellas tres. Pero su forma de mirarme, como si de verdad quisieran que me quedara con ellas, supuso un cambio grato; me resultó tan agradable como el agua fría sobre una quemadura.

—¿Nos está permitido llamarle *detective Stephen*?

—¿Eh? ¿Qué crees que va hacer? ¿Arrestarnos?

—Ya te gustaría a ti. Esposas...

—¿Podemos? ¿En su tarjeta decía: «Stephen Moran»?

—¿Y qué me dice de *detective Steve*?

—¡Por favor! Parece el nombre de un actor porno.

Seguí sonriendo y mantuve la boca cerrada. Eran distintas allí fuera, en medio de la naturaleza y de la noche. Esquivas, recelosas; parecían mecerse por efecto de unas brisas que yo no percibía. Poderosas. Sabía que me superaban en número, lo notaba en la nuca, como uno presiente cuándo tres tipos duros doblan la esquina y aceleran el paso hacia él.

—Venga. Estamos aburridas. —Joanne, con los tobillos cruzados, moviéndolos—. Háganos un poco de compañía.

Me senté. Noté la hierba blanda, mullida. El aire bajo los árboles con esporas y polen.

—¿Por qué está todavía aquí? —quiso saber Gemma—. ¿Va a quedarse a pasar la noche?

—Esto... ¿Cómo? ¿Y dónde crees exactamente que podría quedarse? —Joanne poniendo los ojos en blanco.

—Gems quiere compartir la cama con él. —Orla, soltando una risita nerviosa compulsiva.

—¿Perdona? ¿Te lo he preguntado a ti? —Allí nadie hacía comentarios jocosos sin el permiso de Joanne—. Desde luego, con quien no iba a compartirla es contigo. Tendría que ser un palillo para caber, con esos muslos gigantes que tienes.

Orla se encogió de miedo. Joanne soltó una carcajada y dijo:

—¡Deberías verte la cara! Relájate, era una broma, ¿sabes lo que son las bromas, no?

Orla se encogió aún más.

Gemma las ignoraba y me miraba con una sonrisa taimada.

—Podría compartirla con la hermana Cornelius y alegrarle la noche.

—Se la arrancaría de un mordisco y se la ofrecería al Niño de Praga.

A poco menos de un metro, más cerca de los árboles, habríamos estado sumidos en la oscuridad. En aquella zona fronteriza, sin embargo, la luz se mezclaba y se movía al coincidir los rayos de luna con la irradiación de los focos instalados en la hierba. Aquellas baratijas despreciables que antes me habían provocado náuseas, con todos aquellos colorantes y condimentos, ya no me parecían deleznable, no allí fuera, a la intemperie. Ahora me parecían más resistentes, endurecidas por el frío hasta convertirse en algo sólido y cerúleo. Misteriosas.

—Nos iremos en breve. Estamos ultimando unos detalles.

—Pero si habla... —comentó Gemma con una sonrisa aún más ancha—. Pensaba que nos iba a castigar con el silencio.

—Pues no tiene usted pinta de estar ultimando nada —observó Joanne.

—Estoy haciendo una pausa.

Joanne sonrió como si supiera que no era verdad.

—¿Se ha metido en problemas con la detective Caraculo?

Para ellas yo había dejado de ser un detective, ya no era una figura autoritaria y malvada. Era otra cosa: algo con lo que jugar, por lo que jugar, por lo que bailar. Un objeto extraño caído del cielo dentro de su órbita, sabedor de lo que podía hacer o representar. Me rodearon en círculo.

—No que yo sepa —contesté.

—Madre mía, ¿habéis visto cómo se comporta? Dan ganas de decirle: «Oiga, que porque haya ahorrado para comprarse un traje que no sea de Penney, eso no la convierte en la reina del mambo».

—¿Trabaja con ella todo el tiempo? —quiso saber Gemma—. ¿O a veces, si se

porta bien, le dejan trabajar con alguien que no coma hámsteres por mera diversión?

Estallaron todas en carcajadas, me hacían gestos para que me uniera a ellas o bien me desafiaban a hacerlo. Escuché el pequeño golpe seco con el que Conway me había cerrado la puerta en las narices. Y observé aquellos tres rostros bailando, con toda su chispa solo para mí.

Reí.

—Por favor, tened compasión —les dije—. No es mi compañera. Solo estoy trabajando con ella hoy.

Desmayos fingidos de alivio, todas ellas abanicándose:

—¡Uf! Menos mal. Nos preguntábamos cómo habría sobrevivido, si tomaría Prozac o...

—Unos cuantos días como hoy y lo necesitaré —repliqué yo.

Nos reímos aún más fuerte.

—Ese es uno de los motivos por los que he salido afuera —añadí—. Necesitaba charlar y echarme unas risas con personas que no pretendieran fundirme los plomos.

Les gustó la expresión. Se arquearon como gatos, satisfechas. Orla —replicó rápido: estaba acostumbrada a que la golpearan— dijo:

—Habíamos decidido que es usted mucho mejor detective que ella.

—Lameculos —le dijo Gemma.

—Pues es verdad —intervino Joanne. Y con la vista puesta en mí—: Alguien debería decirle a su jefe que el hecho de que Comosellame sea tan z*** le impide hacer bien su trabajo. Llegaría mucho más lejos si tuviera unos modales básicos. Cuando plantea una pregunta es como si, uf..., ¿alguien tiene un trozo de carne cruda para lanzarle a ver si recula?

—No le daríamos ni la hora a menos que nos obligaran —añadió Orla.

—En cambio, cuando usted nos hace una pregunta —explicó Joanne, y ladeó la cabeza para sonreírme—, nos apetece hablar con usted.

La última vez que había hablado con ella no lo habíamos hecho como un par de colegas, o al menos no como lo hacíamos ahora. Querían algo de mí, querían ofrecermelo algo, pero no atinaba a saber qué.

—Me alegra saberlo. Hasta ahora me habéis sido de gran ayuda; no sé qué habría hecho sin vosotras.

—Nos gusta ayudarle.

—Seríamos sus espías cualquier día.

—Infiltradas.

—Tenemos su número de teléfono. Podríamos enviarle un mensaje de texto si vemos algo sospechoso.

—Si de verdad queréis echarme una mano, sabéis cómo hacerlo —respondí—. Y yo diría que vosotras tres estáis al corriente de todo lo que sucede en esta escuela. Si sabéis algo relacionado con Chris, me encantaría oírlo.

Orla encorvada hacia delante, un destello de luz de luna sobre su boca húmeda:

—¿Quién está ahora en el aula de Arte?

Un «¡shhhh!» tajante de Joanne. Orla se encogió de nuevo.

Gemma, divertida:

—Vaya. Demasiado tarde. —Y a mí—: No teníamos previsto preguntárselo así.

—Pero como este genio de aquí al lado ya lo ha hecho... —dijo Joanne, y se inclinó hacia atrás, con el cuello arqueado para señalar—. ¿De quién se trata?

El aula de Arte, un fulgor de blanco gélido en el bloque macizo de la escuela. Sobre ella, la balaustrada de piedra cuya silueta se recortaba contra el cielo, un paseo fantasma, negro sobre casi negro. En una ventana planeaba la escuela de alambre. En la siguiente estaba Mackey, repanchingado, con los brazos cruzados.

—Eso —dijo Joanne.

—Otro detective —aduje.

—Vaya. —Muñeca agitada y ojos burlones—. Sabía que lo habían echado a usted.

—A veces cambiamos el curso de las cosas mientras trabajamos. Para mantenernos frescos y alerta.

—¿Con quién hablan?

—¿Es Holly Mackey?

—Ya le dijimos que eran muy raras.

El resplandor de sus rostros, todo entusiasmo y fascinación. Como si yo fuera lo que habían estado esperando. Te venían ganas de ser justo eso, lo que ellas buscaban, todo al mismo tiempo. Seguramente Chris Harper anhelara lo mismo.

En el aula de Arte, Conway pasó caminando junto a la ventana, dando grandes zancadas, con los hombros bien erguidos.

—Sí —contesté yo—. Es Holly.

Conway me habría arrancado la cabeza de un mordisco; ¡que se fuera a la porra! Respiración contenida. Intercambio de miradas, pero no fui capaz de detectarlas.

Orla respiró:

—¿Mató ella a Chris?

—¡Ostras!

—Y nosotras que creíamos que había sido Willy, el guarda.

—Bueno, al menos hasta hoy.

—Pero una vez que han empezado a formularnos todas esas preguntas a nosotras y a ellas...

—Obviamente, nosotras sabíamos que no habíamos sido...

—Pero no pensábamos que hubiera sido...

—¿Fue Holly Mackey?

Me habría encantado tener una respuesta que darles. Observar cómo quedaban boquiabiertas y se les salían los ojos de las órbitas, contemplar cómo las dejaba anonadadas, yo, el Hombre, sacando de la chistera cantidad de respuestas.

—No sabemos quién asesinó a Chris —respondí—. Pero estamos trabajando duro

para averiguarlo.

—Pero ¿quién creen que lo hizo? —quiso saber Joanne.

Holly, encorvada sobre aquella mesa, con sus enormes ojos azules, mordiéndose los labios, ocultando algo. Quizá Mackey había obrado bien al no querer dejarla hablar. Quizás estuviera en lo cierto y a mí me lo hubiera contado.

Sacudí la cabeza.

—Especular no forma parte de mi trabajo.

Miradas escépticas.

—Lo digo en serio. No puedo andar por ahí con una idea fija en la cabeza, no hasta que haya pruebas.

—Ahh. —Joanne hizo un puchero—. No es justo. Usted nos ha estado preguntando y...

—¡Ostras! —Orla gritó de repente, llevándose la mano a la boca—. No creerán que fue Alison, ¿verdad?

—¿Es ahí donde está?

—¿La han arrestado?

Tenían la boca abierta de par en par.

—No —respondí—. Alison estaba un poco alterada. Todo eso del fantasma de Chris la ha consternado.

—Claro, como a todas nosotras, ¿no le parece? —Joanne, fría: me había olvidado de colocarla a la cabeza de la lista. Chico malo.

—Apuesto a que sí —dije, como un buen chico intimidado—. ¿Tú lo viste?

Joanne se acordó de fingir un escalofrío.

—Por supuesto. Probablemente regresara a hablar conmigo. Me estaba mirando directamente a la cara.

Entonces lo supe: cualquier chica que hubiera visto el fantasma de Chris habría jurado lo mismo. Que la había mirado a ella. Que había regresado porque quería algo de ella y solo de ella.

—Tal como les he explicado —Joanne volvió a poner cara de desconsuelo—, de no haber muerto, habríamos retomado lo nuestro. Creo que desea que sepa que sigue queriéndome.

—Ahhh. —Orla, con la cabeza ladeada.

Le pregunté:

—¿Y tú lo viste?

Se llevó la mano al pecho.

—¡Ostras, y tanto! Casi me da un ataque al corazón. Estaba literalmente ahí. Lo juro.

—¿Gemma? —pregunté.

Gemma se revolvió en la hierba.

—No lo sé. No creo en fantasmas.

Joanne replicó en tono antipático:

—Perdona, bonita, pero yo sé lo que he visto.

—No me refiero a eso. Lo único que digo es que yo no lo vi. Vi una forma desdibujada en la ventana, como cuando tienes una mota en el ojo que te molesta. Eso es todo.

—Bueno. Hay personas más sensibles que otras. Y algunas estábamos más unidas a Chris. Discúlpame, pero no creo que en realidad importe demasiado qué vieras.

Gemma se encogió de hombros.

Joanne me dijo:

—Era él.

No atiné a descifrar si lo decía de veras. En la sala común, habría jurado que el terror de todas ellas era sincero: quizás hubiera empezado como un juego, fingiendo para llamar la atención o liberar tensión, pero luego había rodado como una bola de nieve y se había vuelto algo demasiado grande y verdadero como para quedar bajo control. Sin embargo, ahora, con aquel escalofrío y la expresión del rostro de Joanne, me resultaba imposible determinarlo: podría deberse solo a aquella capa de plástico que la cubría y que desdibujaba todo lo cierto que hubiera en ella; o quizás el plástico transparentara y la expresión fuera real. Probablemente ni siquiera ellas lo supieran.

—Ahí tenéis otro motivo por el que, sepáis lo que sepáis, tenéis que decírmelo. Chris querría que lo hicierais.

—¿Y cómo podríamos nosotros saberlo todo? —Joanne, inexpresiva y resbaladiza como el celofán.

No pensaban darme nada si no me lo trabajaba.

Sin embargo, sí tenía una respuesta para aquella pregunta. Después de que Selena y Chris rompieran, Joanne había apostado a sus perros guardianes a hacer guardia por la noche, para asegurarse.

—Digamos que otra persona que no fuera Selena estuviera quedando con Chris por la noche, un par de semanas antes de morir. ¿Quién diríais que era?

El rostro de Joanne ni se inmutó.

—¿Quedaba con alguien?

—Solo planteo la hipótesis. ¿Por quién apostaríais?

Un intercambio de miradas por debajo de sus pestañas. Si aquel miedo hubiera sido real en algún momento, lo habrían soltado. Pero algo más había asomado a la superficie, empujando por salir: el ansia de poder.

—Díganos si estaba quedando con alguien y le explicaremos algo interesante —me propuso Joanne.

Ya he dicho que sé detectar las oportunidades cuando se me presentan. A veces ni siquiera hay que esperar a que se presenten. A veces se intuyen, descendiendo entre gritos desde el cielo sobre uno como un meteoro.

—Sí que lo hacía. Hemos hallado los mensajes de texto que se intercambiaban —expliqué.

Más miradas.

—¿Mensajes de qué estilo? —quiso saber Gemma.

—Mensajes concertando citas.

—¿Y no había ningún nombre?

—No —respondí yo—. No era ninguna de vosotras, ¿verdad?

Joanne contestó tajante:

—No. No lo era.

No lo dijo. No dijo: «O se habría hundido en la mierda hasta las cejas», pero todos lo oímos.

—Sin embargo, os hacéis una idea bastante aproximada de quién podría haber sido.

Y me preparé para escuchar: «Holly Mackey».

Joanne se tumbó boca arriba, con las manos entrelazadas tras la nuca y el pecho arqueado hacia arriba.

—Cuéntenos qué opinión le merece Rebecca O'Mara.

Mi oído tardó un segundo en asimilar aquella pregunta, una vez superado el «¡Qué demonios!». Luego me encajé la mandíbula de una palmada y pensé a toda prisa: tenía que haber una respuesta acertada.

—La verdad es que no he reflexionado mucho sobre ella, si os he de ser sincero.

Miradas esquivas, sonrisitas. Respuesta acertada.

—Claro, porque es taaaaan inocente —dijo Joanne.

—Taaaaan buena chica —suspiró Orla.

—Taaan pura.

—Taaan tímida.

—Me apuesto lo que sea a que fingió estar aterrada cuando la interrogó, ¿verdad? —preguntó Joanne agachando la cabeza y alzando hacia mí con afectación aquellos ojos de cervatillo—. Rebecca nunca haría nada descabellado. Probablemente no haya bebido ni un trago de alcohol en toda su vida. Y, por descontado, nunca, nunca ha mirado a un chico.

Gemma rio, en voz baja.

—Pero no es verdad, ¿no es cierto? —pregunté.

El corazón me había empezado a latir despacio y con fuerza, como unos tambores en la jungla, comunicando un mensaje.

—Bueno, yo no sé si ha bebido o no y, además, a quién le importa eso. Pero de lo que sí estoy segura es de que ha mirado a un chico en su vida.

Orla se rio disimuladamente y dijo:

—Debería haber visto usted cómo lo miraba. Era patético.

—A Chris Harper —conjeturé.

Muy despacio, Joanne empezó a sonreír.

—¡Bingo! Premio gordo —dijo.

—Rebecca estaba loca por Chris —explicó Orla.

—¿Y creéis que al final salieron juntos? —pregunté.

Joanne frunció el labio.

—Por favor, solo de imaginarlo me vienen arcadas. Claro que no. Rebecca no tenía nada que hacer. Chris podría haber salido con quien quisiera; jamás se habría acercado a ese aburrido insecto palo. Aunque se hubieran quedado atrapados en una isla desierta, Chris habría encontrado un coco más guapo al que tirarse.

—Entonces, eso significa que ella no era quien quedaba con él —aclaré yo—. ¿No? ¿O...?

De nuevo aquellas miradas estroboscópicas.

—Bueno —dijo Joanne—, al menos no por amoor. Y tampoco por lo que usted ya sabe. Probablemente Rebecca ni siquiera sepa hacerlo.

—Entonces, ¿para qué?

Risitas nerviosas. Orla chupándose el labio inferior. No iban a decirlo a menos que yo lo hiciera antes.

El meteorito aullando cada vez más cerca. Lo único que tenía que hacer era colocarme en el lugar adecuado y esperarlo con los brazos abiertos.

Aquella mañana. El olor a tiza y a hierba, yo intentando atarme en diferentes nudos como si fuera un animal de globo, tratando de convertirme en lo que fuera que aquellas ocho muchachas y Conway querían... ¡Y el tiro me había salido por la culata! Joanne con el labio fruncido: «Supongo que ustedes creerán que son unos angelitos y que nunca toman drogas. Por supuesto, Rebecca, ella es tan inocente, ¿verdad?...».

—Drogas —dije yo.

Un cambio. Las noté tensarse, esperar mientras yo buscaba acomodo a tientes.

—Rebecca tomaba drogas.

Un estallido de risa histérica por parte de Orla. Joanne me sonrió, como haría una profesora a un alumno aplicado. Y ordenó:

—Explícaselo.

Al cabo de un momento, Gemma se sentó a lo indio y se quitó unas briznas de hierba que se le habían quedado pegadas a los pantis.

—No está grabando esta conversación ni nada por el estilo, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—Entendido, porque es completamente *off the record*. Me refiero a que si alguna vez le dice a alguien que le he explicado esto, diré que es mentira y tendrá que volver a caerle en gracia al Detective Consolador.

Como si yo fuera un periodista. Estaba a punto de pensar en lo ingenua que era, cuando Gemma añadió:

—Y mi padre telefonará a su jefe y le dirá lo mismo, cosa que, créame, no le recomendaría.

No era tan ingenua.

—Ningún problema —aclaré.

—Venga. Díselo —la espoleó Joanne.

—Bueno —dijo Gemma. Se tocó con la lengua el labio superior, pero fue un gesto hecho con el piloto automático, para ganar tiempo mientras se ordenaba el pensamiento—. Vale. ¿Ha oído hablar de Ro, verdad? Ronan, el antiguo guarda.

—La policía lo arrestó —añadió Orla para ayudar. Tenía los ojos brillantes, estaba disfrutando de lo lindo—, por vender drogas.

—Conozco la historia, sí —respondí.

—Pues traficaba con muchas cosas. Principalmente, con hachís y éxtasis, pero si querías algo más, normalmente te lo conseguía —explicó Gemma.

Seguía toqueteando las briznas de hierba que se le habían quedado enganchadas a los pantis. Bajo aquella tenue luz no acerté a verlo con claridad, pero me dio la sensación de que se había sonrojado.

—La dieta de Gems no estaba funcionando —aclaró Joanne, y le dio un pellizquito malévolamente a Gemma en la cintura.

—Quería perder un par de kilos más. No es nada grave, casi todo el mundo lo intenta, ¿no es cierto? De manera que le pregunté a Ronan si podía conseguirme algo.

Un parpadeo y una mirada, Gemma buscaba una reacción en mí y temía no obtenerla.

—Pues funcionó, porque lo que está claro es que ahora no necesitas perder ni un gramo —dije yo.

El alivio le curvó la boca. Aquel era otro mundo: admitir que te costaba adelgazar daba más miedo que explicarle a un policía que habías comprado speed.

—Sí, bueno. Lo que sea. En cualquier caso. Para comprarle cosas a Ronan tenías que hacerlo el miércoles y el viernes por la tarde, que era cuando hacía su turno de guarda. Entonces te acercabas al cobertizo que hay detrás de la escuela y lo esperabas merodeando por allí hasta que aparecía. Luego entrabas y él sacaba la droga de un armario. Se suponía que no podías acceder a la caseta a menos que él estuviera dentro; decía que nos vetaría si nos sorprendía allí a solas. Supongo que para que nadie le robara el alijo.

Joanne y Orla se contoneaban en la hierba, acercándose a mí. Con la boca abierta y los ojos brillantes.

—Pues un miércoles —dijo Gemma— llovía a cántaros y yo fui hasta allí, pero no veía a Ro por ninguna parte. Esperé bajo los árboles un rato, pero al final pensé, venga, hombre, no me voy a quedar aquí todo el santo día congelándome, ¿no? Así que entré en el cobertizo. Imaginé que a Ronan no le importaría. Para entonces ya me conocía; no era alguien que pasara por allí al azar.

Un escalofrío de anticipación en las otras dos.

Gemma continuó:

—¿Y a quién me encontré allí dentro? A Rebecca O'Mara, la última persona en el mundo a quien hubiera esperado encontrarme. Dio un salto de un kilómetro, del susto. Le juro que estuvo a punto de desmayarse. Yo me eché a reír y le pregunté: «Madre mía, ¿qué haces tú aquí? ¿Has venido a por tu dosis de crack?».

Un remolino de risas en el aire oscuro y pululante.

—Y Rebecca va y me dice: «Solo me estaba guareciendo de la lluvia». Y yo voy y le digo: «Sí, claro». La escuela está a medio minuto de distancia y llevaba puesto el abrigo y el gorro, lo cual implicaba que había salido deliberadamente bajo la lluvia. Y, si es tan tímida, ¿cómo es posible que decidiera esconderse en un lugar donde va a tropezarse con los guardas, que son unos señores muy corpulentos que dan mucho miedo?

Gemma tuvo que contenerse. La historia le salía muy fluida, sin titubeos. Sonaba a cierta.

—Entonces yo le dije: «¿Tienes previsto practicar un poco de jardinería?», porque en el rincón donde estaba había un montón de palas y herramientas apiladas; de hecho, sujetaba una en la mano, como si la hubiera agarrado al oírme entrar, por si acaso yo era un violador psicópata y tenía que luchar conmigo para quitármeme de encima. Y va y me dice: «Esto, pues, más o menos, estaba pensando en...», hasta que decidí ayudarla a concluir la frase.

«Venga, ¿no creerás que hablaba en serio?». Y va y se me queda mirando fijamente un momento, como si no pillara nada y al final me dice: «He de irme», y salió corriendo bajo la lluvia para regresar a la escuela.

Tuvo que abandonar la pala en el suelo antes de salir corriendo. La pala, la azada o el azadón. La dejó allí para volver luego a por ella, ahora que sabía lo que quería.

El meteorito en la palma de mi mano. Extraordinario. Me atravesaba con un fuego blanco jubiloso.

Si mi rostro reflejaba algo, aquella luz engañosa lo camuflaría. Me aseguré de hablar con voz relajada:

—¿Y Ronan la vio?

Gemma se encogió de hombros.

—No lo creo. Llegó unos minutos más tarde; había estado esperando a que amainara la lluvia. Se enfadó un poco al encontrarme allí dentro, pero luego se le pasó. —Una sonrisa al recordarlo.

Joanne se me había acercado.

—¿Lo ve? Toda esa fachada de pureza e inocencia no es más que eso, pura fachada. Todo el mundo se la cree, pero nosotras sabíamos que a usted no se la colaría.

—¿Os vendía Ronan algo más, aparte de drogas? —quise saber—. ¿Bebida? ¿Cigarrillos?

Fumaban esporádicamente, eso había dicho Holly; y también estaba el paquete de tabaco oculto en la parte del armario correspondiente a Julia. Rebecca podría haber tenido un motivo inocente para encontrarse en aquel cobertizo; inocente con un trasfondo de culpa, pero ingenuo al fin y al cabo.

Gemma soltó una carcajada.

—Sí, claro. Y Peta-Zetas.

Orla entre risas nerviosas:

—Crédito para el teléfono.

—Máscara de ojos.

—Pantis.

—Támpax.

Aquello hizo que las dos estallaran en carcajadas, que chillaran de tanta risa. Orla se dejó caer hacia atrás sobre la hierba y empezó a dar patadas en el aire. Joanne atajó con frialdad:

—No era un supermercado. Rebecca no estaba comprándole galletas de chocolate.

Gemma recobró la compostura:

—Sí. Solo nos vendía cosas malas. —Un deje lascivo en ese *malas*—. Me encantaría saber qué le estaba comprando Rebecca.

Joanne se encogió de hombros.

—Desde luego, pastillas para adelgazar no sería. A menos que sea anoréxica, y no creo que tenga siquiera el suficiente respeto por sí misma como para preocuparse por ello. Si ni siquiera utiliza maquillaje...

—Probablemente hachís —respondió Orla, a sabiendas.

—¿Qué clase de perdedora fuma hachís a solas? Virgen Santa, es tan patético.

—Quizá lo comprase para las cuatro.

—Sí, hombre, como si fueran a enviarla a ella. Si hubiera sido para las cuatro, habrían enviado a Julia o Holly. Rebecca estaba allí porque quería algo.

—El cuerpo serrano de Ro.

—¡Puaj, qué asco! ¿Me pasas el desinfectante para el cerebro?

Estaban al borde del ataque de risa de nuevo.

—¿Cuándo sucedió eso? —les pregunté.

Las recuperé. Unas cuantas miradas rápidas por debajo de las pestañas.

—Empezábamos a preguntarnos cuándo nos lo preguntaría —comentó Joanne.

—¿La primavera pasada?

Otro crepitar de miradas.

—A la noche siguiente, Chris fue asesinado —explicó Gemma.

Un segundo de silencio, mientras aquella información se extendía por todo lo ancho y alto y penetraba por entre las ramas.

—¿Qué? —preguntó Joanne—. ¿Lo ve?

Lo veía.

—Usted ha dicho que alguien se citaba con Chris, después de que él y Selena rompieran. Tal como le he dicho, es imposible que quedara con Rebecca O'Mara porque le gustara. Pero quizás ella estuviera comprando algo para él. Lo habría hecho sin lugar a dudas, habría hecho cualquier cosa por él. Y él habría quedado con ella para recogerlo. Incluso es posible que le diera algún morreo por caridad, algo con lo que soñar.

La risa resfriada de Orla.

—¿Alguna vez visteis a Rebecca salir sola de noche? —quise saber.

—No. ¿Y qué? Dejamos de controlar el pasillo semanas antes de que asesinaran a Chris.

El análisis de toxicología de Chris había salido limpio, eso me había dicho Conway. No había drogas en su organismo.

—Entonces... —dijo Joanne, acercándose cada vez más a mí, rozando mis piernas con las suyas. No le veía los ojos a través de aquellos focos que resplandecían en su superficie—. Quizá Rebecca creyera que estaban juntos o algo así y, cuando descubrió que no...

Polillas revoloteando sobre la hierba.

—Rebecca es muy flaquita —alegué yo con cautela—. Chris era un muchacho corpulento y fuerte. ¿Creéis que ella podría...?

—Es una vaca insolente, eso es lo que es, cuando le apetece —me cortó Gemma—. Si él la hizo enfadar...

—La prensa informó de que había lesiones en la cabeza —comentó Joanne—. Si estaba sentado, entonces poco importa que ella fuera más bajita que él.

Orla, con una emoción que casi la elevó de la hierba, añadió:

—Quizá lo golpeará con una piedra.

—Puaj. —Joanne, con reprobación—. No sabemos si utilizó una piedra. En la prensa no se decía.

Y me miró, toda ella convertida en un signo de interrogación. Gemma y Orla también me observaban, ansiosas, con una curiosidad efervescente.

No fingían. Ninguna de ellas sabía lo de la azada.

Más que eso: no les temblaba la voz, ni se les deslizaban sombras bajo el rostro cuando hablaban sobre el momento en que le había arrebatado la vida a Chris. Podrían haber estado hablando de utilizar una chuleta en un examen. Hasta entonces, una pequeña parte de mí se había preguntado si se estarían inventando la historia de Rebecca para desviar mi atención de ellas, pero no. Ninguna de ellas había catado el asesinato.

—Es genial. Muchas gracias por explicármelo —les agradecí con una sonrisa general.

—Me negaba a decirlo delante de la detective Carazorra —dijo Gemma—. De haberlo hecho, probablemente a estas alturas ya estaría en la cárcel. Usted no va a meterme en problemas, ¿verdad? Porque como ya he dicho...

—Ningún problema. Es posible que te solicite que hagas una declaración en algún momento, si realmente la necesito; pero tranquila, que no te meterás en ningún lío por hacerla. Puedes decir tan solo que entraste en el cobertizo para guarecerte de la lluvia, lo cual es verdad, ¿no? No será necesario que expliques por qué estabas fuera. ¿Entendido?

Gemma no parecía convencida. Y a Joanne no le preocupaba lo más mínimo su

amiga. Se inclinó hacia mí, burbujeante de emoción:

—Entonces, cree que lo hizo Rebecca, ¿verdad? Es eso lo que cree.

—Creo que me gustaría saber qué hacía Rebecca en el cobertizo —respondí yo—. Eso es todo.

Me levanté, y me sacudí la tierra y las briznas de hierba de los pantalones. Me comporté como si tal cosa, pero estaba agitadísimo por dentro. Me moría de ganas por largarme de aquel prado de un brinco y darme prisa. Podía atrapar a Rebecca. Podía abrirme camino a tientas a través de las vetas de luz y las polillas que revoloteaban hasta encontrarla junto a Julia y Selena, ojos oscuros observándome emerger de la oscuridad bajo los cipreses. Podía telefonar a la policía local y solicitar que enviaran un coche patrulla, una asistente social y encerrar a Rebecca en una sala de interrogatorios antes de que Conway abriera su mandíbula de pit bull y soltara a Holly. Si me lo montaba bien y mantenía el teléfono apagado, podía depositar una confesión sobre el escritorio de O'Kelly antes de que Conway supiera siquiera dónde estaba. Por la mañana yo sería ese as que, en tan solo doce horas, resolvió el importante caso que había tenido a Conway en ascuas durante un año.

—Quédese a charlar con nosotras —me invitó Joanne—. No tardaremos en regresar adentro de todos modos; ya hablará con la aburrida de Rebecca entonces.

—Sí —insistió Orla—. Somos mucho más interesantes que ellas.

Por un instante creí, con esta estúpida cabezota mía, que quizá seguían teniendo miedo y querían que un hombre mayor y fuerte las protegiera. Pero estaban tan cómodas como gatos sobre la hierba. Se les había pasado por completo el miedo, una vez que se habían convertido en las poderosas que me conducían adonde querían, una vez que me habían susurrado al oído el secreto que habían estado guardando tanto tiempo.

—Estoy seguro de que lo sois —respondí yo con una sonrisa—, pero será mejor que solucione este asunto cuanto antes.

Joanne hizo un puchero.

—Le hemos ayudado. Y ahora que ha conseguido lo que quería de nosotras, ¿va a dejarnos aquí tiradas y salir corriendo como si tal cosa?

—Típico de tío —añadió Gemma, mirando a las ramas en lo alto y agitando la cabeza.

—Ya se lo dije antes: no dejes que los hombres me traten como a un pañuelo usado —soltó Joanne.

Me llegó una primera señal de advertencia a través de aquel *venga, venga, venga* que martilleaba mis oídos.

—El tiempo apremia, eso es todo —me defendí yo—. No es que no aprecie lo que habéis hecho por mí. Creedme.

—Entonces, quédese —replicó Joanne.

Levantó un dedo y me lo puso en la rodilla. Una sonrisa mona con la naricilla arrugada, como una broma, pero con medio segundo de retraso. Orla contuvo el

aliento, desconcertada, y lo soltó con una risita nerviosa.

No sé cómo, pero me contuve de saltar y echar a correr. Si la fastidiaba ahora, me iban a sacudir por todas partes.

—No ponga esa cara de susto —me reconfortó Gemma—. Somos divertidas. De verdad.

Ella también me sonreía. Sonaba amistosa, pero estaba escrita en un código que yo no conseguía siquiera empezar a descifrar. Todas lo estaban. Aquel presentimiento de haber tomado el callejón erróneo que se había desvanecido por un momento, cuando me habían hecho creer que les caía bien y estaban disfrutando, me erizaba de nuevo los pelos de la nuca, y con fuerza.

La uña de Joanne ascendió un centímetro por mi muslo. Todas ellas soltaban risitas, con las lenguas mordidas entre sus afilados dientecillos. Era un juego y yo formaba parte de él, pero no sabía en qué medida. Probé a reír. Y ellas rieron.

—Venga —dijo Joanne. Otro centímetro—. Hable con nosotras.

Apartarle la mano de un manotazo, regresar a toda prisa a la escuela como si tuviera fuego en el culo, abrir la puerta del aula de Arte de par en par y suplicarle a Conway que volviera a contar conmigo si le prometía portarme bien. En su lugar, dije:

—Reflexionemos bien sobre esto un instante, ¿de acuerdo?

Puse mi voz más estirada. Intenté sonar a profesor, a McKenna, a todo lo que les desagradaba. Las seleccioné una a una, mirándolas directamente a los ojos, singularizándolas entre sí: no eran un ente triple y peligroso; solo colegialas que se comportaban como unas locuelas.

—Gemma, entiendo que has tenido que hacer acopio de mucho valor para facilitarme esta información. Y Joanne, me doy cuenta de que Gemma quizá no hubiera reunido ese valor sin tu apoyo... y tampoco sin el tuyo, Orla. De manera que, como os habéis molestado en proporcionarme este material potencialmente valioso, no es mi intención desperdiciarlo.

Me miraban como si me hubiera alcanzado un rayo y me hubieran salido dos cabezas. Joanne había dejado de mover el dedo.

—Si no tengo la oportunidad de interrogar a Rebecca O'Mara antes de que os llamen para que entréis, entonces tendré que compartir esta información con la detective Conway y no me quedará más remedio que incorporarla a este nuevo giro. Pero supongo que me habéis facilitado esta información porque queréis que la utilice yo, no porque pretendáis entregarle el crédito de los resultados a la detective Conway. ¿Estoy en lo cierto?

Tres pares de ojos idénticos, mirándome atónitos. Ni un movimiento, ni un solo parpadeo.

—¿Orla? ¿Es así?

—¿Qué? Esto... ¿sí? Supongo que sí.

—Muy bien. ¿Gemma?

Asintió con la cabeza.

—¿Joanne?

Al cabo de mucho, mucho rato, se encogió de hombros y apartó la mano de mi pierna. El rapapolvo que le había echado Conway en el aula de Arte había dado su fruto.

—Como usted diga.

—Entonces creo que estamos todos de acuerdo. —Les sonreí a las tres tímidamente—. Nuestra máxima prioridad es que yo hable con Rebecca. Nuestra pequeña charla tendrá que esperar.

Nada. Solo aquellos ojos, fijos en mí.

Me puse en pie con calma, sin movimientos repentinos. Me sacudí la tierra y me alisé la chaqueta. Luego di media vuelta y me alejé de allí andando.

Era como volverle la espalda a unos jaguares. Esperaba que me clavaran las garras en cada centímetro de mi cuerpo, pero no pasó nada. A mis espaldas oí a Joanne decir, en tono pomposo y lo bastante alto como para que la oyera: «Material potencialmente valioso», y un triple estallido de risitas nerviosas. Y luego me desvanecí en aquel prado infinito de un verde blanquecino.

Me iba el corazón a mil. Un mareo ebrio se apoderó de mí; quería dejar que se me doblaran las rodillas, hundirlas en la fría hierba.

Pero no lo hice. No solo por todos los ojos vigilantes que me rodeaban. Sino porque lo que les había dicho a aquellas tres muchachas era verdad: ahí fuera, en algún lugar, bajo aquel manto moteado en blanco y negro y los murmullos, estaba Rebecca. Tenía que ser ahora o nunca.

Era exactamente lo que Conway esperaba de mí. Era justo por lo que apostaría Mackey.

El resplandor blanco del aula de Arte posó su mirada en mí. Risas alegres en algún punto distante, entre los árboles.

No le debía un carajo a Conway. Le había entregado la llave para que transformara aquel caso en un éxito o un fracaso rotundo, me había utilizado mientras le había resultado útil y luego me había echado del coche de un puntapié a ciento veinte por hora.

La luna giraba como un molinete sobre la escuela. Tenía la sensación de estar disolviéndome, de que los dedos de las manos y los pies se me separaban.

Conway representaba todo contra lo que Mackey me había advertido. Era el punto y aparte en mi vida con respecto a mi compañero ideal, el de los setters irlandeses y las clases de violín. Era antipática y problemática, justamente aquello de lo que siempre había querido alejarme.

Sé detectar las oportunidades cuando las veo. Y la vi clara como el día. Agarré mi teléfono. Y envié un mensaje, no llamé. Si Conway veía aparecer mi número en pantalla, pensaría que era para quejarme por la espera y lo dejaría sonar. Noté que me estaba sucediendo algo. Que se producía un cambio en mí. El icono del mensaje en

mi pantalla. Conway, unos minutos antes, mientras yo había estado demasiado ocupado para darme cuenta. Debía de haber finiquitado el asunto, o lo habría hecho Mackey. Llegaba justo a tiempo.

«¿Has averiguado algo? Lo retendré tanto como pueda, pero apagan las luces a las 22.45 h. Date prisa».

—¿Qué demonios? —pregunté en voz alta.

Mi sonrisa lo tapó todo, una sonrisa como si me estuvieran rajando la cara y resplandeciera con luces de todos los colores.

Menudo tonto, menudo tonto de capirote había sido. Me habría dado una hostia a mí mismo por ser tan bobo. Por un instante, me olvidé de Rebecca, dejé de importarme. «Date un paseo agradable y dedícate a contemplar el paisaje. A ver si se te aparece el fantasma de Chris. Haz lo que te plazca», me había dicho antes de cerrar aquella puerta. Con lo que había querido decir: «Sal ahí fuera y habla con esas chicas, incordialas tanto como puedas a ver qué puedes sonsacarles». Claro como el día, si hubiera prestado atención. Había estado tan ocupado contemplando cómo Mackey me había utilizado para fastidiarme, que se me había pasado por alto que Conway me estaba haciendo señas delante de las narices. Conway había confiado en mí: no solo había hecho caso omiso de todas las advertencias de fatalidad por parte de Mackey, sino que había confiado en que yo me diera cuenta. Me habría asestado otro puñetazo por no haber actuado igual con ella. El estómago me dio un vuelco al pensar en lo cerca que había estado de pifiarla.

Le respondí con otro mensaje: «Reúnete conmigo en la puerta principal. Es urgente. No dejes que Mackey acuda».

Mayo llega inquieto, efervescente en el cálido aire. El verano ya está casi al alcance de los dedos, y también los exámenes, mientras todas las alumnas se muestran demasiado liadas y ríen demasiado alto por nada y estallan en discusiones elaboradas llenas de manotazos sobre las mesas y lágrimas en los lavabos. La luna tiñe el cielo de extrañas tonalidades, de un matiz verde que solo se aprecia por el rabillo del ojo, o tal vez de un violeta amoratado.

Es dos de mayo. A Chris Harper le quedan apenas dos semanas de vida.

Holly no consigue dormir. Selena sigue con su falso dolor de cabeza y Julia está insufrible; Holly intentó hablar con ella sobre lo que le sucede a Lenie y Julia le contestó de tan malos modos que ahora se hablan solo por cordialidad. En el dormitorio hace demasiado calor, un calor íntimo que les provoca oleadas de picor en la piel. Las cosas no andan bien y cada vez van a peor, retorciéndose tirantes en los bordes, y Holly nota como si le arrancaran la piel.

Se levanta para ir al lavabo, no porque lo necesite, sino porque no puede seguir tumbada ni un segundo más. En el pasillo, la luz es tenue y hace aún más calor que en la habitación. Holly lo ha recorrido ya hasta la mitad con el pensamiento puesto en el agua fría cuando la sombra de una puerta se convulsiona a menos de medio metro de distancia. Da un salto atrás contra la pared y coge aire para gritar, pero justo entonces la cabeza de Alison Muldoon emerge de la sombra con la boca abierta, se desvanece en medio de un estallido de ruiditos chillones y urgentes, y asoma de nuevo.

—¡Joder! —sisea Holly—. ¡Casi me da un infarto! ¿Qué demonios te pasa?

—Uf, madre mía, eres tú, pensaba que... ¡Jo! —Y vuelve a desaparecer.

A esas alturas, a Holly ya le ha picado la curiosidad. Espera y escucha; el resto del pasillo permanece en silencio, todo el mundo se encuentra ya bajo el peso de la noche.

Transcurrido un momento, Joanne aparece en la puerta, con el pelo encrespado y vestida con un pijama de color rosa claro con las palabras OOH, BABY estampadas en el pecho.

—Hummm, es Holly Mackey —espeta, examinando a Holly como si estuviera en una vitrina—. ¿Eres retrasada o qué? Estaba dormida.

—Mírale el pelo —se queja Alison, en un susurro, por detrás—. Le he visto el pelo y he pensado...

—Madre mía, porque las dos sean rubias, como todo el mundo que yo sepa... Holly no se parece en nada a ella. Holly está delgada.

Lo cual es el mayor piropo que puede salir de labios de Joanne. Sonríe a Holly y pone los ojos en blanco para compartir con ella unas risas por lo tonta que es Alison.

Con Joanne nunca se sabe. Hoy podría ser tu mejor amiga y enroscarse a ti como un abrazo y se sentiría herida si no le siguieras el juego. Y esa forma de ser te sitúa en

desventaja: ella sabe con quién trata; en cambio tú tienes que adivinarlo cada vez, de cero. Consigue que a Holly le den calambres en las pantorrillas.

—¿Quién creía que era? —pregunta Holly.

—Ha salido de la habitación correcta —lloriquea Alison.

—Pero iba en dirección contraria, ¿no? —la corta Joanne—. ¿A quién le importa si va al lavabo? Lo que importa es que salga fuera. Y fuera está por ahí, ¿entiendes?

Alison se mordisquea un nudillo, con la cabeza gacha.

—¿Pensabas que era Selena? —pregunta Holly—. ¿Y que salía afuera?

—No. Porque no soy retrasada.

Holly observa el rostro tenso de Joanne, demasiado severo para ese pijama cursi, y se le ocurre que Joanne está machacando a Alison porque siente una mezcla extraña de alivio y decepción, lo cual es una locura.

—¿Dónde podría ir Selena? —añade, tanteando.

—¿No te gustaría saberlo? —le pregunta Joanne, sonriendo con petulancia a Alison.

Alison deja escapar una risita obediente, mordaz y demasiado sonora.

—¡Calla! ¿Acaso quieres que nos pillen?

A Holly le está cambiando el latido del corazón, cada vez le palpita con más fuerza y más violencia.

—Selena no sale sola. Solo sale cuando salimos las cuatro.

—Madre mía, chicas, sois tan monas —le dice Joanne arrugando la nariz, pero el gesto no derrite el helor de sus ojos—, con ese rollo de contároslo todo como si fuerais hermanas de sangre; parecéis salidas de una serie de televisión. ¿Habéis hecho algún juramento? Porque, si es así, sería tan adorable que me podría morir ahora mismo.

Nada de mejores amigas, no esa noche.

—Dame un momentito —dice Holly. Si Joanne te enseña los dientes, no te queda más remedio que morder primero, y con fuerza—. Voy a intentar fingir que me importa de verdad lo que podáis opinar de nosotras.

Joanne la fulmina con la mirada, con una mano en la cadera, bajo aquella luz fina y turbia. Holly se da cuenta del momento en el que Joanne detecta un balón de fútbol más interesante que Alison.

—Si sois tan amiguitas del alma —dice—, ¿cómo puede ser que no sepas adónde sale tu amiga por las noches?

Holly se recuerda a sí misma mentalmente que Joanne es una embustera y que haría cualquier cosa por llamar la atención, mientras que Selena es su mejor amiga. No consigue visualizar el rostro de Selena.

—Lo que ocurre es que tú tienes problemas de confianza —replica—. Y si no haces algo para solucionarlos, vas a convertirte en una de esas mujeres chifladas que contratan a investigadores privados para que persigan a sus novios.

—Por lo menos yo tendré un novio, y uno mío, no uno que haya tenido que robar.

—¡Me alegro por ti! —responde Holly, y se da media vuelta—. Supongo que todo el mundo necesita sentirse orgulloso de algo.

—¡Eh! —la increpa Joanne—. ¿No te intriga saber de qué estamos hablando? Holly se encoge de hombros.

—¿Y por qué va a intrigarme, si no me voy a creer lo que me contéis? Enfila hacia el lavabo.

Oye un siseo a su espalda: «Ven aquí».

Si las cosas fueran normales, Holly las saludaría por encima del hombro sin volver la vista atrás y proseguiría su camino. Pero no lo son, y Joanne es una tipa lista a su manera, y, en realidad, guarda algunas respuestas...

Holly se da media vuelta. Joanne chasquea los dedos en dirección a Alison.

—Teléfono.

Alison se escabulle en el interior de la cueva de su dormitorio, que huele a sueño. Alguien se convierte en un bulto en la cama y formula una pregunta somnolienta; Alison la hace callar con un siseo exagerado. Regresa con el teléfono de Joanne en la mano y se lo entrega como si fuera un monaguillo durante el ofertorio. Parte de la cabeza de Holly ya está exagerando la historia que les contará a las otras, tronchándose de risa. La otra parte tiene un mal presagio.

Joanne se toma su tiempo pulsando botones. Luego le entrega el teléfono a Holly: la curva de su boca sirve de advertencia, pero Holly lo agarra igualmente. El vídeo ya se está reproduciendo.

Le asesta varios puñetazos, seguidos, sin tiempo para recobrar el aliento entre uno y otro. La chica es Selena. El chico es Chris Harper. Y están en el calvero. Se ha transformado en algo que Holly jamás había visto: en algo claustrofóbico y peligroso.

Joanne se le acerca y paladea lo que emana de Holly. Holly se obliga a coger aire sin pestañear y con la media sonrisa divertida de su padre, le dice:

—¡Virgen Santa! ¡Una rubia morreándose con un tío! Que alguien llame a Pérez Hilton, rápido.

—Venga, por favor, no te hagas pasar por tonta. Sabes quiénes son.

Holly se encoge de hombros.

—Podría ser Selena con Chris Comosellame, del Colm. Y lamento mucho echar a perder vuestro gran momento, pero ¿qué tiene eso de malo?

—¡Caramba! —exclama Joanne, con los labios fruncidos en un gesto de monería—. Yo diría que no sois tan amiguitas del alma como creéis.

Muerde rápido y fuerte. «No uno que haya tenido que robar».

—¿Y a ti qué te importa? —pregunta Holly, con la ceja en alto—. Si tú no has salido nunca con Chris Harper. Que te guste no lo convierte en tu propiedad.

—Sí salía con él —responde Alison.

—¡Calla! —chista Joanne, volviéndose hacia ella como un torbellino. Alison contiene el aliento y se desvanece entre las sombras. Y a Holly, de nuevo, fría como el hielo—: Eso no es asunto tuyo.

Si de verdad Chris dejó a Joanne por Selena, Joanne le va a retorcer el pescuezo a su amiga.

—Si Chris te puso los cuernos —comenta Holly con cautela—, es un canalla. Pero ¿por qué te enfadas con Selena? Ella ni siquiera lo sabía.

—Ah, por eso no te preocupes —responde Joanne—. Ya nos encargaremos de él. —Su voz expande un repentino resplandor frío por los rincones distantes y umbríos del pasillo; Holly está a punto de retroceder—. Y, para que lo sepas, no estoy enfadada con tu amiga. Ellos dos han terminado y, de todos modos, yo no me enfado con personas como ella. Me deshago de ellas.

Y con aquel vídeo, puede hacerlo cuando le plazca.

—Los clichés me producen urticaria —dice Holly, y le da al botón de *Borrar*, pero Joanne tiene un ojo avizor y le arrebató el teléfono antes de que Holly pueda confirmar el borrado.

Araña con las uñas la muñeca de Holly.

—Ni se te ocurra, bonita.

—Te hace falta una buena manicura —replica Holly, agitando la muñeca—. Diles que prueben con unas tijeras de podar.

Joanne vuelve a colocar el teléfono en la palma de Alison y esta se escabulle para guardarlo.

—¿Y sabes lo que os hace falta a ti y a tus amigas? —pregunta Joanne, pero en un tono que suena a orden—. Dejar de actuar como si fuerais las mejores amigas del mundo y superespeciales. En caso de serlo, esa vaca marina no os estaría mintiendo sobre su rollo con Chris Harper; y, aunque lo hiciera, tendríais que haberlo sabido telepáticamente, cosa que no habéis hecho. Sois como todas las demás, ni más ni menos.

Holly no tiene argumentos para refutárselo. «Ellos dos han terminado». La mirada perdida de Selena, su aspecto de ir tirando como si un viento gélido la estuviera desgarrando por dentro: ese es el motivo. La razón más típica y más cliché del mundo, tan típica que a Holly ni siquiera se le había ocurrido. Joanne Heffernan le ha ganado la partida.

Holly no soporta observar por más tiempo esa cara hinchada a causa del delicioso «Te pillé» que Joanne anda paladeando. Las luces del pasillo chisporrotean, emiten un sonido como de salpicadura de pintura y se funden. Bajo el estallido de ruidos de gallinero procedentes de la habitación de Joanne, Holly se dirige a tientas a la cama.

No dice nada. Ni a Becca, que se pondría como loca; ni a Julia, que le diría que son tonterías; ni a Selena. Menos que nadie a Selena. Cuando, unas noches después, Holly no consigue conciliar el sueño y, al abrir los ojos, ve el cuerpo de Selena encorvado por la concentración sobre algo que resplandece entre sus manos, tampoco se sienta ni le pide en voz baja: «Lenie, cuéntame qué te pasa». Y cuando tras una

larga espera, Selena respira temblorosa y guarda el teléfono en el lateral de su colchón, Holly no empieza a inventarse excusas para quedarse a solas en la habitación. Deja que el teléfono se quede ahí con la esperanza de no volver a verlo nunca más.

Se comporta como si Selena estuviera perfectamente normal, como si todo siguiera como siempre y el problema más importante del mundo fuera el examen de Gaélico de preselectividad, que le va a destrozarse el cerebro mientras convierte su vida en un fracaso total y absoluto. Con ello, al menos, consigue que Becca se relaje y esté más animada. Julia sigue comportándose como una antipática, pero Holly prefiere pensar que se debe al estrés por los exámenes. Pasa mucho tiempo con Becca. Ríen mucho. Aunque después Holly no recuerde qué les hacía tanta gracia.

A veces le entran ganas de asestarle un puñetazo a Selena en ese rostro pálido y aturrido que tiene y no dejar de golpearla. Pero no porque saliera con Chris Harper y les mintiera y rompiera el juramento que, además, fue idea suya; eso ni siquiera importa. Sino porque, si realizaron aquel pacto, fue precisamente para que ninguna de ellas se sintiera así. Se trataba de acorazar un lugar en sus vidas y convertirlo en inexpugnable; lograr que al menos un tipo de amor fuera más fuerte que cualquier cosa procedente del exterior; permanecer a salvo.

Becca no es tonta y, al margen de lo que piense la gente, tampoco tiene doce años. Y un sitio como aquel está plagado de secretos, pero sus caparazones son delgados y este es un lugar muy concurrido donde todo el mundo se golpea y se empuja, de modo que, a menos que uno sea extremadamente cauteloso, tarde o temprano esos caparazones se rompen y la carne blanda que contienen se desparrama por todas partes.

Hace semanas que sabe que algo no funciona y se está propagando. Aquella noche en la arboleda, cuando Holly le insistía a Lenie, Becca prefirió pensar que era cosa de Holly, que estaba de mal humor; lo hace a veces, se encalla en algo y no se da por vencida hasta que logra desviar su atención hacia otro tema, y entonces vuelve a sentirse bien. Pero a Julia no le importan los cambios de humor de Holly. Fue precisamente cuando intervino para simular que todo iba como la seda cuando Becca advirtió que algo no andaba bien.

Ha puesto todo su empeño en fingir no darse cuenta. Cuando Selena se pasa toda la hora de la comida con el cabello enroscado en la mano y la mirada perdida, o cuando Julia y Holly se hablan con brusquedad como si se odiaran, Becca clava los talones en el suelo y mira fijamente el estofado de ternera y se niega a tomar partido. Si quieren actuar como si fueran idiotas, es su problema; ya lo solucionarán ellas solitas.

La idea de que haya algo que no puedan arreglar hace que se le dispare el pensamiento y sienta pánico. Le huele a incendio en el bosque.

Es Holly quien la acorrala para ponerla al corriente. La primera vez que Holly le preguntó: «¿No te parece que Lenie está muy rara últimamente?», lo único que hizo Becca fue quedársela mirando y notar cómo el corazón se le aceleraba a mil por hora, hasta que Holly puso la vista en el cielo y pasó a un: «Olvídalo. Probablemente no sea nada». Pero luego Holly se le empieza a pegar cada vez más, como si no pudiera respirar cuando las otras están con ellas. Y habla demasiado rápido, suelta comentarios maliciosos de todo y de todo el mundo, y no se detiene hasta que Becca se ríe para hacerla feliz. Intenta convencer a Becca de hacer cosas las dos solas, al margen de Julia y Selena. Y Becca se da cuenta de que quiere desembarazarse de Holly y de que, por increíble que parezca y por primera vez en la vida, todas quieren librarse las unas de las otras.

Lo que sea que ande mal no se resolverá por sí solo. Cada vez va a peor.

Hace un año, Becca se habría dedicado a dar portazos y echar la llave entre el problema y ella. Habría sacado un montón de libros de la biblioteca y no habría dejado de leer ni siquiera cuando alguien le hablara. Habría fingido estar enferma y se habría metido los dedos en la garganta para vomitar hasta conseguir que su madre se presentara en la escuela, con la mandíbula bien tensa, y se la llevara a casa.

Pero ahora es distinto. Ya no es una niña que pueda refugiarse en sus amigas cuando sucede algo malo. Si las otras no logran solucionarlo, entonces debe intentarlo ella.

Y Becca empieza a observar.

Una noche abre los ojos y ve a Selena sentada en la cama, enviando un mensaje de texto. El teléfono es rosa. El teléfono de Selena es plateado.

Al día siguiente, Becca se pone la falda plisada del trimestre anterior para ir a la escuela; se le ha quedado corta y la envían de regreso a su habitación para que se cambie y no vaya por ahí enseñando las piernas. Tarda unos treinta segundos en encontrar el teléfono rosa.

Los mensajes de texto le licúan todas las partes blandas del cuerpo hasta que se le derraman por entre los huesos. Permanece agachada sobre la cama de Selena y no puede moverse.

Esta cosa pequeña e inofensiva lo ha trastocado todo. Nota el teléfono como algo oscuro y caliente en la mano, más denso que una roca.

Tarda un largo rato en procesar lo que ocurre antes de poder reflexionar. Lo primero que retiene es que los mensajes no están firmados. «¿Quién, quién, quién? — piensa mientras escucha un ulular solitario repicando en su mente—. ¿Quién es?».

Alguien del Colm, eso es evidente, a juzgar por las anécdotas que intercambian sobre los maestros, los partidos de rugby y otros muchachos. Alguien astuto, lo bastante como para abrir una grieta en el alto y blanco muro de su escuela y colarse arteramente por ella. Un tipo lo suficientemente inteligente como para detectar que ablandaría a Selena con todos esos cuentos sobre «pobrecito de mí, yo que soy tan sensible» y que lo aceptaría con los brazos abiertos, lo bastante artero como para

saber que ella nunca abandonaría a alguien tan especial y necesitado.

Becca sigue observando. En el Court, mientras deambulan por el aire frío y hueco y los neones de color golosina, observa si algún muchacho mira demasiado hacia ellas o no lo hace nunca, observa si algún alumno altera a Selena solo con pasar junto a ella. Marcus Wiley husmea con los ojos la camiseta de Selena, pero aunque no fuera repulsivo, Selena nunca se enrollaría con él, no después de que le enviara aquella fotografía a Julia. Andrew Moore comprueba si lo miran mientras le asesta un codazo a uno de sus amigos y suelta una risa lunática que semeja un aullido; Becca está a punto de descartarlo con un: «Imposible, Selena nunca se enrollaría con un idiota sin personalidad de ese calibre» cuando se da cuenta, como si le encajaran un puñetazo en la boca del estómago, de que no tiene ni idea de con quién no se enrollaría nunca Selena.

¿Andrew Moore?

Finn Carroll desvía la vista con demasiado ímpetu cuando descubre a Becca observándolo a través del puesto de rosquillas. ¿Será él? Finn es inteligente: podría ser. Chris Harper, en el momento de cruzarse con ellas en las escaleras mecánicas, se sonroja, lo cual podría no deberse solo al efecto del sol, y Selena pestañea rápido mientras agacha la cabeza para mirar su bolsa llena de colores. La idea de que sea Chris se le clava bajo el esternón y, extrañamente, le provoca dolor, pero no flaquea: podría ser. De Seamus O'Flaherty, todo el mundo dice que es gay, pero alguien astuto podría lanzar ese rumor sobre sí mismo para acercarse a las chicas sigilosamente y pillarlas con la guardia baja; François Levy es guapo y diferente, pero con una diferencia que solo Selena podría pasar por alto; luego vienen Bryan Hynes, Oisín O'Donovan, Graham Quinn, por un instante cada uno de ellos sobresale con una sonrisa roja y húmeda como si se tratara de él, él, él. Está en todas partes y lo reclama todo.

El aire en el Court se ha convertido en algo tan delgado y gélido que a Becca le cuesta incluso respirar. A su lado, Holly habla demasiado deprisa y de forma insistente como para darse cuenta de que Becca no le responde. Becca se alarga las mangas del cárdigan para taparse las manos y continúa observando.

También observa de noche. Es por Selena por quien monta guardia, aunque no sabe qué haría si la descubriera salir, pero cuando finalmente ve que las sábanas se levantan y se abren lentamente, el murmullo procede de la cama equivocada. Becca sabe, por la delicadeza de cada movimiento y por el destello receloso de sus ojos antes de ponerse en pie, que Julia no se dirige al lavabo.

Becca emite un sonido sin poderse contener, le sale de las entrañas, feo y crudo. Ese chaval las está corroyendo por dentro, como una infección en busca del siguiente punto en donde poder hacer erupción; está en todas partes: Julia se queda inmóvil. Becca se da media vuelta y se desploma y finge farfullar como si tuviera una pesadilla; deja que sus balbuceos se extingan y vuelve a respirar honda y monótonamente. Tras una larga pausa, escucha a Julia moverse de nuevo.

Observa a Julia salir a hurtadillas y la observa regresar del mismo modo una hora más tarde; la ve ponerse el pijama y embutir a la fuerza su ropa en el armario. Para luego ir al cuarto de baño y regresar mucho después envuelta en una densa nube con aroma a flores, limón y desinfectante.

No hay ningún teléfono en el lateral del colchón de Julia cuando, a la tarde siguiente, Becca encuentra una excusa para ir a buscarlo durante la segunda sesión de estudio. Pero sí hay un paquete medio vacío de condones.

A Becca le escalda la mano como grasa hirviendo; incluso después de guardarlo le sigue quemando, la corroe y le penetra en la sangre, bombeándole por todo el cuerpo. Julia no es Selena; nadie podría convencerla con ñoñerías para que lo hiciera, por muchos ojos de cachorrillo e historias sensibleras que le contara. Ha tenido que ser algo vil, coagulado con crueldad, un retorcimiento brusco de su brazo contra la espalda: «Hazlo o delataré a Selena, la expulsarán y enviaré las fotos de sus tetas a toda la escuela». Alguien más que astuto. Alguien malvado.

Becca, arrodillada en el suelo entre las camas, se muerde la palma de la mano para ahogar el murmullo que la retuerce por dentro de nuevo.

«¿Quién? ¿Quién?».

Alguien que no entienda la trascendencia de lo que ha hecho, que crea que esto no significa nada. Alguien que piense que transformar a las chicas de lo que son en lo que él quiere que sean, reduciéndolas y forzándolas a no ser nada más que la personificación de sus deseos, no es tan grave: alguien convencido de que para eso están. Becca se clava los dientes en la mano.

Aquellos momentos en el calvero que supuestamente tenían que durar hasta la eternidad, que de forma tácita podrían reclamar por mucho que se distanciaran las unas de las otras: él se los está robando. Está borrando esas líneas cartográficas resplandecientes que se suponía que deberían poder guiarlas de nuevo hasta allí. Primero las de Selena y luego las de Julia; Holly será la siguiente, es como un cuervo que devorase los senderos de miguitas y nunca se diera por satisfecho. La carretera de puntos tatuados a lo ancho del estómago de Becca palpita con un nuevo dolor.

¿Quién es? ¿De quién es el olor que empaña el aire de su habitación? ¿De quién las pisadas por los lugares secretos de sus amigas?

Al otro lado de la ventana, la luna solo es una pálida mancha blanca tras unos nubarrones de tono gris violáceo. Becca relaja los dientes y extiende las palmas de las manos.

«Sálvanos».

Las nubes palpitan. Burbujean por los bordes.

Julia ha quebrantado el juramento; incluso aunque la forzaran, no importa, no en este caso. Y también Selena, al margen de lo que hiciera o dejara de hacer con él. Si ha bailado sobre esa delgada línea, si rompió con él antes de cruzarla, poco importa. Ninguna de esas cosas cambia el castigo.

«Perdónanos. Líbranos de esto a fuego vivo y purifícanos de nuevo. Quítalo de en

medio y haz que seamos como éramos».

El cielo estalla y se rasga. Las respuestas jadean bajo la fina piel de las nubes.

Se precisa una ofrenda.

«Lo que sea. Si quieres sangre, me abriré en canal».

La luz se atenúa, rechaza la propuesta. Eso no.

Becca piensa en vino vertido, en figurillas de barro, en el destello de un cuchillo y unas plumas desperdigadas. No tiene ni idea de dónde sacar un pájaro, ni siquiera vino, pero si...

«Dime qué es lo que quieres».

Con un inmenso rugido silencioso el cielo se parte en dos, las nubes estallan en fragmentos que se disuelven antes de tocar el suelo. A excepción de la blanca y enorme llamarada que cae en sus palmas abiertas:

«A él».

Qué tonta ha sido pensando como una niña. Una botella robada del botellero de mamá, sangre de pollo: cosas de críos para idiotas que se pintan la raya en los ojos y juegan a juegos que no entienden.

Antaño había castigos por forzar a una chica que había realizado un juramento. Becca ha leído sobre ellos: eran enterrados vivos, despellejados o apaleados hasta la muerte...

«A él». Ningún otro sacrificio sería suficiente, no para purificar aquello.

Becca siente la tentación de ponerse en pie y echar a correr, de regresar a la sala común para realizar los deberes de Francés. Sabe que podría hacerlo si quisiera. Nada la detendría.

Selena mirando fijamente el cabello que tiene enroscado en la mano, la chepa de Julia cuando regresaba de la negra oscuridad, el ritmo acelerado y desesperado de la voz de Holly. Los momentos, a lo largo de las últimas semanas, en los que Becca las ha odiado a las tres. Cualquier día a partir de ahora será demasiado tarde para que vuelvan a encontrar su camino, nunca más.

«Sí. Sí, lo haré. De acuerdo. Hallaré el modo de hacerlo».

La ferocidad del revuelo con que es recibida su decisión, tanto dentro como fuera, casi la arroja al otro lado de la estancia. Los puntos que le recorren la barriga tamborilean ritmos desbocados.

«Pero no sé de quién se trata».

No es Chris Harper. Chris no necesitaba ser amable con Becca, no lo hizo para obtener nada a cambio (Becca sabe perfectamente que a un chico como Chris no le gusta alguien como ella) y la bondad gratuita no encaja con la maldad. Pero entonces quedan Finn, Andrew, Seamus, François, ¡todo el mundo!, ¿cómo va a saber ella...?

Y entonces se le dibuja la curva de una gran sonrisa: no necesita saber quién es. Lo único que necesita saber es dónde y cuándo. Y eso lo puede decidir ella misma, porque es una chica y las muchachas tienen el poder de hacer que los chicos acudan corriendo siempre que les apetezca.

Becca sabe ser sumamente cuidadosa. Nada va a desvelar su secreto.

Riachuelos blancos recorren el cielo, grandes láminas frías y gozosas caen sobre sus manos y su rostro alzado, sobre su cuerpo, y llenan su boca abierta.

El jueves por la mañana, Becca se pone de nuevo la falda que se le ha quedado corta y en esta ocasión la hermana Cornelius pierde los nervios y golpea la mesa con la regla y castiga a toda la clase a escribir cien veces: «Rezaré a la Virgen para que me dé modestia». Luego envía a Becca a su habitación para que se cambie.

No hay modo de saber a qué hora quedaban ese chico y Selena, pero al menos Becca conoce un lugar donde se encontraban. «¿Esta noche en ese calvero? — preguntaba un mensaje de texto en marzo—. ¿A la misma hora?».

Es el último lugar del mundo donde Selena debería haberlo llevado. Por un instante, mientras se cierra la cremallera de su falda nueva y demasiado larga, Becca teme que el chico posea algún poder oculto y le lobotomice el cerebro a Selena. Detecta un trocito de papel en la alfombra y lo eleva revoloteando como una polilla alrededor de la lámpara para recordarse algo a sí misma: que ella también tiene poderes.

El teléfono ya no se le antoja oscuro y caliente; se ha vuelto ligero como la espuma y ágil, y los botones parecen pulsarse solos prácticamente antes de que el pulgar de Becca los encuentre. Reescribe el mensaje cuatro veces antes de estar segura de que está bien. «¿Quedamos esta noche? ¿En el calvero de los cipreses?».

Tal vez no tenga ocasión de comprobar si le ha respondido, aunque no importa: él acudirá. Quizá Julia ya lo haya citado esa noche (Becca ignora cómo contacta con él), pero él se deshará de Julia si cree que es Selena quien le propone quedar. Emanan de sus mensajes como si fuera fuego: lo que de verdad quiere es a Selena.

Pero no puede tenerla.

Becca sale poco después de medianoche, con el fin de darse tiempo para prepararse. En el espejo de la puerta del armario, tiene pinta de ladrona: tejanos azul oscuro y una sudadera con capucha del mismo color. Lleva los guantes negros de piel de diseño que su madre le regaló por Navidades y que nunca se ha puesto. Y se ha fruncido tan fuerte las cuerdas de la capucha que lo único que descubre son los ojos y la nariz. Al verse así se sonríe («Pareces el atracador de bancos más gordo del mundo»), pero la sonrisa no se aprecia; tiene un aspecto solemne, casi adusto. Camina de puntillas, lista para la batalla. A su alrededor, las otras respiran baja y hondamente, como princesas encantadas en un cuento de hadas.

La noche resplandece con una extraña luz diaria, bajo una inmensa luna creciente rodeada por multitud de estrellas. Al otro lado del muro, en la distancia, suena una música, apenas un hilillo seductor, una voz dulce y un ritmo como de pies corriendo. Becca se queda inmóvil en la sombra y escucha. «Nunca pensé que notaría tan cerca todo lo que perdimos...», y la canción se desvanece, fundida por un cambio en la

dirección del viento. Al cabo de un largo rato, reemprende el camino.

El cobertizo del guarda se halla a oscuras, con esa oscuridad densa que huele a tierra, y ella no piensa encender la luz, porque ya se ha preparado para esto. Dos pasos hacia delante, girar a la izquierda, cinco pasos y sus manos alargadas tocan la pila de herramientas apoyadas en la pared.

La azada está en el extremo derecho de la pila, exactamente donde la dejó ayer. Las palas son demasiado pesadas y torpes, cualquier cosa con el mango muy corto la obligaría a acercarse más de la cuenta, pero una azada tenía la cuchilla tan afilada que casi le cortó la yema de un dedo como si fuera una fruta madura. Gemma entró y la vio elegir, pero a Becca no le preocupa. No estamos hablando de sujetadores de copa ni de alimentos bajos en carbohidratos; esto se encuentra a miles de kilómetros del alcance de la mente de Gemma.

Aparta las ramas como si fueran puertas basculantes a su paso, para dejar limpio el camino. En el centro del calvero practica a balancear la azada por encima de su cabeza y dejarla caer; se acostumbra a su peso y a su alcance. Los guantes la obligan a agarrarla con mucha fuerza, para que no se le resbale de los dedos. El sonido sibilante que emite es rápido, fuerte y satisfactorio.

A baja altura, tras los árboles, aquí y allá, ojos luminosos la observan, curiosos.

Una vez más, porque le gusta, y Becca se detiene: no quiere que se le cansen los brazos. Hace girar la azada entre sus palmas y escucha. Solo se oyen los sonidos agradables y familiares de la noche: su propia respiración, los crujidos del sotobosque que suenan bajo los movimientos de las criaturillas en sus rutinas. Él aún no está cerca.

Llegará procedente de la parte trasera de los terrenos. El sendero, bajo las ramas arqueadas, es una cueva negra e infinita moteada por pequeños parches de luz blanca. Se imagina a distintos chicos apareciendo por entre las sombras: Andrew, Seamus, Graham... Visualiza, cuidadosa y metódicamente, todo lo que deberá suceder después.

La azada ha dejado de girar entre sus manos. La oye silbar una vez más, en esta ocasión seguida por el golpe seco al astillar y por el chapoteo del final. Desea con todo su cuerpo que se trate de James Gillen —solo de pensarlo, su boca prácticamente dibuja una sonrisa—, pero sabe que Selena nunca se enrollaría con él. Desea entonces que sea Andrew Moore. Becca se siente afortunada, tan afortunada que podría elevarse del suelo y dar una voltereta en medio de las estrellas arremolinadas, por haber escogido esto. La belleza del calvero hace que el corazón le dé un vuelco. El claro resplandece con toda la gloria que es capaz de invocar; la luz de la luna y la dulce fragancia de los jacintos empapan el aire, los búhos cantan como ruiseñores y las liebres bailotean mientras los cipreses relucen con perlas de plata y lavanda, para celebrarlo.

Por entre la oscuridad veteada al fondo del sendero, algo cruje. Los cipreses respiran hondo y tiemblan de puntillas. Ha llegado. Por un segundo, Becca está

aterrorizada, nota sus huesos convertidos en gelatina con la misma clase de espanto que debe de haber sentido Julia mientras se tumbaba para él y que Selena debió de abrigar poco antes de poder decir: «Te quiero». Entonces se le ocurre que, después de aquello, será distinta del resto de personas. Ella y aquel muchacho: aquel golpe seco hará que ambos crucen fronteras en una sola dirección y se adentren en mundos que son incapaces de imaginar. Se muerde el carrillo por dentro hasta que nota el sabor de la sangre y, con un arco de la mano, extiende un largo crujido como un ala negra por encima de las copas de los cipreses. Ese otro lugar siempre ha estado ahí; hace meses que las fronteras se han vuelto porosas y han ido desplazándose. Si quisiera estar asustada, si pretendiera echar a correr, hace tiempo que debiera haberlo hecho.

El terror ha desaparecido tan rápido como surgió. Becca vuelve a internarse entre las sombras, bajo los árboles, y lo espera como una chica que anhela la llegada de su amante secreto, con los labios entreabiertos y la oscura sangre palpitándole en la garganta y en los pechos, deseando con todo su cuerpo el momento en el que, por fin, le vea la cara.

Me dirigí a la fachada delantera de la escuela. Notaba los pies extraños al cruzar la hierba, demasiado sólidos, hundiéndose más y más como si el prado estuviera hecho de neblina. Las alumnas me observaban a mi paso, entre susurros. Pero esta vez no me importó.

Esperé en la esquina del ala de las internas, oculto entre las sombras. «Si vamos a hacer una pausa, detective Conway, me gustaría bajar con usted a fumarme un pitillo rápido... ¿No? ¿Hay algún motivo por el que no quiera que la acompañe?». Con Mackey cerca, había que anticiparse.

Me notaba distinto mientras esperaba a Conway, cambiado.

Llegó enseguida. En un momento la puerta de roble me pareció cerrada para la eternidad y al siguiente Conway se hallaba en la parte alta de los escalones, buscándome con la mirada. Los focos le iluminaban el cabello. Tardé un segundo en notar que le estaba sonriendo de par en par.

Mackey no apareció tras ella. Salí de entre las sombras y alcé un brazo.

La sonrisa le iluminó el rostro. Se acercó pisando a grandes zancadas la grava blanca y levantó una mano para chocar los cinco conmigo. La palmada sonó como un trallazo de puro triunfo en medio de la noche y me dejó en la palma un hormigueo claro y fuerte.

—Lo hemos hecho de fábula.

Me alegré de estar en la penumbra.

—¿Crees que Mackey se lo ha tragado?

—Diría que sí, pero es difícil de asegurar.

—¿Qué le has dicho?

—¿Ahora? He puesto cara de agobio y le he dicho que tenía que resolver un problemilla y que no me llevaría más de un minuto, que no se moviera. Diría que piensa que te estás quejando porque te hago esperar.

Volvió la vista hacia la puerta, una oscura grieta abierta. Echamos a andar, nos internamos en las sombras y bordeamos el ala de las internas, hasta quedar fuera de la vista.

—¿Has avanzado con Holly?

Conway negó con la cabeza.

—He lanzado posibles motivos durante un rato, pero nada parecía encajar del todo. He insistido en el hecho de que no ayudara a Selena y en lo que podría haber hecho para compensarlo, pero lo único que he conseguido es que se pusiera insolente. No me ha revelado nada nuevo. No quería presionarla demasiado: si hubiera empezado a desmoronarse, Mackey se habría largado y quería darte tiempo. ¿Qué novedades tienes?

—Rebecca estuvo revisando las palas y las azadas que había en el cobertizo del guarda... el día antes del asesinato —contesté yo.

Conway se quedó de piedra. Dejó de respirar.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó al cabo de un momento.

—Gemma. Acudió allí a comprar pastillas para adelgazar y pilló por sorpresa a Rebecca. Rebecca se sobresaltó y se escaqueó balbuciendo excusas.

—Gemma es el perrito faldero de Joanne.

—No creo que me haya mentido. No intentaban encubrirse entre sí. De hecho, ni siquiera han creído que hubiera nada raro en que Rebecca anduviera toqueteando las herramientas. Piensan que lo sospechoso es que estuviera en la cabaña; creen que andaba comprando drogas al guarda para Chris, porque le gustaba, y que él la dejó y ella perdió la cabeza. Yo diría que Rebecca es demasiado enclenque para hacerlo, pero ellas me han planteado que, si Chris estaba sentado, podría haberle golpeado con una roca. De haber sabido esas chicas que el arma homicida fue una azada, no se hubieran refrenado a la hora de sacarlo a relucir. No tienen tanto control sobre sí mismas. Ignoran lo del arma homicida.

Conway seguía inmóvil: los pies apuntalados, la espalda bien recta, las manos en los bolsillos. Imágenes reproduciéndose a cámara rápida ante sus ojos.

—No me encaja. Lo de las drogas sí, podría servir; Rebecca podría haber sobornado a Chris para mantenerlo alejado de Selena. Pero ¿recuerdas el condón? Chris acudió en busca de marcha. ¿Crees que Rebecca se estuvo acostando con él? ¿En serio?

—No creo que los primeros encuentros fueran con Rebecca —respondí yo—. ¿Recuerdas lo que dijo Holly? Cuando se dio cuenta de que a Selena le pasaba algo, intentó hablar de ello con Julia. Pero Julia no quería saber nada: le dijo que se olvidara del tema, que Selena acabaría sobreponiéndose antes o después. ¿Te suena eso propio de Julia? Julia es peleona. Si una de sus amigas tuviera problemas, ¿crees que se limitaría a taparse los oídos con los dedos y rogar por que estos se esfumaran?

Fue entonces cuando Conway se movió. Echó la cabeza hacia atrás, la luz de la luna se reflejó en el blanco de sus ojos.

—Julia ya se estaba encargando del asunto.

—Sí. No quería que Holly se involucrara y complicara aún más las cosas. Por eso le dijo que se mantuviera al margen.

—¡Joder! —exclamó Conway—. ¿Recuerdas lo que nos contó Joanne? Que había puesto a sus sabuesos a montar guardia de noche para asegurarse de que Selena hubiera dejado de escabullirse para verse con Chris. Ni rastro de Selena, pero a Julia sí la vieron. Pensaban que salía a citarse con Finn Carroll. Y no tuvieron inconveniente. Menudo par de memos hemos sido.

—Es imposible mantener un secreto durante mucho tiempo en una habitación de esas dimensiones. En algún momento, Rebecca descubrió algo, ya fuera sobre Chris y Selena o sobre Chris y Julia —planteé yo.

—Sí. Y Holly ha dicho que pensar siquiera que pudiera pasarles algo malo a cualquiera de ellas haría que Rebecca perdiera la cabeza.

—Seguramente no pudo soportar la idea de que se mostraran incapaces de solucionar un problema entre las cuatro.

Visualicé el póster, la caligrafía que le había supuesto horas, semanas, un nuevo comienzo por cada desliz de los dedos:

«Por muchos peligros que nos acecharan,
que nuestra amistad intacta encontraran».

—Pero eso no descarta a Holly —adujo Conway.

No lo dijo como lo habría dicho una o dos horas antes, mirándome de soslayo para comprobar si parpadeaba o me estremecía de dolor. Simplemente lo comentó. Escudriñó con los ojos el edificio de la escuela, como si la estuviera desafiando.

—De acuerdo —convine yo—. Tampoco descarta a Julia, o a las tres juntas: por lo que sabemos, alguien buscó el arma, alguien atrajo a Chris al calvero y alguien pudo matarlo mientras él pensaba en sus cosas. Lo que sabemos seguro es que Rebecca estuvo implicada.

—¿Alguna cosa más?

Al cabo de un momento, dije:

—Ya está.

Conway volvió el rostro hacia mí.

—Pero ¿qué? —preguntó.

—Pero nada. —Quería escabullirme, pero Conway tenía que saberlo—. A Joanne y su pandilla no les ha gustado que les dijera que tenía que marcharme. Intentaban hacer algo, ni siquiera sé qué. Flirtear conmigo, conseguir que me quedara. Algo así.

—¿Ha habido contacto?

—Sí. Joanne me ha puesto un dedo en la pierna. Les he hablado de forma condescendiente y, en cuanto ha apartado la mano, he salido pitando.

Conway me observaba.

—¿Pretendes decirme que no debería haberte lanzado a los tiburones?

—No. Ya soy mayorcito. Si no hubiera querido hablar con ellas, no lo habría hecho.

—Yo lo habría hecho, de haber podido. Pero no habría conseguido nada. Tenías que ser tú.

Yo, el cebo perfecto, lo que fuera que cualquiera deseara.

—Ya lo sé. Pero quería explicártelo. He pensado que deberías saberlo.

Asintió.

—No te preocupes.

Me vio removerme: «Es fácil decirlo».

—De verdad —añadió—. No contarán nada. Con el arsenal que tenemos en su contra, tendrían que estar locas para intentar fastidiarnos. ¿Crees que les interesa que McKenna sepa que toman pastillas para adelgazar? ¿O que se escapan por la noche?

—Quizá ni siquiera se les ocurra.

Conway soltó una carcajada.

—Pero si son expertas: no se les escapa una. A eso es a lo que dedican el tiempo.
—Y en un tono más serio, por algo que detectó en mi rostro—: Son unas cabronas de marca mayor y dan mucho miedo, pero las tenemos bien cogidas, ¿entendido?

—Sí —respondí. Por su forma de decirlo, por el deje de aquel «Son unas cabronas de marca mayor que dan mucho miedo», parecía saberlo a ciencia cierta, como si ella misma lo hubiera sido en su día: a decir verdad, fue eso lo que me convenció, más que sus palabras de consuelo—. Entendido.

—Bien. —Conway me dio una palmadita en el hombro, torpe como la de un niño, pero noté su mano firme y fuerte—. Bien jugado.

—Pero no basta —repliqué yo—. Tenemos suficientes pruebas para arrestar a Rebecca, pero el fiscal general del Estado no la acusará de asesinato. A menos que confiese...

Conway negaba con la cabeza.

—De hecho, no tenemos ni siquiera pruebas para poder arrestarla. Si fuera una cría de clase baja, entonces sí, no habría ningún problema; podríamos detenerla y comprobar hasta dónde somos capaces de llegar. Pero ¿una alumna del Kilda? Si la arrestamos, debemos ser capaces de presentar cargos contra ella. Sin condiciones. De lo contrario, la fastidiaremos. A O’Kelly le estallará una vena, a McKenna otra, el teléfono del comisario no dejará de sonar, los medios anunciarán a los cuatro vientos que el caso se había encubierto, y tú y yo compartiremos despacho en Registros hasta el día de nuestra jubilación. —Aquel gesto de amargura en su boca—. A menos que tengas amigos en las altas esferas.

—Ese de ahí era mi mejor baza —dije, señalando con la cabeza hacia el aula de Arte—. Y diría que ha quedado descartado.

Casi le arranqué una carcajada.

—Entonces necesitamos algo más para acusar a Rebecca. Y lo necesitamos rápido. Hay que conseguir detenerla esta misma noche; de lo contrario, estaremos bien jodidos. Tanto Julia como Holly son lo bastante inteligentes como para imaginar hacia dónde se encamina esta investigación..., si es que no lo han descubierto ya.

—Holly lo sabe —repliqué yo.

—Sí. Si les permitimos que pasen la noche juntas, hablarán. Y mañana por la mañana, cuando regresemos, tendrán una coartada perfectamente elaborada y no habrá por donde pillarlas; habrán determinado exactamente en qué punto mentir y en cuáles mantener la boca cerrada. Y todas nuestras posibilidades de que confiesen se esfumarán.

—No vamos a conseguir que Holly confiese ahora —anuncié yo—. Nos ha procurado todo cuanto pensaba concedernos.

Conway sacudía la cabeza de nuevo.

—Olvídate de ella. Y de Selena. Necesitamos a Julia.

Recordé lo que había dicho antes: «Pero este año Julia nos ha mirado como si fuéramos personas de carne y hueso, tú y yo». Y luego: «Y no sé determinar si eso es

bueno o malo».

—Mackey y Holly —dije yo—. Será mejor dejarlos donde están, ¿verdad? .

—Sí. Es posible que los necesitemos de nuevo y no nos interesa tenerlos deambulando por ahí, cruzándose en nuestro camino. Si no les gusta...

En esta ocasión los dos nos quedamos de piedra. A pocos metros de nuestra espalda, doblando la esquina, frente a la fachada de las internas, alguien había resbalado sobre la grava.

Nuestros ojos se encontraron. Conway articuló: «Mackey».

Avanzamos rápido, en silencio, doblamos la esquina los dos a la vez. La entrada para carruajes era amplia y estaba iluminada, vacía. La hierba lucía desnuda. A través de la grieta oscura de la puerta no se movía ni un alma.

Conway se cubrió los ojos con el antebrazo para evitar que la luz de los focos la deslumbrara y escudriñó a través de los árboles. Nada.

—¿Sabes dónde se encuentra Julia?

—No las he visto. No están en el jardín de atrás.

Se adentró en las sombras de nuevo y dijo en voz baja, solo para mí:

—Estarán en ese calvero.

A los dos se nos había ocurrido acercarnos a ellas sigilosamente y escucharlas a hurtadillas, para averiguar si hablaban sobre azadas, mensajes de texto y Chris. Pero era imposible. En el sendero que serpenteaba por la arboleda, el mismo que habíamos recorrido por la mañana, las copas de los árboles formaban un dosel que apenas permitía el paso de unas vetas de luz, lo cual nos obligaba a avanzar con torpeza. Lo hicimos a trompicones, como un par de Land Rovers pesados, entre crujidos de ramitas, latigazos de ramas y aves que se emboscaban por doquier.

—Joder —siseó Conway cuando me metí en unos arbustos hasta la rodilla—. ¿Pero es que nunca has ido de colonias? ¿O de acampada?

—No, la gente de mi estrato social no hacía esas cosas. Pero si quieres que realice un puente a un coche, te lo hago con los ojos cerrados.

—Esto también lo sé hacer yo. Lo que busco es un artesano de la madera.

—Lo que tú buscas es a un pijo que fuera a cazar faisanes cada...

Metí el pie en algo y me abalancé hacia delante agitando los brazos. Conway me agarró del codo antes de que cayera de bruces. Nos reímos por lo bajini como un par de críos, tapándonos la boca con la manga e intentando fulminar al otro con la mirada para que guardara silencio.

—Cállate...

—Joder...

Pero solo sirvió para que nos entraran más ganas de reír. Estábamos atolondrados: las vetas de luz de luna arremolinándose en el suelo bajo los pies, el revoloteo de los crujidos propagándose a nuestro alrededor, y la carga pesada de lo que íbamos a tener

que hacer al final de aquel sendero. Una parte de mí casi esperaba ver en cualquier momento a Chris Harper saltando boquiabierto de una rama, como un gato salvaje, delante de nosotros, y me costaba saber si nos echaríamos a gritar como adolescentes o sacaríamos nuestras armas para volarle su culo fantasmagórico.

—Mira qué pinta tienes...

—¡Pues anda que tú...!

Doblamos una curva y salimos de debajo de los árboles. Una fragancia a jacintos nos salió al paso. Ascendimos por una pequeña cuesta y llegamos al calvero que se abría entre los cipreses; la luz de la luna caía en toda su plenitud, intacta. Estaban las tres inclinadas hombro con hombro, con las piernas dobladas entre las espigas mecidas por el viento; por un instante se me antojaron una criatura de tres cabezas, lo que me puso los pelos de punta. Quietas como una estatua antigua, lisas como el mármol y con rostros inexpresivos. Tres pares de ojos insondables nos observaban. Habíamos dejado de reírnos.

Ninguna de ellas se movió. La fragancia a jacintos se elevó por encima de nosotros como una ola.

Rebecca tenía el hombro apoyado en el de Selena. Llevaba el pelo suelto y era todo manchas blancas y negras, como una ilusión, como si un parpadeo fuera a convertirla en un rayo de luna que se dispersara sobre la hierba.

Junto a mí, Conway pronunció en el tono preciso para que la oyeran:

—Julia.

No se movieron. Me dio tiempo a preguntarme qué haríamos si no volvían a moverse nunca; tuve el sentido común suficiente para no acercarme más a ellas. Entonces Julia se enderezó, se apartó de Selena, se colocó las piernas bajo el trasero y se puso en pie. Descendió por la cuesta hasta donde estábamos sin volver la vista ni una sola vez hacia sus amigas, avanzó sibilante entre los jacintos, con la columna erguida y los ojos puestos en algo que había detrás de nosotros. Noté un picor en la nuca.

—Demos un paseo por aquí. Solo necesitamos unos minutos —anunció Conway.

Conway se situó a la cabeza y nos guio por el sendero, internándonos en los jardines. Julia se colocó detrás de ella. Las otras dos muchachas nos observaron, hombro con hombro, mientras yo daba media vuelta. A mi espalda, tan fuerte que casi hizo que me sobresaltara, escuché el hondo suspiro de los cipreses.

Incluso Julia caminaba de manera distinta fuera de la escuela. Había dejado de bambolear el culo en broma; avanzó por aquella senda con la destreza de un cervatillo, sin apenas mover una ramita. Como si fuera su territorio, podría haber trepado hasta colocarse junto a un ave dormida y haberla agarrado con la mano.

Sin volver la vista atrás, Conway le dijo:

—Doy por sentado que Selena te ha puesto al corriente. Sabemos que os escapáis por la noche, que había algo entre Selena y Chris y también que rompieron. Y sabemos que luego tú te veías con Chris... justo hasta que murió.

Nada. El sendero se ensanchó lo bastante como para que los tres camináramos uno al lado del otro. Julia tenía las piernas más cortas que nosotros, pero no aceleró el paso; nos obligó a ralentizarlo o a dejarla atrás, lo que prefiriéramos. Aminoramos la marcha.

—Hemos leído tus mensajes en el teléfono especial supersecreto que le regaló a Selena.

Su silencio se nos antojaba inquebrantable. Llevaba un jersey rojo, sin chaqueta, y el aire se estaba volviendo frío. No parecía notarlo.

—¿Es por eso por lo que Selena rompió con Chris, verdad? —preguntó Conway—. Eso no lo hemos podido determinar. ¿Lo hizo porque sabía que Chris te gustaba y no quería que él se interpusiera entre vosotras?

Esta vez Julia sí se dio por aludida.

—A mí nunca me ha gustado Chris. Tengo mejor gusto que eso.

—Entonces, ¿qué hacías con él aquí fuera a medianoche? ¿Álgebra?

Silencio, y sus pasos callados. El tiempo se nos agotaba y empezaba a inquietarme: Rebecca esperaba allá detrás; Mackey y Holly lo hacían en la primera planta de la escuela, y McKenna esperaba poder hacer sonar el timbre que pusiera fin a aquel día. Acelerar la situación no conseguiría más que ralentizarlo todo.

—¿Cuántas veces quedaste con él? —quiso saber Conway.

Nada.

—Si no fuiste tú, fue una de tus amigas. ¿Había vuelto Selena con él?

—Tres veces —respondió Julia—. Me cité con él tres veces.

—¿Y por qué paraste?

—Porque lo asesinaron. Eso impidió continuar con la relación.

—*Relación* —dije yo—. ¿Qué clase de relación?

—Intelectual. Hablábamos sobre política internacional.

El sarcasmo era tan contundente que no hacía falta añadir nada más.

—Si no te gustaba, entonces ¿por qué lo hacías? —inquirió Conway.

—Porque sí. ¿Usted nunca ha cometido ninguna tontería en cuestión de chicos?

—Muchas, créeme. —La mirada rápida entre ellas dos me desconcertó; una mirada de igual a igual, como si se entendieran a la perfección, y una ironía en la curvatura de la sonrisa de Conway. «Somos gente normal y corriente»—. Pero yo siempre tenía un motivo. Aunque fuera una estupidez, pero tenía un motivo.

—A mí me pareció buena idea —replicó Julia—. Qué puedo decir: entonces era más tonta.

—Lo que hiciste fue mantenerlo alejado de Selena —intervine yo—. Sabías que Chris le traería problemas, sabías lo que le había hecho a Joanne y sabías que Selena no sería lo bastante fuerte como para soportar que le sucediera algo parecido. Selena había roto con él, pero leíste sus mensajes: a Chris le bastaba con chasquear los dedos para que Selena acudiera tras él de nuevo corriendo. De modo que tenías que asegurarte de que no los chasquease.

—Tú eres más fuerte que Selena —apuntó Conway—. Lo bastante fuerte como para encajar lo que un chiflado como Chris pudiera lanzarte. De manera que decidiste que la bala fuera a por ti.

Julia siguió andando, con las manos en los bolsillos. Observó algo salir volando de entre los árboles, un poco más adelante. El fragmento de su rostro que pude atisbar me recordó a Holly. El mismo pesar.

—Crees que Selena mató a Chris, ¿verdad? —preguntó Conway.

Julia volvió la cabeza de golpe, como si Conway le hubiera asestado un bofetón en la cara. Yo no había caído en la cuenta hasta que escuché aquellas palabras desplomarse en el aire. Eso era lo que Julia había creído durante todo el día, durante todo el año.

Y así quedó descartada Julia. Y también Selena. Rebecca, no. Y Holly caminaba sobre la cuerda floja.

—Te decimos que vamos a hablar con Selena y, ¡bang!, nos lanzas un palo para que vayamos a buscarlo y nos haces salir corriendo tras Joanne —continuó Conway—. Luego señalo que quizá Selena hubiera vuelto con Chris y, ¡bang!, de repente empiezas a hablar con nosotros y confiesas que tú te citabas con él. No necesitarías protegerla tanto si no creyeras que tiene algo que ocultar.

Habíamos acelerado el paso. Julia caminaba más aprisa, aplastando ramitas y haciendo crujir la grava, sin importarle.

—Crees que Selena descubrió que estabas liada con Chris —dije yo—. ¿Es eso? Y se enfadó tanto, se puso tan celosa, se sintió tan ultrajada que perdió la cabeza y lo mató. Y crees que es culpa tuya, de manera que ahora te toca protegerla.

A solo un paso o dos por delante de nosotros, empezaba a difuminarse en la penumbra; solo la veta roja de su jersey resplandecía.

—Julia —la increpó Conway, y paró. Julia también se detuvo, pero la línea de la columna tiraba de ella como un perro de su cadena—. Siéntate.

Al final Julia se dio media vuelta. Un bonito banco de hierro forjado sobre unos lechos florales ordenaditos, cerrados durante la noche, todos los colores y los pétalos que durante el día se abrían para exhibirse se habían cerrado ahora sobre sí mismos. Julia se sentó en un extremo del banco. Conway y yo la acorralamos en el medio.

—Escúchame bien —le dijo Conway—: No sospechamos de Selena.

Julia la miró.

—¿Eh? Ah, claro, ya me siento mucho más tranquila. Me iría muy bien abanicarme.

—Todas nuestras pruebas apuntan a que llevaba semanas sin estar en contacto con Chris antes de que muriera.

—De acuerdo. Hasta que cambien de opinión y digan: «¡Ups, en realidad, hemos decidido que esos mensajes de texto los envió ella, no tú! ¡Lo siento!».

—Es un poco tarde para eso —dije yo—. Y ya tenemos mucha práctica adivinando cuándo nos mienten. Ambos pensamos que Selena dice la verdad.

—Fantástico. Me alegra saberlo.

—Y ¿entonces? Si nosotros la creemos, ¿por qué tú no? Se supone que es tu amiga; ¿cómo puedes pensar que es una asesina?

—Es que no lo pienso. Creo que lo peor que ha hecho en su vida es hablar durante las horas de estudio. ¿De acuerdo?

Yo había oído antes aquellas defensas fortificándose en la voz de Julia. Fue entonces cuando la pieza encajó: el interrogatorio en su habitación aquella tarde, aquel matiz en su voz, algo se me había quedado atorado en la mente.

—Fuiste tú quien me envió el mensaje de texto —dije.

Desde el teléfono de Chris.

Su perfil se tensó. No me miró.

—Para decirme que Joanne guardaba la llave de la puerta que conectaba ambos edificios. Fuiste tú —añadí.

Nada.

—Esta tarde nos has dicho: «Ustedes han descubierto lo de la llave de Joanne y lo primero que ha hecho ella ha sido incriminarme a mí. Si alguien les hubiera explicado que salía con Chris, habría hecho exactamente lo mismo». Lo cual significa que Joanne se ha vengado de ti por contarnos lo de la llave.

Julia me miró por el rabillo del ojo. Su mirada decía: «Bien visto. Ahora demuéstrela».

Conway se giró en el banco y se sentó a horcajadas para poder mirar a Julia a la cara.

—Escucha. Selena está en baja forma, y tú lo sabes. Pensabas que se debía a que era incapaz de sobrellevar haber asesinado a Chris y que había preferido quedarse en Babia. Pero no se trata de eso. ¿Quieres que te lo jure? Te lo juraré por lo que me pidas: no es por eso.

Se lo expuso con claridad y calidez, tal como se lo habría expuesto a una amiga, a su mejor amiga, o a su hermana más querida. Le estaba tendiendo una mano a Julia y le hacía señas para que cruzara aquel río. La invitaba a dejar atrás aquel lado con el que se había familiarizado durante toda su vida, en donde los adultos eran imbéciles sin rostro que pretendían arruinarlo todo sin ni siquiera esforzarse por entenderlas, y avanzar hacia aquel otro lugar nuevo y extraño, en el que se podía hablar cara a cara.

Julia observó a Conway. Lo que se movió en su rostro reveló que sabía que si cruzaba aquel puente, no habría vuelta atrás, que es imposible saber quién seguirá de tu parte al otro lado, y a quién no volverás a ver.

Yo me mantuve en silencio. Era asunto de ellas. Yo quedaba al margen. Julia respiró largamente y dijo:

—Está usted segura. No fue ella.

—No sospechamos de ella. Te doy mi palabra.

—Pero es que Lenie no está así de loca por naturaleza. Ustedes no la conocen; yo sí. No era así antes de que mataran a Chris.

Conway asintió.

—Sí, ya lo sé. Pero lo que la está destrozando no es que ella lo asesinara, sino saber algo que no es capaz de manejar. Y se está evadiendo de la realidad para no tener que afrontarlo.

Comenzaba a hacer frío. Julia se arrebujó el cuello del jersey.

—¿A qué se refiere?

—Si lo supiéramos, no necesitaríamos mantener esta conversación. Tengo ideas, no pruebas. Lo único que puedo asegurarte es esto: que no vas a meter a Selena en ningún lío por contarme la verdad. Te lo juro. ¿De acuerdo?

Julia se estiró de las mangas y las pálidas manchas que dibujaban sus manos se desvanecieron en el rojo.

—De acuerdo. Fui yo quien les envió el mensaje de texto sobre la llave —confesó con voz queda.

—¿Cómo sabías dónde la guardaban Joanne y su pandilla? —quiso saber Conway.

—Fui yo quien les dio la idea del libro.

—Y también quien les facilitó la llave —añadí yo.

—Hace que suene como si fuera un regalo de cumpleaños. Lo que ocurrió en realidad fue que una noche nos sorprendieron escapándonos y Joanne nos amenazó con contarle a McKenna lo malas chicas que habíamos sido si no le hacíamos una copia. De modo que se la hice.

—¿Y le aconsejaste dónde guardarla? —Conway arqueó una ceja—. Pues qué servicial.

Julia hizo el mismo gesto con la ceja.

—Si alguien puede hacer que me expulsen, sí, lo soy. Quería saber dónde guardábamos la nuestra, cosa que yo no tenía intención de revelar porque no me daba la realísima gana...

—Por cierto, ya que estamos, ¿dónde la escondías?

—Dentro de la funda de mi móvil. Un escondite sencillo y, además, siempre la llevaba encima. Pero tal como he dicho, no tenía intención alguna de darle a doña Vacaburra Heffernan nada más de lo que estaba obligada. De manera que le dije que el único modo de estar seguras era guardándola en la sala común, para que, si alguien la encontraba, no pudiera conectarla con ella, ¿entienden? Le aconsejé: «Elige un libro que nunca lea nadie. ¿Sobre qué santa harías tú un ensayo?» (las salas comunes están llenas de biografías de santas y nadie las consulta nunca, salvo una vez al año, para hacer el trabajo pertinente, y acabábamos de entregar el nuestro). Ella contestó: «Teresa de Lisieux», y puso cara de beata, como si aquello la convirtiera en Joanne de Lisieux. —Conway sonreía—. Y yo le dije: «Perfecto. Nadie consultará ese libro hasta, al menos, el año que viene. Guarda ahí la llave y todo arreglado».

—¿E imaginaste que te había hecho caso?

—Joanne no tiene ni pizca de imaginación, a menos que guarde relación con ella

misma. Es imposible que se le hubiera ocurrido un lugar. Además, lo comprobé. Pensé que nos podría ser de utilidad en algún momento.

—Y así fue —replicó Conway—. ¿Por qué decidiste explicárnoslo?

Julia dudó. Los ruiditos que nos rodeaban se adentraban cada vez más en las profundidades de la noche: el revuelo que se escapaba de entre las hojas indicaba cacerías mientras que las risas procedentes de los jardines hacía tiempo que se habían desvanecido. Me pregunté cuánto tiempo nos quedaría. Poco, sin lugar a dudas. No comprobé la hora en mi reloj.

—Antes, después de los interrogatorios a los que os hemos sometido —dije yo—, ¿Selena ha salido triste?

Al cabo de un momento:

—Bueno, la mayoría de las personas no la habría notado triste, solo un poco ida, o más ida de lo normal. Pero sí, así es Selena cuando se entristece.

—Entonces, te daba miedo que la hubiéramos agitado lo suficiente como para que se le escapara algo, o quizás incluso confesara —aventuré yo—. Necesitabas que mirásemos en otra dirección, al menos hasta haber tenido tiempo de tranquilizarla. Por eso nos lanzaste el dato sobre la llave de Joanne, para mantenernos ocupados. Y funcionó. Tienes un don para esto, ¿lo sabes?

—¡Caramba, gracias!

—Y, si fuiste tú quien nos envió el mensaje —añadió Conway—, eso significa que tienes el teléfono secreto de Chris Harper.

Julia se quedó inmóvil. Su rostro reflejaba un recelo de un nuevo tipo.

—Venga, los registros revelan que el mensaje de texto procedía de ese teléfono. No tiene sentido marear la perdiz.

Una inclinación de cabeza, un gesto de aceptación. Julia se recostó y se sacó un teléfono del bolsillo de los tejanos, un artilugio delgado en una pequeña funda naranja.

—No es su teléfono. Es solo su tarjeta SIM.

Abrió la parte trasera de la carcasa del teléfono y le dio unos golpecitos hasta que la tarjeta SIM le cayó en la palma de la mano. Se la entregó a Conway.

—Vas a tener que explicarnos la historia —le advirtió Conway.

—No hay ninguna historia que contar.

—¿De dónde la sacaste?

—¿No tengo derecho a un abogado o algo así? ¿Antes de comenzar a explicarles que tengo la SIM de un chico muerto?

Pero yo lo sabía.

—Selena te dio su teléfono después de que muriera —aventuré—. O te lo dio o lo encontraste entre sus cosas. Por eso piensas que fue ella quien asesinó a Chris.

Julia apartó la mirada de la mía.

—Nosotros seguimos sin creer que fuera ella —aclaró Conway— y es bastante obvio que tú tampoco lo hiciste o no te estarías subiendo por las paredes creyendo en

su culpabilidad. —Le arrancó una leve sonrisa sesgada—. Así que rebaja el nivel de paranoia y habla conmigo.

La noche estaba convirtiendo el color de aquel jersey en unas brasas, comprimidas y a la espera de prender.

—En realidad lo que pretendía era deshacerme del teléfono de Selena, el que las dos habíamos utilizado para enviarle mensajes a Chris —explicó Julia—. De modo que imaginen mi desconcierto cuando apareció este otro.

—¿Cuándo sucedió eso? —quiso saber Conway.

—Al día siguiente de que mataran a Chris.

—¿A qué hora?

Una mueca inconsciente, mientras recordaba.

—Dios. Empecé a intentarlo antes de mediodía. Nos convocaron a una reunión superdramática para explicarnos la gran tragedia ocurrida y tuvimos que rezar una oración o algo así... Lo único en lo que yo podía pensar era en que tenía que sacar el teléfono de Selena de nuestra habitación antes de que la policía registrara el lugar.

—¿Qué pensabas hacer con él?

Julia sacudió la cabeza.

—Ni siquiera lo había planeado. Simplemente quería sacarlo. Pero no conseguí estar ni un puto segundo a solas en la habitación. Supongo que McKenna había dado órdenes de que no nos permitieran quedarnos sin compañía a ninguna por si acaso había algún perverso merodeando por los pasillos, no lo sé. Dije que me había olvidado los deberes de Francés en la habitación y enviaron a una monitora conmigo. Tuve que fingir que la conmoción me había convertido en una cabeza hueca: ¡vaya!, ¡si ya los tenía en la mochila! Luego dije que me había venido la regla, pero no me permitieron ir a mi habitación; en su lugar, me enviaron a enfermería. Y luego, cuando acabó la escuela, McKenna realizó un anuncio: «Que todas las alumnas se presenten de inmediato ante sus grupos de actividades y mantengan la calma y blablablá... el espíritu de esta escuela pija y estirada...».

Imitaba bien a McKenna, aunque la gesticulación de aburrimiento no fuera con el personaje.

—Yo hago Teatro, de manera que tuvimos que ir al salón y fingir que ensayábamos. Fue un follón absoluto. Nadie sabía dónde se suponía que tenía que estar y cada profesor intentaba atender a cuatro grupos a la vez y la gente seguía llorando... Bueno, usted estaba ahí y lo vio.

Se lo dijo a Conway, que asintió.

—Parecía un manicomio —me dijo.

—Exacto. Por eso pensé que me podría escabullir y subir sigilosamente a la habitación, porque como llevaba la llave encima... Pero noooo, los pasillos estaban infestados de monjas y me enviaron de regreso al salón. Lo intenté de nuevo durante las horas de estudio, dije que necesitaba un libro, y la hermana Patricia me acompañó. Y luego ya casi apagaron las luces y ustedes seguían haciendo lo que fuera que

hacían en el jardín y yo aún no había conseguido quitar de en medio aquel maldito teléfono. —La voz de Julia se tensaba cada vez más por lo que estaba por venir—. Entonces Holly y Becca fueron a cepillarse los dientes y yo me quedé haciendo tiempo, con la esperanza de que Selena se fuera también. Pero se quedó sentada en la cama, con la vista perdida en el infinito. No pensaba irse a ningún sitio y Holly y Becs estarían de vuelta en cualquier momento. De modo que le dije: «Lenie, necesito que me des ese teléfono». Me miró como si yo acabara de aterrizar en un ovni. «El teléfono que te dio Chris. No tenemos tiempo para chorradas. Venga». Ella siguió mirando el vacío, así que dije: «Vale, olvídalo». La aparté de un empujón, metí la mano por el lateral de la cama, donde guardaba el teléfono (era una cursilada pequeña y rosa, igual que el de Alison; supongo que Chris pensaría que era el más indicado para chicas). Rogué al cielo por que no lo hubiera cambiado de sitio, porque no tenía tiempo para intentar averiguar dónde lo había puesto, de forma que me puse feliz como unas castañuelas cuando lo palpé allí. Pero resulta que, al sacarlo, era rojo.

El recuerdo hizo que Julia inhalara con dificultad por la nariz y se mordiera el labio. No era alguien a quien podías dar una palmadita en la cabeza y alentarle con el típico: «Lo estás haciendo muy bien». Conway le concedió un segundo antes de decir:

—Era el de Chris.

—Sí. Yo se lo había visto; se le había caído del bolsillo una vez cuando estábamos... Entonces, le dije: «Lenie, ¿qué coño es esto?». Y ella me miró y me preguntó: «¿Qué?». Juro que le habría metido aquel teléfono por el culo. «¿De dónde has sacado esto?», le pregunté. «¿Y dónde está el tuyo?». Miró el teléfono y, al cabo de un segundo, dijo, lo juro, fue todo lo que dijo: «Oh». —Julia sacudió la cabeza—. Solo eso. «Oh». Aún me pongo enferma solo de pensarlo.

—Y te figuraste que había asesinado a Chris —convino Conway.

—¿Cómo? Pues claro que lo hice. ¿Qué se suponía que debía pensar? Creí que había salido a reunirse con él, que él le había contado lo mío y que ella... Y que luego, cuando había puesto pies en polvorosa para regresar a la escuela, se había equivocado y había agarrado el teléfono erróneo. Yo no sabía si..., si se habrían desnudado y sus teléfonos habrían acabado...

—Quizá lo cogiera para que no pudiéramos relacionarla con Chris —opiné yo.

—Sí, hombre. Para nada. ¿Selena? Jamás se le habría ocurrido semejante cosa. Lo que más me inquietaba era saber dónde estaba su teléfono, si se lo habría dejado, no sé, donde estuviera Chris. Pero imaginé que no podía preocuparme por eso. Así que agarré el teléfono y me largué de allí.

Coincidía con la historia de Holly, al menos en parte. Holly había sido más rápida pensando: como su padre, siempre calculaba todos los *por si acaso* posibles y nunca dejaba que la atrapara lo improbable. Había agarrado el teléfono de Selena a primera hora de la mañana, antes de que McKenna hubiera recibido toda la información y la escuela se hubiera transformado en una jaula de grillos. Entre aquel momento y la

hora de estudio, otra persona había hallado un modo de colarse en aquella habitación.

—¿Dónde lo dejaste? —preguntó Conway.

—Me encerré en un lavabo, borré todas las carpetas de mensajes, saqué la SIM y metí el teléfono en una cisterna. Imaginé que, aunque lo encontraran, no podrían relacionarlo con nosotras y, sin la SIM, quizá ni siquiera podrían vincularlo con Chris. Aquel fin de semana, cuando fui a casa, me deshice del teléfono en el autobús. Si nadie lo robó, probablemente aún esté en objetos perdidos de los autobuses de Dublín.

Julia tenía agallas. Agallas y la lealtad de una docena de personas juntas. Era de buena pasta. Deseé saber en qué medida íbamos a romperle el corazón.

—¿Por qué te quedaste la tarjeta SIM? —quise saber.

—Pensé que podría serme útil. Estaba bastante segura de que iban a arrestar a Selena. Aunque de milagro no hubiera dejado el lugar plagado de pruebas, pensé que se derrumbaría y confesaría. ¿Recuerda lo destrozada que estaba?

—Como todo el mundo —respondió Conway. El matiz mordaz de su voz reveló un «Debería haberlo sabido»—. No se desgañitaba ni se desmayó: parecía estar en mejor forma que la mayoría.

Julia hizo un movimiento con la ceja.

—Ojalá me lo hubieran dicho entonces. Allí estaba yo, esperando a que la policía viniera a por ella en cualquier momento. Creí que, si al menos había una manera de demostrarles que era ella quien había dejado a Chris y que él era un canalla rematado con las chicas, era posible que a Lenie le cayera, no sé, una sentencia menos severa o lo que sea. De lo contrario, todo el mundo creería que él la había dejado y ella se había vuelto una psicópata, y que había que encerrarla para siempre y deshacerse de la llave. No sé, yo tampoco pensaba con claridad; simplemente imaginé que guardarlo no haría ningún daño, al menos por el momento, y que podría sernos de utilidad.

Si Julia hubiera hablado con alguna de las otras, habría sabido que en aquella historia había algunos cabos sueltos y que no todo apuntaba directamente a Selena. Era imposible saber qué habrían hecho entonces, pero lo habrían decidido juntas.

Habían pasado demasiados meses para que eso pudiera ocurrir. Chris las había resquebrajado por dentro, a las cuatro. Incluso después de haber muerto, la falla geológica que había abierto había seguido ensanchándose, en las profundidades, bajo la superficie, mientras que por encima todo refulgía como si fuera nuevo. Estábamos a punto de concluir el trabajo que él había iniciado.

—¿Recuerdas si alguien consiguió subir al ala de las internas antes de las horas de estudio aquel día? —inquirí—. Comprobaremos el libro de registro, pero ya que te tenemos aquí: ¿te acuerdas de algo?

Capté la atención de Julia. Me miraba fijamente.

—¿Disculpe? ¿Cree que otra persona colocó aquel teléfono detrás de la cama de Selena?

—Si Selena no le quitó el teléfono a Chris, alguien más lo hizo. Y luego llegó de alguna manera al lugar donde tú lo encontraste.

—¿Se refiere a que alguien intentó inculparla?

Por detrás de su espalda, los ojos de Conway me alertaron: «Cuidado». Me encogí de hombros.

—Es imposible estar al tanto. Simplemente me gustaría saber si alguien tuvo ocasión de hacerlo.

Julia intentó recordar, pero sacudió la cabeza a regañadientes.

—No lo creo. Por supuesto, me encantaría decir que sí, pero en realidad, es imposible que nadie subiera sin una excusa realmente buena. Y ni siquiera así, es imposible que la hubieran dejado quedarse sola. Lo digo en serio, cuando pregunté si podía ir a buscar mis deberes de Francés, Houlihan reaccionó como si hubiera pedido permiso para ir a una guarida de yonquis a comprar heroína.

El violín bajo la cama de Rebecca. La flauta en el trozo de armario de Selena.

—¿Y durante las actividades? ¿Se echó a alguien en falta? —pregunté.

—¿Me lo pregunta en serio? ¿Cree que me habría dado cuenta? Si hubiera visto el follón que había en este lugar... Además, yo estaba concentrada en intentar conseguir ese teléfono. Joanne y Orla también hacen Teatro, y sé que las dos estaban allí porque Joanne no dejaba de demostrar que iba a estallar en lágrimas —Julia hizo un gesto de vomitar— y Orla se dedicó a reconfortarla. Pero son las dos únicas personas a quienes recuerdo.

—Bueno, probaremos a preguntárselo a tus amigas entonces. —Lo dije como si tal cosa. La luz de la luna resplandeció en mi rostro y tuve la sensación de que me estaba desnudando. Intenté no apartar la vista—. Ellas también hacen Teatro, ¿no? ¿O podrán decirnos algo sobre otros grupos?

—En realidad no estamos unidas quirúrgicamente, ¿saben? Holly hace Danza y Selena y Becca, Música con instrumento.

De manera que tuvieron que regresar a su habitación para recoger sus instrumentos. Las dos juntas, para protegerse del perverso sorbesos; las habrían autorizado a hacerlo.

—De acuerdo —dije yo—. ¿Cuánta gente hay en esos grupos? ¿Lo sabes?

Julia se encogió de hombros.

—Mucha gente hace Danza. Unas cuarenta alumnas, más o menos. Y en Iniciación a Instrumentos Musicales debe de haber una docena.

Las probabilidades indicaban que el resto serían alumnas diurnas. Comprobaríamos el libro de registro, pero si los números no engañaban, Rebecca y Selena habrían sido las únicas que llegaron a franquear aquella puerta.

La calma repentina, todos los diálogos de besugo y muros de las lamentaciones del día iban desapareciendo en el crepitar de aquel silencio blanco. Julia tendiéndonos el teléfono que se había llevado para asegurarse de que Selena estuviera a salvo, de que nadie pudiera vincularla nunca con Chris. Ofreciéndonoslo como un regalo de un

valor incalculable. Como una garantía.

O: Selena rebuscando en el armario su flauta, lenta por la conmoción y el dolor. Y a su espalda, Rebecca, ligera como un fantasma y con su misma urgencia, inclinándose sobre su cama. Selena era quien había empezado a tener secretos. Ella era quien había dejado entrar a Chris y había permitido que todo empezara a desmoronarse. Había sido culpa suya.

Miré a Conway, por encima de aquella valiente y solitaria raja de color rojo. Conway me estaba mirando.

—Bien —dije yo—. Es posible que tus amigas recuerden si alguien salió. Merece la pena comprobarlo, ya que estamos en ello.

—Yo diría que Selena estaba demasiado triste como para notar nada —aventuró Conway—. Preguntémosle a Rebecca. —Y se puso en pie.

Normalmente, la gente se siente aliviada. Julia parecía sorprendida.

—¿Qué? ¿Ya está?

—A menos que haya algo más que quieras explicarnos. —Un segundo en blanco. Una negación con la cabeza, casi renuente—. Entonces sí, eso es todo. Muchísimas gracias.

Yo también me puse en pie y me di la vuelta en dirección al sendero.

—¿Qué les he aportado? —preguntó Julia.

Tenía la vista perdida en el vacío.

—Es difícil saberlo en este momento. Lo descubriremos sobre la marcha.

Julia no respondió. Esperamos a que se pusiera en pie, pero no se movió. Transcurrido un minuto, la dejamos allí, contemplando el que había sido su reinado; melena negra, tez pálida y aquellas ascuas rojas, y la blanca hierba que la envolvía.

Están desayunando cuando Holly percibe la tensión de un hilo y sabe que algo va mal en la trama más profunda del tejido de la escuela. Excesivas pisadas resonando demasiado aprisa por un pasillo; voces de monjas exageradamente estridentes afuera de la ventana a las que llaman a guardar silencio de forma muy repentina.

Nadie más se da cuenta. Selena no le hace caso a su muesli y anda retorciendo un botón a punto de caerse de su pijama; Julia come los cereales con una mano mientras hace los deberes de Inglés con la otra. Y Becca observa fijamente su tostada, como si se hubiera transformado en la Virgen María, o quizás esté intentando elevarla del plato sin tocarla, lo cual sería una suma estupidez, aunque Holly no tiene tiempo para detenerse a considerarlo ahora mismo. Mordisquea su tostada en círculos mientras tiene un ojo puesto en la ventana y el otro en la puerta.

Ha reducido su tostada al tamaño de un dedo pulgar cuando ve a los dos policías uniformados apretando el paso cuando bordean el jardín de atrás; tratan de quitarse de en medio pero hacen justo lo contrario.

Alguien de otra mesa exclama, como si se hubiera despertado de repente:

—¡Madre mía! ¿Eran policías?

Todo el refectorio contiene el aliento y luego todas las voces se alzan al unísono.

Justo entonces entra la matrona y les dice que el desayuno se ha acabado, que regresen a sus dormitorios y se preparen para las clases. Algunas alumnas se quejan de manera automática, aunque hayan terminado el desayuno, pero por el rostro de la matrona, inclinado hacia la ventana y sin tiempo para escuchar sus quejas, Holly sabe que lo tienen todo perdido. Lo que sea que esté ocurriendo no es una nimiedad.

Mientras se visten, Holly no aparta la mirada de la ventana. Un movimiento y está allí, con el rostro pegado al vidrio: McKenna y el padre Voldemort, en una voluta de hábito negro como el humo, encaminándose jardín abajo a velocidad de carga.

Lo que quiera que haya sucedido, le ha sucedido a un alumno del Colm.

Algo de color blanco azulado recorre los huesos de Holly. El rostro de Joanne cuando sostenía aquella pantalla para que lo viera, con la punta de la lengua doblada y sus dientes afilados ante la deliciosa idea de hacer daño. Su forma de saborear la conmoción que Holly no fue capaz de ocultar, hasta la última gota. Joanne sería capaz de cometer una maldad, algo procedente de lugares que la mayoría de gente ni siquiera sabría cómo imaginar.

«No te preocupes. Ya nos encargaremos de él», en alusión a Chris.

Holly sabe cómo imaginar lugares de donde afloran cosas malas. Tiene práctica en ello.

—¿Qué pasa? —pregunta Julia, alargando el cuello por encima de su hombro—. Mira, hay gente entre los matorrales.

En medio de la neblina formada por diversas capas de verde, más allá del césped, se distingue un destello blanco. De ese blanco propio de los trajes de protección de la

Policía Científica.

—Parece que estén buscando algo —comenta Selena, asomándose por el otro lado de Holly. Su voz conserva el tono blandengue y esforzado que ha tenido durante el último par de semanas; Holly siente una punzada de culpa al notar que está empezando a acostumbrarse a él—. ¿Son policías también o qué?

No son las únicas que se han dado cuenta: un parloteo agitado se filtra a través de las paredes y en el pasillo se oyen golpes secos de multitud de pisadas.

—Quizás alguien haya huido de la policía lanzando algo por encima del muro —conjetura Julia—. Drogas. O un cuchillo empleado para apuñalar a alguien. O una pistola. Si hubiéramos salido anoche, nuestra vida sería ahora más interesante.

Las demás no notan el picor que Holly siente bajo el cuero cabelludo. La fuerza del aire las tiene enganchadas las unas a las otras, Lenie se abotona la camisa demasiado aprisa y Jules se balancea de puntillas mientras se inclina contra la ventana, pero no entienden lo que significa: malas noticias.

«Confía en tu instinto», le dice siempre su padre. «Si algo te parece raro, si alguien no te da buena espina, piensa que existe una razón. No les concedas el beneficio de la duda porque quieras ser una buena persona, no te quedes a mirar, porque podrías acabar pareciendo tonta. Lo primero es salvarse. Luego podría ser demasiado tarde».

Toda la escuela le da mala espina, le recuerda a un nido de chicharras cantando en medio de una tarde cálida en el campo, tan estridentes y apelotonadas que resulta imposible aislar a una de ellas y verla por sí sola. Joanne sería capaz de recorrer un largo camino por meter a Selena en problemas, y de los gordos.

«Yo no me enfado con personas como ella. Me deshago de ellas», le soltó Joanne. Entonces suena la campana de la escuela.

—Vamos —dice Becca. No se ha acercado a la ventana; se ha estado haciendo una trenza con un ritmo tranquilo y metódico, como si hubiera una burbuja nacarada de aire frío entre ella y ese gorgoteo—. Chicas, ni siquiera estáis listas. Vamos a llegar tarde.

A Holly se le ha encabritado el latido del corazón, que ahora le palpita al ritmo del pulso de las cigarras. Selena se lo ha puesto tan fácil a Joanne... Lo que quiera que Joanne haya hecho, lo ha hecho a sabiendas: una sola frase pronunciada a un profesor o a los detectives que a partir de ahora aguardarán pacientemente en la esquina, un desliz de la lengua y meterán la pata.

—¡Jopé! —exclama Holly cuando llegan a la parte baja de las escaleras. A través de la puerta de conexión escuchan la tirante red de ruido de la escuela, cada vez más y más tensada. Alguien chilla: «¡Y un coche patrulla!»—. Se me ha olvidado el libro de poesía. Esperadme... —Y se apretuja escaleras arriba por entre el flujo de alumnas y sus berridos, con la mano ya alargada para hundirse en el lateral del colchón de Selena.

Doscientas cincuenta muchachas se apelonan susurrando en el salón de actos. Se acomodan al instante como buenas niñas, con las manos recatadas, como si no estuvieran absorbiendo hasta el último detalle de los dos policías de paisano que aguardan, aburridos, en los rincones posteriores, como si esa ebullición impaciente no estuviera a punto de romper a hervir bajo sus sosegadas miradas. Se mueren de ganas por saber qué ha sucedido.

«Ronan, el guarda..., sabéis, ese que tal, he escuchado algo sobre cocaína. Dicen que unos gánsteres vinieron en su búsqueda. Dicen que había policías con armas justo aquí, ¡en el jardín! He escuchado los disparos. He oído los tiros. He oído. He escuchado», Selena se percata de la sonrisa de medio lado de Julia, «el jardín» — como si fuera una jungla terrible llena de señores de la droga y probablemente poblada de alienígenas—, y consigue devolverle otra sonrisa. En realidad, apenas le queda energía para fingir que no le interesa lo más mínimo el drama sin importancia que está teniendo lugar. Le gustaría saber vomitar a su antojo, como Julia, poder regresar a su dormitorio y quedarse sola.

Pero McKenna asciende por detrás del podio con un gesto en la boca y en las cejas que le confiere un rostro solemne especial, una mezcla cuidadosa de adustez, tristeza y santidad. Cuando cursaban primer curso y una alumna de quinto murió en un accidente de tráfico durante las vacaciones de Navidades, al reincorporarse en enero las alumnas se toparon con aquel mismo semblante. Desde entonces no lo habían vuelto a ver.

No es Ronan, el guarda. Todo el mundo se retuerce para comprobar si detecta quién falta. «Lauren Mulvihill no está. Madre mía, decían que iba a suspender los exámenes. Decían que la había dejado su novio. Oh, no...».

—Jovencitas —dice McKenna—, tengo una noticia trágica que comunicaros. Os conmocionará y os causará un profundo pesar, pero espero que os comportéis con el sentido común y la dignidad que forman parte de la tradición del San Kilda.

Un silencio esforzado.

—Alguien ha encontrado un condón usado —conjetura Julia, en voz tan baja que solo les llega a ellas cuatro.

—Shh —sisea Holly, sin mirarla.

Está sentada con la espalda muy recta, con la vista clavada en McKenna y enrollándose un pañuelo una y otra vez alrededor de la mano. A Selena le gustaría preguntarle si está bien, pero Holly la mandaría a freír espárragos.

—Lamento deciros que esta mañana han hallado muerto a un alumno del San Colm en nuestro jardín. Christopher Harper...

Selena cree que su silla se ha caído hacia atrás, en la nada. McKenna ha desaparecido. El salón se ha vuelto gris y neblinoso, se inclina y en él doblan campanas y resuenan chillidos y fragmentos distorsionados de música del baile de San Valentín.

Selena entiende, demasiado tarde y de manera vehemente, por qué no la

castigaron después de aquella primera noche. A la sazón tuvo el atrevimiento de pensar que tenía derecho a esperar misericordia.

Nota un dolor lejano. Cuando baja la vista ve la mano de Julia agarrándole el brazo; cualquiera que las observara pensaría que la agarra por la conmoción, pero Julia le está clavando los dedos muy hondo.

—No te desmayes, joder.

El dolor funciona: aleja un poco la neblina.

—Vale —responde Selena.

—No te desmorones y mantén la boca cerrada. ¿Puedes hacerlo?

Selena asiente. No sabe a ciencia cierta sobre qué habla Julia, pero puede recordarlo; le ayuda tener dos cosas sólidas a las que agarrarse, una en cada mano. Tras ella, alguien lloriquea, un llanto alto y falso. Cuando Julia le suelta el brazo, añora el dolor.

Debería haberlo intuido después de aquella primera noche. Debería haberlo detectado furioso en cada sombra, con las fauces rojas y voraces, esperando a que una voz dorada le diera la orden de atacar.

Ella creía que el castigo caería sobre ella. Y permitió que él regresara. Le pidió que lo hiciera.

Las astillas de la música no dejarán de arañarla.

Becca contempla la asamblea a través del agua más clara y fría del mundo, un agua helada de montaña llena de movimiento y pequeñas preguntas estafalarias. No recuerda si esperaba que aquella parte fuera a resultarle difícil; cree que probablemente ni siquiera se lo planteó. Por lo que acierta a ver, diría que es la chica que está viviendo el momento menos complicado de toda aquella estancia.

McKenna les dice que no teman, porque la policía lo tiene todo bajo control. Les pide que sean muy cuidadosas, en cualquier llamada telefónica que realicen a sus padres, y que no les causen una preocupación innecesaria comportándose como unas tontas histéricas. Se organizarán sesiones de terapia en grupo para todas las clases. Y también habrá sesiones de terapia para quienquiera que las crea necesarias. Recordad que podéis hablar con vuestra tutora o con la hermana Ignatius en cualquier momento. Al final les dice que regresen a sus aulas, donde los tutores se les unirán para responder a todas las preguntas que puedan querer hacer.

Emergen como la espuma del salón de actos y se reúnen en el vestíbulo de la entrada. Los maestros están colocados para conducirlos como pastores a un rebaño y hacerles guardar silencio, pero es imposible reducir los sollozos y la cháchara por más tiempo; los murmullos estallan y se propagan por aquel espacio de techos altos y ascienden por la escalera. Becca tiene la sensación de que los pies se le han despegado del suelo y la transportan sin esfuerzo, flotando de hombro en hombro, por aquellos largos pasillos.

En cuanto atraviesan la puerta del aula, Holly agarra a Selena por la muñeca, creando un campo magnético que las protege a las cuatro mientras dejan atrás a los grupos de chicas que se abrazan entre sollozos, y las conduce a un rincón situado al fondo, junto a la ventana. Las agarra en un abrazo fingido y les dice, con dureza:

—Los detectives de Homicidios van a interrogar a todo el mundo. No les digáis nada. Pase lo que pase. Sobre todo, no les digáis que sabemos cómo escaparnos. ¿Lo entendéis?

—Madre mía, mirad —dice Julia, alzando la palma de la mano como un cuenco—, mirad qué montón de obviedades. ¿Son todas para nosotras?

Holly le sisea en la cara:

—No bromeo, ¿entendido? Esto es real. Alguien va a ir a la cárcel, para siempre.

—¿En serio? ¿Te parezco minusválida?

Becca huele la urgencia punzante de una descarga eléctrica.

—Hol —le dice. Holly es toda ella ángulos protuberantes y pelo estático; a Becca le gustaría acariciárselo para que le vuelva a quedar liso—. Ya lo sabemos. No les diremos nada. De verdad.

—Vale, eso es lo que creéis ahora. Pero no sabéis cómo funciona. No va a parecerse en nada a cuando Houlihan pregunta: «Vaya, vaya, huelo a tabaco. Chicas, ¿habéis estado fumando?» y, si le pones cara de inocencia, te cree. Son detectives. Si huelen una sola pista de que sabéis algo sobre algo, serán como pit bulls. Te pueden tener encerrada ocho horas en una sala de interrogatorios mientras tú y tus padres os ponéis como unos energúmenos. ¿Os suena eso divertido? Pues es lo que ocurrirá si hacéis una pausa siquiera antes de responder a una pregunta. —El antebrazo de Holly parece una barra de acero que empuja los hombros de Becca hacia abajo—. Y hay algo más: mienten. ¿De acuerdo? Los detectives se inventan cosas sin parar. De manera que si os dicen: «Sabemos que os escapáis por las noches, alguien os ha visto», no os lo creáis. En realidad, no saben nada; simplemente esperan que os asustéis y les deis algo. Tenéis que poner cara de tontas y decir: «¿Eh? No, deben de habernos confundido. No éramos nosotras».

Alguien tras ellas dice entre sollozos:

—Estaba taaan lleno de vida. —Y un llanto vacilante se eleva por encima del aire viciado del aula.

—Por favor, que alguien les cierre el pico a esas imbéciles —espetea Julia, zafándose del brazo de Holly—. Ay, Holly, joder, me estás haciendo daño.

Holly vuelve a colocar el brazo donde lo tenía y agarra a Julia para que no se mueva de su sitio.

—Escuchadme. Se inventarán chifladuras. Os dirán cosas como: «Sabemos que salías con Chris, tenemos pruebas...».

Becca abre los ojos como platos. Holly mira directamente a Selena, pero Becca no sabe bien por qué, si es solo porque está justo enfrente de ella o por muchas otras cosas. Selena no parece electrizada por el miedo. De hecho, está demasiado blanda,

parece de gelatina.

El rostro de Julia se ha endurecido.

—¿Pueden hacer eso?

—Vaya por Dios, ten, unas cuantas obviedades más... Pueden hacer lo que les venga en gana. Pueden decir que tienen pruebas de que lo mataste, si quieren, solo para comprobar cómo reaccionas.

—Necesito hablar con alguien —dice Julia.

Se desembaraza del brazo de Holly y se dirige al otro lado de la estancia. Becca la observa. Hay una piña que habla a voz en grito alrededor de Joanne Heffernan, que se ha colocado artísticamente sobre una butaca con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entornados. Gemma Harding forma parte de la piña, pero Julia le dice algo al oído y se apartan un poco. Por el ángulo de sus cabezas, Becca sabe que hablan en voz baja.

—Decidme que lo habéis entendido, por favor —dice Holly.

Sigue mirando a Selena, quien, sin el soporte de ese abrazo fingido por ambos lados, se balancea un poco y se desploma sobre el escritorio de alguien. Becca está casi segura de que no ha oído ni una palabra. Le gustaría poderle explicar a Lenie que todo está perfectamente controlado, agitar delante de ella una manta suave de tranquilidad y enrollársela a Lenie alrededor de los hombros. Las cosas seguirán su propio cauce, lento y oscuro, recorrerán sus viejos canales subterráneos, y se curarán con el tiempo. Solo hace falta esperar a despertarse un día y toparse de nuevo con una mañana perfecta.

En su lugar, le dice a Holly para reconfortarla:

—Entendido.

—¿Lenie?

Lenie responde con amabilidad desde algún lugar muy alejado, más allá de la ventana:

—De acuerdo.

—No. Escúchame bien. Si te dicen: «Tenemos pruebas irrefutables de que salías con Chris», tienes que decirles: «No, no salía con él», y luego te callas. Si te muestran un vídeo, les dices: «Esa no soy yo». ¿Lo entiendes?

Selena mira de hito en hito a Holly y finalmente pregunta:

—¿Qué?

—¡Jopé! —exclama Holly mirando al techo, con las manos en el aire—. Supongo que servirá. Será mejor que así sea.

Justo entonces entra el señor Smythe y se queda plantado en la puerta, con aquel aspecto esquelético, petrificado ante el espectáculo de abrazos y llanto que se despliega ante sus ojos, y empieza a dar palmadas y a quejarse, hasta que poco a poco todo el mundo va separándose y acalla los sollozos en sorbidos y Smythe respira hondo y empieza a soltar el discurso que McKenna le ha hecho memorizar.

Probablemente Holly tenga razón; siendo su padre quien es y todo eso,

seguramente sepa cómo funciona. Becca imagina que debería sentirse aterrada. Puede ver el terror ante sus ojos, como un gran bulto pálido y tambaleante apoyado en su escritorio, un terror al cual supuestamente debería aferrarse, que debería aprender de memoria y sobre el cual, quizá, incluso debería escribir un trabajo. Es interesante, pero no lo suficiente como para tener que molestarse en recogerlo. Así que Becca se asoma al extremo de su pensamiento para escuchar el ¡*plaf!* acuoso que emite al impactar contra el suelo, como si fuera un dibujo animado.

A media tarde empiezan a aparecer los padres. La madre de Alison es quien llega primero, salta de un gigantesco todoterreno negro y asciende corriendo por las escaleras principales con unos tacones de aguja que hacen que sus pies parezcan volar en ángulos espásticos. La madre de Alison se ha sometido a multitud de operaciones de cirugía estética y lleva pestañas postizas del tamaño de un cepillo del pelo. Parece una persona, pero no de verdad, como si alguien les hubiera explicado a los extraterrestres cómo son los humanos y estos se hubieran esforzado por recrear uno.

Holly la observa desde la ventana de la biblioteca. Tras ella, los árboles están vacíos, ya no se ven destellos de blanco ni aleteos de la cinta que delimita la escena del crimen. Chris está ahí fuera, en el jardín de atrás, en algún lugar, con personas eficientes y enguantadas explorando hasta el último centímetro de su cuerpo.

Están en la biblioteca porque nadie sabe qué hacer con nadie. Un par de las maestras más duras han logrado mantener bajo control a las alumnas de primer y segundo curso el tiempo suficiente para impartir un simulacro de clase, pero las alumnas de tercer curso ya no son niñas obedientes y conocían en persona a Chris. Cada vez que alguien ha intentado contenerlas bajo una tapadera de álgebra o de verbos en gaélico, se han caldeado los ánimos y han acabado estallando por las grietas: alguien ha roto a llorar desconsoladamente, otra alumna se ha desmayado y otras cuatro han discutido a gritos por dilucidar a quién pertenecía un bolígrafo Bic. Cuando Kerry-Anne Rice vio unos ojos de demonio en el armario de material químico, se dio por zanjado el tema. Se envió a las alumnas de tercer grado a la biblioteca, donde han alcanzado un acuerdo tácito con los dos profesores que las supervisan: ellas no pierden la compostura y los maestros no las obligan a fingir que estudian. Una densa capa de susurros se ha extendido por encima de las mesas y las estanterías, presionando hacia abajo.

—¡Eh! —exclama Joanne en voz baja, a la oreja de Holly. Tiene los ojos como platos, hace pucheros con los labios y ladea la cabeza—. ¿Está bien?

Se refiere a Selena, que está desplomada sobre una silla, con los hombros desnivelados, como si alguien la hubiera arrojado ahí, con las manos muertas y hacia arriba sobre el regazo y la vista clavada en un fragmento vacío de la mesa.

—Está bien —responde Holly.

—¿De verdad? Porque te juro que me rompe el corazón pensar en lo que debe de

estar padeciendo.

Joanne lo dice con una mano en el corazón, para demostrar que habla sinceramente.

—Hace un montón de tiempo que lo dejaron, ¿recuerdas? —dice Holly—. Pero gracias.

Joanne arruga en una bola su cara de compasión y la lanza a otra parte. Debajo oculta una mueca.

—Madre mía, ¿pero es que eres retrasada o qué te pasa? No voy a volver a preocuparme nunca por nada que sintáis ninguna de vosotras. Pero por favor, dime que no va a empezar a actuar como si acabara de perder a su amor verdadero, porque eso sería tan patético que me darían ganas de vomitar, y mi fase de bulimia ha concluido.

—Vamos a hacer una cosa —le propone Holly—. Dame tu número de teléfono y, en el mismísimo instante en el que tengas algo que opinar sobre el comportamiento de Selena, te enviaré un mensaje de texto para comunicártelo.

Joanne la examina, con unos ojos planos que lo absorben todo y no revelan nada.

—Caramba. Eres retrasada de verdad —sentencia.

Holly suspira sonoramente y espera. Estar tan cerca de Joanne le hace sentir como unas gotas de aceite frío le resbalan por la piel. Se pregunta qué cara pondría Joanne si le preguntara: «¿Lo has hecho tú misma o le encargaste a alguien que lo hiciera por ti?».

—Si la policía descubre lo que Selena estaba haciendo con Chris, se va a convertir en una de las principales sospechosas. Y si va por ahí comportándose como una gran reina trágica, entonces lo van a descubrir seguro, de un modo u otro.

Puesto que Holly no tiene ni un pelo de retrasada, sabe exactamente qué quiere decir Joanne. Joanne no puede representar el papel de viuda que le habría encantado ejercer porque no puede permitirse que la policía le preste una atención especial, pero quiere asegurarse de que nadie más lo haga. Si Selena muestra estar demasiado apenada, entonces Joanne colgará ese vídeo del teléfono en Internet y se asegurará de que le llegue la dirección URL a la policía.

Holly sabe que Selena no mató a Chris. Sabe que asesinar a una persona te provoca cosas casi invisibles: te deja ligada por el brazo a la muerte, con la cabeza inclinada un grado en su dirección, de manera que durante el resto de tu vida vuestras sombras se confunden. Holly conoce a Selena como si la hubiera parido, la ha estado observando todo el día y, si esa inclinación se hubiera producido desde ayer, se habría percatado. Pero no espera que los detectives conozcan tan bien a Selena, ni tampoco que la crean si se lo cuenta.

Holly no le preguntará a Joanne si lo hizo ella sola. Nunca dará a Joanne ni a ninguna otra persona una pista de que ese pensamiento se le haya cruzado por la mente. En su lugar, dice:

—¿Tanto sabes acerca de cómo trabaja la policía? No van a sospechar de Selena.

Probablemente a estas alturas ya hayan arrestado a alguien.

Ambas lo escuchan en su voz: Joanne ha ganado.

—Ay, claro —responde Joanne, poniéndole una última mueca antes de darse media vuelta—. Había olvidado que tu padre es guardia.

Hace que suene como si fuera un empleado de una planta de aguas residuales. El padre de Joanne es banquero.

Hablando del rey de Roma. El tener que tratar con Joanne ha hecho que Holly desviara la atención de la ventana y no se da cuenta de que su padre ha llegado hasta que se escuchan unos nudillos llamando a la puerta y asoma la cabeza por ella. Por un instante, una ráfaga de alegría irrefrenable lo borra todo, incluso la vergüenza: su padre lo solucionará. Pero luego recuerda asimismo cada uno de los motivos por los que no lo hará.

McKenna debe de haber atrapado a la madre de Alison en una sesión de contención de pánico, pero su padre no se deja atrapar a menos que sea de forma deliberada.

—Señorita Houlihan —dice—. Voy a robarle a Holly un minuto. Se la devolveré sana y salva, se lo prometo.

Y sonrío a Houlihan como, si la maestra fuera una estrella de cine. A Houlihan ni se le pasa por la cabeza decirle que no. La capa de niebla de susurros deja de moverse para permitir que Holly pase por debajo, ante la mirada atenta de todas las demás.

—Hola, pequeña —le dice su padre en el pasillo. La rodea con un brazo, se trata de un abrazo normal, como el del saludo de un fin de semana cualquiera, salvo por la fuerza convulsa con que le presiona la cabeza contra su hombro—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —responde Holly—. No hacía falta que vinieras.

—No tenía nada más que hacer, así que he pensado en dejarme caer por aquí. — Su padre nunca tiene nada más que hacer—. ¿Conocías a ese muchacho?

Holly se encoge de hombros.

—De verlo por ahí. Habíamos hablado un par de veces. No era amigo mío, solo un chico del Colm.

Su padre la coloca delante de él, agarrada por los hombros, y la observa con atención; la atraviesa con sus ojos azules como un láser y penetra en su cerebro, que explora en busca de restos. Holly suspira y lo mira a los ojos.

—No estoy hecha polvo. Te lo juro. ¿Satisfecho?

Sonríe.

—Señorita Listilla. Venga, demos un paseo. —La agarra del brazo y camina junto a ella por el pasillo como si se dirigieran a un *picnic*—. ¿Y qué me dices de tus amigas? ¿Lo conocían?

—Como yo, de verlo por ahí —responde Holly—. Hemos visto a los detectives durante la reunión. ¿Los conoces?

—A Costello, sí. No es ningún genio, pero es bastante inteligente y trabaja bien. De Conway, la mujer, solo sé lo que he oído por ahí. Suena bien. Desde luego, no es

tonta.

—¿Has hablado con ellos?

—Me he presentado ante Costello de camino a verte. Solo para dejarle claro que no me entrometeré en su camino. Estoy aquí en calidad de padre, no de detective.

—¿Y qué te han dicho? —pregunta Holly.

Su padre baja las escaleras a paso ligero.

—Ya sabes cómo funciona esto. No puedo decirte nada de lo que me digan.

Puede ser tan padre como quiera, pero nunca deja de ser un detective.

—¿Por qué? Si no soy testigo...

«Esta vez», revela el espacio que pende en el aire cuando se detiene a media frase.

—Eso todavía no lo sabemos. Y tú, tampoco.

—Sí. Yo sí lo sé.

Su padre deja que la cosa quede ahí. Le sostiene abierta la puerta principal para franquearle el paso. El aire que les tiende los brazos es cálido y les acaricia las mejillas con dulces tonalidades verdes y doradas; el cielo luce con el azul de las vacaciones.

Cuando han descendido los escalones y las piedrecitas blancas crujen bajo sus pies, su padre le dice:

—Me gustaría creer que, si supieras algo, lo que fuera, incluso algo que probablemente no sea nada, me lo dirías.

Holly pone los ojos en blanco:

—No soy tonta.

—No tienes un pelo de tonta, ya lo sé. Pero a tu edad, por lo que yo recuerdo de hace unos cuantos centenares de años, mantener la boca cerrada cuando hay adultos cerca es un reflejo innato. Y es bueno (no hay nada de malo en aprender a solucionar las cosas por uno mismo), pero en ocasiones puede llevarse demasiado lejos. El homicidio no es algo que tú y tus amigas podáis resolver. Para eso están los detectives.

Holly ya lo sabe. Y sus huesos, también: los nota flacos y dúctiles como tallos de hierba, sin tuétano. Piensa en Selena, tirada como una muñeca de trapo en esa silla. Hay que hacer algo, algo que ni siquiera atisba a pensar. Le gustaría levantar a Selena, colocarla en brazos de su padre y decirle: «Cuídala».

Nota a Joanne en la espalda, observándola desde la ventana de la biblioteca. Su mirada penetra rápidamente en el aire iluminado por el sol hasta pellizcar con la uña la nuca de Holly, retorciéndosela.

—Hace tiempo que lo sé, ¿recuerdas? —observa.

Por la forma en que su padre echa atrás la cabeza sabe que lo ha sorprendido con la guardia baja. Nunca hablan acerca de aquel episodio ocurrido cuando ella no era más que una niña.

—Vale —responde él un segundo después. Tanto si la cree como si no, no va a

continuar por ese camino—. Me alivia saberlo. En ese caso, intercambiaré unas palabras con Costello, le pediré que te interrogue ahora y me quitaré de en medio. Luego puedes hacer las maletas, con tranquilidad y discreción, y regresar a casa conmigo.

Holly ya se lo esperaba, pero aun así nota que las piernas se le ponen rígidas solo de pensarlo.

—No, no voy a ir a casa.

Y su padre también se lo esperaba: no cambia el paso.

—No es una pregunta. Es una afirmación. Y tampoco va a ser para siempre. Solo durante unos días, hasta que los muchachos solucionen este asunto.

—¿Y qué pasará si no lo hacen? Entonces, ¿qué?

—Si no tienen al culpable encerrado el lunes, revisaremos la situación. Aunque no deberían tardar tanto tiempo. Por lo que he oído, están bastante cerca de realizar un arresto.

El culpable. No es Joanne. Sea lo que sea lo que los detectives tengan contra ese hombre, antes o después se les desmoronará entre las manos y volverán a salir de caza.

—De acuerdo —dice Holly, ahora más dócil—. Lenie y Becs pueden venir conmigo, ¿verdad?

Su pregunta capta la atención de su padre.

—¿Perdona?

—Sus padres no están. Pueden venir a casa con nosotros, ¿verdad?

—Pues... —empieza a decir su padre mientras se rasca la nuca—, no estoy seguro de que estemos autorizados para eso, cariño.

—Has dicho que serían solo unos días. ¿Qué problema hay?

—Creo que será solo por unos cuantos días, pero en esta profesión no hay garantías. Y no dispongo del permiso de sus padres para llevármelas el tiempo que sea preciso. No me gustaría que me detuvieran por secuestro.

Holly no sonrío.

—Si permanecer aquí es demasiado peligroso para mí, también lo es para ellas.

—No creo que sea peligroso en absoluto. Lo que creo es que soy un paranoico. Deformación profesional, lo llaman. Y quiero tenerte en casa porque, si me da por ponerme nervioso, podré asomar la cabeza por la puerta y mirarte y respirar hondo unas cuantas veces. Lo hago por mi salud, no por la tuya.

La sonrisa que le dedicó su padre y el peso de su mano en la cabeza hacen que a Holly le vengan ganas de relajar todos los músculos, de enterrar el rostro de nuevo en el hombro de su padre, de empaparse de su olor a cuero, a tabaco y a jabón, y soñar despierta allí, chupándose el pelo y diciéndole sí a todo lo que él diga. Lo haría, salvo por las cosas que Selena almacena en su cabeza, listas para salir botando y desparramarse cual pelotas de pimpón por todo el suelo si Holly no está presente para mantenerlas a raya.

—Si me llevas a casa, todo el mundo pensará que es porque sabes algo —alegó Holly—. No pienso dejar a Selena y Becca aquí creyendo que un asesino podría venir a por ellas en cualquier momento y que no tendrán escapatoria. Si se quedan aquí atrapadas, necesitan saber que esto es un lugar seguro. Y el único modo de que lo crean es que tú reconozcas que lo es para mí.

Su padre reclina la cabeza y le recorta un pedazo a una carcajada.

—Me gusta tu forma de pensar, pequeña. Y estoy dispuesto a sentarme con tus amigas y a explicarles que me apostaría un montón de dinero a que están en un lugar seguro, si es lo que quieres. Pero por muy bien que me caigan Selena y Becca, son responsabilidad de sus padres, no mía.

Lo dice en serio: no cree que nadie esté en peligro. Quiere que Holly regrese a casa, pero no para evitar que la asesinen, sino por si el hecho de estar cerca de otro homicidio traumatiza su frágil y joven cabecita otra vez.

Sin embargo, Holly ya no quiere que su padre la tenga entre algodones. Quiere sangre. Y dice, apuntándole directamente a él:

—Son mi responsabilidad. Mi familia.

Gol: su padre ha dejado de reír.

—Quizá. Pero a mí me gustaría pensar que yo también lo soy.

—Tú eres un adulto. Si estás paranoico sin motivo, es tu problema, no el mío.

El músculo tenso en la mejilla de su padre revela a Holly que podría ganar el partido. Y ese pensamiento la asusta tanto que le gustaría retroceder, tragárselo de un gran bocado y salir corriendo hacia la escuela para hacer las maletas. Guarda silencio y alarga los pasos para equipararlos a los de su padre. Aplastan la grava bajo los pies.

—A veces creo que tu madre tiene razón —dice su padre, con una sonrisa irónica de medio lado—. Tengo mi merecido contigo.

—Entonces, ¿puedo quedarme? —pregunta Holly.

—No es que me haga precisamente feliz.

—Ya, claro. A nadie le hace feliz nada de esto.

Y con esas palabras la sonrisa de su padre se amplía también por el otro lado.

—De acuerdo. Hagamos un trato. Puedes quedarte si me das tu palabra de que me explicarás, o contarás a los detectives que se encarguen del caso, cualquier cosa que pudiera tener relevancia. Aunque estés segura de que no la tenga. Cualquier cosa que sepas, que notes, que se te ocurra, aun cuando creas que solo se trata de una vaga posibilidad. ¿Te parece bien?

A Holly se le ocurre que quizás eso sea precisamente lo que su padre andaba buscando desde el principio, o que, al menos, era su plan B. Es un hombre práctico. Si no consigue lo que desea en calidad de padre, entonces lo obtiene como detective.

—Sí —responde ella, mirándolo a los ojos, como sabe que él espera—. Te lo prometo.

Selena está en la habitación y Becca le entrega el teléfono rojo. Acompaña el gesto de una larga explicación que Selena no logra retener, si bien confiere un aura casi sagrada a Becca y casi la eleva por los aires, de manera que probablemente sea algo bueno.

—Gracias —dice Selena, y guarda el teléfono en el lateral de su cama, ya que ahí es donde se guardan los teléfonos secretos, aunque el suyo ya no se encuentre allí. Se pregunta si quizá Chris entró y se lo llevó, y le dejó el rojo a Becca para poderle enviar mensajes más tarde, cuando tenga ocasión, porque ahora está ocupado, pero hay algo que no encaja porque no consigue entender por qué Becca la está mirando con unos ojos penetrantes que se zambullen en su interior y aterrizan justo en el lugar que está intentando dañar con todas sus fuerzas. Así que se limita a decir: «Gracias» de nuevo y luego ni siquiera recuerda para qué han subido a la habitación.

Becca saca la flauta del armario, se la coloca en las manos y pregunta:

—¿Qué música necesitas?

Y, por un momento, Selena siente ganas de soltar una carcajada, porque Becca parece muy segura y adulta mientras explora su estuche de música con la prolijidad de una enfermera. Le gustaría decirle: «Eso es lo que deberías ser después de la escuela: enfermera», pero solo con pensar en cómo la miraría Becca el nudo de la risa se le hincha más y se le endurece en la garganta.

—*The Telemann* —responde—. Gracias.

Becca la encuentra.

—Aquí tienes —le dice, y cierra el estuche de música de Selena.

Luego se inclina hacia ella y pega su mejilla a la de Selena. Selena nota sus pestañas como las alas de una polilla y sus labios fríos como la piedra. Huele a jacintos y a hierbas arrancadas. Selena siente ganas de abrazarla muy fuerte y embeberse de su perfume, hasta que su sangre se borre y vuelva a ser pura, como si nada de aquello hubiera sucedido nunca.

Luego Selena permanece tan quieta como puede y escucha cómo le ha cambiado el latido del corazón, cómo se le ha vuelto más lento y circula en la oscuridad subacuática. Se le ocurre que, tal vez, si lo sigue hasta las profundidades del túnel, encontrará a Chris. Es probable que esté muerto, cuando todos lo dicen, pero es imposible que se haya ido. No ha desaparecido ni el sabor de su piel, ni su olor cálido a cima de montaña, ni la curva de sus labios al reír. Selena cree que, si se concentra lo suficiente, descubrirá al menos qué dirección ha tomado Chris, pero la interrumpen todo el rato.

Una gente le formula preguntas en el despacho de McKenna. Ella mantiene la boca cerrada y no se derrumba.

Tal como Holly ha avisado, las van llamando una a una al despacho de McKenna. Están la directora de la escuela, una mujer de pelo moreno y un tipo viejo y gordo, los tres sentados en fila tras el brillo maltrecho por los años del escritorio. Becca no se había dado cuenta —el par de veces en que ha estado en aquel despacho tenía demasiado miedo como para notar nada— de que la butaca de McKenna es excesivamente alta, ideal para hacerte sentir insignificante e indefensa. En realidad, con los tres sentados ahí detrás y solo una silla alta, la imagen que proyectan es muy rara y Becca imagina que a la detective le deben de quedar colgando los pies en el aire, mientras que McKenna y el detective parecen enanos.

Empiezan por las preguntas que le han formulado a todo el mundo. Becca recuerda cómo era hace apenas unos meses y se comporta así, haciéndose un ovillo, enredando las piernas y contestando a su regazo. Cuando uno es tímido, nadie ve nada más. El detective toma notas y se muerde el carrillo para disimular un bostezo.

Mientras examina un hilo que se le ha deshilachado del puño de la chaqueta, la detective le pregunta como si tal cosa:

—¿Qué te parecía que tu amiga Selena saliera con Chris?

Becca frunce el ceño, indignada.

—Lenie no salió con él. Es posible que hablaran un par de veces en el Court, pero eso fue hace años.

La detective arquea las cejas.

—No. Eran pareja. ¿De verdad no lo sabías?

—Nosotras no tenemos novios —responde Becca con desaprobación—. Mi madre dice que soy muy joven para eso.

Le gusta ese toque. Hacerse pasar por una niñita tal vez le sea útil por una vez en la vida.

Los detectives y McKenna esperan, mirándola desde detrás de los patrones de sol distorsionados sobre el escritorio. Son tan inmensos, tan sustanciosos y tan peludos que creen que podrán aplastarla hasta que por fin se le destape la boca y se le derrame todo a borbotones.

Becca los mira y nota cómo la carne se le remueve y se transforma tácitamente en algo nuevo, una sustancia sin nombre de perfume acre que procede de las altas laderas arboladas. Sus hechuras son tan duras y brillantes que aquellas masas informes se están cegando con solo mirarlas; Becca es opaca, es impermeable, tiene un millón de densidades y dimensiones más reales que cualquiera de ellos. Rompen contra ella y se alejan en volutas de niebla.

Esa noche Holly permanece despierta todo el tiempo que puede, observando a las otras como si solo con ello pudiera protegerlas. Está sentada abrazada a sus rodillas,

demasiado electrizada para tumbarse, pero sabe que ninguna intentará iniciar una conversación. El día de hoy ya ha sido demasiado largo.

Julia está tumbada y muy lejos. Becca sueña despierta, con sus ojos oscuros y solemnes como los de un bebé, bamboleándose adelante y atrás, rápidamente, como si viera algo que Holly no acierta a ver. Selena finge dormir. La luz sobre el dintel proyecta figuras deformes sobre su rostro, lo vuelve abotargado y morado en algunos puntos blandos. Parece como si la hubieran apaleado.

Holly recuerda aquella vez siendo aún niña, cuando todo parecía haberse desmoronado, tanto a su alrededor como en su interior. Poco a poco, mientras ella no miraba, la mayoría de aquellas sensaciones fueron desapareciendo. El tiempo lo cura todo. Se dice que también será así en el caso de Selena.

Le gustaría estar en la arboleda. Lo nota, siente cómo la luna las bañaría y calcificaría sus huesos con una fuerza que podría soportar ese peso. Sabe que sería una locura pensar siquiera en probar a salir esa noche, pero se queda dormida ansiando hacerlo.

Cuando la respiración de Holly se estabiliza, Becca se sienta y saca la aguja y la tinta de la mesilla de noche. Bajo la tenue luz del pasillo, la línea de puntitos azules oscila sobre su estómago blanco como el recorrido de una extraña órbita, desde la caja torácica hasta su ombligo y de nuevo ascendiendo hasta las costillas por el lado opuesto. Solo queda espacio para un punto más.

Selena espera hasta que incluso Becca se haya dormido. Luego decide comprobar si hay algún mensaje de texto para ella en el teléfono rojo, pero el móvil no está. Se sienta en la maraña de sábanas y le gustaría perder los nervios, gritar y arañar, por si lo había dejado allí Chris. Aunque no recuerda cómo hacerlo (sus brazos y su voz parecen haberse desprendido de su cuerpo) y, además, le supondría demasiado esfuerzo.

Se pregunta, como una infeliz, si había intuido que esto sucedería todo el tiempo y cerró los ojos porque quería demasiado a Chris. Cuanto más intenta recordarlo, más se le escabulle el recuerdo y más la mira con malicia. Al final resuelve que nunca lo sabrá.

Vuelve a quedarse quieta. Acordona con cuidado una parte de su mente para ocuparse de las cosas vitales, como ducharse y hacer los deberes, de manera que no vengán a incordiarla. Y el resto lo dedica a concentrarse.

Al cabo de un rato, entiende que algo destruyó a Chris para salvarla a ella.

Poco después, entiende que esa cosa la quiere a ella sola y que ahora ella le pertenece para siempre.

Se corta el pelo, a modo de ofrenda, para transmitir un mensaje: que lo ha

entendido. Lo hace en el cuarto de baño y quema la pila de cabellos pálidos y suaves en el lavabo; hacerlo en el calvero habría sido mejor, pero no han vuelto allí desde que sucedió aquello y no sabe si es porque las demás tienen algún motivo que ella no ha averiguado. Su cabello prende en una llamarada más fiera de lo que había anticipado, con un *¡frum!* y un rugido de fauces abiertas, como si árboles distantes fueran consumidos por un incendio forestal. Agita la mano para no quemarse, pero no lo hace a tiempo y en la muñeca le queda una pequeña herida palpitante.

El olor a quemado permanece. Durante semanas, después lo nota en todo su cuerpo, salvaje y sagrado.

A veces se le desprenden fragmentos de la mente. Al principio la asusta, pero luego se da cuenta de que, una vez que han desaparecido, ya no los echa de menos, así que deja de preocuparle. La quemadura queda recubierta primero por una cicatriz roja y luego por una blanca.

Cuando Chris lleva muerto cuatro días, Julia se entera de que a Finn lo han expulsado por cortocircuitar la puerta de la salida de incendios y empieza a esperar que los policías vengan a por ella.

Las han hostigado, tanto a ella como a las otras, con lo de que Selena saliera con Chris, pero se trataba de ese simulacro de incendio artero del que Holly les había advertido: parecía impresionante hasta que te acercabas y veías que no tenían nada sólido. Tras varios días de negaciones con la cabeza y rostros inexpresivos, ha acabado por diluirse, lo cual significa que Gemma no ha podido impedir que Joanne se fuera de la lengua (para ser sinceros, eso solo podría evitarse con cirugía), pero al menos debe de haber logrado meterle en su dura mollera que, al margen de lo increíblemente asombroso que pudiera ser todo ese drama, necesitan mantener los detalles en silencio por su propio bien.

Sin embargo, Julia no ha podido reunir las fuerzas necesarias para comunicárselo a Finn, no después de lo sucedido. («¡Hola, soy Jules! ¿Recuerdas que creías que te utilicé para follarme a tu amigo? ¿Sabes qué sería genial? Que no se lo mencionaras a esos dos polis. ¡Gracias y adiós!»). Lo único que ha podido hacer es mantener los dedos cruzados para que Finn descubriera, de algún modo, todo cuanto les había advertido Holly, y este es el tipo de situación que requiere algo más que unos dedos cruzados. Una panda de imbéciles del Colm frente a esos dos detectives: es evidente que alguien va a meter la pata en algún momento.

No tiene ni idea de qué les dirá cuando se presenten a buscarla. Por lo que atina a ver, tiene dos opciones: o contarlo todo sobre que ella no era la única que quedaba con Chris, o negarlo todo y esperar que sus padres le contraten un buen abogado. Hace un mes habría preferido ir a la cárcel antes que arrojar a Selena bajo las ruedas de un autobús, y sin pestañear; pero las cosas han cambiado, y de un modo atroz y enmarañado le está costando entender la situación. Tumbada despierta a altas horas

de la madrugada, revisa cada escena mentalmente e intenta imaginar a cada persona en su papel.

Ambas cosas le resultan imposibles. Julia entiende que eso no significa que no puedan suceder. El mundo entero se ha resquebrajado y se ha vuelto loco, balbuciente.

Hacia finales de la semana cree que los policías están jugando a juegos psicológicos con ella, esperando a que el suspense la desmorone. Y está funcionando. Al caérsele una carpeta —ella y Becca se encuentran al fondo de la biblioteca, recopilando carpetas llenas de exámenes de gaélico antiguo para que la clase practique—, casi rompe el techo del sobresalto.

—Eh —le dice Becca—. No pasa nada.

—Soy lo bastante lista para decidir por mí solita si pasa algo o no —le espeta Julia entre susurros, mientras recoge unas hojas polvorientas de la pegajosa alfombra—. Y créeme, te aseguro que pasa algo.

—Jules —le dice Becca con calma—. No pasa nada. Todo está bien. Te lo juro. Todo saldrá bien.

Becca le acaricia con los nudillos el hombro a Julia y luego desciende por su brazo, como alguien que calma a un animal asustado. Julia se da la vuelta como un látigo para soltarle otro comentario insolente, pero encuentra a Becca mirándola con aquellos ojos pardos serenos y sin siquiera un rastro de expresión de dolor, incluso sonriendo. Es la primera vez desde hace semanas que mira a Becca de verdad. Se da cuenta de que Becca se ha vuelto más alta que ella y que, a diferencia de Selena y Holly y Dios sabe que de la propia Julia, no muestra un aspecto lamentable. Al contrario: su piel parece más tersa y luminosa, como si se la hubieran arrancado y luego restituido por otra más densa y tan blanca que parece casi metálica, algo donde podrías destrozarte los nudillos. Está muy guapa.

Y eso hace que Julia se sienta aún más distanciada de ella. No tiene energías para ironizar con nadie; lo único que desea es sentarse en la asquerosa alfombra, apoyar la cabeza contra la librería y quedarse así un largo rato.

—Venga —dice en su lugar, agarrando el puñado de carpetas que lleva en el brazo—. Vamos.

Transcurrida otra semana se da cuenta de que los policías no van a venir en su busca. Finn no la ha delatado. Podría haberlo hecho para negociar la expulsión y que todo quedara en una mera suspensión, haberle arrojado su nombre a la poli para quitársela de encima, pero no lo ha hecho.

Le apetece enviarle un mensaje, pero cualquier cosa que le dijera se resumiría en un: «Jaja, estás acabado y yo no, idiota». Le gustaría preguntarles a sus amigos cómo lo lleva, pero bien Finn se lo ha contado todo y a estas alturas deben de odiarlas, bien no les ha contado nada y solo conseguiría desatar rumores, o incluso se lo dirían a él y él la odiaría aún más, y todo este follón se volvería todavía más repugnante. En vez de eso, decide esperar a que las otras duerman y se desgañita como un estúpido bebé

llorón toda la noche.

Transcurridas dos semanas y media, el epicentro del mundo empieza a distanciarse de Chris Harper. El funeral ya ha tenido lugar, todo el mundo ha hablado hasta la extenuación acerca de los fotógrafos que había apostados a las puertas de la iglesia, de quién lloró y quién no, y de cómo Joanne se desmayó durante la Comunión y hubo que sacarla afuera. El nombre de Chris ya no copa las portadas, sino que ha quedado relegado a pequeños y esporádicos sueltos en rincones vacíos de periódicos que hay que rellenar. Y los detectives ya prácticamente no se dejan caer por la escuela. Los exámenes de preselectividad se les echan encima y los profesores se vuelven cascarrabias en lugar de asesorarlas cuando alguien interrumpe una clase estallando en lágrimas o alegando que ha visto el fantasma de Chris. Chris se ha desviado a un lado: está ahí todo el tiempo, pero solo puedes verlo por el rabillo del ojo.

De camino al Court, bajo los árboles inflados por el follaje estival, Holly pregunta:

—¿Esta noche?

—¿Cómo dices? —pregunta Julia, con las cejas casi pegadas al nacimiento del pelo—. ¿Y tropezar de frente con una docena de colegas de tu padre que estén a la espera de que alguien sea tan increíblemente estúpido como para hacer algo así? ¿Lo dices en serio?

Becca está jugando a la rayuela sobre las grietas, pero la voz como un chasquido de Julia le hace volver la vista. Selena continúa caminando con la cabeza echada hacia atrás y el rostro vuelto hacia los dulces remolinos de hojas. Holly la agarra por el codo para asegurarse de que no choque con nada.

—No hay ningún detective. Mi padre siempre se queja de que le cuesta obtener autorización para poder vigilar a camellos importantes y cosas por el estilo; es imposible que consintieran la vigilancia en una escuela femenina. Así que aquí la única increíblemente tonta eres tú.

—Caramba, ¡qué afortunadas somos de contar entre nosotras con una experta en procedimientos policiales! Supongo que jamás se te habrá ocurrido pensar que quizá tu padre no te lo cuenta todo, ¿o sí?

Julia dedica a Holly su mirada más fiera para que recule, pero Holly no tiene intención de hacerlo. Lleva semanas esperando aquello; es lo único que se le ocurre para arreglar la situación.

—No necesita explicármelo, porque yo tengo neuronas...

—A mí me apetece ir —dice Becca—. Lo necesitamos.

—Quizá tú necesites que te arresten. Pero yo te juro por Dios que no.

—Por supuesto que lo necesitamos —insiste Becca, tozuda—. Solo hace falta que te escuches. Te estás comportando como una estúpida. Si salimos una noche...

—Por favor, no me vengas con pamplinas. Me estoy comportando como una

estúpida porque es una idea estúpida. Y no va a serlo menos si...

Selena se despierta:

—¿El qué es estúpido?

—Olvídalo —le dice Julia—. No importa. Vuelve a pensar en peluches rosas.

—Salir esta noche —le explica Becca—. Yo quiero hacerlo, Hol también y Jules, no.

Los ojos de Selena flotan hacia Julia.

—¿Por qué no? —le pregunta.

—Porque aunque la poli no tenga vigilado todo este lugar, sigue siendo una idea estúpida. ¿Os habéis dado cuenta de que la preselectividad empieza esta semana? ¿Habéis escuchado cómo nos repiten, día tras día: «Tenéis que dormir; si no dormís, no os podréis concentrar y no seréis capaces de estudiar...»?

Holly levanta las manos al cielo, en gesto de exasperación.

—Madre mía —dice—, ¿desde cuándo te importa lo que la hermana Ignatius crea que debes hacer?

—Me importa un bledo la hermana Ignatius. Pero no quiero acabar, no sé, dando clase de Costura el año que viene porque he suspendido mis...

—Ah, claro, porque por una hora una noche, vas a...

—Yo quiero ir —dice Selena. Ha dejado de caminar.

Las demás también se detienen. Holly mira a los ojos a Julia y abre los suyos de par en par, en un gesto de advertencia. Es la primera vez en semanas que Lenie quiere algo.

Julia respira como si tuviera otra discusión preparada, la más contundente de todas. Luego las mira a las tres y la aparca de nuevo.

—De acuerdo —dice, con la voz apagada—. Como queráis. Supongo que... Si no...

—¿Si no, qué? —pregunta Becca al cabo de un momento.

—Nada —responde Julia—. Hagámoslo.

—¡Yujuuu! —exclama Becca, y da un gran salto en el aire para arrancar una flor de una rama.

Selena echa a andar de nuevo, con la mirada perdida en el follaje. Holly vuelve a sujetarla por el codo.

Están ya muy cerca del Court; el aroma cálido y azucarado de las rosquillas les hace la boca agua. Algo agarra a Holly en el tierno hueco entre sus pechos incipientes y tira de ella hacia abajo. Al principio piensa que tiene hambre. Tarda un rato en entender que se trata de un sentimiento de pérdida.

Al otro lado de la ventana, la luna es delgada y aparece invadida por vetas nubosas. Los movimientos de las chicas al vestirse están embebidos de las ocasiones previas, desde el primer comentario en broma de «no puedo creer que estemos haciendo esto»

hasta la magia del tapón de una botella flotando sobre una palma o de una llama convirtiéndolas en máscaras doradas. Cuando se ponen las capuchas y agarran los zapatos y descienden las escaleras a cámara lenta, cual bailarinas, notan, muy despacio, que vuelven a estar alegres, perciben cómo el mundo florece y se estremece mientras las espera. En la boca de Lenie se atisba una sonrisa; en el descansillo, Becca vuelve las palmas de la mano hacia la ventana iluminada de blanco como si rezara una oración de acción de gracias. Incluso Julia, que se oponía, se siente optimista y advierte una burbuja de esperanza expandiéndose en el interior de sus costillas, tanto que acaba doliéndole: «Qué pasaría si, quizá, quizá, realmente pudiéramos...».

La llave no gira. Se miran atónitas las unas a las otras.

—Déjame probarlo a mí —susurra Holly.

Julia da un paso atrás. El ritmo en sus oídos golpea cada vez más fuerte. La llave no girará.

—Han cambiado la cerradura —murmulla Becca—. ¿Qué hacemos ahora?

—Largarnos de aquí.

—Vamos.

Holly no consigue sacar la llave.

—Vamos, vamos, vamos...

El terror se extiende como un fuego incontrolado entre ellas. Selena se muerde el antebrazo para no gritar. La llave repiquetea y chirría; Julia aparta a Holly de en medio...

—Joder, ¿la has roto? —pregunta, y la agarra con ambas manos.

En el momento en el que parece que se ha quedado encallada de verdad, las cuatro están a punto de gritar.

Y luego sale disparada y hace que Julia retroceda por el ímpetu y choque con Becca. El ruido sordo y el suspiro de alivio y la lucha por no perder el equilibrio resuenan lo bastante alto como para despertar a toda la escuela. Corren torpemente, resbalando a causa de los calcetines y con los dientes afilados por el miedo. Entran en su habitación y cierran la puerta de un portazo, se desvisten a zarpazos y se ponen los pijamas y saltan a sus camas como animales. Para cuando la monitora consigue despertarse del sueño y avanza arrastrando los pies por el pasillo para asomar la cabeza por cada puerta, han conseguido serenarse y acompasar la respiración. A la monitora no le importa que finjan o no, siempre y cuando no hagan nada que pueda meterla a ella en líos; echa un vistazo a sus rostros lisos y dormidos, bosteza y vuelve a cerrar la puerta.

Ninguna de ellas dice nada. Mantienen los ojos cerrados. Permanecen tumbadas sin moverse y perciben el mundo mutar de forma a su alrededor y dentro de sí mismas, notan las fronteras definirse con solidez; divisan a la criatura salvaje que han dejado afuera, merodeando por el perímetro hasta que se desvanezca en algo imaginado, caído en el olvido.

La noche se había vuelto más espesa, repleta de pequeñas huidas y torbellinos de fragancias, de cosas que no podíamos rastrear. La luz de la luna descendía con tal densidad que nos empapaba.

—¿Has entendido lo que nos ha dado, verdad? —le pregunté.

Conway regresaba a toda prisa por el sendero, con la mente saltando hacia delante por aquella pendiente que conducía a Rebecca.

—Sí. Selena y Rebecca subieron a la habitación a buscar sus instrumentos. O Rebecca estaba tan enfadada con Selena que ocultó el teléfono de Chris para inculparla o se lo entregó a Selena, «aquí tienes, el teléfono de tu amigo muerto, lo que siempre habías querido», y Selena lo ocultó para consultarlo en otro momento.

Hablábamos en voz baja; las chicas podían estar escondidas como Amazonas tras cualquier árbol.

—Eso, y que Holly está descartada. Rebecca actuó sola —añadí yo.

—No. Holly pudo llevarse también el teléfono de Chris cuando tomó el de Selena.

—Pero ¿para qué? —pregunté yo—. Pongamos que tuviera el teléfono de Chris, o acceso a él: ¿por qué no lo arrojó a la papelera de objetos perdidos junto al de Selena, si lo que intentaba era alejar la sospecha de su pandilla? Y, si lo que quería era inculpar a Selena, ¿por qué no dejar ambos teléfonos tras su cama? No hay ningún motivo por el que quisiera hacer dos cosas distintas con ambos teléfonos. Holly está descartada.

Un par de horas tarde. Ahora que Mackey se había convertido en nuestro enemigo, en lugar de en un aliado.

Conway reflexionó sobre mis palabras durante dos zancadas largas y asintió.

—Rebecca. Sola.

Pensé en aquella criatura de tres cabezas, inmóvil y observadora. *Sola* no parecía la palabra adecuada.

—Seguimos sin tener suficientes pruebas contra ella —alegó Conway—. Todo es circunstancial, y a los fiscales no les gusta tal cosa. Sobre todo, cuando se trata de una menor. Y muy especialmente, si se trata de una menor rica.

—Es circunstancial, pero tiene mucho sentido. Rebecca contaba con multitud de motivos para estar enfadada con Chris. Sabía cómo escaparse de noche. La vieron con el arma homicida el día antes del asesinato. Y es una de las dos personas que podría haber dejado el teléfono de Chris donde se encontró...

—Sí, si crees una docena de historias de media docena de adolescentes que nos han estado mintiendo hasta hartarse. Un abogado de la defensa decente esgrimirá duda razonable sobre la acusación en menos de cinco minutos. Bastantes chicas albergaban mejores razones para estar enfadadas con Chris. Otras siete sabían cómo escabullirse de la escuela de noche, y esas son solo las que sabemos; ¿cómo podemos

demostrar que nadie más había descubierto dónde guardaba la llave Joanne? Y por lo que respecta al teléfono de Chris: Rebecca o Selena podrían haberlo encontrado donde el asesino lo arrojó y haberlo ocultado detrás de la cama mientras decidían qué hacer con él.

—¿Entonces qué hacía Rebecca toqueteando el arma homicida?

—Gemma se lo inventó. O Rebecca había acudido allí para comprar drogas. O realmente le gusta la jardinería. Elige la que más te guste. —Conway alargaba cada paso. A aquellas alturas, yo sabía que era por la frustración—. O había salido a explorar en nombre de Julia, Selena o Holly. Nosotros sabemos que están descartadas, pero no tenemos nada sólido para demostrarlo, lo cual significa que tampoco tenemos nada sólido para demostrar que fue Rebecca.

—Necesitamos una confesión —propuse yo.

—Sí, sería fantástico. Ve a conseguir una. Y compra un número de lotería para la semana que viene, ya que estás.

Hice caso omiso de su comentario.

—Voy a contarte lo que yo he detectado sobre Rebecca: no tiene miedo. Y debería tenerlo. En su situación, cualquiera salvo un tonto estaría aterrado, y ella no es tonta. Pero aun así no nos tiene miedo.

—¿Y qué?

—Pues que debe de creer que está a salvo.

Conway se apartó una rama de la cara.

—¡Joder! Y lo está, a menos que encontremos algo asombroso.

—Voy a explicarte cuándo la he visto asustada —continué—. En la sala común, cuando todas se habían vuelto locas con lo del fantasma. Estábamos tan ocupados con Alison que no le prestamos atención a Rebecca, pero estaba aterrada. Nosotros no le damos miedo; da igual lo que le arrojemos, pruebas, testigos, no se agitará. Pero el fantasma de Chris sí la espanta.

—¿Y qué? ¿Te vas a disfrazar con una sábana y agitar los brazos hacia ella desde detrás de un árbol? Porque te juro por Dios que yo estoy tan desesperada que no me importaría hacerlo...

—No, simplemente quiero hablar con ella acerca del fantasma —respondí yo—. Solo eso. Y ver adónde nos conduce la charla.

Había caído en la cuenta mientras estaba sentado en el jardín con la pandilla de Joanne: todas las chicas de aquella sala común habían creído que Chris estaba allí por cada una de ellas. Rebecca lo había sabido.

Conway me miró.

—Eso es pisar terreno pantanoso —dijo.

Si el fantasma conseguía sonsacarle algo a Rebecca, más adelante nos aguardaba una dura lucha. La defensa alegaría coerción, intimidación, se llevaría las manos a la cabeza por no haber contado con la presencia de un adulto cualificado e intentaría conseguir que cualquier cosa que Rebecca hubiera dicho se considerara inadmisibile.

Nosotros argumentaríamos que las circunstancias lo exigían: necesitábamos sacar de allí a Rebecca aquella misma noche. Podía funcionar... o no.

Si no llegábamos a algún sitio ahora, no conseguiríamos nunca nada.

—Seré cuidadoso —le aseguré.

—De acuerdo —dijo Conway—. Adelante. Dios sabe que no tengo nada mejor.

Para entonces yo ya conocía aquel matiz ronco en su voz y sabía que no tenía sentido suavizarlo.

—Gracias —le dije.

—De nada —respondió.

Doblamos un meandro en el sendero, nos adentramos bajo los árboles —lo percibí como una caída en la nada, ese paso en el negro veteado—, y olí el humo de un cigarro. Podrían haber sido unas escolares atrevidas, pero yo sabía que no era así.

Mackey, apoyado contra un árbol, con los hombros relajados y los tobillos cruzados.

—Hace buena noche —dijo.

Nos detuvimos como un par de críos a los que habían pillado besuqueándose. Me puse rojo. Noté que él lo advertía pese a la oscuridad, divertido.

—Me alegra saber que habéis solucionado vuestras diferencias, par de locuelos. Me preguntaba si lo habríais hecho. ¿Os habéis divertido?

Tras su hombro, el macizo de jacintos. Las flores resplandecían con un color blanco azulado como si estuvieran iluminadas por dentro. Justo detrás, pendiente arriba, Selena y Rebecca mantenían las cabezas unidas la una contra la otra. Mackey las protegía.

—Le agradeceríamos que regresara al interior y permaneciera junto a su hija —dijo Conway—. Nos reuniremos con ustedes en cuanto podamos.

Con el cigarrillo sostenido entre los nudillos parecía como si las ascuas le penetraran en lo más hondo de su puño negro.

—Ha sido un día muy largo —comentó—. Y, seamos justos, estas crías son solo eso: unas crías. Están agotadas, estresadas y todo lo demás. No pretendo enseñaros a hacer vuestro trabajo, Dios me ampare; lo que digo es que no daría demasiada trascendencia a nada de lo que podáis sacarles a estas horas. Un jurado no lo haría.

—No sospechamos de Holly por homicidio —anuncié.

—¿No? Me alegra saberlo.

Volutas de humo enroscándose a través de los rayos de luna. No me creía.

—Tenemos información nueva —añadió Conway—. Y aleja el punto de mira de Holly.

—Bien hecho. Y por la mañana podréis galopar hasta donde os conduzca esa información. Pero ahora es momento de irse a casa. Haced una pausa en el bar que hay de camino y tomaos una buena pinta de cerveza para celebrar el inicio de una bella amistad.

Tras él, una sombra emergió de entre los árboles y volvió a ocupar su lugar junto

a Selenia: Julia.

—Aún no hemos terminado aquí —replicó Conway.

—Sí, detective. Sí lo han hecho. —Lo dijo con voz amable, pero aquel destello en sus ojos: Mackey hablaba en serio—. Yo también he estado recopilando información. Tres muchachitas encantadoras me vieron deambulando por ahí mientras os buscaba y me llamaron para que me acercara a ellas. —Aquella mano oscura con el núcleo incandescente, señalándome—. Detective Moran, has sido un chico travieso.

—Si alguien tiene algún problema con el detective Moran, tendrá que exponérselo al subjefe de policía —me defendió Conway—, no a usted.

—Sí, pero me lo han expuesto a mí. Creo que puedo convencerlas de que el detective Moran en realidad no estaba intentando seducirlas ni dejarse seducir por sus encantos irresistibles y que una de ellas, ¿una rubia, muy delgada y sin cejas?, no pensó en ningún momento que su virtud corría un peligro inminente. Pero para eso vais a tener que apartaros de mi camino y permitirme que lo haga con calma. ¿Ha quedado claro?

—Sé cuidar de mí mismo —respondí yo—. Pero gracias de todos modos.

—Ojalá estuviera de acuerdo contigo, chaval, de verdad.

—Si no me equivoco, no es problema tuyo. Y tampoco es asunto tuyo con quién hablamos o dejamos de hablar.

Aquellas palabras se me antojaron extrañas y potentes, salieron de mí robustas como árboles. Conway tenía su hombro apoyado en el mío, nivelado y sólido.

Mackey arqueó una ceja bajo una veta de luz.

—¡Caramba, caramba! ¿Eso lo has formulado tú solito o se lo has tomado prestado a tu nueva amiga?

—Señor Mackey —dijo Conway—. Permítame explicarle qué va a suceder a continuación. El detective Moran va a ir a hablar con esas tres chicas. Y yo voy a observarlo con la boca cerrada. Si usted considera que es capaz de hacer lo mismo, lo invito a que se nos una. Pero si es incapaz de mantener el pico cerrado, entonces lárguese de aquí y déjenos hacer nuestro trabajo.

La ceja continuó arqueada. Me dijo:

—No me digas que no te lo advertí.

Acerca de Conway, acerca de lo que Joanne podía hacer, acerca de lo que él mismo podía conseguir. Tenía razón, en todos los casos. Y, ¡menudo tipo!, me estaba brindando una última oportunidad, por los viejos tiempos, de jugar limpio.

—No lo haré —contesté—. Te doy mi palabra de honor: yo nunca clamaría contra esto.

Una risa nasal rápida de Conway. Luego los dos le dimos la espalda a Mackey y avanzamos a través del miasma de jacintos, pendiente arriba, hacia el calvero.

Conway se detuvo bajo los cipreses. Escuché las largas zancadas pausadas de Mackey darle alcance y la noté alargar un brazo: estaba bastante lejos.

Mackey se detuvo porque pensaba hacerlo de todos modos. Si algo conducía,

aunque fuera un solo milímetro, en dirección a Holly, Conway no sería capaz de contenerlo.

Emergí al calvero y me coloqué de pie frente a aquellas tres chicas.

La luna desnudaba mi rostro ante sus ojos, unos ojos negros e invisibles con el contorno resplandeciente como un gran misterio blanco escrito en el aire. Joanne y su pandilla eran peligrosas, peligrosas de verdad. Y, sin embargo, se quedaban en mantillas en comparación con aquellas tres amigas.

Carraspeé. No se movieron.

—¿No tenéis que regresar a la escuela antes de que apaguen las luces? —pregunté.

Me salió un hilillo de voz, débil y blando.

—Lo haremos dentro de un minuto.

—Bien. Genial. Simplemente quería deciros... —Pie con pie, susurros en la larga hierba—. Quería daros las gracias por vuestra ayuda. Ha sido fantástica. Realmente ha supuesto una diferencia.

—¿Dónde está Holly? —preguntó una voz.

—Dentro.

—¿Por qué?

Me retorcí.

—Estaba un poco agitada. Está bien, pero eso que ha pasado en la sala común con... Ya sabéis. Lo del fantasma de Chris.

—No había ningún fantasma. Simplemente a alguien le apetecía llamar la atención —dijo la voz de Julia.

Un movimiento bajo las curvas de aquel gran misterio esculpido en la roca.

—Yo sí lo he visto —dijo en voz baja Selena.

Otro movimiento, más rápido y sesgado. Julia le había dado un codazo a Selena, o una patada, lo que fuera.

—¿Rebecca? ¿Y tú?

Al cabo de un momento, desde las honduras de la oscuridad:

—Sí lo vi.

—¿En serio? ¿Y qué hacía?

Otra oleada en aquella runa misteriosa cambió el significado en sutiles formas que no supe interpretar.

—Hablabas. A toda prisa, como si parloteara, como si no hiciera pausas para respirar. Supongo que no necesita hacerlas.

—¿Y qué decía?

—No lo entendía. Intenté leerle los labios, pero hablaba demasiado aprisa. Una vez él... —Un temblor le quebró la voz—. Se rio.

—¿Sabes a quién le hablaba?

Silencio. Y luego, tan bajito que podría haberseme pasado por alto de no haber tenido los oídos afilados como los de un animal:

—A mí.

Una respiración minúscula y entrecortada, casi un grito ahogado, desde algún otro punto en aquella condensación de oscuridad.

—¿Y por qué a ti? —quise saber yo.

—Ya se lo he dicho. No lo oía.

—Esta mañana nos has dicho que Chris y tú no erais amigos.

—Y no lo éramos.

—Entonces no será porque te echa tanto de menos que ha tenido que regresar a decírtelo...

Nada.

—¿Rebecca?

—Probablemente no. Supongo que no. No lo sé.

—¿No estaría enamorado en secreto de ti, verdad?

—¡No!

—¿Sabes qué aspecto tenías ahí dentro? —pregunté yo—. Parecías asustada, asustada de verdad.

—Había visto un fantasma. Usted también estaría asustado.

El movimiento rápido y crudo de desafío: ya no sonaba a misterio, ni a peligro. Sonaba como una cría, como una adolescente. Se le estaba evaporando el poder; empezaba a invadirla el miedo.

—No hables más con él —le aconsejó Julia.

—¿Pensaste que te iba a hacer daño? —pregunté.

—¿Cómo podía saberlo?

—Becs. ¡Cállate!

Era imposible saber si Julia lo hacía por precaución o si empezaba a entender.

—Pero —continué yo, sin dar tregua—, Rebecca, yo pensaba que te caía bien Chris. Nos dijiste que era un buen chaval. ¿Era mentira? ¿Acaso, en realidad, era un indeseable?

—No. No lo era. Era amable.

De nuevo aquel fulgor de desafío, esta vez más caliente. Aquello le parecía importante. Me encogí de hombros.

—Por lo que nos han contado de él, se diría que era un gilipollas. Utilizaba a las chicas para obtener lo que quería y las dejaba tiradas tan pronto como lo había conseguido. Todo un premio.

—No. El Colm está lleno de chicos así, a quienes no les importa qué puedan destrozar, chicos que harían lo que fuera a quien fuera para obtener lo que buscan. Sé detectar la diferencia. Chris no era así.

El contorno blanco se movió. Algo afloraba bajo él, burbujeando.

Rebecca también lo notó.

—Sé lo que hizo —añadió—. Evidentemente, sé que no era perfecto. Pero no era como el resto.

Algo sofocado, tal vez una carcajada de Julia.

—Lenie. No lo era. ¿Verdad?

Selena se movió.

—Era muchas cosas —respondió.

—¿Lenie?

Se habían olvidado de mí.

—No quería serlas. Se esforzaba por no serlas, de verdad. Pero no sé si lo consiguió —respondió Selena.

—Sí lo hizo. —La voz de Rebecca descendía en una espiral hacia el pánico—. De verdad que sí.

Aquel feo sonido chueco de nuevo: Julia.

—Desde luego que sí.

Algo crujió a mi espalda, una rama se agitó. Sucedió algo. No sabía qué y no podía permitirme volver la vista para comprobarlo. Tenía que confiar en Conway y continuar adelante.

—¿Y entonces por qué te asustaba su fantasma? ¿Por qué iba a querer hacerte daño, si Chris nunca lo habría hecho?

—Sobre todo, porque no es real. ¿Becca? ¡Por favor! —le espetó Julia—. Te están haciendo imaginártelo como en *La profecía*. Si decides imaginar que es una tortuga de color lila, entonces será eso lo que veas. ¿Lo entiendes?

—Lo que tú digas, pero yo lo vi...

—Rebecca, ¿por qué iba a querer hacerte daño?

—Porque los fantasmas están enfadados. Ustedes mismos lo han dicho, ¿recuerdan? Esta tarde. —El pánico se apoderaba cada vez más de la voz de Rebecca—. Pero de todos modos, no me hizo daño.

—Esta vez, no —repliqué yo—. Pero ¿qué pasará la siguiente?

—¿Quién dice que habrá una siguiente?

—Lo digo yo. Chris tenía algo que decirte, quiere algo de ti y no lo ha conseguido. Regresará. Una y otra vez, hasta que obtenga lo que ha venido a buscar.

—No lo hará. Ha sido porque ustedes estaban aquí que se ha puesto...

—Selena —dije yo—, tú sabes que estaba ahí. ¿Quieres decirnos si crees que regresará?

En el lento descenso del silencio escuché algo. Un murmullo de voces, a los pies de la pendiente. Un hombre, una niña.

Más cerca, en los cipreses a mi espalda: un sonido como la primera respiración silenciada de un rugido. Conway moviéndose por entre las ramas para acallar las voces.

—Selena —dije yo—. ¿Regresará Chris?

—Siempre está ahí —respondió—. Aunque no lo veamos, yo lo percibo. Lo escucho, como un zumbido dentro de mis oídos, como cuando la tele está silenciada. Todo el tiempo.

La creía. Creía hasta la última palabra.

—¿Y qué es lo que quiere? —pregunté, y escuché el tono ronco de mi voz.

—Al principio estaba segura de que me buscaba a mí. Y Dios sabe que me esforcé muchísimo, pero no conseguí verlo nunca y jamás me escuchó. Yo le suplicaba: «Chris, estoy aquí, aquí mismo», pero él miraba más allá y seguía haciendo lo que fuera que estuviese intentando. Entonces yo quería agarrarlo, pero se disolvía antes de que pudiera...

Un sonido agudo y ansioso de Rebecca.

—Creía que era porque nos lo tenían prohibido, como un castigo, que nos habían condenado a buscarnos para siempre, aunque nunca nos permitirían... Pero el motivo es que no era a mí a quien buscaba. Todo ese tiempo...

—Calla —le ordenó Julia.

—Todo ese tiempo no estaba buscando...

—Joder, ¿quieres callarte?

Algo parecido a un sollozo de Selena. Y luego, nada. El rugido grave agazapado entre los cipreses tembló a través del aire y desapareció, como una piedra en un estanque de agua fría. Las voces a los pies de la ladera se hundieron con él.

Rebecca preguntó en mitad del espacio vacío:

—Lenie, ¿qué es lo que quiere?

—¡Maldita sea! ¿Podemos hablar, por favor, más tarde sobre eso? —se desesperó Julia.

—¿Por qué? Yo no le tengo miedo —aduje yo.

—Entonces será mejor que empiece a prestar atención. Él es lo único que tenemos que temer. No hay nada más que temer. Esa chorrada del fantasma...

—Lenie, ¿qué crees que quiere Chris?

—Maldita sea, si ni siquiera existe, qué tengo que hacer... —De nuevo, Julia.

Sonaban a crías riñendo. Eso era todo. No como la pandilla de Joanne, con sus desdenes y besitos baratos a mansalva, con cada palabra y pensamiento deshilachado incluso antes de que se les ocurriera; no eran en absoluto así; pero tampoco eran las chicas encantadoras que se elevaban entre volutas de arpegios dorados que había esperado encontrar aquella misma mañana. Lo que había visto antes, aquella tríada de poder, había sido el último parpadeo de algo perdido hacía largo tiempo. La luz de una estrella muerta.

—Lenie, Lenie, ¿es a mí a quien busca?

—Deseaba tanto que fuera a mí —respondió Selena.

La runa tembló y se desmoronó. De aquella masa sólida y oscura se desprendió un fragmento que cobró forma por sí solo: Rebecca. Delgada como una astilla, arrodillada en la hierba. Me dijo:

—No pensé que fuera a tratarse de Chris.

—¿El fantasma? —le pregunté yo.

Rebecca sacudió la cabeza.

—No, cuando le envié el mensaje para reunimos aquí. No sabía quién era. Habría apostado lo que fuera a que no sería Chris —respondió simple y llanamente.

—Oh, Beccs —dijo Julia. Sonaba como si un puñetazo en el estómago la hubiera doblado por la mitad—. Oh, Beccs.

A la sombra de los cipreses, detrás de mí, Conway dijo:

—Estás en tu derecho a no decir nada a menos que desees hacerlo, pero cualquier cosa que digas quedará registrada por escrito y podría ser utilizada como prueba. ¿Lo entiendes?

Rebecca asintió. Parecía congelada hasta el tuétano, demasiado fría incluso para temblar siquiera.

—De manera que cuando llegaste aquí aquella noche esperabas reunirte con un indeseable.

—Sí. Con Andrew Moore, quizá.

—¿Y no vacilaste al ver que se trataba de Chris?

—Usted no lo entiende. No era eso —replicó Rebecca—. Yo no tenía que decidir si lo que debía hacer estaba bien o mal. Lo sabía.

Y allí estaba la explicación: por eso no había temido a Conway y a Costello, a ninguno de nosotros. En la larga singladura recorrida desde aquella noche distante hasta aquella misma tarde —en la que algo había cambiado—, Rebecca se había sentido segura, porque sabía que hizo lo correcto.

—¿Ni siquiera cuando viste que se trataba de Chris? ¿Seguiste estando segura?

—Sobre todo, en ese momento. Fue justo cuando lo comprendí. Hasta entonces, lo había entendido al revés. Alguien tan idiota y baboso como James Gillen o Marcus Wiley jamás podría haber sido. No son nada; no tienen ningún valor. Y no puede sacrificarse lo que carece de valor. Debía ser algo bueno.

Incluso bajo la tenue luz vi los párpados de Julia pestañear, y caer. Y la sonrisa triste, muy triste, de Selena.

—Como Chris —dije.

—Sí. Él sí tenía valor, y no me importa lo que opinéis vosotras, chicas —dijo a la oscuridad circundante de Julia y Selena—, sí lo tenía. Era especial. De modo que cuando lo vi fue cuando lo entendí de verdad: estaba haciendo lo correcto.

Aquellas voces de nuevo, a los pies de la ladera, cobrando cada vez más cuerpo.

Dije rápido y un poco más alto:

—¿Y no te preocupó? Un baboso que se lo mereciera sería una cosa, pero ¿un chaval que te caía bien? ¿Un buen chico? ¿No te entristeció?

—Sí. Si hubiera tenido elección, habría escogido a otra persona —respondió Rebecca—. Pero me habría equivocado.

Se está preparando para una defensa por enajenación mental, habría pensado yo, de haber sido Rebecca mayor o más espabilada. De haber estado en el interior de la escuela, habría pensado que no había nada fingido, solo pura enajenación. Pero allí, entre los giros resplandecientes y deslices de su mundo, en mitad de aquel aire

rebosante de fragancias y estrellas: por un segundo, casi entendí lo que quería decir. Atrapé por el extremo mi súbita comprensión meciéndola en la punta de mis dedos, antes de perder el contacto con la realidad y de que se elevara y alejara de nuevo.

—Por eso le dejé las flores —dijo Rebecca.

—Flores —dije yo, con tono amable y neutral, como si el aire no hubiera empezado a zumbar a mi alrededor.

—De esas. —Levantó el brazo, delgado como una pincelada oscura, y señaló los jacintos—. Recogí unas cuantas. Cuatro, una por cada una de nosotras, y se las coloqué sobre el pecho. No a modo de disculpa ni nada de eso. Porque sí. Para despedirlo. Para decirle que sabíamos que él sí tenía valor.

Solo la asesina sabía lo de aquellas flores. Noté, más que escuchar, a Conway exhalar un profundo suspiro que se extendió por todo el calvero.

—Rebecca —le dije con voz serena—, sabes que tenemos que arrestarte, ¿verdad?

Rebecca me miró con los ojos como platos.

—No sé cómo —dijo.

—No te preocupes. Nosotros nos encargaremos de guiarte. Encontraremos a alguien que cuide de ti hasta que vengan tus padres.

—No pensé que esto fuera a ocurrir.

—Ya lo sé. Ahora mismo, lo único que tienes que hacer es venir aquí y acompañarnos adentro.

—No puedo.

—Denos un minuto antes, solo un minuto —pidió Selenia.

Escuché a Conway tomar aire para responder que no.

—Claro que sí, pero solo un minuto —me adelanté.

—Becs —le dijo Selenia con voz muy cariñosa—, ven aquí.

Rebecca se volvió hacia su voz, alargó las manos, y su cabeza se hundió en aquella forma oscura. Sus brazos se plegaron alrededor de los hombros de la otra, como alas, abrazándose muy fuerte, como si intentaran fundirse en una sola criatura indivisible. No sabría decir quién de ellas sollozaba.

Pasos a mi espalda, corriendo, y esta vez sí pude volver la vista. Holly, con el cabello soltándosele de la coleta, ascendiendo la cuesta a grandes saltos desesperados.

Tras ella, obligándose a tomarse su tiempo, ascendía Mackey. La había visto llegar y había descendido hasta el sendero para retenerla allí todo el tiempo que pudiera. Nos había dejado a mí y a Conway allí arriba, para que hiciéramos cuanto tuviéramos que hacer. Al final, por sus propios motivos, había decidido que merecía la pena darme un voto de confianza.

Holly pasó de largo a Conway como si no existiera, llegó al confín del calvero y vio a sus tres amigas. Frenó en seco como si hubiera topado con un muro de piedra.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con la voz desgarrada, desbocada.

Conway mantuvo la boca cerrada. Era asunto mío. Yo respondí en voz queda:

—Rebecca ha confesado haber asesinado a Chris Harper.

Holly movió la cabeza, se encogió con un dolor ciego.

—Cualquiera puede confesar lo que quiera. Lo ha dicho porque temía que me arrestarais a mí.

—Tú ya sabías que había sido ella —dije yo.

Holly no lo negó. Tampoco preguntó qué le sucedería a Rebecca después; no necesitaba hacerlo. No se abalanzó sobre las otras ni acudió corriendo a refugiarse en los brazos de papá, y él se las apañó para no ir hacia ella. Simplemente permaneció ahí, observando a sus amigas inmóviles sobre la hierba, con una mano apoyada en un árbol como si se estuviera sujetando a él.

—Si lo hubieras sabido esta mañana —añadí—, no me habrías traído esa tarjeta. ¿Quién creías que fue?

Holly respondió; sonaba demasiado exhausta y vacía por dentro para una chica de dieciséis años:

—Siempre creí que había sido Joanne. Probablemente no ella en persona; pensé que se lo había encargado a otra persona, quizás a Orla, siempre la obliga a que le haga el trabajo sucio. Pero creí que era idea suya, porque Chris la había dejado.

—Y luego pensaste que Alison o Gemma lo habían descubierto y que no habían sido capaces de soportar la presión y terminaron por colgar aquella tarjeta.

—Supongo, sí. No sé. Gemma no lo haría, pero sí, es el tipo de estupidez que cometería Alison, es tan tonta como para eso.

—¿Y por qué no se lo contaste directamente al detective Moran? —preguntó Conway—. ¿Por qué jodernos todo el día haciéndonos pasar por distintos aros?

Holly miró a Conway como si el solo pensamiento de toda aquella estupidez le provocara ganas de invernar un año entero. Se desplomó con la espalda apoyada contra el tronco del árbol y cerró los ojos.

—No querías ser una soplona —aventuré.

Escuché un crujido tras ella, agudo, y luego desapareció, cuando Mackey se movió.

—Otra vez —añadió Holly. Mantuvo los ojos cerrados—. No quería ser una soplona otra vez.

—Si me hubieras explicado todo lo que sabías, probablemente habrías acabado testificando ante un tribunal y el resto de la escuela habría sabido que tú fuiste la delatora. Sin embargo, sí querías que atraparan a la asesina. Y esa tarjeta te brindó la oportunidad perfecta. No tenías que explicarme nada; tan solo indicarme la dirección correcta y cruzar los dedos.

—La última vez no te comportaste como un estúpido —dijo Holly— y tampoco actuaste como si cualquier menor de veinte años tuviera que serlo. Pensé que si conseguía convencerte...

—Y tenías razón —la reconfortó Conway.

—Sí —dijo Holly. La compunción de su rostro, vuelto hacia el cielo, habría roto

el corazón de cualquiera. No me atrevía a mirar a Mackey—. Bien por mí.

—¿Y en qué momento llegaste a la conclusión de que no había sido Joanne? —pregunté—. Cuando fuimos a buscarte para llevarte al aula de Arte ya lo sabías. ¿Qué había sucedido?

Holly infló y deshinchó el pecho.

—Cuando aquella bombilla estalló —contestó—. Lo supe entonces.

—¿Sí? ¿Por qué?

No respondió. Había terminado.

—Pequeñaja —le dijo Mackey. Su voz reflejaba una ternura que jamás habría pensado que pudiera salir de él—. Ha sido un día muy, muy largo. Es hora de irse a casa.

Holly abrió los ojos y le dijo, como si no existiera nada más:

—Pensabas que había sido yo, ¿no es cierto? Pensabas que había asesinado a Chris.

Mackey puso gesto de dolor.

—Hablaremos de eso en el coche —dijo.

—¿Es que alguna vez he hecho algo para que piensas que podía matar a alguien? ¿Alguna vez, en toda mi vida?

—Al coche, pequeñaja. Ahora mismo.

—Te figuraste que, si alguien me fastidiaba, le aplastaría la cabeza, porque soy tu hija y lo llevamos en la sangre —replicó Holly—. Pero yo no soy solo tu hija. Soy una persona. Soy yo misma.

—Ya lo sé.

—Y me has retenido ahí abajo para que consiguieran que Becca confesara. Porque sabías que, si subía aquí, lograría hacerla callar. Me has obligado a dejarla aquí hasta que ella... —Se atragantó.

—Te lo pido por favor: vayámonos a casa. Por favor —imploró Mackey.

—Yo no voy a ninguna parte contigo —respondió Holly.

Se estiró, articulación a articulación, y salió de debajo de los cipreses. Mackey tomó una respiración rápida para llamarla, pero se mordió el labio. Conway y yo poseíamos suficiente sentido común para no mirarlo.

En el centro del calvero, Holly se desplomó de rodillas sobre la hierba. Por un segundo, pensé que las otras iban a darle la espalda. Pero luego se abrieron como un rompecabezas, deshaciendo su abrazo, le tendieron las manos y las cerraron de nuevo a su alrededor.

Un ave nocturna sobrevoló como un fantasma el calvero, con un canto agudo, tejiendo una oscura telaraña de sombras sobre nuestras cabezas. En la lejanía, una campana anunciaba que las luces iban a apagarse; ninguna de las chicas se movió. Las dejamos allí todo el tiempo que pudimos.

Esperamos en el despacho de McKenna a que llegara la asistente social para llevarse a Rebecca. De haberse tratado de un delito distinto, podríamos haberla

dejado bajo la custodia de McKenna y permitirle pasar una última noche en el Kilda. Pero no por aquel. Pasaría la noche, como mínimo, en un centro de detención de menores. Los murmullos se amontonarían alrededor de la chica nueva, los ojos buscarían pistas acerca de dónde encajaba y qué podían hacer con ella: en el fondo, aparte de las ásperas sábanas y del crudo olor a desinfectante, nada demasiado distinto de cuanto ya estaba acostumbrada.

McKenna y Rebecca se hallaban sentadas cara a cara, con el escritorio de por medio; Conway y yo permanecimos de pie en el espacio vacío. Ninguno dijo nada. Conway y yo no podíamos, por si acaso era interpretado como un interrogatorio; mientras que McKenna y Rebecca no lo hacían, bien por cautelosas, bien porque no tenían nada que decirnos. Rebecca estaba sentada con las manos enlazadas como una monja, con la vista perdida al otro lado de la ventana, tan concentrada que a veces dejaba de respirar. Una sola vez un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

McKenna no sabía qué cara poner, a ninguno de nosotros, de manera que se limitó a mantener la mirada baja, posada en sus manos entrelazadas sobre el escritorio. Se había retocado el maquillaje, pero seguía pareciendo diez años mayor que aquella mañana. Y el despacho también daba la impresión de haber envejecido, o su antigüedad se antojaba distinta. La luz del sol le había conferido un lento resplandor voluptuoso, había ocultado en cada rozadura un llamativo secreto convirtiendo cada mota de polvo en un recuerdo entre susurros. Bajo la rúcana luz de la bombilla, toda la estancia parecía sencillamente desgastada por el tiempo.

La asistente social —no la de aquella mañana; una distinta, con una gordura dividida en michelines blandengues, como si estuviera hecha de panqueques apilados— no formuló ninguna pregunta. Por las miradas furtivas, uno entendía que su trabajo solía conducirla a muchos más bloques de viviendas rociados de orines, que a lugares como aquel. Se limitó a decir:

—¡Bueno! Ya nos toca dormir un poco. Vámonos. —Y sostuvo la puerta abierta para Rebecca.

—No hable en plural —le dijo Rebecca.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, sin mirar siquiera a la asistente social, que chasqueaba la lengua y se mordisqueaba por dentro los carrillos. Al alcanzar la puerta, Rebecca se dio media vuelta.

—Va a salir en las noticias, ¿verdad? —le preguntó a Conway.

—No les he oído leerle los derechos —advirtió la asistente social, agitándole un dedo a Conway—. No podrán utilizar nada de lo que diga. —Y dirigiéndose a Rebecca—: Ahora tenemos que ser muy silenciosas, como dos ratitas.

—Los medios no darán tu nombre —respondió Conway—. Eres una menor.

Rebecca sonrió como si nosotros fuéramos los críos.

—En Internet poco va a importar la edad que tenga —señaló—. A Joanne le va a importar un bledo, desde el preciso instante en el que se conecte.

McKenna nos informó a todos, con un timbre un punto demasiado elevado:

—Se instruirá estrictamente a todas las alumnas y el personal de esta escuela para que no hagan públicos los acontecimientos de hoy. Ni en Internet ni en ningún otro lado.

Todos dejamos reposar sus palabras unos segundos. Después Rebecca dijo:

—Si alguien busca mi nombre, pongamos por caso de aquí a cien años, lo encontrará vinculado al de Chris, los dos juntos.

Aquel escalofrío de nuevo, duro como un espasmo.

—Estará en los titulares durante unos días ahora, y unos cuantos más adelante —le explicó Conway. Omitió decir «durante el juicio»—. Luego quedará fuera del radar. En Internet desaparecerá incluso antes. Si sorprenden a un famoso follándose a la persona equivocada, esta noticia será pasto del pasado.

Rebecca torció la comisura del labio.

—Da igual. No me importa lo que piense la gente.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Conway.

—Rebecca —intervino McKenna—, puedes hablar con los detectives mañana, cuando tus padres hayan dispuesto la asesoría legal pertinente.

Rebecca, delgada en el espacio oblicuo del marco de la puerta, donde apenas un giro haría que se desvaneciera en la oscuridad inconmensurable del pasillo, dijo:

—Creí que nos lo estaba quitando de encima, alejándolo de Lenie, para que no se quedara anclada a él para siempre. Y, en su lugar, la que se ha quedado soy yo. Cuando lo vi, allí en la sala común...

—Se lo he dicho —intervino la asistente social a través de su boca pequeña y fruncida—. Todos me han escuchado advertírsele.

—Debe de significar que lo que hice no era lo correcto —continuó Rebecca—. No sé cómo pudo ser, porque estaba segura. Estaba tan...

—No puedo obligarla a guardar silencio —le dijo la asistente social a quien fuera—. No puedo amordazarla. No es mi trabajo.

—Pero o lo entendí mal o lo entendí bien y no hay ninguna diferencia: me van a castigar de todos modos. —La palidez de su rostro le desdibujaba el contorno como si fuera una acuarela—. ¿Tal vez fuera eso lo que sucedió? ¿Usted qué cree?

Conway levantó las manos y dijo:

—Eso está muy por encima de mi nivel salarial.

«Por muchos peligros que nos acecharan,
que nuestra amistad intacta encontraran».

Aquella tarde yo lo había leído igual que Becca. En algún momento, desde entonces, algo había cambiado.

—Sí, podría ser —le dije yo.

Rebecca volvió su rostro hacia mí. Pareció iluminársele algo en el interior: un hondo alivio que le quemaba a fuego lento.

—¿Usted cree?

—Sí. Ese poema que tienes colgado en la pared no significa que no pueda

ocurrirte nada malo si tienes los amigos adecuados. Solo significa que es posible soportar las adversidades, siempre y cuando cuentes con ellos. Porque tus amigos son lo que más importa.

Rebecca meditó sobre mis palabras y ni siquiera notó que la asistente social le tiraba de la correa. Asintió.

—El año pasado no se me ocurrió siquiera —explicó—. Supongo que era solo una niña.

—¿Lo harías de nuevo, ahora que ya lo sabes? —quise saber.

Rebecca soltó una carcajada, una risotada honesta, tan nítida que me hizo sentir un escalofrío; una risa capaz de derribar los exhaustos muros de la escuela y hacer que mi entendimiento se perdiera en la vasta y dulce noche. Ya no parecía desdibujada; era la cosa más firme de la estancia.

—Desde luego —respondió—. ¡Qué tontería! ¡Claro que lo haría!

—Bien —dijo la asistente social—. Ya es suficiente. Ahora vamos a decir buenas noches.

Agarró a Rebecca del bíceps, un pellizquito desagradable con aquellos dedos regordetes —Rebecca no puso gesto de dolor—, y la sacó por la puerta de un empujón. Sus pasos se desvanecieron: el repiqueteo enojado de la asistente social y las zapatillas deportivas de Rebecca, casi demasiado ligeras para escucharse, desaparecieron.

—Nosotros también nos vamos —anunció Conway—. Regresaremos mañana.

McKenna volvió la cabeza para mirarnos como si le doliera el cuello.

—Estoy segura de ello —respondió.

—Si sus padres se ponen en contacto con usted, dispone de nuestros números de teléfono. Y si Holly, Julia o Selena necesitan algo de su habitación, usted tiene la llave. Si alguien más quiere decirnos algo, a cualquier hora de la noche, asegúrese de que tenga la oportunidad de hacerlo.

—Me lo han dejado meridianamente claro —replicó McKenna—. Creo que ya pueden marcharse con total tranquilidad.

Conway había echado a andar. Yo iba más lento. McKenna se había vuelto tan normal; parecía una de esas amigas de mi madre, castigada por un marido borracho o un chaval con problemas, intentando encontrar una salida en mitad de la noche.

—Usted lo ha dicho antes: esta escuela ha sobrevivido a muchas cosas —le dije.

—Así es —respondió McKenna. Aún le quedaban fuerzas para golpear una vez más: su ojo de pez se alzó y me dejó clavado; me demostró exactamente cómo aplastaba a las adolescentes mocosas y las convertía en crías serviles—. Y pese a que aprecio su preocupación tardía, detective, estoy harta segura de que logrará sobrevivir a una amenaza incluso tan terrible como ustedes.

—Te ha puesto en tu sitio —dijo Conway, cuando habíamos recorrido una distancia de seguridad por el pasillo—. Te está bien empleado por lameculos.

La oscuridad le nublabla el rostro y la voz. No supe si lo decía en broma.

Nosotros saliendo del San Kilda. La barandilla arqueándose cálida bajo mi mano. El vestíbulo de entrada, vetas sesgadas de blanco penetrando por el montante e impactando en los azulejos ajedrezados. Nuestros pasos, el claro tintineo de las llaves del coche de Conway que colgaban de su dedo, el leve y lento tañido de un gran reloj dando la medianoche en algún lugar, todo ello ascendiendo en espiral a través del aire quedo hasta topar con un techo invisible. Por un segundo, el lugar al cual habíamos llegado aquella mañana se materializó para mí en la oscuridad: bello, espiral y con chapiteles de madreperla y neblina, inalcanzable.

El trayecto hasta el coche duró una eternidad. La noche se abría de par en par, preñada de sí misma, y olía a flores tropicales hambrientas, a excrementos de animal y a agua corriente. El jardín había quedado vacío: cada destello de luz de luna sobre una hoja se antojaba un diente blanco al desnudo, el árbol bajo el cual se encontraba el coche parecía pesado debido a cosas umbrías que colgaban de él, a punto de precipitarse. Cualquier sonido me sobresaltaba, pero nunca había nada que ver. El lugar simplemente se burlaba de mí, me advertía o me mostraba quién mandaba en él.

Para cuando conseguí meterme en el interior del coche estaba sudando. Pensé que Conway no se había dado cuenta, hasta que dijo:

—Joder, qué ganas tengo de largarme de aquí.

—Sí —convine—. Yo también.

Deberíamos haber estado chocando los cinco de alegría, pegando saltos en el aire, muy altos, volando como cometas. Pero no sabía cómo convocar esa sensación. Lo único que lograba distinguir era la mirada de Holly y de Julia observando la última sombra de algo ansiado y perdido; y la risa de Rebecca, demasiado nítida para ser humana. En el coche hacía frío.

Conway accionó el contacto y dio marcha atrás rápida y bruscamente. La grava voló bajo las ruedas cuando enfiló por el camino de acceso.

—Empezaré el interrogatorio a las nueve. En Homicidios —me anunció—. Prefiero tenerte a ti de ayudante que a cualquiera de esos gilipollas redomados de la Brigada.

Roche y el resto de ellos golpearían con más contundencia ahora que finalmente Conway había solucionado su gran caso. Debería haber recibido palmaditas en la espalda y cervezas gratis, *bien jugado, bienvenida al club*. Pero no iba a ser así. Si yo quería formar parte de la fraternidad masculina de Homicidios algún día, lo mejor que podía hacer era regresar cuanto antes a Casos Abiertos, tan rápido como pudieran conducirme los dedos de mis pies.

—Allí estaré —contesté.

—Te lo has ganado. Supongo.

—Caramba, muchas gracias.

—Has logrado sobrevivir todo el día sin meter la pata hasta el fondo. ¿Qué

quieres, una medalla?

—Te he dado las gracias. ¿Qué quieres tú? ¿Flores?

Las cancelas estaban cerradas. El vigilante nocturno no había detectado las luces largas de los faros de nuestro coche mientras descendía por el camino de entrada; cuando Conway hizo sonar el claxon, alzó la vista de su portátil un par de veces.

—Maldito inútil —lamentamos los dos al unísono.

Al abrirse, las verjas emitieron un largo y lento crujido. En cuanto hubo dos centímetros de distancia adicionales a cada lado, Conway pisó a fondo el acelerador; casi arranca de cuajo el retrovisor del MG. El San Kilda desapareció.

Conway buscó algo en el bolsillo de su chaqueta y me lo colocó en el regazo. La fotografía de la tarjeta. Chris sonriendo, hojas doradas. «Sé quién lo mató».

—¿Por quién apuestas? —me preguntó.

Incluso en la penumbra, todas las líneas de Chris estaban tan rebosantes de vida que podría haber saltado del papel. Incliné la fotografía hacia la luz del salpicadero e intenté descifrarle el rostro. Comprobar si aquella sonrisa resplandecía por el reflejo de la muchacha a la que miraba; si expresaba amor, un amor nuevo y fogoso. No me reveló sus secretos.

—Selena —conjeturé.

—Sí. Yo también.

—Supo que había sido Rebecca desde el momento en que su amiga le entregó el teléfono de Chris. Consiguió guardárselo para ella durante un año, pero al final le estaba causando tantos dolores de cabeza que no pudo soportarlo más y tuvo que sacarlo.

Conway asintió.

—Pero no quería delatar a su amiga. El lugar de los secretos era perfecto: te permitía desahogarte, librarte de la presión, sin explicarle a nadie nada que importara. Y Selena es tan excéntrica que ni siquiera se dio cuenta de que conseguiría atraernos hasta aquí. Debió de creer que correría el rumor durante un día y luego se desvanecería.

En la calle, las farolas venían y se iban, como un parpadeo sobre Chris que ora lo devolvía a la vida ora lo borraba para siempre.

—Quizás ahora vaya a dejar de verlo —dije yo.

Ansiaba oírsele decir a Conway. «Ya se ha ido. Hemos logrado que se evaporara de su mente. Ahora los dos son libres».

—Qué va —respondió Conway. La mano sobre el volante, fuerte y serena, arqueándonos alrededor de una curva—. ¿Has visto cómo está? Va a quedar atrapada en esta historia para siempre.

Los jardines que habíamos pasado de largo aquella mañana se encontraban vacíos, insondables bajo el grueso muro de silencio. Estábamos a varios metros de una carretera principal, pero en medio de aquella frondosidad cuidada y grácil, éramos lo único que se movía. El suave motor del MG sonaba áspero como una

frambuesa.

—Costello —dijo Conway, y lo dejó ahí, como si estuviera decidiendo si debería o no añadir algo más.

Quienes habían moldeado aquel jarrón con asidero de metro ochenta de altura se habían asegurado de iluminarlo con focos para que pudiéramos apreciarlo las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, o acaso para que nadie fuera a estropearlo y cambiarlo por su jeta de cemento armado de casi dos metros.

—Todavía no lo han reemplazado —añadió Conway.

—Sí, ya lo sé.

—O’Kelly se planteaba hacerlo en julio; comentó algo de esperar a elaborar los presupuestos a mediados de año. A menos que este caso se vaya al garete, debería seguir a buenas con él. Si tenías previsto solicitar el puesto, podría interceder por ti.

Eso significaba ser compañeros. «Si lo quieres, Conway, trabajarás tú con él...». Conway y yo.

Lo vi claro como el día. Las burlas de los machotes del Departamento, las risitas disimuladas al encontrarme una máscara de sadomasoquista sumiso puesta en mi escritorio. La documentación y los testigos que tardaban un poco más de la cuenta en llegar a nuestras manos; las cervezas de toda la Brigada de las que solo nos enterábamos a la mañana siguiente. Yo intentando ser amable y pasando por un gilipollas. Y Conway sin intentarlo siquiera.

«Significa que es posible soportar las adversidades —le había dicho yo a Rebecca —, siempre y cuando cuentes con tus amigos».

—Sería estupendo —respondí—. Gracias.

En el tenue fulgor de los faros del coche vi ascender la comisura del labio de Conway, solo una fracción: aquella misma curva dispuesta a todo que se le había dibujado cuando hablaba por teléfono con Sophie, en la sala de la Brigada.

—Al menos nos divertiremos un rato.

—Tienes una noción un tanto extraña de lo que significa divertirse.

—Alégrate de que así sea. O te quedarías atrapado en Casos Abiertos hasta el infinito, rezando por que otra adolescente te entregue un billete de salida.

—No me quejo —alegué.

Noté que mis labios también dibujaban una curva ascendente.

—Será mejor que no —dijo Conway, condujo el MG hasta la carretera principal y pisó el acelerador.

Alguien hizo sonar el claxon, ella le respondió con un bocinazo y un dedo corazón en alto y la ciudad estalló de vida a nuestro alrededor: señales de neón intermitentes, luces rojas y doradas que resplandecían, zumbidos de bicicletas y música sonando en los equipos estéreo, mientras un viento cálido fluía a través de las ventanas abiertas. La carretera se desenrolló ante nosotros y envió su pulso más profundo al tuétano de nuestros huesos, donde continuó fluyendo con vigor suficiente como para poder durar siempre.

Regresan a la escuela para iniciar el cuarto curso bajo la lluvia, un aguacero denso, frío y húmedo que te deja la piel salpicada de residuos pegajosos. Ha sido un verano raro, deslavazado: siempre había alguna de ellas de vacaciones por ahí con sus padres, otra tenía una barbacoa familiar, o cita con el dentista o lo que fuera, y, sin saber cómo, las cuatro apenas se han visto desde junio. La madre de Selena la llevó a la peluquería para que le arreglaran su nuevo corte de pelo y la hace parecer mayor y más sofisticada, hasta que le miras bien la cara. Julia luce un chupetón en el cuello; no explica nada ni nadie le pregunta. Becca ha crecido unos ocho centímetros y le han quitado los aparatos de los dientes. Holly tiene la sensación de ser la única que sigue siendo la misma: algo más alta y con las piernas un poco más moldeadas, pero básicamente está igual. Por un instante de obnubilación, allá de pie con la bolsa colgando del hombro en el marco de la puerta de la habitación con olor a desinfectante que compartirán ese año, casi siente vergüenza ante las demás.

Ninguna de ellas menciona el juramento. Ninguna insinúa querer salir por la noche, ni para hablar sobre lo emocionante que resultaba, ni para sugerir que podrían hallar una nueva manera de escabullirse. En un rinconcito, Holly empieza a preguntarse si para las otras supuso acaso una broma, un modo de atribuirse o atribuirle a la escuela más interés; se pregunta si ella hizo el ridículo, convencida de que importaba.

Chris Harper lleva muerto más de tres meses y medio. Nadie lo menciona, ni a ellas ni a ninguna otra. Nadie quiere ser la primera en hacerlo y, al cabo de unos pocos días, es demasiado tarde.

Cuando ya han cursado dos semanas del trimestre, la lluvia amaina un poco y, una tarde inquieta, ninguna de las cuatro soporta pasar otra hora más en el Court. De modo que se colocan la careta de inocencia y se dirigen a la deriva hacia la parte posterior, hacia el Campo.

Los matorrales están más altos y son más duros que el año pasado; los deslizamientos de rocas han desmoronado los montículos de escombros donde los muchachos solían encaramarse y los han transformado en revoltijos inservibles hasta la altura de la rodilla. El viento hace que la malla de alambre arañe el hormigón.

No hay nadie allí, ni siquiera los emos. Julia se abre paso a patadas a través del sotobosque y se acomoda con la espalda contra lo que queda de un montículo de escombros. Las otras la siguen.

Julia saca su teléfono y le envía un mensaje a alguien; Becca dispone piedrecitas en nítidos remolinos en un parche de tierra. Selena observa el cielo como si este la hubiera hipnotizado. Un último escupitajo de lluvia le impacta en el pómulo, pero ni siquiera parpadea.

Hace más frío allí que en la parte delantera, un frío rudo de campo que recuerda que hay montañas en el horizonte, no demasiado lejos. Holly se embute las manos en

los bolsillos de la chaqueta. Nota que le pica algo, pero no atina a saber qué es.

—¿Cuál era esa canción? —dice de repente—. El año pasado sonaba en la radio muchas veces. La cantaba una chica.

—¿Cómo era el estribillo? —pregunta Becca.

Holly intenta tararearla, pero hace meses que no la escucha y se le ha olvidado la letra; lo único que recuerda es «Recuerda, oh, recuerda cuando...». En su lugar, intenta tararear la melodía. Pero sin ese ritmo ligero que va acelerándose ni el rasgueo de la guitarra, no suena a nada. Julia se encoge de hombros.

—¿Lana Del Rey? —pregunta Becca.

—No. —Tiene tan poco que ver con Lana Del Rey que la mera sugerencia deprime a Holly—. Lenie. Tú sabes a cuál me refiero.

Selena alza la vista y sonrío vagamente.

—¿Cómo?

—Aquella canción. Una vez la estabas canturreando en nuestro cuarto. Yo regresé de la ducha y te pregunté qué cantabas, pero no lo sabías.

Selena piensa en ello un rato, pero luego se olvida y su pensamiento vaga hacia otra cosa.

—Jopé —dice Julia, moviendo el trasero en la tierra—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Este lugar no era interesante en el pasado?

—Es por el tiempo —explica Holly.

El picor ha empeorado. Encuentra un envoltorio de una barrita de chocolate en el bolsillo y hace una bola prieta con él.

—A mí me gusta así —comenta Becca—. Lo único que solía haber era tíos tontos buscando a alguien a quien sobar.

—Al menos eso no era aburrido. Para esto más valía habernos quedado dentro.

Holly se da cuenta de qué significa ese escozor: se siente sola. Y constatarlo solo lo empeora.

—Entremos —propone.

De repente quiere estar en el Court y atiborrarse de música sintética y nubes rosas de azúcar.

—Yo no quiero entrar. ¿Qué sentido tiene? Tenemos que regresar a la escuela de aquí a dos minutos.

Holly se plantea entrar de todos modos, pero no sabe si las otras la seguirían y la idea de arrastrarse sola bajo la lluvia gris inflama su sensación de desamparo. En su lugar, lanza al aire el envoltorio de la chocolatina, lo hace girar un par de veces y lo mantiene flotando.

Nadie reacciona. Holly envía flotando el papel hacia Julia, vacilante, pero Julia lo aparta como si fuera un bicho molesto.

—Para.

—Eh, Lenie.

Holly prácticamente lo hace rebotar en la frente de Selena. Por un instante, Selena

se queda perpleja, pero luego agarra el papel y se lo guarda en el bolsillo.

—Ya no me gusta que hagamos eso.

Los motivos zumban en el aire.

—Eh —exclama Holly con voz demasiado alta y ridícula al silencio gris y húmedo—, que era mío.

Nadie responde. Por primera vez, Holly piensa que algún día creerá, y lo creerá al cien por cien, dándolo por sentado, que todo fue producto de su imaginación.

Julia envía otro mensaje de texto y Selena se ha vuelto a retraer en su ensoñación. Holly las quiere a las tres con un amor tan inmenso, fiero y magullado que podría aullar.

Becca tropieza con su mirada y le hace un gesto con la cabeza mirando al suelo. Cuando Holly baja la vista, Becca ha hecho saltar una piedrecita entre los hierbajos que aterriza en el dedo gordo de la bota Ugg de su amiga. Holly tiene el tiempo justo de sentirse un poquito mejor antes de que Becca le sonría, amablemente, como un adulto que le entrega una golosina a un crío.

Están en el año de transición, y se supone que las cosas siempre funcionan un poco de forma extraña. Las cuatro realizan sus prácticas de trabajo en distintos lugares y a distintas horas; cuando los profesores dividen la clase en grupos para acometer proyectos sobre publicidad en Internet o un trabajo voluntario con niños discapacitados, separan a las pandillas de amigas a propósito, porque el año de transición consiste en acumular experiencias nuevas. Eso es lo que Holly se dice a sí misma los días en los que escucha la risa de Julia elevarse por encima de la multitud al otro lado del aula o cada vez que las cuatro disponen por fin de unos pocos minutos para estar juntas en su habitación cuando de pronto se apagan las luces y apenas han pronunciado palabra: es solo porque están en el año de transición. Habría pasado de todos modos. El año que viene todo volverá a la normalidad.

Este año, cuando Becca decide no acudir al baile de San Valentín, nadie intenta convencerla. Cuando la hermana Cornelius sorprende a Julia besuqueándose con François Levy en medio de la pista de baile, Holly y Selena no dicen ni mu. Holly no está segura de que Selena, que se balancea sin seguir el ritmo abrazada a sí misma, se haya dado cuenta siquiera.

Después, cuando regresan a su habitación, encuentran a Becca hecha un ovillo en la cama, de espaldas a ellas y con los auriculares puestos. Su luz de lectura atrapa el destello de un ojo abierto, pero no les dice nada, ni ellas tampoco.

Al día siguiente, cuando la señorita Graham les pide que formen grupos de cuatro para el gran proyecto de Arte de final de curso, Holly agarra a sus tres amigas tan rápido que casi se cae de la silla.

—Jopé —exclama Julia, apartándole el brazo—. ¿Qué haces?

—Jo, tranquilízate. Es que no quiero acabar con unas idiotas que quieran levantar

una imagen gigante de Kanye a base de besos con pintalabios.

—Tranquilízate tú —le responde Julia, pero sonrío—. Nada de Kanye a besos. Vamos a erigir una Lady Gaga con tampones. A modo de crítica al lugar que ocupa la mujer en la sociedad.

A Julia, a Holly y a Becca les entra la risa floja, e incluso Selena sonrío, y Holly nota que se le relajan los hombros por primera vez en mucho tiempo.

—Hola —grita Holly, y cierra la puerta de un portazo.

—Estoy aquí —le grita su padre desde la cocina.

Holly deja en el suelo su bolsa de fin de semana y se dirige hacia allí, mientras se sacude la fina capa de agua que la llovizna le ha dejado en el pelo.

Lo encuentra junto a la encimera, pelando patatas, con su camiseta gris de manga larga con las mangas remangadas por encima del codo. Desde atrás, con aquel cabello enmarañado y aún en gran medida castaño, con sus hombros anchos y sus brazos musculosos, parece más joven. El horno está encendido y hace que la cocina esté calentita y zumbe; al otro lado de la ventana, la lluvia de febrero forma una fina neblina, casi invisible.

Chris Harper lleva muerto nueve meses, una semana y cinco días.

Su padre la abraza sin manos y agacha la cabeza para que le dé un beso en la mejilla. Tiene una barba incipiente y huele a tabaco.

—Enséñamelo —le dice.

—¡Papá!

—Que me lo enseñes.

—Eres un paranoico.

Su padre le hace un gesto delante de la cara con los dedos de la mano. Holly pone los ojos en blanco y sostiene en alto su llavero. La alarma personal es una bonita lágrima negra con flores blancas. Su padre invirtió un montón de tiempo buscando una que pareciera un aro de llavero normal, para que no le diera vergüenza y se la quitara, pero sigue comprobando que la lleva cada semana.

—Así me gusta —le dice, regresando a las patatas—. Adoro mi paranoia.

—Nadie más tiene una.

—Pues tú serás la única que logrará escapar en caso de que se produzca una abducción alienígena a gran escala. Felicidades. ¿Te apetece un aperitivo?

—No tengo hambre.

Los viernes se gastan el dinero de la paga semanal que les queda en chokolatinas y se las comen sentadas en el muro, mientras esperan el autobús.

—Perfecto. Entonces échame una mano.

Su madre siempre prepara la cena.

—¿Dónde está mamá? —pregunta Holly.

Finge concentrarse en colgar su abrigo recto mientras observa a su padre de reojo.

Cuando era niña, los padres de Holly se separaron. Su padre volvió a mudarse a casa cuando Holly tenía once años, pero ella sigue vigilante, sobre todo cuando ocurre algo inusitado.

—Ha quedado con una amiga de la escuela. Agarra esto. —Le lanza una cabeza de ajos—. Tres dientes de ajo picados finos, signifique eso lo que signifique.

—¿Qué amiga?

—Una mujer que se llama Deirdre. —Holly no sabe si su padre ha intuido que eso era lo que ella quería oír, una mujer. Con su padre, es imposible saber qué sabe y qué, no—. Picados finos.

Holly agarra un cuchillo y se sube a un taburete situado junto a la barra de los desayunos.

—¿Volverá a casa?

—Claro que sí. Pero no sé a qué hora. Yo diría que es mejor que empecemos a preparar la mesa. Si viene a cenar, genial, y si se queda a cenar por ahí con su amiga, al menos no nos moriremos de hambre.

—Pidamos una *pizza* —propone Holly, dedicándole a su padre una sonrisa de medio lado.

Cuando solía pasarse los fines de semana en el deprimente apartamento de él, pedían *pizza* y se la comían en el minúsculo balcón que había, contemplando el río Liffey y con las piernas colgando a través de los barrotes, porque no había espacio suficiente para colocar un par de sillas. Por la calidez que desprenden los ojos de su padre, Holly intuye que él también lo recuerda.

—Vaya, hombre. Aquí ando yo poniendo mis habilidades como cocinero chiflado en práctica y ¿a ti te apetece una *pizza*? Eres una jovencita muy desagradecida. Además, tu madre ha dicho que hay que comerse el pollo.

—¿Qué estás preparando?

—Pollo a la cazuela. Tu madre me ha anotado la receta, más o menos. —Señala con la cabeza un trocito de papel que hay sujetado bajo la tabla de picar—. ¿Qué tal has pasado la semana?

—Bien. La hermana Ignatius nos echó un sermón sobre lo importante que es decidir con acierto lo que vamos a estudiar en la universidad, ya que nuestra vida depende de tomar la decisión correcta. Al final se puso tan histérica con todo el asunto que nos hizo bajar a la capilla y rezarles a las santas de nuestra confirmación para rogarles que nos guíen.

Y consigue arrancarle una sonrisa a su padre como recompensa.

—¿Y qué te ha dicho tu santa de la confirmación?

—Me ha dicho que me asegure de no suspender los exámenes o me quedará atrapada con la hermana Ignatius otro año más y ¡*aaahhh!*

—Una mujer inteligente. —Su padre inclina la tabla para lanzar las peladuras a la basura del compost y empieza a trocear las patatas—. ¿Te agobia tener tantas monjas en tu vida? Porque puedes dejar de estar interna cuando lo desees. Ya lo sabes. No

tienes más que decirlo.

—No quiero —se apresura a decir Holly. Aún ignora por qué su padre la deja seguir interna, sobre todo después de lo de Chris, y siempre tiene la sensación de que podría cambiar de opinión en cualquier momento—. La hermana Ignatius es una buena persona. Simplemente nos gusta reírnos de ella. Julia le imita la voz; en una ocasión lo hizo durante la clase de Orientación y la hermana Ignatius ni siquiera se enteró. Y no entendía por qué todas nos partíamos de risa.

—Ay, esa sabelotodo —comenta su padre con una sonrisa. Julia le cae bien—. Pero la hermana tiene razón. ¿Has pensado qué quieres hacer cuando acabe el instituto?

Holly tiene la impresión de que durante el último par de meses eso sea de lo único que sepan hablar todos los adultos.

—Quizá Sociología —comenta—. Vino a vernos un sociólogo durante la Semana de las Carreras el año pasado y me sonó interesante. O tal vez, Derecho.

Se concentra en cortar el ajo, pero escucha que su padre continúa troceando las patatas al mismo ritmo, inalterable. Su madre es abogada y su padre, detective. Holly no tiene hermanos que puedan seguir los pasos paternos.

Cuando reúne el valor para mirarlo, él únicamente se muestra impresionado e interesado.

—¿Ah, sí? Pero ¿qué te gustaría más? ¿Abogado litigante? ¿Tramitador?^[7]

—Creo que litigante. Pero no lo sé, lo estoy pensando aún.

—Bueno, se te da bien argumentar, sería una buena opción. ¿Y fiscal o defensa?

—Creo que prefiero defensa.

—Y eso, ¿por qué?

Sigue mostrándose agradable e intrigado, pero Holly nota un pequeño escalofrío: a su padre no le gusta esa última opción. Se encoge de hombros.

—Porque me parece interesante. ¿Está bien picado así?

Holly ha tratado de pensar en algún momento en el que su padre decidiera que no debería hacer algo y ella haya acabado haciéndolo de todos modos, o a la inversa. Y lo único que le viene a la cabeza es estudiar en el internado. A veces su padre pronuncia un *no* tajante, pero más a menudo, las cosas sencillamente acaban por no suceder. En algunas ocasiones, Holly incluso da por zanjado el tema, no está segura de por qué, convencida de que él tiene razón. En realidad, no tenía previsto explicarle lo de la posibilidad de estudiar Derecho, pero a menos que uno se concentre en no hacerlo, acaba contándoselo todo.

—Yo diría que está bien —contesta su padre—. Échalo aquí.

Holly se le acerca y con un tenedor echa el ajo a la cazuela.

—Y ahora trocéame ese puerro, ¿quieres? —añade él—. ¿Por qué defensa?

Holly se lleva el puerro hasta el taburete.

—Porque sí. Hay cientos de personas que prefieren trabajar en la acusación. —Su padre espera un poco más, con la ceja en alto, inquisidor, hasta que Holly se encoge

de hombros—. Uf... No lo sé. Detectives, policías, la Policía Científica y la fiscalía... En cambio, la defensa la integra solo la persona cuya vida está en juego y el abogado.

—Humm —murmulla su padre mientras examina la patata troceada. Holly nota que intenta ser cauteloso y está analizando su respuesta desde todos los ángulos—. Cariño, déjame que te diga que no es tan injusto como parece. En realidad, el sistema está más inclinado hacia la defensa. La fiscalía tiene que construir todos los casos que se sostienen por encima de la duda razonable, mientras que la defensa solo tiene que construir esa duda. Te juro, con la mano en el corazón, que hay muchos más culpables absueltos que inocentes encarcelados.

Pero no es a eso a lo que se refiere Holly. No está segura de si el hecho de que su padre no la entienda la irrita o la alivia.

—Sí —responde—. Es probable.

Su padre echa las patatas a la cazuela y le dice:

—Es un buen impulso. Tómate el tiempo que necesites y no te ancles a un plan hasta que estés decidida al cien por cien. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no quieres que sea abogado de la defensa? —pregunta Holly.

—Me encantaría. Ahí es donde se hace el dinero; así me podrás pagar el estilo de vida al que me gustaría acostumbrarme.

Está desviando la respuesta, un centelleo pasajero le ilumina los ojos.

—Papá, te lo pregunto en serio.

—Los abogados de la defensa me odian. Yo pensaba que íbamos a superar los años en que tú me odias ahora, que te los quitarías de encima y que, para cuando tuvieras veinte o así, volveríamos a llevarnos bien otra vez. No pensé que esto acabara de empezar. —Su padre se dirige al frigorífico y empieza rebuscar—. Tú madre ha dicho que pongamos zanahorias. ¿Cuántas crees que se necesitan?

—Papá.

Su padre apoya la espalda en el frigorífico y observa a Holly.

—Déjame exponerte algo —le dice—. Un cliente se presenta en tu bufete y te pide que lo defiendas. Lo han arrestado, y no por contaminar algo, sino por alguna cuestión que traspasa la frontera de la maldad. Cuanto más hablas con él, más te convences de que es culpable. Pero tiene dinero y tu hijo necesita una ortodoncia y que le pagues las tasas de la escuela. ¿Qué harías?

Holly se encoge de hombros.

—Lo decidiría sobre la marcha.

No sabe cómo decirle a su padre, ya que solo la mitad de ella quiere hacerlo, que eso es precisamente lo importante. Todo lo que tiene la fiscalía, todos los refuerzos, el sistema y la certidumbre de ser los buenos, todo eso se le antoja holgazán y baboso como la cobardía. Holly quiere defenderse por sí sola, decidir por sí misma qué está bien y qué mal en cada caso. Ambiciosa ser la persona que encuentre los atajos serpenteantes para llegar al final correcto de cada historia. Eso le suena a limpio, le

suenan a valentía.

—Es una forma de hacerlo. —Su padre saca una bolsa de zanahorias—: ¿Una o dos?

—Pon dos. —Tiene la receta ahí mismo, no necesita preguntárselo.

—¿Y qué hay de tus amigas? ¿Alguna de ellas piensa estudiar Derecho?

Un arrebato de irritación hace que a Holly se le pongan las piernas rígidas como palos.

—No. Soy capaz de pensar por mí sola. ¿Te sorprende?

Su padre sonrío y regresa a la encimera. De camino le coloca una mano en la cabeza, una mano cálida y con la fuerza necesaria. Se rinde o, al menos, ha decidido actuar como si lo hiciera.

—Serás una buena abogada litigante, si eso es lo que decides, en cualquiera de los dos bandos del tribunal. —Le acaricia el cabello y se dedica a las zanahorias—. No te agobies. Tomarás la decisión correcta.

La conversación ha concluido. Todo aquel interrogatorio cauteloso y aquel discurso serio y profundo, y Holly ha conseguido deslizarse por ellos sin que su padre ponga el dedo en la llaga de lo que verdaderamente le tiene preocupado. Holly nota una rápida punzada de triunfo y bochorno. Y pica la zanahoria con más ímpetu.

—¿Y qué tienen pensado ser tus amigas? —quiere saber su padre.

—Julia va a hacer Periodismo. Becca no está segura. Y Selena quiere hacer Bellas Artes.

—Se le dará bien. Hace cosas interesantes. Quería preguntártelo: ¿cómo lo lleva?

Holly alza la vista, pero su padre está pelando una zanahoria y mirando por la ventana para comprobar si llega su madre.

—¿A qué te refieres?

—Solo me lo preguntaba. Las últimas veces que ha venido parecía un poco... *atontada*, no sé si es la palabra que busco...

—Ella es así. Hay que conocerla bien.

—Hace tiempo que la conozco y antes no era así. ¿Le ha pasado algo?

Holly se encoge de hombros.

—No, lo normal. La escuela. Yo qué sé. —Su padre espera, pero Holly sabe que no ha acabado. Echa el puerro en la cazuela—. ¿Qué hago ahora?

—Ten. —Le lanza una cebolla—. Sé que tú y tus amigas conocéis a Selena como si la hubierais parido, pero en ocasiones, las personas más cercanas son las que más tardan en darse cuenta de que algo no va bien. A vuestra edad pueden aparecer muchos problemas: depresión, lo que sea que hoy llamamos trastorno bipolar, esquizofrenia... No estoy diciendo que Selena tenga nada de eso —alza la mano al ver que Holly abre la boca—, pero si le sucede algo, aunque sea leve, ahora es el momento de solucionarlo.

A Holly se le clavan las almohadillas de los pies en las baldosas del suelo.

—¡Selena no es esquizofrénica! Solo por que no se comporte como una

adolescente prototípica más y se pase el día gritando cuánto le gusta Jedward no significa que sea anormal.

Los ojos de su padre parecen muy azules y muy serenos. Y precisamente esa imperturbabilidad es la que hace que Holly note el corazón en la garganta. Él cree que este es un asunto serio.

—Cariño, sabes que yo no soy así —le replica—. No me refiero a que tenga que ser Miss Animadora Alegre. Lo que digo es que parece mucho más despistada de lo que estaba el año pasado por estas mismas fechas. Y, si tiene un problema y no lo soluciona rápido, eso podría causarle estragos en su vida. Vais a dar el salto al ancho mundo antes de daros cuenta. Y te aseguro que a nadie le sienta bien andar por ahí con una enfermedad mental sin tratar. Así es como las vidas de la gente acaban destrozadas.

Holly nota una nueva clase de realidad a su alrededor, sojuzgándola. Le comprime el pecho y hace que le cueste respirar.

—Selena está bien —responde—. Lo único que necesita es que la gente se olvide de ella y deje de molestarla. ¿Entendido? ¿Te importaría a ti también hacerlo, por favor?

Al cabo de un momento, su padre responde:

—De acuerdo. Tal como he dicho, vosotras la conocéis mejor que yo y sé que os cuidáis mucho las unas a las otras. Pero vigiladla. Es lo único que digo.

Una llave repiqueteando, impaciente, en la puerta de entrada y después una ráfaga de aire frío con sabor a lluvia.

—¿Frank? ¿Holly?

—Hola —la saludan Holly y su padre.

Se cierra la puerta de un portazo y su madre entra en la cocina como un torbellino.

—Jolines —dice, desplomándose contra la pared. Se le han soltado algunos cabellos del moño y tiene un aspecto distinto, sonrojada y relajada, muy distinto de la elegancia y compostura impecables tan habituales en ella—. ¡Qué raro ha sido!

—¿Estás borracha? —le pregunta su padre con una sonrisa—. Y yo aquí en casa cuidando de tu hijita y esclavizándola a la cocina...

—No, no lo estoy. Bueno, un poco achispada, pero no es eso.

Es... Dios mío, Frank. ¿Te das cuenta de que no había visto a Deirdre en casi treinta años? ¿Cómo ha podido suceder?

—Eso significa que ha ido bien, ¿no? —pregunta su padre.

Su madre ríe, jadeante y atolondrada. Lleva el abrigo abierto; por debajo se le vislumbra el vestido recto de color azul marino con adornos en blanco y el collar de oro que su padre le regaló por Navidades. Sigue desplomada contra la pared, con el bolso caído a sus pies. Holly vuelve a sentir un cierto recelo. Su madre siempre le da un beso en cuanto una de las dos entra por la puerta.

—Ha sido fantástico. Yo estaba muerta de miedo; de verdad que cuando me

encontraba en la puerta del bar he estado a punto de dar media vuelta y regresar a casa. Si no hubiera funcionado, si nos hubiéramos limitado a quedarnos allí sentadas hablando de trivialidades como un par de conocidas..., no lo habría soportado. Dee, yo y otra chica que se llamaba Miriam éramos como tú y tus amigas en la escuela, Holly, inseparables.

Tiene un tobillo doblado hacia fuera por encima del zapato de tacón de piel azul marino, y la hace parecer descompensada, como una adolescente.

—¿Y entonces por qué no la habías visto en todo este tiempo? —pregunta Holly; «Treinta años, nunca, nunca hicimos...».

—Los padres de Deirdre emigraron a Estados Unidos cuando acabamos el instituto. Ella estudió en la universidad allí. Entonces no era como ahora, no había correo electrónico, las llamadas a larga distancia costaban un dineral y las cartas tardaban semanas en llegar. Lo intentamos, pero... Ella aún conserva todas mis cartas, ¿podéis creéroslo? Las ha traído, nos contábamos todas esas cosas de las que nos habíamos olvidado, los chicos y las noches de fiesta y las discusiones con nuestros padres y... Yo debo de tener las tuyas por alguna parte, en el desván de casa de mis padres, quizá, ya echaré un vistazo; es imposible que las haya tirado. Pero entre la universidad y lo ocupadas que estuvimos luego, sin darnos cuenta perdimos el contacto por completo...

El bello rostro alargado de su madre se antoja transparente, los pensamientos parecen iluminarlo y resbalar ligeros como hojas en otoño. No parece la madre de Holly, la madre de nadie. Por primera vez en su vida, Holly la mira y piensa: *Olivia*.

—Pero hoy... Ha sido como si nos hubiéramos visto hace un mes. Nos hemos reído tanto que no recuerdo cuándo fue la última vez que me reí así. Solíamos reírnos todo el tiempo. Lo hemos recordado todo: una letra alternativa en clave de broma que nos inventamos para el himno de la escuela, toda compuesta con ridiculeces y chistes verdes, y la hemos cantado allí mismo, en el bar. La recordábamos de cabo a rabo. Hacía treinta años que no había pensado en esa canción; habría jurado que ya ni la tenía en la mente, pero con solo mirar a Dee, la he recordado enterita.

—Mira que hacer de pendenciera a tu edad en los bares —le dice su padre—. Te van a vetar la entrada.

Lo dice con una sonrisa de oreja a oreja que lo hace parecer también más joven. Le gusta ver así a su madre.

—¡Es verdad! Seguro que nos han oído, ¿no? Ni siquiera me he dado cuenta. ¿Y sabes, Frank? En un momento dado, Dee me ha dicho: «Probablemente querrás regresar a tu casa, ¿no?», y le he respondido: «¿Por qué?». Y lo decía en serio. Cuando ha dicho *casa* he imaginado la casa de mis padres, mi habitación de cuando tenía diecisiete años. Y pensaba: «¿Por qué demonios tendría que tener prisa en regresar ahí?». Estaba tan metida en el año 1982 que se me había olvidado que todo esto existía.

Se le ve la sonrisa bajo la mano con la que se tapa la boca, una sonrisa a caballo

entre la vergüenza y el deleite.

—Abandono infantil —le dice su padre a Holly—. Apúntalo, por si acaso alguna vez decides denunciarla.

Algo se escabulle por la mente de Holly; Julia en el calvero hace mucho tiempo, con esa curva divertida y tierna en su boca: «Esto no es para siempre». Le corta la respiración a Holly: estaba equivocada. Sí durará hasta la eternidad, una perpetuidad efímera y mortal, una infinitud que crecerá en sus huesos y que albergarán en su interior incluso cuando acabe, intacta e indestructible.

—Me ha dado esto —añade su madre, rebuscando en el bolso. Saca una fotografía con los bordes amarillentos y la deposita sobre la encimera—. Mirad. Somos nosotras: Deirdre, Miriam y yo.

Su voz hace algo raro, asciende dibujando una curva. Por un segundo espantoso, Holly cree que va a romper a llorar, pero cuando mira a su madre, está mordiéndose el labio y sonriendo.

Las tres, mayores que Holly, quizás uno o dos años. Con los uniformes de la escuela, el escudo del Kilda en las solapas. Si te fijas bien, la falda es un poco más larga, la chaqueta es más ancha y fea, pero de no ser por eso y por los tupés que llevan, podrían ser perfectamente alumnas de un curso superior al de ella. Están haciendo el tonto, haciendo pucheros y marcando cadera subidas a una verja de hierro forjado. Holly nota un tic extraño, como un parpadeo, antes de reconocer la verja que hay al final del jardín posterior. Deirdre está en el centro, agitando su cabello estropajoso y moreno moldeado por una permanente frente a su cara, toda ella curvas y pestañas y un brillo endiablado. Miriam es bajita, con el pelo rubio y fino como una pluma, chasquea los dedos y a través de su dulce sonrisa se atisban unos aparatos en los dientes. Y a la derecha aparece Olivia, con sus largas piernas, el cabello echado hacia atrás y las manos enredadas en su melena, a medio camino entre la pose de una modelo y una postura de guasa. Lleva brillo en los labios, un color rosa pálido como de golosina, y Holly imagina el leve desagrado que vislumbraría en el rostro de su madre si ella lo luciera en casa un fin de semana. Está guapísima.

—Imitábamos a Bananarama —explica su madre— o algo así, no creo que ni siquiera estuviéramos seguras. Aquel trimestre tocábamos en un grupo de música.

—¿Tocabas en un grupo de música? —pregunta su padre—. ¿En qué me convierte eso? ¿En un *groupie*?

—Nos llamábamos Sweet and Sour. —Su madre se ríe, un poco agitada—. Yo tocaba el teclado... más o menos; como sabía tocar el piano, dimos por sentado que se me darían bien los teclados, pero en realidad se me daban fatal. Y Dee solo sabía tocar la guitarra acústica y ninguna de nosotras tenía ni pajolera idea de solfeo, de modo que todo era un desastre monumental, pero nos lo pasábamos en grande.

Holly no puede apartar la vista. Esa chica de la foto no es una persona hecha y derecha, con los pies firmes en una vida irrevocable; más bien, es un fuego artificial ilusorio hecho de luz que refleja un millón de posibilidades. Esa muchacha no es una

abogada casada con Frank Mackey, madre de una hija, con una casa en Dalkey, ropa de tonos neutros y cachemir suave y perfume Chanel No. 5. Todo eso está implícito en ella, agazapado en sus huesos y aún ni siquiera imaginado; pero también lo están otros cientos de vidas latentes, existencias que descartó y que se desvanecieron fácilmente como vetas de luz. Un escalofrío le tensa la columna a Holly, imperceptible.

—¿Dónde está Miriam? —pregunta.

—No lo sé. Sin Dee no era lo mismo y durante la universidad nos separamos. Yo me volví terriblemente seria por aquellos años, muy ambiciosa, me pasaba el día estudiando, y Miriam prefería pasar el tiempo emborrachándose y flirteando, de modo que, sin darnos cuenta... —Su madre habla sin apartar la vista de la fotografía—. Me dijeron que se había casado y se había mudado a Belfast, poco después de acabar el instituto. Es lo último que supe de ella.

—Si quieres, puedo buscarla en Internet —le propone Holly—. Probablemente esté en Facebook.

—Cariño —le dice su madre—, es muy amable de tu parte, pero no sé... —Contiene la respiración—. No sé si podría soportarlo. ¿Lo entiendes?

—Supongo que sí.

Su padre le ha puesto una mano en la espalda a su madre, con dulzura, entre los omóplatos.

—¿Te apetece otra copa de vino? —le pregunta.

—No, por favor. O quizá sí. No lo sé.

Su padre la agarra por la nuca un segundo y luego se dirige al frigorífico.

—Hace tanto tiempo —continúa su madre, acariciando la foto. Esa efervescencia empieza a abandonar su voz, que permanece sosegada, queda—. No sé cómo es posible que haya transcurrido tanto tiempo.

Holly regresa a su taburete. Remueve trocitos de cebolla con la punta del cuchillo.

—Dee no es feliz, Frank —explica su madre—. Antes era extrovertida y confiada, como tu amiga Julia, Holly; siempre tenía una respuesta aguda para todo. Quería ser política o la típica entrevistadora de la tele que formula las preguntas difíciles a los políticos. Pero se casó siendo aún muy joven y luego su marido no quiso que trabajara hasta que los niños terminaran la escuela, así que ahora lo único que consigue son empleos temporales de secretaria. Él parece un indeseable de aúpa, aunque me he abstenido de decirlo, claro está; de hecho, Dee se está planteando separarse, pero llevan tanto tiempo juntos que no se imagina cómo se las apañaría sin él...

Su padre le acerca una copa. Su madre la agarra como por acto reflejo, sin pensar.

—Frank, su vida no se parece en nada a cómo ella pensó que sería. Todos nuestros planes, íbamos a comernos el mundo... Nunca se imaginó algo así.

Su madre no suele hablar de este modo delante de Holly. Tiene una mano en la mejilla y la mirada en el vacío, visualizando cosas. Ha olvidado que Holly está allí.

—¿Vas a volver a quedar con ella? —le pregunta su padre.

Holly nota que su padre quiere tocar a su madre, abrazarla. Y ella también quiere hacerlo, agarrarse muy fuerte a su madre, pero se refrena porque su padre también lo hace.

—Quizá. No lo sé. Regresa a Estados Unidos la semana que viene, junto a su marido y su empleo temporal. No puede quedarse aquí por más tiempo. Y tiene que ver a todos sus primos antes de marcharse. Nos hemos jurado que esta vez nos escribiremos por correo electrónico...

Su madre se desliza los dedos por el rostro, como si palpara las arrugas que tiene alrededor de la boca por primera vez.

—Quizás el verano que viene podríamos ir allí de vacaciones —propone su padre—. Si te apetece.

—Vaya, Frank, qué bien que propongas eso. Pero no vive en Nueva York ni en San Francisco, ni en ningún sitio que... —Observa la copa de vino que sostiene en la mano, desconcertada, y la deja sobre la encimera—. Viven en un pueblecito de Minnesota. El pueblecito donde nació su marido. No sé si...

—Si fuéramos a Nueva York, quizá podría reunirse con nosotros. Piénsatelo.

—Lo haré. Gracias. —Respira hondo, recoge su bolso del suelo y guarda dentro la foto—. Holly —le dice, alargándole un brazo y sonriendo—. Ven aquí, cariño, dame un beso. ¿Qué tal te ha ido la semana?

Esa noche Holly no logra conciliar el sueño. Tiene la sensación de que hace mucho calor en casa, pero cuando aparta el edredón de una patada, el frío le aplana la espalda. Escucha a sus padres acostarse: la voz de su madre cada vez más rápida y feliz, y suavizándose esporádicamente, cuando recuerda la presencia de Holly; el ritmo grave de su padre comentando algo que hace que su madre estalle en carcajadas. Después sus voces se detienen y Holly permanece tumbada en la oscuridad, sola, intentando no moverse. Piensa en enviarle un mensaje a alguna de las otras para comprobar si está despierta, pero no sabe a quién enviárselo, ni qué decirle tampoco.

—Lenie —dice Holly.

Tiene la sensación de que las horas se han dilatado antes de que Selena, con el rostro enterrado en su lectura, alce la vista.

—¿Eh?

—El año que viene, ¿cómo se decide quién comparte habitación con quién?

—¿Cómo?

—Las habitaciones de las mayores. ¿Sabes con quién quieres compartir?

Una densa capa de lluvia cubre la ventana. Están atrapadas dentro de la escuela;

en la sala común, las alumnas juegan a la edición de los años noventa del Trivial Pursuit, se prueban maquillaje y envían mensajes de texto. El olor al estofado de ternera que tienen para cenar ha conseguido abrirse camino desde el refectorio, y está haciendo que Holly se sienta ligeramente mareada.

—Por el amor de Dios —exclama Julia al tiempo que pasa la página—. ¡Pero si estamos solo a febrero! Si quieres preocuparte de algo, ¿por qué no piensas en el estúpido trabajo para Estudios de Conciencia Social que nos han puesto?

—¿Lenie?

El tema de las habitaciones de último año es algo que pende sobre todo el cuarto curso. Las amistades saltan por los aires y se consumen entre llamas y lágrimas porque alguien elige a la persona errónea para compartir. Todas las internas se pasan gran parte del año afinando cuidadosamente su elección e intentando hallar algún modo de abordarla sin causar estragos.

Selena la mira atónita, con los labios entreabiertos, como si Holly le hubiese pedido que pilotara una lanzadera espacial.

—Con una de vosotras —dice.

Holly nota un pálpito de temor.

—Sí, vale. ¿Con quién?

Ninguna reacción en Selena; oquedad, ecos. Becca ha percibido algo en el aire y se ha quitado los auriculares.

—¿Quieres saber con quién voy a compartir yo? —pregunta Julia—. Porque si vas a empezar a ponerte histérica por cosas que aún no van a pasar, te aseguro que contigo no será.

—No te lo he preguntado a ti —señala Holly—. ¿Qué haremos, Lenie? —Le gustaría que Selena se sentara y reflexionara sobre ello, y que encontrase una solución que garantizara que ninguna se sienta herida, porque eso es lo que se le da mejor a Selena; una mano inocente que sacase los nombres de una chistera o algo así. «Por favor, Lenie, por favor...»—. ¿Lenie?

—Decididlo vosotras —responde Selena—. A mí no me importa. Estoy leyendo.

Holly dice, y nota que le sale una voz demasiado alta y demasiado afilada:

—Tenemos que decidirlo entre todas. Así es como se hace. No puedes delegar en nosotras que lo hagamos.

Selena sumerge la cabeza en el libro. Becca observa la escena mientras chupa el cable de los auriculares.

—Hol —dice Julia, dedicándole esa sonrisa de naricilla arrugada que significa problemas—. Necesito ir a buscar algo a la sala común. Acompáñame.

A Holly no le apetece que Julia la mangonee.

—¿Qué necesitas? —le pregunta.

—Ven. —Julia baja de la cama.

—¿Es que pesa tanto que no puedes cargarlo tú solita?

—Jajaja, qué graciosa. Ven.

La fuerza con la que lo dice hace que Holly se sienta mejor. Quizá debería haberle dicho algo directamente a Jules; quizás a las dos juntas se les ocurra una respuesta decente. Saca las piernas de la cama. Becca las observa salir de la habitación; Selena, no.

La oscuridad temprana en el exterior imprime a la luz del pasillo un tono amarillo sucio. Julia apoya la espalda en la pared y cruza los brazos.

—¿Qué narices estás haciendo? —pregunta.

Ni siquiera se molesta en bajar la voz; la lluvia que aporrea la ventana del descansillo impide que nadie las oiga.

—Solo se lo estaba preguntando. ¿Qué problema...?

—La estabas incordiando. No lo hagas.

—¿Perdona? ¿Eso era incordiarla? Tenemos que decidirlo.

—Es incordiarla porque, si insistes, solo conseguirás que se moleste. Ya lo decidiremos nosotras tres, se lo decimos y lo que sea que le proponamos le parecerá bien.

Holly cruza los brazos como Julia, y también imita su mirada.

—¿Y qué pasa si yo creo que Lenie también tiene algo que decir?

Julia pone los ojos en blanco.

—Joder.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—¿Qué pasa? ¿Te han lobotomizado el cerebro a la hora de comer? Ya sabes por qué no.

—Te refieres a porque no está bien. Por eso, no —responde Holly.

Julia se pone aún más seria.

—Está bien. Tiene que solucionar algunos problemas, eso es todo. Como todo el mundo.

—No es lo mismo. Lenie ya no sabe desenvolverse por sí misma. No es capaz de encarar ni las cosas más normales. ¿Qué le va a pasar cuando el resto de nosotras no estemos con ella cada minuto de cada...?

—¿Te refieres a cuando vayamos a la universidad? Pero si para eso aún faltan años. Perdóname si no me da un ataque de pánico por este asunto. Para entonces, ya estará bien.

—No está mejorando. Y tú lo sabes.

Pasa girando entre ambas, con los bordes afilados como cuchillas: «no está mejorando desde entonces, desde aquello, ya sabes el qué». Ninguna de las dos alarga la mano para tocarlo.

—Creo que tendríamos que obligarla a hablar con alguien —propone Holly.

Julia suelta una carcajada estentórea.

—¿Sí? ¿Como quién?, ¿la hermana Ignatius? Claro, por supuesto, eso solucionará las cosas. Pero si la hermana Ignatius no sabría ni arreglar una uña rota...

—Con la hermana Ignatius, no; con alguien real, con un médico o algo así.

—Por Dios... —Julia sale disparada de la pared apuntando con ambos dedos índices a Holly. El ángulo de su cuello indica que está lista para atacar—. Ni se te ocurra siquiera. Lo digo en serio.

Holly no le aparta las manos de un manotazo de milagro. El arrebato de furia le sienta bien.

—¿Desde cuándo mandas en mí? Yo no recibo órdenes de ti. Nunca.

Ninguna de ellas se ha peleado de verdad desde que eran muy pequeñas, pero se miran a los ojos, están de puntillas y se mueren de ganas; sienten un hormigueo en las manos producto del anhelo por agarrar algo y retorcerlo. Julia es quien finalmente se retira, le da la espalda a Holly y se deja caer en la pared.

—Escucha —dice, mirando la ventana del descansillo y las rayas ahuecadas por la lluvia—. Si te preocupa algo Lenie, lo más mínimo, entonces no se te ocurra intentar siquiera que hable con un psicólogo. Vas a tener que creerme: es lo peor que podrías hacer por ella en el mundo. ¿Lo entiendes?

La inmensidad de aquel asunto está enrollada muy prieta en cada palabra. Holly no consigue comunicarse con ella, en medio del zumbido incansable de los secretos pasajeros que ambas guardan, no atina a descifrar qué sabe o qué conjetura su amiga. Julia no suele rendirse, no va con su carácter.

—Te lo pido por favor. Confía en mí. Por favor.

Holly desea, en lo más profundo de su ser, en partes tan hondas que ni siquiera sabía que existieran, que fuera tan sencillo como eso.

—Vale —responde—. De acuerdo.

Julia vuelve la cara hacia ella. La capa de sospecha provoca que a Holly le vengan ganas de hacer algo, pero no sabe qué: gritar hasta desgañitarse, enseñarle el dedo corazón y salir por aquella puerta y no regresar jamás, por ejemplo.

—¿Sí? —pregunta Julia—. ¿No intentarás convencerla de que hable con alguien?

—Si estás tan segura...

—Estoy muy segura.

—Entonces, de acuerdo —responde Holly—. No lo haré.

—Bien —replica Julia—. Vayamos a por algo en la sala común antes de que Becs salga a buscarnos.

Avanzan por el pasillo, al paso, desconcertadas y solas.

Holly no piensa aparcar el asunto solo porque Julia lo diga. Lo aparca porque se le ha ocurrido una idea.

Ha sido el comentario sobre el psicólogo lo que la ha hecho pensar en ello. A ella la enviaron a un terapeuta aquella otra vez. Era un imbécil y le sudaba la nariz, y no dejaba de formularle preguntas que no eran asunto de nadie, de manera que Holly se dedicó a jugar con sus estúpidos rompecabezas y le hizo caso omiso, pero él continuó hablando y sí acabó diciéndole algo que resultó cierto. Dijo que todo le sería más

fácil una vez que concluyera el juicio y ella supiera exactamente qué estaba ocurriendo; suceda lo que suceda, le dijo, saberlo le ayudaría a quitárselo de la cabeza y concentrarse en otras cosas. Y así fue.

Pasan unos días antes de que Julia deje de poner esa mirada de recelo y deje a solas a Holly y Selena. Pero una tarde están en el Court y Julia necesita comprarle a su padre una tarjeta de cumpleaños y Becca recuerda que le debe a su abuela una tarjeta de agradecimiento, y Selena se echa al hombro la bolsa de la tienda de material artístico y comienza a andar hacia la fuente y para cuando Holly sale tras ella es demasiado tarde para que Julia cambie de opinión.

Selena dispone los tubos de pintura intactos formando un abanico sobre el mármol negro y acaricia las bandas de los colores con la punta del dedo. Al otro lado de la fuente, una pandilla de chavales del Colm vuelve la vista para mirarlas a las dos, pero no se les acercan. Saben que no obtendrán nada.

—Lenie —le dice Holly, y espera el dilatado lapso que Selena tarda en alzar la vista—. ¿Sabes algo que te haría sentir mejor?

Selena la observa como si estuviera hecha de patrones de nubes que cambiaran de forma con gracilidad y sin sentido por el ancho cielo.

—¿Qué? —pregunta.

—Si tú descubrieras qué sucedió —dice Holly; acercarse tanto hace que el corazón le lata a toda velocidad, ligero, sin tracción— el año pasado. Y si alguien fuera arrestado por ello, te serviría de ayuda ¿verdad? ¿No te parece?

—Shh —sisea Lenie.

Alarga el brazo y agarra la mano de Holly; la suya está fría y blanda y, por muy fuerte que la estruje Holly, no parece sólida. Selena sigue agarrada a Holly y vuelve a concentrarse en sus pinturas.

Hace mucho tiempo que Holly aprendió de su padre que la diferencia entre que te pillen o no consiste en invertir el tiempo necesario. Primero compra el libro, en una gran librería de viejo que hay en la ciudad, un domingo ajetreado; dentro de un par de meses, su madre no recordará que le ha dicho: «Tengo que comprar un libro para la escuela. ¿Me das diez euros? Solo tardaré un segundo», nadie en la caja de la librería recordará a una niña rubia con un libro sobre mitología que huele a moho y una ilustración brillante para enseñarle a su madre ondeándola en el aire. Encuentra una fotografía en el teléfono en la que se ve a Chris de fondo y la imprime unas semanas más tarde, un mediodía en que acude zumbando a la sala de informática en la pausa de la comida; al poco, a las otras se les habrá olvidado que ha tardado algunos minutos de más en regresar del lavabo. Recorta y pega en el suelo de su dormitorio ese fin de semana, con las manos enfundadas en unos guantes que robó del laboratorio de química, con el edredón listo para tapanlo todo de un tirón si a su padre o a su madre se les ocurre llamar a la puerta; al cabo de un tiempo, se les habrá

olvidado ese olorcillo reconfortante a pegamento para papel propio del jardín de infancia. Tira el libro en una papelera en el parque que hay cerca de su casa; al cabo de una o dos semanas, ya no estará allí. Luego desliza la tarjeta en una raja que ha hecho en el forro de su abrigo y aguarda el tiempo necesario para dar otro paso.

Espera a recibir una señal que le diga que es el día indicado. Sabe que no la habrá, no para aquello; y quizá no para nada después de aquello, nunca más.

Se crea su propia señal. Cuando escucha a las *daleks* hablando de ese estúpido trabajo que les está obligando a subir a la planta de arriba los martes por la tarde y los hace tan, tan, tan aburridos, Holly dice, al final de la clase de Arte:

—¿Volvemos a reservar las horas de estudio el martes?

Observa a las otras asentir, mientras tiran montones de tiza en polvo y cable de cobre a la basura.

Es meticulosa. Se asegura de darles cháchara a las otras cuando pasan por delante de El lugar de los secretos, de camino al aula de Arte y de nuevo al salir, para que ninguna de ellas vea qué hay colgado. Se fija al dejar su teléfono fuera de la vista, sobre una silla colocada bajo una mesa, para que nadie lo vea y la avise. Se cerciora de decir:

—¡Ostras, mi teléfono! —después de que se apaguen las luces.

Se asegura de desandar cada paso, a la mañana siguiente, hasta aquel pasillo vacío: de colgar la tarjeta, de verla (una respiración entrecortada rápida, la mano a la boca, como si alguien la estuviera observando), de coger el sobre y el cúter, de hacer palanca para desprender la chincheta con tanta delicadeza como si pudiera haber huellas en ella. Recorre el pasillo de nuevo, con el sonido de cada uno de sus pasos volando hasta un rincón en lo alto, y da una palmada en la pared como una huella oscura.

Las otras la creen cuando dice que tiene migraña; ha tenido tres en los dos meses pasados, guiándose por los síntomas de su madre. Julia le deja su iPod para que Holly no se aburra. Holly yace tumbada en la cama y las observa partir hacia la escuela como si fuera la última vez que fuera a verlas; ya a medio marcharse, Becca hojea las páginas de sus deberes de Estudios de los Medios de Comunicación, Julia se estira un calcetín y Selena insinúa una sonrisa y se despide de ella con la mano por encima de su hombro. La puerta se cierra tras ella; durante un minuto cree que jamás será capaz de conseguir sentarse.

La enfermera le da unos analgésicos para la migraña, la arropa y la deja que duerma para que se le pase. Holly se mueve aprisa. Sabe a qué hora sale el siguiente autobús que conduce a la ciudad.

Se le ocurre en la parada de autobús, bajo el frío aire matinal. Al principio cree que de verdad está enferma, que lo que está haciendo ha invocado algún maleficio sobre ella y que ahora todas sus mentiras se han hecho realidad. Hacía mucho que no notaba ese sabor y ahora le sabe distinto. Antes era inmenso y sabía a sangre oscura; ahora es metálico, alcalino, es como polvos limpiadores que te comen las capas una a

una. Es el miedo. Holly está asustada.

El autobús aúlla como un animal que huye en estampida, el conductor repasa el uniforme de Holly, sus pasos se balancean precariamente mientras asciende a la parte de arriba. En la parte de atrás hay despatarrados varios muchachos con capuchas que oyen música *hip-hop* a todo trapo en una radio y desnudan a Holly con la mirada, pero las piernas de Holly no la harán descender de nuevo esas escaleras. Se coloca en el borde del asiento frontal, mira fijamente la carretera que se sumerge bajo las ruedas y escucha las risas descarnadas a su espalda, tensadas por el arrebató que supondría un ataque. Si los chicos vienen a por ella, puede pulsar el botón de emergencia. El conductor detendrá el autobús y la ayudará a bajar los escalones y podrá tomar el siguiente autobús de regreso a la escuela para volver a meterse en la cama. Nota el corazón en la garganta y le provoca arcadas. Quiere estar con su padre. Y con su madre.

La canción empieza a sonar tan flojito, fundiéndose con las últimas notas del tema de *hip-hop*, que tarda un minuto en llegarle. Luego la siente como un golpe en el pecho, como si hubiera respirado aire compuesto por algo distinto.

«Recuerda, oh, recuerda cuando éramos jóvenes...».

Cada palabra suena cristalina. Aplaca el ruido del motor, aleja el ulular de los chicos encapuchados. Los transporta por encima del canal hasta la ciudad. Eleva el autobús a través de cadenas de luz que parpadean en verde, lo hace saltar sobre los baches y luego descender en eslalon sobre dos ruedas sorteando a los peatones imprudentes. «Nunca pensé que te perdería y nunca pensé que te encontraría aquí, nunca pensé que pudiera notar tan cerca todo lo que hemos perdido...».

Holly escucha atentamente cada palabra. El estribillo, la letra reiterada una y otra vez, y espera a que la canción acabe. Pero en su lugar, sigue sonando, cada vez más alto: «Me queda tanto, me queda tanto mundo por recorrer...».

El autobús se detiene en su parada derrapando. Holly se despide con la mano de los chicos con capucha, que la miran boquiabiertos, esperando que los insulte, demasiado lentos, y baja volando por las escaleras, que se bambolean bajó sus pies.

En la calle, la canción sigue sonando. Ahora suena más baja, y delicada, a destellos entre los ruidos del tráfico y los gritos de las pandillas de estudiantes, pero ahora Holly ya sabe qué escuchar y consigue retenerla. Dibuja una espiral frente a ella como un delgado hilo de oro, la conduce ágil, con los pies de una bailarina, entre trajes que avanzan aprisa y farolas, entre mendigas con falda larga, calle arriba, hacia Stephen.

AGRADECIMIENTOS

Cada vez son más las personas a las que debo un agradecimiento enorme:

a Ciara Considine de Hachette Books Ireland, a Sue Fletcher y Nick Sayers de Hodder & Stoughton, y a Clare Ferraro y Caitlin O'Shaughnessy de Viking, por el tiempo y las habilidades que han puesto en mejorar tanto este un libro;

a Breda Purdue, Ruth Shern, Ciara Doorley y todo el personal de Hachette Books Ireland;

a Swati Gamble, Kerry Hood y todo el personal de Hodder & Stoughton;

a Ben Petrone, Carolyn Coleburn, Angie Messina y todo el personal de Viking;

a Susanne Halbleib y todo el personal de Fischer Verlag;

a Rachel Burd, por otra revisión con ojo de águila;

al asombroso Darley Anderson y a su fantástica Brigada en la agencia, sobre todo a Clare, Mary, Rosanna, Andrea y Jill;

a Steve Fisher de APA;

a David Walsh, no sólo por responder a todas mis preguntas sobre procedimientos detectivescos, sino por brindarme respuestas a preguntas que no sabía que tenía que formular;

al doctor Fearghas Ó Cochláin, como siempre, por ayudarme a matar a la víctima de la manera más plausible posible;

a Oonagh «Mejor Que». Montague, por (entre otras muchas, muchas cosas) hacerme reír en todos los momentos en los que lo necesitaba con urgencia;

a Ann-Marie Hardiman, Catherine Farrell, Kendra Harpster, Jessica Ryan, Karen Gillece, Jessica Bramham, Kristina Johansen, Alex French y Susan Collins, por diversas combinaciones maravillosas de seriedad, tontería y toda clase de apoyo;

a David Ryan, *por serlo tanto y de manera tan incomparablemente que sin su infinita yo nunca habría;*

a mi madre, Elena Lombardi, por cada día;

a mi padre, David French;

y, más de lo que jamás seré capaz de expresar con palabras, a mi esposo, Anthony Breatnach.



TANA FRENCH (Vermont, Estados Unidos, 1973). Tana French creció en Irlanda, Italia, EEUU y Malawi. Vive en Dublin desde 1990 con su marido y su hija.

Estudió interpretación en el Trinity College y ha trabajado tanto en teatro como en cine. Ha logrado cierto éxito internacional gracias a su primera novela *El silencio del bosque* (publicada en España en 2009).

Notas

[1] Traducción de la letra de la canción «When We Were Young», interpretada por Lucy Schwartz. La canción recuerda momentos de juventud. (*N. de la T.*) <<

[2] Los *daleks*, mutantes extraterrestres, son una de las razas de la serie de ciencia ficción británica *Doctor Who* más temidas del universo. (N. de la t.) <<

[3] Pixie Geldof es una modelo, cantante y celebridad inglesa, hija del conocido cantante Bog Geldof. Es la cantante del grupo musical Violet y es *disc-jockey* en discotecas y festivales de la talla del Coachella. (N. de la t.) <<

[4] El año de transición o Transition Year es el equivalente a cuarto de la ESO en Irlanda y se conoce así porque representa la transición entre la ESO y el bachillerato. Se trata de un año con menor carga académica, centrado en aspectos más prácticos, tales como guiar a los alumnos acerca de los estudios universitarios y animarles a pensar, a razonar, a tomar decisiones y a trabajar en grupo. (*N. de la t.*) <<

[5] Los emos son una tribu urbana surgida en torno al género musical del mismo nombre, subgénero del *hardcore punk*. Suele relacionarse con una vestimenta que consiste en pantalones entubados, camisetas con nombres de bandas de rock y pelo liso con largos flequillos hacia un lado, a veces cubriendo uno o ambos ojos. Se atribuye a adolescentes sensibles, tímidos, introvertidos y depresivos, si bien a lo largo de los años el movimiento se ha ido transformando y ya no se corresponde con un estereotipo específico. (N. de la t.) <<

[6] *Pollyanna* es una novela de Eleanor H. Porter publicada en 1913. La protagonista, Pollyanna, una niña huérfana, se educa en el optimismo y siempre procura encontrar el lado bueno a cualquier situación que pueda alegrar la vida de quienes la rodean. *Pollyanna* se usa para describir a una persona exageradamente optimista. (N. de la t.)

<<

[7] En el sistema judicial anglosajón, se diferencia entre los abogados que tratan con el cliente y preparan la causa, los tramitadores, llamados *solicitors*, y los abogados que defienden al cliente ante los tribunales, los litigantes o *barristers*. (N. de la t.) <<